G. K. Chesterton

Por qué soy católico



Lectulandia

«La dificultad de explicar “por qué soy católico” radica en el hecho de que existen diez mil razones para ello, aunque todas acaban resumiéndose en una sola: que la religión católica es verdadera».

He aquí la causa por la que el 30 de julio de 1922, G. K. Chesterton deseó ser acogido en el seno de la Iglesia católica. Sin embargo, la travesía seguida hasta entonces por este grandísimo escritor en el ámbito espiritual no fue breve ni estuvo exenta de obstáculos, lo cual muestra honestidad a la hora de encarar su conversión. En la Inglaterra de entonces, donde la Iglesia católica era muy poco popular, Chesterton hubo de responder en numerosas ocasiones por los motivos de su bautismo. No obstante, fiel a su personalidad sencilla y directa, no escamoteó la cuestión ni los ataques, y siempre defendió públicamente su fe y la racionalidad del Cristianismo.

Por qué soy católico recoge sus ensayos religiosos a partir de 1922, lo que convierte a la obra en un referente del pensamiento del Chesterton apologeta de la fe. Estas páginas ponen de manifiesto su extraordinaria capacidad para discurrir sobre las cuestiones más elevadas de la manera más sencilla y atractiva posible.

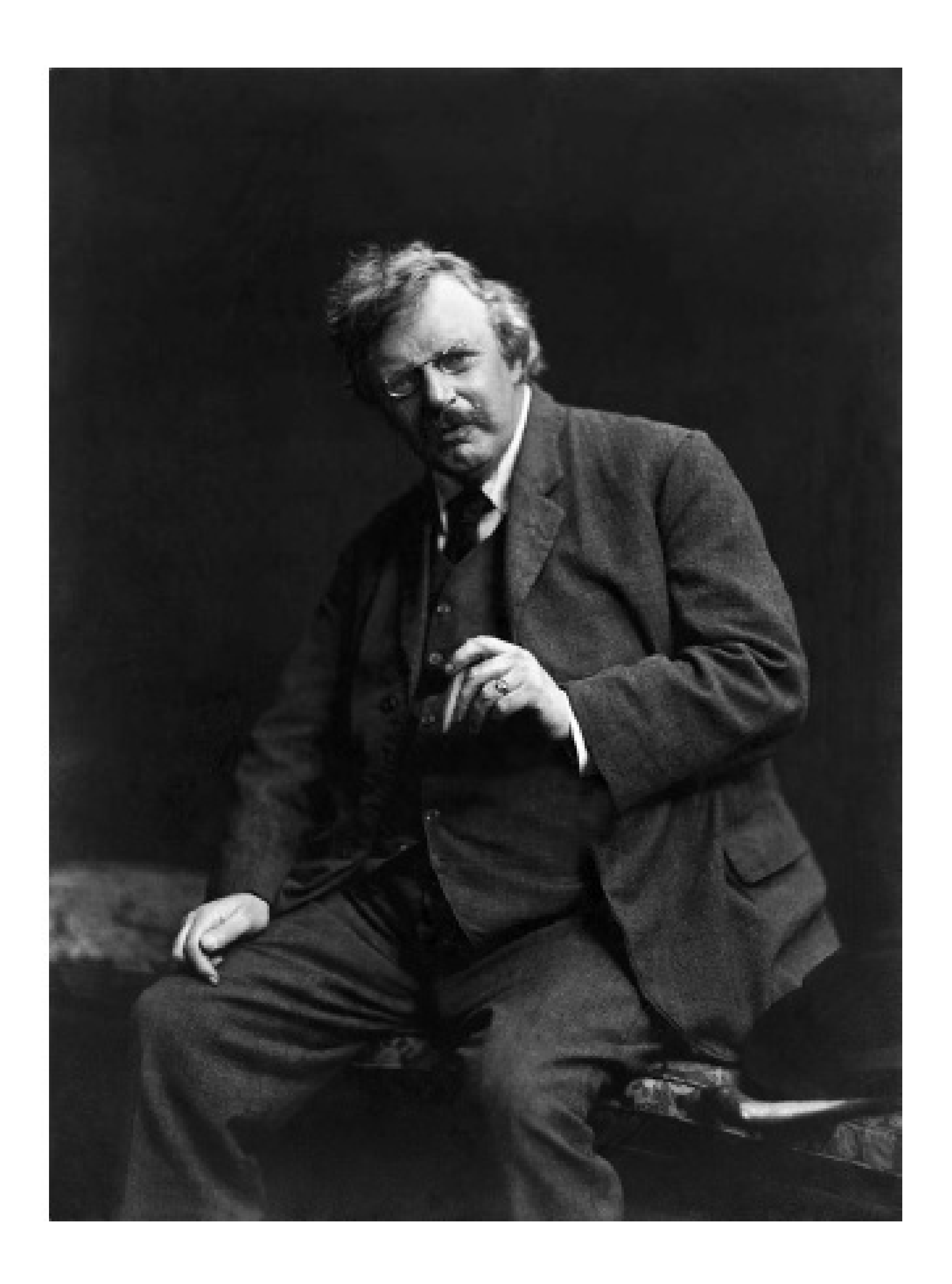
G. K. Chesterton

Por qué soy católico

ePub r1.0
Titivillus 14.02.2020

Título original: *Por qué soy católico*
G. K. Chesterton, 1935
Traducción: Ana Nuño & Mariano Vázquez Alonso, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Introducción

En los primeros meses de 1922, Frances Chesterton advirtió que su marido, Gilbert, se encontraba muy nervioso. Sabía que semejante estado era habitual en él cuando tenía que tomar una gran decisión. En esos días, G. K. C. escribió a su amigo el padre O'Connor:

> […] Le escribo por un motivo muy personal: ¿Dispondría usted de un día festivo a finales de la próxima semana, más o menos, para poder venir al sur y ver nuestra nueva casa, o nuestro viejo estudio? Esto parece una invitación muy brusca, pero debo decirle que le escribo apresuradamente porque me siento preocupado por muchas cosas de las que quisiera hablar con usted; especialmente de las que considero más serias, las religiosas, que tienen que ver con mi situación actual que es bastante difícil. Y esa dificultad es en gran parte, aunque no en toda, por mi culpa. A algunos de estos problemas se les podría llamar deberes, aunque debiera haber aprendido a considerarlos deberes menores. Quiero decir que incluso un pagano, un protestante o un agnóstico podrían disculparme; pero yo no tengo mucho de pagano ni de protestante y ya no puedo disculparme. Hay muchas cosas por las que nunca me disculpé, pero ahora pienso que algunos puntos de vista pudieran considerarse realmente sofistas. De todos modos usted es, de cuantos podrían ayudarme en este caso, la persona por la que tanto Frances como yo sentimos el mayor afecto. ¿Tendría la bondad de decirme si en la fecha propuesta, o incluso más tarde, podríamos disfrutar de su compañía?

El padre O'Connor llegó a Top Meadow el 26 de julio y fue la caja de resonancia de Chesterton. Durante esa semana, Gilbert decidió hacerse católico. El 30 de julio de 1922, oficiando el reverendo Ignatius Rice, se bautizó en la sala de baile del Railway Hotel que se utilizaba como Iglesia católica de Beaconsfield.

Chesterton escribió con respecto a los acontecimientos de ese día:

> Cuando me preguntan: «¿Por qué la Iglesia católica?», la respuesta capital, aunque resulte un poco elíptica, es «para liberarme de mis pecados», ya que no existe ninguna otra religión que realmente pueda librar a la persona de sus pecados. Es algo que se ve confirmado por la lógica, cosa que les resulta a muchos muy sorprendente, que la Iglesia establezca que un pecado confesado, y del cual uno se arrepienta como es debido, queda totalmente abolido; y que el pecador puede empezar de nuevo como si jamás hubiera pecado…

En 1926, cuatro años después de su conversión al catolicismo, Chesterton escribió en *La Iglesia católica y la conversión* que «la Iglesia es una casa con cientos de puertas, y no hay dos hombres que entren en ella por la misma». Hubiera podido decir mil o diez mil, o infinitas puertas, pues la experiencia vivida por cada converso es única. ¿Qué es lo que marca mejor a la Iglesia Universal? Pues que ofrece a toda persona lo que más necesita y que no puede conseguirse en ninguna otra parte.

¿Significa esto que los conversos son personas de una individualidad quisquillosa, que se complacen tan sólo en alimentar sus propios gustos y predilecciones y que no muestran nada en común con todos aquellos que entran por puertas diferentes a la suya? ¿Comparten aquellos que buscan un modelo de moral autoritaria alguna cosa con el resto de los creyentes que reclaman una liturgia mayestática? ¿Se encierran en un silencio distanciador aquellos para los que la fe evoca una respuesta emocional que estremece el alma, aislándose de aquellos otros conversos que llegan a la Iglesia porque ésta logra consagrar su racionalidad? ¿Se apartan quienes admiran al catolicismo por ser el guardián de las tradiciones de aquellos otros nuevos católicos que encuentran en la Iglesia una fuente de renovación? ¿Es la Iglesia una auténtica comunidad de creyentes o, por el contrario, es tan sólo una especie de paraguas bajo el que tratan de guarecerse un conjunto de individuos elitistas?

Para Chesterton hay dos razones fundamentales que pueden llevar a una persona a la conversión: «La primera es que se crea que en ella [en la fe católica] anida una verdad firme y objetiva, una verdad que no depende de la personal creencia para existir. Otra razón puede ser que [la persona] aspire a liberarse de sus pecados». Éstas son las razones por las que Chesterton se hizo católico, y que deben constituir el fundamento de quien tome la decisión de entrar en la Iglesia. Sin ellas, afirmaba Chesterton, el individuo puede decir que es católico, pero se está engañando.

Admitiendo semejante unidad en la esencia de la conversión, se puede afirmar que la experiencia de cada converso —tras aceptar esas dos razones a las que hace referencia Chesterton— es una experiencia única. El «ángulo de entrada» varía ligeramente para cada persona. Chesterton no indica en parte alguna cuál ha sido el suyo. Su *Autobiografía*[1], publicada el año de su muerte, desalentará a quien espere encontrar en sus páginas un mapa clarificador de su camino a Roma. Pero existen algunos vislumbres a lo largo de sus escritos (antes y después de su conversión), algunas alusiones y reflexiones que nos hablan de su historia personal. Surgen también algunos

pasajes autobiográficos que, con atrevimiento y candidez, van perforando la capa de su reticencia y nos revelan la definitiva pregunta que se hace Chesterton: ¿Y por qué no Roma?

Describir la senda que Chesterton recorrió desde su posición de librepensador victoriano de su juventud hasta su entrada en el catolicismo en 1922 significaría la composición de su biografía espiritual, libro que todavía está por escribir. De todos modos, esa historia puede bosquejarse. En los primeros años del siglo XX había encontrado refugio en la Iglesia anglicana y, más concretamente, en el anglo-catolicismo que se enorgullece de preservar la auténtica fe católica, en oposición a la perversión que significa Roma. Pero Chesterton no se sintió cómodo durante mucho tiempo en esa especie de camino intermedio; más de diez años antes de abrazar el catolicismo romano se dio cuenta de lo inadecuado del compromiso del anglo-catolicismo. Las razones que le obligaron a retrasar durante tanto tiempo dar el paso definitivo a Roma siguen siendo un misterio, aunque varios autores atribuyen esta demora a su reticencia a crear una separación entre él y su esposa, que seguía siendo por entonces muy fiel a la Iglesia anglicana.

Sin embargo, una necesidad urgente obligó a Chesterton a seguir adelante.

Indiscutiblemente era un hombre dividido, en el que tanto su mente como su corazón le empujaban a Roma, mientras que la lealtad a su mujer le exigía obedecer a Canterbury. Uno no puede dejar de pensar en ese momento crucial, en ese instante de crisis en el que se sentía obligado a llevar a cabo un acto que ya no podía rechazarse. Ese momento aparece en algún pasaje de *El manantial y la ciénaga* que ilustra el leitmotiv de su viaje espiritual. En la rica y bella textura de sus palabras sale a la luz ese grito exultante de gozo, de agradecimiento y alivio.

En 1920, al regreso de un viaje a Tierra Santa, los Chesterton desembarcaron en Brindisi, el puerto del Adriático que se encuentra en la costa meridional de Italia. Allí, el domingo de Pascua, una revelación iluminó la conciencia de Chesterton, irradiando con su luz refulgente la Verdad implacable. Recordando más tarde este hecho, escribió:

> […] los hombres necesitan una imagen clara y bien perfilada, una imagen que les defina de forma instantánea lo que distingue al catolicismo de lo que dice ser cristiano o que, incluso, es cristiano en cierto sentido. Ahora apenas puedo recordar un tiempo en el que la imagen de Nuestra Señora no se alzase en mi mente de forma completamente definida al mencionar o pensar en todas estas cosas. Yo me sentía muy alejado de todas ellas y, posteriormente, tuve muchas dudas; más tarde disputé con todo el mundo, incluso conmigo mismo, por su culpa; porque ésa es una de las condiciones que se producen antes de la conversión. Pero tanto si esa imagen era muy lejana, o bien oscura y misteriosa, constituía un escándalo para mis

> contemporáneos, o un desafío para mí mismo. Nunca llegué a dudar de que esa figura era la figura de la fe; […] Y cuando, finalmente, logré ver lo que era más noble que mi destino, el más libre y fuerte de todos mis actos de libertad, fue frente a una pequeña y dorada imagen suya en el puerto de Brindisi, momento en el que prometí lo que habría de hacer si llegaba a regresar a mi país.

Para Chesterton, como para todos los que entran en la Iglesia, la conversión significa un comienzo, no una culminación. *Ser* católico no es *hacerse* católico; éste es el profundo desafío al que tiene que enfrentarse el creyente. Uno sólo puede comprender el catolicismo desde dentro; sólo lo comprende plenamente como una vida dentro de la fe que se abre en la sensibilidad católica y en la visión del mundo. Como Chesterton comenta en *La cuestión: por qué soy católico*, uno de los ensayos que conforman este volumen**[2]**: «la conversión es el comienzo de una activa, fructífera, progresiva y venturosa vida para el intelecto». La importante pregunta que hay que hacer a Chesterton (y a todos los conversos) no es: ¿Por qué se hizo católico?, sino, más bien: ¿En qué clase de católico se convirtió?

El sentido de lo histórico y de lo universal —siempre y en todas partes— aceleró la sensibilidad católica de Chesterton. Debido a que se ve curtida por el tiempo, la fe ha adquirido la sabiduría que se logra con la experiencia. La Iglesia ha visto alzarse y caer imperios, ha presenciado las transformaciones sociales importadas como cataclismos, ha ajustado su visión para adecuarse a las idas y venidas de los sistemas económicos y de los compromisos políticos. La Iglesia ha prevalecido sobre todo lo que pudo imaginar la mente humana en el transcurso de dos mil años. Las creaciones humanas son efímeras, un simple soplo en la vastedad del tiempo; la Piedra perdura.

Chesterton no aprehendió una verdad que va más allá de la tradición apoyándose tan sólo en la tradición: la de que aunque la Iglesia sea vieja, siempre está renacida. Ella entiende el pasado, pero habla con más peso al presente y se anticipa al futuro. El amigo de Chesterton, Hilaire Belloc, afirmaba que «la fe es Europa, y Europa es la fe»**[3]**. La universalidad de la Iglesia impidió que Chesterton adoptase una idea tan restringida como esa. «La filosofía católica», escribió en *La Iglesia católica y la conversión*, «es universal, ya que ha demostrado ser apta para cualquier naturaleza humana en cualquier lugar y corresponder a la naturaleza de todas las cosas».

La apreciación que tenía Chesterton de lo histórico y de lo universal lo hicieron verdaderamente católico, pero también alguien que no necesita ser católico para serlo. Los humanitaristas y los internacionalistas del tiempo de Chesterton hacían gala de su propia catolicidad. «La naturaleza de las cosas» es el principio que generó el efecto más contundente sobre el catolicismo de

Chesterton. Pero no por hacerse católico percibió una nueva realidad, porque ya había tenido muchas de estas ideas antes de entrar en la Iglesia católica. Su total lealtad a la fe le permitió profundizar en su comprensión de «la naturaleza de las cosas», facilitándole una plena percepción del mundo.

«Filetes y cerveza» y «un cerdo es un cerdo» —dos de las frases favoritas de Chesterton— conforman la esencia de su visión católica. La segunda de las dos aparece en *La cuestión: Por qué soy católico*, en el artículo titulado «Lógica y tenis», en el transcurso de una deliciosa escena de enfrentamiento entre un arisco granjero y un portavoz de las ciencias económicas. El economista trata de exponer los misterios de su profesión para explicar los secretos del mercado: el valor de un cerdo sube y baja; dos cerdos pueden ser mejor que tres, ya que un cerdo no es invariablemente eso, un cerdo. El granjero, que se apoya en un sentido común que choca al economista en su perfecta fusión de ignorancia y obstinación, le replica rotundamente: «un cerdo es un cerdo».

Esta réplica simbolizaba para Cheteston los frutos de un razonamiento concedido por Dios y las benditas percepciones sensitivas. La mente humana conecta con lo que *está ahí fuera*, con el orden creado.

Al observar el auge del neopaganismo en el corazón del Occidente cristiano, resaltaba Chesterton en *El manantial y la ciénaga*: «Lo que se ha perdido en esta sociedad no es tanto la religión como la razón; la ordinaria luz del instinto intelectual que ha guiado a los hijos de los hombres». A su juicio, el granjero de la historia es un buen tomista, mientras que el economista es todo un ejemplo de alguien que ha perdido la chaveta.

El granjero puede confiar en sus sentidos y en su «instinto intelectual» porque el orden creado es precisamente eso: un orden creado por Dios. Y es bueno. A lo largo de toda su carrera Chesterton atacó repetidamente al maniqueísmo, el gnosticismo y todas las modalidades de las viejas herejías dualistas que imputan el mal a la creación. Para él el mundo material desbordaba de divinidad. «El Cielo *ha descendido* al mundo de la materia», escribió en *La cuestión: por qué soy católico*, «el supremo poder espiritual actúa ahora mediante la maquinaria de la materia, operando de forma milagrosa en los cuerpos y en las almas de los seres humanos y bendiciendo los cinco sentidos…». En el «divino materialismo de la Misa», la Iglesia recuerda diariamente a los fieles la bondad de la Creación y la divinidad que envuelve el mundo sensorial.

El catolicismo permitió a Chesterton sacudirse el tedioso y vano debate que existe entre los optimistas y los pesimistas. Ambos tienen razón y están

equivocados a partes iguales; la Iglesia eleva el debate a un plano superior, exponiendo la inadecuación de ambos argumentos y fundiendo los dos en una doctrina coherente del hombre y del cosmos. Aunque se ve limitado por el pecado, el hombre y su mundo son inherentemente buenos, y la creación material ha sido redimida de la mancha del mal. Come tu filete y bebe tu cerveza dando gracias por esa bendición de Dios, y regocíjate porque el pecado y la muerte —marcas ambas de la Caída— hayan sido vencidos.

Mucho antes de que hiciera su profesión de fe, los adversarios de Chesterton le habían acusado de defender a la Iglesia católica. Al abrazar la fe no podía quedar duda de que se había convertido en el campeón de la Iglesia, y de que dedicaría su pluma a su defensa. La Iglesia no gozaba de mucho respeto y era muy poco popular en la Inglaterra de Chesterton. Las clásicas familias católicas habían sido siempre objeto de sospecha por parte de sus conciudadanos protestantes. Al pequeño número de católicos nativos se le había añadido otro grupo, igualmente desdeñado por los protestantes: los irlandeses que en el siglo XIX habían llegado en tropel a las ciudades portuarias y fabriles de Inglaterra. El rebatir las calumnias anticatólicas podía consumir la vida de un hombre. Chesterton emprendió esa tarea añadiendo un ataque a los enemigos históricos de la Iglesia, que abarcaba desde las herejías del tiempo de los Padres de la Iglesia hasta los fenómenos más recientes del calvinismo y de la miríada de sectarismos que habían partido de la Reforma.

A pesar de la importancia que tenían estos enemigos de toda la vida, la época moderna —el tiempo en que vivió Chesterton— le proporcionó material suficiente para convertirse en la diana de su brillante inteligencia, de su lógica cortante como navaja barbera y de su análisis taladrante. En su defensa de la fe se batió con todos los adversarios: darwinistas, materialistas, espiritistas, teósofos, ateos, agnósticos, deterministas, socialistas, adalides del capitalismo, nacionalistas de mente estrecha (e, igualmente, internacionalistas fanáticos), racistas y humanitaristas seglares; toda una muchedumbre que sólo se sentía vinculada por su convicción de la iniquidad —o, en el mejor de los casos, la irrelevancia— de la Iglesia católica. Ninguno de ellos pudo acusar nunca a Chesterton de haberse apoyado para librar su contienda en los paladines del pensamiento moderno.

Los polemicistas caen fácilmente en el rencor, en especial cuando se trata de defender unas ideas, como ocurre con el catolicismo en Inglaterra, que son despreciadas o de las cuales se desconfía. En su defensa de una causa que se considera justa, una buena persona puede metamorfosearse en un tipo arisco o en un misántropo de mala baba. Chesterton nunca cayó en esa tentación. Se

negaba a renunciar a su espíritu tan juvenil y a su temperamento sanguíneo; para él luchar por la fe constituía algo verdaderamente agradable. Ejemplificaba el tipo de apologeta sonriente, que se reía a carcajadas cuando atacaba las pomposidades y los argumentos ilógicos y carentes de sentido de sus oponentes. Aunque vivía la fe muy seriamente, nunca cayó en el error de asumir que Gilbert Keith Chesterton pudiera comportarse inadecuadamente.

Por lo general, Chesterton trataba a sus adversarios como personas respetables, y ellos, a su vez, se comportaban con él noblemente. Durante casi tres décadas mantuvo un constante debate con George Bernard Shaw; es posible que si alguna vez hubieran llegado a agotar sus fundamentales desacuerdos hubieran iniciado otra vehemente polémica sobre, por ejemplo, la climatología. A pesar de ello, ambos fueron siempre buenos amigos, cada uno de los cuales reconocía en el otro cualidades que estaban por encima de sus diferencias de corte intelectual. Otro de los habituales contendientes de Chesterton fue H. G. Wells, el cual representaba a sus ojos un claro ejemplo de persona embriagada por el progresismo moderno. Los dos contendieron amablemente, y Chesterton alababa a Wells como una de las joyas literarias de Inglaterra. Por el contrario, con William Inge, deán anglicano de San Pablo, perdió con frecuencia la paciencia debido al intransigente modernismo del deán. A pesar de ello, la sangre jamás llegó al río. Sólo con un oponente —Ernest Barnes, obispo anglicano de Birmingham— llegó a perder la paciencia y se dejó llevar por la ira. Pero es que el obispo hacía gala de una perfecta combinación de invencible ignorancia y absoluta cabezonería que hubiera acabado con la paciencia y la caridad del mismo Señor.

Con la ingenua valentía de un caballero medieval, Chesterton cabalgaba directamente hasta el campamento enemigo y allí arrojaba con una sonrisa su guante de desafío. Su amigo Belloc, otro valiente apologeta de la fe, se parecía más al jefe de un comando que no tuviera reparo en llevar a sus hombres al ataque directo bajo el fuego de un terrible bombardeo. Chesterton mostraba una habilidad de la que carecía Belloc. Atacaba a su adversario con un golpe de florete que podría causar un apreciable rasguño, pero con el que nunca le causaría grave daño y, mucho menos, la muerte. Belloc, por el contrario, hubiera cogido el sable con las dos manos y hubiera rebanado cabezas. El triunfalismo militante de Belloc carecía de las afables, aunque serias, chanzas que tanto le gustaban a Chesterton en los debates con sus adversarios. En Belloc había una suerte de ferocidad, incluso de ira y de rencor, que estaba por completo ausente en Chesterton. Él utilizaba las más

cáusticas ocurrencias con sus oponentes; Belloc descargaba furioso la palabra de la Verdad.

Las polémicas de Belloc se dirigían en mayor medida a los que ya estaban convencidos; su mensaje les confirmaba en su fe y les fortalecía para luchar con los detractores de la Iglesia. Chesterton, por el contrario, se dirigía más a los que, en el campo opuesto, podían manifestar dudas sobre la rectitud de su propia causa. Comprendía la mentalidad de los agnósticos, de los ateos y medio creyentes de una forma que Belloc no comprendía. Trataba de convencerlos, aquí con el inteligente giro de una frase, allí con una detallada explicación, y acercarlos a la Iglesia. Se daba cuenta de que que no se podía coaccionar a la persona para convertirla; porque quienes desean hacer conversos deben utilizar la sutileza de las estratagemas, y mucho menos deben abstenerse de alejar a los que todavía no están convencidos del todo. Como señalaba en *La Iglesia católica y la conversión* (en la que aludía a su propia experiencia de acercamiento a la fe): «Son muchos los conversos que llegan a un punto donde nada de lo que pueda decir un protestante o un infiel hace mella en su eterminación. Pero una sola palabra dicha por un católico puede bastar para apartarlos del catolicismo».

¿Lograron los escritos de Chesterton multitud de conversiones? La respuesta es que, seguramente, no. Por un motivo: en países predominantemente protestantes las conversiones nunca llegan a ser «multitud». Debe establecerse un criterio más adecuado y decir, por ejemplo, que hubo «un goteo». Más aún, raramente se puede establecer una definitiva relación causa-efecto en el proceso de la conversión: se lee un libro e, inmediatamente, uno se adhiere a una Iglesia. Ahora bien, lo que sí puede decirse es que Chesterton supo presentar la mejor cara de la Iglesia a un mundo antagonista e indiferente. Su apologética, y no la de Belloc, logró mayores avances en el territorio hostil. Tal vez no consiguiera convencer a un gran número de sus compatriotas para que se hicieran católicos, pero nunca se le pudo ignorar o considerar un cascarrabias, como frecuentemente sucedió en el caso de Belloc. Sin embargo, uno tiene la impresión de que Chesterton pudo constituir un elemento determinante en el acercamiento de ciertas personas a la Iglesia. La lectura de alguno de sus libros logra incentivar en algunas mentes el interés por iniciar una senda que, con sus correspondientes tropezones, pueda acercar a alguien a aquellas cien puertas para solicitar la admisión en la Iglesia.

Pero incluso haciendo tal concesión, el escéptico puede replicar: «Todo eso está muy bien, pero el caso es que Chesterton ha sido ignorado durante

casi cincuenta años. Seguramente el paso de ese medio siglo lo ha dejado obsoleto». Ese argumento no debe desestimarse a la ligera. ¿Cuántos libros publicados antes de la Segunda Guerra Mundial siguen vigentes hoy día? Al ser productos de una determinada época y de unas circunstancias concretas se han quedado circunscritos a su momento, convirtiéndose en elementos de interés únicamente para el historiador que trata de encontrar en ese libro que todavía no ha sido abierto una desfasada manera de pensar.

Las obras de Chesterton rechazan semejante enclaustra-miento. Leer a Chesterton hoy día produce el mismo placer que el que tuvieron sus contemporáneos. Además, al margen de la gracia de su estilo literario, los temas que trata vienen al caso hoy día igual que hace cincuenta años. Una mirada somera a la lista de oponentes a los que desafió —ya sean modernistas, materialistas, darvinistas, humanitaristas, agnósticos, ateos, socialistas o aficionados al ocultismo, por mencionar tan sólo a algunos— le convence a uno de que sus escritos siguen teniendo vigencia; porque tales enemigos de la fe han logrado obtener una notable influencia sobre la mentalidad del último medio siglo. La Iglesia perdura, pero también perduran sus enemigos. Y de igual modo lo hacen sus defensores. En el siglo XX la Iglesia no ha podido encontrar un defensor más comprometido y contundente que Gilbert Keith Chesterton.

JAMES J. THOMPSON, JR.

ADONDE TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN
1922

I
La juventud de la Iglesia

Hasta finales del siglo XIX aproximadamente, quien decidiera abrazar la fe católica había de justificar su decisión. Hoy, lo que se considera normal es dar razones sobre por qué nunca habría de hacerse tal cosa. Puede parecer una exageración, pero estoy convencido de que millares de personas suscribirían esta verdad, aunque sólo sea en su subconsciente. Por otra parte, destaco dos de las razones, por parecerme fundamentales, que pueden conducir a cualquiera a abrazar la fe católica. La primera es que se crea que en ella anida una verdad firme y objetiva, una verdad que no depende de la personal creencia para existir. Otra razón puede ser que aspire a liberarse de sus pecados. Quizás haya hombres a quienes les sea posible decir que su fe no está basada en ninguno de estos motivos, pero en este caso poco importa cuáles sean los argumentos filosóficos, históricos o emocionales con los que quiera dar cuenta de su acercamiento a la vieja religión, ya que en ausencia de aquéllos no podrá decirse que ha hecho suya esta fe.

Convendría hacer un par de observaciones previas, pienso, en lo que hace a ese otro asunto importante que bien podríamos llamar los desafíos de la Iglesia. Recientemente el mundo parece haber tomado conciencia de la existencia de esos desafíos, y además de un modo extraño y casi, por así decirlo, espantoso. Se me puede considerar, literalmente, como uno de los miembros menos relevantes —por ser uno de los más recientes— de la muchedumbre de conversos que opinan lo mismo que yo. El número de católicos felizmente se ha incrementado, pero al mismo tiempo se ha producido, por decirlo de algún modo, un feliz incremento en el de no católicos; valga decir, en el de no católicos a conciencia. El mundo se ha vuelto consciente de que no es católico. Hasta una fecha reciente, habría sido tan pertinente al menos meditar sobre el hecho de que tampoco es confuciano. El hecho es que la nutrida panoplia de razones para no convertirse a la Iglesia Romana ofrece la primera razón inapelable para abrazar esta fe.

Compréndase que, en este ámbito, estoy apuntando a reacciones de rechazo, como antaño pudieron serlo las mías, basadas en convicciones tan honestas como convencionales. No estoy pensando sólo en el autoengaño o en hoscas e impacientes excusas, por más que suelan manifestarse antes de alcanzar la meta. Lo que aquí quiero poner de relieve es que, aun creyendo firmemente que esas razones son realmente razonables, subsiste la presunción tácita de que son, además, exigibles. Si se me permite opinar en nombre de tantos que valen más que yo, diré que desde el lejano momento en que comenzamos a experimentar todos esos cambios, tropezamos con la idea de que debíamos de tener razones para no incorporarnos a la Iglesia católica. Nunca he tenido motivos para no abrazar el credo griego, la religión mahometana, o bien la teosofía o cualquier otra sociedad de amigos. Desde luego, de habérseme pedido que lo hiciera, habría podido descubrir y exponer con claridad esos motivos, del mismo modo que habría podido explicar por qué no decidí vivir en Lituania, ejercer de gestor administrativo o cambiar mi nombre por el de Vortigern Brown, por no decir nada de los cientos de otras cosas que nunca se me ha pasado por la mente hacer. El hecho relevante es que nunca he sentido la presencia o la urgencia de que ello fuera posible, que en mis oídos jamás resonó el llamado de una distante y perturbadora voz señalándome el camino de Lituania o del islam, y que nunca me sentí impelido a comprender por qué no me llamo Vortigern o mi fe no es la teosófica. Una presencia y una urgencia de esta índole me parecen hoy universales y ubicuas en lo que hace a la Iglesia, y no sólo, por cierto, para los anglicanos, sino también para los agnósticos. Quiero insistir en ello: no estoy diciendo que las objeciones de éstos carezcan de fundamento. Es más, afirmo lo contrario: que ahora han comenzado a objetar de verdad y que ahora sí comienzan a plantar cara y dar batalla.

Uno de los más famosos maestros modernos de la ficción y la filosofía social, quizás el más famoso de todos, asistió en una ocasión a una discusión que sostenía con un sacerdote anglicano acerca de la teoría católica del cristianismo. Aproximadamente a la mitad de nuestro intercambio, el gran novelista comenzó a dar frenéticos saltos por toda la habitación, con tan típicos cuan hilarantes bríos, mientras iba repitiendo: «¡No soy cristiano! ¡No soy cristiano!», y agitaba sus brazos y piernas como si buscara escapar de las redes de un pajarero. Parecía haber divisado un impreciso y vasto ejército empeñado en una maniobra envolvente para acorralarlo y empujarlo al reducto del cristianismo y, de ahí, de cabeza al catolicismo. Y estaba convencido de haber logrado romper el cerco y no haber caído aún en sus

garras. Con todo el respeto debido a su genio y franqueza, la verdad es que parecía encantado de echar una cana al aire antes de tener que responder a la pregunta: «¿Y por qué no nos convertimos al catolicismo?».

Si he empezado recordando este episodio de la conciencia que todos tenemos de los desafíos de la Iglesia es porque estoy convencido de que está relacionado con otra cosa. Esa otra cosa es la más poderosa de todas las fuerzas puramente intelectuales que han logrado llevarme hacia la verdad. No se trata únicamente de la supervivencia de la fe, sino de la singular naturaleza de su supervivencia. Ya me he referido a ello utilizando la expresión convencional «la vieja religión». Pues resulta que esa religión no es vieja, porque es una religión que se niega a envejecer. En este momento histórico, además, es una religión extremadamente joven o, para decirlo con más propiedad, sobre todo y especialmente una religión para hombres jóvenes. Mucho más novedosa que todas las nuevas religiones que han aparecido entretanto y que profesan jóvenes mucho más fogosos, mucho más impregnados por ella, más entusiastas a la hora de explicar en qué consiste y argumentar a su favor de lo que lo fueron los jóvenes socialistas de mi juventud. No es sólo un cuerpo de guardia custodiando la entrada del templo, sino que ha vuelto a tomar la iniciativa y a dirigir el contraataque. En suma, lo que siempre es la juventud, lleve o no razón: agresiva. Y es esa atmósfera de agresividad que hoy rodea al catolicismo lo que justifica que los viejos intelectuales se pongan a la defensiva. A ella se debe la casi enfermiza conciencia de sus limitaciones a la que he aludido. Los conversos están librando una verdadera batalla, como reza la recurrente fórmula con que comienza la Santa Misa, por alcanzar aquello que pueda llenar de gozo su juventud. Ni siquiera soy capaz de decir si la sobrenatural frescura que impregna tan antigua realidad es explicable, a menos de aceptar la hipótesis de que se trata, en efecto, de un fenómeno sobrenatural.

Ejemplo harto distinguido y digno de esta forma vergonzante de paganismo lo ofrece el señor W. B. Yeats.[1] Nunca leo lo que escribe o escucho lo que dice sin sentirme estimulado. Su prosa es aún mejor que su poesía, y su conversación muy superior a su prosa. Sin embargo, precisamente en este sentido es posible decir que es vergonzante, y aun que lo es inevitablemente, ya que el clima donde prospera se ha instalado aún más pertinazmente en Irlanda que en Inglaterra. Si hubiera de ilustrar con un solo ejemplo una inobjetable defensa del paganismo, difícilmente se podría dar con más clara muestra que la ofrecida por este fragmento de las deliciosas

memorias de Yeats publicadas en *Mercury*, donde su autor medita sobre los poemas más tristes de Lionel Johnson y otros de sus amigos católicos:

> Pienso que [el cristianismo] sólo sirvió para ahondar en la desesperación y multiplicar las tentaciones… ¿Por qué nacen cada día en todas partes estas extrañas almas, dueñas de unos corazones que el cristianismo, en la forma que ha adquirido históricamente, es incapaz de saciar? Nuestro amor se agota con nuestras cartas de amor; no hay escuela pictórica capaz de sobrevivir a sus fundadores, ni brochazo del pincel que con el tiempo no vea menguar su vitalidad: el prerrafaelismo vivió dos décadas, el impresionismo, a lo sumo, tres. ¿Por qué pensar que la religión puede evitar este destino? ¿Será acaso cierto lo que afirma Melarmé [sic], cuando dice que el aire que respiramos está perturbado «por el temblor del velo del templo», o que «nuestra época aspira únicamente a plasmarse en un solo libro»? A finales del pasado siglo, algunos creímos que ese libro estaba a nuestro alcance, pero después vino la bajamar.

Por descontado, es posible corregir algún que otro defecto en estas afirmaciones. Decir que la fe sirve sólo para prohijar más tentaciones es tan cierto como suponer de un perro que se convirtiera en hombre que se vería expuesto a nuevas tentaciones. En cambio, que la desesperación pueda acrecentarse es sencillamente falso, por dos razones al menos: en primer lugar, porque en sí la desesperación es pecado del espíritu y blasfemia para el católico, y después porque resulta impensable que la desesperación de numerosos paganos, incluida la del señor Yeats, lleve en sí la posibilidad de prosperar. Pero lo que me interesa de estas observaciones preliminares es la idea que se hace su autor de la existencia y duración de algunos movimientos. Cuando gentilmente pregunta por qué el cristianismo católico habría de ser más perdurable que otros fenómenos, sería posible responder con más gentileza aún: «En efecto, ¿por qué razón?». Aunque quizás se pueda empezar a vislumbrar por qué ha de ser así, si se parte de la premisa de que, en efecto, tal es lo que sucede. Pero nuestro autor parece obviar, extrañamente, que el mismo contraste que invoca sirve para refutar su argumentación. Si es cierto que veinte años es la duración adecuada para cualquier movimiento, ¿qué clase de movimiento es entonces el que ha sido capaz de durar casi dos mil años? Si las modas no suelen durar más de lo que duró el impresionismo, ¿qué moda es ésa que se prolonga casi cincuenta veces más? ¿No es más lógico pensar que se trata de muy otra cosa que de una moda?

Precisamente, llegados a este punto, vuelve a alzarse la primera de nuestras observaciones fundamentales, que consiste harto menos en el hecho de que lo observado sea capaz de perdurar, cuanto en el modo en que insiste en manifestarse. Si damos por buena la cronología propuesta por el poeta para este tipo de fenómenos, es cuando existe menos motivo de asombro en que

uno solo de ellos lograra sobrevivir tanto tiempo. Y aún más sorprendente es no sólo el hecho de que sobreviva, sino que además se muestre capaz de renacer, y que lo haga precisamente con el vigor que el mismo poeta reconoce haber buscado en otras manifestaciones y haberse sentido frustrado al no hallarla en ningún lugar. Si lo que esperaba encontrar era una novedad, no se entiende por qué le es tan indiferente lo que tan inexplicablemente sigue pareciendo tan novedoso. Si la marea ha vuelto a bajar, ¿por qué no fijarse en la pleamar, que invariablemente retorna? En realidad, todo indica que, como tantos otros profetas paganos, el señor Yeats ha estado esperando la llegada de algo, pero que nunca esperó que acabaría recibiendo lo que le trajo la marea. Esperaba un temblor en el velo del templo, pero jamás imaginó que el velo del antiguo templo pudiera rasgarse. Esperaba que toda una época fuera capaz de plasmarse en un solo libro, pero nunca pensó que ese libro podía ser un misal.

Sin embargo, es precisamente esto lo que ha acabado sucediendo, y no como fruto de la imaginación o detalle argumental, sino como acontecimiento político, real y práctico. La nación que su genio contribuyó a enriquecer se entregó con furia al enfrentamiento, el asesinato y el martirio. Vive Dios que se trata de una tragedia, pero también es innegable que esa tragedia se vio acompañada por una exaltación religiosa a menudo inseparable de los trágicos acontecimientos. No es posible ignorar que la revolución estuvo preñada de religión, ¿pero de qué religión se trataba? Nadie más que yo está dispuesto a admirar las creativas resurrecciones obradas por el señor Yeats con la hechicera ayuda de los cantos celtas. Pero no estoy muy seguro de que el nombre de mujer invocado en el fragor de la batalla fuera el de Deirdre, y me permito dudar que los Black and Tan hayan sentido vergüenza ante el retrato de Oisin[2] al extremo de volverlo hacia la pared.

II
La juventud de la Iglesia (continuación)

Cuando el Gran Arquitecto se mostró receloso de la joven generación que llamaba a la puerta, aparentemente no se le ocurrió pensar que esa puerta, objeto de sus temores, pudiera ser la de la Iglesia. Y sin embargo, hasta en la figura de Ibsen es posible ver las huellas dejadas por tan extraordinario suceso. La misma expresión de Gran Arquitecto tradicionalmente remite a un sistema medieval que precisamente algunos pretenden volver a utilizar como plantilla para diseñar su moderno sistema. Pero si nuestro Gran Arquitecto, guiado por su implacable amiga, hubiese viajado por Europa para visitar sus más altas torres, no habría tardado en descubrir quiénes y cuándo recibieron con toda propiedad el título de maestros constructores. Más de un camino habría podido llevarlo a conocer a uno de esos maestros incuestionables, que no sólo eran capaces de subir a lo más alto de las torres que habían construido, sino que además dejaban grabadas en sus cuatro costados las figuras de sus propios ángeles y demonios para que sobrevolaran, como movidos por alas, el vacío inmenso.

Los artistas y críticos de arte más avanzados de la nueva generación ya se habían acercado a llamar a la puerta de la Iglesia hace cincuenta años, en la época de Ruskin[3] y William Morris.[4] Entre nuestros contemporáneos, otra generación de estudiantes de arte han dado en justificar sus arriscadas —o quizá sólo imberbes— simplificaciones apelando a doctrinas aún más severas, extraídas de los primitivos maestros. Es posible que los nuevos artistas sean, en sentido cronológico, postimpresionistas, aunque en el más pleno sentido histórico también son prerrafaelistas.[5] Pero esa tierna generación que llama a la puerta del Gran Arquitecto no sólo quiere saber qué templo ha construido, sino también a qué gremio de constructores está afiliado. El medievalismo conduce al estudio de lo artístico, como en el caso de Morris y Ruskin, pero asimismo a interesarse en lo económico, como les sucede al señor Sidney Webb[6] y a su esposa. Quede bien claro que mi intención no es discutir la validez de sus teorías, me limito a señalar, sean cuales sean éstas, que no sólo

son anticuadas. Podemos rechazar o ensalzar el método del señor Eric Gill[7], pero si hacemos lo primero no será únicamente porque pensemos que es excesivamente medieval; antes bien, es probable que lo rechacemos por considerarlo demasiado moderno. Es posible polemizar o simpatizar con el gremio de los socialistas, pero nadie puede negar que están convencidos de contribuir al progreso del socialismo cuando lo definen con un término tan antiguo como el de gremio. Sin duda, se exponen al ridículo, la caricatura o la burla de ser considerados exclusivamente avanzados, aun anárquicos innovadores. La generación de avanzada puede no estar en lo correcto, pero no cabe duda de que avanza, y no se puede desdeñar sin más sus entusiasmos alegando que son manifestaciones de una antigua nostalgia.

Podría aducir, desde luego, muchos otros ejemplos, pero a efectos de este resumen bastará con recordar que actualmente no sólo hay movimientos, sino que además las cosas se mueven en nuestro entorno. Me abstengo deliberadamente de ponderar aquellos asuntos que han sido más de mi incumbencia o de la de mi hermano y muchos de mis amigos, y que hace veinte años el señor Belloc sostenía en Inglaterra en la más absoluta soledad. El señor Belloc y mi hermano no eran lo que se dice enfermizos reaccionarios estéticos en busca de sosiego y paz entre las ruinas del pasado. El distributismo que predicaron está cobrando cuerpo en partidos políticos de toda Europa. Pero a diferencia de Inglaterra, en Europa este movimiento tiene raíces más antiguas, la más gloriosa de las cuales, Dios mediante, encarna sin lugar a dudas en el gran papa León XIII. Me limito aquí a anotar sumariamente los sucesos actuales, para que se vea que están inscritos en un continuo que claramente apunta al pasado. No es cierto, como pretenden los relatos racionalistas, que la ortodoxia haya ido envejeciendo lentamente a lo largo de la historia. Es más bien la herejía la que se ha vuelto vieja de repente.

La Reforma envejeció con sorprendente rapidez, mientras que la Contrarreforma, en cambio, rejuvenecía. En Inglaterra sorprende comprobar lo rápido que el puritanismo se transformó en paganismo, y quizás, en última instancia, en fariseísmo. También sorprende constatar cuán fácilmente los puritanos se convirtieron en whigs. A finales del siglo XVII, la política en Inglaterra había perdido todo su vigor y se había reducido a un acartonado cinismo, tan viejo y enjuto casi como los ceremoniales chinos. El ardor y aun la impaciencia juveniles había que buscarlos en la Contrarreforma. En las personalidades católicas de los siglos XVI y XVII es donde encontramos el espíritu más enérgico y, en el único sentido noble de la palabra, más novedoso. Una personalidad como Santa Teresa era auténticamente

reformadora, alguien como Bossuet se atrevía a desafiar, figuras como Pascal y Suárez inquirían y especulaban. El contraataque era lo más parecido a una carga de viejos lanceros de la caballería. De hecho, es una comparación muy útil para lo que nos interesa demostrar. Estoy convencido de que esa renovación, que ciertamente se ha producido en nuestra época, como también se produjo en otra tan reciente como la de la Reforma, es un fenómeno que no ha dejado de producirse a lo largo de la historia del cristianismo.

Si aplicamos el mismo principio y volvemos la vista atrás, es posible citar al menos dos ejemplos entre los que sospecho más de una afinidad: los casos del islam y el arrianismo. La Iglesia ha tenido una infinidad de oportunidades de morir, incluso de ser dignamente enterrada, pero cada nueva generación se ha dedicado pertinazmente a llamar a la puerta. Es más, siempre ha llamado con renovadas fuerzas cuando se ha tratado no de la puerta, sino de la tapa del ataúd donde habían sido prematuramente depositados sus restos. Tanto el islam como el arrianismo fueron tentativas de ampliar las bases mediante un teísmo razonable y simple, apoyado el primero en sus grandes triunfos militares, el segundo en su gran prestigio imperial. Hubiesen podido llegar a instaurar un nuevo sistema de no haber sido porque, sorprendentemente, la única semilla y el tesoro oculto de la novedad estaban ya en el viejo sistema. Cualquiera que lea entre líneas los anales del siglo XII comprenderá que el mundo estaba potencialmente infiltrado por el panteísmo y el paganismo; esto es algo evidente en el temor que infundía la versión arábiga de Aristóteles o en los rumores que corrían sobre los grandes hombres y su supuesta condición de musulmanes no declarados. Ante el relajamiento de la fe primitiva acaecido durante la Edad Oscura de la Alta Edad Media, los mayores pudieron pensar que lo que se avecinaba era la disolución de la cristiandad en el seno del islam. Pero si tal pensaron, les habrá sorprendido descubrir lo que sucedió realmente.

Lo que sucedió fue que millares de gargantas de hombres jóvenes rugieron atronadoramente, mientras ponían su juventud al servicio del alegre contraataque de las Cruzadas. El efecto más real del peligro que suponía la nueva religión tenía que ver con la renovación de nuestros propios jóvenes. Y ahí estaban: los hijos de San Francisco, los *joculatores Domini* (juglares del Señor), infatigables errantes cantando por todas las rutas del mundo, la ascensión gótica de una lluvia de flechas, el rejuvenecimiento de Europa. Y aunque conozco menos bien el periodo anterior, sospecho que lo mismo sucedió con el ortodoxo Atanasio y su revuelta contra el oficialismo arriano. Los ancianos habían convenido un compromiso, pero San Atanasio se puso a

la cabeza de la juventud, cual divino demagogo. Los perseguidos se llevaron al exilio el fuego sagrado: una antorcha flamígera que se podía arrojar a lo lejos, mas nunca apagarse de un pisotón.

Siempre que el catolicismo se ha visto apartado por considerarse que es cosa anticuada, se las ha ingeniado para volver como novedad. Como si se tratara de una parábola en la que, expulsado del hogar, un anciano se ve obligado a vagar en la tormenta, como Lear, pero al cabo regresa, transformado en un joven que encabeza una revuelta y llama a la puerta, como Laertes. Es una parábola que excede cualquier tragedia humana, aun una tragedia de Shakespeare, y que sólo puede ser, en el sentido más riguroso de la expresión, una divina comedia. O en otras palabras, esa tragedia sólo podría ser un milagro medieval, ya que la muy específica realidad que describe sólo admite ser plasmada en un relato sobrenatural o, como diría un escéptico, en una fábula. Nada más fácil, sin duda, que declamar con acento trágico la razón del viejo y la sinrazón del joven, incluso nada más fácil que mostrar al joven castigado por su sinrazón. Pero lo más probable es que el mayor castigo para el joven fuera la muerte del anciano. Que se viera llorando junto a una tumba con inútil arrepentimiento. Pero no podría consistir en que el anciano se levantara de repente de su tumba y le propinara al joven una sentida colleja: éste es el típico castigo que sólo puede concebirse en una divina comedia, un castigo que entraña el tipo de justicia poética que ha marcado, siglo tras siglo, el renacimiento de nuestra religión. Nada hay en lo que los realistas consideran la vida real que pueda compararse con tan enérgica manifestación de vivacidad. Es un tipo de historia mucho más enérgico que los cuentos de fantasmas, y que tiene bastante menos que ver con éstos que con los viejos cuentos de los dioses. Y tiene sentido que así sea.

No se trata de supervivencia. No es imposible imaginar que algo muy antiguo sea capaz de sobrevivir. Los druidas, digamos, si los conflictos religiosos hubiesen seguido otro curso, habrían podido sobrevivir dos mil años hasta nuestros días, merced al cultivo de algunas tradiciones locales. No digo que tal cosa pueda concebirse fácilmente, sino que no es imposible. Pero si tal hubiera sucedido, los druidas nos parecerían hoy supervivientes de dos mil años de edad; en una palabra, los druidas seguirían pareciéndonos druidas. Los sacerdotes católicos no se parecen en nada a los druidas. Nada tiene que ver en ello el número exacto de piedras que permanecen en su lugar originario en Stonehenge, ni cuántas se han derrumbado o fueron destruidas. Las piedras del Stonehenge católico también han sido derruidas, de hecho están siendo derruidas constantemente, y con el mismo empeño vuelven a levantarse. Lo

relevante es que todas las piedras druídicas derruidas siguen estando donde en su día cayeron, y ahí se quedarán para siempre. No se han registrado revoluciones druídicas cada doscientos o trescientos años, ni se han visto jóvenes druidas, portando coronas de muérdago fresco, danzando al sol en la llanura de Salisbury. Stonehenge no ha sido reconstruido en todos los estilos arquitectónicos, desde el tosco y sólido normando hasta el último rococó del Renacimiento. El lugar sagrado de los druidas ha quedado a salvo de lo que puede llamarse el vandalismo de las restauraciones.

En ello reside, pues, esa diferencia fundamental en la que he querido detenerme antes de seguir avanzando, porque de que comprendamos su naturaleza depende lo que pretendemos demostrar. Importa poco la duración, lo que importa es la *naturaleza* de la recuperación. Sin duda ha habido, en las etapas de transición, grupos de buenos y aun gloriosos católicos que se aferraron a su religión como a una cosa del pasado, pero su lealtad y su fe me inspiran demasiada admiración para que quiera reprocharles aquí sus políticas reaccionarias. Es posible asistir a la desaparición de los monjes exactamente como asistimos a la desaparición de los Estuardo, como también que la de los Estuardo nos inspire ni más ni menos lo mismo que la de los druidas. Pero el catolicismo no es algo que haya desaparecido coincidiendo con el fin de la monarquía jacobita, más bien volvió a manifestarse vigorosamente tras el relativo fracaso de los seguidores de los Estuardo. Es posible que hubiera eclesiásticos, supervivientes de la Edad Oscura, que no fueran capaces de comprender el nuevo movimiento de la Edad Media, como seguramente hubo buenos católicos que no consideraron necesarias las grandes maniobras de los jesuitas o las reformas de Santa Teresa, y hasta es posible que hayan sido mejores personas que nosotros.

El caso es que el rejuvenecimiento se ha producido una y otra vez. De esta observación parte mi razonamiento. Considero que puedo dejar para otro momento el análisis de sus efectos en asuntos como los fundamentos de la autoridad o los límites de la comunión. Por ahora, me alegro de constatar que vivimos uno de esos recurrentes periodos de avance del catolicismo, y me atrevo a extraer de ello una sencilla moraleja. El verdadero honor recae en quienes se han mantenido firmes a su causa cuando ésta parecía perdida, y ningún mérito, salvo el de la más elemental inteligencia, ha de concederse a quienes se han sumado a ella cuando parecía encarnar la esperanza de la humanidad.

III
En defensa de la complejidad

He empezado afirmando el poder de la Iglesia para rejuvenecer repentinamente cuando todos esperan que siga envejeciendo, y también he señalado que tal poder en un credo religioso, para cumplirse su constante recurrencia, ha de satisfacer dos condiciones: primero, que sea realmente verdadero, y segundo, que ese poder que lo anima sea más que mortal. En última instancia son éstas las razones por las que se produce el retorno de aquella revolución, exactamente como sucede con las revoluciones de una rueda. Por otra parte, entre las causas secundarias y superficiales de ese proceso de rejuvenecimiento, me parece especialmente digno de mención un factor que siempre han deplorado los reformistas religiosos: me refiero a la complejidad del culto. En cierto sentido, es verdad que la fe católica es la más sencilla de todas las religiones, pero asimismo lo es que representa su manifestación más compleja. Lo que pretendo destacar aquí es que, contrariamente a muchas de nuestras modernas ideas, su triunfo sobre la mentalidad de los modernos es función de su complejidad y no de su simplicidad, y que su reciente resurgimiento en buena medida es debido precisamente al hecho de tratarse del único credo que todavía no siente vergüenza de su propia complejidad.

Durante los últimos siglos hemos asistido a la aparición de un puñado de religiones extremadamente simples; de hecho, cada nueva religión ha procurado ser más simple que la anterior. La prueba evidente de que ello es así reside no tanto en el hecho de que todas esas religiones, en última instancia, se hayan mostrado estériles, cuanto en que tardaran tan poco en caducar. Una vez constatada su existencia, quedaba poco más que decir. El ateísmo, pienso, es el supremo ejemplo de una fe simple. El hombre afirma que Dios no existe, pero si lo dice de todo corazón, es un tipo de hombre que las Escrituras ya contemplaban. Sea como sea, el caso es que una vez ha afirmado tal cosa, ya está: a esos hombres no les queda gran cosa que añadir, es casi siempre imposible que sigan avanzando argumentos. La verdad es que

la exaltación que rodea al ateo poco tiene que ver con el ateísmo, ya que no es más que una atmósfera de teísmo irritable y agitado, una atmósfera de desafío, no de negación. La irreverencia es un parásito muy servil de la reverencia, y suele perecer con su huésped. Tanto jaleo a cuenta de la blasfemia y sus efectos meramente estéticos, para que después todo se desvanezca en su propio vacío. Si Dios no existiera, no existirían los ateos. Es fácil advertirlo en los negacionistas del siglo XIX, porque ese tipo de ateísmo era una consecuencia de las viejas herejías, ya muertas por entonces. Pero se es menos consciente de que el mismo vacío está en todas las modernas formas de teísmo, tan negativo como el ateísmo. Repetir con los optimistas que Dios es bueno y que por consiguiente todo lo que hay es bueno, o con los universalistas que Dios es Amor y por tanto todo lo existente también, o con los cientistas cristianos que Dios es Espíritu y por ende todo es asimismo espíritu, o, ya puestos, con los pesimistas que Dios es cruel y por ello todo es lamentable y horrendo… Decir cualquiera de estas cosas es afirmar algo que no requiere refutación, que a lo sumo despierta un sorprendido «¡oh!», quizás un tímido y débil «caramba». Son afirmaciones, hasta cierto punto, rotundas y redondas, pero quizás un poco demasiado, de tal suerte que se acaba deseando que hubieran sido un poco más complejas. Y ésta precisamente es la cuestión: que no son lo suficientemente complejas para formar organismos vivos, que están desprovistas de vitalidad porque sus funciones carecen de diversidad.

Hay un rasgo que liberalmente comparten todas las escuelas de pensamiento que se suelen considerar liberales: y es que su elocuencia conduce siempre a una forma de silencio no muy distinta de la modorra. Algo hay que distingue a las más delirantes innovaciones y revueltas de la moderna intelectualidad; es una tónica general que está presente en todas las nuevas y revolucionarias religiones que recientemente han soplado sobre el mundo. Y esa tónica es el embotamiento. Sencillamente, son religiones demasiado simples para ser verdaderas. Mientras, por contraste, cualquier campesino católico, con una diminuta cuenta de su rosario entre los dedos, puede ser consciente, no de que existe la eternidad, sino del complejo y hasta conflictivo entramado de eternidades existentes. Puede ser consciente de ello, por ejemplo, al considerar las relaciones entre Nuestro Señor y la Virgen, o entre la condición del Padre y la del Hijo de Dios, o entre la maternidad y la infancia de María. Pensar de este modo ofrece, en un plano sobrenatural, alguna analogía con el sexo: son ideas capaces de fertilizar y procrear, fructíferas y proliferantes, y que nunca se agotan. Ofrecen incontables rostros, pero la faceta que resulta relevante para nuestra discusión es que cualquier

religión dueña de comparable riqueza siempre conserva un tesoro de ideas en reserva. Dejando a un lado las que admiten ser aplicadas a tal problema específico o a un periodo definido, resulta que hay un gran número de fértiles terrenos intelectuales que permanecen, en el sentido apuntado, en barbecho. A diferencia de las nuevas teorías, que fueron elaboradas para resolver nuevos problemas y que al solucionarse éstos desaparecen, las viejas cosas siempre están al acecho de nuevos problemas que a su vez les permitirán renovarse. Un nuevo movimiento católico por lo general es un movimiento que busca resaltar alguna idea católica que en su momento fue desatendida, pero sólo en el sentido de que hasta ahora no había resultado necesaria su aplicación. Ahora bien, en cuanto se manifiesta su necesidad, nada hay que pueda reemplazarla. En otras palabras, el único modo en que todas las necesidades humanas podrán satisfacerse en el futuro será apropiándose plenamente todas las ideas católicas del pasado. Y sólo hay una manera de lograrlo: aceptando realmente ser católico.

En estas anotaciones no pretendo abordar críticamente la Iglesia anglicana o la teoría del anglocatolicismo, porque en mi caso sé que sería el peor método de trabajo imaginable. La Iglesia me alejó del anglicanismo, de la misma manera como la idea de la Virgen me había alejado mucho antes del protestantismo, y ello por la sola fuerza de su presencia, es decir, por el mero hecho de ser bella. Mi conversión se debió a la positiva fuerza de atracción que sobre mí ejercieron aquellas cosas que no formaban parte de mi vida, y no por la negativa denigración de todas las que me había otorgado. Si denigración llegó a haber, por lo general, y casi en contra de mi voluntad, su efecto fue el contrario del que yo buscaba; es decir, una leve recaída. Creo sinceramente que ya entonces esperaba que los católicos fueran realmente capaces de manifestar más caridad y humildad que nadie, y cualquier traza o manifestación de lo contrario dejaba huella en la exacerbada sensibilidad de aquella época. Así pues, soy muy consciente de no querer caer en el mismo error. Formular con más concisión y claridad las conclusiones a las que yo y cualquier otro converso hayamos podido llegar es una tarea relativamente fácil. Porque lo fácil sería alegar tan sólo que nuestra postura nacía de una misma contradicción, dado que siempre sostuvimos que Inglaterra había sufrido toda suerte de desgracias por su condición de país protestante, siendo para nosotros cierto, al mismo tiempo, que nunca había dejado de ser católico. Y desde luego sería fácil, y hasta cierto punto innegable, ver en todo ello únicamente un ejemplo más de la sesgada hipocresía inglesa, un intento de salir del error sin querer admitirlo. Tampoco ocultaré que hay sacerdotes

anglicanos capaces de suscitar, y aun quizás de merecer, palabras denigrativas por su tendencia a hablar del catolicismo como si nunca hubiera sido objeto de traición y persecución. Es una postura ante la que se siente la tentación de responder que San Pedro negó al Señor, pero que al menos jamás se atrevió a negar que lo hubiera negado.

Para casi todas las almas que han experimentado ese tránsito, sin embargo, la verdad es mucho más sutil, y en la mayoría de los casos que he conocido, mucho más amable. He abordado esta cuestión dando deliberadamente un rodeo que puede parecer excesivo, pero es que estoy convencido de que es la mejor manera de hacerlo, por ser la más cargada de sutileza y amabilidad. Lo primero que conviene recordarle, o eso pienso, a cualquier anglicano honesto que albergue dudas es que el poder de resurrección de la Iglesia tiene mucho que ver con ese tesoro que la Iglesia mantiene en reserva. Para detentarlo, es preciso ser dueño del pasado íntegro de la religión, y no contentarse con las parcelas que obviamente parecieron más necesarias en el siglo XIX a los miembros del movimiento de Oxford, o a los partícipes, en el siglo XX, del Congreso anglicano-católico. Todos ellos descubrieron, en efecto, que había cosas útiles y necesarias en el catolicismo, pero fueron descubriéndolas por separado. Salieron a recoger a los campos cristianos, pero no eran sus dueños, y más importante aún: no eran dueños de aquellos terrenos en barbecho. No podían hacerse con todo su tesoro porque no tenían acceso a todas las reservas de la religión.

Abundan las predicciones de lo que nos aguarda mañana, pero son sólo proyecciones más bien torpes de lo que hoy tenemos. Son muy pocos los modernos que se han atrevido a imaginar un futuro que no lo sea. Muchos han enloquecido imaginando que sus bisnietos serán exactamente como ellos, cuando no más parecidos todavía. Pero si la Iglesia es futurista, lo es de un modo sensato, así como también es individualista sensatamente o socialista de la única manera sensata concebible. Y ello es así porque la Iglesia está preparada para enfrentarse a problemas que serán radicalmente diferentes de nuestros problemas de hoy. Siendo esto así, pienso que lo que en puridad, con la mayor justicia y amabilidad, puede decirse de cualquier hombre que, como yo, se considere anglocatólico, admite ser formulado del siguiente modo: ese hombre, desde luego, es un hereje, en el sentido más estricto de la palabra, pero no un heresiarca. No se dedicará a fundar la nueva herejía del momento, sino a *luchar* contra la herejía, de momento. Incluso cuando defienda la ortodoxia, cosa que a menudo le sucederá, se limitará a defender algunos aspectos frente a determinadas falacias. Pero las falacias son modas pasajeras,

y la próxima siempre será distinta. Eso sí, la ortodoxia en que se sustenten habrá pasado de moda, pero la nuestra no.

IV
La historia de una verdad incompleta

En lo que hace a sus principios fundamentales, la Iglesia se complace en su inmutabilidad. A veces se la acusa de ser excesivamente rígida e inamovible, incluso en sus aspectos externos, que constituyen el ámbito legítimo del cambio. Al menos en un sentido, pienso que, en efecto, esto es verdad, si lo que pretendemos decir es que la Iglesia se confunde con su mecanismo y tramoya perecederos. La Iglesia no puede seguir el ritmo de los cambios que marcan sus detractores. A veces la han pillado durmiendo la siesta y empeñada en refutar lo que aún se decía de ella el pasado lunes, sin reparar en que el martes se dijo exactamente lo contrario. Y es cierto que a veces se empeña patéticamente en vivir en el pasado, a tal punto que es capaz de creer que los modernos pensadores continúan hoy defendiendo las ideas que sostuvieron ayer. Las ideas de hoy la dejan literalmente atrás, es decir que desaparecen en el horizonte por sí solas antes de que la Iglesia haya acabado de refutarlas. Es lenta y tardía, porque pone más empeño en estudiar las herejías que los mismos heresiarcas.

Muchos seríamos capaces de señalar ejemplos del mentado error, si es que de un error se trata, en lo que hace al controvertido mecanismo externo del catolicismo. Aún hay católicos dedicados a refutar a los calvinistas, por más que ya ningún calvinista alce la voz. Hay admirables defensores convencidos de que el inglés medio le reprocha a la Iglesia que recele de la Biblia, aunque lo más probable es que hoy se dedique a reprocharle que atienda a las Escrituras. Hay quienes se sienten obligados a elaborar todo tipo de apologías (al menos en el sentido griego de la palabra) para justificar el papel asignado en nuestra teología a la mujer, exactamente como si nuestras feministas de moda siguieran comulgando con la idea que tenía John Knox[8] de los monstruosos regimientos de féminas. Incluso hay quienes intentan justificar a la vieja jerarquía católica por su manera de concebir el ritual, cuando no queda un solo baptista en Balham que no sea también un ritualista. En suma, se puede decir, aunque tan sólo en este sentido convencional y externo, que

los católicos han sido siempre excesivamente conservadores. El catolicismo, si por ello entendemos la mayoría de los católicos, se ha mostrado culpable, en efecto, de lo que el protestantismo le acusaba. El catolicismo ha sido ignorante, tanto que ni siquiera se enteró de que el protestantismo había muerto.

Estos vaivenes son siempre característicos de los movimientos modernos, pero no sucede exactamente lo mismo en el caso de los hombres. Y si hay algo cierto, es que la Iglesia se interesa mucho más por los hombres que por los movimientos. El hombre más despreciable es inmortal, el más arrollador movimiento, tan sólo una realidad temporal, por no decir provisional. Pero aun en el sentido más temporal y en el plano más social, subsiste una diferencia de fondo. En el lapso de un siglo las herejías pueden sucederse con gran rapidez, no así en la vida del hereje y menos aún en la del heresiarca, salvo que sea un irresponsable y un redomado imbécil. Y rara vez los grandes heresiarcas son tan imbéciles. Por lo general, el gran heresiarca se conforma con la gran herejía que ha creado, aunque su propio hijo se dedique a desestimarla. El nuevo cielo y la nueva tierra son lo suficientemente novedosos como para durar una vida entera: el Universo no se destruirá antes de veinte o treinta años. En todo caso, el fabricante del Universo nunca reconocerá que fue destruido. En suma, mientras que las caprichosas filosofías, consideradas en el contexto amplio de la historia, son sorprendentemente volubles, los individuos caprichosos no sólo no lo son, sino que resulta que son todo lo contrario: inamovibles. Apuestan su vida entera a una teoría, casi puede decirse que a una sola idea. El caprichoso es fiel a su capricho. Después de todo, sabe que fue el primero en cultivarlo, y probablemente también que será el último.

Llegados a este punto, no puedo evitar cierta dosis de personalismo. Hay una frase especialmente deprimente y deplorable que se repite una y otra vez en la prensa, una frase que probablemente tuvo algún sentido cuando comenzó a ser utilizada entre los no conformistas y disidentes religiosos, pero que les ha sobrevivido y aun se ha propagado generosamente entre los no conformistas que ni siquiera aceptan conformarse con su no conformista religión. Me refiero a la conmovedora costumbre de afirmar que tal o cual escritor u orador tiene «un mensaje». Desde luego, no cabe duda de que es un ejemplo más de la manía de utilizar frases convencionales sin pensar en lo que dicen y de construir frases con vocablos muertos. Por lo visto, es éste el principal fruto de la educación obligatoria y la edición sin cortapisas. Huxley tiene un mensaje, Haeckel[9] tiene un mensaje, Bernard Shaw tiene un

mensaje. Basta con hacerse la pregunta «¿de dónde lo ha sacado?» para que a la vista queden una infinidad de detalles en los que no suelen reparar los escritores. Y es típico de este estado de confusión que la misma persona que afirma que Haeckel tiene un mensaje, diga acto seguido que Haeckel es un pensador de lo más original. En todo caso, cabe la posibilidad de que nuestro profesor no aspire a ser considerado como un recadero, y de todos modos, ninguno de nosotros está pensando en un mensajero que sea también el autor del mensaje que transmite. Es cierto que el profesor Haeckel es muy capaz de transformar los mensajes según su capricho del momento, vista su aptitud para elaborar diagramas embriológicos perfectamente fantasiosos. Pero, por lo general, un hombre con un mensaje es lo que suele conocerse como un mensajero, definición que, aplicada a un maestro espiritual o moral, ha de suponerse que constituye una afirmación radical y aun extraordinaria de su capacidad para recibir el mensaje directamente de manos de Dios. Decir actualmente de cualquier moralista que tiene un mensaje no pasa de ser una manifestación de confusión mental. Y decir de un ateo que tiene un mensaje es mera contradicción en los términos.

Los admiradores de semejantes individuos se muestran un poco más serios al decir que se trata de pensadores originales. Y sin embargo, no es inexacto decir que la única cosa de la que estos originales individuos jamás hacen gala es de originalidad. Entiéndase que rara vez parten del origen de las cosas, y ni siquiera aspiran a ser el origen de ninguna. Estos revolucionarios son invariablemente reaccionarios, en el sentido más literal: están siempre reaccionando contra algo. Por ejemplo, Tolstoi reaccionaba contra los modernos militarismo e imperialismo; Bernard Shaw reaccionó contra los modernos capitalismo y convencionalismo. En un mundo poblado de campesinos genuinamente plácidos, Tolstoi habría perdido su empleo. En un universo bolchevique y desmelenado, Bernard Shaw no tiene ya nada que decir, salvo quizás que el movimiento que propugnó ha ido mucho más lejos de lo que él hubiera deseado. Pero en ningún caso son estos autores realmente originales, ya que ninguno comenzó en el comienzo, que es lo que ha de hacer todo hombre que se proponga crear un mundo. Por ello no es fácil definir con propiedad este tipo de individualismo intelectual; las frases al uso por lo general resultan de una extraordinaria torpeza, y da igual que quienes las pronuncien estén hablando de mensajes o de originalidad, o que alcancen las más altas cotas de sublimidad y brillante sinsentido disertando sobre mensajes originales. Quizás fuera menos pretencioso y más exacto intentar transmitir (que es lo que la gente, por lo general, aspira a hacer) la idea de que estos

líderes intelectuales tienen algo que decir. Conocen verdades necesarias y olvidadas que sería bueno que expusieran, y además resulta que están muy bien equipados para hacerlo.

[…][10]

al argumento impersonal, es cierto que hubo un tiempo en que estuve expuesto a la amenaza de este tipo de distinción individual. Hubo un tiempo en que algunas personas se dedicaban a cultivar la ilusión de que yo tenía un mensaje. Ignoro si alguno llegó al terrible extremo de considerarlo un mensaje original, pero no creo que me ciegue la vanidad si digo que sé que hubiese sido capaz de lanzar una de esas cosas llamadas mensajes, uno de nuestros grandes mensajes modernos destinado por nadie a cualquiera, y que por lo general llega aproximadamente a una persona de cada diez millones. Es aun posible que hubiese hallado el modo de manifestar mi yo en algún tipo de minúscula secta intelectual, integrada por quienes insistieron en creer, durante cerca de una década, que me dedicaba a exponer alguna verdad novedosa o desatendida. En otras palabras, lo poquísimo que llegué a pensar que tenía que decir corrió en algún momento el auténtico peligro de transformarse en toda una filosofía, armada de pies a cabeza. Sólo puedo explicarme que lograra sobrevivir a tamaño desastre merced a la intervención de la gracia divina, aunque también conviene saber que aun en aquella época, algo en mi mente —algo que siempre está en la mente humana— me decía que lo que necesitaba y andaba buscando no era una nueva verdad a la que aferrarme o una verdad olvidada que rescatar, sino, a secas, la verdad. Pero haber transformado mi única verdad en sistema, como hacen nuestros modernos pioneros, habría supuesto, ni más ni menos, que le brindase a mi única verdad la oportunidad de convertirse en una falsedad. Hubiese bastado con dejarla plasmada en un sistema filosófico para que al instante se viera que la mía era una filosofía demediada.

He expuesto aquí mi propio caso sólo porque es el que conozco mejor, pero pienso que puede contener una útil moraleja para tantas personas temerosas de que la religión católica pueda destruir sus propias ideas, al mostrarse capaz de digerirlas.

Cuando leí por primera vez *El Penny Catecismo*[11], me detuve en una frase que parecía resumir y definir exactamente, aunque en un contexto y un plano más elevados, lo que había estado tratando de comprender y manifestar en mis muchos enfrentamientos con las sectas y escuelas de mi juventud. Aquella frase decía que los dos pecados contra la esperanza son la presunción y la desesperación. Se trataba, desde luego, de la más alta esperanza y, por

consiguiente, de la más profunda desesperación, pero nadie ignora que estos radiantes misterios proyectan sus sombras en nuestro mundo inferior. Y lo que es cierto de la más mística esperanza lo es también, y con exactitud, de la más ordinaria alegría y el más ordinario valor humano. Todas las herejías dirigidas en mi época contra la felicidad del hombre han consistido en variaciones de la presunción o la desesperación, lo que, en los debates de la moderna cultura, se ha dado en llamar el optimismo y el pesimismo. Si tuviera que escribir mi autobiografía en una sola frase (y aspiro a no tener nunca que escribirla en más espacio), diría que mi vida literaria transcurrió entre una época en que los hombres habían empezado a abandonar la felicidad por desesperación y otra en que corren el riesgo de perderla por presunción. Comencé a pensar por mi cuenta cuando se daba por sentado que todas las ideas conducían a la desesperación o a lo que a la sazón se denominaba pesimismo. Como los otros individuos que he mencionado, yo era sólo un reaccionario, ya que mis ideas eran meramente una reacción; eso sí, una reacción que en aquellos tiempos me habría gustado considerar optimista. Ruego la indulgencia del lector, pues me propongo explicarle cómo acabé dándole un nombre más inteligente.

V
La historia de una verdad incompleta (continuación)

A estas alturas debería de estar claro que todas y cada una de las cosas de las que el mundo moderno ha hallado culpable a la Iglesia católica han sido adoptadas por ese mismo mundo, pero siempre en una forma degradada. Los puritanos rechazaron el arte y el simbolismo, que los decadentes[12] volvieron a traer al mundo con toda su vieja carga sensorial y la adicional de la sensualidad. Los racionalistas rechazaron la curación sobrenatural, que han vuelto a traernos los charlatanes yanquis, que no sólo la proclaman, sino que se sirven de ella para prohibir la curación natural. Los moralistas protestantes abolieron el confesonario, mas los psicoanalistas se han encargado de restaurarlo, con todos su supuestos peligros y ni una sola de sus reconocidas garantías. Los patriotas protestantes aborrecieron la intervención de una fe internacional, y tuvieron que dedicarse a resolver los problemas de un imperio enredado en la madeja de las finanzas internacionales. Tras mucho denunciar que las reglas monásticas eran un insulto para la familia, hemos asistido a su desmembramiento por la burocracia; tras no poco quejarse de que cualquiera pudiera ayunar sólo durante periodos excepcionales, ha habido que soportar que vegetarianos y abstemios quieran imponernos a todos un ayuno sin pausas y sin remisión.

Todo ello, ya se ha dicho, salta a la vista, pero también tiene otras consecuencias para la verdad que constituye el objeto de estas líneas, y bastante menos que ver con aquellas evoluciones de orden general, que casi admiten ser consideradas vulgares errores, que con determinadas ideas personales que sirven de inspiración personal a los individuos. Como ya dije en el anterior apartado, es posible que haya jóvenes que, sin sentirse obligados a un despliegue ofensivo de vanidad, lleguen a la conclusión de que tienen algo que decir. Puede que piensen que las polémicas del momento nada tienen que ver con la verdad, y que sería útil recordársela al mundo de manera

tolerablemente lúcida o apropiada. Pienso que hay dos vías que podrían seguir y me permitiré sugerírselas aquí, convencido de que no son pocos los jóvenes que se encuentran en esta situación, y también porque hasta cierto punto puede decirse que yo seguí ambas vías, una detrás de la otra.

Lo primero que puede hacer uno de esos jóvenes es salir con su verdad o verdad incompleta y confrontarla con el bullicio y la confusión del mundo moderno, de la sociedad secular en el sentido más amplio, y medirla con todas las otras ideas propuestas. Puede que le toque el honor de participar en una discusión con el señor Bernard Shaw, el más generoso de todos los púgiles, siempre dispuesto a contender con los recién llegados; puede que le toque reseñar los libros de Maeterlinck[13] y de Bergson[14], y es harto probable que también acabe publicando uno de su propia cosecha. En tal caso, casi seguramente será recibido por los periodistas como el portador de un «mensaje», y en todo caso, es probable que durante algún tiempo esté de moda; eso sí, más incierto es que su idea vaya a experimentar cambio alguno. No habrá árbitro capaz de decirle si venció a Shaw o Shaw lo venció a él; no quedará rastro de sus efímeros, aunque posiblemente excelentes, comentarios de Bergson y Maeterlinck; su propio libro, como el de cualquier otro, dejará un día de circular. Pero aunque haya hecho lo mejor que razonablemente cabía esperar, no le quedará claro si consiguió hacer algo por el mundo, sobre todo porque el mundo apenas tolera lo que no sea una moda o un olvido. Sin embargo, aún le acecha un peligro más grande. Incluso si logra que su verdad funde una tradición, ésta acabará cuajando en rígida herejía. Como no puede ser de otro modo, tratándose de una verdad incompleta, y aun si hubiese sido decretada incontrovertible en vida de su autor, una vez fosilizada habrá dejado de ser verdadera. A veces basta con un par de retoques añadidos por seguidores fanáticos para convertirla en la más extravagante y horrible falsedad. Para ilustrar este extremo me he atrevido a poner como ejemplo, aun a riesgo de parecer egocéntrico, la motivación intelectual que, en mi caso, resultó ser el más poderoso impulso.

La crítica literaria es en buena medida una sarta de etiquetas. Cuando yo empezaba a emborronar cuartillas, en algún momento alguien me tachó de optimista. Pero este término se entendía según el espíritu de la época; valga decir que al llamarme optimista, lo único que quería decir es que no era pesimista. Sin duda pensaba que cualquiera con pretensiones intelectuales debía ser un pesimista. Y es que mi juventud coincidió con el triunfo de Schopenhauer y los poderes sombríos, y el mundo intelectual y artístico en general cargaba con el fardo de la desesperación. La más alegre aspiración

consistía en declararse decadente y reclamar el derecho a descomponerse. Los decadentes decían, en sustancia, que todo era malvado salvo la belleza. Algunos incluso parecían estar diciendo que todo era malvado salvo el mal. Ahora bien, mi primera reacción espontánea consistió en decir que descomponerse era efectivamente una pura podredumbre, pero aproveché para ir formándome al respecto una especie de filosofía rudimentaria, basada en el principio primordial de que, con todo, el solo hecho de existir es un privilegio invaluable y maravilloso. Aquello era ni más ni menos que lo que ahora expresaría diciendo que hemos de alabar al Señor por habernos creado de la nada, pero entonces lo vertí en un librillo de poemas, hoy felizmente inencontrable, en el que describía (por ejemplo) a un bebé nonato que prometía ser bueno con tal de que le dejaran sencillamente ser lo que fuera, o en el que preguntaba qué terribles transmigraciones o martirios había tenido que padecer antes de mi nacimiento para ser considerado digno de contemplar una planta de diente de león. En suma, pensaba entonces, como sigo pensando hoy, que el solo hecho de existir por un breve instante y poder ver la blanca luz del día proyectada en un muro gris, debiera bastar para refutar el pesimismo de aquella época. Pero mi actitud nació esencialmente de mi rebeldía contra aquella atmósfera de pesimismo, y como buen rebelde, era reaccionario; es decir, que en lo esencial me limitaba a reaccionar contra algo.

Ahora estoy convencido de que esta idea, digamos, hubiese podido destacar entre las otras ideas del momento, lo que en el fondo no significa gran cosa. Quiero decir que se hubiese podido hacer algo, tratándola como tema literario, partiendo de la idea de un nuevo optimismo capaz de basarse, no en todo lo existente, sino más bien en cualquier cosa. Pero imaginemos que hubiese sucedido, que se hubiese predicado ese nuevo optimismo y que hubiese sido adoptado como nueva moda intelectual o sentimental. ¡A qué sarta de espantosas y abominables sandeces no habría dado lugar tras haber pasado de moda! Nunca pretendí que fuera recibida como la maravilla del noveno día, sino más bien, por así decirlo, como la del séptimo: el reconocimiento, cada día de la semana, de la maravilla de la creación nacida de los primeros siete días. Pero mucho antes de alcanzar el noveno día, aun antes de llegar al séptimo, no habría faltado quien descubriera en ella una prometedora propensión a lo perverso y a la locura.

La verdad sea dicha, el abanico de posibilidades ofrecido a tan inocente idea es propiamente espantoso. Es una idea, en realidad, que fácilmente podía convertirse en herramienta de destrucción de todo lo que tengo en más estima. Si otra pasión intelectual he cultivado, paralela a la repugnancia que me

inspira el pesimismo de moda, ésa ha sido mi aversión hacia la plutocracia, también tan de moda. Así como a la sazón sólo pude expresar mi primera pasión diciendo que era optimista, sólo fui capaz de manifestar la otra declarándome socialista. Pero la verdad es que aquella fantasiosa idea que se plasmaba en mi filosofía del asombro y la gratitud podía igualmente servir no sólo para hacer añicos cualquier forma de socialismo, sino incluso la más tímida aspiración a la reforma social. El optimismo del asombro fácilmente podía convertirse en el arma de todas las tiranías, usuras y violentas corrupciones que jamás hayan oprimido a los pobres: bastaba para ello con que el tirano de turno decretara que la gente debía estarle agradecida por el solo hecho de no haberle quitado la vida. O que dijera que el hombre despojado de sus derechos políticos y legales podía dar las gracias porque se le dejara admirar una planta de diente de león. O que el hombre injustamente encarcelado había de darse por satisfecho con la posibilidad de ver un rayo de luz iluminar los muros de su celda.

Me ceñiré a estos modestos ejemplos, consciente de lo que acaba sucediendo con las verdades incompletas cuando consiguen imponerse como herejías. Habrá millares de casos parecidos con parecidas teorías, supongo, pero en todos ellos la moral que puede extraerse es que la verdad incompleta ha de relacionarse con la verdad íntegra. ¿Y en quién recaerá la tarea de relacionarlas? La razón por la que a Herodes el tirano no hay que dejarlo que asesine bebés no es que éstos se habrían alegrado, antes de nacer, de poder disfrutar de unos pocos meses de vida. Ningún hombre ha de ser esclavizado sobre la base de que incluso un esclavo puede gozar de la contemplación de una planta de diente de león. A ningún hombre habría que encarcelarlo injustamente para que así pueda ver un rayo de luz proyectado sobre un muro. En una palabra, el asombro, la humildad y la gratitud son cosas buenas, pero no son las únicas cosas buenas, y algo habría que hacer para que el poeta que las ensalza reconozca que la justicia, la piedad y la dignidad humana también son cosas buenas. Y conociendo un poco a los modernos poetas, entregados a la moderna imaginación, sólo se me ocurre una cosa que pudiera contribuir a ello.

He dicho que hay dos vías que puede seguir el joven especialista en verdades incompletas. He dado de él un ejemplo personal y esbozado para él un posible final atroz. La otra vía consiste en llevar consigo la propia verdad incompleta a la cultura de la Iglesia católica, que es una verdadera cultura donde podrá ser cultivada. Esa cultura es un auténtico jardín, mientras que el estruendoso mundo exterior no es hoy menos un desierto por el hecho de ser

un desierto clamoroso. Es decir, tiene la posibilidad de llevar su idea a un lugar donde será valorada por lo que de verdadero contenga, donde recibirá el aporte de otras verdades y a menudo el sostén de argumentos mejores que los suyos. En otras palabras, pasará a formar parte, por pequeña que sea, de una civilización perdurable, cuyas riquezas morales tienen el valor que la ciencia asigna a sus cúmulos de datos. Por ello, en el ejemplo baladí que he dado, nada más incierto que aquel viejo temperamento infantil mío que la Iglesia católica en modo alguno reprueba. La Iglesia no reprueba el amor por la poesía o la imaginación; no condena, antes bien recomienda, los sentimientos de gratitud hacia el soplo de la vida. De hecho, muchos poetas católicos se han especializado en esta vena, siendo su primera y quizás más primorosa manifestación el gran *Cántico* de San Francisco. Y asimismo sé que en tan sensata sociedad espiritual, el optimismo nunca se verá convertido en orgía anárquica o paralizadora esclavitud, y que en ella es imposible que prospere la irónica desgracia de descubrir una verdad para acabar propalando una mentira.

VI
Una nota sobre religiones comparadas

El otro día un profesor me acompañaba a visitar las ruinas romanas de una antigua ciudad británica. Hizo un comentario que me pareció una sátira de otros profesores. Es hasta probable que se diera cuenta de la ironía, pero mantuvo su semblante grave; lo que no sabría decir es si se dio cuenta de que el verdadero objeto de su ironía era la mayor parte de la ciencia de la historia y la religión comparada. Yo había llamado su atención sobre un bajorrelieve o moldura que representaba el rostro del sol con su habitual corona de rayos, salvo que la cara inscrita en el disco, en vez de ostentar los rasgos juveniles de Apolo, era un rostro barbado, como el de Neptuno o Júpiter. «En efecto», asintió, no sin cierta compungida exactitud, «se supone que es la representación del dios solar local, Sul. Los expertos más competentes identifican a Sul con Minerva, pero se ha podido demostrar que dicha identificación es incompleta».

He ahí lo que se dice una bella lítotes. Me sorprendió lo mucho que recuerda al gran número de comparaciones que he podido hallar en las llamadas religiones comparadas, sobre las que haré un comentario al final de estas notas. Muchos profesores que se dedican a la comparación me recuerdan a dicha identificación de Minerva con la Mujer Barbuda del señor Barnum.[15] De hecho, este ejemplo permite ilustrar la locura del mundo moderno mucho más elocuentemente que cualquier sátira. Hace mucho tiempo el señor Belloc inventó un catedrático imaginario que sostenía que, gracias a las más recientes investigaciones, se había podido demostrar que tal busto de Ariadna era en realidad una estatua de Sileno. Cuando los universitarios «identifican» las creencias católicas con diversos dogmas paganos, no digo que sus tesis carezcan de sustancia; me limito a observar, con docta reserva, que estamos ante una identificación incompleta.

Los escépticos nunca nos brindan el beneficio de su escepticismo. Dicho de otro modo, no lo aplican a lo que debieran. El señor H. G. Wells, por ejemplo, ha llevado el suyo al extremo de mostrarse menos escéptico con la

religión que con el pensamiento, y hasta de mostrarse escéptico con el escepticismo. Wells ha sugerido la idea de que ni siquiera existen categorías, que cada una de las cosas existentes es una sola en el sentido de que es absoluta su unicidad. Ha insinuado que cada una de las estrellas se distingue de las otras no sólo por su esplendor, sino en su misma cualidad estelar, o que cada farola se distingue de todas las otras, de tal suerte que ni siquiera podemos afirmar que en esta calle haya diez farolas. Pero incluso tras haber establecido que todas las clasificaciones son falsas, se las ingenia para utilizar lo que en puridad son clasificaciones espurias. A lo que más se parece su método es a la elaboración de una lista de estrellas, en la que una sería una bengala, otra un meteorito y otra una farola (y en este sentido, asimismo un farol). En su *Outline of History* y otras obras recientes sobre religión, pone al cristianismo en un lugar de su lista junto con las otras religiones. Compara sus efectos morales con los de la religión musulmana o sus orígenes morales con los de la religión budista, cuando curiosamente es éste uno de los pocos casos en los que podría aplicar con propiedad su original argumentación escéptica. La verdad, según un escéptico, admite varias formulaciones. Puede sostenerse, desde cierto punto de vista, que no existe tal cosa como una religión budista, ni siquiera la religión musulmana. Pero también se puede adoptar otro punto de vista, y decir que si ésas son religiones, entonces el cristianismo no lo es. Este segundo argumento, a pesar de su carácter vagamente metafórico, está bastante más cerca de la verdad, ya que ésta, para utilizar el epíteto favorito del señor Wells en su etapa inicial, es real y auténticamente «única». El cristianismo no es una religión, es una Iglesia. Puede que exista una religión musulmana, pero a nadie se le ocurriría hablar con naturalidad de una Iglesia musulmana. Es posible que el budismo sea una religión, pero nadie lo llamaría la Iglesia budista. Incluso cuando se evita el término se está confirmando su validez: nadie que odie a la Iglesia carece de una idea sobre lo que es una iglesia. Esa idea es una combinación de cosas que, sin embargo, constituyen realmente una sola, y esa sola cosa en realidad es una: sólo hay una especie, ilustrada por un único individuo. De tal modo que cuando el señor H. G. Wells nos informa de que cada farola es única y cada humilde clavo lo es también, lo que está haciendo es pasar por alto la única cosa en todo el mundo que es auténticamente única, y además sin siquiera darse cuenta de que existe.

Afirmo que la idea misma de una Iglesia católica es *sui generis*, dejando de lado qué o quién pretenda encarnarla. Y no remito aquí a comparaciones entre herejías cristianas, sino a lo que sucede al compararla con las religiones

paganas. No hay mejor demostración de la incongruente e incomparable variedad de religiones rivales, de hecho, que el que una de ellas y sólo una pertenezca a aquella otra categoría. Una de esas religiones paganas en realidad es una herejía cristiana: cuanto más sabemos sobre el gran movimiento musulmán, mejor comprendemos que originalmente fue una revisión del cristianismo que desembocó en una simplificación, bastante parecida a la del arrianismo. De las otras religiones llamadas orientales, muchas de ellas existían ya antes de la aparición del cristianismo, y prácticamente todas hubiesen podido existir sin él. Considero innegable, en cambio, que el islam nunca habría existido sin el cristianismo, del mismo modo que es una obviedad decir que el calvinismo o el lolardismo[16] o el luteranismo jamás habrían existido sin el cristianismo. De igual modo, tampoco puede decirse que el movimiento musulmán haya sido anticristiano, en el sentido actual del término. Los musulmanes pusieron a Cristo en un sitial moralmente tan alto como el que le asignaron los unitarios[17], y le confirieron un estatus más sobrenatural aún que el que le reconoce más de un sacerdote liberal o *broad church* anglicano. Si vamos a ser justos con Mahoma, hay que empezar por reconocer que su principal objeto de repudio fueron los cultos idólatras de Asia. Sólo que Mahoma suponía, como supusieron los arrianos y siguen haciéndolo los unitarios, que podría refutarlos más eficazmente acercando posturas con el teísmo. Pero lo que distingue la suya de herejías como la arriana o la albigense es el haber surgido en una de las fronteras extremas de la cristiandad, lo que le permitió expandirse por el mundo bárbaro. Si bien en esto también sería posible establecer algún paralelismo con la aparición del protestantismo en Alemania.

Pues bien, este principio de diferenciación puede aplicarse a cada una de las religiones rivales. No sólo porque pertenecen a categorías distintas de la de la Iglesia católica, sino también porque sus correspondientes categorías se distinguen entre sí. Si el islam admitiera una clasificación de esta índole, no habría que ponerlo en una misma categoría junto con el cristianismo, el confucianismo y el brahmanismo, sino que más bien formaría un grupo aparte con el maniqueísmo, el pelagianismo y el protestantismo. Del mismo modo, Buda no debería compartir el mismo espacio con Cristo, Mahoma y otros afines, sino formar una categoría aparte con Pitágoras, Platón y compañía, ya que ilustra una clase de filósofos místicos para quienes lo que comúnmente llamamos religión estaba dotado sólo simbólicamente de realidad, y cuya principal preocupación era la unidad metafísica. Es posible que Buda tuviera algunas de las virtudes de un santo, pero en realidad fue un sabio, y quizás

fuera lo que se dice un idealista, y también fue algo muy parecido a un pesimista. En todo caso, no representa una Iglesia y ni siquiera fundó una. Para aquilatar su aportación, tendríamos que remontarnos a los orígenes del brahmanismo. Pero al hacerlo, descubrimos que el brahmanismo, a su vez, no es una nueva variación de algo ya existente, sino una realidad completamente distinta que engendró sus propias variaciones. Tiene mucho más que ver con las viejas mitologías populares, como nuestra mitología pagana, y probablemente en sus orígenes se confundiera con algún culto a la naturaleza. El budismo, en cambio, innegablemente es lo contrario a este tipo de culto, y sería más acertado definirlo como un movimiento iconoclasta que busca destruir el ídolo que lleva por nombre naturaleza. Por último, es evidente que el confucianismo no es una religión, salvo que consideremos religiones el sistema educativo inglés o la *Kultur* del imperio alemán. Hasta cierto punto se puede pensar que lo son, en la medida en que nada hay que no esté basado, consciente o inconscientemente, en alguna religión, o en la negación de la religión. Pero a nadie se le ocurriría tacharlos de iglesias, y es imposible que se los pueda comparar con una Iglesia concebida como dogmática y divina. Estas formas de la desesperación, en las que unas son una imitación, otras una duda y otras un ceremonial social, nada tienen en común, salvo el hecho de que ninguna es una Iglesia y que todas ofrecen ejemplos de las muchas cosas con las que al hombre le es dado experimentar, en ausencia de Iglesia.

Me ha parecido sensato añadir esta nota sobre un asunto que preocupa a no pocos investigadores, a pesar de que nunca me haya interesado especialmente. Siempre he pensado que todos esos sistemas morales de Oriente desprenden un aroma realmente distinto al de la moral cristiana, y aun que el gusto por la moral ha sido siempre algo fundamental para nosotros, aunque no siempre para ellos. Eso sí, considero una curiosidad literaria el hecho de que el señor Wells concibiera una categorización de las religiones que tan manifiestamente se deshace al entrar en contacto con la idea de categoría que el mismo autor se hacía. Y sostengo como un hecho histórico evidente y probado que la naturaleza de la Iglesia católica es tan extraordinaria como extraordinarias son sus aspiraciones. No es sólo que sea la única realidad merecedora de un culto específico, sino que realmente es la única que reclama tal cosa. Es perfectamente posible ser pagano y odiar a la Iglesia, como es igualmente posible ser pesimista y odiar el universo. Pero que Iglesia hay una es tan cierto como que uno es el universo, y no es de sabios andar por ahí buscando su réplica.

VII
Una nota sobre religiones comparadas (continuación)

Desde que redacté mi anterior entrega he tenido la oportunidad de hojear una obra de divulgación que supone una especie de comentario a lo que había escrito. Formalmente parece una contradicción, pero en los hechos es una confirmación. Yo había observado que el señor Wells, quien originalmente sostenía la tesis de que las cosas no admiten comparación alguna entre sí, después se dio con excesivo celo a la tarea de asimilar las religiones históricas entre sí. Señalaba, de paso, que lo que llamamos las religiones del mundo difieren, no porque todas sean verdaderas, sino porque todas son religiosas. Se diferencian no sólo por lo que logran realizar, sino por lo que pretenden lograr. Una de las más interesantes, el budismo, hasta cierto punto es el tema de un pasaje en un libro reciente, *The Outline of Literature,* donde el mismo señor Wells aparece citado como autoridad en las enseñanzas divinas de Buda. La cita reza: «La enseñanza fundamental de Gautama[18], como ahora es posible comprobar por el estudio de las fuentes originales, es clara y sencilla, y está en perfecta armonía con las ideas modernas». Puede que esto sea un consuelo, pero quien ha fatigado una cantidad razonable de escritos periodísticos y polémicas de actualidad puede sentir la necesidad de preguntar: «¿Qué ideas modernas?». Tan sólo en las obras del señor Wells hay tal cantidad y variedad de ideas modernas que resulta un poco difícil ponerse en armonía con todas ellas.

Todos tenemos una idea más o menos general del budismo; sabemos que preconiza la abnegación, la extinción del ego y demás. Pero estas palabras pueden significar varias cosas diferentes. Es cierto que podrían armonizarse con las ideas modernas. Con las ideas modernas de Schopenhauer, por ejemplo, quien sostenía que la voluntad de vivir es un engaño que nos hace vivir contrariamente a la razón. O con las ideas modernas de Swinburne[19], que compara la vida con el lecho de un río agotado del que lo mejor que

puede pensarse es que algún día alcanzará el mar de la muerte. O también con las ideas modernas de A. E. Housman[20], preocupado por saber por qué le despertaron a la vida y cuánto tardará en morir y podrá volver al sueño eterno.

Todas éstas son ideas modernas, a pesar de lo cual no parece que sean muy brillantes o vitales, por más que quienes las formularon se dedicaran a cosas como la creación de un gobierno mundial o incluso la redacción de un «esquema de la historia». Es más, difícilmente puedo imaginar a alguien menos capaz de apreciarlas que el señor Wells. Así, este autor se pregunta si el budismo es un pesimismo para determinar lo que en realidad sea. Y ésta es su conclusión: «Mientras el hombre no logre superar sus deseos personales, su vida estará llena de penalidades y sólo podrá causarle dolor. Hay tres formas principalmente que asume el deseo de vivir, y las tres son malas. La primera es el deseo de satisfacer los sentidos, la sensualidad. La segunda es el deseo de lograr la inmortalidad personal. La tercera es el deseo de prosperidad, la dedicación a lo mundano… Pero si el hombre consigue realmente superarlos de modo que dejen de gobernar su vida, si consigue que el pronombre personal de primera persona desaparezca de sus más íntimos pensamientos, entonces habrá alcanzado la más alta sabiduría, el Nirvana, el reposo del alma. Ya que Nirvana no quiere decir, como muchos piensan equivocadamente, la extinción sin más, sino la extinción de las fútiles aspiraciones personales, que forzosamente hacen que la vida sea mezquina o lamentable o espantosa».

Me sé incapaz de demostrar un conocimiento de Buda y el budismo que no sea del tipo más general, y es muy posible que el señor Wells sepa más que yo acerca de estas cosas. Pero no es necesario comprender el budismo, basta con saber algo de lógica para vislumbrar una dificultad en su razonamiento. Es innegable que el Nirvana aparece hasta cierto punto representado como la aspiración última y eterna del espíritu. Que Nirvana sea un equivalente de la no existencia o que el budismo niegue la posibilidad de una forma de vida individual después de la muerte, lo cierto es que el budismo promete alcanzar el Nirvana después de morir. Negar tal cosa sería lo mismo que decretar carentes de sentido todas las frases en las que aparezca la palabra «Nirvana». Ahora bien, si el alma lograra de algún modo alcanzar ese tipo de paz después de morir, y si al mismo tiempo resultara que no puede haber inmortalidad de la persona después de la muerte, pues sencillamente el Nirvana sería literalmente eso, la extinción, y no hay nada más que añadir. Si tal cosa es el Nirvana, la no existencia es el Nirvana. Y si se considera que es bueno el Nirvana, la no existencia también lo será. Puede que el budista no consiga

extinguirse en vida, pero al menos alcanzará la extinción al morir. Puede incluso, de hecho, ir preparando su futura extinción borrando su yo en vida. Pero es difícilmente concebible que este modelo corresponda con el ideal moral del señor Wells. No veo al señor Wells diciéndole a alguien que si logra desprenderse de su egoísmo se sentirá tan feliz como un cadáver o, literalmente, más muerto que vivo. No lo veo recomendando que haya que mostrarse benévolo como una no entidad o bondadoso como nadie. Perseguir un ideal de esta especie supone, al pie de la letra y tomando literalmente el sentido de otra expresión aún más vulgar, salir mal parado.

A decir verdad, puedo imaginar que muchos teósofos occidentales estén dispuestos a negar que el budismo rechace cualquier forma de inmortalidad personal. Y sospecho que algunos budistas orientales sostendrían lo contrario, aduciendo que la inmortalidad personal ha de ser forzosamente maligna precisamente porque es personal. Pero incluso esta argumentación sería racional, y podría incluir la observación de que nuestra vida en este mundo es inevitablemente maligna asimismo porque es personal. Podrían entonces decir que el mal no reside en ser egoísta, sino en el hecho de tener un ego. Lo que vendría a suponer que el mal consiste en tener un alma. Por eso sería preferible que el yo se extinguiera con la muerte de la persona o, para decirlo con nuestras palabras, que es mejor que el alma desaparezca al morir. Hay quienes se atreven al menos a sostener esta tesis, y sin duda verían en el rechazo ofendido del señor Wells a lo que sea puro egoísmo apenas una forma de sentimentalismo. Sea como sea, no puede ser que el Nirvana represente a la vez la liberación del yo, que sólo puede alcanzarse después de la muerte, y también la placidez y el equilibrio que cualquiera puede experimentar en vida. Seguramente el gran sabio oriental nunca utilizó el lenguaje de una manera tan laxa.

Pero sucede que quien sí utiliza el lenguaje de este modo es un gran cerebro de Occidente. El problema estriba en un elemento que está presente en la mayoría de las obras del señor Wells, que quizás sea, de todos sus puntos flacos, el que realmente disminuye su grande y admirable talento. El caso es que este autor se muestra incapaz de ocultar completamente cierto espíritu de contradicción, como si no pudiera dejar de marcar tantos o, casi puede decirse, de hurgar y escarbar todo el tiempo. No de modo consciente, sin duda, decide ver en Buda a un aliado de las ideas modernas, algo así como un contrapeso a las ideas católicas. Por consiguiente, lo que busca es demostrar que Buda era un moderno escéptico, pero sin tener que admitir que fue un moderno pesimista. Pretende invocar el budismo en contra de la

aspiración cristiana a la vida eterna, ahorrándose el tener que hacerlo para demostrar su oposición a la aspiración humana a la vida. Así, en lo que hace al mundo trascendente, Buda se ve transformado en el gran nihilista de la noche oscura y sin luminarias, pero respecto del mundo en el que vivimos queda convertido en un simpático altruista, alguien parecido a un no conformista que decidiera apuntarse a una Sociedad de Amigos de la Ética. Aquí tenemos, pues, a nuestro nuevo Gautama, un individuo aseado y atildado, el perfecto candidato a asistir a ceremonias de vegetarianos y agnósticos en una modesta capilla de los suburbios. Por mi parte, me permito pensar que el gran sabio, santo o escéptico hindú valía un poco más que eso. Pero lo que sucede es que el señor Wells está queriendo matar dos pájaros de un solo tiro, sin importarle que vuelen en direcciones opuestas. Una de esas aves es la blanca paloma de la esperanza eterna; la otra, el negro cuervo de la desesperación.

LA IGLESIA CATÓLICA Y LA CONVERSIÓN
1927

Prólogo de Hilaire Belloc

Con no poca timidez abordará quien haya nacido en la fe el tremendo asunto de la conversión religiosa. En verdad, es mucho más fácil hacerlo para alguien que lo ignore todo de la fe que para el que ha tenido la suerte de conocerla desde la infancia. Resulta un tanto impertinente asomarse a una experiencia que no es personal y que está condenada a ser más imperfectamente comprendida, y a la vez hacerlo ignorándolo todo de su principal asunto. Quienes de nacimiento viven en la fe a menudo viven por su cuenta y en paralelo, o de modo parecido, el mismo tipo de experiencia que lleva a quienes de entrada no conocieron la fe a reconocerla y aceptarla. Así, pues, sucede con frecuencia que los que reciben la fe al nacer atraviesen una etapa de escepticismo en su juventud y a medida que avanzan los años, y sigue siendo habitual (si bien menos que para las anteriores generaciones) que hombres de cultura católica, conocedores de la Iglesia desde su niñez, decidan abandonarla al entrar en la madurez y nunca regresen a ella. Pero actualmente, entre quienes en su juventud se sintieron fuertemente atraídos por el escepticismo, se produce con más frecuencia un fenómeno (y es en esto en lo que estoy pensando) que consiste en el descubrimiento, a través del conocimiento de los hombres y la realidad en toda su diversidad, de que las verdades trascendentes que les fueron inculcadas en la infancia pueden volver a ejercer una poderosa fascinación sobre sus facultades adultas.

Tal experiencia en el católico de cuna, insisto, admite hasta cierto punto que se la considere como un fenómeno de conversión religiosa. Aunque en realidad se distingue de la conversión propiamente entendida, ya que ésta apunta más bien al paulatino descubrimiento y gradual aceptación de la Iglesia católica por parte de hombres y mujeres que empezaron en la vida sin tener una idea clara de su existencia, y para quienes ésta fue, en sus años de formación, poco más que un nombre, en algunos casos considerado con desdén y siempre desligado de la realidad conocida.

Los hombres y mujeres que experimentan la conversión quizás representan el principal factor de vigor renovado y creciente para la Iglesia

católica de nuestro tiempo. La admiración que inspira su conversión en el católico de nacimiento es una réplica exacta de la que la Iglesia testimonió en sus inicios a los mártires de la fe. Porque conviene recordar que «mártir» significa «testigo». El fenómeno de la conversión, que afecta a todas las clases y personalidades, ofrece actualmente el mayor *testimonio* sobre la verdad que anida en las aspiraciones de la fe, sobre el hecho de que la fe es una realidad y que sólo en ella es posible hallar solaz en medio de la realidad.

A medida que aumenta la ignorancia de los hombres sobre este asunto, también se da en suponer que los novicios de la Ciudad de Dios representan un solo tipo humano, y en igual medida se pretende ensayar alguna definición sencilla del tipo de mentalidad más proclive a abrazar el catolicismo. Se puede querer definirla como la manifestación de un deseo de seguridad o como una atracción sensorial comparable a la ejercida por la música y la poesía. Cuando no se atribuye a esa forma especial de debilidad que impera en algunas mentes y que expone a la sujeción y a la mutabilidad de los estados de ánimo por influencias ajenas.

Basta con conocer de cerca a los típicos conversos de hoy para aquilatar el sinsentido de estas teorías. Los hombres y mujeres llegan a la fe por cualquier puerta imaginable movidos por toda suerte de procesos, desde la pausada ponderación intelectual hasta la repentina visión, el cuestionamiento moral e incluso la pura volición intelectual. Es decir, llegan a ella merced a la más amplia experiencia. Para algunos sucedió durante un viaje, para otros meditando las lecciones de la historia más profundamente que sus coetáneos, y los hay que la descubren en un accidente de sus vidas. No sólo son infinitas las vías que conducen a la fe (aunque todas ellas convergen en un mismo punto, como no puede ser de otro modo, ya que sólo la verdad es una, y el error, infinito en sus ramificaciones), sino que los tipos individuales en que encarna el proceso de la conversión ofrecen la mayor diversidad imaginable. Si se intentan trasladar a un determinado caso las emociones o el tipo de razonamiento que en otro condujeron a la conversión, lo que resulta es un desadaptado. El cínico se convierte, pero también lo hace el sentimental, y asimismo se convierten el tonto y el sabio, el sempiterno inquieto que duda de todo y el hombre que fácilmente acepta someterse a la autoridad: todos y cada uno se convierten a su manera. Hay una puerta de acceso a la Iglesia católica que indudablemente atrae por su espectacularidad o por la admiración y deseo de imitación que son capaces de suscitar algunas de sus figuras más señeras. Pero al día siguiente descubrimos que hay otra que abre en medio de la más triste soledad, y que el converso que la ha atravesado sorprendentemente lo

ignora todo del grandioso efecto general que la Iglesia católica es capaz de ejercer sobre el carácter de las personas. E inmediatamente después aparece una tercera puerta, completamente diferente, por la que el hombre parece entrar movido, no por su soledad, sino por la influencia de otras mentes, y donde decide dar el paso asqueado de la poquedad o el mal del que hasta entonces ha vivido rodeado.

La Iglesia es el hogar natural del Espíritu humano.

Quien pretenda explicar el fenómeno de la conversión basándolo en cualquiera de los sistemas que lo reducen a una forma de ilusión se condena a no hallar respuestas. Si se parte de la idea de que la conversión puede resultar de esta o aquella o cualquier otra causa equivocada, o particularmente limitada e insuficiente, se acaba pensando que es un fenómeno inexplicable.

Hay una sola explicación para este fenómeno (un fenómeno siempre activo, pero que parece serlo más para el habitante culto de los países de habla inglesa formado fuera de la Iglesia católica), una sola capaz de dar cuenta de la diversidad de conversiones y la variedad infinita de las personalidades que se sienten atraídas por su gran promesa, y esa única explicación es que la Iglesia católica es la realidad. A cierta distancia, muchos pueden confundir una montaña con una nube, pero la realidad de la montaña es reconocida por todos como una parte sólida y estable del mundo, dotada de un perfil definido y unas cualidades inalterables, y entre quienes así la reconocen hay hombres famosos por el interés de sus razonamientos, la agudeza de su visión y las dudas que albergaron previamente, de tal manera que ante tan masiva evidencia es forzoso concluir que aquel objeto contemplado, la montaña, forma parte de la realidad objetiva. Cincuenta hombres a bordo de una nave escrutan el horizonte en busca de tierra. Primero cinco, después diez, luego veinte la divisan y reconocen, y anuncian el descubrimiento a sus compañeros. Los otros, que no la ven o la confunden con un banco de bruma, pueden consultar una maqueta en la que aparecen reproducidos su perfil y accidentes, que ha sido realizada, además, por los más diversos testigos (hay quienes hubieran preferido que no hubiera tierra en ese punto, otros tienen miedo de acercarse a ella, y también los hay que se alegran de haberla encontrado, junto a otros que pertinazmente se dedicaron a burlarse de la posibilidad misma de que pudiera divisarse tal cosa como la tierra), una diversidad que es garantía de que los testimonios concuerdan y son convincentes. Y en la convergencia de tan diversos testimonios precisamente encontramos una de las innúmeras pruebas sobre las que reposan los fundamentos racionales de nuestra religión.

I
Introducción. Una nueva religión

La fe católica solía ser conocida como «la vieja religión», pero en la actualidad ocupa un lugar destacado entre las «nuevas religiones». Ello nada tiene que ver con su verdad o falsedad, y sin embargo mucho con la comprensión del mundo en que vivimos.

Sería realmente muy poco de desear que los hombres aceptaran el catolicismo sólo en tanto que novedad. El hecho, no obstante, es que lo es, ya que actúa sobre el medio que la rodea con la característica fuerza y frescura de las cosas nuevas. Aun quienes la atacan, por lo general lo hacen como si se tratara de una novedad, una innovación, y no simplemente como un vestigio del pasado. Comentan las actuaciones de la tendencia «avanzada» en la Iglesia de Inglaterra o las «agresiones» de Roma. Cuando hablan de extremistas, pueden estar refiriéndose a un socialista o a un ritualista. Para cualquier familia protestante respetable, sea anglicana o puritana, en Inglaterra o Estados Unidos, el catolicismo es considerado actualmente, a efectos prácticos, como una nueva religión. Es decir, como una revolución. No es una pervivencia del pasado. En este sentido, no es una antigüedad. Tampoco es necesariamente tributaria de la tradición. En los lugares donde no puede apoyarse en las tradiciones o donde todas las tradiciones son contrarias a ella, se establece por méritos propios, no en tanto que tradición, sino como una verdad. Sucede con frecuencia que el cabeza de alguna de esas familias anglicanas o, en Estados Unidos, puritanas, descubre un día que sus hijos han decidido romper con su propio compromiso más o menos vagamente cristiano (un compromiso que se consideraba normal en el siglo XIX) y que andan buscando por diversas vías distintas formas de fe o modas religiosas que él considera poco más que caprichos. Uno de sus hijos se hace socialista y cuelga en su cuarto un retrato de Lenin, una de las hijas practica el espiritismo y juega con una tabla de güija mientras que la otra se dedica a la ciencia cristiana, y hasta es posible que un cuarto hijo decida abrazar la fe de Roma. Lo que conviene señalar, por ahora, es que para ese padre, y hasta cierto

punto para su familia, todas esas realidades operan como nuevas religiones o como grandes movimientos o aun como esos arrebatos de entusiasmo que ponen a levitar a los jóvenes y producen en los adultos desazón o enojo. Suele concebirse al catolicismo, quizás más que a las otras religiones, como si fuese una loca pasión juvenil. Los tíos y tías optimistas sentencian que a sus sobrinos «ya se les pasará», como si se tratara de amoríos juveniles o de aquella desgraciada relación que el chico sostuvo con la que trabajaba de camarera en el bar. Los más rígidos y pesimistas, quizás en épocas un poco más remotas, evocaban aquello como una licencia indecente, como si su literatura fuera literalmente un tipo de pornografía. Newman[1] observa de lo más naturalmente, como si en su época no hubiera tenido nada de raro, que un estudiante universitario descubierto en posesión de un manual de ascetismo o un libro de meditaciones monásticas automáticamente quedaba envuelto, como por una nube, en la sospecha de la corrupción, como si lo hubieran pillado leyendo «un mal libro». El pobre se había entregado a los placeres de los Nones o a la lujuriosa contemplación de una cantidad inapropiada de cirios. Es posible que haya desaparecido la costumbre de considerar la conversión como una forma de disipación, pero sigue siendo habitual considerarla una forma de rebeldía. Y visto lo que son las convenciones que rigen en el mundo actual, sin duda lo sea. El digno comerciante de clase media y el digno granjero del Medio Oeste, cuando envían a sus hijos a estudiar a la universidad, temen que pueda acabar entre ladrones, con lo que se quiere dar a entender entre comunistas. Pero también albergan un temor muy parecido cuando piensan que su hijo podría acabar frecuentando a católicos.

Eso sí, no albergan ninguno ante la perspectiva de que su hijo pudiera acabar frecuentando a calvinistas, ni les asusta la posibilidad de que sus hijos se conviertan en supralapsarios del siglo XVII[2], por más que esta doctrina no sea de su agrado. Ni siquiera se muestran preocupados por que sean capaces de adoptar las radicales tesis de los solfidianos[3], otrora cultivadas por algunos de los más extravagantes metodistas. Tampoco es probable que alguno de estos dignos señores tema recibir un telegrama anunciándole que su hijo se ha convertido en un adepto de la Quinta Monarquía[4] o un seguidor de los albigenses.[5] Y no puede decirse que se pasen las noches en vela pensando si Tom, que está en Oxford, se habrá vuelto luterano o lolardo. Tienen una vaga idea de que todas estas confesiones son religiones extintas o, al menos, que son muy viejas. Y sólo las nuevas religiones les infunden miedo. Sólo les intimidan todas esas nuevas ideas, desenfadadas,

provocadoras y paradójicas, que tanto perturban a los jóvenes. Y entre esas peligrosas tentaciones juveniles sitúan al credo romano, por su novedad y lozanía.

Reconozcámoslo, es un poco extraño: Roma no es precisamente una novedad. De todas esas nuevas religiones tan molestas, una es más bien antigua. Eso sí, es la única antigua religión que sigue pareciendo joven. Cuando fue originaria y realmente joven, sin duda el *pater familias* romano se halló en la misma tesitura que el padre anglicano o puritano de hoy. También a él debió de sucederle que sus hijos se comportaran extrañamente y abandonaran los lares y el sacro templo del Capitolio. Y es posible que descubriera que uno de sus hijos se había sumado a los cristianos en su Ecclesia, quizás incluso en las catacumbas. Pero también habrá tenido que enfrentarse al hecho de que uno de sus otros hijos se interesara únicamente por los misterios órficos, otro se mostrara afecto al culto de Mitra, un tercero fuera un neopitagórico que se había vuelto vegetariano frecuentando a hindúes, etcétera. Aunque el padre romano, a diferencia del victoriano, podía disfrutar del ejercicio de la *patria postestas*[6] e iba por ahí cortando alegremente cabezas de herejes, ello no bastaba para cegar el torrente de herejías. Sólo que ahora la mayoría de los ríos se han secado. Hoy es prácticamente innecesario que un padre tenga que decirle a sus hijos que se cuiden de frecuentar a los indeseables adoradores del toro de Mitra, ni que tenga que hacer nada para apartarlos de la morbosa obsesión con Orfeo, y aunque es cierto que aún pululan los vegetarianos, la verdad es que la mayoría sabe más de prótidos que de Pitágoras. En cambio, aquella otra juvenil extravagancia sigue siendo juvenil, la nueva religión de antaño vuelve a ser novedad. Ella, que fue moda pasajera, se ha negado a pasar, y el antiguo retazo de modernidad sigue siendo moderno. Para el padre protestante sigue representando exactamente lo mismo que representó en su día para el pagano. Podemos consolarnos pensando que no es más que un incordio, pero nadie negará que se trata de una novedad. Porque no tiene que ver con lo que el padre y el hijo conocen y a lo que están acostumbrados. Se presenta siempre como una realidad vigorosa y perturbadora, como la descubrieron los griegos, siempre atentos a las novedades, o aquellos pastores que fueron los primeros en oír el grito en las colinas que les traía la buena nueva que nuestra lengua llama el Evangelio. Que los griegos en tiempos de San Pablo comprendieran que se trataba de algo nuevo no puede sorprender, porque efectivamente se trataba entonces de una novedad. Pero, ¿cómo explicar que siga pareciéndolo al último de los conversos como se lo pareció al primero de los pastores? Es

como si un hombre centenario participara en los Juegos Olímpicos junto a jóvenes atletas, un hecho que sin duda habría dado pie a una leyenda griega. Pues algo de legendario parece haber en una religión que tiene dos mil años y hoy figura como rival de las nuevas religiones. Es algo que convendría explicar, mas no se puede justificar: es una leyenda que no se deja transformar en mito. En esta época nuestra, todos hemos asistido al grandioso enfrentamiento entre jóvenes católicos y viejos protestantes, y por aquí convendría empezar antes de abordar el asunto actual de la conversión.

No pienso citar cifras y estadísticas, aunque quizás tenga algo que decir sobre ellas más adelante. Lo primero que conviene señalar es que hay una diferencia sustancial que falsea todos los datos sobre diferencias de magnitud. Actualmente, la inmensa mayoría de las congregaciones protestantes, sean poderosas o débiles, no se benefician de la costumbre de captar nuevos adeptos con sus viejas doctrinas. El joven que de repente decide convertirse en sacerdote católico, incluso en monje católico, es posible que lo haga movido por el entusiasmo espontáneo y aun apremiante que le inspira la doctrina de la Virginidad, como se le apareció a Santa Catalina o a Santa Clara. ¿Pero cuántos pastores baptistas se han convertido porque eran personalmente contrarios a la idea de que de un niño inocente inconscientemente surgiera Cristo? ¿Cuántos honestos pastores presbiterianos hay en Escocia que realmente quieran volver a leer a John Knox, del mismo modo que un místico católico puede querer leer de nuevo a Juan de la Cruz? Éstos son hombres que han heredado cargos que piensan que pueden ocupar con razonable solvencia y aceptación general, pero el hecho es que los han heredado. La religión es para ellos una tradición. Como es natural, los católicos no despreciamos la tradición, pero en casos como éste pensamos que se trata sólo de una tradición y de nada más. De cada cien personas como éstas, ni una sola habría decidido abrazar su actual confesión si no hubiese nacido en su seno. Ni uno entre un millar habría formulado nada parecido a sus fórmulas eclesiales si antes no se las hubieran puesto delante de los ojos. Ninguno tiene motivos reales para formar parte de su Iglesia, por más que siga teniendo razones para mantenerse alejado de la nuestra. En otras palabras, el viejo credo de su fe ha dejado de actuar como una idea fresca y estimulante. En el mejor de los casos es un lema o un somatén, en el peor, una consigna, pero en ningún caso facilita el encuentro con ideas contemporáneas desde una idea contemporánea. A su vez y en su debido momento, descubrimos que esas otras ideas contemporáneas también son pasajeras y sabemos que acabarán convertidas en lemas, consignas y tradiciones. De aquí

a uno o dos siglos, es posible que el espiritualismo se haya convertido en una tradición y que el socialismo y la ciencia cristiana también sean tradiciones. Pero el catolicismo seguirá siendo otra cosa, un incordio, como siempre, y algo a la vez novedoso y peligroso.

Estas reflexiones de índole general han de presidir forzosamente cualquier intento de explicación personal de la conversión a la fe católica. La Iglesia se ha dado a la tarea de defender la tradición en una época que estúpidamente se dedica a rechazarla y a despreciarla, pero ello es debido únicamente a que la Iglesia siempre ha defendido todo lo que estúpidamente se desprecia. Ya ha comenzado a figurar como la única campeona de la razón en el siglo XX, del mismo modo en que fue la única defensora acérrima de la tradición en el XIX. Sabemos que la matemática más compleja busca actualmente refutar que dos y dos sumen cuatro, y que la mística más sublime trata de concebir una realidad situada más allá del bien y el mal. Entre todas estas filosofías antirracionales, la nuestra seguirá siendo la única filosofía racional. El mismo espíritu animaba a la Iglesia cuando se encargó de enseñarle el valor de la tradición a una época empeñada en tratarla como si careciera de valor. El abandono de la tradición y la obsesión con los documentos que marcaron el siglo XIX fueron un sinsentido radical. Aquello equivalía a decir que los hombres siempre mienten a los niños pero nunca cometen errores cuando escriben un libro. Pero a pesar de que nuestras simpatías son tradicionales porque son humanas, no es esta característica lo que marca la divinidad de la Iglesia. El distintivo de la fe no es la tradición, sino la conversión. Que es el milagro por el que los hombres hallan la verdad a pesar de la tradición y a menudo teniendo que arrancar de cuajo todas las raíces de la humanidad.

La naturaleza de ese proceso es lo que me propongo explorar. Ahora bien, es difícil hacerlo sin introducir al menos algún elemento de índole personal. El mío sólo es un caso trivial, pero como es natural es el caso que mejor conozco, así que me veré obligado en lo que sigue a buscar en él numerosos ejemplos. Me ha parecido que convenía antes introducir esta nota acerca de la naturaleza de la conversión en mi época, entre otras razones para mostrar que soy plenamente consciente de que éste es un fenómeno mucho más amplio, incluso muy posterior al que pudiera circunscribirse a una descripción de mi propia vida o generación. Creo que será cada vez más importante para la próxima generación y también para la siguiente, a medida que descubran las alternativas reales que ofrece la espantosa realidad de nuestro tiempo. Y es posible que los católicos que se levanten juntos a cantar *Fe de nuestros padres* comprendan, casi sonriendo, que podrían estar cantando *Fe de*

nuestros hijos. Tantas veces ha hallado respuesta esa voz que casi podría decirse que es la de una Cruzada de los niños.

II
Errores evidentes

He podido observar que el catolicismo en el siglo XX es realmente lo que fue en la segunda centuria: la Nueva Religión. La verdad es que su misma antigüedad conserva un aspecto de novedad. Siempre me ha impresionado y aun emocionado el hecho de que en la santa invocación del *Tantum Ergo*, que parece llegarnos cargada de épocas pasadas, todavía late el lenguaje de la innovación, como en un documento antiguo que ha de eclipsarse ante el nuevo rito. Para nosotros, el himno sigue siendo algo parecido a ese documento antiguo. Pero el rito siempre es nuevo.

Pero para poder escribir sobre la conversión, el converso ha de intentar desandar el camino desde el altar hasta aquel primer desierto donde una vez llegó a creer sinceramente que su eterna juventud era la «Vieja Religión». Es una cosa extremadamente difícil de llevar a cabo y que rara vez se hace bien, al menos poco confío en poder hacerlo siquiera moderadamente bien. La dificultad estriba en lo que otro converso me manifestó en una oportunidad: «No podría explicar por qué soy católico, ya que ahora que lo soy, me siento incapaz de imaginar que pudiera ser otra cosa». Y sin embargo, conviene hacer ese esfuerzo con la imaginación. Tener la convicción de estar en lo cierto no es ser un fanático; ser fanático es no poder imaginar que pudimos equivocarnos. Es Mi Deber procurar comprender qué pudo querer decir H. G. Wells cuando dijo que la Iglesia medieval no tenía interés por la educación y sólo se mostraba interesada por la imposición de dogmas; también lo es reflexionar (por más que oscuramente) sobre lo que pudo llevar a un hombre inteligente como Arnold Bennett[7] a mostrarse tan ciego a la realidad de España; como también descubrir, en caso de que exista, el hilo que conecta los razonamientos de George Moore[8] en las diversas sentencias que pronunció contra la Irlanda católica. Igualmente es mi deber esforzarme en comprender el extraño estado mental en que se encontraba G. K. Chesterton

al pensar que la Iglesia católica era realmente una especie de abadía en ruinas, casi tan desierta como Stronehenge.

De entrada, diré que en mi caso se trató, como mucho, de errar, no de porfiar. Conversos mucho más importantes que yo han tenido que enfrentarse a los muchos demonios de la falsedad, a todo un enjambre de mentiras y calumnias. Debo a la atmósfera liberal y universalista de mi familia, a Stopford Brooke[9] y los predicadores unitarios a los que siguieron, el haber recibido las luces justas para mantenerme fuera del alcance de Maria Monk.[10] No obstante, como esto es tan sólo un privilegio personal, por el que estoy agradecido, supongo que algo habría de decir también de lo que me atrevería a llamar las porfiadas calumnias, si no fuera porque hombres de más valía que yo no siempre porfiaron en comprender que lo eran. No creo, la verdad, que ejerzan mucha influencia en la generación posterior a la mía. La mayor tentación para los jóvenes impíos no consiste tanto en denunciar a los monjes que rompen sus votos como en sorprenderse de que puedan cumplirlos. Pero no hay que olvidar que hay un estadio intermedio en el que los protestantes con sus vagos prejuicios a lo que aspiran es a estar en misa y repicando. Sigue habiendo hipócritas de mentalidad brumosa encantados de pensar que los frailes son granujas porque incumplen sus votos de castidad y al mismo tiempo unos idiotas porque se empeñan en mantenerlos. En otras palabras, estas calumnias se han extinguido casi del todo pero aún no han muerto, y todavía hay por ahí mucha gente dispuesta a dejarse intimidar por tan burdos y torpes obstáculos, de modo que hasta cierto punto levantarlos se ha vuelto una necesidad. Tras lo cual podremos enfrentarnos a lo que merece la consideración de obstáculos reales, es decir, a las verdaderas dificultades, que por lo general son lo opuesto a esas otras sobre las que tanto se habla. Por lo pronto, pues, nos centraremos en las cosas que obviamente son negras, para pasar después a considerar el hecho importuno de que en realidad son blancas.

La habitual acusación de los protestantes de que la Iglesia de Roma tiene miedo de la Biblia en ningún momento, como en breve contaré, llegó a infundirme terror alguno. No fue mérito mío, sino un azar de mi edad y condiciones. Crecí en un mundo donde los protestantes, que acababan apenas de demostrar que Roma no creía en la Biblia, descubrían excitados que ellos tampoco creían en ella. Algunos aun pretendieron reunir las dos condenaciones, sentenciando que suponían un avance y un progreso. El siguiente paso nos dejó a un hijo repudiando a su padre por haberle hurtado el descubrimiento de tan bello y valioso libro, para acto seguido romperlo en mil pedazos. Descubrí temprano que, en lo que hace a la estupidez, el progreso es

peor que el protestantismo. Pero la mayoría de mis amigos librepensadores tuvieron la suficiente amplitud de miras para comprender que la crítica histórica iba dirigida contra la idolatría protestante de la Biblia más que contra la autoridad de Roma. Como sea, mi familia y amigos estaban más ocupados en leer el libro de Darwin que el libro de Daniel, y para la mayoría, las Escrituras hebreas ofrecían el mismo interés que las esculturas de los hititas. Pero aun así, no dejaba de resultar extraño que las mismas esculturas se pudieran adorar como dioses y luego se rompieran por ser ídolos, y que después todavía se siguiera culpando a otros por no haberlas adorado lo bastante. Una vez más, no sabría decir si mi experiencia es representativa, ni si convendría detenerse más tiempo en estos prejuicios y dudas, típicamente protestantes, algo que, desde mi propia experiencia, no me siento capaz de hacer.

La Iglesia es una casa con cientos de puertas, y no hay dos hombres que entren en ella por la misma. La mía fue al menos tan agnóstica como anglicana, aunque por un tiempo me conformé con vagar por la tierra fronteriza del anglicanismo, eso sí, sólo mientras creí que aquello era solamente puro anglocatolicismo. Hay que marcar aquí una distinción, en lo que hace a las intenciones, que no siempre queda clara en la imprecisa atmósfera inglesa: no se trata de una diferencia de grado, sino de propósito final. Hay anglicanos, tanto anglocatólicos como latitudinarios, cuyo principal objetivo es la salvación de la Iglesia de Inglaterra. Algunos creen que puede alcanzarse este objetivo llamándola católica o volviéndola católica o imaginando que es católica, pero en todo caso, eso es lo que quieren salvar. En cambio, yo no partí de la idea de que tenía que salvar a la Iglesia inglesa, sino de que quería encontrar a la católica. Si las dos eran lo mismo, tanto mejor, pero nunca pensé que el catolicismo era una especie de vistoso complemento con el que completar el ajuar nacional, sino el alma más profunda de la realidad desnuda, hallárase donde se hallara. Puede decirse que el anglocatolicismo sencillamente fue mi conversión incompleta al catolicismo. Pero mi conversión se produjo en un contexto inicialmente mucho más indiferente e impreciso, una atmósfera, si no agnóstica, cuando menos panteísta o unitaria. A ello se debe que me sea muy difícil tomar algunas de las posturas protestantes mínimamente en serio. ¿Qué puede pensar cualquiera que haya vivido en el mundo real, por ejemplo, de la sempiterna afirmación de que las tradiciones católicas son condenadas por la Biblia? Salvo que delatan un revoltijo de pruebas y una mezcolanza de argumentos cuyo sentido nunca fui capaz de desentrañar. Imaginemos a un

escéptico o un pagano normal y sensato que un día en la calle, en representación del hombre de a pie, ve pasar una procesión de sacerdotes de un extraño rito, que llevan su objeto de culto bajo palio. Algunos se cubren con mitras y llevan báculos simbólicos, otros cargan con pergaminos y libros sagrados o con imágenes sacras precedidas por cirios encendidos o con reliquias consagradas en cofres y urnas, y así sucesivamente. Puedo comprender al espectador que exclama: «Menuda engañifa», incluso puedo llegar a comprender que, en un arrebato de rabia, interrumpa la procesión, eche al suelo las imágenes, rompa los pergaminos y arrolle a los sacerdotes y a cualquier otro actor de aquel espectáculo. Puedo comprender que lance: «Vuestros báculos son bazofia, vuestros cirios son bazofia, vuestras estatuas y pergaminos y reliquias son pura bazofia». Pero cabe preguntarse en qué puede estar pensando quien decide fijarse en este pergamino y no en aquel otro y en tal grupo que lo custodia con excepción de cualquier otro (en un pergamino que siempre ha estado en su poder y formado parte de su engañifa, en caso de que lo fuera), o por qué razón el hombre de a pie puede llegar a pensar que este pergamino en particular no es bazofia, sino que contiene la verdad única en virtud de la cual todas las otras cosas merecen ser condenadas. ¿Por qué para los que van en tal procesión no es superstición adorar pergaminos y sí adorar estatuas? ¿Por qué para los fieles de tal otro credo es menos razonable conservar estatuas que pergaminos? Tiene sentido dirigirse a un sacerdote y decirle: «Vuestras estatuas y pergaminos, nuestro sentido común los condena»; decirle, en cambio: «Vuestros pergaminos condenan a vuestras estatuas, así que adoraremos una parte de vuestra procesión y destruiremos el resto», es insensato se mire por donde se mire, y sobre todo desde el punto de vista del hombre de a pie.

Asimismo, nunca he podido tomarme en serio los temores de los sacerdotes, por considerarlos no naturales y no sagrados, además de indicio de peligrosidad en quien los siente. ¿Por qué iba a querer un hombre perverso cargarse de exclusivas y complejas promesas de hacer el bien? Hay razones, a veces, para que un sacerdote sea libertino, ¿pero qué razón puede haber para que un libertino se ordene sacerdote? En la vida abundan las actividades lucrativas de las que alguien dotado de tan excelso talento para el vicio y la vileza puede aspirar a sacar provecho. ¿Por qué cargar con unos votos que nadie aspira a ver cumplidos y que no se tiene la intención de respetar? ¿Quién es capaz de querer ser pobre para así poder convertirse en avaro, o de hacer votos de una castidad espantosamente difícil de cumplir, solamente para complicarse un poco más la vida? Todas aquellas viejas y espectaculares

historias sobre los pecados de Roma siempre me parecieron una solemne tontería, incluso cuando era niño o no creía en nada, y lo cierto es que no puedo describir cómo las superé porque nunca las padecí. Recuerdo que a unos amigos en Cambridge, personas de tradición puritana, les pregunté en una ocasión por qué les costaba tanto decir simplemente que discrepaban de los papistas, como hacían con los teósofos[11] o los anarquistas. Parecían encantados y a la vez escandalizados con mi pregunta, como si mi intención fuera convertir a un ladrón o domesticar a un perro rabioso. Y quizás era más prudente su sobresalto que mi baladronada. Como fuere, entonces no tenía la más remota sospecha de que el ladrón acabaría convirtiéndome a mí. Y sin embargo, tiendo a pensar que en este episodio está contenida la intuición de algo importante: o sospechan que en nuestra religión hay algo tan incorrecto que el solo hecho de insinuarlo es dañino, o bien que hay en ella algo tan acertado que su mera manifestación basta para convertir a cualquiera. Para ser justo con ellos, pienso que la mayoría sospechaba que lo segundo se acercaba más que lo primero a la verdad.

Un poco más plausible que la idea de que los sacerdotes católicos sólo buscan el mal era suponer que están extraordinariamente preparados para buscar el bien a través del mal. Dicho vulgarmente, ello vendría a querer decir que, aunque no sean sensuales, siempre son astutos. Para disipar esta niebla, basta con un poco de experiencia, pero antes de adquirirla ya había vislumbrado alguna objeción, aunque sólo de índole teórica. La teoría que solía atribuirse a los jesuitas a menudo coincidía casi perfectamente con lo que en la práctica hacían casi todos mis conocidos. Todos practicaban en sociedad el cálculo verbal, la ambigüedad y frecuentemente las ficciones a secas, sin sentir que estuvieran incurriendo en patentes falsedades. De los caballeros se esperaba que fuesen capaces de decir que estarían encantados de cenar con un pelmazo, y las damas siempre estaban diciendo que el bebé de otra mujer era hermoso, aunque le pareciera más feo que Picio. Y es que a esas personas no se les ocurría pensar que fuera pecado el evitar decir cosas desagradables. Esto puede considerarse correcto o incorrecto, pero lo que sí es absurdo es poner en la picota a media docena de sacerdotes católicos por un crimen que medio millón de seglares protestantes cometen a diario. La única diferencia estribaba en que los jesuitas se habían interesado en estas cuestiones lo bastante para querer formalizar un conjunto de reglas y sanciones capaces de garantizar al máximo la veracidad del discurso. En cambio, éste era un tema que no preocupaba en absoluto a los protestantes, dedicados a proferir mentiras de la mañana a la noche con la alegre inocencia

de las aves que cantan en los árboles. En verdad, el mundo moderno rebosa una casuística absolutamente anárquica precisamente porque a los jesuitas les impidieron elaborar una casuística respetuosa del orden. Pero es sabido que los hombres se dividen en casuistas y lunáticos.

Para muchos esta verdad general ha permanecido oculta por un puñado de afirmaciones tajantes, que sólo se me ocurre definir, en términos sencillos, como mentiras protestantes acerca de la costumbre católica de mentir. Quienes repetían esas mentiras no puede decirse que estuvieran mintiendo —lo único que hacían, en puridad, era repetirlas—, pero aquellas afirmaciones eran tan lúcidas y exactas como afirmar que el Papa tiene tres piernas o que Roma se encuentra en el Polo Norte. Es lo más que puede decirse acerca de su naturaleza. Una de esas sentencias, por ejemplo, que circulaba ampliamente y todavía hoy puede oírse, afirma tajantemente que «Los católicos piensan que es legítimo todo lo que favorece a la Iglesia». Esto sencillamente no es verdad, y no hay mucho más que decir. Es una de esas sentencias tajantes acerca de una institución que siempre es tajante en sus manifestaciones, pero cuya falsedad es demostrable. Como siempre, quienes critican a la Iglesia quieren estar en misa y repicando. Siempre se están quejando de que nuestra doctrina es seca y contundente, que se nos dice qué debemos creer y también que no debemos creer en ninguna otra cosa, y que todo eso nos lo sirven de antemano consignado en bulas y profesiones de fe. Si tal fuera el caso, se trataría de decidir sobre la verdad legal y literal de estas afirmaciones, sometiéndolas a prueba. Sin embargo las pruebas, precisamente, afirman lo contrario, que se trata de mentiras. Pero incluso entonces me libré de caer en el error por fijarme en este fenómeno singular: que quienes más dispuestos estaban a censurar a los curas por la rigidez de sus métodos rara vez se tomaban la molestia de averiguar en qué consistían esos mismos métodos. Casualmente descubrí un día uno de los divertidos panfletos de James Britten.[12] Hubiese podido ser cualquier otro panfleto de cualquier otro propagandista, pero éste de Britten me puso sobre aviso de la existencia de esa deliciosa rama de la literatura que este autor llama «ficción protestante». Por mi cuenta descubrí algunos ejemplares del género cuando leí las novelas de Joseph Hocking[13] y parecidos autores. Los traigo aquí a colación sólo con ánimo de ilustrar con exactitud el mencionado y singular fenómeno. No podía comprender por qué esos fabuladores jamás se tomaban la molestia de conocer los más elementales datos sobre la realidad que denunciaban. Unos datos que podían fácilmente apoyar sus denuncias, desacreditadas por sus ficciones. A la sazón había una serie de doctrinas católicas que yo mismo

hubiese considerado vergonzosas para la Iglesia. Pero sus enemigos nunca tropezaron con estas auténticas piedras de escándalo, ni siquiera andaban buscándolas. No buscaban nada, en realidad. Aparentemente se conformaban con unas cuantas frases sacadas de su propio magín, algo que podría hacer cualquier Gran Ramera dotada de un intelecto deficiente. Eso les bastaba. La más desenfrenada libertad imperaba en esos escritos, y el tema era tratado como si no tuviera relación alguna con la realidad. Los curas decían lo que les daba la gana sobre la fe, ya que los protestantes decían lo primero que se les pasaba por la cabeza sobre los curas. Aquellas novelas estaban trufadas de declaraciones como, por ejemplo, ésta que casualmente recuerdo: «Desobedecer a un cura es el único pecado sin remisión posible. Lo consideramos caso reservado». No hace falta demostrar que un hombre capaz de escribir de este modo no ha hecho otra cosa que fabular sobre lo que pudiera ser cierto, pero que nunca se le ha ocurrido siquiera averiguar por ahí si lo es. Alguna vez oyó la expresión «caso reservado», y en medio de una ensoñación poética se pregunta qué sentido podría darle. No va a buscar al cura más cercano a preguntarle qué significa realmente, tampoco busca la expresión en una enciclopedia o cualquier otra obra normal de referencia. Es evidente que significa sencillamente que es un caso que queda reservado para los superiores eclesiásticos, que no puede resolver el cura en última instancia. Puede considerarse un hecho reprobable, pero en todo caso es un hecho. Ahora bien, ese tipo de personas prefiere reprobar su propia imaginación. Cualquier manual podría informarle de que no existe tal cosa como un pecado «sin remisión posible», ni siquiera existe algo parecido a desobedecer a un cura ni tampoco a asesinar al Papa. Nada más sencillo que descubrir y conocer los hechos, y más aún basar en ellos cualquier invectiva protestante. Siempre he sentido perplejidad, incluso a tan temprana edad, ante gente tan capaz de lanzar controvertidas acusaciones contra importantes y poderosas instituciones sin antes verificar su propia postura, sino que la basan en un uso torticero de su propia imaginación. No es que aquello me hiciera más amena la idea de convertirme en católico —en aquel entonces la sola posibilidad me habría parecido una locura—, pero lo que sí hizo fue librarme de tener que tragar aquellas rotundas y solemnes afirmaciones sobre lo que decían o hacían los jesuitas. No acababa de dar crédito a lo que otros parecían creer a pies juntillas: a saber, al hecho ampliamente probado y universalmente aceptado de que «los católicos harían cualquier cosa en pro de la Iglesia». Y es que ya había aprendido a sonreír ante otras verdades del mismo jaez, como puede serlo: «Desobedecer a un cura es el único pecado sin remisión posible». No

imaginaba entonces que la religión católica fuera verdadera, pero entendía que sus censores, por los motivos que fuere, se mostraban extrañamente inexactos.

Me resulta extraño repasar ahora estas cosas y pensar que alguna vez pude tomármelas tan en serio. Pero es que ni siquiera entonces era yo persona seria, y ciertamente no lo fui por mucho tiempo. La última sombra de jesuita que recuerdo haber visto en mi vida, escabulléndose entre cortinas y escondiéndose en los armarios, se esfumó para siempre el día que por primera vez tuve un lejano atisbo del finado padre Bernard Vaughan.**[14]** Era el único jesuita que conocía, pero como cuando hablaba podía oírsele a media milla, no parecía un candidato ideal para escabullirse entre cortinas. Siempre me ha parecido extraño que este jesuita levantara tanta polvareda por negarse a actuar jesuíticamente (en lenguaje periodístico, se entiende), por negarse a sustituir por untuosas ambigüedades y evasivas verbales la brutal realidad de los hechos. Porque hablaba de «matar alemanes» cuando había que matar alemanes, toda nuestra taimada y descarada moral lo miraba horrorizada. Pero ni a uno solo de los protestantes que tanto protestaron se le ocurrió por un instante pensar que aquella reacción era típica de la serpentina insinceridad que ellos mismos atribuían a los jesuitas, mientras que el jesuita actuaba con el típico candor y sencillez con que se adornan los protestantes.

Podría citar muchos otros ejemplos para ilustrar temas como la Biblia secreta, los curas licenciosos o el jesuita traicionero. Podría repasar detalladamente la lista de las más vetustas acusaciones contra Roma para explicar el efecto que producían en mí, o mejor dicho, por qué no me produjeron ninguno. Pero sólo pretendo aquí señalar preliminarmente el hecho de que no me afectaron lo más mínimo. Mis dificultades eran idénticas a las que tuvo cualquier pagano del siglo IV para convertirse al catolicismo, pero se parecían muy poco a las de un protestante de los siglos XVII a XIX. Debo esta circunstancia a hombres cuya memoria siempre honraré: a mi padre y los miembros de su círculo, a la tradición literaria de hombres como George MacDonald**[15]** y a los universalistas de la era victoriana. Aunque había nacido al otro lado de la muralla de Roma, al menos no lo había hecho en el terreno de los orangistas irredentos, y si bien es cierto que no recibí una fe que pudiera llamarse civilizada, también lo es que no heredé enquistados y bárbaros odios. En el medio donde vine al mundo, si bien no siempre se comprendía a los católicos, al menos se pretendía ser justo con ellos. Y tendría que ser muy ingrato para no reconocer que, como otros conversos de más valía que yo, soy capaz de decir que nací libre.

Me permito poner un solo ejemplo para ilustrar este extremo, porque es un ejemplo que nos permitirá abordar asuntos de mayor calado. Muchos años han tenido que pasar (casi podría decirse que toda una vida) para que pudiera empezar a comprender lo que el digno liberal o socialista de Balham o Battersea quiere decir realmente cuando se declara internacionalista y proclama que la humanidad es preferible a la estrechez de las naciones. De repente caí en la cuenta, tras dedicar muchas horas a conversar con uno de ellos, de que obviamente le habían inculcado la creencia de que los ingleses, hijos de Dios, eran el pueblo elegido. Es harto probable que su padre o su tío creyeran en serio que descendían de las famosas Diez Tribus. En todo caso, todo lo que hacían, desde el periódico diario hasta el sermón dominical, delataba su convicción de ser la sal de la tierra, especialmente la sal marina. Su gente era gente que jamás había concebido una idea que no llevara la impronta nacional británica. Vivían en un imperio sobre el que nunca se ponía el sol, o quizás nunca saliera. Su Iglesia era, enfáticamente, la Iglesia de Inglaterra, aunque en realidad apenas fuera una capilla. Su religión era la Biblia, que a todos sitios iba acompañando la Union Jack. Y cuando comprendí esto, de pronto comprendí todo el resto. Ahora sabía por qué les entusiasmaba tanto esa cosa tan insulsa que era la teoría internacionalista. Por eso la hermandad de las naciones, que me parecía una perogrullada, a ellos les sonaba a coro celestial. Por eso decir que debemos amar a los forasteros tenía un aire de excitante paradoja, la divina paradoja de que hemos de amar al enemigo. Y por eso era por lo que el internacionalista estaba siempre organizando delegaciones y visitas a capitales extranjeras y calurosos debates y estrechando lazos más allá de las fronteras. Era un entusiasmo que no lograba ocultar un grito reprimido: «¡Mirad! ¡También los franceses tienen dos piernas! ¡Fijaos! ¡La nariz de los alemanes también cae en medio de la cara!». Ahora bien, sucede que un católico, y mucho más si lo es de nacimiento, no puede comprender este tipo de reacciones, y ello es así porque desde el comienzo su religión arraiga en la unidad de los hijos de Adán, que constituyen el único Pueblo Elegido. El católico es leal al país donde nació, de hecho suele serlo apasionadamente, entre otras cosas porque el apego a las tradiciones locales es connatural con su religiosidad, pródiga en altares y reliquias. Pero del mismo modo en que el culto a las reliquias es una consecuencia de su religión, sus lealtades locales son el resultado de la hermandad universal de todos los hombres. El católico dice: «Debemos amar a todos los hombres, desde luego, pero ¿qué es lo que todos los hombres aman? Aman su tierra, sus fronteras establecidas, la memoria de sus padres.

Esto es lo que justifica el sentimiento nacional, porque es lo normal». Mientras que el patriota protestante nunca ha sido capaz de concebir otro patriotismo que el suyo. En este sentido, es cierto que protestantismo equivale a patriotismo. Por desgracia, es sólo eso, es su punto de partida, pero no va más allá. Nosotros partimos de la humanidad y vamos al encuentro de los diversos apegos y tradiciones de la humanidad. No hay luz más radiante que la que iluminó el último momento de la vida de uno de los más gloriosos protestantes ingleses (uno de los más protestantes y uno de los más ingleses). Porque no otro es el sentido de aquella frase pronunciada por la enfermera Cavell[16], a su vez la más noble mártir de nuestro moderno culto a la nacionalidad, cuando el rayo del blanco sol de la muerte atravesó su mente y, como si de repente hubiera hecho un importante descubrimiento, le arrancó el grito: «Ahora comprendo que con el patriotismo no basta».

Algo tenían en común los católicos a los que me he unido y los liberales entre los que vine al mundo: jamás a ninguno se le habría ocurrido pensar que bastara con el patriotismo. Pero el idealismo insular al que esa gran dama dedicó su vida le había enseñado desde su infancia a dar por sentado que sí bastaba. Las damas inglesas que figuran en la historia rara vez lo hacen como heroínas; por lo general se enfrentan y desafían a extranjeros o salvajes, y no especialmente pensando que se trata de prójimos o iguales. Las últimas palabras de la mártir inglesa en Bélgica han sido citadas frecuentemente por simples cosmopolitas, pero los cosmopolitas son los últimos seres realmente capaces de comprenderlas. Por lo general, un cosmopolita es alguien que se esfuerza en demostrar, no que con el patriotismo no basta, sino que es excesivo. Pero el hecho relevante es que cientos de personas entre las más heroicas y nobles que pueblan los países protestantes han hecho suyo el credo de que, en efecto, basta con ser patriota. El católico más desaliñado y cínico es más prevenido, como también podía serlo el más impreciso y visionario universalista. De todas las dificultades que lastran el protestantismo, y que me parecen difícilmente concebibles, quizás es ésta la más frecuente y hasta cierto punto aceptable: el hecho de que los sujetos británicos de entrada sean tan excesivamente británicos. Por un azar yo no lo era. La tradición que recibí en mi juventud, las simples, demasiado simples verdades legadas por Priestley[17] y Martineau[18] contenían algo que vagamente recordaba la espléndida generalización de que los hombres son hombres, y la primera de estas dos grandes personalidades se atrevió en su nombre a enfrentarse al histérico patrioterismo de las guerras con Francia[19] y aun a desafiar la leyenda de Trafalgar. A esa tradición le debo el hecho, no sé si ventajoso o

no, de saberme incapacitado para analizar las muy heroicas virtudes de todas las hermandades de Plymouth[20] cuyo centro único queda en Plymouth. Y es que esa forma de racionalismo, con sus defectos y todo, había arraigado de antaño en la misma civilización esencial donde se originó la Iglesia, y aunque haya acabado conduciendo a la Iglesia, sus inicios fueron la República. Es decir, un mundo que ignoraba las banderas y fronteras de hoy, donde todas nuestras instituciones estatales y sectas nacionales eran inimaginables. Un vasto universo cosmopolita que nunca había oído hablar de Inglaterra ni era capaz de imaginar un reino aislado y en guerra, sumido en la vasta paz de los infieles que es la matriz de todos estos misterios; un universo que había olvidado las ciudades libres y no soñaba con pequeñas nacionalidades, y que sólo conocía la humanidad, el *humanum genus,* y el nombre de Roma.

La Iglesia católica ama a las naciones como ama a los hombres, y por la misma razón: porque son hijos suyos. Y lo son, sin duda, en el sentido de que son posteriores a ella temporalmente y constitutivamente. De paso, he aquí un excelente ejemplo de una falacia que a menudo contribuye a enturbiar las consideraciones sobre los conversos. La misma gente que llama perverso al converso, que sobre todo lo considera un traidor a la causa patriótica, no se priva de emplear aquel otro estribillo para recordarle que su obligación es creer en esto o aquello. Pero no se trata tanto de lo que a un hombre se le haga creer cuanto de lo que no puede dejar de creer. No puede creer que los elefantes no existen si alguna vez ha visto alguno, y no puede tratar a la Iglesia como si fuera una criatura cuando sabe que es su madre. Y no sólo suya, sino la madre de su país, por ser mayor y más autóctona que su país. Es madre no por sentimentalismo, sino por realidad histórica. Ningún hombre puede pensar que tal cosa sea el caso cuando sabe que tal cosa es lo contrario. No puede pensar que el cristianismo fue inventado por Penda de Mercia[21] y que fue él quien envió misioneros a evangelizar al pagano Agustín y al rudo y bárbaro Gregorio.[22] No puede pensar que la Iglesia surgió del seno del Imperio británico, y no en el Imperio romano. No puede pensar que Inglaterra ya existía, con su cricket y su caza del zorro y la versión jacobita terminada[23], cuando Roma fue fundada o nació Cristo. No tiene sentido decir que el hombre es «libre» de creer estas cosas. Es exactamente tan libre de creerlas como de creer que los caballos tienen plumas o el sol es del color de los guisantes. Es imposible que crea nada que contradiga aquello de lo que previamente haya tomado plena conciencia. Entre esas cosas en las que no puede creer se encuentra la idea de que el deber de un buen patriota con su nación es por naturaleza más absoluto, antiguo e imperativo que el que pueda

contraer con toda la cultura religiosa que fue la primera en alzar el mapa de sus territorios y ungir a sus reyes. Esa misma cultura religiosa sin duda lo anima a luchar hasta el último soplo por su país, así como también por su familia, pero ello es debido únicamente a que es una cultura religiosa generosa e imaginativa y humana, que sabe que los hombres necesitan estar unidos por lazos íntimos y personales. Todas esas lealtades secundarias, sin embargo, son posteriores temporal y lógicamente a la ley de la moral universal que las justifica. Y si el patriota es tan tonto para enfrentarse a la tradición universal de la que emana su propio patriotismo, si pretende imponer su pretendida prioridad en detrimento de la primitiva ley del Universo entero, lo único que conseguirá será que le respondan con la demoledora sencillez del Libro de Job. Como Dios dijo al hombre: «¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra?»[24], del mismo modo podríamos decirle a la nación: «¿Dónde estabas cuando se echaron los cimientos de la Iglesia?». Y la nación sería incapaz de conocer la respuesta (en caso de que se le ocurriera dar alguna) y se vería obligada a taparse la boca con la mano, aunque sólo fuera para fingir que bosteza y tiene sueño.

He tomado este caso específico de patriotismo porque al menos tiene que ver con una emoción en la que creo profundamente y resulta que siento intensamente. Siempre he hecho lo que he podido por defenderlo, por más que algunas veces se haya sospechado que simpatizo también con patriotismos ajenos. Pero lo que no veo es cómo puede hacerse fuera del marco de una moral más amplia, y la moral católica resulta ser una de las muy escasas morales de esta naturaleza que está dispuesta a salir en su defensa. La Iglesia, eso sí, lo defenderá por ser uno de los deberes de los hombres, y no porque sea el único deber del hombre, como lo concebía la teoría prusiana del Estado y, también frecuentemente, la británica del Imperio. A este respecto el católico se basa, igual que lo hacía el unitario universalista, en el hecho real de una humanidad anterior a todas esas humanas divisiones, tan sanas y naturales. Pero es absurdo tratar a la Iglesia como si fuera una inédita conjura contra el Estado, cuando hasta hace muy poco el Estado fue apenas un inédito experimento auspiciado por la Iglesia. Es absurdo olvidar que la Iglesia atrajo la lealtad de hombres que ni siquiera soñaban con concebir la idea de fundar estados nacionales y desligados entre sí, como lo es también olvidar que la fe no era solamente la fe de nuestros padres y antepasados, sino la fe de nuestros antepasados y padres antes aun de que le hubieran dado un nombre a nuestra patria.

III
Obstáculos reales

En el anterior capítulo, y antes de entrar en materia, abordo el caso protestante en el sentido convencional y polémico. He centrado mi interés en algunas objeciones que mis muy tempranas sospechas me llevaron a considerar y que ahora sé que no son más que prejuicios. Y también he analizado, por último y más detalladamente, lo que pienso que es el más noble de los prejuicios protestantes, aquel que apela únicamente al patriotismo. No pienso que el patriotismo forzosamente sea un prejuicio, pero estoy convencido de que lo es inevitablemente y no puede sino serlo cuando prescinde de una moral común. En cuanto al patriotismo que impide que otros pueblos sean patriotas, no es que no sea moral, sino que es una forma de la inmoralidad. Pero aun este prejuicio tribal es más respetable que el desastrado amasijo de confusionismo y calumnias que me veo obligado a consignar como la primera entre todas las políticas oficiales de oposición a la Iglesia. Son rancias fábulas que parecen apreciar las personas que han decidido mantenerse alejadas de la Iglesia, pero no creo que tengan la menor importancia para quien haya decidido acercarse a ella. Cuando vemos lo que es la Iglesia realmente, incluso si lo que vemos suscita nuestro rechazo, es inevitable que veamos otra cosa que lo que se nos enseñó a rechazar. Aun cuando quisiéramos abolirla, ya no podríamos injuriarla, aunque pudiéramos sentir odio en su presencia, lo que representa habrá dejado de ser lo que un día pensamos, y en su lugar es posible que pongamos una nueva forma de odio, pero nos habremos desprendido de nuestros viejos prejuicios, de la sacra armadura de nuestra invencible ignorancia. Nunca más volveremos a ser tan estúpidos. Y si somos medianamente lúcidos, sin duda pondremos algo de orden en nuestras nuevas razones, incluso puede que probemos a relacionarlas con nuestros viejos hábitos de pensamiento. Pero hagamos lo que hagamos, el objeto de nuestro odio no desaparecerá, permanecerá ahí, presente, así como en el último capítulo lo que hicimos fue considerar las cosas que no están presentes.

Las razones reales son casi lo contrario de las supuestas, las verdaderas dificultades casi nada tienen que ver con las reconocidas como tales. Ello se debe, desde luego, a un fenómeno general, ampliamente difundido pero que no siempre se comprende o señala abiertamente. A la ofensiva protestante contra el catolicismo se le ha dado la vuelta y ha quedado completamente del revés. De prácticamente todas las acusaciones que la Reforma lanzó contra la Iglesia, ésta ha sido absuelta por el mundo moderno, pero después ha tenido que cargar con nuevas acusaciones de signo contrario. Como si los reformistas hubiesen condenado al Papa por su avaricia, y luego el tribunal, tras declararlo inocente, decidiera castigarlo por su extravagante costumbre de repartir el dinero entre la muchedumbre. El moderno protestantismo parece estar basado en el principio según el cual basta con que no paremos de gritar «el Papa, al infierno» para que quepan todas las opiniones imaginables sobre si debiera irse al infierno de los avaros o al de los manirrotos. Esto es lo que significan el amplio consenso en el cristianismo y la afirmación de que caben todas las opiniones, por diferentes que sean. Cuando el reformista dice que los principios de la Reforma permiten la manifestación de diferentes puntos de vista, lo que está diciendo es que permiten que el universalista arremeta contra Roma por su apoyo excesivo a la predestinación y que el calvinista haga lo mismo por la razón opuesta. Quiere decir que en su familia feliz hay lugar para el antipapista que piensa que el purgatorio es una muestra de inaceptable debilidad y asimismo para el antipapista que considera que el infierno es excesivamente duro. Quiere decir que la misma descripción puede servir para caracterizar al tolstoyano que denuncia a los sacerdotes por mostrarse tolerantes con el patriotismo y al fanático que denuncia que los sacerdotes representan el internacionalismo. Después de todo, es sabido que el principal objetivo del auténtico cristianismo es lograr que a los sacerdotes se les acuse de todo, y además, ¿quiénes nos hemos creído que somos para andar poniendo barreras dogmáticas a las diversas maneras de manifestar su condena los muy diversos temperamentos de los hombres? ¿Por qué permitir que ese frío obstáculo de los logicistas que lleva por nombre técnico contradicción en los términos se interponga entre nosotros y la cálida y creciente hermandad entre los hombres, tan pletóricos de sincera y espontánea antipatía hacia sus vecinos? La religión es hija del corazón, no de la razón, y mientras nuestros corazones estén llenos de odio hacia todo lo que nuestros padres veneraron, podemos seguir contradiciéndonos alegremente sobre cuál haya de ser el objeto de nuestro odio hasta el fin de los tiempos.

Éste es el talante con el que se presenta la moderna agresión, mucho más amplia y generosa, contra la Iglesia. Un talante perfectamente incongruente con las viejas agresiones doctrinales, pero igualmente decidido a no dejar pasar una sola oportunidad de mostrarse agresivo. Sin embargo, con él sucede algo muy parecido a lo de antaño, y es que las dificultades reales a las que se enfrenta un converso hoy en día casi puede decirse que son exactamente lo opuesto de las que imaginaban los protestantes de ayer. Los panfletos protestantes ni remotamente rozan una sola de las dudas que suelen asaltarlo, y en cuanto a los panfletos católicos, casi siempre están dedicados a responder a las acusaciones vertidas en los primeros. De hecho, sólo tiene sentido decir de sacerdotes y propagandistas católicos que no viven en su tiempo porque a veces se dedican a dar lanzadas a moro muerto y cargarse herejías que desaparecieron hace mucho tiempo. Pero incluso esto, bien visto, es un defecto de caballerosidad. El sacerdote y aun el perseguidor se toman las herejías mucho más en serio de lo que ya nadie les concede, y el inquisidor suele tributarles más respeto que los mismos herejes. Con todo, es verdad que las razones para desconfiar o dudar que realmente asaltan al converso, al punto a veces de paralizarlo cuando está muy cerca de dar el paso y convertirse, no tienen absolutamente nada que ver con este viejo montón de vulgares calumnias y falacias, y a menudo, de hecho, son exactamente lo contrario.

Una manera directa de describir esto es diciendo que el converso ha dejado de tener miedo de los vicios del catolicismo, pero que lo siguen asustando sus virtudes. Por ejemplo, ha olvidado todas aquellas viejas tonterías acerca de la maliciosa impostura de los confesonarios, porque lo que le preocupa sobremanera, y legítimamente además, es su veracidad. No retrocede ante su insinceridad sino ante su sinceridad, y tampoco está siendo forzosamente insincero al hacerlo. El realismo es la verdadera piedra de escándalo, así que nada más natural que sacarle el cuerpo; de hecho, la mayoría de nuestros modernos realistas le son afectos porque tienen el detalle de mostrarse realistas sólo con los demás. Se acerca mucho a merecer el sacramento de la penitencia por su descubrimiento del realismo, pero no lo bastante para haber descubierto lo que es razonable y de sentido común. Muchos de los que han vivido esta experiencia tienen derecho a decir lo que aquel viejo soldado le decía a su ignorante camarada: «Sí, sentí miedo, y si tú sintieras siquiera la mitad, saldrías corriendo». Quizás sea preferible pasar por esto para descubrir que no hay casi motivos para sentir miedo. Como sea, poco más diré aquí sobre este ejemplo, por intuir que la absolución, como la

muerte o el matrimonio, es algo que cada hombre ha de descubrir por su cuenta. Bastará con decir que quizás sea éste el supremo ejemplo de que la fe es una paradoja más abarcadora exterior que interiormente. Si tal cosa puede predicarse de la más insignificante capilla, con mucha más razón puede decirse del aún más pequeño confesonario, que es como una iglesia dentro de la Iglesia. Y casi es una bendición que nadie fuera de ese recinto sepa qué gigantescas dosis de generosidad, incluso de cordialidad, pueden caber en una simple caja de madera, como aquel legendario cofre que contenía el corazón de un gigante. No deja de ser un alivio, y es casi una broma, que sólo en un rincón oscuro y un espacio exiguo pueda el hombre descubrir montañas de magnanimidad.

Lo mismo sucede con los otros puntos litigiosos, especialmente con los más antiguos. Un hombre que ha recorrido un camino tan largo dejó hace tiempo atrás la idea de que el sacerdote quiere obligarle contra su voluntad. No tiene miedo de pensar que, una vez ingerida la droga, dejará de ser responsable, sino que le asusta saber que lo será plenamente. Habrá alguien ante quien será responsable, y sabrá sin lugar a dudas de qué es responsable: son dos posturas poco confortables, que las criaturas que lo rodean tienen la fortuna de poder evitar hoy en día. Abundan, desde luego, los ejemplos que permitirían ilustrar el hecho de que realmente se produce un intervalo de doloroso dudar; aunque, para decirlo con propiedad, más que dudar lo que se hace es temer, ya que en algunos casos al menos (como señalaré más adelante) cuando menos se duda es cuando más se teme.

Pero como fuere, el caso es que las dudas rara vez son del tipo que describen normalmente los propagandistas anticatólicos, y ya va siendo hora de que estos señores hagan el esfuerzo de ponerse al día con los verdaderos problemas. El católico casi nunca queda impresionado con el cuadro del catolicismo que pintan los protestantes, pero a veces sí le impresiona el que pintan los propios católicos (y ello es una buena razón para no cargar las tintas más de lo debido con los aspectos más arduos o desconcertantes del problema). Por el bien del converso, convendría asimismo recordar que una sola palabra necia dicha en casa es mucho más nociva que millares de palabras insensatas oídas en la calle. Sobre éstas ha aprendido a estar sobre aviso, y son como el granizo o la lluvia cayendo ciegamente sobre el techo del Arca de Noé. En cambio, las voces que salen del interior, aun las más informales o casuales, está predispuesto a considerarlas sagradas o más que humanas, y aunque sea injusto esperar algo así de personas que sólo profesan la condición de seres humanos, hay que insistir en que los católicos deberían

recordar. Son muchos los conversos que llegan a un punto donde nada de lo que pueda decir un protestante o un infiel hace mella en su determinación. Pero una sola palabra dicha por un católico puede bastar para apartarlo del catolicismo.

Es completamente falso, según mi experiencia, que los je-suitas o cualquier otro sacerdote romano se dediquen al proselitismo acosando y persiguiendo a la gente. La más mínima idea de cómo suceden las cosas realmente pueden tener quienes ignoran que, en ese largo y oscuro e impreciso periodo, es el hombre quien se persigue a sí mismo. La aparente inacción del sacerdote puede compararse con la quietud estatuaria del pescador, una actitud, por otra parte, que no deja de ser natural, tratándose precisamente de un pescador de hombres. Pero rara vez se mostrará impaciente o presuroso, y la persona situada al otro extremo estará lo bastante sola para darse cuenta de que lo que tira de su libertad no es algo meramente exterior. Es posible que los seglares actúen menos sensatamente. En la mayoría de las congregaciones, el lego suele tomarse las cosas mucho más en serio de lo que sería aconsejable para su salud, en todo caso mucho más que los sacerdotes ordenados. En mi experiencia, el aficionado generalmente es mucho más exaltado que el profesional, y si se muestra irritado por lo lento del proceso de conversión o las contradicciones que aparecen en ese estadio intermedio, puede hacer mucho daño, aunque no lo pretenda en absoluto. En mi propio caso, recuerdo que siempre padecí un ligero revés cada vez que algún irresponsable intervenía para instarme a avanzar. Vale la pena, a efectos prácticos, dar testimonio de estas experiencias, porque pueden ser de utilidad para el converso cuando a su vez le toque convertir a otros. Nuestros enemigos ya no saben cómo atacar nuestra fe, pero ello no es motivo para que olvidemos cómo defenderla.

No obstante, aun esta advertencia fortuita o banal nos permite recordar lo que ya hemos observado: me refiero al hecho de que sea lo que sea lo que pueda preocupar al católico, siempre será lo contrario de lo que el protestante denuncia en sus soflamas. Tan sólo por referencia a mi experiencia personal me he permitido señalar que, por lo general, no es el sacerdote, sino mucho más frecuentemente el lego, quien pretende ostentosamente abarcar mar y tierra en su empeño por ganarse a un aspirante a converso. Todos esos rumores misteriosos y espeluznantes acerca del horror que supone tener a un sacerdote en casa, como si fuera una especie de vampiro o un monstruo intrínsecamente ajeno a la naturaleza humana, se desvanecen al contacto de uno de esos legos militantes. El sacerdote se dedica a hacer su trabajo, pero es

su correligionario seglar quien está siempre dispuesto a explicar en qué consiste y en hablar de él. No tengo nada en contra del proselitismo de los seglares, puesto que nunca comprendí, incluso cuando era prácticamente un infiel, por qué un hombre no puede tener derecho a propugnar sus propias opiniones o bien ésta en lugar de aquellas otras. No seré yo quien se queje del impulso evangelizador de los señores Hilaire Belloc y Eric Gill, aunque sólo sea porque les debo las charlas más inteligentes de mi juventud. Pero quien practica el proselitismo de ese modo es este tipo de persona, y también aquí se equivoca la caricatura convencional, que siempre lo representa en sotana. El catolicismo no se difunde por medio de trucos o ardides profesionales o mediante señales y ceremonias secretas. El catolicismo lo difunden los católicos, pero ciertamente no, al menos en la vida privada, únicamente los sacerdotes católicos. Una vez más doy un solo ejemplo entre miles para demostrar que la vieja y tradicional versión de los terrores papistas casi siempre ha sido contraria a la verdad, aun en los casos en que hubiese sido plausible. Cualquiera es libre de decir que el catolicismo es el enemigo, y es posible que esté formulando, desde su punto de vista, una profunda verdad espiritual. Pero cuando se dice que el clericalismo es el enemigo, lo que se está haciendo es repetir un eslogan.

Por experiencia sé que el converso por lo general atraviesa tres estadios o estados mentales. En el primero se imagina que ha conseguido distanciarse, incluso que ha llegado a ser totalmente indiferente, mas en el sentido antiguo de la palabra, como cuando en el breviario se dice de los jueces que han de administrar justicia acorde a la verdad e indiferentemente. Algún modernillo impertinente podría observar que nuestros jueces, en efecto, administran justicia con mucha indiferencia. Pero el caso es que el sentido antiguo era legítimo y aun lógico, y es el que conviene a este caso. La primera fase es la del joven filósofo que piensa que debería ser justo con la Iglesia romana. Aspira a ser justo con ella, pero básicamente porque sabe que es tratada de forma injusta. Recuerdo que cuando trabajaba en el *Daily News*, el gran órgano liberal de los no conformistas, me tomé la molestia de elaborar una lista con las quince falsedades que descubrí, con mis luces de entonces, en un alegato contra Roma de los honorables señores Horton y Hocking. Entre las cosas que observé, por ejemplo, estaba el hecho de que era absurdo afirmar que los covenanters[25] habían luchado por la libertad religiosa, cuando este movimiento se dedicaba a atacar la tolerancia religiosa; que era falso que la Iglesia sólo mostrara interés por la ortodoxia doctrinal y era indiferente a la moral, ya que, en caso de que tal cosa pudiera predicarse de algo o alguien,

obviamente a quienes podía imputársele era a los defensores de la salvación por la fe, mas no a los que propugnan la salvación por las obras; que era absurdo decir que los católicos eran los responsables del horrendo sofisma según el cual los hombres a veces mienten, dado que cualquiera en su sano juicio sabe que un católico sería capaz de mentir para arrancar a un niño de las garras de sus torturadores chinos; que citar en ese contexto la frase de Ward:[26] «Convéncete de que hay razones para mentir y luego miente como un bellaco» era demostrar que no se sabía lo que había querido decir su autor, puesto que la intención de Ward era fustigar el equívoco o lo que la gente suele llamar el jesuitismo. Lo que quería decir es: «Cuando un niño tiene que esconderse en un armario para huir de los torturadores chinos que lo persiguen con hierros candentes, entonces (y sólo entonces) puedes decirte que no haces mal engañando y que puedes no dudar en mentir. Pero nada justifica que caigas en el equívoco. No te tomes la molestia de decir "el niño está en una casa de madera no lejos de aquí" cuando lo que quieres decir es que está metido en un armario, en cambio sí puedes decir que el niño está en Chiswick o en el zoo de Chimboa o donde se te ocurra». Resulta que ahora descubro que hace muchos años hice un comentario sumamente prolijo a todos esos argumentos sencillamente por el placer lógico de desvelar una injusticia intelectual. No tenía entonces la menor intención de convertirme en católico, no más que en volverme caníbal. Pensaba que me limitaba a señalar que hay que tratar con justicia incluso a los caníbales. También pensaba que me dedicaba a anotar unas cuantas falacias en parte porque me divertía hacerlo y también por cierta sensación de lealtad a la verdad de los hechos. Pero en realidad, repasando mis anotaciones (que nunca publiqué), me llama la atención que fuera capaz de tomarme tanta molestia si de verdad pensaba que aquello era una nadería, y además cuando lo de tomarme la molestia nunca ha sido una de mis debilidades. Tengo la impresión de que ya entonces algo había en mí que inconscientemente hacía que me interesara más por las falacias que pudiera generar este tema que por las que suscita el libre comercio, el voto de las mujeres o la Cámara de los Lores. Sea como sea, así fue la primera fase para mí, e imagino que para muchos otros también. Una fase en la que sólo aspiraba a defender a los papistas de calumnias y opresiones, pero no (o al menos no conscientemente) porque pensara que fueran los dueños de una verdad especial, sino porque veía que tenían que soportar un extraordinario cúmulo de falsedades.

La segunda fase es aquella en la que el converso empieza a ser consciente no ya sólo de las falsedades, sino de la verdad. Se siente entusiasmado al

descubrir que esa verdad es mucho más rica de lo que sospechaba. Más que de una fase, se trata de un avance, y en ella se suele avanzar con mucha rapidez y por bastante tiempo. Se descubre que la filosofía católica contiene una cantidad realmente importante de ideas interesantes y brillantes, que la mayoría son atractivas de entrada y que aun las que no queremos aceptar tienen siempre algo que podría llevarnos a querer hacerlo. Este proceso, que podría definirse como el descubrimiento de la Iglesia católica, es quizás el más placentero y menos complicado de una conversión, en todo caso es más ameno que formar parte de la Iglesia y mucho más que tratar de vivir católicamente. Es como ir descubriendo un nuevo continente lleno de flores exóticas y animales fantásticos, un mundo a la vez salvaje y acogedor. Intentar algo parecido a una descripción exhaustiva de este proceso sería lo mismo que analizar a fondo cerca de medio centenar de ideas e instituciones católicas. Me permito observar que en su mayor parte consiste en traducir, en descubrir el sentido real de las palabras, que la Iglesia utiliza correctamente y el mundo no. Por ejemplo, el converso descubre que «escándalo» no significa «cotilleo», y que el pecado que lo origina no significa siempre que sea malo que unas tontas viejitas se dediquen a cultivar el chismorreo. Escándalo significa escándalo, que es lo que originalmente significaba en griego y en latín: ponerle una zancadilla a alguien cuando ese alguien intenta portarse bien. O también puede descubrir que expresiones como «consejo de perfección» o «pecado venial», que no significan nada en los periódicos, en los manuales de teología moral quieren decir cosas realmente interesantes e inteligentes. Comienza a comprender que el mundo secular echa a perder el sentido de las palabras, y por primera vez vislumbra que la salud de hierro de la misa en latín, que su inmortalidad se debe a razones exaltadoras que nada tienen que ver con la oposición entre una lengua muerta y otra viva (o una lengua eternamente viva), sino entre una lengua muerta y otra que agoniza, una lengua que inevitablemente degenera. Estos incontables atisbos de grandes ideas, que al converso le ocultaban los prejuicios de su cultura provinciana, constituyen la variada aventura del segundo estadio de la conversión. En términos generales, es un estadio donde inconscientemente se quiere ser convertido. Pero el tercer estadio es quizás el más auténtico, también el más terrible. Porque en él lo que se quiere es no ser convertido.

Porque se ha acercado demasiado a la verdad, pero ha olvidado que la verdad es un imán, con todos sus poderes de atracción y repulsión. Se siente embargado por una especie de miedo que le hace sentirse como un tonto, obcecado en defender «el papismo» cuando hubiese debido comprender mejor

la realidad de la Iglesia. Descubre un hecho sorprendente y preocupante, quizás el mismo que aparece implícito en la interesante conferencia de Newman sobre Blanco White[27] y las dos maneras de atacar al catolicismo. En todo caso, ese hecho es una verdad con la que Newman y cualquier otro converso han debido de encontrarse de una forma u otra: es imposible ser justo con la Iglesia católica. Basta con dejar de hacer fuerza contra ella para sentir el tirón, basta con dejar de gritarle que se calle para comenzar a oír lo que dice con placer. Y basta con empezar a ser justo para encariñarse con ella. Pero cuando este sentimiento rebasa ciertas cotas, adquiere la grandeza trágica y amenazadora de las grandes historias de amor. Se tiene entonces la impresión de haber contraído un compromiso o una obligación, hasta cierto punto de haber caído en una trampa, aunque una trampa feliz. Pero durante mucho tiempo es imposible sentirse feliz, sencillamente se experimenta pavor. Quizás esta experiencia psicológica auténtica haya podido ser mal interpretada por personas más torpes, lo que explicaría por qué lo que ha quedado de la leyenda es que el catolicismo no es más que una trampa. Una leyenda que pasa por alto la relevancia de la experiencia psicológica. El Papa no tiende ninguna trampa, ni los curas ponen ningún cebo. Lo relevante es que la trampa sencillamente es la verdad, y que es el hombre solo quien ha dirigido sus pasos hacia la trampa de la verdad, y no que la trampa ha estado persiguiéndolo. Todos y cada uno de esos pasos —con excepción del último — los ha dado con premura y sin ayuda de nadie, sólo interesado en alcanzar la verdad. Y si el último que ha de dar, si la última etapa de su recorrido le produce tanta zozobra, es porque resulta tan rotundamente verdadero. Si se me permite volver a evocar una experiencia personal, diré que nunca me sentí menos abrumado por la duda que en esa última fase, cuando me rondaban todos los temores. Hasta ese último plazo había guardado mis distancias y me había mostrado abierto al examen desinteresado de todas las doctrinas, pero en cuanto se hubo cumplido, experimenté todo tipo de cambios, aun simplemente de humor. Desde entonces, me parece que simpatizo mucho más que antes con las dudas y dificultades. Pero un poco antes no las tenía, sólo tenía miedo. Miedo de algo que tenía la rotundidad y sencillez del suicidio. Pero cuanto más esfuerzo hacía por no pensar en aquello, más seguro estaba de saber de qué se trataba. Y por una paradoja que ya ha dejado de asustarme, sé que posiblemente nunca más vuelva a sentirme tan absolutamente seguro de que aquello era verdadero como cuando hice el último esfuerzo por negar que lo fuera.

Una paradoja a la que cabría añadir una posdata o nota al pie, porque sé que para muchos puede prestarse a malentendidos. Convertirse en católico enriquece la mente. Y la enriquece especialmente porque lo hace a uno consciente de las razones para convertirse en católico. Un hombre que ocupa el centro de una intersección tiene vistas a cada calle que se le antoje observar. Ese hombre comprende que todas parten de puntos distintos del horizonte. Cuando avanza por su propia calle, su mirada, a veces incluso su imaginación, puede abarcarla sólo a ella. Tomemos, por ejemplo, a un hombre que aún no es católico pero que se considera un medievalista. Pues resulta que el hombre que sólo es medievalista tiene mucho que ganar si se convierte en católico. Yo mismo me considero un medievalista, ya que creo que la vida moderna tiene mucho que aprender de la vida medieval, que las corporaciones son un sistema social preferible al capitalismo, que los frailes son bastante menos insultantes que los filántropos. Pero ahora soy un medievalista mucho más razonable y moderado que cuando era un medievalista a secas. Por ejemplo, entonces me creía siempre obligado a oponer la arquitectura gótica a la griega porque había que defender a los cristianos de los paganos. Esto es algo que ha dejado de preocuparme: sé lo que Coventry Patmore[28] quiso decir cuando tranquilamente expuso que le parecería igual de católico poner sobre la repisa de su chimenea a la Venus de Milo o a la Virgen. Como medievalista que soy, sigo sintiendo especial orgullo del gótico, pero como católico me siento orgulloso del barroco. Esta intensidad, que casi parece una forma de estrechez porque apunta al centro, como una ventana medieval, es harto representativa del último proceso de concentración que sucede poco antes de la conversión. En el último instante, el converso a menudo se siente como si estuviera mirando por una saetera. Se asoma a una pequeña grieta o un hueco deforme que parece disminuir de tamaño a medida que lo considera. Pero ese vano da directamente al altar. Lo que sucede cuando entra en la iglesia es que descubre que el espacio es mucho mayor dentro que fuera del templo: ha dejado atrás la deformidad de las saeteras y aun, de cierta manera, la angostura de las puertas góticas, y ahora camina bajo bóvedas tan espaciosas como el Renacimiento y universales como la República del mundo. Ahora puede pronunciar, con un sentido que desconocen los hombres de hoy en día, estas antiguas, serenas palabras: *Romanus civis sum*.[29] No soy un esclavo.

Por el momento, sin embargo, lo que conviene saber es que por lo general se atraviesa un periodo de intenso nerviosismo, por decir lo menos, antes de entrar en posesión de esa herencia. Hasta cierto punto, es el mismo miedo que

acompaña las decisiones arriesgadas e irrevocables, al que aluden los viejos chistes sobre el novio tembloroso ante el altar el día de su boda o el recluta que recibe su paga y se la gasta en bebida, en parte para festejar, pero asimismo para olvidar que acaba de alistarse. Salvo que en este caso el miedo lo inspiran un sacramento más alto y un ejército más poderoso. El converso, por la naturaleza misma del proceso que ha vivido, ha dejado muy atrás la torpe idea de que el sacramento es un veneno o las armas le serán fatales. Ha debido de superar el momento (que de todos modos ha de superar) en que pensó que quizás todo aquello no era sino un truco de prestidigitación, extraordinariamente inteligente e ingenioso. Pero ya no se encuentra en ese estado que puede ser considerado como la fase final del dudar verdadero, valga decir cuando se preguntaba si aquello que todo el mundo le decía que era demasiado terrible para poder soportarlo no sería demasiado bueno para ser verdad. También aquí se manifiesta el mismo principio recurrente, porque resulta que el obstáculo es exactamente el opuesto al señalado por la propaganda protestante. Aunque todavía se sienta atrapado, ha dejado de sentirse engañado. Ya no le asusta que la Iglesia se descubra ante él, sino más bien que la Iglesia lo descubra a él.

Estas observaciones sobre las fases del proceso de conversión necesariamente son muy negativas e inadecuadas. En el último segundo, en un espacio por el que apenas podría pasar un cabello, justo antes de que el hierro se adhiera al imán, ante él se abre un abismo repleto de las insondables fuerzas del Universo. El intervalo entre hacer y no hacer es a la vez tan diminuto y tan vasto. Aquí sólo es posible exponer las razones para abrazar el catolicismo, no sus causas. He intentado sugerir algunas de las iluminadoras experiencias que conducen poco a poco a quien se le enseñó a pensar mal de la Iglesia a comenzar a pensar bien de ella. Que lo descrito con tintes tan oscuros resulte ser tan luminoso es por sí solo un fenómeno sorprendente, envuelto en el halo de lo sensacional y extraño. Querer maldecir y acabar bendiciendo, querer burlarse y acabar rezando son experiencias que siempre agradecemos, maravillados y radiantes de inesperado bienestar.

Pero una cosa es sacar la conclusión de que el catolicismo es algo bueno y muy otra que sea lo correcto. Y no es lo mismo estar convencido de que es lo correcto y de que siempre sea lo correcto. Nunca di fe a la tradición de que era una cosa diabólica, y pronto dudé que fuera inhumano. Pero de esto sólo hubiese podido inferir que era humano, lo que está a mucha distancia de suponer que es divino. Cuando nos convencemos de la realidad de la autoridad divina, podemos abordar el asunto aún más misterioso de la ayuda

divina. En otras palabras, llegamos a la insondable idea de la gracia y el don de la fe, que no tengo la menor pretensión de sondear. Es una cuestión teológica de extraordinaria complejidad, y no es lo mismo sentir que es una realidad que definirla como una verdad. Baste aquí con indicar dos o tres aspectos del dispositivo preliminar que permite preparar la mente para esa vivencia. Para empezar, diré que hasta cierto punto es verdad que los peores fanáticos resultan ser los mejores filósofos. La Iglesia realmente es como el Anticristo, en el sentido de que es tan irrepetible como Cristo. Así, si no es Cristo, es probable que sea el Anticristo, pero lo que con toda seguridad no puede ser es Moisés o Mahoma o Buda o Platón o Pitágoras. Cuanto más sabemos de la humanidad más simpatizamos con ella y más podemos ver que cuando es simplemente humana también es simplemente pagana. Los nombres de sus dioses locales o profetas tribales o muy respetables sabios son de interés secundario, comparados con ese específico rasgo humano y pagano. Para el antiguo paganismo europeo y para el actual de Asia hay dioses y sacerdotes y profetas y sabios de toda clase, pero lo que no hubo ni hay es una institución comparable a la Iglesia. Los cultos paganos tardan mucho en morir, y no regresan rápidamente. No conocen el tipo de reivindicación que conviene hacer en tiempos de crisis, y desde luego no la sostienen una y otra vez y crisis tras crisis a lo largo de toda la historia. Lo que la gente teme de la Iglesia, lo que de ella detestan, lo que, para luchar contra ella, la lleva a endurecer su corazón y a veces, podría pensarse, a espesarse la cabeza, todo lo que ha hecho que la gente, consciente o inconscientemente, vea en la Iglesia católica un *riesgo* y un *peligro*, es la evidencia de que algo hay en ella que no admite ser observado lánguidamente o a distancia, como podríamos observar a un grupo de hotentotes danzando a la luna nueva o de chinos quemando papel en templos de porcelana. El chino y el turista pueden llegar a entenderse muy bien, sobre la base del mutuo desprecio. Pero en el duelo entre la Iglesia y el mundo no hay escudo despectivo que valga. La Iglesia nunca despreciará el alma de un culi hindú, ni siquiera se anima a despreciar la del turista, y la locura que lleva a los hombres a odiarla es apenas ese vano intento de despreciarla.

Otro factor, mucho más profundo, delicado y de difícil descripción, es el estrecho vínculo que se establece entre lo más horrible y arcaico y lo más íntimo y personal. Es suficiente milagro que una institución tan descomunal y remota por su origen y concepción haya podido mantenerse tan viva en el afecto de los hombres. Es como si un hombre de hoy en día reconociera el salón de su casa y la lumbre de su hogar en el centro de la Gran Pirámide.

Como si el muñeco favorito de un niño resultara ser la imagen sacra más antigua del mundo, que ya era adorada en Caldea o Nínive. Como si una muchacha a la que un hombre le hace el amor en un jardín fuera al mismo tiempo, de alguna oscura y desdoblada manera, una estatua para siempre erguida en una plaza. Ese milagro hace que todas las cosas que antes considerábamos una debilidad se nos aparezcan con su mayor vigor y fuerza. Todo lo que los hombres han tachado de sentimental en la religión católica y romana —sus estampas, sus florecillas y baratijas de relumbrón, sus figuras de gestos piadosos y dulce mirar, su patetismo abiertamente popular, y todo aquello que Matthew Arnold[30] insinuaba al referirse a las «lágrimas aliviadoras» de la cristiandad—, todo ello es señal de la vitalidad sensible y activa de tan vasta y asentada y sistemática realidad. Nada puede compararse en calidez a la calidez de la Navidad, en medio de antiguas colinas venerablemente cubiertas de nieves eternas. Está permitido incluso dirigirse a Dios Todopoderoso con diminutivos. En todas sus variadas vestiduras late el Sagrado Corazón. Pero quienes saben que su interior rebosa afecto y alegría, saltando vivaces como diminutos fuegos, sienten algo parecido a una irónica satisfacción al pensar en el impresionante tamaño primitivo de la cosa, comparable al de algún monstruo prehistórico, en sus torres y mitras que son como cuernos de gigantescos rebaños o en los colosales fundamentos de sus templos, comparables a las cuatro patas de un elefante. Sería fácil escribir un ensayo centrado únicamente en los aspectos artísticos de los extraños adornos de la religión católica, que diera una imagen tan tosca y misteriosa como la de los cultos aztecas o africanos. Fácil sería hablar de ella como si realmente se tratara de una especie de mamut o de monstruoso elefante, más antiguo que la Edad del Hielo, elevándose sobre la Edad de Piedra con sus rasgos marcados en la faz de la tierra, como si dijéramos, por terremotos, desprendimientos y aludes de una tierra aún más antigua, sus mismos órganos y la textura de su superficie sólo comparables con modelos vegetales y aéreos y luminosos de los que se ha perdido el recuerdo, sí, sería fácil hablar de ella como si fuera el vestigio de un mundo perdido. Salvo que este monstruo prehistórico vive en jardines zoológicos y no está consignado en ningún museo de historia natural. Porque el animal extinto vive todavía. Todo lo que de extraño y desconocido hay en sus formas contrasta con la sorprendente naturalidad y familiaridad de su mente, como si la Esfinge rompiera a hablar sobre los temas más candentes de actualidad. El súper elefante no sólo es un animal doméstico, sino que además resulta que es una mascota que se deja guiar por un niño.

La antítesis entre los elementos descomunales y de origen remoto y todo lo que los vuelve personalmente significativos y realistamente afectivos constituye otra de esas impresiones coincidentes que convergen en el instante de la conversión. Pero sobre todas ellas, tan cercanas al momento del tránsito hacia el don de la fe, es mucho más difícil escribir que sobre los preliminares racionalistas e históricos del proceso, y aquí sólo pretendo abordar esas disposiciones previas al conocimiento de la verdad. En los siguientes capítulos, pues, me propongo recorrer dos de esas grandes categorías, no porque sean más abarcadoras que cualquier otro de los inmensos aspectos de tan poderoso tema, sino porque resulta que las dos se equilibran, al formar una de esas antítesis tan señeras de la verdad católica. En el primero procuraré explicar por qué, cuando ensalzamos a la Iglesia por su grandeza, no pensamos solamente en sus dimensiones sino, y además de un modo bastante notable y excepcional, en su universalidad. Es decir, en su capacidad para constituirse en universo y contener otras cosas. Y en el segundo capítulo señalaré el elemento que aparentemente viene a perturbar esa verdad universal, pero que en realidad le brinda un contrapeso. Me refiero al hecho de que valoremos en la Iglesia su carácter militante, a veces precisamente porque es capaz de militar contra nosotros. Es algo más que el Universo, si por tal entendemos la naturaleza o la humana naturaleza completa, y suele manifestar que es ese algo más al estar a veces en lo correcto cuando las dos naturalezas yerran. Aunque juntos conforman la certidumbre que se manifiesta justo antes de la conversión, esos dos aspectos han de estudiarse por separado. Pero en este capítulo me he ceñido a desgranar algunos aspectos o fases de la conversión, considerada como un proceso que se realiza en la práctica, con especial atención a las tres etapas que tantos protestantes y agnósticos han tenido que atravesar. Pienso que más de uno, al evocarlas hoy con alegría, me perdonará que a la primera la llame «proteger a la Iglesia», a la segunda, «descubrir a la Iglesia» y a la tercera, «huir de la Iglesia». Cuando las tres etapas se han cumplido, comienza a vislumbrarse una verdad más abarcadora, demasiado amplia para caber en una descripción. Y que procedemos a describir.

IV
El mundo del revés

La primera falacia sobre la Iglesia católica consiste en decir que es una iglesia. Valga decir, una iglesia como lo entienden los diarios protestantes cuando se refieren a las iglesias. No es mi intención despreciar a las iglesias, y tampoco pienso que sea una muestra de desprecio opinar que sería deseable que las llamáramos «sectas». Ésta es una verdad mucho más profunda y amena de lo que parece a primera vista, pero de entrada, resulta que es una verdad en el sentido más llanamente histórico. Lo que nada tiene que ver, por cierto, con la amenidad. De hecho, por poner un ejemplo, me resultan bastante más amenas las pequeñas nacionalidades que las pequeñas sectas. Pero es un hecho histórico innegable que el Imperio romano era el Imperio y no una pequeña nacionalidad. Como también es un hecho histórico que la Iglesia romana es la Iglesia y no una secta. Tampoco me parece que sea una muestra de estrechez de miras o de falta de sentido común el decir que la Iglesia es la Iglesia. Puede que el estallido del Imperio romano en una serie de naciones haya sido una cosa buena, pero lo que no se puede decir es que el Imperio era una de esas naciones. Incluso quienes piensan que fue una cosa buena que la Iglesia estallara en varias sectas deberían ser capaces de distinguir entre los pequeños fragmentos que son de su agrado y el gran todo que han contribuido a fragmentar. De hecho, y tratándose de realidades tan considerables, tan incomparables y tan creadoras de toda una cultura como fueron el Imperio romano y la Iglesia de Roma, no es en absoluto controvertido sino sencillamente correcto el paralelismo entre ambas. En boca de sus hablantes originales, la palabra «Imperio» significaba únicamente aquel Imperio, y todo el que pronunciara «Ecclesia» se refería solamente a aquella Ecclesia. Es posible que en otras latitudes existieran entidades parecidas, pero lo que no lo puede haber sido es que fueran designadas con esas mismas palabras, por la sencilla razón de que no se las nombraba con el mismo lenguaje. Todos sabemos qué era un emperador romano, y podemos, cómo no, hablar de un emperador chino, así como nada nos impide decir que

un determinado tipo de mandarín equivale a un marqués. Pero nunca podremos asegurar que son equivalentes exactos, ya que nuestro punto de referencia es propio de nuestra historia y, desde ese punto de vista, es único. Y en este sentido, al menos, decimos que la Iglesia católica es única. No es que forme parte del conjunto de las iglesias cristianas, ni siquiera puede decirse que es un miembro del conjunto de las religiones humanas. Observada con frialdad e imparcialmente, como si dijéramos desde la Luna, es una realidad mucho más *sui generis*. Puede definirse, si así se le antoja al observador, como el fracaso de la tentativa de crear una Religión Universal destinada a no prosperar. Pero ordenar a los raqueros que desguacen un barco no convierte al barco en uno de sus maderos, así como romper Polonia en tres pedazos no hace que Polonia sea lo mismo que Posen.

En un sentido mucho más profundo y filosófico puede decirse que la idea de que la Iglesia es una de sus propias sectas constituye la mayor de las falacias. En el fondo, subyace aquí algo de tipo psicológico, que es muy difícil describir, pero que quizás resulte ser la más espectacular de esas revoluciones calladas, de esos cambios radicales de manera de pensar en que consiste la conversión. Todos los hombres se imaginan inscritos en algún tipo de universo. En mi juventud, el hombre vivía en una especie de espacioso y aéreo Crystal Palace[31], rodeado de muestras y exposiciones. El Universo, hecho de cristal y hierro, era transparente e incoloro. En todo caso, era un universo que parecía negativo. Sobre nuestras cabezas se alzaba una remota bóveda que se confundía con el cielo, imparcial e impersonal. Toda nuestra atención estaba puesta en los objetos expuestos, cada uno cuidadosamente etiquetado, dispuestos en hileras. Es que estábamos en la era de la ciencia. En una de aquellas filas de objetos se exponían las religiones: iglesias o sectas o lo que se hubiese decidido llamarlas. Y cerca del final destacaba, por su aspecto especialmente siniestro y sórdido, uno de aquellos objetos: tenía un tejado rematado en punta y medio ruinoso y ventanas también acabadas en punta, la mayoría rotas por las pedradas lanzadas por los paseantes. Se nos informaba de que la muestra en cuestión correspondía a la Iglesia católica romana. Algunos sentían pena y hasta pensaban que era una lástima maltratarla de esa manera; la mayoría opinaba que era una cosa sucia y lamentable. Unos pocos se atrevían a decir que había detalles en aquella ruina de edificio que podían considerarse artísticamente bellos o arquitectónicamente notables. Pero la inmensa mayoría prefería visitar otras casetas, más serias y provechosas, como la tienda cuáquera Paz y Prosperidad o la del Ejército de Salvación, con su tío del bombo tocando a la puerta del

local. Pues bien, una conversión consiste esencialmente, en tanto que actividad intelectual, en descubrir que esa representación de una multitud de creencias iguales en importancia conviviendo en un universo indiferente es sencillamente falsa. No se trata de comparar los méritos y defectos del centro de reunión de los cuáqueros y la catedral católica. En realidad, el centro cuáquero se encuentra dentro de la catedral, porque la catedral católica lo abarca todo, como la bóveda del Crystal Palace, y sólo cuando levantamos los ojos a la vasta y lejana cúpula que alberga todas las muestras expuestas descubrimos el perfil del tejado gótico y las ventanas ojivales. En otras palabras, el cuaquerismo es apenas una forma temporal de quietismo[32], surgido técnicamente fuera de la Iglesia, a diferencia del quietismo de Fénelon, que nació técnicamente en su seno. Pero los dos tipos fueron igualmente temporales y pasajeros, y tarde o temprano, como le sucedió a Fénelon, ambos habrían reintegrado la Iglesia para poder seguir viviendo. El principio vital que anima a esas variaciones del protestantismo (a menos que se trate de un principio mortífero) reside en lo que en ellas subsiste de la cristiandad católica, a la que siempre han regresado para hacer acopio de vitalidad. Sé que esto que afirmo suena a desafío provocador, pero sin embargo es cierto. La vuelta a las ideas católicas en los fragmentos dispersos de la cristiandad frecuentemente se ha producido de manera indirecta, y aunque las influencias han sido muy variadas, todas emanan de un mismo centro. El Romanticismo lo trajo consigo, con todo y su incompleta visión de un medioevo pintoresco. Pero tiene que ser más que un mero accidente el hecho de que los romances, así como las lenguas romances, tomen su nombre del de Roma. También lo trajeron las reacciones instintivas de algunos individuos anticuados, como Johnson o Scott o Cobbett[33], que aspiraban a rescatar viejas realidades, originariamente católicas, de un progreso que se confundía con el capitalismo. Denunciaron aquella forma de progreso y se convirtieron, como Cobbett, en enemigos acérrimos del protestantismo, sin ser católicos practicantes. Y asimismo llegó auspiciado por los prerrafaelistas y la apertura hacia el arte y la cultura europeos fomentada por Matthew Arnold y Morris y Ruskin y tantos otros. Pero echemos un vistazo a la manera de pensar que hoy en día puede tener un honesto cuáquero o un pastor congregacionalista, y luego comparémosla con las ideas que en su día pudo albergar un no conformista de Little Bethel antes de producirse aquella renovación cultural. Podrá verse sin mucha dificultad que buena parte de su salud y felicidad se la debe a Ruskin (que la recibió de Giotto), a Morris (que la halló en Chaucer) y a excelentes eruditos de su propia familia, como Philip

Wicksteed (que la descubrieron en Dante y Santo Tomás). Este hombre seguirá ocasionalmente refiriéndose a la Edad Media como la Edad Oscura, sin reparar en que la Edad Oscura ha mejorado sensiblemente el papel tapiz de su habitación y el vestido de su esposa y tantos otros detalles de lo que en la época de los Stiggins[34] y el Hermano Tadger no pasaba de ser una vida sórdida y vulgar. Porque resulta que también él es cristiano, y la única vida a su alcance es la de la cristiandad.

No resulta fácil expresar la enorme inversión que he intentado sugerir a través de la imagen de un mundo vuelto del revés. Porque aquello que inicialmente parecía pequeño, de pronto creció y acabó engulléndolo todo. La cristiandad es literalmente un continente. Es inevitable pensar que lo contiene todo, incluso lo que se manifiesta contrario a él. Pero sin duda es la transformación intelectual más imponente y la más difícil de anular, incluso a efectos teóricos. Es casi imposible, aun imaginariamente, revertir sus efectos. Otra manera de enfocarlo es diciendo que nos hemos acostumbrado a pensar que todas esas figuras históricas son personajes de la historia del catolicismo, aun las que no fueron católicas. Pero en cierto sentido —en el sentido histórico, y no en el teológico— nunca dejaron de ser católicas. Son personas que en realidad no crearon nada verdaderamente nuevo, salvo cuando traspasaban la frontera de la razón, pero entonces creaban pesadillas más o menos delirantes. Pero las pesadillas no perduran, y muchos de sus soñadores están todavía intentando despertar. Los protestantes son católicos fracasados: es lo que realmente significa decir que son cristianos. A veces el fracaso es estrepitoso, pero es poco frecuente que busquen agravarlo. Así, un calvinista es un católico obsesionado con la idea católica de la soberanía de Dios. Sólo que cuando pretende que esa idea signifique que Dios quiere la condenación para un determinado tipo de personas, se puede decir, sin temor a exagerar, que se ha convertido en un católico un poco enfermizo. Para ser más exacto, es un católico que ha enfermado, y si se deja que campe a sus anchas, la enfermedad acabará matándolo o volviéndolo loco. Aunque en realidad es una enfermedad que duró poco, y que ahora ha desaparecido casi del todo. El caso es que cada vez que da un paso para volver hacia la humanidad, ese paso lo acerca al catolicismo. Un cuáquero, por otro lado, es un católico obsesionado con la idea católica de la simplicidad y la verdad amables. Sólo que cuando pretende que esa idea signifique que decir «tú» es una mentira y que es un acto de idolatría descubrirse ante una dama, no es exagerado decir que, lleve o no sombrero, sin duda alguna le falta un tornillo. Pero la verdad es que él mismo ha comprendido que esas excentricidades (al igual que su sombrero)

no eran necesarias, y se ha apartado del camino que lo habría llevado en línea recta al manicomio. Y cada vez que da un paso para desandar ese camino y volver a la senda del sentido común, lo que hace es regresar al catolicismo. Las veces que estaba en lo correcto era un católico, pero siempre que ha errado ha sido incapaz de seguir siendo protestante.

Por eso a nosotros nos resulta imposible ver en el cuáquero el comienzo de una nueva era cuáquera o en un calvinista el fundador del nuevo mundo calvinista. Salta a la vista que sólo son personajes de nuestra propia historia católica, personajes que armaron un tremendo lío por querer hacer las cosas que hacemos mejor que ellos y que en realidad ni siquiera llevaron a cabo. Supongo que se me objetará que esto es cierto de las sectas más antiguas, de los calvinistas y los cuáqueros, pero que no puede predicarse de los modernos movimientos, como los de los socialistas o los espiritualistas. Pero quien piense de este modo se equivoca. La naturaleza abarcadora o continental de la Iglesia se aplica tanto a las modernas como a las viejas manías religiosas, y por igual a materialistas o espiritualistas que a puritanos. Lo que todos ellos comparten es, para empezar, que dan por bueno alguno de los dogmas de la fe católica, que después exageran hasta el error y que acaban rechazando y anatemizando por considerarlo un error, con lo cual consiguen que sus feligreses den marcha atrás y vuelvan a acercarse al origen. Casi siempre se reconoce al hereje por estos rasgos comunes: siempre dispuesto a cuestionar violentamente cualquier otro de los dogmas católicos, no imagina la posibilidad de cuestionar su dogma favorito y ni siquiera parece saber que podría hacerlo. A ningún calvinista se le ha ocurrido pensar que alguien sea capaz de hacer uso de su libertad para refutar o limitar la divina omnipotencia, y no hay cuáquero que conciba la posibilidad de cuestionar la supremacía de la simplicidad. No de otro modo actúa un socialista. El bolchevismo y cualquier otra variante de las teorías de la fraternidad están basados en uno de los dogmas místicos más insondables del catolicismo: la igualdad entre los hombres. Los comunistas lo fían todo a la igualdad, así como los calvinistas lo fiaban todo a la omnipotencia de Dios. Ambos agotan sus dogmas, los llevan a la extenuación, hasta convertirlos en una pesadilla. Pero nunca se les ocurre pensar que pueda haber personas que no crean en el dogma católico de la igualdad mística entre los hombres, a pesar de que abundan, aun entre católicos, los herejes que se permiten cuestionarlo. Los socialistas se meten en auténticos enredos por querer llevarlo a la práctica, y por ello son capaces de poner en entredicho sus propios ideales y modificar su

doctrina. Y como los cuáqueros y los calvinistas, todas esas extravagancias sólo sirven para acortar un día su marcha hacia Roma.

En suma, el devenir de estas sectas no es un haz de líneas rectas que avanzan alejándose de su origen, y si lo fuera, se alejarían en direcciones opuestas. El esquema que trazan revela unas curvas que incesantemente retornan al continente y hogar común de su civilización, que es la nuestra. Y la esencia de esa civilización y su núcleo más sano es la filosofía de la Iglesia católica. A nuestros ojos, los espiritualistas son hombres que se dedican a estudiar la existencia de los espíritus desde el olvido, breve y tenaz, de que existen los malos espíritus. Es como si apenas hubieran recibido la educación necesaria para saber de la existencia de los fantasmas, pero no lo bastante para haber descubierto la de las brujas. Cuando algún mal espíritu logra cegar sus luces y atrofiar sus mentes, se pasan el resto de sus vidas repitiendo tonterías de Platón y ripios de Milton. Pero para los que consiguen avanzar uno o dos pasos y no se quedan haciendo tiempo en la frontera, el siguiente paso que dan consiste en aprender lo que la Iglesia puede enseñarles. A nuestro entender, los científicos cristianos no son más que personas con una sola idea en mente, que nunca aprendieron a calibrar y contrarrestar con el ejercicio de otras ideas. Ésta es la razón por la que tantos hombres de negocios prósperos se convierten en científicos cristianos. Son personas que no tienen costumbre de pensar con ideas, y una sola basta para subírseles a la cabeza, como le sucede al hombre hambriento que bebe un vaso de vino. Pero la Iglesia católica sí está acostumbrada a vivir en medio de ideas, y sabe moverse entre esas bestias realmente salvajes y peligrosas con el aplomo y el porte erguido de un domador de leones. El científico cristiano puede pasarse el resto de su vida repitiendo monótonamente su única idea, seguirá siendo un científico cristiano. Pero si pudiera avanzar y moverse entre otras ideas, comenzaría a ser un poco católico.

Cuando el converso ha visto el mundo desde ese ángulo, con un cúmulo de ideas en equilibrio y otro de ideas que dejaron de parecerle equilibradas, es imposible que tropiece con los obstáculos que era razonable que temiera encontrar antes de producirse esta tranquila pero pasmosa revolución. Ya no le preocupa enterarse de que el espiritualismo ofrece tal cosa o tal otra la ciencia cristiana. Sabe que en cualquier cosa puede caber de todo, pero que lo realmente importante es el hecho sorprendente de que en una sola cosa sea posible que quepa todo. Y está convencido de que si aquellos otros exploradores realmente quisieran encontrarlo todo y no solamente cualquier cosa, estarían mucho más dispuestos a buscarlo en ese mismo lugar. En este

sentido, ahora se preocupa por ellos bastante menos que cuando pensaba que quizás alguno fuera la única persona realmente capaz de vincularse a los grandes misterios y, por ende, capaz también de echarlos a perder. El hecho de que la señora Eddy[35] haya sanado espiritualmente o que el señor Home[36] lograra al fin levitar no le causa más impresión que el espectáculo de un salvaje desnudo con un sombrero de copa en la cabeza pudiera causarle a un caballero impecablemente vestido de Bond Street. El sombrero de copa puede que sea un buen sombrero, pero nunca será un buen traje. Y un truco de magnetismo puede que cause una determinada sensación, pero como filosofía es notablemente deficiente. Tampoco nuestro converso sentirá envidia del bolchevique capaz de hacer su revolución, como no la siente del castor que construye su dique, porque sabe que la civilización a la que pertenece es capaz de hacer cosas a una escala y de un modo bastante menos simple o monótono. Pero esto es algo que piensa de su civilización y religión, y no sólo de sí mismo. En su actitud no hay rastro de arrogancia, ya que es demasiado consciente de apenas haber arañado la superficie de la realidad espiritual que ahora se ofrece ante él. En otras palabras, el converso de ningún modo abandona la exploración, ni siquiera la aventura. No piensa que lo sabe todo ni ha dejado de sentir curiosidad por lo que no conoce. Pero la experiencia le ha enseñado que puede encontrar prácticamente todo si lo busca en esa realidad, y sabe que una inmensa cantidad de personas no consigue encontrar casi nada fuera de ella. Porque esa realidad no sólo es un jardín bellamente diseñado o una granja perfectamente funcional, en ella se puede pescar y cazar en abundancia, y además quienes participan, como suele decirse, siempre juegan limpio.

En ello reside una de las más extrañas de las falacias comúnmente admitidas acerca de los cambios que experimenta un converso. Por alguna confusa razón, la gente mezcla las observaciones normales que el converso hace al tratar de explicar que ha hallado la paz moral, con la vaga idea de que ha encontrado la paz mental, en el sentido de que su mente está en reposo. Vendría a ser lo mismo si dijeran que un hombre que se ha recuperado completamente tras sufrir un ataque de apoplejía o el baile de San Vito manifiesta su buen estado de salud al permanecer sentado sin mover un dedo, como una estatua. Recobrar la salud significa recuperar la capacidad de avanzar correctamente, por contraste con la tendencia a desplazarse en dirección equivocada. Con el añadido de que ahora probablemente avanzará más deprisa. Convertirse en católico no significa dejar de pensar, sino aprender a hacerlo. Exactamente en el mismo sentido en que recuperarse de

una apoplejía no es dejar de moverse sino aprender a hacerlo correctamente. El converso católico dispone por primera vez de un punto de partida para pensar recta y laboriosamente. Por vez primera puede emplear un método para comprobar la verdad de cualquier asunto. Y tal como va el mundo, sobre todo actualmente, son más bien los otros, los herejes y los infieles, quienes parecen dotados de todas las virtudes salvo de la capacidad para pensar ordenadamente. Es cierto que hubo un tiempo, aunque breve, en que una exigua minoría de herejes e infieles fue capaz de pensar vigorosamente, pero ese lapso apenas duró de Voltaire a Huxley. Lo que hoy llamamos pensamiento libre es apreciado, no porque suponga el ejercicio libre de la reflexión, sino porque entraña la libertad de dejar de pensar, porque es irreflexión libre.

Cuando el converso lo es desde hace algún tiempo, nada le divierte más que escuchar las opiniones de quienes se dedican a calcular cuándo o si se arrepentirá de haberse convertido, cuándo se hartará de la cosa, cuánto tiempo será capaz de soportar ese estado, en qué momento su exasperación le hará saltar y exclamar que ya no puede aguantar más. Porque todas esas opiniones son producto de una ilusión óptica que confunde el adentro y el afuera, como intento establecer en este capítulo. Los espectadores ven o creen que ven al converso agachándose para entrar en una especie de templo enano, que además imaginan diseñado interiormente como una cárcel, cuando no como una cámara de tortura. Pero en realidad lo único que saben de él es que ha entrado por una puerta. Ignoran que detrás de esa puerta lo que se abre no es la oscuridad del alma, sino la brillante luz del día. Quien en puridad, y en el sentido más bello y beatífico de la palabra, es un espectador es el converso. No quiere pasar a una habitación más amplia, ya que para él no hay ninguna otra que pueda ser más espaciosa. Sabe de la existencia de una gran cantidad de pequeños cuartos, todos ellos considerados imponentes, pero sabe que no estaría a sus anchas en ninguno de ellos. De todos se dice que contienen el Universo o el esquema original del mundo, pero lo mismo se dice de la secta de Clapham[37] o de la de Clapton Agapemone.[38] Según dicen, la cúpula que las remata es el cielo y están decoradas con todas las estrellas del firmamento. Pero cada uno de esos sistemas o artefactos cósmicos se le antojan mucho más pequeños y aun más simples que el ancho y equilibrado universo que le rodea. Uno de esos sistemas se hace llamar agnosticismo, pero el converso, por experiencia, sabe que es un sistema que ni siquiera goza de la libertad de la ignorancia. Se trata de una rueda que siempre ha de estar girando sin un segundo de milagrosa interrupción, un círculo que no admite someterse a la

cuadratura de ninguna matemática mística, una máquina que hay que mantener purgada de espíritus, al menos tanto como la máquina manifiesta del materialismo. Como vive en un mundo dotado de dos órdenes, el supra natural y el natural, el converso siente que vive en un mundo más grande y no cae en la tentación de arrastrarse para volver a meterse en uno más pequeño. Otro de esos sistemas se llama teosofía o budismo, pero el converso, por experiencia, sabe que es otra de esas aburridas ruedas que aspiran a ser espiritualmente útiles, mas como vive en un mundo donde es libre de hacer cualquier cosa, incluso de irse al infierno, no ve razón alguna para atarse a una rueda que sólo rige el destino. Otro sistema se llama humanitarismo, pero el converso bien sabe que quienes lo profesan tienen bastante menos experiencia que él de los hombres. Sabe que cuando hablan de humanidad se refieren casi exclusivamente a la que actualmente vive en las modernas ciudades, una humanidad carente del enorme interés por lo que un lejano día se predicó entre legionarios en Palestina y lo que hoy continúa predicándose entre campesinos en China. Con tal agudeza es consciente de ello, que alguna vez me he preguntado, a medias entre la meditación melancólica y la broma: «¿Adónde iría ahora, si dejara la Iglesia católica?». Y sé a ciencia cierta que no iría a ninguna de esas pequeñas sectas sociales que sólo son capaces de manifestar una sola idea, y únicamente porque esa idea está de moda en ese momento. En el mejor de los casos, podría aspirar a perderme en la naturaleza, en medio de un bosque, y a convertirme, no en un panteísta (lo que también es limitado y aburrido), sino más bien en un pagano, dispuesto a gritar que aquella cima de la montaña o este árbol en flor es sagrado y hemos de adorarlo. Al menos eso supondría volver a empezar por completo. Pero a la postre acabaría volviendo a enfrentarme al mismo problema. Porque si alguna vez fue razonable adorar un árbol, no es insensato adorar un crucifijo, y si podemos ver a dios en la cima de una montaña, por qué no vamos a verlo debajo de un campanario. Descubrir una nueva religión tarde o temprano nos lleva a comprender que hemos descubierto la religión. ¿Y por qué iba a sentirme insatisfecho con la que he descubierto? Máxime, como ya señalé al comienzo de este ensayo, cuando resulta ser la única religión antigua capaz de parecer siempre nueva.

Sé perfectamente que si me decidiera a emprender ese viaje acabaría desesperado o regresando, y que ningún árbol podrá reemplazar al único árbol sagrado. El paganismo es preferible al panteísmo porque es libre de imaginar divinidades, mientras que el panteísmo se ve obligado a fingir, pedantemente, que todas las cosas son igualmente divinas. Tengo la impresión de conocer el

cansancio a la vuelta de aquel bosque, porque simbólicamente ya hice esa ruta. Como he procurado confesar en estas líneas sin exceso de egoísmo, pienso que soy el tipo de persona que llegó a Cristo desde Pan y Dionisos, y no desde Lutero o Laud[39], que la conversión que tiene sentido para mí es la del pagano y no la del puritano, y que sobre esa antigua forma de conversión se asienta el mundo que conocemos. Es una transformación mucho más abarcadora y tremenda que nada de lo que desde hace años, al menos en Inglaterra y Estados Unidos, hayan podido prohijar las controversias sectarias y las polémicas doctrinales. Desde la cima de aquel imperio y desde lo alto de aquella experiencia internacional, la humanidad tuvo una visión. No ha vuelto a tener otra, si acaso disputas acerca de su naturaleza. El paganismo fue la cosa más abarcadora del mundo, pero el cristianismo lo es más aún. Y todo lo demás, por contraste, siempre ha sido pequeño.

V
La excepción confirma la regla

La Iglesia católica es lo único que salva al hombre de la degradante esclavitud de ser un niño. He comparado la Iglesia con las llamadas nuevas religiones. Pues bien, éste es el aspecto en el que difieren radicalmente. Las nuevas religiones se adaptan de muchas maneras a las nuevas condiciones de vida, el problema es que es lo único a lo que se adaptan. Cuando esas condiciones hayan cambiado, dentro de un siglo aproximadamente, los aspectos en los que exclusivamente se centran ahora carecerán de sentido. La fe católica, en cambio, es tan lozana como la más reciente de las nuevas religiones, pero además posee todas las riquezas —y sobre todo, los tesoros acumulados— de una vieja religión. Desde este punto de vista, su antigüedad resulta una gran ventaja, especialmente si lo que se busca es renovarse y mantenerse joven. Sólo por analogía con el cuerpo de los animales suponemos que lo viejo ha de ser rígido. Pero esto no es más que una metáfora de huesos y arterias. En un sentido intelectual, lo que es viejo es flexible. Sobre todo, es más diverso y ofrece más alternativas. En la historia de las religiones se produce un fenómeno parecido al de la rotación de las cosechas, en que los viejos sembradíos se dejan en barbecho por un tiempo antes de volver a trabajarlos. Pero cuando una nueva religión o alguna otra novedad ha segado la única cosecha que es capaz de sembrar, basta con un ventarrón para borrar los surcos y dejar el terreno baldío. La Iglesia católica, esa realidad tan antigua, ha acumulado un acervo de armas y tesoros donde podemos escoger libremente; todos los siglos están representados en ella, y una época puede servir para rescatar a otra. En ella es posible que el viejo mundo sirva para equilibrar el platillo del nuevo.

En todo caso, las nuevas religiones están adaptadas al mundo nuevo. Éste es su peor defecto. Toda religión es fruto de causas contemporáneas fácilmente detectables. El socialismo es una reacción contra el capitalismo. El espiritualismo es una reacción contra el materialismo (también, en su versión más exacerbada, es apenas un rastro dejado por la tragedia de la Gran

Guerra). Pero en otro sentido, más sutil, también puede decirse que la misma adaptabilidad de las nuevas confesiones es lo que las hace poco adaptables, y que el hecho mismo de ser tan aceptables es lo que las vuelve inaceptables. Así, todas se declaran progresistas, puesto que el característico alarde de su característica época era el progreso; todas se definen como demócratas, porque nuestro sistema político sigue patéticamente llamándose democrático. Todas se han mostrado felices de reconciliarse con la ciencia, en un acto que a menudo no ha sido más que una rendición anticipada. Se despojaron lo antes posible de cualquier vestimenta o símbolo que pudiera considerarse inelegante o fuera de moda. Se jactaron de sus brillantes servicios y alegres sermones: al fin las iglesias podían competir con las salas de cine, es más a la iglesia se podía ir como se va al cine. En sus versiones más moderadas, se dedicaron a ensalzar los placeres naturales, como el disfrute de la naturaleza y aun el goce de la naturaleza humana. Son excelentes cosas, qué duda cabe, y una excelente muestra de libertad. Y sin embargo, todo esto tiene sus limitaciones.

Lo que queremos no es una religión que nos dé la razón cuando acertamos, lo que queremos es una religión que acierte cuando nos hemos equivocado. En realidad, todas estas recientes modas tienen menos que ver con la libertad que pueda concedernos la religión que (y en el mejor de los casos) con la religión que nuestra libertad nos autorice a profesar. Y toda esa gente toma como modelo las modernas tendencias, con lo que tienen de amable y también de anárquico y en buena medida de repetitivo y obvio, y exige que todas las confesiones religiosas se ajusten a él. Pero el modelo seguiría estando ahí, con o sin confesiones. Es gente que pide que la religión tenga una dimensión social, cuando lo que sucede es que le gusta lo social y no necesita ninguna religión. Pide que la religión sea práctica, cuando es gente práctica que no practica ninguna religión. Dice que lo que hace falta es una religión aceptable por la ciencia, cuando está siempre dispuesta a aceptar la ciencia y casi nunca lo está a aceptar la religión. Dice que prefiere que la religión sea de tal manera sólo porque ya es de esa manera, que la necesita, cuando en realidad puede vivir sin ella.

Muy otra cosa es lo que sucede cuando una religión, en el sentido verdadero de un ligamen o vínculo, obliga a los hombres a vincularse con una moral que no se confunde con sus tendencias. Muy otra cosa es que algunos santos predicaran la reconciliación social a facciones en guerra que apenas podían mirarse a la cara sin querer degollarse. Era muy otra cosa predicar la caridad a los paganos, que no creían en ella, así como hoy es muy otra cosa

predicar la castidad a los nuevos paganos, que no creen en ella. Es en estos otros casos cuando se produce la verdadera lucha cuerpo a cuerpo con la religión, y es entonces cuando se manifiesta el singular y solitario triunfo de la fe católica. Que no consiste sólo en tener razón cuando estamos en lo cierto, sino también en sentirnos alegres o esperanzados o humanos. En haber estado en lo correcto al errar y descubrirlo mucho después, cuando vuelve a nosotros la conciencia de lo que hicimos, como un bumerán. Una sola palabra que nos habla de lo que desconocemos tiene infinitamente más valor que un millar de palabras que repiten lo que ya sabemos. Y el efecto se acrecienta extraordinariamente si no sólo nos habla de lo que ignorábamos, sino además de lo que no podíamos creer que fuera cierto. Puede parecer paradójico decir que la verdad nos enseña más cuando nos habla en un lenguaje que rechazamos que con palabras que estamos acostumbrados a recibir. Sin embargo, esa paradoja contiene una parábola de las más sencillas y familiares, que puede ilustrarse con un sinfín de ejemplos. Si se nos dice que procuremos evitar los pubs, pensaremos que quien nos da este consejo quizás sea un tipo bienintencionado, pero a fin de cuentas un pesado. Si se nos recomienda que frecuentemos los pubs, tal vez nos parezca un consejo preñado de una ética superior e inspirado por ideales elevados, aunque quizás también un consejo demasiado simple y evidente para que sea necesario propugnarlo. Pero si lo que se nos recomienda es que en ningún caso vayamos al pub llamado The Pig and Whistle, que se encuentra a mano izquierda según se da la vuelta al estanque, esto nos parecerá excesivamente dogmático y arbitrario y claramente falto de argumentos. Ahora bien, si lo primero que hacemos es ir al Pig and Whistle y allí intentan matarnos poniendo veneno en la ginebra o asfixiarnos con un edredón para robarnos el dinero, no podremos sino reconocer que la persona que nos dio aquel consejo sabía lo que sucedía en aquel pub y poseía un conocimiento especializado y científico de los pubs de la zona. Más convencidos de que ello es así estaremos si, al conseguir huir medio muertos del Pig and Whistle, recordamos que inicialmente desatendimos ese consejo por considerarlo una estúpida superstición. La advertencia es casi más impresionante si su justificación no depende de argumentos y razones sino de efectos y resultados. Siempre es muy notable aquello que, además de arbitrario, es exacto. Solemos olvidar fácilmente, aun cuando aquello nos sucede, el consejo que consideramos un lugar común patente. Pero nada puede medir el tamaño del respeto insondablemente místico que nos inspiran los consejos que inicialmente consideramos absurdos.

Como podrá verse enseguida, no estoy en lo más mínimo sugiriendo que la Iglesia católica sea arbitraria, es decir que no explique sus razones, pero sí afirmo que el converso se siente profundamente impresionado al descubrir que, aun en los casos en que fue incapaz de comprenderlas, la experiencia acabó demostrándole que existen tales razones. Pero incluso hay algo más notable, que también forma parte de las experiencias del converso. En muchos casos, de hecho, tuvo un primer atisbo de aquellas razones, aunque no fuera capaz de meditarlas, y luego las olvidó al nublar su razón el racionalismo. Éste es un caso difícil de exponer, así que me veo obligado a poner ejemplos exclusivamente personales para ilustrarlo. A lo que apunto es a que cuando tenemos una premonición, a menudo va acompañada de una advertencia, y que suele pasar que tomemos conciencia de ello tras haber desestimado ambas. Vale la pena observar este fenómeno en el caso del converso, porque frecuentemente se siente impedido por el eslogan que reza que la Iglesia suprime la conciencia. Es el hombre quien suprime su propia conciencia y descubre que ésta estaba en lo cierto mucho después, cuando ya casi ha olvidado que tuvo una.

Pondré dos ejemplos sacados de esos dos nuevos movimientos que son el socialismo y el espiritualismo. He de reconocer que cuando comencé a reflexionar seriamente sobre el socialismo era un socialista. Pero no es menos cierto, y es más importante de lo que parece, que incluso antes de oír hablar de socialismo yo era profundamente antisocialista. Aunque no lo supiera, era lo que después dio en llamarse un distribucionista. De niño, cuando típicamente soñaba con reyes, payasos, ladrones y policías, la satisfacción y la dignidad se me aparecían siempre bajo la especie de algo compacto y personal, como ser el rey en su castillo o el capitán de un barco pirata o el dueño de una tienda o el ladrón a salvo en su cueva. Crucé por mi niñez imaginando batallas en pro de la justicia que siempre consistían en defender altas murallas y casas y altares majestuosos, y algunas de estas visiones poco refinadas mas coloristas fueron a parar a uno de mis relatos, *El Napoleón de Notting Hill.* Todo ello sucedió, al menos en mis fantasías, cuando aún no sabía nada del socialismo y podía comprenderlo mucho mejor.

De repente, las sombras del presidio se cernieron sobre nosotros y estalló la inevitable discusión sobre qué habíamos de hacer para huir de aquella cárcel. Y entonces, en la oscuridad del calabozo, retumbó la voz del señor Sidney Webb diciéndonos que la única posibilidad que teníamos de dejar atrás nuestro cautiverio capitalista era abriendo las rejas con la famosa llave maestra del colectivismo. Para usar una metáfora más precisa, el señor Webb

nos dijo que sólo lograríamos escapar de las sucias y oscuras celdas de la esclavitud industrial donde estábamos si consentíamos en fundir nuestras diminutas llaves para formar una inmensa llave, tan poderosa como un ariete. La verdad es que no nos entusiasmaba la idea de desprendernos de nuestras pequeñas llaves personales o de nuestras querencias locales ni tener que renunciar a nuestras posesiones, pero estábamos convencidos de que la justicia social tenía que abrirse paso de algún modo, y que el mejor modo era el socialista. Así, pues, me hice socialista en los últimos tiempos de la Sociedad Fabiana, como, por cierto, cualquier persona con la que valiera la pena cruzar dos palabras. Cualquiera, salvo un católico. Pero los católicos eran un grupito insignificante, los desechos de una religión muerta, más bien una superstición. Por esas fechas se divulgó la Encíclica sobre el Trabajo del Papa León XIII[40], y la verdad es que ninguno de los miembros de nuestro ilustrado grupo hizo mucho caso de aquel documento. Es cierto que el Papa se expresaba con la misma claridad que cualquier socialista cuando decía que el capitalismo «imponía a millones de seres un yugo apenas menos pesado que la esclavitud». Pero como el Papa no era socialista y era evidente que no había leído los libros y panfletos socialistas que convenía leer, no se podía esperar que tan venerable anciano supiera lo que cualquier joven de la época: que el socialismo era inevitable. Todo eso sucedió hace mucho tiempo, y un proceso gradual, sobre todo de índole práctica y política, que no es mi intención describir aquí, nos condujo a muchos a comprender que el socialismo no era inevitable, que no era verdaderamente popular, que ni siquiera era la única posibilidad, ni siquiera la mejor, de restaurar los derechos de los pobres. Llegamos a la conclusión de que para corregir la concentración de la propiedad privada en tan pocas manos, lo mejor era procurar que estuviera en manos de la mayoría, y que la mejor cura no era forzosamente arrebatársela a todos o permitir que la controlaran nuestros queridos políticos. Posteriormente, cuando esta realidad fue plenamente reconocida, nos fue posible retomar a León XIII para descubrir en su viejo y obsoleto documento, del que no habíamos hecho el menor caso en su momento, que ya entonces decía las mismas cosas que hoy decimos. «Cuantos más trabajadores sea posible debieran convertirse en propietarios». A esto me refiero cuando hablo de justificar las advertencias arbitrarias. Si el Papa hubiese dicho entonces exactamente lo que decíamos y queríamos que dijera, no sólo no lo habríamos admirado por ello, sino que después lo habríamos despreciado. Habría sido apenas uno más entre el millón de personas que desfilaban bajo la bandera del fabianismo, y los habría seguido

cuando desaparecieron del escenario. Pero resulta que vio lo que ninguno de nosotros quiso ver en su momento, y como ahora sí podemos verlo, su mirada resulta decisiva. El disenso que manifestó a la sazón es mucho más convincente que centenares de consensos contemporáneos. No se trata de que tuviera razón al mismo tiempo que nosotros, sino de que él tenía razón y nosotros no.

Un crítico superficial, viendo que he dejado de ser socialista, diría algo así como «claro, como es católico, no le permiten ser socialista». Mi respuesta a este tipo de observación es un enfático no. Esto es perder de vista el problema. La Iglesia se adelantó a mi experiencia, pero era una experiencia, y no una obediencia. Ahora estoy seguro, únicamente porque vivo en este mundo y conozco un poco a los campesinos católicos y también a los oficiales colectivistas, de que para la mayoría de los hombres es mucho más satisfactorio y sano poder convertirse en propietarios que verse obligados a entregar sus propiedades a aquellos oficiales. No comulgo con el Estado socialista en su fe radical en el Estado, pero tampoco puede decirse que haya dejado de creer en el Estado únicamente porque ahora creo en la Iglesia. Creo menos en el Estado porque conozco mejor a los estadistas. Y no puedo creer que la pequeña propiedad sea una imposibilidad porque sé que existe. Asimismo sé cómo es la administración del Estado, razón por la cual tampoco puedo creer que sea perfecta. No me baso en ninguna autoridad —salvo en lo que Santo Tomás llamaba la autoridad de los sentidos— para saber que la sola comunidad de bienes es una solución demasiado simplista. La Iglesia me ha aleccionado, pero me sé capaz de aprender; lo que sé lo he aprendido porque he vivido, y eso no puedo ya desaprenderlo. Si dejara de ser católico, no volvería a ser comunista.

Curiosamente, mi experiencia fue casi idéntica en lo que hace al espiritualismo. También en este caso fui moderno cuando era joven, aunque no tanto. Algún vestigio quedaba de la tan imprecisa cuan inocente religión que me inculcaron en la cuna, pero ello no bastó para que pudiera contemplar la aparición de esas modas psíquicas y psicológicas sin sentir asco. Aquel tinglado de mesmerismo y manipulaciones magnéticas de la mente me resultaba odioso, como me parecían detestables los ojos saltones y posturas rígidas y trances antinaturales y toda la demás superchería de los espiritistas. Monté en cólera el día que vi a una chica que estaba deseando asistir a una sesión de espiritismo ante una bola de cristal. Apenas sabía por qué. Después hubo un periodo en que quise averiguarlo, pero busqué infructuosamente una razón. Comprendí que era científicamente contradictorio idolatrar la

investigación y prohibir los descubrimientos psíquicos. Vi cómo un número cada vez mayor de científicos aceptaban esas modas, y yo quería formar parte de la era de la ciencia. Nunca llegué a ser un espiritualista, pero casi siempre defendí su práctica. Hice ejercicios con un tablero de güija, lo bastante al menos para acabar convencido de que a veces suceden cosas que difícilmente pueden ser consideradas naturales. Desde entonces me he acostumbrado, por razones que sería excesivamente prolijo detallar aquí, a considerarlas no tanto sobrenaturales como no naturales y aun antinaturales. Creo que aquellos experimentos no me hicieron ningún bien, y pienso que son dañinos también para cualquiera que se dé a su práctica. Pero esto es algo que descubrí mucho antes de mi descubrimiento de la Iglesia católica o de la correspondiente doctrina católica. Sólo que, como ya he observado, el descubrimiento producía en mí siempre una gran impresión, ya que no se trataba de que la religión confirmara que yo estaba en lo cierto, sino que ella estaba en lo cierto cuando yo estaba equivocado.

Quiero recordar, eso sí, que en ambos casos los tópicos al uso son sencillamente falsos. No es verdad que la Iglesia haya anulado mi conciencia natural, y en ningún momento me ha exigido que abandone mi ideal personal. Tampoco es cierto que el colectivismo jamás fuera ese ideal. De hecho, no creo que llegara a ser el ideal de nadie en concreto. Porque no era un ideal, sino un compromiso adquirido, una concesión a los economistas que nos decían que era imposible luchar contra la pobreza sin emplear unas armas extrañamente parecidas a las de la esclavitud. El socialismo de Estado no fue nunca una realidad natural para nosotros, nunca logró convencernos de que lo era, tan sólo pudo convencernos de que era necesario. Asimismo, el espiritualismo no pareció nunca una realidad natural, sino sólo necesaria. Tanto el uno como el otro se empeñaban en decirnos que eran *la única vía* para llegar a la tierra de promisión, en un caso situada en una vida futura, en el otro en la vida del futuro. No teníamos gusto por las oficinas del gobierno ni por las boletas y registros, pero se nos decía que sólo mediante esas cosas alcanzaríamos una sociedad mejor. No nos gustaban los cuartos oscuros ni los médiums dudosos ni las damas atadas con cuerdas, pero se nos decía que esa era la única vía para acceder a un mundo mejor. Estábamos dispuestos a arrastrarnos por una cañería municipal o un albañal espiritual porque sólo así mejorarían las cosas, incluso porque era la única manera de demostrar que esas cosas eran mejores. Pero la cañería nunca llegó a figurar en nuestras fantasías como una torre de marfil o una mansión de lujo, ni tan siquiera como el torreón de los ladrones de nuestra imaginativa infancia o la sólida y

confortable casa de nuestra vida adulta. Nuestra fe no sólo había estado siempre en lo correcto, sino que lo había estado por completo, de la primera a la última de todas esas cosas, y también respecto de nuestros más puros instintos y nuestras experiencias más inapelables. Lo único que se permitió condenar fue un interludio de esnobismo intelectual y entrega al poder de persuasión de la pedantería. Sólo condenaba lo que nosotros mismos habríamos acabado condenando, aunque lo hiciéramos demasiado tarde.

Así, pues, la Iglesia nunca ha hecho imposible mi ideal personal, y sería más correcto decir que fue la primera en ayudarme a realizarlo. El ideal de la encíclica de León XIII se acercaba bastante más a lo que me dictaba mi instinto que aquel otro ideal que consentí poner en su lugar. La ojeriza que la Iglesia sentía por las sesiones de espiritismo se parecía mucho más a mis primeras prevenciones de lo que llegó a parecerse mi entrega a esas prácticas. En los dos casos, es evidente que la Iglesia católica desempeña exactamente el papel que se ha asignado: conocer de todas aquellas cosas que no alcanzamos a saber pero que reconoceríamos como ciertas si pudiéramos. No estoy pensando aquí, como en la mayor parte de este ensayo, en el tipo de cosas que realmente vale la pena saber y conocer. Las verdades sobrenaturales están relacionadas con el misterio de la gracia y son materia para los teólogos, lo que sin duda les plantea graves y sutiles dificultades. Pero si bien esas verdades son las más importantes, sin embargo no son las que pueden ilustrar con más claridad el asunto que me ha interesado destacar aquí, a saber el referido a las decisiones que pueden más o menos fácilmente verse sometidas a la prueba de la experiencia. Y de todas ellas podría contar más o menos la misma historia: que hubo una época en que pensé que la doctrina católica carecía de sentido, pero que ni siquiera se trataba de la época más temprana de mi vida (ésta estuvo marcada por una mayor simplicidad) cuando tuve algo parecido a la sospecha de un sentido sin saber aún nada de la doctrina. Me sentí engañado por el mundo, pero la Iglesia podía en cualquier momento encargarse de desengañarme. Lo que el hombre siempre puede aspirar a dejar atrás, como una superstición en la que no creemos, son las pasajeras modas de este mundo.

Podría prodigar ejemplos, pero me temo que inevitablemente serían ejemplos egoístas y personales. A lo largo de este breve ensayo me he enfrentado a la doble dificultad de saber que todos los caminos conducen a Roma, pero que cada peregrino suele expresarse como si todos ellos fueran su propio camino. Podría explayarme, por ejemplo, en la descripción de mis tempranos forcejeos con el dilema más bien ridículo, al que me enfrenté en mi

juventud, entre ser pesimista u optimista. No me llevó mucho tiempo o esfuerzo desestimar la opción pesimista, así que di en considerarme un optimista. Pero ahora sé que no tengo derecho a considerarme ni lo uno ni lo otro, y lo que es más importante: sé que hay virtudes en las dos posibilidades. Pero son virtudes entremezcladas con otras cosas, y pienso que las verdades más antiguas y sencillas permiten separarlas. Lo que me importa señalar es lo siguiente: que antes de haber oído hablar de la existencia de pesimistas y optimistas, me parecía bastante más a quien soy ahora de lo que jamás pudieron consignar esas dos etiquetas pedantes. Cuando era un niño daba por sentado que sentirse alegre era algo bueno, pero también que es algo malo no oponerse a las cosas que son realmente malas. Después de un breve periodo de formalismo intelectual y falsos contrastes, he vuelto a sentirme capaz de pensar lo que en aquel entonces sólo podía sentir. Pero ahora sé que protestar contra el mal puede alcanzar cotas de indignación mucho más divinas, y que la alegría infantil es apenas un lejano atisbo de una forma más divina de regocijo. No es tanto que haya descubierto que me equivocaba, cuanto que ahora sé por qué estaba en lo correcto.

Es en ello donde reside el supremo ejemplo de la excepción que confirma la regla. De la regla he procurado dar una muy somera idea en el anterior capítulo. Esa regla dice que la filosofía católica es universal, ya que ha demostrado ser apta para cualquier naturaleza humana en cualquier lugar y corresponder a la naturaleza de todas las cosas. Pero aun cuando no encajara en la naturaleza humana, a la larga resulta que favorece aquello que sí lo hace. Por lo general se adapta a nosotros, y cuando no es así, aprendemos a adaptarnos nosotros a ella, siempre y cuando sigamos con vida para seguir aprendiendo. En los casos aislados de hombres sensatos que de verdad piensan que contraría su inteligencia, por lo general descubrimos que tienen razón, no sólo respecto de la verdad, sino incluso respecto de su más recóndito instinto por la verdad. La educación no se acaba con la conversión, en realidad comienza con ella. Los hombres no dejan de estudiar al convencerse de que algunas cosas son dignas de estudio, cosas entre las que se incluyen no sólo los valores ortodoxos, sino incluso los vetos ortodoxos. Curiosamente, hasta cierto punto puede decirse que el fruto del árbol prohibido suele ser más fértil que el de los frutos que nadie nos prohíbe comer. Más fértil, como demostraría un fascinante estudio botánico que estudiara sus virtudes venenosas. Así, por poner un solo ejemplo, todas las personas sanas se revuelven contra la usura; éste es un instinto que la Iglesia se ha limitado a rubricar. Pero aprender a reconocer la usura, estudiar su

naturaleza y demostrar por qué es algo nocivo requiere una educación liberal, no sólo en economía política, sino en la filosofía de Aristóteles y la historia de los concilios lateranos.[41] Casi siempre existe una humana razón detrás de todos los consejos meramente humanos que la Iglesia ofrece a la humanidad, y descubrir en qué consiste esa razón, entre otras cosas, constituye uno de los más intensos placeres intelectuales. Sea como sea, el hecho indiscutible es que la Iglesia por lo general hace lo correcto al mostrarse por lo general tolerante, pero cuando es intolerante tiene aún más razón y se muestra aún más razonable. Adán vivió en un jardín rodeado de millares de bendiciones que le fueron otorgadas, pero la mayor de todas era abstenerse de hacer una sola cosa.

Por la misma razón, conviene que el converso o el que está aún en proceso de conversión se encare con cualquier cosa que le parezca una deformidad en el rostro de la Iglesia y que considere una falsedad. Pues bien, si se encara con ella el suficiente tiempo, probablemente descubrirá que esa es precisamente la mayor de las verdades. Yo mismo he descubierto lo propio en esa extrema lógica del libre albedrío que se encuentra entre los ángeles caídos y en la posibilidad misma de la perdición. Son cosas que ciertamente superan mi imaginación, pero mi entendimiento puede trazar una vía lógica que conduce hacia ellas. De hecho, me siento capaz de justificar toda la teología católica, si se me concede empezar por el supremo valor y santidad de estas dos cosas: la Razón y la Libertad. No deja de arrojar luz sobre los actuales debates anti católicos el que sean precisamente las dos cosas que la mayoría de la gente supone que le están vedadas a los católicos.

Pero la mejor manera de plasmar lo que quiero decir es repitiendo una vez más lo ya dicho respecto del abarcador ámbito de la universalidad católica. No tengo capacidad para trazar el perfil de esos últimos principios teológicos ni la autoridad o los conocimientos necesarios para definirlos, pero sigo figurándomelos del siguiente modo: Imaginemos que soy tan desgraciado que pierdo mi fe; ¿sería capaz de volver a abrazar la caridad barata y el optimismo vulgar que declara que todo pecado es un desliz y que el mal no puede vencer o incluso que no existe? Me sería tan fácil regresar a alguna de esas capillas muelles como a un hombre que hubiera recuperado la cordura volver a vivir en una celda acolchada. Sé que puedo dejar de creer en un Dios específico, pero no podría dejar de pensar que un Dios que ha sido capaz de crear libres a los hombres y los ángeles es muy superior a un Dios que los convence de la necesidad de vivir confortablemente. Sé que podría dejar de creer en la existencia de otra vida en un futuro, pero no podría dejar de creer que es

preferible la doctrina que afirma que somos capaces de escoger y decidir nuestra vida futura a la noción de que nuestra vida ha sido diseñada como si debiera transcurrir en un hotel adonde nos conducen a todos obligadamente en un furgón celular. Sé bien que el catolicismo es demasiado vasto para que pueda abarcarlo, y aún no he explorado sus verdades, las bellas y las terribles. Pero sé que el universalismo me queda pequeño y me sé incapaz de volver a arrastrarme para acogerme a su triste amparo, tras haber contemplado la vertiginosa visión de la libertad.

VI
Una nota sobre las actuales perspectivas

Releo estas líneas y las encuentro excesivamente personales. Sin embargo, no imagino cómo abordar la conversión de otra manera. No pretendo tener especiales luces sobre las actuales condiciones y expectativas del movimiento católico, pero tampoco me parece que nadie sea capaz de vaticinar a qué se parecerá en el futuro más inmediato. Las estadísticas por lo general son engañosas, y las predicciones casi siempre son falsas. Pero siempre queda un rastro, por tenue que sea, de esa cosa que solemos llamar sentido común, y mientras no se apague del todo, a pesar de los esfuerzos de periodistas y maestros del Estado, siempre será posible distinguir lo que damos en llamar la realidad. Nadie en su sano juicio puede negar que la conversión sea una realidad actualmente. Todo el mundo sabe que el círculo social que frecuenta, que hace cincuenta años era territorio exclusivo del protestantismo —en algunos casos agravado por el racionalismo o la indiferencia, pero aun así avanzando en ese mal lentamente y sin sobresaltos o convulsiones—, últimamente ha comenzado a mostrarse proclive a ceder repentinamente y sin estruendo, primero en este rincón y luego en aquel otro, dejando al descubierto grandes socavones por los que emergen las llamaradas de lo que se creyó que era un volcán apagado. Todo el mundo ha podido constatar, con tristeza o alegría o furor o simplemente con indiferencia, que estas conversiones parecen producirse por sí solas y en los más inesperados y aparentemente azarosos estratos sociales. La esposa de Tom, el hermano de Harry, la divertida cuñada de Fanny que hace teatro, el excéntrico tío de Sam que es un experto en estrategia militar… de pronto nos enteramos de que estas almas que nada tenían en común ahora comparten algo: se han sumado a las filas de las almas militantes y triunfantes.

Para contrarrestar esta realidad, que conocemos por hechos probados y no por alguna estadística, siempre hay una útil herramienta: lo que comúnmente se llaman filtraciones. Daré por cerrado este aspecto con un comentario. El padre Ronald Knox[42], con esa felicidad suya tan característica que siempre

hace que sus trazos de humor parezcan fruto de la buena suerte, ha observado que la Iglesia católica está obligada a avanzar a trancas y barrancas. En otras palabras, a trancas como el pescador y a barrancas con el pastor. Y que el pescador ha de sacar del agua al converso y el pastor esforzarse por mantenerlo lejos de ella. Sobre las conversiones al catolicismo piensa que se están produciendo tan masivamente que lo lógico sería que fueran tan visibles y atronadoras como una avalancha, pero que están siendo neutralizadas o más bien reducidas en sus masivas proporciones por algunos desprendimientos colaterales y desordenados. Lo primero que conviene observar es que son colaterales, en efecto, y además que son muy desordenados. Algunas personas, especialmente jóvenes, abandonan la práctica del catolicismo, pero ninguna abraza el protestantismo. Prácticamente todas regresan al paganismo. Muchas se alejan del catolicismo por algo que es demasiado simple para admitir el sufijo *ismo* en su nombre. Por lo general, se trata de cosas, no de teorías, y cuando es por una teoría, puede tratarse de las teorías bolcheviques o futuristas[43], pero casi nunca de las teorías teológicas del protestantismo. No diré que abandonan el catolicismo para darse a la bebida y a otros placeres, entre otras cosas porque el catolicismo nunca ha pretendido disuadir a nadie de la práctica de tan cristianos hábitos, a diferencia de lo que a veces ha hecho el protestantismo. Diré sólo que se van para pasárselo en grande, y visto el caos en que se encuentra la moral de nuestros contemporáneos, la verdad es que es difícil reprochárselo. Pero esta reacción, que sólo afecta a un sector, en realidad lo es de un grupo de jóvenes, y por ello pienso que no será duradera. Según el cliché de los viejos racionalistas, lo que les pasa es que la razón se rebela en ellos contra la fe, pero esto es lisamente falso: ya no es la razón la que les hace hacer esas cosas, sino la pasión.

Puede parecer una afirmación temeraria, pero si se toma la molestia de examinarla podrá verse que no es injusta, y desde luego no es indiferente. Si analizamos los rasgos fundamentales de las nuevas generaciones, es inevitable ver que no cabalgan a lomos de alguna filosofía en concreto, como sucedía en el pasado con los movimientos revolucionarios. Puede que estos jóvenes sean anárquicos, pero no son anarquistas. El anarquismo dogmático de mediados del siglo XIX les importa bastante poco, y ni siquiera les atraen las licencias que autorizaba. Su revuelta, muy negativa, va dirigida contra la religión, y es una revuelta negativa contra una moral negativa. Tienen la sensación, no del todo injustificadamente, de que abrazar la ciudadanía católica equivale a asumir unas responsabilidades que actúan como frenos. Pero no propugnan nada parecido a un sistema de ciudadanía o

responsabilidad moral opuesto a lo que critican. Por ejemplo, parece perfectamente natural que aspiren a desenvolverse con naturalidad. Pero no quieren desenvolverse naturalmente de acuerdo a ninguna teoría intelectual sobre la solidez de la Naturaleza. Por el contrario, sus jóvenes y brillantes representantes literarios son muy proclives a detenerse en su crudeza y crueldad. Tal es la moral del señor Aldous Huxley y muchos otros. Si se les opone alguna de las más coherentes teorías de la superioridad de la naturaleza respecto del hombre, como la idea panteísta de que Dios está presente en todas las cosas, o la teoría nietzscheana de que la naturaleza está engendrando una realidad superior en sus aspiraciones a la nuestra, o cualquier otra defensa articulada de los procesos naturales, su reacción consistirá en rechazarla sin más como algo no demostrado o cuya falsedad ha sido probada. No están buscando una réplica perfecta de las leyes del universo físico, lo único que quieren es hacer lo que más les convenga, deseo éste, por lo demás, mucho más comprensible. Pero el resultado es que, después de todo, están en situación de desventaja ante otros jóvenes que satisfacen su inteligencia con algún sistema que vuelve inteligible el universo.

A ello se reduce todo este asunto. Si realmente se está produciendo un movimiento de secesión entre los jóvenes, es tan sólo una parte de su mismo proceso de conversión, que he evocado en el primer capítulo. La nueva generación puede ver los problemas reales, y quienes están preparados para enfrentarse a ellos se reúnen, mientras que los otros se dispersan. Pero el enfrentamiento entre un ejército sólido y otro disperso sólo puede conducir a un resultado. No al choque de dos filosofías, como sucedió entre católicos y calvinistas o entre católicos y materialistas, sino a un choque entre filósofos y veleidosos. Lo digo sin traza de desprecio. Siento más simpatía por quien abandona la Iglesia por una historia de amor que por quien la deja por una interminable teoría alemana empeñada en demostrar la maldad de Dios o que los niños son una especie de monos lúbricos. Pero las leyes de la vida son sencillamente contrarias a las revueltas basadas únicamente en las pasiones naturales, destinadas a mudar de intensidad y alcance con la experiencia. En el peor de los casos, se enfrentarán malos y buenos católicos. Siembre bajo el mismo gran arco del cielo.

POR QUÉ SOY CATÓLICO
1926

Por qué soy católico

La dificultad de explicar «por qué soy católico» radica en el hecho de que existen diez mil razones para ello, aunque todas acaban resumiéndose en una sola: que la religión católica es verdadera. Podría rellenar todo este espacio con distintas frases que empezaran con estas palabras «Es la única que…», como, por ejemplo: 1. Es la única que impide que el pecado se mantenga en secreto. 2. Es la única en la que aquel que es superior no puede serlo desde la arrogancia o la altanería. 3. Es la única que libera al hombre de la degradante esclavitud que supone comportarse como un niño. 4. Es la única que se expresa en términos de autenticidad; como si fuera un mensajero verdadero que rehúsa alterar el verdadero mensaje. 5. Es la única clase de cristianismo que de verdad aglutina a toda clase de hombres; incluso a los que son respetables. 6. Es el intento más ambicioso de cambiar el mundo desde dentro; trabajando a través de las voluntades, no de las leyes; y así sucesivamente.

O podría verlo desde un punto de vista más personal, describiendo mi propia conversión; aunque tengo la sensación de que si optara por este método, tal empresa parecería más pequeña de lo que realmente es. Son muchos los hombres relevantes que se han convertido a religiones mucho peores. Preferiría tratar de hablar aquí precisamente de aquellas cosas de la Iglesia católica que no han sido comentadas, ni siquiera por parte de sus más respetables rivales. En resumen, básicamente diría de la Iglesia católica que es católica. Me gustaría apuntar el hecho de que no sólo es más grande que yo, sino que es más grande que cualquier otra cosa en el mundo; de hecho, es algo más grande que el mundo entero. Pero como no dispongo de mucho espacio para hablar sobre ella, me centraré en uno de sus aspectos; el de su calidad de guardiana de la verdad.

Hace unos días, un conocido escritor dijo que la Iglesia católica es enemiga de cualquier idea nueva. Probablemente no cayó en la cuenta de que su comentario era muy poco novedoso. Ésta es una de las opiniones que los católicos se ven obligados a rebatir constantemente por ser, precisamente, una

opinión muy vieja. La verdad es que quienes piensan que el catolicismo no puede aportar nada nuevo, rara vez piensan en la necesidad de decir algo nuevo sobre el catolicismo. De hecho, un verdadero estudio de la historia demostrará, por curioso que parezca, lo contrario de tal afirmación. Hasta donde las ideas son realmente ideas, y cualquier idea puede tener algo de novedosa, los católicos siempre han sufrido por apoyar aquellas que resultaban ser demasiado atrevidas para que otros las respaldaran. El católico no sólo era el primero en trabajar ese terreno, sino que además era el único que lo hacía. De modo que nadie más podía comprender sus hallazgos.

Por ejemplo: casi doscientos años antes de promulgarse la Declaración de Independencia y de producirse la Revolución francesa, en una época entregada a la soberbia y la adulación de los príncipes, el cardenal Bellarmino y el español Suárez dejaron establecidas las bases teóricas de una verdadera democracia. Pero en los tiempos del Derecho Divino acabaron dando la impresión de no ser más que las ideas de unos jesuitas sofistas y sanguinarios que conspiraban contra el poder establecido. Así que, una vez más, los casuistas de las escuelas católicas dijeron todo cuanto podía decirse sobre este problema, tan presente en nuestro tiempo, dos siglos antes de que se escribiera sobre él. Afirmaron que existía un conflicto moral; pero tuvieron la desgracia de afirmarlo doscientos años antes de tiempo. En una época de obtuso fanatismo y abusos desmedidos, sólo consiguieron que se les considerara unos mentirosos que barajaban conceptos psicológicos, cuando aún faltaba mucho para que la psicología se pusiera de moda. Sería fácil enumerar otros muchos ejemplos como éste hasta llegar a nuestros días, con un buen lote de ideas demasiado innovadoras para nuestro tiempo. En la encíclica *Rerum Novarum* (1891) del papa León XIII existen algunos pasajes mucho más revolucionarios que el propio socialismo, y que sólo ahora empiezan a ser utilizados como referencia por los movimientos sociales. Y cuando el señor Belloc escribió sobre el Estado servil[1] ya adelantó una teoría económica tan original que muy pocos entienden aún en qué consiste. Dentro de unos siglos, quizás otros vuelvan a insistir en estas teorías y vuelvan a equivocarse. Y entonces, si los católicos protestan, sus quejas sólo evidenciarán el hecho por todos conocido de que a los católicos nunca les han importado las ideas novedosas.

Sin embargo, el que ha hecho esta observación sobre los católicos trataba de decir algo; y para él es suficiente entenderlo con más claridad. Lo que quería decir es que, en el mundo moderno, la Iglesia católica es la enemiga de muchas modas que tienen gran influencia en la sociedad; muchas de las

cuales, aunque se consideran novedosas, ya empiezan a quedarse un poco desfasadas. En otras palabras, lo que trata de decir es que él está de acuerdo en todo lo que se refiere a los frecuentes ataques de la Iglesia a todo cuanto sustenta al mundo moderno.

A menudo la Iglesia se pone en contra de las modas de este mundo efímero; y desde luego la Iglesia sabe muy bien lo efímeras que son las cosas. Pero para entender correctamente lo que esto implica es necesario coger perspectiva y tomar en consideración la naturaleza última de las ideas cuestionadas, para analizar, y después hablar, sobre la verdadera raíz de la idea.

La verdad es que nueve de cada diez ideas que consideramos nuevas son viejos errores conocidos. Una de las obligaciones prioritarias de la Iglesia católica consiste en evitar que la gente caiga en estos viejos errores, que se repiten una y otra vez cuando las personas se abandonan a sí mismas. La realidad de la actitud católica con respecto a la herejía o, como alguien podría decir, con respecto a la libertad, podría explicarse mejor usando un mapa como metáfora. La Iglesia católica dispondría de un tipo de mapa que parece el mapa de un laberinto, pero que en realidad es una guía para entrar en ese laberinto. Y esa guía ha sido compilada partiendo de la base de un conocimiento que, aunque humano, guarda poca semejanza con cualquier humano. No existe ningún otro caso de institución que haya estado pensando sobre el pensamiento durante más de dos mil años. Y esa experiencia abarca a casi todas las experiencias posibles; en especial en lo que a los errores se refiere. El resultado que se obtiene es un mapa en el que todo callejón sin salida y toda ruta equivocada están marcados con claridad; así como todos los caminos que se han demostrado inútiles ante la mejor de las evidencias: la evidencia de quienes ya los han recorrido.

En ese mapa de la mente los errores marcados son una excepción. La mayor parte del mismo consiste en parques de juego infantil y felices cotos de caza donde la mente dispone de tanta libertad como guste; no se acota el número de campos de batalla de carácter intelectual en los que la lucha esté indefinidamente abierta e indecisa. Sin embargo, se asume la responsabilidad de marcar las rutas que se sabe con certeza que no llevan a ninguna parte o conducen directamente a la destrucción, a una pared en blanco o a un abrupto precipicio. Es decir, se previene a los hombres de desperdiciar su tiempo o malgastar sus vidas por senderos que ya se han demostrado fútiles o desastrosos una y otra vez en el pasado, pero que podrían volver a atrapar a quienes pretendieran recorrerlos una y otra vez en el futuro. La Iglesia se

responsabiliza de advertir a la gente sobre ellos; ahí radica la verdadera cuestión. Hace una dogmática defensa de la humanidad frente a sus peores enemigos, esos ancestrales y horribles monstruos de los viejos errores.

Ahora, todos esos falsos planteamientos pueden aparecer con aire renovado, especialmente para una nueva generación. Su primera aparición siempre suena inofensiva y convincente a la vez. Pondré sólo dos ejemplos. Parece inofensivo decir, como suele afirmar la mayoría de la gente de ahora: «Las obras sólo son equivocadas si son malas para la sociedad». Sigue esta afirmación y tarde o temprano te encontrarás con la falta de humanidad de una ciudad-pagana o una ciudad- colmena, donde se impondrá la esclavitud como el más barato y seguro sistema de producción, torturando a los esclavos como prueba de que el individuo no es nada frente al Estado, afirmando que un hombre inocente debe morir por la gente, tal y como hicieron los asesinos de Cristo. Quizá entonces retomarás los conceptos católicos y encontrarás que la Iglesia, que también dijo que nuestro deber es trabajar para la sociedad, se mostraba a su vez en contra de la injusticia individual. También suena muy piadoso decir: «Nuestro conflicto moral debería concluir con la victoria de lo espiritual sobre lo material». Vuelve hacer caso de esta afirmación y puedes llegar a la locura de los maniqueos, asegurando que un suicidio es bueno porque es un sacrificio; que una perversión sexual está bien porque no genera vida; que el demonio hizo el sol y la luna, dado que son materiales. Entonces podrás empezar a entender por qué el catolicismo insiste en la existencia tanto de espíritus buenos como malos; y que lo material también puede ser sagrado, como lo es la Encarnación o la Misa, el sacramento del matrimonio o la resurrección del cuerpo.

No hay en el mundo otra entidad que ponga tanto cuidado en lo que a prevención frente a los errores se refiere. El policía llega demasiado tarde para evitar que los hombres delincan. El médico llega tarde también, a tiempo sólo de encerrar al loco, incapaz de advertir al hombre cuerdo de cómo puede acabar en ese estado de locura. Y el resto de las escuelas y sectas existentes son inadecuadas para tal propósito. Y no porque ninguna de ellas pueda contener una verdad, sino precisamente por el hecho de que cada una de ellas contiene una verdad, y se sienten satisfechas por ello. En realidad ninguna pretende mirar en todas las direcciones a la vez. La Iglesia no solo está armada contra las herejías del pasado o incluso del presente, sino que también está preparada para enfrentarse a las del futuro, que podrían ser totalmente opuestas a las del presente. El catolicismo no es un ritualismo; puede que en el futuro combata alguna clase de supersticiosa e idólatra exageración de un

ritual. El catolicismo no es ascetismo; en el pasado fue reprimido una y otra vez por crueles y fanáticas exageraciones del ascetismo. El catolicismo no es un simple misticismo; incluso hoy en día defiende la razón humana frente a los simples misticismos de los pragmáticos. De este modo, cuando el mundo vivía el puritanismo del siglo XVII, la Iglesia fue acusada con una gratuidad que rayaba en lo sofístico de hacerlo todo demasiado fácil debido a la laxitud del confesionario. Y ahora que el mundo no camina hacia el puritanismo sino hacia el paganismo, es la Iglesia la que protesta en todas partes contra la pagana laxitud que existe en las formas de vestir y en la educación. Están haciendo, cuando es realmente necesario hacerlo, lo que los puritanos desearon hacer. Con toda probabilidad, lo mejor del protestantismo sólo sobrevivirá en el catolicismo. Y en ese sentido todos los católicos seguirán siendo puritanos cuando todos los puritanos sean paganos.

De modo que, por ejemplo, el catolicismo, en un sentido poco comprendido, se mantiene al margen de la discusión como lo haría el darwinismo en Dayton.[2] Se mantiene al margen porque al mismo tiempo la engloba, como una casa engloba a dos elementos de su propio mobiliario que no encajan entre sí. No es una presunción de carácter sectario afirmar que está antes, después y más allá de todas las cosas en todas las direcciones. Es imparcial en la lucha entre el fundamentalismo y la teoría del origen de las especies porque se remonta a un origen anterior a ese origen; porque es más fundamental que el mismo fundamentalismo. Se sabe de dónde proviene la Biblia. Y también se sabe hacia dónde van la mayor parte de las teorías de la evolución. Es sabido que existieron muchos otros evangelios además de los cuatro evangelios, y que el resto fue eliminado por orden de la Iglesia católica. También sabemos que existieron muchas teorías evolucionistas antes que la teoría darwiniana y que es bastante probable que esta última sea eliminada por la ciencia más reciente. De no ser así, aceptará las conclusiones de la ciencia, por la simple razón de que la ciencia no ha resultado concluyente. Si fuera concluyente le obligaría a uno a callarse; y al hombre de ciencia no le gusta demasiado eso de callarse. En un sentido coloquial, creemos lo que está escrito en la Biblia, por la sencilla razón de que la Biblia no dice nada. No puedes poner a un libro en la tribuna de los testigos e interrogarlo para que nos diga qué significa lo que está escrito en sus páginas. La propia controversia fundamentalista destruye al fundamentalismo. La Biblia por sí misma no puede ser una base de acuerdo cuando es motivo de desacuerdo; no puede ser la base común de los cristianos cuando unos la interpretan de forma alegórica y otros de forma literal. El católico se remite a

ella para encontrar algo que nos cuente alguna cosa sobre la mente viva, constante y permanente de la cual estoy hablando; la más elevada mente del hombre guiada por Dios.

A cada momento aumenta en nosotros la necesidad moral de esa mente inmortal. Necesitamos algo que sostenga las cuatro esquinas del mundo mientras hacemos nuestros experimentos sociales o construimos nuestras utopías. Por ejemplo, necesitamos ponernos de acuerdo, aunque sólo sea sobre esa obviedad de que la fraternidad humana resistirá frente a la brutalidad humana. Nada más probable que eso justo ahora que la corrupción del gobierno lleva a los ricos a relajarse en su conjunto, pisoteando toda tradición de equidad con un orgullo meramente pagano. Necesitamos reconocer esas obviedades como verdades en todas partes. Necesitamos prevenir esas simples reacciones y la aburrida repetición de los viejos errores de siempre. Y necesitamos asegurar el mundo intelectual para la democracia. Pero en las actuales circunstancias de moderna anarquía mental, ni ése ni ningún otro ideal está seguro. De la misma forma que los protestantes recurrieron contra los sacerdotes de la Biblia, sin darse cuenta de que la propia Biblia podía ser cuestionada, los republicanos recurrieron contra los reyes que gobernaban al pueblo sin comprender que el propio pueblo también podía ser desafiado. No hay final para la disolución de las ideas, para la destrucción de toda prueba de verdad, y eso se ha hecho posible desde el momento en que el hombre ha abandonado toda tentativa por mantener una Verdad civilizada y fundamental que contenga a todas las verdades y rechace y borre el rastro de todos los errores. Desde entonces, cada grupo social ha escogido una verdad y ha malgastado el tiempo transformándola en una falsedad. No hemos hecho otra cosa que dar vueltas a las mismas ideas; o por decirlo en otras palabras hemos caído en monomanías. Pero la Iglesia es un lugar de encuentro; el lugar donde se ponen a prueba todas las verdades del mundo.

LA CUESTIÓN: POR QUÉ SOY CATÓLICO
1929

I
Introducción

Naturalmente será motivo de objeción la publicación de esos documentos tan efímeros y controvertidos. La crítica tan pronto los rechazará por ser demasiado frívolos como mostrará su desagrado por encontrarlos demasiado serios. La tregua unilateral del buen gusto, que abarcó a todos los asuntos religiosos y que se mantuvo por un corto espacio de tiempo, ha desembocado en una guerra unilateral. Pero todavía puede pedirse una tregua, como habitualmente se pide el terrorismo del gusto contra la minoría. Todos conocemos a ese querido coronel conservador que, enrojecido por la ira, se juraba a sí mismo que no iba a hablar de política, y que mandar al infierno a esos malditos asquerosos socialistas no era hablar de política. A todos nos resulta encantadora la ancianita que vive en Bath o en Cheltenham y que ni en sueños hablaría de negarle la caridad a nadie, pero que de hecho piensa que los disidentes son unos impresentables y que los sirvientes irlandeses son realmente imposibles. En el espíritu de estas dos admirables personas se encuentra la polémica que ahora se traslada a la prensa por parte de una fe progresista y una «Religión Ampliamente Hermanada». Mientras el escritor hace uso de numerosos gestos de fraternidad y hospitalidad con quienes están preparados para abandonar sus creencias religiosas, se muestra tan brusco como desea con quienes se atreven a conservarlas. El deán de la catedral de San Pablo[1] se permite amablemente calificar a la Iglesia católica como una organización traicionera y sangrienta. El señor H. G. Wells se permitió comparar a la Santísima Trinidad con una danza indecorosa. El obispo de Birmingham comparó el Sacramento de la Eucaristía con un sangriento festín. Frases como éstas no pueden alterar la paz y la armonía que toda persona con sentimientos humanitarios desea. No hay nada en esas expresiones que pudiera entrar en conflicto con la fraternidad y la compasión que suponen el vínculo de la sociedad. Podemos estar seguros de ello porque tenemos la palabra de los propios escritores de que su propósito es generar una atmósfera de amor y de generosidad. Por tanto, cualquier interrupción que estropee la

armonía del momento, que haga imposible que esas manifestaciones de fraternidad sigan su curso sin que se produzca algún ridículo altercado, o sin que alguien haga una escena, evidentemente será por culpa de un puñado de individuos irritables e irritantes, incapaces de aceptar esas descripciones de la Trinidad, del Sacramento y de la Iglesia sino como un fusilamiento de su propios sentimientos e ideas.

Ya ha quedado claro que todas estas afirmaciones han sido aceptadas por todas las personas inteligentes, exceptuando a quienes no pueden aceptarlas. En lo que a mí se refiere, en mi experiencia política, me he atrevido a dudar de lo acertado que pudiera estar el coronel tory al maldecir a sus oponentes y afirmar que eso no era política, o de la mujer que decía amar a todo el mundo pero detestaba a los irlandeses; y tengo la misma dificultad a la hora de admitir lo acertado de que muchos liberales y cristianos de mente más abierta vean las cosas buenas que hay en todas las religiones y en cambio no vean nada bueno en la mía. Pero sé que si se responde públicamente a esta cuestión, dando respuestas especialmente directas a tan delicada polémica, muchos pueden tomarlo como una impertinencia o una provocación.

En este asunto tengo que confesar que estoy tan chapado a la antigua como para sentir algo parecido a una pizca de sentido del honor. Debo decir que soy persona sociable y de fácil convivencia con mis semejantes. No tengo mucha predisposición a la discusión o la pelea; y valoro el hecho de que, por lo general, he mantenido unas relaciones cordiales con quienes discrepan conmigo en alguna cuestión. Siento un gran cariño por Inglaterra tal y como es, al margen de lo que fue o debiera ser. Tengo un buen número de aficiones populares, desde las novelas de detectives hasta la defensa de las tabernas. He estado del lado de la mayoría en muchas ocasiones, como cuando por ejemplo apoyé la propaganda del patriotismo inglés durante la Gran Guerra. Incluso podría ganarme con esas tendencias la aceptación popular. Y, en un sentido más práctico, disfrutaría sólo con escribir novelas de detectives y leerlas. Nada más. Pero si en esta vida tan afortunada y relajada que tengo, me encuentro con que mis correligionarios están recibiendo una lluvia de insultos por afirmar que su religión es la verdadera, me enfermaría no ponerme de su lado. Aunque muchos de ellos hayan tenido una vida muy dura y yo la haya tenido muy cómoda, para mí no supone un privilegio ser el blanco de semejantes métodos tan controvertidos. Si el deán de la catedral de San Pablo realmente cree, como él mismo afirma sin lugar a dudas, así como la mayor parte de los piadosos y devotos dirigentes de la Iglesia católica (de forma realista e incluso a regañadientes) que los milagros modernos estaban

envueltos en un «lucrativo engaño», yo preferiría creer que él me está acusando junto con otros hombres mucho mejores que yo de convertirme en un impostor por simple lucro. Si la palabra «jesuita» sigue siendo sinónimo de «mentiroso», preferiría que se aplicase idéntica traducción a la palabra «periodista», que se ajusta mucho más a la realidad. Si el deán acusa a los católicos de desear que hombres inocentes mueran en prisión (como de hecho hace), preferiría que me incluyera en ese terrorífico y criminal melodrama; podría convertirse de alguna manera en material para una historia de detectives. En resumen, precisamente porque siento empatía con mis conciudadanos protestantes y agnósticos y estoy de acuerdo con ellos en un noventa y nueve por ciento de las cuestiones, es por lo que siento esa pizca de sentido del honor que me impide eludir las acusaciones que hacen sobre esos puntos, si es que de verdad tienen que hacer tales acusaciones. Siento mucho que este pequeño libro mío se muestre polémico en materias a las que a todo el mundo se le permite ser polémico menos a nosotros. Pero me temo que no hay remedio; y si le aseguro al lector que he tratado de empezar englobándolo todo con un espíritu de inquebrantable caridad, siempre cabe la posibilidad de que dicha caridad sea tan parcial como la propia polémica. De cualquier forma, refleja mi actitud con respecto a esta controversia; y si bien es posible que todo cuanto afirmo sea erróneo, al menos es sincero.

II
El escéptico como crítico

Hacen falta tres personas para tener una pelea; porque también es necesario un pacificador. Si un amigo común de ambos bandos interviene con tacto en la riña, no puede alcanzarse la máxima expresión de la furia humana. Tengo la impresión de encontrarme en una situación parecida a la del reciente debate americano entre la revista *The American Mercury*[2] del señor Mencken y los puritanos; y admito que al principio he sentido una vergüenza cercana al terror. Soy consciente de que el árbitro puede romperse en mil pedazos. Sé que el árbitro que se ha designado a sí mismo debería romperse en pedazos. Y, sobre todo, sé que esto es lo que ocurre en todo cuanto de alguna manera envuelve las relaciones internacionales.

Quizá la única crítica profunda sea la autocrítica. Tal vez esto sea más cierto si se aplica a las naciones que a los hombres. Y puedo entender que muchos americanos acepten sugerencias de sus propios conciudadanos que rechazarían directamente si vinieran de un extranjero. Sólo puedo alegar que me he esforzado en poner en práctica el patriótico principio de «mira primero por Inglaterra» en la misma proporción que el igualmente patriótico «critica primero a Inglaterra». Y soy consciente de que existen males en Inglaterra que apenas tienen presencia en América; y ninguno más ausente, como ha señalado el señor Belloc para sorpresa de muchos, que el de la verdadera, servil, supersticiosa y mística adoración del dinero.

Pero lo que me hace ser tan crítico en esta ocasión es el hecho de que siento una gran simpatía por ambos lados. Me esforzaré en disfrazar mi actitud, hasta donde sea posible, con insultos repartidos entre ambos con mucho tacto, y una indignación camuflada con cortesía hacia esta o aquella cuestión de la polémica. Pero la verdad es que, si yo fuera americano, estaría muy contento con las puntuaciones que *The American Mercury* hace sobre alguien o algo; aunque tampoco mi modesto hogar carecería por completo de cierta alegría cuando *The American Mercury* hubiera hecho su balance. Pienso que ambos lados, y en especial el lado iconoclasta, necesitan lo que

necesita el mundo moderno: un rígido criterio espiritual incluso para sus propios propósitos intelectuales. Podría expresarlo afirmando que simpatizo mucho con los revolucionarios pero muy poco con los nihilistas. Para los nihilistas, como lleva implícito su nombre, no hay nada sobre lo que rebelarse.

Sobre esta cuestión hay poco que añadir al artículo que con admirable sensatez, sutileza y perspicacia escribió el señor T. S. Elliot[3]; en especial a aquella frase crucial en la que le decía al profesor Irving Babbitt[4] (que reconocía la necesidad del entusiasmo) que no podíamos tener un entusiasmo por tener entusiasmo. Creo que sé qué es lo que debemos tener. El profesor Babbitt es un hombre muy culto; por mi parte sé algo de latín y un poco menos de griego. Pero sé lo suficiente de griego como para conocer el significado de la segunda sílaba de «entusiasmo»[5], y sé que ésa es la llave de ésta y cualquier otra discusión.

Déjenme poner dos ejemplos, tocando los puntos en común que tengo con ambos lados. Admiro sinceramente al señor Mencken, no sólo por su viveza e inteligencia, sino por su vehemencia e incluso, en ciertas ocasiones, por su violencia. Le aplaudo calurosamente por su aborrecimiento del servicio[6]; y pienso que estableció una verdad cuando dijo, tal y como se citó en *The Forum*: «Cuando una pandilla de agentes de la propiedad inmobiliaria, corredores de bolsa y vendedores de automóviles se reúnen para lamentarse por el servicio no hace falta ser freudiano para conjeturar que alguien va a ser estafado». No veo por qué no puede llamar al pan, pan y al vino, vino, y a un timador un timador. No lo culparía por usar palabras vulgares para hablar de cosas vulgares. Pero sí quiero hacer constar dos líneas en las cuales su filosofía se está volviendo negativa y que hacen que su crítica se vuelva casi superficial. Antes que nada, es obvio que semejante sátira carecería por completo de sentido a menos que la estafa sea considerada como un pecado. E igualmente obvio es que seremos engullidos por los abismos del «moralismo» y el *«religionismo»* si esto es un pecado. En segundo lugar, si es menos obvio es igualmente importante, su saludable instinto contra esa pringosa hipocresía no le ilumina para entender el meollo de tal hipocresía.

Lo que ocurre con el «servicio» es que, como otras muchas ideas modernas, es una idolatría de ese punto intermedio que prescinde del fin último. Es como la jerga de los idiotas que hablan de la eficiencia sin hacer crítica alguna de sus efectos. El pecado del servicio es el pecado de Satán: tratar de ser primero donde sólo se puede ser segundo. Una palabra como la de el servicio ha robado la sagrada mayúscula del concepto al que se suponía

debía servir. Tiene sentido servir a Dios, incluso tiene un más que discutible sentido servir al hombre; pero no tiene sentido servir al servicio. Servir a Dios es al fin y al cabo servir a un ideal. Incluso si Dios no fuera más que un ser imaginario, seguiría siendo un ideal. Ese ideal tiene atributos bien definidos e incluso incuestionables —la verdad, la justicia, la misericordia, la pureza y otros. Servir a dichos atributos, aunque sea de forma imperfecta, es servir a un concepto concreto de perfección. Pero el hombre que se precipita calle abajo, agitando sus brazos en busca de algo o alguien a quien servir caerá probablemente en el primer garito que se encuentre o en alguna guarida de ladrones y usureros, y acabará sirviéndolos con gran dedicación. Ahí es cuando surge la idea de que la diligencia, la responsabilidad, la puntualidad y los negocios son cosas buenas; que la simple y adecuada disposición para servir a los poderes de este mundo es una virtud cristiana. Eso es lo que ocurre con el servicio, tan inspirada y efusivamente despreciado por el señor Mencken. Pero el asunto no puede plantearse sin sacar a relucir una vez más la verdadera pregunta, que no es otra que si la humanidad debe servir a algún propósito; y si no sería mejor que trataran de definir a qué intentan servir. Todas estas palabras tontas como servicio, eficiencia, pragmatismo y las demás fracasan porque se venera su significado y no su finalidad. Y todo ello vuelve a la cuestión de si debemos proponernos venerar la finalidad; a ser posible la verdadera finalidad.

Otros dos pasajes característicos del señor Mencken servirán para mostrar con más nitidez cómo se olvidó de su propio punto de vista. Por un lado, parece plantear de forma más positiva la naturaleza subjetiva y puramente personal de la crítica; la hace individual y casi irresponsable. «La crítica es, de principio a fin, un intento por definirse; de ese modo [el crítico] trata de conseguir para su propio ego interior el gratificante sentimiento de una tarea realizada, una tensión aliviada, una catarsis alcanzada, como la consiguió Wagner cuando escribió *Las valquirias*, o como la consigue una gallina cada vez que pone un huevo».

Ésa es toda la coherencia a la que llega; pero desgraciadamente el señor Mencken parece dirigirse hacia un planteamiento completamente incoherente. De acuerdo con la cita, él entona a continuación una canción triunfalista porque en América ahora no sólo hay crítica sino también polémica. «Hoy, por primera vez en muchos años, existe discrepancia en la crítica americana… se revientan los oídos, sangran las narices. Se reparten golpes por arriba y por abajo».

Ahora bien, puede haber algo de razón en su argumento sobre la crítica; pero es totalmente incoherente con su argumento sobre autoexpresión creativa. Si el crítico sólo hace la crítica para complacerse a sí mismo, resulta por completo irrelevante que complazca a alguien más. Ese alguien más está, por su parte, en su perfecto derecho de decir exactamente lo contrario para complacerse a sí mismo y quedarse así satisfecho. Pero ninguno de ellos podrá discutir porque no pueden comparar. Y no pueden comparar porque no existe un parámetro común para hacer tal cosa. Ni yo ni nadie puede tener una discusión sobre literatura con el señor Mencken, porque no hay forma de criticar la propia crítica, excepto si se pregunta si la crítica es o no satisfactoria. Y ahí es donde termina el debate; justo al principio, porque nadie puede dudar que el señor Mencken está satisfecho.

Pero para no hacer de Mencken una simple víctima del *argumentum ad hominen*, haré el experimento sobre un cuerpo vulgar y corriente y me ofreceré a mí mismo para la disección. Me atreveré a decir lo que creo de la crítica. Lo que escribo puede cambiar a causa de los cambios de humor o de la forma de expresarme. Y es bastante cierto que existe satisfacción en la autoexpresión. Puedo escoger algo sobre lo que tengo sentimientos bien definidos, como, por ejemplo, la filosofía del señor Dreiser[7], que ha sido mencionada en más de una ocasión en este debate. Para mi satisfacción personal puedo escribir lo que sigue:

> … Él describe un mundo que parece la pálida y descolorida ilusión de una indigestión, sin la intensidad suficiente como para considerarla una pesadilla; huele mal, pero su pestazo no es demasiado penetrante; huele como el gas viciado de los ignorantes experimentos realizados por los sucios y reservados colegiales —la clase de chicos que torturan gatos por las esquinas—; tan invertebrados y apocados como un gusano… Como una babosa interminable; desesperada, pero carente de dignidad; maldiciendo, pero sin valor; sin ingenio, sin voluntad, sin risas ni forma alguna de animar el corazón; demasiado vieja para morir, demasiado sorda para dejar de hablar, demasiado ciega para detenerse, demasiado estúpida como para empezar de nuevo, demasiado muerta para ser asesinada, incapaz incluso de ser maldecida, a lo largo de todos esos cansados siglos en los que no alcanzó la era de la razón…

Así es como lo percibo; y la verdad es que me produce satisfacción revelar mis sentimientos. Los he liberado de mi pecho. He logrado una catarsis. He puesto un huevo. He realizado una crítica, ajustándome a todas las definiciones del señor Mencken sobre la crítica. He desempeñado una función. Me siento mejor, gracias.

Pero la influencia que puedan tener mis sentimientos en el señor Dreiser o en cualquiera que no acepte mis parámetros sobre lo que es verdadero o falso, apenas puedo verla. Dreiser difícilmente habría asegurado que su química es

curandería, como yo en cambio creo —una curandería carente de la fuerza que podríamos esperar de los curanderos. Él no piensa que el fatalismo sea algo abyecto y servil, como yo lo creo. Tampoco que la libertad sea la verdad más reveladora de la humanidad, como así lo creo también. Él no cree que la desesperación sea en sí misma un pecado, tal vez incluso el peor de los pecados, como creen los católicos. Él no ve la blasfemia como la clase de orgullo más tonto y miserable que pueda darse, como incluso los paganos lo ven. Como es natural, él no ve su propia representación pictórica de la vida como una falsa representación, que se parece a la vida real tanto como un páramo hecho de linóleo se pueda parecer a un verdadero campo de flores. Él no lo vería falso por haberlo representado como un páramo. Probablemente admitiría que era lóbrego y pensaría en corregir dicha lobreguez. Si se encontrara desesperado no vería mal alguno en el hecho de estar desesperado. Es muy probable que las que yo considero acusaciones, él las tome como simples cumplidos.

Bajo tales circunstancias, yo no puedo verme como soy, y nadie con los mismos planteamientos que yo defiendo podría mantener polémica alguna con el señor Dreiser. No parece existir la forma en que yo pueda probar que él está equivocado, porque él no comparte mi punto de vista sobre lo que está equivocado. Tampoco hay forma alguna de que él pueda probar que está en lo cierto, porque yo no comparto sus ideas sobre lo que es cierto. De hecho, podríamos encontrarnos en la calle y caernos el uno sobre el otro, y aunque ambos somos hombres muy pesados, no tendría duda de que él es el más pesado de los dos.

La más que plausible posibilidad de vernos reducidos a esta inconsistente explicación arroja algo de luz sobre la sorprendente descripción que el señor Mencken hace del nuevo mundo literario en América. «Las orejas serán arrancadas a mordiscos» dice; y esta curiosa forma de interrelación cultural pudiera realmente ser la única solución cuando las orejas no sean más que órganos para oír y no haya más órganos que los de la autoexpresión. El que tiene orejas para oír y no desea hacerlo puede que haya perdido sus orejas a mordiscos. Semejante sordera parece inevitable en el crítico creativo, que se muestra tan indiferente a todo ruido externo como una gallina, que sólo presta atención a su propio cacareo sobre el huevo. En cualquier caso, las gallinas no critican los huevos de otras gallinas, ni se arrojan huevos entre sí, como sucede en la crítica política. Tan sólo podemos decir que, indudablemente, el novelista en cuestión ha puesto un enorme y sólido huevo —lo más parecido a un huevo de avestruz—, tras lo cual no hay forma de impedir que el avestruz

esconda la cabeza en la tierra, alimentando su propio ego con la satisfacción de haber cumplido con su cometido. Pero no podemos discutir con ella sobre si ése es un huevo malo, o sobre qué partes de dicho huevo son, por el contrario, excelentes.

Por lo tanto, en todos estos ejemplos, dada la falta de un parámetro de valores que resulten concluyentes, no pueden realizarse la mayor parte de las actividades de índole más corriente. No es sólo que no puedan realizarse con «un sentimiento de agradecimiento» o una catarsis, sino que no pueden hacerse de ninguna manera. No podemos acusar a un vendedor de bonos del Estado de timador, porque no hemos llegado a ponernos de acuerdo sobre si es o no vergonzoso ser un timador. Una pequeña manipulación de algunas de las teorías individualistas del propio señor Mencken, que presentan el pensamiento como algo superior a la moralidad, podrían presentarnos al timador como a un superhombre. No podemos argumentar ni a favor ni en contra de la simple idea del servicio al ciudadano, porque ninguna de las dos partes ha considerado en realidad qué es ser atendido o cómo vamos a dar con las reglas correctas para atender. Por lo tanto, en la práctica, puede resultar que la Administración sea simplemente el Estado Servil. Y, por último, no podemos discutir sobre esto o aquello porque tampoco existen unas reglas para discutir. No hay forma de constatar quién se ha marcado un tanto y quién no. No puede existir «lucha en la crítica americana»; a los profesores no se les puede «forzar a preparar una defensa». Eso requeriría de acusadores y defensores que se presentaran ante un tribunal y mostraran sus evidencias de acuerdo con algún test de la verdad.

Puede existir una perturbación, pero no puede existir una discusión.

Para entendernos, las funciones normales del hombre —esforzarse, quejarse, juzgar, convencer y demostrar— se encuentran entorpecidas por esas negaciones del escéptico, incluso cuando parece que en un principio el escéptico es el único que niega alguna visión con perspectiva o algún cuento de carácter milagroso. Cada función deriva en un fin, en una prueba, en algún camino de discernimiento entre lo que es uso y lo que es abuso, y que el escéptico destruye como destruiría cualquier mito o superstición. Sólo se realiza la función con objeto de satisfacer a quien la realiza, como en la parábola del crítico y el huevo, donde se hace inútil discutir sobre si el huevo es un simple añadido. Será baldío cavilar sobre si los huevos se convertirán en pollos o si acabarán formando parte de los desayunos. Pero incluso para estar seguros a la hora de realizar las pruebas tendremos que remontarnos a alguna cuestión original, como la del viejo problema de qué fue primero, la gallina o

el huevo. Como ocurre con las grandes religiones, tenemos que empezar *ab ovo.* Si puede verse alterada esa cordura esencial, entonces la totalidad de la vida práctica puede alterarse también. Los hombres pueden quedarse paralizados por el fatalismo, o volverse locos por culpa del anarquismo o ir directos hacia la muerte conducidos por el pesimismo; pero no seguirán actuando de forma indefinida basándose en un mito. Y es en esta sensación orgánica y casi muscular donde la religión supone una verdadera ayuda para el Hombre, en el sentido de que sin ella, se encuentra por completo indefenso, casi paralizado.

El señor Mencken y el señor Lewis, así como otros críticos pertenecientes al movimiento de la revista *Mercury*, son tan viscerales y sinceros cuando critican con tanta energía muchas cosas que en verdad deben ser criticadas, y ponen al descubierto con tanta brillantez otras muchas demostrando que no son más que falsedades, que debatiendo con ellos uno pondría las cartas sobre la mesa sin pensárselo dos veces. Sería artificial y casi hipócrita por mi parte ignorar, llegados a este punto, el hecho de que yo mismo creo en una solución de especial índole espiritual a este problema, en una autoridad espiritual que se encuentra por encima de este caos. Tampoco es, en efecto, una idea ausente, como simple idea que es, en otros muchos hombres. Se menciona a la filosofía católica en términos de respeto, e incluso de esperanza, tanto por el profesor Babbitt**[8]** como por el señor T. S. Elliot.

No malinterpreto su cortesía, ni pretendo llevarles más lejos de donde quieren ir. Pero, en realidad, al seguir una serie de pasos de lógica impecable, el señor Elliot deja al profesor Babbitt tan cerca de las puertas de la Iglesia católica que al final me pone nervioso, por decirlo de algún modo, la posibilidad de que ambos den algún otro paso no intencionado y caigan en ella por accidente.

En consecuencia, tengo una razón muy concreta para mencionar este tema, una razón que está directamente relacionada con este curioso efecto debilitador que produce el escepticismo en las actividades cotidianas del ser humano. En uno de los más recientes y también más brillantes y divertidos libros del señor Sinclair Lewis, hay un pasaje que, aunque cito de memoria, creo que más o menos es fiel al original. Él afirma que la fe católica se diferencia del actual puritanismo en que no le pide a un hombre que abandone su sentido de la belleza, o su sentido del humor, o sus vicios placenteros (probablemente se refiere al vicio de fumar y de beber, que no pueden considerarse del todo vicios), sino que lo que le pide es que abandone su vida y su alma, su mente, cuerpo, sentido del discernimiento y todo lo demás.

Ruego al lector que considere, tan sereno e imparcial como le sea posible, dicha afirmación; y que la ponga junto a todas esas otras evidencias sobre la progresiva fosilización de la actividad humana como las cuestiones más esenciales de nuestros días.

Sería más ajustado a la verdad afirmar que la fe devuelve al hombre su cuerpo y su alma, su discernimiento, su voluntad y su vida entera. Y también que el hombre que la ha recibido recibe todas las antiguas funciones propias del hombre que todas las demás filosofías se están llevando. Sería más aproximado a la realidad afirmar que él solo, por sus propios medios, alcanzará la libertad, que tendrá voluntad porque creerá en el libre albedrío; que tendrá discernimiento, partiendo de la duda más honda que negaba la razón hasta alcanzar la autoridad, que obrará con rigor porque sus acciones persiguen un fin. Ésta es, al menos, una visión menos improbable acerca de cómo toda esa desesperación del intelecto acabará por abandonar a los pocos ciudadanos que lograrán hablar y caminar en una ciudad de paralíticos.

III
¿Es el humanismo una religión?

He estado leyendo el libro del señor Norman Foerster[9] *American Criticism* [La crítica americana] y espero no ser irrespetuoso con la mayor parte del libro, una serie de reflexivos estudios sobre pensadores americanos, si digo que el meollo del mismo se encuentra en el último capítulo, donde se plantea un verdadero problema o desafío con el pensamiento moderno. Y es el problema de si lo que él llama humanismo puede satisfacer a la humanidad. Del resto de los temas que plantea sería fácil hablar indefinidamente. Por lo general, da en el clavo; otras veces expresa la última palabra de una forma tan sugestiva y provocadora que tienta a más de uno a decir una palabra más. En mi particular valoración de los temas que plantea, Whitman iría mucho más lejos y Lowell se quedaría mucho más corto. Con respecto a Emerson parece tener la misma sensibilidad y sentido de la justicia que él; y la verdad es que Emerson tenía distinción. Pero esa clase de tosca distinción con la que yo siempre tendría cierto temor por estar comportándome de forma desleal. Un puritano intentó ser un pagano. Y el resultado fue un pagano que dudaba sobre si debería ir a ver a una bailarina en un club nocturno. Pero todas esas cuestiones, aunque estimulantes, no dejan de ser secundarias con respecto a la pregunta sobre la que pretendo tomarme la libertad de tratar por separado, intentando dar con una respuesta seria. Y me temo que responder a esa pregunta de forma seria significa responder de forma personal. La verdadera cuestión radica en si el humanismo puede realizar todas las funciones de la religión; y no puedo hacer tal consideración sino es en relación con mi propia religión. Ya se ha dicho que el humanismo es completamente diferente del humanitarismo. Eso significa, tal y como se ha explicado aquí, algo parecido a esto. La ciencia moderna y el orden social son en cierto modo demasiado naturales. Nos reúnen como a las bestias a lo largo de líneas hereditarias o una maldición tribal. Vinculan al hombre a la tierra como a una planta en vez de liberarle, como se libera a un pájaro, y mucho menos a un ángel. Es más, su psicología más elevada está por debajo

del nivel más elemental de la vida. Lo que es subconsciente es subhumano y, por decirlo de alguna manera, subterráneo, o algo menos que terrenal.

Esta lucha por la cultura es sobre todo una lucha por la conciencia: lo que alguno podría llamar autoconciencia, pero que en cualquier caso se enfrenta a la simple subconsciencia. Necesitamos hacer una clasificación de todos los aspectos que son realmente humanos; la voluntad, que es moralidad, la memoria, que es tradición, la cultura que es la reserva mental de nuestros padres. No obstante, mi primer cometido consiste en responder a la pregunta que se me ha hecho; y debo contestarla de forma negativa.

No creo que el humanismo pueda ser un sustituto total del superhumanismo. Y no lo creo por culpa de una certeza que, para mí, es tan concreta como para considerarla un hecho. Soy consciente de que esto suena muy parecido a esas disculpas tan convencionales y superficiales a las que se recurre con frecuencia. Pero no lo digo en ese sentido ambiguo; más allá de asumirlo como un convencionalismo, lo he considerado como un descubrimiento. Me he dado cuenta relativamente tarde, y he comprendido que es, en efecto, la verdadera historia y moraleja de mi propia vida. Incluso unos pocos años atrás, cuando se consolidaron la mayor parte de mis puntos de vista religiosos y morales, no lo había visto tan clara y nítidamente como lo veo ahora.

El hecho es éste: que en el mundo moderno en el que vivimos, con sus modernos movimientos, sigue presente el legado católico. Se siguen usando y gastando las verdades que lo sostienen fuera del viejo tesoro del cristianismo. Incluidas, por supuesto, muchas de las verdades conocidas por los antiguos paganos pero que acabaron cristalizando en el cristianismo. Pero eso no está despertando nuevos entusiasmos. La novedad es una cuestión de nombres y marcas, como sucede con la moderna publicidad; y en casi cualquier otro sentido la novedad es simplemente negativa. No se están desarrollando nuevas ideas frescas que nos lleven hacia el futuro. Al contrario, se están recogiendo viejas ideas que no pueden llevarnos hacia delante en modo alguno. Para eso están las dos marcas de la moralidad moderna. La primera, la que tomaron prestada o bien arrebataron de las manos de los hombres antiguos o del medioevo. La segunda, la que marchitaron rápidamente en las manos modernas. Eso es, de forma muy resumida, la tesis que mantengo; y de este modo ocurre que el libro *American Criticism* podría haberse convertido en un libro de texto que validara mis puntos de vista.

Empezaré con un ejemplo concreto que también trata el libro. Mi juventud fue colmada, como un amanecer, con el brillo optimista de Walt Whitman. Él

me parecía como una multitud que se transforma en un gigante, o como Adán, el primer hombre. Me estremece oír de alguien, quien a su vez ha oído de alguien que se encontró en la calle; fue como si Cristo siguiera vivo. Si su poema carente de métrica es o no brillante, es algo que me importa tan poco como que un Evangelio de Jesús estuviera garabateado sobre un pergamino o una piedra. Nunca percibí la maldad que le atribuyen algunos de sus enemigos; si estaba ahí, desde luego no lo estaba para mí. Lo que yo saludaba era una nueva situación de igualdad, que no era un simple y aburrido nivel sino una elevación entusiasta, un exultante grito de júbilo por el simple hecho de que los hombres fueran hombres. Los hombres reales eran más grandes que los dioses imaginarios; y todo cuanto queda de místico y majestuoso en un dios él lo transformó en la sinceridad y el consuelo de un camarada. Este punto podría expresarse mejor con las palabras de Whitman; él dice que en algún punto del cuadro en el que los antiguos artistas retrataban a las multitudes, aparece una cabeza con un nimbo de luz dorada; «pero yo pinto cientos de cabezas, y a todas las pinto con nimbo de luz dorada». Fue una gloria aferrarse a los hombres como hombres que son; una adoración mutua que tomó la forma de lo que es la fraternidad; y hasta el último y más miserable de los hombres debía formar parte de esta fraternidad; un negro jorobado y zopenco, tuerto y con tendencias homicidas, no debería pintarse sin su correspondiente nimbo. Esto podría parecer la expansión final del movimiento que empezó un siglo antes con Rousseau y los revolucionarios; crecí creyendo que ese movimiento era el comienzo de grandes cosas. Pero fueron como canciones antes del amanecer: y no existe comparación posible entre el amanecer y el mismo sol. Whitman fue un compañero en pleno día, mostrándonos infinidad de variedades de maravillosas y radiantes criaturas. Shelley adoró al hombre, pero Whitman adoró a todos los hombres. Cada rostro humano, cada cualidad, era motivo de poesía mística, como una luz que por casualidad se convierte en una antorcha, un rostro aquí y allá entre la multitud. Un rey era un hombre más al que se trataba como cualquier hombre debía ser tratado. Un dios era un hombre adorado como debían ser adorados todos los hombres. ¿Qué podrían hacer ellos contra una raza de dioses y una república de reyes; no es acaso un Nuevo Mundo?

Bien… aquí está lo que el señor Foerster dice sobre la actual posición del fundador del nuevo mundo de la democracia:

> Nuestra ciencia actual nos presta un pequeño apoyo a una inherente «dignidad del hombre» o hacia su «perfección». Es completamente posible que la ciencia en el futuro nos lleve desde la democracia hacia alguna forma de aristocracia. Las expectativas que sobre el nuevo milenio construyó Whitman sobre la ciencia y la

> democracia, sobre las que ahora estamos bien informados, descansan sobre cimientos inestables… La perfección de la naturaleza, la bondad natural del hombre «el gran orgullo que siente el hombre por él mismo» se contrarresta con un humanitarismo emocional; esos son los materiales de una estructura ligeramente coloreada de modernidad. Sus políticos, su ética y su religión pertenecen al pasado, incluso esa superficial «religiosidad» con la que él esperaba difundir y completar el trabajo de la ciencia y la democracia… Debemos concluir que, en los puntos esenciales de su profecía, Whitman se ha visto contradicho por los acontecimientos.

Ésta es una afirmación muy justa y considerada; sería fácil llegar a la misma conclusión con afirmaciones mucho más duras. Aquí está un contundente comentario hecho por el señor H. L. Mencken: «Ellos (se refiere a ciertos pensadores de corte liberal o que en su momento lo fueron) se han dado cuenta de que aquellos tarados por quienes sudaron la gota gorda tratando de salvarles no deseaban ser salvados ni merecía la pena hacerlo». Ése es el Nuevo Espíritu, si es que de verdad existe un Nuevo Espíritu. «Construiré ciudades invencibles, en las que los brazos y los cuellos se sientan unidos», gritaba Walt Whitman «por el amor de los camaradas, por el amor imperecedero de los camaradas». Me gusta imaginar la expresión de la cara del señor Mencken, de Baltimore, si algún camarada ocasional tratara de hacerle invencible rodeándole el cuello con su brazo. Pero semejante planteamiento ha expirado para gente mucho menos dura que el propio señor Mencken. Ha expirado para un hombre como Aldous Huxley, quien se ha quejado recientemente por los «gratuitos» romances de los viejos puntos de vista republicanos sobre la naturaleza humana. Ha expirado para la mayoría de los críticos más amables y divertidos. Ha expirado para muchos hombres buenos y sabios de hoy en día, a los que no puedo ayudar al preguntarme si, bajo las actuales circunstancias, dicha idea no habría muerto en el propio Whitman.

Desde luego no lo ha hecho para mí. Para mí continúa siendo real, no por ningún mérito propio, sino por el hecho de que esta idea mística, que se ha evaporado como el aire, persiste como un credo. Estoy preparado para asegurar, con tanta firmeza como debería haberlo hecho en mi juventud, que el negro jorobado y zopenco está adornado con el aura de luz dorada. La verdad es que el visionario cuadro de Whitman, o lo que él pensaba que era visionario es, de hecho, algo muy antiguo y ortodoxo.

En realidad, hay muchos cuadros antiguos en los que aparecen multitudes coronadas con aureolas para indicar que todos los que allí están representados han alcanzado la santidad. Pero para los católicos es un dogma de fe fundamental el hecho de que todos los seres humanos, sin ninguna excepción, han sido especialmente hechos, con la forma y la punta de unas brillantes

flechas, con el fin de hacer blanco en la santidad. Es cierto que las flechas han sido emplumadas por el libre albedrío y, por lo tanto, arrojan la sombra sobre todas esas posibilidades trágicas que conlleva la libre elección; y eso que la Iglesia (consciente a lo largo de los tiempos del lado oscuro de la Verdad, que los nuevos escépticos acaban de descubrir) también ha llamado la atención sobre la sombras que rodean esa tragedia potencial. Pero eso no establece ninguna diferencia con la dicha de una gloria posible. En un aspecto concreto incluso forma parte de ella; el de que la libertad es, en sí misma, una gloria. En ese sentido todos ellos podrían conservar sus aureolas en el mismísimo infierno.

El asunto es que si alguien cree que todos esos seres han sido creados para ser bendecidos, y muchos de ellos probablemente están bien encaminados para serlo, tal pensamiento tiene un toque de razonamiento filosófico al considerarlos a todos ellos criaturas maravillosas y radiantes, con todas sus cabezas coronadas con aureolas. Esa convicción hace de cada rostro humano, de cada característica humana, una cuestión de poesía mística. Pero no es exactamente como la poesía moderna. La más moderna de la poesía actual no es una poesía de aceptación, sino de rechazo, e incluso, de repulsión. El espíritu que habita en los trabajos más recientes podría ser denominado como la ira del hartazgo. El nuevo hombre de letras no consigue su efecto diciéndose a sí mismo que el negro jorobado tiene aureola. Consigue su efecto diciendo que, justo cuando estaba a punto de abrazar la belleza de la mujer, se sintió asqueado por la presencia de una espinilla situada sobre la ceja o por la de una mancha de grasa en su pulgar izquierdo. Whitman intentó demostrar que las cosas sucias eran, en realidad, cosas bellas, como cuando glorificaba el estiércol al considerarlo la matriz de la pureza de la hierba. Sus seguidores en verso libre trataron de demostrar que las cosas bellas eran en realidad sucias; insinuando por ejemplo algo desagradable o enfermizo en la espesa blancura de la leche, o algo irritable o producto de una plaga en el inexplicable crecimiento del cabello. En pocas palabras, la intención ha cambiado en lo que a cuestiones de poesía se refiere. Pero no ha cambiado en cuestiones de teología; y surge ahí la discusión por la existencia de una teología inamovible. La teología católica no tiene nada que ver con la democracia, ya sea a favor o en contra, en ese sentido de maquinaria del voto o de crítica de unos privilegios políticos concretos. Uno no puede comprometerse con lo que Whitman dijo sobre la democracia, incluso lo que Jefferson o Lincoln dijeron sobre ella. Pero sí es, en cambio, absolutamente rechazable lo que el señor Mencken dijo en contra de dicho sistema político.

Se producirán persecuciones dioclecianas, habrá cruzadas domicianas, se producirán desgarros en todos los acuerdos de paz de orden religioso, o incluso el fin de la civilización y el mundo, antes de que la Iglesia católica admita que no merece la pena salvar a un pobre idiota o a un único hombre.

Con la llegada de mi madurez he encontrado esta curiosa lección de mi vida, y de toda mi generación. Todos crecimos con una convicción común, alimentada por las llamas del genio literario de Rousseau, o de Shelley, o Víctor Hugo, que acabaron por avivarse hasta arder con gran intensidad en el universalismo de Whitman. Y todos dimos por sentado que nuestros descendientes harían lo mismo. Yo dije que el descubrimiento de la fraternidad se parecía al descubrimiento de la claridad de la luz del día; algo de lo que los hombres nunca podrían cansarse. Sin embargo, incluso durante mi corta experiencia vital, los hombres ya se han cansado de ella. Ahora no podemos hacer un llamamiento al amor de la igualdad y embargarnos por la emoción. No podemos abrir un nuevo libro de poemas, y esperar ser el amor de toda la vida de nuestros camaradas, o «el Amor, la amada República, que alimenta la libertad y todas las vidas». Nos hemos dado cuenta de que en la mayoría de los hombres tal sentimiento ha muerto, porque no era más que un estado de ánimo, no una doctrina. Y empezamos a preguntarnos demasiado tarde, con la sabiduría que aporta la edad, cómo pudimos esperar que durara como un estado de ánimo, si no era lo suficientemente fuerte para durar como doctrina. Y también empezamos a comprender que toda la verdadera fortaleza que había en ese estado de ánimo, la única que aún perdura en él, era la fuerza original de la doctrina. Lo que realmente ocurrió fue esto: que los hombres del siglo XVIII, muchos de ellos incapaces de seguir soportando a los sacerdotes cínicos y corruptos, provocaron a esos sacerdotes y les dijeron: «Bien, supongo que os llamáis a vosotros mismos cristianos; así que no podéis negar que los hombres son hermanos o que es nuestra obligación ayudar a los pobres». La gran confianza en su reto, la nota tan vibrante en su voz revolucionaria, provenía del hecho de que los cristianos reaccionarios se encontraban en una falsa posición como cristianos. Y la demanda de democracia parecía incontestable.

Y lo parecía, no porque realmente fuera incontestable, sino porque hasta los cristianos más decadentes no se atrevieron a contestarlo. Al señor H. L. Mencken le encantará obligarnos a darle respuesta.

Para mí es justo ahora cuando el asunto empieza a ponerse interesante. Repasando las antiguas crisis religiosas, creo ver en ellas coincidencias muy concretas; o, más bien, una serie de circunstancias demasiado sincrónicas

como para ser consideradas una simple coincidencia. Después de todo, cuando pienso en ello, todas las revueltas que se han hecho contra la iglesia antes de la Revolución y más concretamente desde la Reforma, han contado la misma curiosa historia. Todo gran hereje ha exhibido siempre tres características principales combinadas entre sí. La primera es que escoge un concepto místico del gran saco de conceptos místicos que tiene la Iglesia. La segunda es que enfrenta dicho concepto contra todos las demás. Y la tercera (y más peculiar) es que no parece haber tenido constancia de que su concepto místico favorito era eso, un concepto místico, por lo menos en el sentido de un concepto inescrutable, oscuro o dogmático. Con una extraña inocencia, parece dar por sentada la validez de su idea. La asume como una idea inexpugnable, aun cuando la usa para atacar toda clase de ideas de parecida condición. El ejemplo más conocido y obvio es la propia Biblia. A un pagano imparcial o a un observador escéptico debe parecerles la historia más extraña del mundo; esos hombres lanzándose a la destrucción de un templo, volcando el altar y expulsando al sacerdote, donde encontraron salmos o evangelios inscritos en libros sagrados, que (en vez de arrojarlos al fuego con el resto) empezaron a usar como oráculos infalibles rechazando todo lo demás. ¿Si el sagrado altar mayor estaba mancillado por qué habrían de ser ciertos los documentos sagrados encontrados en él? Si el sacerdote era un farsante en la práctica de sus sacramentos, ¿por qué no iban a ser también una farsa sus escrituras? Yendo más lejos, sería más probable que alguien blandiera este elemento singular de la Iglesia para romper todo el interior de la misma antes de que un profano se pusiera a examinarlo. En su momento sorprendió mucho que alguien se atreviera a hacer eso, y en algunas partes del mundo siguen bastante sorprendidos.

De nuevo, los calvinistas tomaron la idea católica del poder y la infalibilidad de Dios; y la tomaron como una obviedad tan sólida e irreductible como una roca, tan firme que podría construirse cualquier cosa sobre sus cimientos, por cruel o aplastante que fuera.

Estaban tan confiados en su propia lógica, y su principio de la predestinación, que torturaron el intelecto y la imaginación con deplorables deducciones sobre la naturaleza de Dios, hasta convertirlo en un demonio. Pero parece que nunca les ha asaltado la idea de que, de repente, alguien pudiera decir que no cree en el demonio. Se sorprendieron mucho cuando la gente empezó a llamarles «ateos» aquí y allí antes de que empezaran a decirlo. Habían asumido la idea de la divina presciencia como tan inamovible que debía, si era necesario, llevarse a cabo de acuerdo con la destrucción de la

compasión divina. Nunca pensaron que alguien negaría el Conocimiento de la misma forma que ellos negaban la Compasión. Entonces apareció Wesley y las reacciones contra el calvinismo; y los evangélicos tomaron la idea de que la humanidad tenía un sentido de pecado; y se pasearon ofreciendo a todo el mundo la liberación de ese misterioso lastre que genera. Es un proverbio, y casi una broma, que vistan a un extraño en la calle y se ofrezcan para liberar su secreta agonía del pecado. Pero pocas veces les remueve, hasta mucho más tarde, el hecho de que el hombre de la calle les conteste que no desea ser salvado del pecado más de lo que desearía librarse del tifus o del baile de San Vito; porque de hecho esas cosas no le causan ningún sufrimiento. Se sorprendieron mucho cuando a consecuencia de Rousseau y el optimismo revolucionario empezó a manifestarse en los hombres una reivindicación de la dignidad y la felicidad puramente humanas; una satisfacción con una camaradería de su estilo, acabando con la feliz exclamación de Whitman de que no debía «yacer consciente y llorar por sus pecados».

La verdad es que Shelley, Whitman y los optimistas revolucionarios hicieron, una vez más, exactamente lo mismo. También, aunque de forma menos consciente debido al caos propio de su tiempo, sacaron de la vieja tradición católica una idea particularmente trascendental; la idea de que en el hombre existe una dignidad espiritual por el hecho mismo de ser hombre, y de que existe un deber universal de amar a los hombres tal cual son. Y actuaron exactamente igual que sus prototipos, los calvinistas y los seguidores de Wesley. Dieron por hecho que su concepto espiritual era absolutamente evidente, como lo es el sol y la luna; que nadie podría destruirlo, aunque en su nombre destruyeran todo lo demás. Recalcaron constantemente su divinidad y dignidad humana, y el inevitable amor hacia todos los seres humanos; como si tales cosas fueran algo de lo más natural.

Y se quedan muy sorprendidos cuando los nuevos realistas explotan de pronto, y empiezan a decir cosas como que un carnicero de bigote pelirrojo y verruga en la nariz no se les antoja ni muy divino ni muy lleno de dignidad, que sinceramente no sienten el más pequeño impulso por amarlo, que a poco que lo intentaran podrían negarle el amor, o que ellos en modo alguno se sienten obligados a intentar darle amor.

Podría parecer que el proceso ha llegado a un final, y que para los crudos realistas no hay nada más que añadir. Pero no es así; y el proceso sigue su curso. Todavía existen organizaciones benéficas a las que estos hombres pueden aferrarse. Organizaciones a las que pueden lanzarse cuando se dan cuenta de que sólo son personas con un pensamiento tradicional. Todo el

mundo debe haberse percatado de que, en la mayoría de los escritores modernos, persiste un cierto tono lastimero. Ellos ya no distinguen a todos los hombres, como a San Pablo y otros demócratas de corte místico. Sería demasiado duro decir que desprecian a todos los hombres; a menudo (para ser justo con ellos) se incluyen a sí mismos. Pero tratan de un modo compasivo a todos los hombres, sobre todo a aquellos que dan pena; y hoy por hoy extienden dicho sentimiento de forma casi desproporcionada al resto de los seres vivos. Este sentimiento de compasión por el hombre se ha contaminado con una conexión histórica del sentimiento de caridad cristiano; e incluso, en el caso de los animales, con el ejemplo de muchos santos cristianos. No hay más que ver que un nuevo sentimiento de rechazo hacia estas religiones con cierto toque sentimentaloide no liberará al hombre de la obligación de sentir compasión por el dolor en el mundo. Como Nietzsche, otros muchos neopaganos que trabajan en una línea parecida a la suya han planteado la necesidad de mostrarse más duros y buscar además una mayor pureza intelectual. Y tras leer muchos poemas modernos sobre el Hombre del Futuro, escritos con el frío acero e iluminados con el poco cálido fuego verde, no me resulta difícil imaginar una literatura que pudiera enorgullecerse de hacer gala de una objetividad férrea y despiadada. Podría entonces conjeturarse que ha desaparecido la última de las virtudes cristianas. Pero mientras ellos vivieron no dejaron de ser cristianos.

En cualquier caso, no creo que el humanismo y la religión sean rivales en términos equitativos. Creo que existe una rivalidad entre las fuentes y las piscinas; o entre los tizones y el fuego. Cada uno de esos viejos intelectuales arrebató un tizón del fuego imperecedero; pero la cuestión es que, aunque sacudió la antorcha con mucha energía, incendiando medio mundo con ella, la antorcha se acabó apagando con rapidez. Los puritanos no han perpetuado su sublime exaltación del desamparo; sólo la han hecho impopular. No vamos a seguir mirando indefinidamente hacia las gentes de Brooklyn con la perspectiva de Whitman; hemos llegado a considerarlos con rapidez con la óptica de Dreiser. En pocas palabras, desconfío de los experimentos de corte espiritual que están al margen de la tradición; por la simple razón de que pienso que ellos tampoco confían en esos experimentos, aun cuando consiguen difundirlos. Como mucho, persistirán durante una generación; lo más probable es que no pasen de una moda pasajera; y como poco sólo surtirán efecto en una pequeña camarilla. No creo que tengan el secreto de la continuidad, desde luego no la de una continuidad de carácter colectivo. A un anticuado y viejo chocho demócrata como yo puede disculpársele el hecho de

darle cierta importancia a la cuestión final; la que envuelve a la vida cotidiana de la humanidad. ¿Cuántos humanistas se supone que hay entre las clases más humildes de los seres humanos? ¿No más que los filósofos griegos que había entre el feliz populacho de griegos paganos y politeístas? ¿O tal vez no más que los hombres que, concentrados en la Cultura de Matthew Arnold, se encontraban entre las multitudes que seguían al cardenal Manning[10] o al general Booth.[11] No intento despreciar al humanismo; creo entender la diferenciación intelectual que plantea, y he tratado de entenderlo con un espíritu de humildad; pero siento un vago interés por saber cuánta gente, al margen de las maltratadas y aturdidas masas, espera de verdad entenderlo. Y lo pregunto con verdadero interés personal; por esos trescientos millones de personas que aceptan los mismos misterios que yo acepto y vivo por medio de la fe que profeso. De verdad que deseo saber si se ha previsto que habrá trescientos millones de humanistas en el mundo. Un optimista puede decir que el humanismo se convertirá en la religión de la próxima generación, del mismo modo que Comte afirmó que la Humanidad sería el Dios de la próxima generación. Y la pregunta es cuál será la religión de la generación posterior a ésa, o de todas las generaciones venideras hasta llegar incluso al fin del mundo.

El humanismo, tal y como lo entiende el señor Foerster, tiene una dimensión de gran valor y sabiduría. Está recogiendo las piezas; todas las piezas. Lo que se hizo con anterioridad no fue más que una destrucción a ciegas de las mismas y una posterior selección aleatoria y superficial; como si unos niños hubiesen roto una vidriera y después hubiesen hecho con algunos de sus pedazos unas gafas de colores; las gafas de color rosa del republicano, o las gafas de color verde o amarillo del pesimista y el decadente. Pero el humanismo aquí declarado se agachará a recoger todo lo que pueda; por ejemplo, sería un gran gesto agacharse para recoger esa joya que es la humildad. Foerster entiende, a diferencia de los siglos XVIII y XIX, que no lo supieron entender, el tema de la humildad. Matthew Arnold, que planteó algo parecido, a lo que llamó «Cultura de mediados del siglo XIX», intentó preservar la castidad; a la que denominaría, de una forma bastante irritante, «pureza». Pero antes de que consideremos la cultura o el humanismo como sustitutos de la religión, hay una cuestión muy sencilla que debe plantearse con una metáfora de corte casero. El humanismo podría intentar recoger todas las piezas; pero ¿podría luego unirlas? ¿Dónde está el pegamento que hace que la religión tenga ese carácter colectivo y popular, que evita que se caiga a pedazos, convirtiéndose en una escombrera de gustos y grados de corte

individualista? ¿Qué es lo que evita que un humanista desee la castidad sin humildad, o que otro desee la humildad sin castidad y otro la verdad o la belleza sin su correspondiente complemento? El problema de dar con una cultura y una ética duraderas radica en encontrar la forma de conseguir que las piezas se mantengan relacionadas, como lo hacen las piedras que forman un arco. Y sólo conozco un método que proporcione esa solidez: uniendo territorios y épocas con sus arcos gigantescos, y llevando a todos los rincones el río del bautismo sobre un acueducto romano.

IV
El éxodo de lo doméstico

En lo tocante a la reforma de las cosas, y no a su deformación, lo cual es muy distinto, existe un principio muy sencillo y muy claro; un principio al que probablemente deberíamos calificar de paradójico. Supongamos en este caso que existe una cierta institución o una determinada ley; y digamos, para facilitar las cosas, que se trata de algo así como una valla o como una puerta que se cruza en nuestro camino. El reformador actual la cruza alegremente diciéndose que no ve su utilidad y que hay que limpiar el camino de obstáculos. Ante semejante actitud, un reformador más inteligente le replicaría: «Aunque no veas su utilidad no voy a permitir que la elimines. Trata de mirarla con cierta perspectiva y recapacita. Después, cuando lo hayas hecho y me puedas decir que *sí* ves su utilidad, quizás entonces te permita que la elimines».

Semejante paradoja se apoya en el sentido común más elemental. Esa puerta, o ese valladar, no ha crecido allí sin más. Tampoco fue colocado por una persona sonámbula que la construyera en pleno sueño; y resulta muy poco probable que la pusiera algún loco escapado de una casa de salud. Quien lo hiciera, seguramente tendría una buena razón para colocar ese elemento en nuestro camino y es posible que tan sólo pretendiera ayudar. Por tanto, hasta que lleguemos a conocer de qué razón se trata no podemos establecer ningún juicio sobre la validez de su razonamiento; porque es sumamente probable que hayamos pasado por alto algunos aspectos de la cuestión, a menos que pensemos que algo establecido seriamente por un ser humano no es más que una cosa misteriosa o carente de sentido. Hay reformadores que se saltan a la torera semejante razonamiento afirmando que sus antepasados eran tontos. Ante semejante afirmación sólo se nos ocurre decir que parece que tal estupidez sea una enfermedad hereditaria. Pero lo cierto es que nadie trata de destruir una institución hasta que no comprueba plenamente que tal institución resulta obsoleta. Si sabe cómo surgió y qué propósitos pretende, tal vez nos pueda decir si semejantes propósitos están equivocados, o se han

vuelto fallidos o se muestran inoperantes. Pero si simplemente se ha limitado a ver de pasada la cosa como una monstruosidad sin sentido que ha surgido en su camino de cualquier manera, entonces será él y no ese concepto tradicional el que está sufriendo una grave equivocación. Hasta podríamos llegar a decir que está padeciendo una pesadilla. Y tal razonamiento se puede aplicar a una infinidad de cosas, tanto a las más insignificantes como a las instituciones más serias y auténticas; a meras convenciones como a profundas convicciones. Porque estaríamos hablando de una clase de persona como aquella Juana de Arco que sabiendo muy bien por qué las mujeres visten faldas, ella prefería no llevarlas; o como aquel San Francisco de Asís que, tras conocer muy bien lo que son las fiestas y el calor del hogar, se siente más capacitado para convertirse en un pobre mendigo que va recorriendo humildemente los caminos. Y cuando en medio de la emancipación social que permite la sociedad moderna, una duquesa dice que no ve por qué no debe jugar a pídola, o un decano afirma que no ve razón alguna para no hacer el pino en público, podríamos decir a tales personas con paciente benevolencia: «Relegue por un momento su decisión hasta que, tras pensarlo detenidamente, pueda ver qué principio o qué prejuicio está violando al obrar así. Y una vez hecho eso, juegue usted a pídola o haga el pino, y vaya usted con Dios».

Entre las tradiciones que están viéndose atacadas, se encuentra esa fundamental creación humana a la que solemos llamar «el hogar» o «la casa familiar». Se trata de la típica cosa que los hombres atacan, no porque puedan conocerla a fondo sino, más bien, porque no la conocen en absoluto. La combaten ciegamente, de un modo fortuito y oportunista; y son muchos los que la hundirían sin siquiera detenerse un momento a preguntarse por qué se instituyó. Y es cierto también que sólo unos pocos lo confesarían con un largo razonamiento; lo cual prueba cuán ciegos y torpes son. Simplemente han caído en el alejamiento y en el gradual éxodo de la vida familiar; algo que a menudo es meramente accidental y que no se debe a ninguna teoría. Pero no por ser accidental es menos anárquico. Y resulta tanto más anárquico porque en modo alguno es anarquista. Parece fundarse en una suerte de irritación individual; una irritación que, evidentemente, varía de acuerdo con cada individuo. Se nos ha dicho que en determinadas circunstancias un temperamento particular se ve afligido por un entorno igualmente particular; pero nadie ha explicado todavía cómo surge el mal, en el supuesto de que dicho mal se haya producido. Se nos dice también que la abuela de esta o de aquella familia no hace más que decir tonterías, lo que bien sabe Dios que es cierto; o que es muy difícil mantener una relación inteligente con el tío

Gregory sin terminar diciéndole que es un auténtico imbécil, lo cual es cierto también. Pero nadie ha considerado seriamente cuál es el remedio o, incluso, cuál es en el fondo la enfermedad; o tan siquiera si el remedio consiste en la separación de este entorno. Gran parte de este proceder se debe a la influencia de Ibsen, magnífico dramaturgo pero filósofo sumamente endeble. Supongo que se considera a la Nora de *Casa de muñecas* una mujer poco consecuente; pero indudablemente su acto más inconsecuente fue el último. Quejándose de que todavía no está preparada para cuidar de sus hijos, decide alejarse lo más posible de ellos a fin de poder estudiarlos y comprenderlos adecuadamente.

Existe una sencilla prueba de esta dejación del pensamiento científico y del sentimiento de una regla social; una dejación que tan sólo nos ha dejado un revoltillo de excepciones. He leído cientos y miles de veces en todas las novelas y revistas actuales algunos comentarios sobre el derecho que tienen los jóvenes a la libertad, sobre la injusta afirmación de que los mayores deben ejercer su control, sobre la idea de que todos los espíritus deben ser libres y que todos los ciudadanos deben ser iguales, y sobre lo absurdo de la autoridad y lo degradante que es la obediencia. De momento no pienso debatir directamente semejantes temas. Pero lo que me deja asombrado, dentro de un sentido lógico, es que ninguno de esos miles y miles de novelistas y periodistas parece haberse formulado la pregunta más evidente. Al parecer nunca se les ha ocurrido inquirir sobre qué pasaría con las obligaciones opuestas. Porque si el hijo es libre desde el primer momento para desatender el consejo del padre, ¿por qué no ha de ser libre también el padre desde el primer momento para desatender al hijo? Si el señor Jones, padre, y el señor Jones, hijo, son dos ciudadanos libres e iguales, ¿por qué uno de esos dos ciudadanos ha de cuidar y proteger al otro durante los primeros catorce o quince años de su vida? ¿Por qué se supone que el señor Jones padre, ha de correr con todos los gastos de alimentación, vestido y alojamiento de otra persona que se siente totalmente libre e independiente de él? Si no se le puede pedir al brillante joven que tolere y aguante a su abuela, que se ha vuelto un poco pesada, ¿por qué esa abuela o esa madre han tenido que soportar al jovencito en unos años en que también ellas eran jóvenes y brillantes? ¿Por qué tuvieron que cuidarlo cuando él apenas sabía hablar y, por consiguiente, no era capaz de aportar nada a una sencilla conversación? ¿Por qué el señor Jones tuvo que suministrar comida y bebida a un ser como el joven Jones, cuando éste se encontraba en las primeras etapas de su vida? ¿Por qué, en resumen, no lo arrojó por la ventana cuando era niño; o, en el mejor de los

casos, lo puso de patitas en la calle? Es evidente que estamos hablando de una relación que tal vez sea igualitaria pero que en modo alguno es similar.

Sé que algunos reformadores sociales tratan de marginar esta situación y de eliminar la función paterna apoyándose en algunas difusas ideas sobre el Estado, o sobre una abstracción llamada educación. Pero eso, como muchos otros conceptos expuestos a veces por personas de sólida formación científica, no es más que un completo espejismo, una absoluta ilusión, que se basa en una nueva y extraña superstición, en la idea de los infinitos recursos que posee una organización. Como si los funcionarios crecieran como la hierba, o se engendraran como conejos. Se quiere suponer que existe una oferta infinita de empleados y de sueldos para pagarlos; y que tales personas pueden llevar a cabo todo cuanto los seres humanos necesitan hacer por sí mismos, incluyendo el cuidado de los hijos. Pero los hombres no pueden dedicarse exclusivamente a los trabajos de una niñera, ni pueden proporcionar un tutor a cada ciudadano joven; porque, ¿quién sería entonces el tutor de esos tutores? Los seres humanos no pueden ser educados por máquinas. Y aunque pueda existir un robot que nos haga el trabajo de un albañil o de un basurero, nunca podrá haber un robot que desempeñe el papel de maestro o de institutriz. Esta teoría presupone que una sola persona ha de ocuparse de cientos de niños, en lugar de que cuide de un número razonable. En condiciones normales, la persona, el padre o la madre, realizan esos trabajos de forma natural y espontánea sin exigir por ello salario alguno, y dándole a su hijo el afecto y el cariño que es natural, y que incluso podemos observar entre los animales. Si usted corta ese lazo natural y lo sustituye por un sistema asalariado, se estará comportando como el necio que paga a alguien para que haga girar la rueda de su molino cuando podría emplear para esa labor la fuerza del viento o del agua que no habrían de costarle nada; o como el pobre loco que riega cuidadosamente su jardín con una regadera, mientras sostiene un paraguas para protegerse de la lluvia.

Resulta necesario que mencionemos estas perogrulladas, porque sólo haciéndolo así podremos tener una vaga idea de las *razones* que apoyan la necesidad de la familia, necesidad a la que me refería al iniciar este ensayo. Semejantes evidencias eran plenamente conocidas por nuestros padres, que creían en los lazos del parentesco y, también, en los lazos de la lógica. Pero hoy día nuestra lógica consiste básicamente en olvidar semejantes lazos, y nuestras familias abundan en miembros ausentes. De todos modos, éste es el final adecuado para empezar cualquier investigación; y *no* el final de algún tipo de enredo en el que se trata de justificar por qué fulanito se ha vuelto un

tipo molesto, o menganita se ha ido de casa. Si ellos quieren destruir la familia porque no le ven utilidad, yo les diría lo que ya dije al principio: aunque no veáis su utilidad haríais mucho mejor en conservarla. Porque no ganarán gran cosa pensando en destruirla antes de ver la utilidad que pueda tener.

Pero, además, existen otras cosas, aparte del hecho evidente de realizar una labor social por amor cuando no puede hacerse por dinero; incluso (casi me atrevería a afirmar) en el caso de que haya de reembolsarse con amor, ya que nunca podrá ser reembolsada con dinero. Sobre este punto resulta fácil, en general, analizar la situación. El sistema actual de nuestra sociedad, a pesar de estar sujeto a una cultura básicamente industrial y a enormes abusos y serios problemas es, sin embargo, normal. Se basa en la idea de que una comunidad está formada por un cierto número de pequeños reinos, de los cuales el hombre y la mujer se convierten en sus correspondientes rey y reina y en el que ejercitan una razonable autoridad, sujeta siempre al sentido común de la comunidad, hasta que sus componentes crezcan y puedan formar, a su vez, nuevos y similares reinos en que ejercitarán una autoridad parecida. Ésta es, pues, la estructura social de la humanidad, sumamente antigua y más universal que todas las religiones conocidas. Y cualquier intento que se haga para alterarla no será más que mera cháchara y tontería.

Pero la otra ventaja de los pequeños grupos es algo que ahora no se ve realizado. De nuevo tenemos aquí el hecho de que la literatura y el periodismo de nuestro tiempo se ven dominados por algunas increíbles ilusiones. Y semejantes ilusiones existen en tal grado que bien podemos afirmar que, en el plano práctico, cuando se ha dicho un millar de veces de una cosa que es cierta, se puede pensar que tal cosa es evidentemente falsa. Esto es algo que merece ser apuntado aquí. Indudablemente, es necesario que se diga algo en contra de la domesticidad y a favor del cambio que generalmente se ha experimentado en la vida en hoteles, clubes, universidades y otras asociaciones comunales; y también a favor de una vida social organizada en el plano del gran sistema comercial de nuestros días. Pero la sugerencia, verdaderamente extraordinaria, es la que se hace con frecuencia de que tal huida del hogar es una huida hacia una mayor libertad. En realidad se presenta este cambio como algo favorable a la libertad.

Evidentemente, para alguien que piense un poco se trata de todo lo contrario. Es evidente que la división de la sociedad humana en parcelas domésticas no es perfecta, como toda realización humana. No logra una libertad completa; cosa, por lo demás, difícil de lograr o, incluso de definir.

Pero, por simple cuestión aritmética, resulta más conveniente organizar a un gran número de personas bajo un control particular que establecer enormes organizaciones que regulen a la sociedad desde fuera, tanto si se trata de sistemas legales, comerciales o meramente sociales. Es un hecho meridiano que existen en la sociedad más padres que agentes de policía, políticos, jefes de grandes negocios o directores de hotel. Como pronto indicaré, este argumento se aplica de forma indirecta a los hijos, y directamente a los padres. Pero el punto capital es que el mundo *externo* al hogar se encuentra ahora bajo una disciplina y una rutina rígidas, y es solamente dentro del hogar en donde se puede encontrar un espacio para la individualidad y la libertad. Cualquiera que salga de su casa se ve obligado a marchar en una especie de procesión, todos del mismo modo y, en cierta forma, vestidos de igual manera. Las empresas, en especial las grandes empresas, se encuentran organizadas actualmente como si fueran ejércitos. Se trata, como alguien podría decir, de un tipo de militarismo suave en el que no hay derramamiento de sangre; un militarismo, diría yo, sin las virtudes militares. Pero, en cierto modo, resulta evidente que los empleados de un banco o las camareras de una cafetería se encuentran más reguladas que cuando regresan a sus viviendas y disfrutan viendo u oyendo sus programas favoritos o gozan con sus pequeños placeres. Pero esto, que resulta tan evidente en el plano comercial, no es menos cierto en el plano social. En la práctica, la búsqueda del placer se reduce a la búsqueda de lo que está de moda. Y la búsqueda de lo que está de moda es sencillamente la búsqueda de lo convencional, aunque se disfrace con una nueva convención. Los bailes y diversiones de todo tipo que puedan ofrecer hoteles y establecimientos públicos no proporcionan *en realidad* una mayor independencia que la que podían ofrecer las actividades del pasado. Si una joven de buena posición quiere hacer lo que hacen las demás jóvenes de buena posición, seguramente se divertirá porque la juventud es alegre y la sociedad también lo es. Pero disfrutará con su modernidad exactamente igual que lo hacían sus abuelitas en su tiempo. Tal diversión es la diversión que proporciona lo convencional, no lo que proporciona la libertad.

Es completamente saludable para todos los jóvenes de todas las épocas históricas el que, hasta cierto punto, se agrupen, se reúnan y se copien unos a otros. Pero en ello no hay nada que resulte particularmente novedoso y, por supuesto, nada que sea especialmente libre. La chica a la que le guste cortarse el pelo, empolvarse la nariz y llevar falda corta, encontrará sin duda que el mundo está pensado para ella, por lo que seguirá tan campante marchando con los demás. Pero aquella otra que prefiera dejarse la melena hasta los

talones y vestirse con colores chillones o (cosa verdaderamente terrible) dejarse la nariz en su estado natural, tendrá que componérselas para hacer todo eso en su propia casa. Si la duquesa quiere saltar a pídola, no debe ponerse de golpe a dar saltos de rana en la sala de baile del Hotel Babilon, cuando el local se encuentra repleto de docenas de parejas que bailan la última danza de moda. Así que lo mejor que puede hacer la buena de la duquesa es reservar sus habilidades para brindárselas a sus amistades más íntimas en el precioso salón de su castillo. Si el deán quiere hacer el pino, seguro que podrá hacerlo con más comodidad en su propia residencia que interrumpiendo los actos sociales programados para recaudar fondos con fines benéficos.

Si tales comportamientos existieron y se respetaron siempre en el ámbito comercial e, incluso, en el social, no será menester decir que lo mismo sucede y, así tiene que ser, en el ámbito de lo político y de lo legal. Por ejemplo, las penas que impone el Estado no son más que vagas generalizaciones; y tan sólo los castigos domésticos pueden adaptarse a casos individuales, porque sólo en el marco hogareño puede conocer el juez las características propias de la persona reprendida o castigada. Si el pequeño Tommy coge un dedal de plata del cestillo de costura, su madre podrá actuar de acuerdo con lo que ella conoce del comportamiento del chiquillo, es decir, si éste cogió el objeto por pura broma o lo hizo para venderlo o para causarle problemas a alguien. Pero si el mismo Tommy coge ese dedal de plata en una tienda, la ley no solamente puede sino que debe castigarlo de acuerdo con lo que se haya establecido para los hurtos cometidos por rateros en joyerías. Tan sólo en el ámbito de la disciplina doméstica podemos encontrar una atmósfera de simpatía o de cierto humor. No quiero decir con esto que las familias siempre obren así; lo que pretendo decir es que el Estado nunca debiera ocupar el papel de aquéllas. De modo que aun cuando consideremos a los padres como auténticos gobernantes y a los hijos como meros súbditos, la relativa libertad existente en la familia puede, y así suele hacerlo, actuar en beneficio de dichos «súbditos». Porque mientras los hijos sean pequeños siempre tendrán que obedecer a alguien. La pregunta que surge aquí es si los sentimientos afectivos de esos «gobernantes», que nadie más que ellos pueden sentir, se encuentran adecuadamente distribuidos. A mí me parece que existe una distribución normal de estos sentimientos, lo que otorga una mayor libertad a gran parte de las personas.

Cuando me quejo del éxodo que se experimenta en las familias es porque lo considero poco inteligente. La gente no sabe lo que está haciendo; y no lo

saben porque ignoran lo que están deshaciendo. Hay toda una multitud de manifestaciones modernas que van desde la más grande hasta la más pequeña, desde el divorcio hasta el *party* doméstico. Pero todas ellas constituyen un escapismo o una evasión; y más especialmente una evasión del punto que tocamos. La gente debiera decidir de forma profunda si desea el tradicional orden social o no; o, si bien, existe otra posible y aceptable alternativa. Porque tal como están las cosas, se está tratando este problema público como algo meramente privado. Incluso al comportarse de forma antidoméstica están haciendo una auténtica prueba de su domesticidad. Cada familia considera tan sólo su propio caso y, de este modo, los resultados son pobres y negativos. Cada caso es una excepción a una regla que, en realidad, no existe. La familia, especialmente en los países modernos, necesita una considerable corrección y reconstrucción, como sucede con la mayoría de las cosas en un estado moderno. El estamento familiar, la casa familiar, debiera preservarse o rehacerse. No debería permitirse que se fuera cayendo a pedazos porque nadie tiene el debido sentido histórico de eso que se está desmoronando. Por ejemplo, los arquitectos dedicados a la restauración deberían construir las casas con amplias puertas que se pudieran abrir fácilmente, a fin de poder practicar la antigua virtud de la hospitalidad. Dicho de otro modo: la propiedad privada debería establecerse de forma que las casas pudieran disponer de suficiente espacio para realizar reuniones festivas entre los vecinos; porque la hospitalidad de una casa particular siempre será distinta de la que pueda ofrecer un hotel. Sería perfecto que los jóvenes Brown y los jóvenes Robinson pudieran reunirse, bailar y hacer el ridículo como mejor les plazca. Pero siempre habrá cierta diferencia en la forma que los Brown tienen de divertir a los Robinson, de la que éstos tienen de divertir y distraer a los Brown. Y esa diferencia siempre beneficiará la variedad, la personalidad y las potencialidades mentales del ser humano; dicho con otras palabras: será beneficioso para la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

V
Lógica y tenis

Por lo general, cuando decimos que dudamos del progreso intelectual producido por el protestantismo, el racionalismo y el mundo moderno suele surgir un debate muy confuso que es una especie de enredo terminológico. Pero, hablando en términos generales, la diferencia que hay entre nosotros y nuestros críticos es la siguiente: ellos entienden por crecimiento un aumento del enredo, mientras que nosotros entendemos por pensamiento el desenredar el enredo. Incluso preferimos un poco de cable limpio y desenredado que todo un bosque de enredos. De nada nos vale que se hable mucho de un tema, que se le den muchas vueltas, que haya mucha gente que lo toque, o que existan muchos libros y eruditos que lo mencionen, si todos ellos emplean mal los términos, comprenden mal el tema a tocar y citan a los especialistas al tuntún y sin demasiado criterio; al final llegarán a un resultado erróneo. Un aldeano que se limita a decir: «Tengo cinco cerdos; si mato uno, me quedarán cuatro», está razonando de un modo muy sencillo y elemental, pero lo hace de una forma tan clara y correcta como lo podrían hacer Aristóteles o Euclides. Pero supongamos que le da por llamar a uno de los cerdos Tierra, al otro Capital y a un tercero Exportaciones, y que finalmente llega a la conclusión de que cuantos más cerdos mate más le quedan; o que si ensucia un sembrado hará disminuir el número mundial de cerdos. No habrá hecho más que aprender una terminología económica que tan sólo le servirá para verse enredado en la falacia económica. Una falacia en la que jamás habría caído si se hubiera limitado al divino dogma de que un cerdo es un cerdo. Por nuestra parte, no queremos aceptar semejante formación intelectual; y en una situación así preferimos al campesino ignorante que al pretencioso instructor. Pero no lo hacemos porque pensemos que la ignorancia es mejor que la instrucción, o que la barbarie sea mejor que la cultura. Lo hacemos simplemente porque pensamos que un corto tramo de una cadena que sea lógica es siempre mejor que una interminable extensión de interminables enredos. Sencillamente, preferimos al hombre que es capaz

de hacer bien una rudimentaria suma que aquel que hace mal una complicada división.

Ahora bien, lo que observamos en toda la actual cultura periodística y en los debates en general es que la gente no sabe cómo ha de hacer para empezar a pensar. Y no es sólo que sus ideas sean de tercera o cuarta mano, sino que su forma de pensar empieza siempre demasiado tarde. La gente ignora de dónde proceden sus propias ideas, ni sabe tampoco lo que ellas implican. Llegan siempre al final de una controversia y nada saben de dónde y cómo empezó. Constantemente están asumiendo ciertos principios absolutos que, si estuvieran bien definidos, les chocarían profundamente y los considerarían, no principios absolutos sino absolutos absurdos. Pensar de ese modo es estar metido en un enredo. Y todo eso se ve respaldado siempre por algo que se considera entendido cuando, en realidad, ha sido mal entendido.

Veamos un ejemplo. Leo un artículo del admirable señor Tilden[12], el gran jugador de tenis, que habla sobre lo que marcha mal en el tenis británico. «Nada puede salvar al tenis británico», decía, a menos que se pongan en práctica ciertas reformas capitales que procedía a explicar. Al parecer, los ingleses tienen una forma un tanto curiosa y poco natural de ver el tenis como un juego, o como algo que sirve exclusivamente para disfrutar. Admitía que esta postura es parte del espíritu amateur (como muy bien apuntaba) que impregna todas las cosas que también forman parte del carácter nacional. Pero para el autor del artículo todo eso se encontraba integrado en lo que él denominaba «salvar el tenis inglés». Y quería referirse con ello a lo que para algunos sería un tenis perfecto y para otros no sería más que un tenis profesional. Ahora bien, tomo este juicio como una frase extraída al azar de los periódicos, que expresa la opinión de una persona muy entendida en el tema del que habla. Pero lo que él no comprende es precisamente lo que supone que debiera ser comprendido. Aunque conoce a la perfección el tema no sabe, sin embargo, de lo que está hablando; porque ignora lo que, en realidad, está dando por sentado. No comprende la relación existente entre medios y fines, o entre axiomas y deducciones, de su propia filosofía. Y probablemente nadie se sentirá más sorprendido, y legítimamente indignado que él, si llegáramos a decirle que los principios fundamentales de su filosofía parecen ser los siguientes: 1) Existe en el orden natural un cierto Ser, absoluto y sobrenatural, que se llama «señor Tenis». 2) Todos los seres humanos existen para la mayor gloria de este señor Tenis y deben acercarse a su perfección y cumplir su voluntad. 3) Y para cumplir de modo más satisfactorio semejante deber han de someter sus naturales deseos de disfrutar

de la vida. 4) Están obligados, asimismo, a serle, ante todo, leales; y a amarle de forma todavía más apasionada que a las tradiciones patrióticas y que a la conservación de la cultura y el carácter nacionales, por no mencionar las virtudes del país.

He aquí el credo, o esquema de doctrina, que se expone sin definirlo. El único modo que tenemos de salvar el tenis es impedir que sea un juego; y la única forma de salvar el tenis inglés es impedir que sea inglés. A estos sesudos pensadores no se les ocurre pensar que a muchas personas seguramente les gusta este juego porque es inglés y que disfrutan de él porque está hecho precisamente para eso, para disfrutar. Hay, al parecer, en todo esto una especie de abstracto nivel divino, que está por encima de todo y al que se deben sacrificar placeres y afectos. Cuando los cristianos dicen algo parecido de los sacrificios que deben hacerse por amor a Cristo, la cosa suena muy fuerte. Pero cuando los jugadores de tenis hablan de los sacrificios que exige el juego, todo parece muy natural y oportuno, en esta confusión en que se desenvuelve el pensamiento y la forma de expresarse de nuestros días. Y nadie parece darse cuenta de que se está hablando de una especie de sacrificio humano en honor de una nueva e inefable divinidad.

En los buenos viejos tiempos del racionalismo victoriano era costumbre extendida burlarse de Santo Tomás de Aquino y de los teólogos medievales; y, de modo especial, se repetía una y otra vez la conocida broma de aquel místico que debatía el número de ángeles que podían danzar sobre la punta de una aguja. Aquellos cómodos victorianos, entregados a sus negocios y a sus ganancias, tal vez hubieran sentido el pinchazo de otra aguja, aunque fuera de índole muy distinta. Hubiera venido muy bien a sus almas haber buscado una aguja así, no ya en el pajar de la metafísica medieval, sino en el alfiletero de su propia Biblia. Les hubiera venido mejor meditar no ya sobre cuántos ángeles pueden moverse sobre la punta de una aguja, sino más bien sobre cuántos camellos podrían pasar por el ojo de esa misma aguja. Pero todavía se puede hacer otro comentario sobre esta misma broma que resulta más adecuado para nuestros propósitos. Si la mística medieval debatió alguna vez el tema de cuántos ángeles podían moverse sobre una aguja, no se ocupó en modo alguno de si el objeto de esos ángeles era mantenerse sobre dicha aguja; como si Dios hubiera creado exclusivamente a todos los ángeles y arcángeles, a todos los tronos, virtudes, poderes y principados para que pudieran decorar la indecorosa desnudez de la punta de una aguja. Pero ésta es la manera de pensar de los racionalistas modernos. Los místicos medievales jamás se ocuparon de decir que existiera una aguja sobre la cual pudieran alzarse los

ángeles; sino que, por el contrario, fueron los primeros en afirmar que las agujas se habían hecho simplemente para coser los vestidos de los humanos. Porque precisamente esos místicos medievales, con su estilo complejo y trascendental, estaban mucho más interesados en descubrir las razones reales de las cosas, y en establecer la distinción entre medios y fines. Querían saber cuál era el auténtico sentido de una cosa, y cuál era la dependencia que existía entre una idea y otra. Y hasta hubieran podido indicar, cosa que muchos periodistas parecen haber olvidado, la paradójica posibilidad de que el tenis esté hecho para el hombre, y no el hombre para el tenis.

Los pensadores modernos se muestran particularmente desafortunados cuando dicen que el mundo actual no tiene por qué admitir los viejos métodos silogísticos de los escolásticos. Se han propuesto rechazar y hasta combatir el único instrumento que el mundo moderno necesita profundamente. Habría estado mucho mejor decir que el renacimiento de la arquitectura gótica ha sido un fenómeno sentimental y fútil; que el movimiento prerrafaelista en el arte fue tan sólo un episodio excéntrico; que la utilización tan en boga del término «gremio» para toda posible clase de institución social no es más que una moda artificial y afectada; que el feudalismo de la Joven Inglaterra era muy diferente del de la Vieja Inglaterra. Pero este método de deducciones tan bien definidas, con su definición de postulados y sus respuestas, es algo que necesita urgentemente toda nuestra aduladora sociedad periodística; tanto como puedan necesitar una medicina las personas envenenadas. Me he limitado a poner aquí un ejemplo que me ha llamado la atención, entre los cientos y miles que se producen a cada momento. Y en el caso del tenis que, como cualquier otro deporte, ha de jugarse tanto con la cabeza como con la mano, pienso que sería altamente deseable que fuera debatido, al menos, con tanta inteligencia como la que se necesita para jugarlo.

VI
Obstinada ortodoxia

Me han pedido que explique algo de mí mismo que me resulta muy sorprendente. Se me ha presentado el asunto en forma de un recorte de un halagador artículo americano en el que ya se podía apreciar un cierto vislumbre de sorpresa. Hasta donde logro entender, parece que se considera algo extraordinario que un hombre pueda ser ordinario. Yo soy ordinario en el correcto sentido del término, es decir, del que acepta un orden. Un orden en el que hay un Creador y una Creación; en la lógica gratitud por el hecho de la Creación; en la aceptación de la vida y del amor como dones esencialmente buenos; del matrimonio y de la caballerosidad como leyes que los controlan adecuadamente; y como aceptación del resto de las tradiciones normales de nuestra raza y religión. Se considera también un poco anticuado que yo vea la hierba de color verde, cuando un artista checo, recién descubierto, la ha pintado de color gris; que piense que la luz del día es muy aceptable, a pesar de que trece filósofos lituanos, puestos en fila, la maldigan; y que, en temas más polémicos, prefiera realmente las bodas a los divorcios, y el nacimiento de niños en lugar del control de natalidad. No voy a defender en estas páginas, y una por una, estas opiniones excéntricas que mantengo y comparto con la abrumadora mayoría de la humanidad, tanto pasada como presente. Y solamente voy a permitirme dar a todo ello una respuesta general, por una sencilla razón: porque quiero dejar inequívocamente claro que mi defensa de tales sentimientos no es una cuestión meramente sentimental. Me resultaría fácil hablar con entusiasmo sobre estos temas; pero desafío al lector a que, tras leer estas páginas, encuentre en ellas la menor traza de sentimentalismo. Mantengo estos criterios no porque sean sensibles, sino porque tienen sentido.

Por el contrario, son precisamente los escépticos los que se mueven por sentimentalismo. Más de la mitad de lo «rebelde» y de la cháchara de los que se sienten avanzados y progresistas es simplemente una endeble variedad de esnobismo que adopta la forma de culto a lo joven. Algunas personas de mi generación se complacen en afirmar que ellos pertenecen al partido de los

jóvenes, y defienden cualquier detalle perteneciente a lo más novedoso o anómalo. Si yo no hago una cosa así es por la misma razón por la que no me tiño el pelo ni llevo corsé. Pero aun cuando eso fuera menos despreciable que esto otro, la manifestación actual de que debe hacerse todo por la juventud, de que las nuevas generaciones son las que cuentan, me parece un acto del más puro sentimentalismo. Y también es, dentro de lo razonable, una porción perfectamente natural de sentimiento. A toda la gente sana y normal le gusta ver cómo se divierten los jóvenes; pero si convertimos ese placer en un principio, nos convertiremos en unos sentimentales. Si deseamos que el mayor número de personas disfrute de la mayor felicidad, resultará evidente que ese mayor número, en un determinado momento, se encontrará más probablemente entre los veinticinco y los setenta años que entre los diecisiete y los veinticinco. El sacrificarlo todo por los jóvenes sería como trabajar exclusivamente para los ricos. Serían ellos la clase privilegiada, y el resto estaría formado por los esnobs o por los esclavos. Más aún, los jóvenes siempre dispondrán de una mayor cantidad de diversión incluso en las peores condiciones; por consiguiente, si queremos consolar al mundo, sería mucho más razonable consolar a los viejos. A esto le llamo yo enfrentarse a los hechos; y sigo creyendo en la mayoría de estas tradiciones porque son hechos. Podría ofrecer gran cantidad de ejemplos; entre ellos, la caballerosidad. Ésta no es la caballerosidad romántica sino la visión realista de los sexos. Y resulta tan realista que las razones reales que la apoyan no siempre pueden ponerse por escrito.

Si estos supuestos librepensadores son sentimentales, los que se denominan «libreamadores» lo son también, y de forma abierta y evidente. Siempre podemos acusar a tales personas de sentimentalismo por su debilidad ante el eufemismo. La frase que suelen utilizar para referirse a las relaciones amorosas se ve siempre suavizada y utilizada en los comentarios periodísticos. Hablan, pues, de amor libre cuando quieren significar con tal expresión algo completamente diferente, y que quedaría mejor definido si se le llamase «libre lujuria». Pero como son unos sentimentales prefieren utilizar la palabra «amor». Insisten en hablar de control de natalidad cuando quieren decir menos nacimientos y ningún control. Lograríamos pulverizarlos si pudiéramos ser tan indecentes en nuestro lenguaje como ellos lo son en sus conclusiones. Y del mismo modo que sucede con la moral pasa con la religión. La extendida idea de que la ciencia establece el agnosticismo constituye una forma de mistificación producida por el hecho de hablar latín y griego en lugar de un inglés comprensible y claro. La ciencia es el latín para

el conocimiento. El agnosticismo es el griego para la ignorancia. Y no está en modo alguno claro que la ignorancia sea el objetivo del conocimiento. Es la ignorancia, y no el conocimiento, la que produce la idea generalizada de que el librepensamiento debilita el teísmo. Y es el mundo real, el que podemos mirar con nuestros propios ojos, el que despliega un plan de cosas que encajan las unas en las otras. Solamente una vaga y remota leyenda pretendió explicar su existencia por el proceso automático de ese «encaje». De hecho los evolucionistas modernos, incluso cuando son darwinistas, no pretenden afirmar que su teoría explique la existencia de todas las variedades de especies y todas sus transformaciones. Aquellos que realmente saben están rescatando a Darwin a costa del darwinismo. Y son precisamente los que no saben quienes más dudan o niegan. Resulta típico que a su mito le llamen el «eslabón perdido». En realidad nada saben de sus propios argumentos, excepto que echan por tierra algo. Pero vale la pena preguntarse por qué son tantas las personas que se han dejado atrapar en esta leyenda. No soy yo quien ha cambiado de forma de pensar; ni, por supuesto, han cambiado ellos la suya. Lo que han hecho es tan sólo cambiar su talante.

Lo que llamamos «mundo intelectual» se divide en dos tipos de personas: las que veneran el intelecto y las que sencillamente lo utilizan. Por supuesto, hay excepciones; pero, por lo general, nunca se trata de las mismas personas. Quienes utilizan la inteligencia nunca la sacralizan, porque saben demasiado acerca de ella. Los que, por el contrario, la veneran nunca la utilizan; y usted se dará cuenta de quiénes son esas personas por las cosas que dicen. Por todo esto ha nacido una confusión entre intelecto e intelectualismo; y la máxima expresión de semejante confusión es algo que en muchos países se llama *intelligentsia*, y en Francia, de modo más particular, «los intelectuales». En la práctica estos movimientos consisten en clubes o grupúsculos que se dedican a hablar preferentemente de libros y de películas y, más en especial, de las últimas novedades en ambos campos; y también de música, en la medida en que se trate de música moderna, o de lo que algunos llamarían música poco musicable. El primer dato al que podemos remontarnos al tocar este tema es lo que decía Carlyle del mundo, que muy bien se puede aplicar al mundo intelectual: que está formado básicamente por idiotas. Por si fuera poco existe en tales movimientos una atracción especial por los completos idiotas, semejante a la atracción que pueden sentir los gatos por un lugar calentito. He tenido ocasión de frecuentar tal tipo de sociedades, en la condición de un idiota normal, y casi siempre pude comprobar que había unos cuantos idiotas que eran mucho más necios de lo que uno puede imaginarse de hombre

nacido de mujer; personas de cuyos cerebros difícilmente podía decirse que tuvieran algo de inteligencia. Pero el entorno en que se encontraban les ofrecía una especie de halo que ellos consideraban era la atmósfera inmarcesible en que se mueve el intelecto, por lo que lo adoraban como si se tratase de un dios desconocido. Podría contar infinidad de historias sobre ese mundo. Recuerdo a un hombre ya de edad con una luenga barba que parecía vivir perennemente en uno de tales clubes. Cada cierto tiempo levantaba la mano como pidiendo silencio, y prologaba lo que iba a decir con la frase reverencial: «Un pensamiento». Y seguidamente decía algo que sonaba al mugido de una vaca que, de improviso, hubiese entrado en aquella sala. Recuerdo que en una ocasión un caballero que había soportado en silencio durante mucho tiempo sus salidas de tono (creo que se trataba de mi amigo Edgar Jepson, el novelista) no pudo soportarlo más y le soltó con una especie de grito exasperado: «¡ Hombre de Dios, no le llamará a eso *un pensamiento*!, ¿verdad?». Pero de esa calidad podían ser las ideas de semejantes librepensadores. Naturalmente, en esta situación social puede surgir la excepción a la regla. La inteligencia existe incluso en la *intelligentsia*. Y a veces sucede que una persona de auténtico talento siente debilidad por el halago, aunque proceda de los necios. Tal vez haya preferido decir algo que los estúpidos consideren inteligente, en lugar de algo que solamente los inteligentes se darían cuenta de que es verdad. Oscar Wilde fue una persona de esta clase. Cuando dijo en algún sitio que una mujer inmoral es la clase de mujer de la que jamás se cansa un hombre, empleó una frase tan infundada como perfectamente inútil. Todo el mundo sabe que un hombre puede hastiarse de toda una larga procesión de mujeres inmorales, especialmente si él es también inmoral. Eso era «un pensamiento». En las mentes estrechas siempre existió una vaga conexión entre el ingenio y el cinismo; por eso nunca le aplaudieron tanto por ingenioso como cuando decía algo cínico pero sin el menor ingenio. Sin embargo, cuando dijo: «Un cínico es un hombre que conoce el precio de todas las cosas y el valor de ninguna»**[13]** hizo una afirmación (de un modo perfectamente epigramático) que realmente quería decir algo. Pero eso hubiera significado su destronamiento inmediato si lo hubieran entendido quienes solamente lo habían entronizado por ser cínico.

De todos modos, es en este mundo intelectual, con su abundancia de necios, sus pocos individuos ingeniosos y sus todavía más escasos sabios, en donde sigue perpetuándose un tipo de fermento de revolución y de negación. De ahí procede todo aquello a lo que se llama criticismo destructivo. Aunque, de hecho, el nuevo crítico sea generalmente destruido por el siguiente mucho

antes de que haya tenido alguna oportunidad de destruir cualquier otra cosa. Cuando la gente dice solemnemente que el mundo se rebela por completo contra la religión, contra la propiedad privada, el patriotismo o el matrimonio, quieren decir que *este* mundo se encuentra en una rebelión permanente contra todo. Ahora bien, de hecho este mundo tiene una cierta excusa para mantenerse siempre en semejante estado de excitación. La razón para ello es bastante importante; y le rogaría a cualquiera que realmente quisiera pensar, que quisiera hacerlo de forma verdaderamente libre, que se detuviera por un momento a reconsiderarla. El tema surge del hecho de que estas personas se interesan mucho en el arte, y esto termina convirtiéndose en una gran equivocación, porque intentan transferir el tratamiento que hacen del arte al tratamiento de la moral y la filosofía. Y al obrar así cometen un grave error. Y es por ello, como ya he explicado, por lo que los intelectuales no se comportan de un modo muy intelectual.

El arte existe, como ya dijimos en un principio, para mostrar la gloria de Dios; o para decirlo empleando los términos de la psicología moderna, para despertar y mantener vivo en el ser humano el sentimiento de lo maravilloso. El éxito de cualquier obra de arte se ha logrado cuando al referirnos a un objeto, ya sea un árbol, una nube o un ser humano decimos: «Lo he visto mil veces y, sin embargo, parece como si no lo hubiera visto antes». Pero para lograr tal efecto es natural, incluso necesario, que se produzca cierta variación en el escenario. Los artistas cambian lo que denominan «su ataque»; por eso su cometido, en cierto sentido, es hacer un ataque sorpresivo. Deben arrojar una nueva luz sobre las cosas; y no debemos sorprendernos si algunas veces se trata de un invisible rayo ultravioleta u otro que más bien se asemeja al negro rayo de la locura o de la muerte. Pero cuando el artista lleva ese experimento excéntrico del arte a la vida real, la cosa es completamente diferente. Es como si un escultor despistado se confundiese, y en vez de trabajar con el cincel en el busto que está realizando lo hiciese en la cabeza de su modelo. Así que estos artistas anárquicos también sufren el mismo despiste fenomenal.

Pongamos un caso práctico y sencillo. Son muchos los que habrán oído hablar burlonamente de lo que se llama «arte de la caja de bombones», expresión que se refiere a un arte simplón y sin gracia; un arte que nos recuerda esa clase de cuadritos que pueden poner enfermo a cualquiera. Imaginemos que estamos mirando esa caja de bombones (que, por desgracia, estará vacía) y vemos pintada en su tapa, con los más tenues colores, a una joven damisela de dorados tirabuzones asomada a un balcón con una rosa en

la mano, en una escena toda ella iluminada por un delicado rayo de luna. Se pueden añadir otros toques al cuadro a gusto del artista; por ejemplo, la damisela puede estrujar una carta en la mano con gesto dramático, mostrar de forma más que evidente un anillo de compromiso, o estar despidiéndose lánguidamente de un caballero que se aleja en una góndola; o cualquier otra cosa que en este momento se me pueda ocurrir, y que pueda afligir al que vea el cuadrito. Por supuesto que me solidarizo con los sentimientos de esa persona; pero pienso que se halla totalmente equivocada.

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que el cuadrito de la tapa es un poco tonto, o que su tema es demasiado estereotipado, o que resulta un poco difícil de aguantar, por mucho que nos gusten los bombones que contiene la caja? Pues queremos decir que eso no es un cuadro, sino más bien la copia de un cuadro. En definitiva, que es una reproducción de innumerables cuadros; que no es la reproducción fiel de una rosa, de una joven o de un rayo de luna. Dicho de otro modo: que el artista ha copiado a otro artista, que a su vez ha copiado a otro, remontándonos así hasta el primero de ellos que, con toda seguridad, pertenecía a la escuela romántica.

Pero las rosas no copian a otras rosas, ni los rayos de luna se imitan unos a otros. Y aunque una mujer pueda copiar a otra en su atuendo, se limitará tan sólo a lo exterior y no a su propia existencia; su feminidad no está copiada de otra mujer. Consideradas como realidades, tanto la rosa como la luna o la mujer son sencillamente ellas mismas. Supongamos que la escena es auténtica y que no hay nada imitativo en ella. En tal caso la flor sería incuestionablemente fresca y la damisela indiscutiblemente joven. La rosa es un objeto real que olería con su propio aroma. La joven es una persona particular cuya personalidad es enteramente nueva para el mundo, y cuyas experiencias son asimismo completamente novedosas para ella. Si ha decidido permanecer es esa actitud asomada al balcón sosteniendo ese espécimen vegetal (cosa que no parece muy probable), no tenemos el menor derecho para dudar de que tendrá sus propias razones para hacerlo así. Resumiendo, cuando concebimos la cosa como una realidad, no tenemos razón alguna para calificarla de mera repetición. Pero en la medida en que pensemos que la escena ha sido copiada de forma mecánica y por dinero, como una pieza ornamental monótona y mercenaria, naturalmente sentimos que la flor no es más que una flor artificial y que el rayo de luna no es más que una pamplina. Nos sentimos inclinados a aceptar gustosamente incluso una variación salvaje en el estilo de la decoración. Y a admirar al nuevo artista que quiera pintar la rosa de negro, para que nos olvidemos de que su

natural color es rojo intenso, o el rayo de luna de color verde, para que nos demos cuenta de que así resulta mucho más sutil que si lo pintara de blanco. Pero la luna es la luna, y la rosa es la rosa, y no pretendemos alterar la realidad de las cosas. Ni hay razón alguna para esperar que se alteren las leyes que la rigen. Ni tampoco hay razón alguna, en lo que toca al tema que estamos tratando, para esperar que la mujer altere su actitud, la rosa altere su belleza o surjan complicaciones con el anillo de compromiso de que antes hablábamos. Estas cosas, consideradas como cosas reales, son totalmente inmunes a las variaciones del ataque artístico realizado sobre las cosas ficticias. La luna seguirá actuando sobre las mareas, tanto si la pintamos azul, verde o rosa con pintas escarlata. Y aquel que se imagine que las revoluciones artísticas deben afectar siempre a la moral se comportaría como el que dijera: «Estoy tan cansado de ver rosas de color rosa pintadas en las tapas de las cajas de bombones, que me niego a creer que puedan darse bien en un suelo arcilloso».

En resumen, lo que los críticos de arte pudieran llamar romanticismo es, de hecho, la única forma de realismo; y es también la única forma de racionalismo. Cuanto más emplee el hombre su razón para ver la realidad, tanto más podrá ver que la realidad sigue siendo la misma aunque las representaciones de esa realidad sean muy diferentes. Solamente las representaciones son repeticiones; las sensaciones siempre son sinceras, y el individuo siempre será el individuo. Si una joven real está viviendo un romance igualmente real, está viviendo algo que ya es muy viejo pero que en modo alguno está anquilosado o es obsoleto. Si ella ha arrancado una flor de un rosal real, está sosteniendo en su mano un símbolo muy antiguo, pero la rosa es muy reciente. Y sucederá lo mismo en la medida en que el ser humano *pueda* limpiar su mente, de forma que pueda ver las cosas tal como son y, de ese modo, podrá comprobar lo importantes que son. Exactamente en la misma medida que si su mente se encuentra confundida con las modas o con las formas estéticas del momento, no será capaz de ver nada más que lo que se asemeja a lo que está pintado en la tapa de la bombonera, y no un auténtico cuadro de una galería de arte. Y sucederá lo mismo si piensa en la gente real, porque la encontrará realmente romántica. Y si sólo piensa en cuadros, poesías y estilos de decoración se limitará a juzgarlos; verá tan sólo a la gente como si estuvieran imitando a los cuadros, cuando las personas reales no están imitando a nadie, y son ellas mismas y siempre lo serán. Las rosas seguirán siendo radiantes y misteriosas, por mucho que se llenen de capullitos rosa los cursis empapelados de las habitaciones. El amor seguirá siendo un

sentimiento radiante y misterioso, por más que se vea malinterpretado en los millares de poemitas y cantinelas de las tarjetas de San Valentín o de Navidad. Darse cuenta de este hecho es vivir en un mundo de hechos: pensar continuamente en la frivolidad de las tarjetas de San Valentín o de los papeles pintados es vivir en un mundo de ficción.

La mayor verdad que se puede decir de esta revolución escéptica, y de todo cuanto la rodea, es que ha nacido en un mundo de ficción. Procede de esa llamada *intelligentsia*, que se pasa la vida hablando de novelas y de películas, en lugar de hablar de personas. Insisten en situar «la vida real» en un escenario, y no son capaces de verla en la calle. Les seduce poner realismo en sus novelas cuando cada vez hay menos de ese realismo en sus conversaciones, comparadas con las de la gente normal. Y ese experimento perpetuo, ese cambio constante de puntos de vista, que sería bastante natural en un artista que tratase de lograr ciertos efectos (como es también natural en un fotógrafo que quiera hacer montajes y fundidos con su cámara), resulta totalmente inaplicable cuando se quiere hacer un estudio de las reglas y de las relaciones de la sociedad. Cuando tales personas empezaron a divertirse con la moral y la metafísica sólo lograron producir una serie de mundos locos; en su lugar bien hubieran podido dedicarse a cosas más inocuas como producir cuadros locos. Siempre se ha entendido que los cuadros captan un cierto aspecto de una cosa, desde un cierto ángulo y con una luz determinada; a veces, con una luz que es casi tan fugaz como un relámpago. Pero cuando el artista se vuelve anárquico y empieza a mostrar la comunidad y el universo a la luz de ese relámpago el resultado no es realismo sino sencillamente pesadilla. Debido a que un pintor en particular puede pintar negra la rosa roja, el pesimista deduce que la roja rosa del amor y de la vida era negra, tal como se había pintado. Debido a que un artista, desde un ángulo determinado, capta una impresión momentánea de la luz de la luna en tono verde, el filósofo se coloca de forma solemne unas gafas verdes y declara que constituía una certeza científica que la luna debía estar llena de gusanos porque estaba hecha de queso verde.

En resumen, debe haber habido algún valor en lo de que el arte debe ser para los artistas; si eso quiere decir que los artistas deben limitarse a su ámbito, que es el arte. De hecho, siempre estuvieron mezclándose en ámbitos de la moral y de la religión; y a éstos llevaron la inquietud, el carácter mudable y los trucos experimentales de su propio oficio. Pero una persona que tenga un fuerte sentido de la realidad podrá ver que esto es completamente irreal. Fueren cuales fueren las leyes de la vida, del amor y de

las relaciones humanas, es sumamente improbable que debieran cambiarse a cada moda surgida, ya sea en el campo de la poesía o en la moda de los pantalones. Resultaría demencial que surgiera un nuevo modelo de corazones o de cabezas cada vez que aparece un nuevo modelo de sombreros. Estas cosas son realidades, como lo puedan ser una pleamar o un suelo de barro; y usted no se librará de las pleamares ni de los suelos de barro porque los llame rosas o luces de luna. Por tanto, me atrevo a decir, y en ello confío sin la menor vanidad, que he permanecido afianzado en ciertas relaciones y tradiciones, no porque sea un romántico o un sentimental, sino porque soy realista. Y me doy cuenta de que la moral no debe cambiar con las modas ni con los humores, de la misma forma que el cubismo no significa convertir las casas en meros cubos, ni el vorticismo[14] tragarse los barcos en un remolino de aguas.

No he modificado mis puntos de vista sobre esas cosas porque nunca existió razón alguna que me obligara a hacerlo. Porque nadie —si es una persona que piense un poco—, que se sienta movido por la razón y no por la voluntad de la masa percibirá, por ejemplo, que siempre existen los mismos argumentos para lograr un propósito y, por consiguiente, una cierta personalidad en las cosas. Y sólo si esa persona se convierte en un ser obtuso le resultará fácil admitir vagamente que puede existir un propósito sin que exista una personalidad. Esto es tan cierto como que la vida siempre fue un don de Dios, algo inmensamente valioso e inmensamente valorado; y cualquier pesimista puede comprobarlo si le apuntan a la cabeza con una pistola.

Solamente a un cierto tipo de individuos modernos les disgusta cualquier problema que apunte a su cabeza; y, por supuesto, les desagradaría tanto como una pistola cualquier simple pregunta que se les formulase. Resulta de mero sentido común, y totalmente coherente con la vida real, que el amor romántico es normal en la juventud, y que se va desarrollando de forma natural hasta llegar al matrimonio y a la paternidad, que constituyen el colofón del proceso de la edad. No se ha dicho ninguna tontería sobre esto, ni tampoco nadie que se preocupe por la verdad de las cosas se ha sentido molesto por esta profunda evidencia social, aunque se la haya tildado de perogrullada. Solamente quien no puede ver la verdad, por muy obvia que sea, se convierte en la víctima de las palabras y de las asociaciones verbales. Ése es el caso del necio que habiendo crecido entre rosas de papel no cree que la rosa de verdad pueda tener raíces; ni que esa rosa tenga espinas, hasta que lo comprueba con un doloroso pinchazo.

Lo cierto es que el mundo moderno ha sufrido un desmoronamiento intelectual mucho mayor que su hundimiento moral. Se ha intentado abordar las cuestiones mediante simples asociaciones porque hay una reticencia a resolverlas mediante argumentos. Cuando se habla de modas casi todo cuanto se ha dicho sobre lo que es progresista y lo que es anticuado no merece más que una risita nerviosa. El más moderno de los modernos mira un cuadro en el que un hombre hace el amor a una mujer vestida con miriñaque con la misma burlona mirada que tendría un palurdo ante un extranjero ataviado con un sombrero estrafalario. Contemplan a sus padres como lo haría un paleto que viese a unos extraños llegados de no se sabe dónde. Parecen mentalmente incapaces de ir más allá de pensar que nuestras jóvenes son actuales porque llevan el pelo corto y minifalda, mientras que sus abuelas y bisabuelas llevaban tirabuzones y vestidos acampanados. Parece que con semejante pensamiento satisfacen todos sus posibles sarcasmos; son una raza de simples, un poco parecidos a los salvajes. Pertenecen a esa clase de turistas que se parten de risa porque ven en el extranjero unas costumbres que nada tienen que ver con las de su país. No voy a cambiar mi manera de pensar para complacer a personas de semejante catadura. ¿Debería hacerles caso?

VII
El artículo de siempre

El editor de un periódico vespertino publicaba recientemente lo que anunciaba, e incluso haciendo apología de ello, como un «artículo inusual». Con cierta ansiedad se abstenía de expresar cualquier opinión sobre los terribles y peligrosos puntos de vista que el inusual artículo presentaba. Innecesario es decir que antes de que hubiese leído cinco líneas de este inusual artículo ya sabía que se trataba de una satisfactoria y clara muestra del artículo de siempre. En realidad era incluso una copia cuidadosa y correcta del artículo habitual; una clase de espécimen raro, como si una cosa pudiera ser inusualmente usual. Como es lógico ya había leído ese artículo anteriormente —me daba la impresión que miles y miles de veces— y siempre lo había encontrado idéntico. Pero en cierto modo, nunca antes me había parecido tan idéntico.

Hay cosas de las que el mundo actual se muestra subconscientemente muy cansado. No se sabe muy bien qué cosas son ésas, porque por lo general llevan unos rótulos muy largos que las describen como el nuevo movimiento o el último descubrimiento. Por ejemplo, la gente se encuentra tan cansada del Estado socialista como si hubieran vivido en él durante mil años. Pero hay ciertas cosas en las que el aburrimiento se agudiza. Es algo que ahora está muy cerca de la superficie; y que de repente puede despertar en forma de suicidio, de asesinato o de desgarrar el periódico con los dientes. Eso es lo que pasa con este producto familiar, el Artículo de Siempre. No es sólo que sea demasiado usual, sino que se ha convertido en algo intolerable, insoportable, inaguantablemente usual. Se encuentra adecuadamente descrito como «El grito de una mujer a las iglesias»[15]. Y ruego que se advierta que, aunque soy persona de costumbres tranquilas y jamás he sido acusado de de ninguna dolencia de tipo femenino como pueda ser la histeria, sin embargo, si tuviera que leer ese artículo otras tres veces, gritaría. Y mi grito llevaría por título: «El grito de un hombre a los periódicos».

Repetiré de forma rápida lo que la dama en cuestión gritaba, aunque el lector ya lo sepa de memoria. El mensaje de Cristo fue perfectamente «sencillo»: que la curación para todo es el Amor. Pero desde el momento en que le mataron (no sé muy bien por qué) por hacer esa afirmación, se le han erigido grandes templos; y unas personas horribles, llamadas sacerdotes, han ofrecido al mundo tan sólo «piedras, amuletos, fórmulas y dogmas». También «se peleaban continuamente entre ellos por cómo había que abrocharse un botón o cómo debería doblarse la rodilla». Todo esto no les facilitó mucho las cosas a los infelices cristianos quienes, aparentemente, deseaban que se les dijera que tenían que cumplir determinados deberes con el prójimo. «¿Cuántas personas, en el momento de su muerte, se sienten confortadas con el pensamiento de los Treinta y Nueve Artículos[16], la Predestinación, la Transustanciación, la doctrina del castigo eterno y la creencia de que Cristo retornará en el Séptimo Día?». Todos los puntos constituyen un curioso listado, pero es el último de ellos el que me resulta especialmente misterioso. Porque lo único que puedo decir al respecto es que si Cristo fue el que nos ofreció ese mensaje original y verdaderamente reconfortante de amor, no entiendo muy bien a qué se debe su regreso del Séptimo Día. También me parece oportuno establecer algunas distinciones referentes al resto de esa lista tan singular. Puedo decir que en mi caso jamás logré un consuelo profundo y cordial con los Treinta y Nueve Artículos, ni tampoco sé de nadie que lo haya logrado. Con respecto a la idea de la predestinación existen generalmente, dos opiniones: la de los calvinistas y la de los católicos, y me resultaría muy poco tranquilizador aceptar la primera en lugar de la segunda. La diferencia que existe entre ambas teorías es creer que Dios sabe, de hecho, que yo escogeré el camino del mal; y la otra creer que Dios me ha entregado al mal sin que yo tenga ninguna otra opción para escoger. En lo tocante a la Transustanciación, resulta menos fácil poder hablar de ello; pero me agradaría indicar que, en la práctica, existe una considerable diferencia entre el Jehová que se extiende poderosamente por todo el universo y el Jesucristo que entra sencillamente en casa.

Pero toco estos ejemplos de forma fugaz y a regañadientes porque ilustran un tema mucho más amplio en esta interminable forma de pensar. Consiste ésta en hablar como si el problema moral del hombre fuera una cosa muy simple, lo cual, como todo el mundo sabe, no es verdad; y después se pasa a despreciar cualquier intento de resolver ese problema utilizando términos muy largos y muy técnicos, y a hablar de ceremonias sin sentido sin preocuparse por indagar cuál es el verdadero significado de esas ceremonias. En otras

palabras, sería exactamente igual a quien dijera de la medicina: «Todo lo que yo pido es tener salud». ¿Hay acaso mejor bien que la salud? ¿Por qué no hemos de desear disfrutar para siempre de la alegría de la juventud y del gozo de sentirnos bien? ¿Por qué se han de estudiar ciencias tan áridas y difíciles como la anatomía y la fisiología? ¿Por qué indagar en los entresijos de los órganos más complejos del cuerpo humano? ¿Por qué hay que hacer distinciones pedantes entre lo que se etiqueta como veneno y lo que se considera antídoto, cuando es tan sencillo disfrutar de la salud? ¿Por qué preocuparse con precisión milimétrica del número de gotas necesarias de un medicamento o de la dosis exacta de otro, cuando la salud es una cosa tan bella? ¡Fuera con todos esos instrumentos, fonendos y termómetros, con el número de pulsaciones, el examen de la lengua, de las pupilas y todo lo demás! El dios Asclepio sólo vino a la Tierra para informarnos de que la vida es preferible a la muerte; y semejante pensamiento deberá consolar a los moribundos desatendidos por los médicos».

Dicho con otras palabras: el Artículo de Siempre, que ahora mismo es infinitamente viejo, siempre se limitó a decir tonterías, incluso cuando era nuevo. Puede que haya, y que haya existido siempre, un tipo de teología mezquina y árida, o que carecía del menor consuelo para los humanos. Pero afirmar que cualquier ciencia puede resolver todo tipo de problemas sin necesidad de desarrollar un lenguaje científico y un sistema necesariamente metódico y frecuentemente minucioso, sólo demostraría que quien así lo afirme es un necio que jamás supo resolver un problema. Dejando a un lado las teorías de la Iglesia diré que si Cristo se hubiera quedado un tiempo indefinido en la tierra, tratando de hacer que los hombres se amasen los unos a los otros, le habría sido necesario emplear ciertas pruebas, utilizar cierto tipo de método para establecer y diferenciar claramente el amor verdadero del amor falso; emplearía algún método para establecer distinciones entre aquellas tendencias que pueden arruinar el amor y aquellas otras que lo renuevan y fortalecen. No es posible tener éxito en algo, incluso en el amor, sin que exista un proceso mental. Todo esto resulta tan evidente que parecería innecesario repetirlo; sin embargo, las flagrantes contradicciones que se pueden apreciar en la actualidad le obligan a uno a repetirlo incesantemente. Porque esa pobreza mental nos rodea por todas partes como un desierto inmenso.

A veces, el espíritu de ese Artículo de Siempre hace alusión a la «Nueva Religión», pero siempre de una forma bastante tímida y remota. Sugiere que habrá unas creencias mejores y más amplias, aunque raras veces mencione las

creencias sino solamente lo de la extensión. Nunca hay en él, ni por asomo, algo que recuerde ligeramente al auténtico innovador. Porque el auténtico innovador debe ser, en cierto sentido, un legislador. Podemos adoptar una postura hostil diciendo que el revolucionario siempre termina convirtiéndose en un tirano. O bien podemos hacerlo de una forma amistosa afirmando que el reformador debe regresar a la idea de la forma. Pero, en realidad, cualquiera que desee fundar una nueva religión, aunque sea una religión falsa, tiene que poseer una cierta responsabilidad. Ha de hacerse responsable al afirmar que ciertas cosas estarán permitidas y otras prohibidas; que existirá un cierto plan o un determinado sistema que ha de ser defendido de la destrucción. Y todo aquello que de alguna manera quiera parecer una nueva religión ha de mostrar esa cualidad y sufrir esta desventaja. La Ciencia Cristiana está basada teóricamente en la paz y, hasta cierto punto, en el rechazo a la confrontación. Pero, pese a ello, no han sido pequeños los rifirrafes que se han producido en sus congresos, y las relaciones existentes entre los sucesores de la señora Eddy no han sido precisamente muy pacíficas; y no lo digo como una pulla, sino más bien como un homenaje; con lo cual quiero afirmar que la gente que formaba ese movimiento religioso trataba de fundar una auténtica religión. Para la Ciencia Cristiana es un cumplido decir que ellos también tuvieron sus pruebas y sus credos, sus anatemas y sus excomuniones, sus encíclicas y sus inquisiciones. Pero es un cumplido que la Ciencia Cristiana difícilmente podrá utilizar contra los cristianos. El comunismo, incluso en su forma final de materialismo marxista, posee algunas de las cualidades de una fe sincera y novedosa. Al menos tiene una de sus características: que expulsa de su seno a quienes nieguen su credo. Pero tanto los comunistas como los cienciólogos sufren una grave desventaja: que han convertido una fe en un hecho. Existe algo parecido a un gobierno bolchevique que gobierna, aunque gobierne mal. Existe también algo parecido a los sanadores de la Ciencia Cristiana, aunque nos resistamos a admitir que la sanación es auténtica salud. Existe una Iglesia en plena actividad, y por esa razón muestra todos los dogmas y diferencias que se achacan a la iglesia de Cristo. Pero la filosofía manifestada en el Artículo de Siempre evita todas esas desventajas y no entra jamás en el mundo de la realidad. Tiene miedo de que nazca su dios y de que se escriban sus evangelios; sólo se pretende que ésta sea la Nueva Religión que siempre habrá de llegar mañana pero que nunca está presente hoy. Se hincha de orgullo espiritual porque no impone lo que ni siquiera es capaz de inventar. Brilla con una autosatisfacción farisaica porque sus creencias no han sido causa de ningún tipo de crímenes, ni ha habido otros credos que le hayan

impulsado a cometerlos. Es algo parecido al cirujano que nunca tuvo un fracaso en cirugía porque jamás ha llegado a operar; o como el soldado que nunca cayó herido porque jamás llegó a combatir. Cualquiera puede hablar de una religión que no existe y que, por consiguiente, estará a salvo de todos los males de la existencia. Cualquiera puede soñar con un cristianismo plenamente humanístico y armonioso, cuyo Cristo jamás nació ni fue crucificado. Es tan fácil de hacer todo eso, que más de medio centenar de personas, tanto en los periódicos como en los debates públicos, no han hecho otra cosa durante los veinte o treinta últimos años. Pero es un proceso fútil, tanto si se trata de un planteamiento espiritual como de un programa político o de una teoría científica. Y sólo lo he mencionado porque lo he venido oyendo centenares de veces, y sigo manteniendo la esperanza de que ésta sea la última.

VIII
Por qué soy católico

Recientemente se dedicó un importante artículo al Libro de la Nueva Oración[17], sin que en él se diga nada que resulte muy novedoso, ya que consiste básicamente en la enésima repetición de que el inglés corriente necesita una religión sin dogma (sea ésta cual fuere), y que los debates sobre temas eclesiásticos son enteramente estériles e innecesarios para ambas partes. Rápidamente, el autor del artículo se corrigió a sí mismo, al darse cuenta de que este comentario sobre «ambas partes» podía incluir cierta ligera concesión o consideración por nuestra parte. Así pues, aclaró que si bien es un error mostrarse dogmático, resulta esencial ser dogmáticamente protestante. También sugería que el inglés corriente (ese tipo de hombre tan pragmático) se encontraba plenamente convencido, a pesar de su antipatía hacia todas las diferencias religiosas, de que es vital para la religión mostrar su diferenciación del catolicismo. También se encuentra convencido (según se nos ha dicho) de que «Gran Bretaña es tan protestante como el océano es salado». Con todos mis respetos hacia el profundo protestantismo del señor Michael Arlen[18], del señor Noel Coward[19], o del último baile negro que se pueda exhibir en Mayfair, nos sentimos tentados de preguntar: ¿si la sal llegase a perder su sabor, con qué podremos salar el océano? Pero desde el momento en que podemos deducir de esta frase que tanto lord Beaverbrook[20] como el señor James Douglas, el señor Hannen Swaffer[21] y todos sus seguidores, constituyen un grupo de severos e inflexibles protestantes (y dado que sabemos que los protestantes son famosos por su estrecho y apasionado estudio de las Escrituras, libres de las intromisiones del Papa o de los clérigos) incluso podemos tomarnos la libertad de interpretar esa frase a la luz de un texto menos familiar.

Es posible que al comparar el protestantismo con la sal del océano se sintieran un tanto obsesionados con el tenue recuerdo de otro pasaje en el que la misma Autoridad habla de una fuente sagrada de aguas vivas, de esa agua que otorga la vida, y que es la que realmente apaga la sed del hombre; una

fuente que se diferencia de todas las demás porque quienes beben de estas últimas seguirán teniendo sed. Cosa que suele suceder a quienes prefieren beber agua salada.

Tal vez esta sea una forma, en cierto modo provocativa, de que yo haga una declaración de mi convicción más profunda; pero, en todo caso, aduciré con todo respeto que la provocación procedió de los protestantes. Cuando el protestantismo afirma tranquilamente que rige a todas las almas, con el mismo espíritu marcial con que Gran Bretaña gobierna todos los mares, se puede replicar a ese argumento que la auténtica quintaesencia de esa sal se puede encontrar en mayor cantidad en el Mar Muerto. Pero todavía se puede replicar de forma más precisa que el protestantismo está afirmando lo que, posiblemente, ninguna religión afirme en estos momentos. Porque está afirmando la lealtad a su fe de millones de agnósticos, ateos, teósofos, seguidores de cultos asiáticos y otros elementos a los que les preocupan muy poco los asuntos religiosos. Pretender que todos ellos son protestantes significa mermar considerablemente el prestigio del protestantismo, lo cual lo convierte en algo simplemente negativo; y la sal no es negativa.

Al tomar estas ideas de forma textual y someterlas a la prueba del problema actual de elección religiosa, nos encontramos desde el primer momento frente al dilema de la religión tradicional de nuestros padres. Tal como se denomina aquí al protestantismo, puede ser una cosa tan pronto negativa como positiva. Si es positivo, no hay duda alguna de que está muerto. En la medida en que constituía un conjunto de creencias espirituales de índole especial, es algo en lo que ya no se cree. Actualmente ya casi nadie sostiene el auténtico credo protestante, y mucho menos los propios protestantes. Hasta tal punto han perdido su fe, que hasta generalmente se han olvidado de lo que era. Si hoy le preguntáramos a cualquiera si se salvará gracias a la teología, o si el hacer el bien al prójimo (a los pobres, por ejemplo) nos conducirá al Reino de los Cielos, sin duda nos contestaría que a Dios le resultan más gratas las buenas obras que la teología.

Presumiblemente se quedaría muy sorprendido al saber que durante los últimos trescientos años el único bagaje del protestantismo fue la fe en la propia fe, mientras que la fe en las buenas obras constituyó el vergonzoso bagaje del innoble papista. El inglés corriente (para referirnos una vez más a nuestro viejo amigo) no albergaría la menor duda sobre la idoneidad de la contienda intelectual entre catolicismo y protestantismo. Si cree de alguna manera en Dios, o incluso si no cree, sin duda se inclinará por un Dios que ha creado a los hombres para que sean felices y cuyo deseo es salvarlos a todos,

a otro Dios que los creó deliberadamente para que pecasen y se condenasen eternamente. Pero ésta fue la disputa; y fueron precisamente los católicos los que defendieron la primera teoría, y los protestantes los que se apuntaron a la segunda. El hombre moderno no solamente no comparte, sino que no logra entender, la antinatural aversión de los puritanos a la relación que todo tipo de arte y de belleza pueda tener con la religión. Y, no obstante, tal fue la auténtica protesta de los protestantes. Y por ello nos encontramos que en plena era victoriana las matronas protestantes se quedaban escandalizadas ante un vestido blanco, y ya no digamos si era de color. En prácticamente todos los cargos importantes de los que la Reforma acusó a Roma, ésta fue absuelta por un jurado universal.

Naturalmente, es cierto que podemos encontrar fallos considerables en la Iglesia católica, fallos que causaron serias revueltas antes de que se produjera la Reforma. Lo que no podemos encontrar es tan sólo uno de esos fallos que fueran reformados por la mencionada Reforma. Por ejemplo, constituía un abominable abuso que la corrupción existente en los monasterios permitiese que el rico noble fuese elegido abad y se quedase con todos los bienes que deberían entregarse caritativamente a los pobres. Pero todo lo que la Reforma hizo fue permitir que ese mismo rico noble se apoderase de las instalaciones conventuales, las convirtiese en su propio palacio o en porquerizas, según el caso, y arrancase de cuajo la vieja leyenda de la fraternidad con los pobres. Los peores fallos que pudo tener el catolicismo fueron incrementados por el protestantismo. Pero los aciertos se mantuvieron a lo largo de esas etapas de corrupción, y hasta lograron sobrevivir a la Reforma. Y siguen sobreviviendo hoy día en todos los países católicos, no solamente en los aspectos externos de su religión, sino también en las lecciones más profundas de un tipo de psicología práctica. Y hasta tal punto se vieron justificadas estas prácticas a lo largo de los siglos, que todas ellas se han visto copiadas incluso por aquellos que las denigraron. El psicoanálisis es un tipo de confesión sin la salvaguarda de lo confesional; el comunismo es el movimiento franciscano sin la moderación que otorga el equilibrio de la Iglesia; y las sectas americanas, tras haber rugido contra la teatralidad de las ceremonias papistas, hacen «refulgir» sus servicios con actuaciones súper teatrales en las que se pueden ver rayos rosáceos que caen desde las alturas sobre la cabeza de sus ministros. Supongo que si dispusiéramos de esa suerte de rayos luminosos no las haríamos descender precisamente sobre la testa de semejantes individuos.

Veamos ahora al protestantismo en su vertiente negativa. En otras palabras, como una lista nueva y totalmente diferente de cargos contra Roma,

y en su exclusiva continuidad porque sigue atacando a Roma. En esencia esto es lo que es; y que es, precisamente, lo que el *Daily Express* quiere decir cuando afirma que nuestro país y nuestros conciudadanos están tan impregnados de protestantismo como el mar lo está de sal. Dicho de otro modo, la leyenda de que Roma siempre encarna el mal sigue siendo un concepto vivo, si bien todas las formas del monstruo se ven modificadas actualmente en la caricatura. Esto es incluso una exageración, cuando se habla de la Inglaterra de hoy; pero hay una verdad en ello. Solamente la verdad, cuando se expresa de forma certera, puede resultar poco atractiva a los auténticos y honestos protestantes. Porque, después de todo, ¿qué clase de tradición es ésta que cuenta una historia diferente cada día o cada década, y se contenta con todas las historias que se puedan decir contra una persona o contra una institución? ¿Qué clase de santa causa es ésa que se hereda de nuestros antepasados, y que sigue manteniendo el odio hacia algo y que tan sólo se apoya en el odio, que se muestra débil y falsa en todo lo demás, incluso en nuestros motivos para odiar? ¿Vamos a crear una nueva serie de historias contra el conjunto de nuestros compañeros cristianos? ¿Es esto el protestantismo? ¿Se le puede comparar acaso con el patriotismo o con la sal de los mares?

De todos modos ésta fue la situación a la que tuve que enfrentarme cuando empecé a pensar en estas cosas siendo el hijo de una antigua familia protestante, y miembro de un hogar protestante. Pero, en realidad, mi familia, que se había vuelto liberal, ya no era protestante. Me eduqué en una especie de universalismo y de unitarianismo, a los pies de aquel hombre admirable que se llamó Stopford Brooke[22]; aquello no era protestantismo, salvo en un sentido muy negativo. E, incluso, en ese sentido él se mostraba flagrantemente contrario al protestantismo. Pongamos un ejemplo: el universalista no creía en el infierno, e insistía en decir que el cielo era un estado feliz de la mente, un «estado de ánimo». Pero tenía el suficiente buen sentido para ver que la mayoría de los humanos no viven ni mueren en un estado de la mente tan feliz como el que les asegura el cielo. Y si ese cielo no es más que un estado de ánimo, no lo es en una forma universal; y son muchas las personas que pasan por la vida en un estado de ánimo endiablado. Si todas esas personas iban a acceder al cielo, tan sólo por medio de la felicidad, estaba claro que había tenido que sucederles algo antes. Por lo cual el universalista creía en una evolución tras la muerte, algo que constituía inmediatamente un castigo e iluminación espiritual. Dicho de otro modo, creía en el purgatorio, aunque no creía en el infierno. Cierto o no, contradecía

de modo evidente al protestante, que creía en el infierno aunque no en el purgatorio. El protestantismo, a lo largo de toda su historia, ha mantenido una guerra incesante sobre esta idea del purgatorio o de la evolución tras la muerte. He podido ver en la opinión mantenida por los católicos verdades más profundas en tres conceptos; verdades concernientes a la voluntad, la creación y el amor de Dios por la libertad. Pero incluso en un principio, cuando aún no pensaba en el catolicismo, no podía entender por qué tenía problemas con el protestantismo; cosa de la que siempre se dijo que era justo lo contrario de lo que se esperaba que dijera un liberal.

En pocas palabras, descubrí que no existía ningún motivo para apegarse al credo protestante. Era pues, lisa y llanamente, la cuestión de si debería aferrarme a la disputa protestante. Y para mi mayor sorpresa descubrí que un gran número de mis camaradas liberales querían seguir manteniendo esa disputa aunque ya no profesasen el credo protestante. Yo no tengo razones para juzgarlos, pero he de confesar que tal conducta me parecía un tanto fea. Descubrir que has estado calumniando a alguien, y que te has negado a discutir con él y a modificar tu criterio para así continuar con la calumnia, me pareció, desde el principio, un comportamiento bastante mezquino. Por tanto me decidí a revisar, cuando menos, la institución calumniada en lo que pudiera tener de bueno y positivo, y a formularme una pregunta que se me antojaba evidente: ¿por qué mostraban los liberales una conducta tan poco liberal en esa cuestión? ¿Cuál era el verdadero significado de esa disputa, tan constante y tan poco consistente? Me llevó mucho tiempo dar respuesta a esas preguntas, y me habría de llevar mucho más recoger información. Pero, de todos modos, semejante preocupación me condujo finalmente a la única respuesta lógica, que se ve confirmada por todos los hechos de la vida; que aquello se odiaba, como no se podía odiar cosa alguna, simplemente porque era, en el auténtico sentido de la frase popular, como ninguna otra cosa que pudiera existir en el mundo.

Apenas hay espacio aquí para indicar esa única cosa, entre otras mil que confirman el mismo hecho y confirman a los demás. Quisiera escoger un tema al azar, desde el cerdo a los fuegos artificiales, y mostrar cómo ilustra la verdad de la única filosofía verdadera; una afirmación tan sencilla y realista como la de que todos los caminos conducen a Roma. De todos ellos solamente he escogido un hecho: que el tema se ha visto perseguido con persistencia por un odio irrazonable que continuamente está modificando sus razones. Ahora bien, se puede decir aproximadamente de todas las herejías ya muertas que no sólo están muertas sino también condenadas; es decir, que

están condenadas o deberían estarlo por el sentido común, incluso al margen de la Iglesia, una vez que han desaparecido las manías que las sustentaron. A nadie se le ocurriría hoy revivir el divino derecho de los reyes que los primeros anglicanos esgrimían contra el Papa. Nadie querría hoy restaurar el calvinismo con que los primeros puritanos se enfrentaron al Rey. Nadie lamenta hoy día que se impidiera a los iconoclastas que destrozaran todas las estatuas de Italia. Nadie se conduele actualmente porque los jansenistas**[23]** no lograran destruir todas las obras de teatro de Francia. Nadie que sepa algo sobre los albigenses**[24]** sentirá que no lograran llevar a cabo sus teorías pesimistas. Nadie que llegue a entender la lógica de los lolardos (unas gentes mucho más simpáticas) querría que hubiesen tenido éxito en su teoría de despojar de derechos políticos y de privilegios a todo aquel que no se encontrase en estado de gracia. «El dominio fundado en la Gracia» constituía su ideal. Pero el considerar adecuado rechazar a un policía irlandés encargado de controlar el tráfico en Picadilly hasta que sepamos si se ha confesado recientemente con el párroco de su iglesia irlandesa, no es una postura que resulte en la actualidad muy conveniente. En un noventa por ciento de los casos la Iglesia defendió el equilibrio social contra herejías que algunas veces tenían mucho de locura. Sin embargo, en cada momento histórico la presión ejercida por el error vigente podía ser muy fuerte. Podemos mencionar el caso del exagerado error de toda una generación como, por ejemplo, la fuerza que tuvo la Escuela de Manchester**[25]** durante la década de los cincuenta, o la moda del socialismo fabiano**[26]** en los años de mi juventud. Un estudio de los verdaderos casos históricos nos muestra, por lo general, que el espíritu del momento suele equivocarse, mientras que el del catolicismo suele marchar relativamente bien. Es una de las cien maneras que tiene la mente de sobrevivir.

Como digo, esto es tan sólo un aspecto; pero fue el primero que me afectó y que nos lleva a otros. Cuando el martillo ha golpeado correctamente la cabeza del clavo cien veces llega un momento en que pensamos que no sucedía solamente por casualidad. Pero todas estas pruebas nada serían sin las comprobaciones humanas y personales, que necesitan una forma de descripción completamente distinta. Baste decir que aquellos que conocen las prácticas y contenidos del catolicismo no sólo encuentran que son las acertadas, sino que lo son cuando todas las demás están equivocadas. Hacer del confesionario el auténtico trono de la sinceridad, cuando el mundo exterior se confabula para atacarlo; defender y practicar la humildad cuando todo el mundo es orgulloso; acusarlo de practicar una caridad sentimental

cuando el mundo entero practica un utilitarismo brutal; acusarlo de un dogmatismo severo cuando el mundo está lleno de sentimentalismo vulgar, como sucede hoy día. Allí en donde confluyen los caminos no hay duda de que se produce una convergencia. Un hombre puede pensar todo tipo de cosas, muchas de ellas sinceras y verdaderas, sobre el modo de entrar en el laberinto de Hampton Court.[27] Pero no piensa que se encuentre en el centro, porque lo sabe.

IX
¿Qué piensan ellos?

Todas las ciencias, incluso la ciencia divina, son un sublime relato de detectives. No están hechas para descubrir por qué muere el ser humano; pero sí para encontrar el complejo secreto de por qué está vivo. La Iglesia católica constituye, en el mejor de los sentidos, un misterio incluso para sus fieles; por lo que sería necio que se lamentaran de que represente un enigma para los no creyentes. Pero desde un punto de vista más práctico bien podemos formularnos unas cuantas preguntas: ¿Qué creen ellos que es? ¿Qué piensan de lo que podamos creer nosotros que es? ¿De qué creen que se pueda tratar, o qué suponen? Cuanto más pienso en ello más oscuro se me hace. Por ejemplo, se me vuelve negro a medianoche cuando pienso en una frase que leí recientemente en *Truth*, un periódico muy inteligente y con frecuencia muy valioso. Afirmaba en sus páginas que Roma tolera, en su relación con los uniatos rusos[28] «extrañas herejías, e incluso curas casados y barbados».

En esa extraña frase, ¿qué monstruo informe empieza a adquirir forma ante sus ojos? De esas ocho palabras tan sólo se puede decir que cada una de ellas resulta profundamente inconsecuente. Su autor va tropezando en cada palabra, como alguien que fuera rodando por una escalera de escalón en escalón. El término «extrañas», ya es de por sí suficientemente extraño. La palabra «herejías» resulta todavía más extraña. Tal vez a primera vista el término «barbados», con sus alegres reminiscencias del juego del castor, pueda resultarnos bastante gracioso. «Casados», también tiene cierta gracia. Incluso la «y» entre casados y barbados puede parecer simpática. Pero, con mucho, lo más gracioso y fantástico de todo es la palabra «incluso».

No a todo el mundo le resulta posible llenar una página con términos cómicos y partículas absurdas. Solamente una absoluta falta de razón de todo el conjunto lograría que al unir unos y otros conceptos llegáramos a partirnos de risa. Difícilmente podríamos decir de esta versión de la Iglesia católica que es una versión falsa, o que difiere de la verdadera, o que incluso es diferente de nuestra propia versión. ¿Cuál es la versión; y cómo puede ser incluso su

versión? Se nos diría que hay en el mundo una poderosa superstición que se encuentra intoxicada con la idea impía de que la Iglesia tiene el monopolio de la verdad divina y que, por tanto, aplasta y extermina cruelmente a todo lo demás, y a todos los demás, por considerar que están equivocados. Quema a los pensadores por pensar, a los descubridores por descubrir, a los filósofos y teólogos que difieren tan sólo por un cabello de su dogma. No se permitirá el menor cambio o la simple sombra de una variación, incluso entre sus amigos y seguidores; barre el mundo entero con una atronadora encíclica de uniformidad y destruirá imperios y naciones por una sola palabra: así de convencida está de la idea de que su palabra es la Palabra de Dios. Y cuando de este modo está barriendo el mundo, llega a una región remota y bastante bárbara situada en los límites de Rusia; y allí se detiene súbitamente y sonríe de oreja a oreja; y les dice a sus habitantes que pueden profesar sin el menor problema las herejías más extrañas. Unas herejías tan extrañas, que probablemente son tan antiguas como la misma Iglesia de Roma, y que han de poseer forzosamente una entidad herética asimismo muy extraña. La Iglesia conoce bien las herejías que se refieren al sacrificio humano, al culto de los demonios, o a la práctica de perversiones. Por consiguiente bien podemos suponer que dice benévolamente a esos afortunados eslavos: «No hay el menor inconveniente en que adoréis a Belcebú o a Bafomet**[29]**, que recéis el Padrenuestro al revés; que sigáis bebiendo la sangre de los niños, incluso», y aquí la voz se les quiebra un momento, pero pronto recupera su tono en un esfuerzo de resolución generosa, «incluso, si queréis, podéis dejaros crecer la barba». En ese momento, supongo que tendremos que evocar las visiones más terribles de esos herejes, escondiéndose en lugares secretos, en cuevas embrujadas o en prados inaccesibles de magia negra, en donde les pueda crecer a gusto esa barba blasfema. Nadie se explica por qué se les ha de tratar con tanto mimo a esos europeos del este, o por qué un determinado número de pelos que crecen en las mejillas haya de verse con tanto desagrado. Probablemente se trate de un problema sobre el que no se puede hacer la más mínima pregunta a esa tiranía espiritual tan intolerante.

¿Se dará cuenta el lector de la desesperación que se abate sobre el desventurado periodista católico en tales momentos; o con qué resolución salvaje solicitará con una plegaria la intercesión de San Francisco de Sales?**[30]** ¿Qué va a decir este hombre?, o ¿por dónde habrá de empezar aquella conflictiva frase? ¿Cómo podrá explicársele que un sacerdote casado es tan sólo materia de disciplina y no de doctrina; que, por consiguiente, se le puede permitir tal estado en su medio local sin por ello caer en herejía? ¿Cómo

podrá hacérsele comprender semejante cosa cuando él considera que una barba es tan importante como una esposa y, por supuesto, mucho más importante que una religión falsa? ¿Qué sentido tendrá explicarle las peculiares circunstancias históricas que han llevado a preservar algunos hábitos locales en Kiev o en Varsovia, cuando el mencionado individuo puede sufrir un shock mortal en cualquier momento si ve a un franciscano con barba paseándose por Winbledon o por Walham Green? ¿Qué se puede esperar de la mentalidad de un individuo que puede pensar de nosotros de forma tan absurda como para suponer que podríamos horrorizarnos ante la herejía, y después mostrarnos débiles ante ella, y más tarde sentir un enorme horror por un poco de barba? ¿A qué le atribuye toda la necedad e inconsecuencia que asocia con nosotros? ¿Piensa acaso que nos dedicamos a jugar, a soñar, que estamos todos locos? ¿Qué es lo que piensa? Hasta que hayamos logrado saberlo, poco más podremos establecer.

La idea de que él piensa simplemente que la Iglesia es pura contradicción y necedad no resulta muy coherente con la forma en que habla de ella en otros aspectos. Como cuando dice que se ha resistido a tales y tales cambios que, tal vez, él aprueba; o que ha hecho valer su influencia sobre tales y tales principios que a él, tal vez, le desagraden; o que ha prohibido aceptar tal doctrina, o se ha comprometido a defender tal otra.

Pero nunca podré imaginarme lo que él piensa de los principios con los que la Iglesia puede aceptar o rechazar una doctrina. Y cuanto más tratamos de desentrañar el rompecabezas, con mayor fuerza sentimos que hay algo especial y hasta horripilante en todo ello. Es algo parecido a la vieja fábula de los cinco ciegos que trataban de hacerse una idea de cómo era un elefante; una fábula que solía contarse como algo absurdo. Pero que si fuera contada por Maeterlinck o por algún otro autor de su estilo haría estremecer el cuerpo de miedo y misterio. Porque el tema es, a la vez, muy evidente e invisible; muy público e impalpable; muy universal y muy secreto. Dicen mucho del tema y, al mismo tiempo, dicen muy poco. Ven mucho en él y, a la vez, muy poco. Hay como una especie de contradicción enorme, como la que sólo se podría concebir entre dimensiones diferentes, o distintos niveles de pensamiento, en la coexistencia de un hecho tan familiar y, al mismo tiempo, de una verdad tan profundamente desconocida. Además, que yo sepa sólo existe una combinación de palabras que logra expresar una paradoja histórica y humana tan grande. Y tales palabras nos suenan muy familiares y muy insondables: «La luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron»[31].

Parte de la dificultad se debe indudablemente a esa curiosa forma que tiene tanta gente de preocuparse por el tema y, al mismo tiempo, de prejuzgarlo. Resulta sorprendente observar tanta ignorancia y tan poca indiferencia. Les encanta hablar de ello pero odian que les hablen de lo mismo. Se diría que odian especialmente hacer preguntas sobre el tema. Si, por ejemplo, un lector de *Truth*, en pleno Londres, se sintiera intrigado por el hecho de que Roma ha hecho una excepción con los uniatos, y aún más intrigado por esa excepción al celibato de los sacerdotes (omito las oscuras e inescrutables reflexiones que pudo hacerse sobre el tema de la barba), ¿no se le habría podido ocurrir acercarse a un cura católico o a algún seglar asimismo católico, y conseguir en cierta medida un poco de información sobre la importancia relativa de nuestro sistema de celibato o sobre la «herejía» de la barba? ¿No habría obtenido así una cierta visión del orden jerárquico de tales conceptos, lo que sin duda le habría impedido escribir la pasmosa partícula «y», o la palabra todavía más sorprendente «incluso»?

Pero me inclino a sospechar que aunque se produjera semejante omisión, de carácter negativo como bien puede verse, existiría en todo el asunto algo más profundo que una simple negligencia. Me figuro que esta controvertida y curiosa actitud tiene más enjundia de lo que parece; el deseo de hacer preguntas retóricas y no preguntar cosas reales; el deseo de molestar con preguntas y no querer escuchar. Bien puede estar vinculada con aspectos más místicos del tema, sobre los que no voy a especular, dado que constituirían problemas muy sutiles aún para el teólogo más versado; temas que se refieren a la voluntad de creer y al mecanismo de la gracia. Y al hecho de que se necesita algo más que la razón para poder introducirnos incluso en la más razonable de todas las filosofías.

Pero al margen de todos estos misterios, creo que hay otra razón de orden humano e histórico. El asunto que hace que la filosofía católica se vea relegada es el mismo que hace realmente imposible relegarlo. Es precisamente el hecho de que fue algo que se dio por muerto y que ahora, increíblemente, resucita. Al hombre corriente no le importa demasiado conocer el ritual exacto con el que los augures romanos examinaban las entrañas de las bestias u observaban el vuelo de los pájaros, porque está convencido de que el mundo no volverá a practicar aquel tipo de religión. Y el mundo estuvo una vez casi tan seguro de que no volvería esta otra religión romana. Ese hombre corriente no se sentiría muy avergonzado por haberse equivocado a la hora de mezclar los metales según la imaginaria fórmula de un alquimista, descrita en una novela histórica; porque está totalmente

convencido de que los alquimistas sólo volverán como personajes de novela pero nunca como entes reales. Hubo una época en la que dicho hombre se sintió tan a salvo de los abades como podía estarlo de los alquimistas. Pero ese tiempo ya ha pasado; y a ese confiado desdén, como ya he dicho, le ha seguido una curiosidad casi inquietante. Pero los hábitos mentales se superponen; y al instante ya fenecido en el que se descartaban los hechos le acompaña ahora, hombro con hombro, una nueva ansiedad sobre las posibilidades. Y no se mostrarán tan ignorantes sobre el tema si deciden que no estaba muerto. Tampoco se mostrarán irritados si descubren que el tema, en realidad, estaba vivo. Porque la ignorancia se acumula igual que el conocimiento. Y estos nuevos críticos son los herederos de aquel interés acumulado durante cuatrocientos años de una ignorancia convertida en indiferencia.

En este momento ya no se muestran indiferentes, pero siguen siendo ignorantes. Se han visto despertados en plena noche, y lo que ven no podrán negarlo ni tampoco entenderlo. Porque están viendo a alguien que estaba muerto y que ahora camina; y el resplandor de esa muerte viviente echa por tierra a los más viejos detalles de la vida. Y todas las fábulas en las que han creído y todos los hechos que ya han olvidado son absorbidos por igual por ese milagro que no pueden entender ni olvidar.

X
La máscara del agnóstico

Sir Arthur Keith[32], en sus recientes notas sobre el alma, ha puesto al gato fuera del saco, como suele decirse. Lo dejó fuera de aquel saco profesional que transporta el «hombre médico», al que describió como un ser que se siente obligado a afirmar que la vida del alma cesa cuando cesa también la respiración corporal. Tal vez la figura del gato no sea la más afortunada en este caso, pues no hay que olvidar que se trata de un animal muy especial, cuyas siete vidas pueden entenderse como una representación de la inmortalidad, como mínimo en forma de reencarnación. Pero, en cualquier caso, dejó al gato fuera del saco al revelar un secreto que un sabio convertiría en más importante si supiera guardarlo. Es un secreto del que los científicos no hablan como tales científicos sino sencillamente como materialistas. O sea, que no dan sus conclusiones sino que se limitan a ofrecer sus opiniones; y unas opiniones que, hay que decirlo, son muy flojas.

No hace mucho, en su famosa ponencia sobre antropoides en el congreso de Leeds, sir Arthur Keith dijo que hablaba sencillamente como el portavoz de un jurado. Verdad es que, aparentemente, no había consultado con ese jurado; y muy pronto quedó claro que el mencionado jurado discrepaba profundamente de él, cosa que resulta inusual sobre todo después de que el portavoz ha entregado el veredicto. No obstante, con la utilización de esta metáfora quería dejar constancia de su imparcialidad, ya que todo miembro de un jurado está obligado por juramento a atenerse exclusivamente a los hechos y a las evidencias, sin que intervenga en su decisión el favor o el miedo. Cosa que hubiera resultado cien veces más eficaz si se nos hubiera dejado libres para imaginar que las simpatías personales de ese miembro del jurado podían estar en la otra parte; o, cuando menos, que no supiéramos que estaban muy inclinadas hacia una de las partes. Sir Arthur debería haberse mostrado cuidadoso para mantener la impresión de que, hablando estricta y exclusivamente como antropólogo, se veía obligado a aceptar el proceso de selección natural de los antropoides. Debería haber permitido que se pudiese

inferir que como simple persona particular tenía derecho a anhelar todo tipo de visiones seráficas y esperanzas celestiales; podía investigar en las Escrituras o aguardar el Apocalipsis. Dado que se trataba de un asunto personal, podía ser en su vida privada mormón, cuáquero o cualquier otra cosa que le viniese en gana. La cuestión era que los hechos le obligaban a aceptar la conclusión darwiniana. Y un hombre que se ve en tal situación, que se ve obligado a aceptar esas conclusiones, se convierte en un testigo real aunque sea un testigo renuente. En el juicio de Darwin el hombre normal tal vez sintiera que sus simpatías estaban de parte del demandante, pero el hombre miembro del jurado se vería obligado a ponerse del lado del defendido.

Y ahora podemos ver que sir Arthur Keith ha tirado a la basura toda esa imperial imparcialidad. Se ha salido de madre al dogmatizar y establecer una ley sobre el alma; algo que nada tiene que ver con su tema, excepto en la medida que es el tema de todo el mundo. Pero aunque no se relacione con lo que es su tema, ya le ha dicho a todos de qué parte está. Y de ese modo ha transformado al portavoz del jurado en un inequívoco abogado defensor de esa parte, convirtiéndose más en un partidario de la misma que en un abogado objetivo, dado que ha optado por mantener los prejuicios de su vida privada. En adelante es obvio que al decidirse Keith a favor de Darwin es como si también se decidiesen a su favor Bradlaugh[33], Ingersoll[34] o cualquier ateo que se suba a un estrado en Hyde Park. Cuando *ellos* escogen la teoría de la selección natural, todos podemos estar de acuerdo en que es una selección muy natural.

En lo que toca a la propia conclusión, nos resulta casi increíblemente inconclusa. A menos que sir Arthur Keith haya sido muy mal interpretado, parece ser que ha afirmado rotundamente que la existencia espiritual cesa cuando finalizan las funciones físicas, y que ningún médico puede decir nada más. Sin embargo, por grave que sea el daño al que denominamos muerte (daño que con frecuencia resulta ser fatal) esto me hace pensar que se trata de un caso en el que se hace completamente innecesario llamar a un médico. Hay una cierta ironía, incluso en las páginas de mis relatos favoritos de detectives, en el hecho de que todo el mundo corre a buscar un médico tan pronto como saben que una persona ha muerto. En el relato de detectives al menos tal vez haya algo que el médico pueda aprender del cadáver. Pero en la especulación doctrinal no hay nada. Y solamente daría pie a la confusión que se produciría en ese relato detectivesco si el doctor en medicina quisiera ser un doctor en

divinidad. Lo cierto es que todo este asunto del médico no es más que engaño y ocultismo. El médico «ve» que la mente ha dejado de operar con el cuerpo.

Y lo que realmente ve el médico es que ese cuerpo ya no puede estornudar, dar puntapiés, hablar, suspirar o bailar un vals. Y el individuo no necesita ser muy médico para apreciar tal cosa. Pero sobre que el principio energético que en su día permitió que el difunto pudiera estornudar, hablar, dar un puntapié, suspirar o bailar, siga existiendo, o no, en otro plano, ese médico sabe tan poco como cualquier otro individuo. Y cuando algunos de esos médicos gozaron de una mente clara (como el ex cirujano Thomas Henry Huxley) dijeron que no creían que ningún médico u hombre alguno pudiera saber algo sobre el tema. Es ésa una postura inteligente, aunque no parezca que sea la misma de sir Arthur Keith, que ha afirmado públicamente que *niega* que el alma sobreviva al cuerpo; y, por si fuera poco, ha hecho la extraordinaria declaración de que todo médico debía decir lo mismo. Es lo mismo que si dijéramos que un contratista o un topógrafo debe negar la posibilidad de la cuarta dimensión, dado que él ha estudiado el «secreto técnico» de que un edificio se mide por su longitud, anchura y altura. La pregunta obvia es ¿por qué traer a colación a un topógrafo, si todo el mundo sabe que las cosas se miden por sus tres dimensiones? Cualquiera que admita la posibilidad de una cuarta dimensión lo hace a pesar de que sabe muy bien que todas las cosas tienen tres. O sería lo mismo que si alguien le replicara a un metafísico berkleyano, que afirma que toda materia no es más que una ilusión mental: «Le puedo presentar a un peón caminero muy inteligente que tiene que habérselas diariamente con el cemento y el hierro; y ya verá cómo le dice que esas cosas son completamente reales». Naturalmente no necesitamos la presencia de ningún peón caminero para que nos diga que las cosas sólidas son sólidas; porque el filósofo se refería a la no existencia de la realidad bajo otro punto de vista. Pues lo mismo sucede con el médico materialista, que no tiene en el tema más preeminencia que cualquier otro individuo que sea también materialista. Y es precisamente cuando el individuo ha absorbido todo ese evidente materialismo cuando empieza a utilizar su mente. Y, según sostienen algunos, no se detiene en ese trabajo.

Esta irrupción tan poco filosófica en el campo de la filosofía resulta, sin embargo, esclarecedora en cierto sentido. Arroja luz sobre la proclamación del orador de antes en temas sobre los cuales tiene más derecho a hablar. Pero incluso en esas cosas él delata una curiosa simpleza común en este tipo de científicos oficiales. Lo cierto es que esta gente se vuelve cada vez menos científica y más oficial. Despliegan ese fino disfraz que constituye la

vestimenta diaria de los políticos. Nos presentan las triquiñuelas más habilidosas con la transparencia más exigua. Es como si estuviéramos viendo a un niño que intentara escondernos algo. Intentan engañarnos perennemente con palabras complicadas y alusiones muy eruditas, en el convencimiento de que somos unos completos ignorantes. Cuando uno de estos «genios» nos lanza alusiones a Galileo está convencido de que sabemos menos del sabio que él. Todos estos predicadores de una ciencia popular que nos lanzan palabras complicadas piensan que tendremos que ir al diccionario a buscar su significado porque nos serán del todo desconocidas. La utilización que hacen de la ciencia es parecida a la que practican los personajes de ciertas historias de aventuras en los que el hombre blanco aterroriza a los salvajes al predecir un eclipse o hacerles víctimas de una corriente eléctrica. Evidentemente ésas son auténticas demostraciones científicas; y los que las producen tienen, en cierto modo, razón al decir que son científicos. En lo que tal vez se equivoquen es en considerarnos a nosotros unos pobres salvajes.

Pero se nos hace bastante divertido observar la preparación de esa descarga eléctrica que nos van a dar, cuando ya sabemos lo que va a suceder. Todo ello nos parece una broma cuando nosotros, pobres salvajes ignorantes, somos capaces no sólo de predecir el eclipse, sino también de predecir la predicción. Ahora bien, entre los hechos que nos han sido familiares durante mucho tiempo se encuentra el de que los hombres de ciencia preparan y representan sus «efectos especiales» exactamente igual a como lo hacen los políticos. Ninguno de estos dos modernos mistagogos se ha dado cuenta hasta ahora de lo transparentes que se han vuelto sus trucos. Uno de los más familiares y meridianos es el conocido como «contradicción oficial». Es una forma extrañamente simbólica de declarar que algo ha sucedido al negar que ha sucedido. De este modo se publican de forma descaradamente regular reportajes que tratan de enmascarar la situación tras cualquier escándalo político. Y así el honorable y digno caballero espera que no le sea necesario contradecir lo que seguramente el honorable miembro de la cámara no ha pretendido insinuar. Y así el ministro sube al estrado para negar que su Gobierno vaya a efectuar cualquier tipo de cambios en su política. Y del mismo modo sir Arthur Keith sube a otro estrado para negar que haya cambios en la actitud científica respecto a Darwin.

Y cuando oímos eso todos damos un suspiro de satisfacción, porque sabemos exactamente lo que *eso* significa. Significa, más o menos, lo contrario de lo que se afirma. Significa que en el gobierno han surgido problemas dentro del partido o, dicho de otro modo, que empiezan a surgir

disensiones dentro del mundo científico sobre el tema del darwinismo. Lo curioso es que en el último de estos dos casos los científicos oficiales no sólo se muestran muy solemnes a la hora de pronunciar la contradicción oficial, sino que son mucho más simples al suponer que nadie se dará cuenta de que es una postura oficial. En el caso de una ficción semejante en el mundo de la política sucede algo muy peregrino: los políticos no sólo conocen la verdad sino que saben que nosotros también la conocemos. En estos días todo el mundo sabe, por los cotilleos que abundan por doquier, lo que quiso decir el Primer Ministro cuando expresó su total acuerdo con el resto de sus colegas del Gobierno. Naturalmente, el Primer Ministro no espera que nos creamos que él es el jefe sacrosanto de una hermandad de caballeros que le juraron lealtad e, incluso, dar sus vidas por él. Pero sir Arthur Keith sí espera que nos creamos que él es el portavoz de un jurado en el que figuran todos los hombres de ciencia, y que todos ellos están de acuerdo en creer que la teoría de Darwin es «eterna». Esto es lo que yo entiendo por encubrimiento infantil y por truco evidente y tosco. Por eso digo que ellos no saben lo mucho que nosotros sabemos.

El político es menos absurdamente pomposo que el antropólogo, incluso si los ponemos a prueba por lo que ambos llaman progreso, término que, por lo general, viene a ser sinónimo de tiempo. Todos conocemos el oportunismo oficial que siempre defiende el presente Gobierno. Pero esto no es más que una defensa oficial de todos los gobiernos pasados. Si alguien dijera que la política de Palmerston[35] iba a ser eterna, pensaríamos de él que estaba un poco chiflado. Sin embargo, Darwin alcanzó fama en las mismas fechas que Palmerston, y está igualmente pasado de moda. Si el señor Lloyd George se levantara para decir que el gran Partido Liberal no ha retrocedido ni una sola posición desde los tiempos de Cobden y Bright[36], los únicos tribunos del pueblo, concluiríamos con cierta renuencia (si tal cosa fuese posible) que estaba diciendo disparates a personas que ignoraran la historia del partido. Si un reformador social afirmara solemnemente que toda la filosofía social procede estrictamente de los principios de Herbert Spencer, pensaríamos que sólo un individuo absolutamente fosilizado puede decir una cosa así. No obstante, Darwin y Spencer no solamente fueron contemporáneos sino camaradas y aliados. Y la biología darwiniana y la sociología spenceriana se ven como partes del mismo movimiento, un movimiento que nuestros abuelos admiraban como algo muy moderno. Incluso considerándolo *a priori* como materia de probabilidad parece bastante improbable que la ciencia de esa generación fuera más infalible que su ética o su política. Incluso en los

principios que profesa sir Arthur, resultaría muy sorprendente que ahora no hubiera nada más que decir sobre el darwinismo que lo que él ha dicho. Pero no necesitamos remitirnos a esos principios ni a esas probabilidades. Podemos remitirnos a los hechos. Y sucede que sabemos algo sobre los hechos; y no parece que sir Arthur Keith sepa que nosotros sabemos.

En un periódico católico se han publicado ciertas declaraciones sobre el darwinismo; declaraciones que el propio sir Arthur Keith no supo contradecir, y cuyos argumentos se demostraron absolutamente equivocados. Es probable que la historia sea ahora conocida de todos los lectores de aquel periódico, pero también es posible que nunca llegue al conocimiento de la mayoría de los periodistas; y es seguro que tampoco se hablará de ella en la mayoría de otros periódicos. Al referirse a esta controversia, el resto de los periódicos se muestran partidarios; y, por consiguiente, apoyan al líder del partido cuando publica la contradicción oficial. Por supuesto no permiten que el público se entere de la forma categórica en que fue rebatida dicha contradicción.

Cuando el señor Belloc manifestó que estos darwinistas estaban muy atrasados e ignoraban la biología reciente, citaba entre muchas autoridades científicas de la actualidad al biólogo francés Vialleton que negaba la posibilidad de la selección natural en un caso concreto relacionado con reptiles y aves. Sir Arthur Keith, saliendo al rescate del señor H. G. Wells, y ansioso por demostrar que tanto él como el señor Wells no estaban atrasados ni desconocían la biología reciente, trató de contradecir de plano al señor Belloc. Dijo que en el libro de Vialleton no había tal manifestación. Con otras palabras, acusaba al señor Belloc de haber interpretado de forma equivocada el libro de Vialleton. Pero sucedió entonces, para asombro de todo el mundo y especialmente del señor Belloc, que sir Arthur Keith no tenía la menor idea de la existencia del mencionado libro; se estaba refiriendo solamente a una obra muy elemental que el autor había publicado hacía mucho tiempo. Y eso era lo único que había leído de Vialleton. Por lo que se refiere a la obra verdaderamente importante —de la cual, incluso yo, que soy persona que no pertenece en absoluto al mundo científico, había tenido al menos alguna noticia— carecía de la menor información. En resumen, la acusación de que los darwinistas estaban muy atrasados en sus informaciones quedó plena y absolutamente demostrada.

Cuando ha sucedido una cosa como ésa y, sobre todo, cuando nos ha sucedido a nosotros, en las mismas páginas del periódico en el que escribo y a uno de mis propios amigos, ¿cómo puede suponerse que la gente de nuestra posición pueda tomar en serio el discurso de apertura de la British

Association, de Leeds? ¿Cómo podemos contenernos cuando el presidente adopta una actitud como si estuviera señalando las estrellas del cielo y declara que el darwinismo es una teoría científica que durará eternamente? Una cosa así carece de sentido para nosotros y sólo es válida para los periodistas. Del mismo modo que la historia de Wells y de Belloc pasa, por lo general, desapercibida en las noticias.

XI
La primera ave de la historia

La figura de Santa Juana de Arco, estrella y relámpago, extraña como un meteorito cuya solidez no es de este mundo, puede compararse también con un diamante entre guijarros, como la única piedra blanca de la historia. Al igual que un diamante, es transparente pero no es simple, tal como algunos entienden la simpleza, porque muestra muchas facetas y aspectos. Hay uno de esos aspectos en la figura de Santa Juana que nunca he encontrado suficientemente estudiado y que me parece digno de estudio. Se refiere a esa acusación muy extendida contra la Iglesia católica que, según se dice, siempre va a remolque de los tiempos.

Cuando me hice católico me encontraba totalmente preparado para reconocer que en muchas cosas la Iglesia iba a la zaga de la historia. Me sentía muy tolerante con esa idea de ir a la zaga de los tiempos, tras haber tenido muchas oportunidades de estudiar a gentes insoportables que marchaban de acuerdo con su tiempo, o a aquellas otras todavía más desagradables que iban por delante de su tiempo. Yo me sentía preparado para encontrar a un catolicismo bastante conservador y, en ese sentido, lento; cosa que, por supuesto, le ocurre en algunos aspectos. Ya sabía por entonces que estar en la onda significa por lo general estar a la moda. Y sé que las modas tienen la particularidad de ser al principio omnipresentes y hasta opresivas, para hacerse rápidamente obsoletas y quedar olvidadas. Sé también que la publicidad ilumina en un primer momento de forma esplendorosa para desvanecerse enseguida como la luz del relámpago. Había observado cómo la imaginación del público se llenaba con una sucesión de Krugers[37] y káiseres, a los que había que colgar a la semana siguiente y de los cuales nadie se acordaba un mes después. He vivido como nadie la efervescencia de la agitación pública, si exceptuamos a un general Gordon[38], a un capitán Dreyfus[39] o al elefante Jumbo del zoo. Así pues, si logro descubrir a alguien que no tenga en cuenta ese tipo de cambios confieso que me siento bastante cómodo con su indiferencia. Creo que ése debió ser, bajo todos los puntos de

vista, el planteamiento que se hicieron las autoridades eclesiásticas a la hora de pronunciarse sobre el darwinismo o, incluso, sobre la evolución; no quisieron dejarse arrastrar por la excitación general. Hubo muchas personas, incluso entre los simpatizantes, que daban la impresión de pensar que la Iglesia católica debería levantar un altar al eslabón perdido, como hacen los paganos con el Dios Desconocido. Pero la Iglesia católica prefiere esperar hasta que sabe a quién está adorando; y prefieren también aprender un poco más sobre algo que todavía está sin aclararse. Y, por supuesto, no hay duda de que en ciertos temas, sometidos a la fiebre de la moda, la Iglesia se ha mostrado siempre tan lenta como segura. Pero ésa es otra cara de la verdad que ha sido, por lo general, omitida. A lo que parece, tanto unos como otros se mostraban sorprendentemente informados sobre cuanto concernía a Santa Juana.

Si nos retrotraemos al mismo inicio de la historia nos encontraremos con que la Iglesia hizo en realidad algo que sus enemigos ignoran y que incluso sus amigos han olvidado. Sucedió que en el transcurso del tiempo surgieron otras tendencias sociales, otros problemas ocuparon al mundo y las mareas del tiempo y de los cambios relegaron todo el asunto. Y cuando el tema volvió a surgir, el mundo tuvo la impresión de que la Iglesia se había retrasado mucho en tratarlo debidamente. Pero no olvidemos que el resto del mundo jamás se preocupó de hacerlo. Porque el mundo, de hecho, nunca había tenido en cuenta el tema hasta que se despertó, y empezó a criticar a la Iglesia porque ésta no se había despertado antes. Pero durante todos esos siglos intermedios ese mismo mundo crítico había permanecido mucho más dormido que la Iglesia. Ésta, hacía mucho tiempo que ya había hecho algo al respecto, mientras que el resto del mundo nada había hecho. El caso de Juana de Arco es un ejemplo muy curioso.

La canonización de Santa Juana se hizo muy lentamente y llegó muy tarde. Pero su rehabilitación se hizo muy rápidamente y muy pronto. Constituye un ejemplo excepcional de rápida reparación de un crimen judicial o de un error de la justicia. Muchos son los crímenes judiciales que se han cometido en el transcurso de la historia; y muchos han sido también los héroes y los mártires que la historia considera que han sufrido por sus propios valores y virtudes; hasta el punto que han llegado a formar parte de los proverbios populares, especialmente en tiempos modernos, como sucede en el caso del popular poeta americano que dice: «Acertado para siempre en el cadalso, errado para siempre en el trono»[40].

Pero me cuesta trabajo recordar otro ejemplo en el que el trono pagase tan rápidamente su tributo al cadalso. La condena de Santa Juana fue revocada por el Papa en vida de sus contemporáneos, ante la apelación que hicieron los hermanos de la santa; una revocación que se hizo con una prontitud que nadie hubiera podido imaginar. No sé si la República ateniense hizo lo mismo por Sócrates, o los florentinos por Savonarola; pero estoy bastante seguro de que nadie se disculpó ante los cartagineses por las acciones militares de Régulo[41] ni ante los seléucidas por los macabeos.[42] La única forma justa de considerar el tema de los crímenes de la cristiandad sería compararlos con los crímenes del paganismo, y las prácticas comunes que tenían lugar en ese mundo pagano. Y aunque pueda parecer una debilidad de los seres humanos, en toda época y religión, lapidar a los profetas y construirles, más tarde, hermosos sepulcros, muy raras veces sucede que se construyan tales sepulcros de forma tan rápida. Cuando los que construyen esas tumbas son los auténticos herederos de quienes, en su día, arrojaron las piedras, la cosa tarda a veces cientos de años. Para establecer un paralelo con lo sucedido en el lado secular de la Edad Media, tal vez nos quedáramos profundamente sorprendidos al saber que cuando la cabeza de William Wallace[43] fue mandada clavar en una pica por orden de Eduardo I, sus restos mortales fueron enterrados respetuosamente y respetada su figura por Eduardo III. También nos sorprendería mucho que los jueces de la reina Isabel rompieran una lanza para repudiar e invalidar el proceso que llevó a Tomás Moro al cadalso. Normalmente es mucho después, cuando las ambiciones y las rivalidades ya han fenecido, cuando los enfrentamientos y los intereses familiares hace mucho que quedaron olvidados, cuando surge una cierta comprensión y respeto por el enemigo muerto. En el siglo XIX los ingleses escribieron un romance a Wallace y levantaron una estatua a Washington. Durante los siglos XIX y XX brotó en Inglaterra un notable entusiasmo y se escribieron un buen número de excelentes libros sobre Santa Juana. Y albergo la esperanza de que llegue el día en que estas medidas de magnanimidad lleguen a donde más se necesitan, pagando así en cierto modo la deuda contraída. Me gustaría ver amanecer el día en que los ingleses levanten una estatua a Emmet[44] al lado de la de Washington. Y también desearía que en el centenario de la Emancipación se produjera en Londres una algarabía tan festiva para conmemorar la figura de Daniel O'Connell[45] como la que se produjo en honor de Abraham Lincoln.

Pero yo quiero hacer aquí un comentario en un sentido más amplio, porque muy importante es el caso que nos ocupa. Así pues, quiero decir que si

tomamos la historia de Santa Juana como una prueba, lo verdaderamente notable no es tanto la lentitud con la que la Iglesia la enalteció, sino la que mostraron todos los demás. El mundo, en especial la élite más sabia del mundo, se mostró extraordinariamente tardía a la hora de darse cuenta de que había sucedido algo muy notable; y lo hizo mucho más tarde que las rígidas autoridades religiosas del siglo XV. Esa rigidez de la religión del mencionado siglo muy pronto habría de verse rota debido en parte a la acción de fuerzas benéficas, y en parte a otras maléficas. Relativamente poco después de que las cenizas de Santa Juana fueran arrojadas al Sena, y muy poco después de su rehabilitación, tuvo lugar la eclosión del Renacimiento. No muchos años más tarde surgía la Reforma. El Renacimiento produjo una notable variedad de opiniones y puntos de vista sobre cosas muy diversas. La Reforma, a su vez, dio pie a un sinfín de mezquinas interpretaciones que se repartieron entre toda clase de sectas. Pero, al menos, hubo numerosas diferencias y variedad de puntos de vista, muchos de los cuales se han ido relajando actualmente de las restricciones que los caracterizaron en la disciplina medieval. La imaginación y la razón, dejadas a su libre albedrío, pudieron desempeñar un notable papel tanto en el caso de Juana de Arco como en el de John Huss. De hecho, esa razón y esa imaginación no le sirvieron a ella de mucho. El humanismo, el humanitarismo y, en un sentido más amplio, la humanidad no rehabilitaron la figura de Juana hasta quinientos años después de que lo hubiera hecho la Iglesia.

La historia de lo que han dicho grandes hombres sobre esta gran mujer constituye un relato deprimente. El más grande de estos personajes, Shakespeare, ocupa el primero de los puestos por los insultos que le dedica en su *Enrique VI*. Pero la cosa siguió mucho después de Shakespeare; y fue todavía mucho peor al proceder de personas que tenían menos disculpa que Shakespeare. Voltaire, por ejemplo, fue francés y un gran francés. Profesaba admiración por muchos héroes franceses, y deseaba ser un reformador y un amigo de la libertad. En este caso bien hubiera podido agarrarse al funesto error medieval de la justicia para convertirlo en un acontecimiento de índole anticlerical. Sin embargo, en honor de la decencia es mejor que pasemos por alto lo que escribió sobre Santa Juana. Pero sucede lo mismo con todos los demás detractores, incluso con aquellos que tienen puntos de vista mucho menos racionalistas que Voltaire. Byron, con todas sus faltas, tenía sensibilidad para lo heroico, especialmente en lo que se refería a aquellos países que luchaban por su libertad. Fue, con mucho, el menos insular de los poetas ingleses, y mostró una mayor comprensión hacia Francia y el

continente en donde todavía es comprendido y admirado. Sin embargo, llamó a Santa Juana de Arco ramera fanática. Éste fue el tono general del mundo de la cultura, de la historia que se enseñaba y se comentaba en esa edad de la razón. El señor Belloc mencionaba que tan grande fue la presión seglar que incluso un católico que quería ser moderado como Lingard[46] se mostraba más o menos escéptico, no sobre la moralidad sino más bien sobre la misión milagrosa de Santa Juana. Es cierto que Schiller le mostró simpatía, si bien se trataba de un acercamiento más bien sentimental y poco informado. Hubo que esperar hasta finales del siglo XIX, y más bien hasta principios del XX, para que la gente de valía mostrara su reconocimiento a una de las mujeres más maravillosas de la historia universal. Uno de los primeros intentos de rehabilitación procedió de Mark Twain. Su conocimiento de la Edad Media era tan provinciano como el mostrado en *Un yanqui en la corte del rey Arturo* pero resulta meritorio que este escritor no demasiado erudito, fruto de la cultura más reciente de una nueva nación, supiese recoger la antorcha de la pira funeraria de Ruán que tantos eruditos escépticos habían desdeñado. Por entonces se publicó el panfleto escrito por Anatole France[47] que, a mi juicio, resulta más insultante que los versos de Voltaire. Y después llegó el gran intento, equivocado en muchos de sus conceptos pero muy sincero y fogoso: el drama *Santa Juana.* En conjunto no se puede decir que tanto humanistas como racionalistas se apresuraran a tocar a fondo el tema. La heroína tuvo que esperar casi cinco siglos hasta la llegada de Bernard Shaw.

Al establecer una comparación nadie podrá decir que la Iglesia salió mal parada en relación con el resto. La verdad es que la apología eclesiástica de la mártir se produjo tan pronto que todo el mundo se olvidó de ella, mucho antes de que los demás empezaran a considerar el tema. Y aunque he tomado aquí el caso de Santa Juana de Arco, creo que se podría decir algo parecido con respecto a otros muchos puntos acaecidos a lo largo de la historia humana.

Es cierto, por ejemplo, en el caso de quienes insultaron a los jesuitas y trataron de colgarlos; y el término «colgar» no siempre fue metafórico. La versión simplificada del asunto es que los jesuitas, en su capacidad dialéctica, padecieron el haber aparecido doscientos años antes de lo debido. Procuraron empezar de forma cautelosa lo que ahora vemos surgir por todas partes de forma caótica, y que aparece en novelas y obras de teatro que hacen mención a situaciones problemáticas. Dicho con otras palabras: los jesuitas reconocían que surgen problemas en la conducta moral; problemas que no se referían a si hay que obedecer la ley moral, sino sobre la adecuada aplicación de esa ley moral en determinados casos. Sin embargo no se les reconoció como pioneros

que habían empezado a formularse las preguntas que, mucho después, se harían Ibsen, Hardy o Shaw. Se les recordará como malignos conspiradores que no siempre creyeron en el divino derecho de los reyes. Su movimiento demasiado vanguardista les valió el ser condenados por aquellas primeras generaciones, sin que las posteriores supieran agradecérselo. Los protestantes han apoyado calurosamente a Pascal en contra de ellos, sin molestarse en descubrir que muchas de las cosas que Pascal denunciaba son principios que defiende el hombre actual. Por ejemplo, Pascal atacaba a los infames jesuitas porque decían que una joven puede casarse, en determinadas circunstancias, en contra de la voluntad de sus padres. En este sentido, como en otros, habrían tenido de su parte a los modernos novelistas; pero actuaron demasiado pronto para poder tener a nadie de su parte. Más aún, ellos querían encajar esas excepciones en la norma moral. Los modernos que lo llevaron a cabo dos siglos después no se preocuparon por establecer ninguna norma moral sino que se limitaron a una mezcolanza de excepciones.

Se me ocurre ahora otro ejemplo. Son muchos los autores que han escrito largos trabajos hablando de la lentitud con que se fue abriendo paso la idea de la justicia que debería practicarse con los aborígenes, los indios y demás razas autóctonas; una justicia que avanzó paso a paso a medida que se afianzaban las modernas ideas humanitarias. En este sentido se considera a Penn[48], el gran cuáquero, como el fundador y padre de la República. Indiscutiblemente, fue una figura vanguardista en este campo, en el campo de los puritanos; pero Las Casas, el «Apóstol de los indios», había llegado a América con Cristóbal Colón. Se me hace difícil encontrar a otra figura anterior a ésta. Pasó toda su vida luchando por los derechos de los indios; pero lo hizo en una época en la que nadie conocía la historia de este santo hombre español. Tanto en éste como en otros muchos ejemplos creo que la auténtica historia de los verdaderos pioneros católicos ha corrido la misma suerte: fueron los primeros y quedaron olvidados.

XII
El protestantismo: un problema novedoso

He estado mirando el librito sobre protestantismo con el que el deán Inge ha incrementado la colección de bolsillo de sir Ernest Benn[49] y, aunque supongo que ya habrá sido convenientemente criticado, no está de más apuntar sobre él algunas notas antes de que sea olvidado por completo. El libro, que lleva por título *Protestantismo,* debiera haberse titulado *Catolicismo.* Lo que el deán haya podido decir sobre algo que tenga que ver con el protestantismo es extraordinariamente disperso, contradictorio y poco convincente. Es tan sólo la parte que se refiere al catolicismo la que resulta clara, consistente y directa. Está avivada y caldeada por la humana motivación del odio; y, en comparación, convierte al resto de la obra en algo tímido y sin aliciente. No voy a considerar el librito como una obra de historia. Hay en él falsificaciones curiosas, si no conscientes, que adoptan la forma de supresiones de hechos. Empieza por interpretar el protestantismo como una simple «introspección y sinceridad» en la religión; algo que ninguno de los reformadores protestantes hubiera aceptado por protestantismo; y algo que, sin embargo, constituye la esencia y el alma de las reformas que se han llevado a cabo en el catolicismo. Se podría decir que este autoexamen es algo que se practica más entre los católicos que entre los protestantes. Pero tanto si los campeones de la sinceridad se autoexaminan como si no, lo que deberían hacer es examinar sus declaraciones. Algunas de las que aquí se hacen podrían ser motivo de nuevas consideraciones. Realmente constituye una supresión sorprendente y una rotunda falsificación decir que Enrique VIII sólo disponía de unos cuantos guardias reales; si así fuera su pueblo tuvo que haber apoyado su política, porque de lo contrario se hubieran rebelado contra él. Y parece bastante cierto que trataron de rebelarse. Y dado que Enrique sólo dispuso de unos cuantos guardias reales trajo del extranjero bandas de mercenarios con los cuales aplastó la revuelta religiosa de su pueblo. Representa un esfuerzo de caridad conceder un voto de total sinceridad al autor del libro, que en realidad puede utilizar ese

argumento silenciando después las secuelas del mismo. O también resulta vergonzoso alterar los hechos para decir que las víctimas católicas de los Tudor y de otras tiranías fueron ejecutadas por traidores y no como mártires de su religión. Todo perseguidor alega siempre motivos de necesidades sociales y seglares. Así obraron Caifás y Anás, así lo hicieron Nerón y Diocleciano. Desde el primer momento los cristianos fueron eliminados como enemigos del Imperio; posteriormente los herejes fueron entregados al brazo secular con justificaciones parecidas. Pero cuando el caso es que se ahorca a una persona, se la tortura y descuartiza simplemente por haber dicho misa o, en algunos casos, por haber ayudado a alguien que la ha dicho, es una malvada necedad decir que no ha sido perseguida esa religión. Por citar tan sólo una de las menos importantes falsificaciones de esta clase diremos que si bien es cierto que Milton fue en muchas cosas más un humanista que un puritano, es completamente falso sugerir que su familia fuera una típica familia puritana, por su afición a la música y a las letras. El hecho cierto es que la familia de Milton fue católica. Y fue precisamente John el que se apartó de esa fe, si bien siguió manteniendo su afición por la cultura. Se podrían mencionar innúmeros casos más de notorias falsificaciones, pero estoy mucho más interesado en dar una visión general de una obra que se muestra tan desacertada sobre el protestantismo y que sólo pretende atacar al catolicismo.

Veamos el intento de definición que nos hace el deán. «¿Cuál es la principal función del protestantismo? Pues es esencialmente un intento de controlar la tendencia hacia la corrupción y la degradación que atacan a toda religión constituida». Hasta aquí, perfecto. En este caso San Carlos Borromeo[50], por ejemplo, pudo ser un destacado protestante. Santo Domingo y San Francisco, que trataron de depurar los abusos cometidos en muchos de los monasterios de su época, fueron igualmente destacados protestantes. Los jesuitas, que eliminaron las leyendas que circulaban sobre los santos al leer la obra de Bolland[51], fueron también unos conspicuos protestantes. Pero la mayoría de los líderes protestantes actuales no son precisamente los mejores. Si es cierto que la degradación socava a *toda* religión instituida, también habrá socavado la religión protestante. Es posible que los protestantes traten de depurar su protestantismo, pero lo mismo hacen los católicos con el catolicismo. De hecho, esta definición es completamente inútil como *distinción* entre protestantismo y catolicismo, pues no se trata de la descripción de una fe o de un sistema ideológico sino simplemente de una declaración de buenas intenciones que todos los miembros de todas las

iglesias debieran cumplir y que tan sólo unos pocos en algunas de ellas practican, especialmente en la nuestra. Pero el deán no solamente demuestra que las instituciones protestantes modernas están corrompidas, sino que dice también que sus fundadores debieran ser repudiados. Sostiene con evidente claridad que no debemos seguir a Lutero ni a Calvino.

Muy bien, continuemos y veamos, pues, a quién hemos de seguir. Haré referencia a un típico pasaje que aparece al final del libro. En un primer momento el deán apunta: «La Iglesia de Roma ha declarado que no habrá reconciliación entre Roma y el moderno liberalismo o progresismo». A uno le gustaría ver la encíclica o el decreto en el cual se haya hecho semejante declaración. El liberalismo puede significar muchas cosas; desde el concepto tan especial que Newman denunció (y definió) hasta el sistema de voto de sir John Simon.[52] Por lo general el progreso significa algo que el Papa, hasta donde yo sé, nunca creyó necesario negar, pero que el deán ha negado de forma furiosa y repetida. Y entonces él continúa: «El protestantismo se encuentra totalmente libre de preferencias intransigentes por la Edad de las Tinieblas». Lo de la «Edad de las Tinieblas» es, evidentemente, una solemne estupidez a la que no merece la pena prestar atención. Pero quizás debamos apuntar, no sin interés y regocijo, que unas veinticinco líneas antes, el mismo deán ha descrito el protestantismo popular de América como un oscurantismo bárbaro y atrasado. De lo cual uno puede deducir que la Edad de las Tinieblas sigue existiendo y, precisamente, en donde reina el protestantismo. Y teniendo en cuenta que el hombre dice, al menos unas cinco veces, que el tratamiento que hacen los protestantes de las Escrituras es mezquino y supersticioso resulta un poco sorprendente que termine afirmando que el protestantismo, como tal, se encuentra «enteramente libre» de esta clase de oscuridad y tinieblas. Para finalizar, y como culminación a este conjunto de torpes contradicciones, nos encontramos con esta misteriosa conclusión: «Es en esta dirección en la que deben mirar los protestantes para iniciar lo que realmente podría ser una nueva Reforma, una reanudación del trabajo inacabado de sir Thomas Moro, Giordano Bruno y Erasmo».

En resumen, los protestantes pueden proyectar una Reforma apoyándose en la obra de dos católicos y de un oscuro místico, que no era protestante, y de cuyos principios tanto ellos como el resto del mundo apenas saben nada. A uno se le hace difícil saber por dónde ha de empezar a la hora de criticar esta nueva Reforma, dos tercios de la cual fue iniciada aparentemente por figuras de la Vieja Religión. Podríamos sugerir modestamente que si resulta lamentable que la obra de sir Tomás Moro quedó «incompleta», quizás

pudiéramos achacar parte de la culpa a aquellos que le cortaron la cabeza. Me pregunto si será posible que lo que el deán quiera decir realmente es que necesitamos una nueva Reforma que deshaga todo el daño producido por la vieja Reforma. Si así fuera no habría motivo alguno para discutir con él. También nos gustaría disponer de una nueva Reforma, tanto para nosotros como para los protestantes y para todos los demás. Aunque a este respecto es necesario decir que los católicos llevaron a cabo, y en un tiempo increíblemente corto, algo muy parecido a una nueva Reforma, a la que comúnmente se conoce como Contrarreforma.

Tanto San Vicente de Paúl como San Francisco de Sales tienen, como mínimo, tanto derecho a llamarse herederos de la amabilidad y de la caridad de Moro como pueda tenerlo el actual deán de San Pablo. Pero dejando a un lado aquella reforma del siglo XVII, seguramente existe algo magnífico sobre la reforma que propone el deán para el siglo XX, con los santos patronos del siglo XVI que él ha escogido.

Porque, al parecer, ésta es la situación en la que nos encontramos. No seguimos la pauta de Lutero ni de Calvino, sino la de Moro y de Erasmo. Y esto, si les parece bien, es el auténtico protestantismo y la promesa de una segunda Reforma. Vamos a copiar las opiniones y las virtudes de unos hombres que comprendieron que *podían* permanecer bajo la autoridad del Papa, y uno de los cuales incluso encontró la muerte por mantener la supremacía del Papa. Hemos de marginar, pues, todo pensamiento o teoría sostenida por los que dicen que no se encuentran bajo la autoridad del Pontífice; y hemos de unir todas esas opiniones en un pequeño folleto, convenientemente encuadernado, al que llamaremos «Protestantismo». Lo cierto es que el deán Inge ha encontrado un título imposible para una tarea asimismo imposible. Quiere presentarnos el protestantismo como progreso; cuando, en realidad, es un hombre lo suficientemente culto como para no sospechar que eso es (como así es) una caída en la barbarie y una ruptura con cuanto es fundamental en la civilización. Incluso sometiéndolo a la prueba del humanismo, eso hace inhumana la religión; e incluso sometiéndolo a la prueba de lo liberal, sustituye el literalismo por el liberalismo. Hasta si el objetivo hubiera sido un mero modernismo, lleva a sus seguidores a través de un prolongado, pesado y complejo rodeo, una especie de perderse en el bosque, que no llega a descubrir el modernismo hasta que previamente descubre el mormonismo. Incluso si la meta hubiera sido un lógico escepticismo, Voltaire lo hubiera conseguido más rápidamente desde el colegio de los jesuitas que el pobre protestante provinciano educado entre los

jezrelitas. Todo proceso mental, incluso el proceso que nos lleva al error, resulta más claro en el ambiente católico. El protestantismo nada ha hecho por el deán Inge, excepto concederle un decanato que sólo sirvió para limitarle su capacidad mental. Nada ha hecho por desarrollar su verdadero talento, su formación académica, o por la calidad de sus ideas. En la historia no se encuentra nada que defienda las ideas que él defiende, ni que ayude a ningún tipo de libertad en la que él confía.

Pero sí ha hecho algo: ha servido para herir en cierta manera lo que él odia. Ha conseguido hacer un daño, aparente o temporal, a la herencia de San Pedro. Esas ideas lograron establecer una pequeña brecha en el gran muro de Roma. Y debido a eso, el deán puede perdonar cualquier cosa a los protestantes, incluso el protestantismo.

Ésta es la singular pasión de su vida; trabaja duro a lo largo de todas esas páginas de dudas y distinciones sólo para llegar al instante en el que puede liberar a su espíritu con el rumor de un absurdo monomaníaco: «Dejad que el inocente Dreyfus muera en prisión; dejad que se le diga al irlandés que ha cometido un crimen traidor que abandone la política; dejad que siga la lucrativa impostura de Lourdes…». He ahí la forma de hablar. Demasiado agotadora para tener el menor sentido.

XIII
Un pensamiento sencillo

La mayoría de los humanos volverían a los viejos cauces de la fe y de la moral si lograran ampliar sus mentes lo suficiente como para poder hacerlo. Es su pobreza mental la que básicamente les mantiene en el camino de la negación. Pero semejante ampliación es fácilmente mal comprendida, porque la mente debe ampliarse para ver las cosas sencillas; o, incluso, para ver las cosas que son medio evidentes. Se necesita una cierta elasticidad de imaginación para ver las cosas obvias sobre un fondo asimismo obvio; y, de forma especial, las grandes cosas sobre un fondo igualmente grande. Siempre existe la clase de individuo que no logra ver otra cosa que no sea la manchita en la moqueta, de modo que incluso no logra ver la moqueta. Y eso llega a producir una irritación que puede magnificarse hasta el punto de convertirse en rebelión. Después está el individuo que solamente ve la moqueta, quizás porque se trata de una moqueta nueva. Este tipo de individuo es más humano, pero puede estar teñido de vanidad, y hasta de vulgaridad. Está también el individuo que sólo puede ver la habitación enmoquetada, y que tiende a aislarse lo más posible de muchas cosas y ambientes que no le son especialmente gratos, como, por ejemplo, el cuarto de los sirvientes. Por último tenemos al individuo de amplia imaginación que ya se encuentre sentado en la habitación enmoquetada, o incluso en la carbonera puede ver continuamente la línea del horizonte que se divisa allá al fondo sobre el cielo azul. Este tipo de persona, que sabe muy bien que el objetivo del tejado es tan sólo el de protegerle del sol, la lluvia o la nieve, y que la puerta de entrada de su casa le sirve principalmente para aislarlo del barro y la humedad, logra conocer mejor el conjunto de las razones que marcan el problema. Así pues, este individuo se dará cuenta mejor que el otro de que no debiera haber caído una mancha sobre la moqueta. Pero también sabrá, a diferencia de aquél, por qué hay allí una moqueta.

Del mismo modo también verá la mota o la mancha caída sobre su tradición o su fe. Y no va a explicar su existencia de forma ingeniosa: en

realidad, no la explicará de ningún modo. Por el contrario, la verá con sencillez, pero no por eso dejará de observarla detenidamente; y siempre contra el telón de fondo de cosas mucho mayores. Hará, por tanto, lo que sus críticos nunca llegarían a hacer: verá la cosa en su obviedad y hará por consiguiente las preguntas obvias. Cuanto más leo las modernas críticas a la religión, especialmente a mi propia religión, más me sorprendo de esta mezquina concentración y de esta incapacidad imaginativa para analizar el problema en su conjunto. Recientemente he estado leyendo un ataque moderado a las prácticas del catolicismo, procedente de Norteamérica, país en el que tales ataques y condenas distan mucho de ser moderadas. Dicha condena toma la forma, para decirlo llanamente, de un tropel de preguntas, a todas las cuales me gustaría contestar. Simplemente quisiera decir que soy plenamente consciente de las grandes cuestiones que no se preguntan, dejando a un lado las cuestiones de menor calado que sí se preguntan.

Y sobre todo siento este sencillo y olvidado hecho: que si ciertos cargos que se hacen a los católicos son verdaderos, también resultan incuestionablemente ciertos con respecto a todos los demás. Nunca se les pasa por la cabeza a los críticos hacer algo tan sencillo como comparar lo que es católico con lo que es no-católico. Lo único que no parece habérseles pasado nunca por la cabeza es que cuando argumentan sobre lo que es la Iglesia, es la simple pregunta de cómo sería el mundo sin ella.

Esto es lo que quiero decir por ser demasiado mezquino para ver esa casa llamada «iglesia» con el telón de fondo llamado «cosmos». Por ejemplo, el escritor del que hablo cae en la millonésima repetición mecánica de las acusaciones asimismo repetitivas. Dice que repetimos las oraciones y otras formas verbales sin reflexionar sobre ellas. Y es indudable que hay muchos simpatizantes que también dirán lo mismo que él, sin pararse un poco a pensar en el tema. Pero antes de que nos pongamos a explicar lo que realmente dice la Iglesia sobre esas cosas, o citar sus innumerables recomendaciones de atención y de vigilancia, o de exponer los motivos de las razonables excepciones que están permitidas por la Iglesia, existe una verdad sencilla y luminosa sobre toda la situación que cualquiera puede ver si lo hace con atención y abriendo bien los ojos. Y es el hecho evidente de que *todas* las formas humanas del discurso tienden a fosilizarse y a caer en el formalismo; y que la Iglesia se mantiene como único caso en la historia, no por hablar una lengua muerta entre lenguas vivas, sino por todo lo contrario: por haber preservado una lengua viva en un mundo de lenguas muertas. Cuando las voces del griego empezaron a formar parte del latín de la misa, ceremonia tan

antigua como el propio cristianismo, pudo sorprender a algunos saber que había muchas personas que decían *Kyrie eleison* sabiendo muy bien lo que significaban esas palabras. En todo caso entendían el significado de lo que decían mejor de lo que quiere decir alguien que empieza una carta con un «estimado señor». Es ésa una fórmula muerta, y en tal sentido ha dejado de tener el menor significado.

Eso es exactamente lo que los protestantes alegan de los ritos y de las formas papistas. Son fórmulas hechas de manera mecánica, ritual, y sin pensar en absoluto en lo que tal fórmula quiere decir. Cuando el señor Jones, empresario, utiliza esa fórmula con el señor Brown, banquero, no pretende decirle que ese señor Brown le sea una persona muy estimada, o que su corazón se llene de amor cristiano cuando le escribe; y lo hace en mucha mayor medida de lo que le sucede a un pobre ignorante papista cuando está asistiendo a misa. Ahora bien, la vida, la vida humana, la vida ordinaria, la vida amable y saludable está llena de todas esas fórmulas un tanto muertas y de protocolos carentes de significado. Y usted no va a librarse de ellas por más que trate de librarse de las fórmulas eclesiásticas. Cuando el citado crítico, u otros mil críticos parecidos a él, alegan que lo único que se nos pide es que asistamos a la misa de una forma mecánica, está diciendo algo que *no* es verdad al referirse a los sentimientos de un auténtico católico cuando asiste a los Sacramentos. Sin embargo está diciendo algo que *sí* es cierto cuando se hace referencia al protocolo de situaciones oficiales en la Corte o en recepciones ministeriales; o, para generalizar, en la mayoría de los actos sociales que tienen lugar en la vida corriente. Esta lamentable repetición de fórmulas sociales constituye de hecho algo que resulta inocuo, una manifestación más o menos patente de la Caída del hombre; en realidad puede ser lo que a los críticos les parezca bien juzgar. Pero quienes han formulado dicha crítica, cientos y cientos de veces, como una acusación especial y concreta contra la Iglesia, son elementos que no parecen ver el mundo que les rodea y en el que viven, y que solamente se concentran en aquellas cosas que quieren denigrar.

En este mismo trabajo abundan sorprendentes casos de esta increíble inconsciencia. El autor se lamenta de que los sacerdotes lleguen a la vocación con los ojos vendados, sin entender en absoluto los deberes y obligaciones que ella comporta. Eso es algo que creemos haber oído anteriormente. Pero pocas veces lo hemos oído de manera tan extraordinaria como en esta afirmación: que un hombre pueda ingresar en el sacerdocio siendo todavía «un niño». Se diría que el autor tiene unas ideas extrañas y muy elásticas

acerca de la duración de la infancia. Pues como ha señalado Michael Williams[53] en su inteligente colección de ensayos *Catholicism and the Modern Mind* [El catolicismo y la mentalidad moderna], semejante afirmación carece de todo rigor, teniendo en cuenta que un sacerdote no hace sus votos hasta los veinticuatro años, como muy pronto. Pero también aquí me siento obsesionado por esta fabulosa y poco seria comparación entre la Iglesia y cuanto sucede fuera de ella. La mayoría de las críticas al catolicismo subrayan que alimenta sentimientos antipatrióticos; y semejante crítica insiste en las desventajas de una Iglesia que está «unida a una diócesis italiana». Yo, por mi parte, puedo afirmar haber sido siempre un defensor del culto al patriotismo; y nada de lo que aquí digo tiene la menor vinculación con lo que comúnmente se conoce como pacifismo. Creo que nuestros amigos y hermanos cayeron hace diez años en una guerra contra el fiero paganismo del norte. Creo que el prusianismo que derrotaron se había congelado en un orgullo infernal; y creo que esos muertos cumplieron bien con su deber; quizás mejor que nosotros, que vivimos para ver lo mala que puede ser una paz.

Pero, ¿cómo es posible que critiquemos a una Iglesia que acepta los votos de los jóvenes? ¿Qué podemos decir a esos que se enfrentan a la Iglesia apoyando un patriotismo o un cierto tipo de ciudadanía en un tema así? Ellos son los que alistan forzosamente a muchachos de dieciocho años, aplauden a los voluntarios de dieciséis que dicen tener dieciocho y los arrojan por millares a una inmensa y terrible hoguera, a una cámara de tortura, de cuyos horrores no tienen la menor idea y de la cual el honor les impide escapar. Y no tienen inconveniente alguno en mantenerlos en semejante horror, año tras año, sin la menor posibilidad de una victoria; y matan a esos jóvenes como moscas por millones antes siquiera de que empiecen a vivir. Y esto es lo que hace el Estado; esto es lo que hace el mundo; esto es lo que hace esa sociedad protestante, práctica, sensible y laica. Y pese a ello tienen la sorprendente desvergüenza de venir a quejársenos porque, dentro de una pequeña minoría de especialistas, permitimos a un ser humano que tenga la oportunidad de escoger una vida pacífica y caritativa, no sólo cuando ya ha cumplido veintiún años, sino cuando tal vez vaya a cumplir treinta, y después de que haya dispuesto de casi diez años para meditar serenamente si quiere hacerse sacerdote o no.

Resumiendo: lo que echo de menos en todas estas cosas es algo obvio: la cuestión de cómo se compara la Iglesia con el mundo que está fuera de ella, o que le es antagónico, y cómo se le puede ofrecer un sustituto a esa Iglesia. El

hecho evidente es que el mundo hará todo aquello de lo que se le acusa a la Iglesia; y lo hará de forma mucho peor y a mucha mayor escala; y lo hará (lo que es peor y más importante de todo) sin el menor criterio y deseo de regresar a un estado de cordura o por un movimiento de arrepentimiento. Los abusos católicos pueden ser corregidos, porque existe la aceptación de una forma. Los pecados católicos pueden ser expiados porque existe una prueba y un principio de expiación. Pero ¿en qué parte del mundo se puede encontrar hoy día una prueba, un criterio o cualquier otra cosa parecida, excepto un mecanismo cambiable que haga del patriotismo la moda de hace diez años y del pacifismo la moda de diez años después?

El peligro que se presenta hoy día es que los seres humanos no han desarrollado sus mentes lo suficiente como para asimilar las cosas más evidentes; y ésta es una de ellas. La gente culpa a la tradición romana de ser medio pagana, y después tratan de defenderse de ello buscando refugio en un completo paganismo. La gente se queja de que los cristianos se han contagiado de paganismo, y después la mosca de la plaga busca refugio en la peste. No hay una sola de las faltas que se alegan contra la institución católica que no resulte mucho más flagrante e incluso llamativa en cualquier otra institución. Y es a esas otras instituciones, llámense Estado, universidad, mecanismos modernos, sistema de impuestos o policía, a las cuales estas gentes recurren para que los salven de la superstición de sus padres. He aquí la contradicción, he aquí la flagrante colisión; he aquí el inevitable desastre intelectual en el que se ven envueltos. Y a nosotros sólo nos queda esperar, con toda la paciencia que podamos, para ver cuánto tiempo ha de transcurrir antes de que se den cuenta de lo que ha sucedido.

XIV
La llamada de los bárbaros

El otro día recibí un libro de un señor que fija toda su fe en lo que denomina «la raza nórdica», que para él parece constituir un buen sustituto de todas las religiones. Los cruzados creían que Jerusalén no sólo era la Ciudad Santa, sino también el centro del mundo. Los musulmanes inclinan la cabeza hacia la Meca, y se dice que los católicos romanos mantienen una comunicación secreta con Roma. Yo presumo que el lugar santo de la religión nórdica debe ser el Polo Norte. No estableceré especulaciones sobre qué tipo de arquitectura religiosa puedan mostrar sus icebergs; hasta dónde se ve modificada su vestimenta por la blancura de la piel de los animales árticos; cómo se pueden adaptar los servicios religiosos de la mañana y de la noche a un día y a una noche que duran seis meses; tampoco sé si su vestidura ha de ser exclusivamente el alba, o si su único servicio religioso deberá ser el ángelus de mediodía. Pero creo que puedo afirmar con cierta seguridad que el Polo Norte se verá muy poco afectado por movimientos heréticos o por la difusión de las dudas que aquejan al mundo moderno. En todo caso no hay duda de que sabemos muy poca cosa sobre su principio social, excepto que nada puede ser muy bueno si está bastante cerca del norte. Y semejante afirmación explica sin duda el liderazgo espiritual de los esquimales a lo largo de la historia; y la parte desempeñada por las islas Spitzbergen como ámbito espiritual de los tiempos modernos. Lo único que me deja perplejo es que los ingleses que ahora se autodenominan nórdicos acostumbraban a llamarse anteriormente teutónicos; e, incluso, con mucha frecuencia, germánicos. No tengo ni idea de cuáles han podido ser los motivos que les impulsaron a modificar de forma tan tajante su apelativo, en el otoño de 1914. Supongo que algún día, cuando surjan problemas diplomáticos con Noruega, volverán a eliminar de forma igualmente abrupta el término «nórdico», y rápidamente lo sustituirán por otro, que yo les sugeriría que fuera «boreálico». Incluso se les podía denominar «los bores», para abreviar.

Pero el motivo por el que menciono este libro es un pasaje que hay en él que resulta bastante típico del tono de ciertas buenas gentes cuando se refieren a la historia católica. El autor del libro quisiera sustituir todas las religiones por una raza. En esta idea difiere de nosotros, que preferimos ofrecer una religión para todas las razas. Y aún así, quizás, la comparación no sea del todo ventajosa para él. Porque todo el que así lo desee puede pertenecer a una religión, mientras que no está muy claro lo que se ha de hacer con aquellas personas que no deseen pertenecer a una raza. Pero incluso entre las religiones el autor está dispuesto a admitir diferentes grados de depravación, estableciendo distinciones entre instituciones poco gratas; y siempre, naturalmente, de acuerdo con su grado de latitud. Le resulta bastante desafortunado que muchos esquimales sean católicos, y que la mayoría de los franceses protestantes vivan en el sur de Francia. De todos modos, mantiene sus principios con notable claridad. Señala, por ejemplo, las razones por las que los católicos romanos creen en una superstición degradante. Y añade (cosa que es la que en este momento más me interesa) que eso quedó perfectamente ilustrado en la Edad de las Tinieblas, que constituyeron una auténtica pesadilla de miseria e ignorancia. Admite entonces gallardamente que el protestantismo no se encuentra tan degenerado como el catolicismo; y que las naciones protestantes incluso llegan a mostrar rudimentarias trazas de humanismo. Pero esto, según dice, «no se debe a su protestantismo, sino a su sentido común nórdico». Son más educados, más liberales, están más habituados a la razón y a la belleza porque son lo que normalmente se acostumbra a llamar «teutónicos», descendientes en mayor medida de los vikingos y de aquellos jefes godos que de los tribunos de Florencia o de los trovadores de Provenza. Y a través de esta peregrina idea yo percibo algo mucho más amplio e interesante, que representa otra nota más de la ignorancia actual sobre la tradición católica. Al hablar de cosas que la gente no sabe, he estado hablando mayormente de cosas que se encuentran dentro del círculo de nuestro propio conocimiento; cosas que se hallan dentro de la cultura católica que ellos no tienen en cuenta porque se encuentran fuera de su ámbito. Pero existen ciertos casos en los que incluso ignoran cosas que se encuentran al margen de la Iglesia católica. No sólo desconocen el centro de la civilización que tratan de difamar sino también esas tierras marginales a las que se refieren. No sólo no pueden encontrar a Roma en sus mapas, sino que ni siquiera saben dónde se puede encontrar el Polo Norte.

Tomemos, por ejemplo, ese apunte que hace sobre la Edad de las Tinieblas y el sentido común de los nórdicos. No cabe duda de que se puede

sostener que esa Edad de las Tinieblas fue una completa pesadilla. Pero resulta necio decir que el elemento nórdico no se le parecía ni remotamente. Si la Edad de las Tinieblas representó una pesadilla, se debió en gran medida a que la torpeza nórdica convirtió aquellos países en víctimas de la pesadilla nórdica. Fueron aquellos los tiempos de las invasiones bárbaras, en los que la piratería reinaba en los mares y la civilización se encontraba recluida en los monasterios. Es posible que a usted no le gusten mucho los monasterios, o el tipo de cultura que se conservaba en los monasterios, pero, indiscutiblemente, era la única clase de civilización y cultura que existía entonces. Sin embargo, parece ser que ésta es una de las cosas que nuestro caballero nórdico no conoce. Se imagina que el pirata danés debía estar debatiendo temas como las reformas de las tarifas o las prioridades imperiales, con estadísticas científicas sobre Australia y Alaska, cuando se vio bruscamente interrumpido por un monje llamado Beda[54] que no entendía más que de fábulas e historietas monásticas. Supone que los vikingos o los visigodos tenían serios fundamentos políticos basados en la Primrose League[55] y en la English Speaking Union; y que todo lo demás se fundamentaba en los principios de sacerdotes fanáticos que proclamaban un culto salvaje llamado cristianismo. Él cree que Penda de Mercia, el último rey pagano, estaba dispuesto a conceder al mundo entero los beneficios de la Constitución británica, por no mencionar las máquinas de vapor y las obras de Rudyard Kipling, cuando toda su obra se vio brutalmente arruinada por unos rufianes iletrados que atendían por los nombres de Agustín, Dunstan y Anselmo.[56] Un pequeño error que pone en tela de juicio la importancia de nuestro amigo nórdico como historiador y que es la causa por la que no nos entregamos con toda confianza a la corriente de su entusiasmo histórico. La dificultad consiste en el lamentable detalle de que nada de lo que él imagina sucedió jamás en el mundo; que la religión de la raza que él propone es justamente lo que ha dado en llamar él mismo la Edad de las Tinieblas. Esto es lo que algunos científicos califican de ideas puramente subjetivas; o, en otras palabras, una pesadilla. Resulta muy dudoso que haya existido alguna vez una raza nórdica. Y es completamente seguro que jamás existió un sentido común nórdico. La misma expresión «sentido común» constituye una traducción del latín.

Ahora bien, sucede que un caso típico, incluso trivial, llega a tener una extensa aplicación. Esa forma muy corriente de la ignorancia protestante o racionalista puede equipararse con la ignorancia que se extiende por una humanidad poco instruida. Esas personas se meten en un pequeño círculo social, muy moderno y muy limitado, al que tanto se le puede llamar «raza

nórdica» como «Asociación racionalista». Tienen cierto número de ideas, algunas no son más que tópicos y otras, simplemente, son falsas, sobre la libertad, la humanidad o la expansión del conocimiento. La cosa es que tales ideas, ya sean verdaderas o falsas, son todo lo contrario de los conceptos universales. No constituyen el conjunto de pensamientos que un amplio grupo de personas, en cualquier época o nación, puedan tener. Es posible que en ciertos casos tales ideas se encuentren relacionadas con realidades más profundas, pero la mayoría de la gente no lograría siquiera reconocerlas tal y como se las presentan. Por ejemplo, es probable que se hable de una suposición fundamental sobre la hermandad humana, idea común a toda la humanidad; pero lo que llamamos humanitarismo no es común a la humanidad. Existe un determinado reconocimiento de la realidad y la irrealidad que puede llamarse sentido común. Pero al sentido científico del valor de la verdad no suele considerársele sentido común. Resulta necio pretender que los sacerdotes persigan a un naturalista, cuando lo cierto es que todos los niños le habrían perseguido en cualquier parte, simplemente porque se trata de un lunático armado con un cazamariposas. Si consideramos la opinión pública en su conjunto nos encontraremos con que se ha mostrado mucho más despreciativa con los especialistas y los buscadores de la verdad que lo que nunca se mostró la Iglesia. Pero tales críticas nunca llegaron a la opinión pública en su totalidad. Existen un gran número de ejemplos de esta verdad; uno de ellos es el caso que ya he expuesto, la noción absurda de que una horda de jinetes paganos llegados de los bosques y de los mares del norte, en la época de mayor ignorancia de la historia, no se mostraran, al menos, tan ignorantes como los demás. Por supuesto que eran mucho más incultos y bárbaros que cualquiera que poseyese la más mínima relación social con la Iglesia católica. Se pueden encontrar más ejemplos en otras religiones. Grandes extensiones del globo, en las que teóricamente rigen otras religiones, se ven plagadas en la práctica por ciertos hábitos y costumbres fatalistas o pesimistas, o por otro tipo de ideas y estados de ánimo. En el islam predomina mayormente el fatalismo. En el budismo se pueden encontrar abundantes signos de pesimismo. Ni unos ni otros saben lo más mínimo de los cristianos o de cualquier tipo de esperanza humana. Pero todavía resultaría más convincente la evidencia de semejante estado de ánimo que podemos encontrar en la calle, en el metro o en el autobús si le preguntáramos a cualquier taxista, camarero o mujer de la limpieza, apartados todos ellos de la fe por el caos que reina actualmente en el mundo. Seguramente que se podría comprobar que esos «paganos» no son felices, por muy nórdicos que puedan

ser. Y pronto se dará usted cuenta de que no necesita ir a Arabia para encontrarse con el fatalismo, ni a los desiertos tibetanos para toparse con la desesperanza.

XV
Sobre la novela comprometida

He podido ver que el señor Patrick Baybrooke y otros comentaristas que escriben en el *Catholic Times* han expuesto el tema de la propaganda católica en novelas escritas por autores católicos. Esa misma expresión, que todos nos vemos obligados a utilizar, resulta un tanto incómoda e incluso falsa. Un católico que incluya el catolicismo en una novela, en una canción o en una composición poética, o en cualquier otra cosa, no está comportándose como un propagandista, sino que sencillamente está siendo católico. Todo el mundo comprende esto al observar el entusiasmo que pueda inspirar cualquier cosa. Cuando decimos que el paisaje y la atmósfera de un poeta están llenos del espíritu de Inglaterra, no pretendemos decir que el mencionado poeta estuviera creando propaganda antigermana durante la Gran Guerra. Lo que queremos decir es que si se trata de un auténtico poeta inglés, su poesía tendrá que ser inevitablemente inglesa. Cuando decimos que ciertas canciones están llenas de espíritu marinero, no queremos decir que el poeta esté reclutando jóvenes para la Armada, ni siquiera contratando hombres para la marina mercante. Lo que queremos decir es que ese poeta ama el mar, y que por tal razón quisiera que ese amor fuera compartido por otras personas. Personalmente estoy totalmente a favor de la propaganda, y una gran parte de lo que escribo es deliberadamente propagandístico. Y aun cuando no llegue a serlo del todo, probablemente estará plagado de implicaciones de mi religión; porque eso es lo que yo entiendo por pertenecer a una religión. Del mismo modo que el chiste de un budista, en el supuesto de que existiera alguno, sería un chiste budista; y una canción de amor de un metodista, sería siempre una romántica canción metodista. Los católicos han dado pie a más chistes y canciones de amor que todos los calvinistas y budistas juntos. Y eso es debido a que, con todos los respetos, tanto los calvinistas como los budistas no tienen una religión tan extendida como los católicos. Pero cualquier cosa que deseen expresar se encontrará tintada en sus propias convicciones; algo que resulta de

mero sentido común. Sin embargo adivino muchas dificultades cuando se trata exclusivamente de la Iglesia católica.

Para empezar, lo que acabo de decir podría ser cierto con cualquier otra religión; pero gran parte del mundo moderno está lleno de una religiosidad que tiene mucho que ver con prejuicios inconscientes. El budismo es una auténtica religión o, en todo caso, una filosofía muy real. El calvinismo fue una religión que disponía de una teología real. Pero la mentalidad del hombre moderno es una curiosa mezcla de calvinismo decadente y de budismo diluido, y expresa su filosofía sin saber muy bien lo que es. Nosotros decimos lo que nos resulta natural decir, pero sabemos lo que decimos. Por consiguiente se puede deducir que lo decimos para conseguir cierto efecto. Por el contrario, él dice lo que le resulta natural decir, pero no sabe muy bien lo que está diciendo; y mucho menos todavía por qué lo dice. Así pues no se le puede acusar de estar revelando su dogma al mundo, porque ni siquiera sabe revelárselo a sí mismo. Es simplemente un partidario, un particular, un individuo que depende en gran medida de un sistema doctrinal que es diferente de otro. Pero lo ha dado tan por descontado que, a menudo, se olvida de lo que profesa. Por tanto su literatura no le parece partidaria, aun cuando lo sea. Pero a él nuestra literatura sí le parece propagandística, aunque no lo sea.

Supongamos que escribo un relato —esperemos que se trate de un relato breve—, sobre un bosque que está encantado por espíritus malignos. Dejándonos llevar por la imaginación digamos que por la noche de todas las ramas de los árboles parecen colgar cientos de cuerpos ahorcados, algo así como el famoso huerto de Luis XI[57], una visión que no es otra cosa que los espíritus de los viajeros que han pasado por ese paraje y que se suicidaron ahorcándose al llegar a ese lugar; o cualquier otra visión tan deliciosa y simpática como ésa. Supongamos que yo hago que el héroe de mi relato, Gorlias Fitzgorgon (un tipo valiente donde los haya) haga el signo de la cruz cuando pasa por ese enclave maléfico; o que el amigo que incorpora la sabiduría y la experiencia le aconseje que consulte a un sacerdote con vistas a un exorcismo. El hacer el signo de la cruz me parece no solo algo que religiosamente está bien, sino artísticamente apropiado y psicológicamente verosímil. Es lo que yo hubiera hecho; es lo que creo que mi amigo Fitzgorgon hubiera hecho; es también algo ascéticamente apto o, como suele decirse, algo «apropiado». Creo que bien podría resultar eficaz si el viajero hubiera visto con el ojo místico, cuando vio el bosque de los muertos, una especie de maraña de cruces plateadas cerniéndose en la oscuridad, en el mismo lugar en que múltiples dedos humanos habían hecho aquel signo en el

aire. Pero aunque esté escribiendo lo que me parece algo natural, apropiado y artístico, sé que en el momento en que lo haya escrito surgirá un clamor que irá creciendo con la palabra «propaganda» brotando de un millar de gargantas; y que cualquier otro crítico, incluso si es lo suficientemente amable como para comentar el cuento, añadirá sin duda: «Pero, ¿por qué el señor Chesterton saca a relucir el catolicismo romano?».

Pero supongamos ahora que el señor Chesterton no tiene esa desagradable costumbre. Supongamos también que escribo esa misma historia, o una historia de esa clase, envuelta en una filosofía que resulta familiar y, por consiguiente, inadvertida. Supongamos que acepto las apreciaciones prefabricadas del momento, sin examinarlas más de lo que puedan hacerlo los otros. Supongamos que entro en el suave mecanismo de la rutina periodística y de las muletillas políticas y hago que el héroe de mi historia actúe exactamente igual a como lo haría el héroe de cualquier historia corriente. Ya sé lo que haría ese individuo; incluso puedo decirle las palabras que emplearía. En ese caso, Fitzgorgon, al tener una primera visión de los espectros balanceándose a la luz de la luna, diría inevitablemente: «!Pero si estamos en el siglo XX!».

Por supuesto que, en sí misma, la aclaración carece de importancia. Es infinitamente menos importante que el hacer el signo de la cruz, puesto que a esto incluso le podrían conceder cierto significado sus enemigos. Pero el replicar a un fantasma diciéndole: «Estamos en el siglo XX» resulta tan absurdo como ver a alguien mientras comete un asesinato y decirle: «¡Pero si estamos en el segundo martes de agosto!». A pesar de ello, el periodista que por enésima vez escribió esas palabras en el relato de la revista mostraba tener cierta intención en su ilógica frase. En realidad se encuentra sometido a dos dogmas que no se atreve a cuestionar pero que tampoco es capaz de expresar. Estos dogmas son, primero: que la humanidad no deja de mejorar de forma permanente a lo largo del tiempo; segundo: que tal mejora consiste en que cada vez la sociedad muestra una mayor indiferencia e incredulidad hacia los temas milagrosos. Ninguna de estas dos manifestaciones puede probarse. De lo cual se deduce que la persona que las manifieste tampoco puede probarlas, porque ni siquiera le es posible manifestarlas. Y en la medida en que ambas pertenecen al orden de cosas que no pueden probarse, evidentemente pueden desaprobarse. Es cierto que han existido periodos históricos retrógrados, y también lo es que han existido civilizaciones muy organizadas y científicas que se sintieron muy atraídas por lo sobrenatural, como es el caso de los espiritualistas actuales. Pero, de todos modos, esos dos dogmas han de ser

aceptados por autoridades competentes que certifiquen su veracidad, antes de que pueda tener el menor sentido la frase de Gorlias Fitzgorgon: «!Pero si estamos en el siglo XX!». Esa frase tiene una base filosófica, y la filosofía forma parte de la historia.

Sin embargo nadie dice que la historia periodística sea propaganda. Nadie dice tampoco que esté filosofando porque contenga esa frase. No decimos que el autor haya sacado a relucir sus tendencias políticas. Tampoco decimos que vaya a apartarse de su postura para convertir su breve relato en una novela comprometida. A él tampoco le parece que se haya apartado de su camino. Su camino sigue cruzando directamente el bosque encantado; y sólo pretende que Gorlias diga lo que a él le parece que debe decir con delicadeza, en lo cual coincide conmigo. Ambos somos artistas y propagandistas en el mismo sentido; y en ese mismo sentido también somos antipropagandistas. La única diferencia que existe entre nosotros dos es que yo puedo defender mi dogma y él ni siquiera puede definir el suyo.

Dicho con otras palabras: este mundo de hoy día ignora que todas las novelas y periódicos que se leen y escriben están de hecho plagados de ciertas suposiciones que son, justamente, tan dogmáticas como si fueran auténticos dogmas. Yo estoy de acuerdo con algunas de estas suposiciones como, por ejemplo, que el ideal de la igualdad humana se hallaba en todos los relatos románticos desde *La Cenicienta* hasta *Oliver Twist;* que los ricos están insultando a Dios al despreciar a los pobres. Sin embargo, con otros de esos supuestos no me muestro de acuerdo, como en esa idea peregrina de la desigualdad humana, que se tolera en el plano de las razas aunque no en el de las clases. Que los pueblos nórdicos son superiores a los pueblos mediterráneos; que basta el puñetazo de un caballero bien entrenado en las artes heroicas y militares de Wall Street o del Stock Exchange para poner en fuga a un grupo de pobres desesperados. Pero lo cierto de tales supuestos, ya sean verdaderos o falsos, es que permanecen una vez han sido aceptados. No se consideran prédicas o sermones y, por consiguiente, tampoco se les llama propaganda; aunque, en la práctica, tengan todas sus características. Incluyen un cierto número de opiniones que todo el mundo desaprueba; y las exponen y propagan mediante obras de ficción y de literatura popular. Lo único que no hacen es manifestarlas claramente para que puedan ser criticadas. Yo no condeno a los escritores porque incluyan sus principios filosóficos en sus relatos. Ni siquiera lo hago si utilizan sus historias y relatos para expandir sus filosofías. Pero ellos sí lo hacen con nosotros. Y la única razón es que todavía no se han dado cuenta de que nosotros tenemos nuestra propia filosofía.

Creo que verdaderamente se hallan atrapados en un círculo vicioso. La vaga filosofía que profesan les dice: «Todas las religiones están muertas; el catolicismo romano es una secta religiosa que debe estar particularmente muerta puesto que consiste en actos y actitudes meramente externos, en cruces, genuflexiones y todo lo demás; ceremonias que se supone que esos sectarios han de realizar en un lugar y en un momento concretos». Sucede entonces que ciertos autores católicos se deciden a escribir una novela o una obra dramática sobre el amor que se profesan un hombre y una mujer, o bien la rivalidad que existe entre dos hombres, o cualquier otro tema que tenga que ver con las relaciones humanas; y ese autor o autores se quedan atónitos al comprobar que no les es posible expresar tales sentimientos de una forma «no sectaria». Ante tal situación los otros se preguntan por qué ese determinado escritor se ha dejado llevar por los principios de su religión. Con lo cual pretenden decir: «¿Por qué se deja arrastrar por su religión, que consiste tan sólo en genuflexiones, santiguamientos y otros signos externos a realizar en un determinado lugar y en un determinado momento, cuando el autor está hablando de un marco de amplios sentimientos, de la belleza de una mujer y del coraje y ambición de un hombre?». Con lo cual pretenden decir: «Una vez que hemos llegado a la conclusión de que su fe no es más que algo mezquino y ya muerto, ¿cómo se atreve a aplicar sus principios a algo que está vivo y que es universal? No tiene derecho a ser tan genérico cuando bien sabemos que lo suyo es muy estrecho y mezquino».

Así pues, concluyo que si bien el señor Braybrooke tenía toda la razón al sugerir que un novelista creyente no debe sentirse avergonzado por tener una causa que defender, su necesidad más inmediata es encontrar una forma de popularizar nuestra plena filosofía de vida, haciéndolo con mayor claridad de lo que pueda insinuarse a través de los símbolos de una historia. La dificultad que se presenta en un relato es precisamente su propia simplicidad y, de manera más especial, la rapidez con la que se trata su contenido. La gente hace cosas que no define o no defiende. Gorlias Fitzgorgon hace el signo de la cruz, pero no se detiene en medio del bosque encantado para explicar los motivos por los cuales tal signo es una invocación de la Trinidad y, al mismo tiempo, un recuerdo de la Crucifixión. Lo que se pretende es establecer un ritual popular que quede vinculado de algún modo con nuestra creencia sobre la vida, la muerte, el sexo, los comportamientos sociales, etc. Cuando la gente comprenda la luz que nos ilumina al hacer todos esos actos, tampoco se sorprenderá de que los reflejemos en nuestras obras de ficción.

XVI
La rebelión contra las ideas

Cuando los comunicados del *Daily Express* ofrecieron terribles revelaciones de lo que estaba sucediendo en Méjico, también aparecieron en el mismo periódico otras informaciones, no menos dramáticas, sobre lo que estaba pasando en Inglaterra. Eso nos dio una idea de las cosas monstruosas y desafortunadas que todavía se producen entre nosotros, veladas tras los muros de hermosas mansiones o cubiertas por distinguidos sombreros hongos. Las terribles revelaciones referentes a Inglaterra fueron, por supuesto, de índole psicológica. No se trataba de anarquía estatal, que es uno de los males de los países latinos; se trataba de un tipo de anarquía mental, característica que constituye específicamente la urdimbre de aquellos a quienes llamamos, en momentos de ira, «anglosajones». Un ateo mejicano es perfectamente capaz de rebanarle el cuello a un sacerdote, o de emprenderla a bombazos contra un convento. Pero será absolutamente incapaz de argumentar, como lo hicieron los protestantes ingleses en la prensa, que es perfectamente legítimo que Calles[58] persiguiera a los católicos en aquella ocasión, dado que éstos habían perseguido a todas las demás religiones en todas las ocasiones. Ningún anarquista se mostró nunca tan anárquico como eso. Calles podía hacer saltar por los aires la catedral de San Pedro; pero no hubiera condenado a ningún español por haber hecho alguna vez lo que él alababa que los mejicanos intentaran hacer. En tal sentido, Calles nos resulta tan católico como latino. Quiere hacer las cosas a su manera, impidiendo a millares de personas que las hagan a la suya. Ahora bien, las dos cosas al mismo tiempo no pueden ser. Ese sacramento salvaje, ese milagro del pan que se diluye y reaparece; ese pan que está siendo continuamente consumido y que sigue manteniéndose íntegro, ese milagro pertenece a la religión de la sinrazón que solamente puede tener lugar en las iglesias de nuestro libre país.

Entre la maraña de semejantes palabras hay una frase en una de las cartas que tiene un cierto interés sociológico para nosotros. Uno de esos intolerantes toleracionistas se esforzó en defender a Calles aduciendo que sólo los

prejuicios podían acusarlo de anarquista o de expresar unas opiniones extremadamente antirreligiosas. Se decía que no era justo llamar ateo o bolchevique a Calles. Además podemos enterarnos por todas esas cartas que Calles era probablemente un metodista wesleyano, que asistía regularmente a una capilla de East Croydon. Pero esto resulta todavía peor. Los que apoyan a Calles lo enaltecen hasta el punto de compararlo con los reformistas del siglo XVI. El corresponsal que hace referencia al conflicto utiliza ese punto como un argumento contra el supuesto anarquismo del mejicano. «Se califica a Calles y a sus partidarios de ateos y de bolcheviques. ¿Por qué? ¿Acaso fueron bolcheviques los reformistas ingleses? Ciertamente, no».

Hasta aquí todos podemos estar de acuerdo, y con plena unanimidad repetiremos: «Por supuesto que no». No hay la menor duda de que los reformadores ingleses no eran bolcheviques. Y nadie podrá negar el hecho evidente de que eran capitalistas. Pocas gentes, a lo largo de la historia, han merecido con más exactitud que se les definiera como capitalistas. Evidentemente podrían ser otras muchas cosas además de capitalistas, porque si bien algunos de ellos eran unos canallas, otros eran caballeros, unos cuantos eran hombres honestos, y muchos unos ladrones; los más viles, cortesanos; los mejores, monomaníacos. Pero, en el fondo, todos eran capitalistas, y hasta fueron ellos los que crearon el capitalismo. Todos dirigieron sus afanes y sus poderosas actuaciones políticas sobre la base de acumular la mayor cantidad posible de capital. Y nunca, ni siquiera cuando se encontraban a las puertas de la muerte, llegaron a rechazar sus expectativas y esperanzas, su promesa de adquirir más capital.

Pero lo que nos preocupa actualmente es esto: que es su capitalismo lo que ha permanecido de su imagen. De hecho, muchos de ellos tuvieron otros ideales que podían ser comparados en cierto sentido con lo que se entiende por comunismo. Evidentemente, nunca nos atreveríamos a llamar bolcheviques a personajes como Cranmer[59] o como Burleigh.[60] Diríamos tan sólo, con Hamlet, que nunca hubo hombres tan honestos como ellos. Pero hubo también en aquellos tiempos de confusión otros personajes que se mostraron tan locos y tan sinceros como los bolcheviques: surgieron unos entusiasmos teóricos, y especialmente teológicos, que tendían de forma clara hacia la sencillez; como en el caso de los bolcheviques. Pero el hecho que nos llama ahora la atención es que *aquellas* teorías están muertas. Fue un planteamiento intelectual lógico, y hasta sesudo, pero que ha sido plenamente abandonado por el pensamiento moderno. Hubo sin duda ideales sinceros en algunos de aquellos primeros protestantes; pero ya no son los ideales de los

protestantes modernos. En este sentido, el calvinismo constituyó una filosofía muy clara, que le permite diferenciarse del llamado pensamiento moderno. Pero en la medida en que sigue incluyendo un elemento calvinista, su calvinismo está muerto. Y lo mismo sucedería si incluyeran un elemento comunista, como ocurre en algunos casos, porque tal comunismo estaría actualmente muerto también. Lo único que perviviría en ellos sería su capitalismo.

Hemos de recordar que incluso hablar de la corrupción de los monasterios constituye un cumplido para los monasterios, porque no estamos hablando de la corrupción de los corruptos. Nadie pretende que las instituciones medievales se iniciaran basándose en la codicia y el orgullo, cosa que sucede con las instituciones modernas. Nadie afirma que San Benito redactara la regla del trabajo a fin de que sus monjes se comportaran perezosamente; sucedió, sin embargo, que los monjes se volvieron perezosos. Nadie dice que los primeros franciscanos practicaran la pobreza para lograr la riqueza. Pero cierto es que los Cecils, los Russells y todos los demás hicieron de la riqueza su principal objetivo. Aquello que estaba muerto para el catolicismo constituía en realidad el nacimiento del capitalismo. Desde entonces no hemos tenido el estado de inconsistencia de ese hombre que habiendo hecho votos de pobreza se vuelve rico, sino más bien una consistencia sorprendente: la del hombre que tras hacer votos de riqueza se volviera más rico. Después de eso no hubo un detenerse en la carrera por lograr una ambición más o menos relativa, sino la creencia en cosas cada vez mayores. Cierto es que los reformadores no eran comunistas; se podría decir, dándole un giro al argumento, que los religiosos eran los comunistas. Pero el punto más significativo no es precisamente el comunismo, sino un cierto espíritu de comparación. El terrateniente inglés medra, mientras que es el pequeño propietario el que se va empobreciendo. Ambos fundamentan su orgullo en la propiedad de la tierra. Pero ese orgullo se basaba en poseer una gran propiedad, no en tener una mera propiedad. En el mismo sentido el comerciante inglés no se siente orgulloso de cuidar su único negocio, sino que basa su orgullo en el número de negocios que puede regentar. De ahí ha surgido toda la megalomanía mercantil de nuestros días, con la correspondiente transformación de los pequeños talleres en grandes empresas. Es la conclusión natural del movimiento de transformación de los oficios en gremios. Pero su génesis fue el cambio de un ideal de humildad, en el que muchos fracasaron, a un ideal de orgullo en el que (por su propia naturaleza) sólo unos pocos triunfaron.

En este sentido podemos estar de acuerdo con el corresponsal del periódico en su afirmación de que los reformadores no eran revolucionarios. Podemos afirmar, pues, con toda la dignidad que requiere el caso, que no eran bolcheviques. Podemos absolver a todos los Cranmers y Cronwells de todo deseo de querer alzar en armas al proletariado. Podemos limpiar los honorables nombres de Burleigh y Bacon de la mácula de mantener cualquier tipo de peligrosa simpatía con los pobres. La marca distintiva de los reformadores consistía en un profundo respeto por los poderes actuales, e incluso un respeto todavía más intenso por la riqueza que podía conseguirse; y a todo ello habría que añadir una reverencia insondable por la riqueza a la que podrían acceder. Ciertas personas participan de ese espíritu y lo consideran como la base más sólida de un gobierno estable; pero eso es algo que no vamos a discutir aquí. Sin embargo convendría decir, hablando en términos generales, que tal disposición es lo que se considera como respetabilidad por todos aquellos que no tienen otra cosa que respetar. Evidentemente, nadie llegaría a confundir eso con una revolución. Pero la dimensión de su importancia histórica podría estudiarse de otro modo, quizás más o menos favorable a los reformadores. El capitalismo no solamente era algo sólido, sino que en cierto modo resultaba cándido. Estableció una clase social a la que había que venerar de modo abierto y sincero debido a la riqueza que poseía. En esto radicaba el contraste real entre este sistema y el viejo orden medieval. La riqueza de aquellos tiempos se debía a los abusos de abades y de monjes; era la costumbre en los comerciantes y en los señores. El abad avaricioso violaba sus ideales. Por su parte, el patrón avaricioso ni siquiera tenía ideales que violar. Porque hemos de tener en cuenta, hablando en puridad, que nunca ha habido en el capitalismo algo que pudiera denominarse un buen ideal; por más que existan buenas personas que siendo capitalistas sigan otro tipo de ideales más nobles. La Reforma, especialmente en Inglaterra, representó el abandono de intentar gobernar el mundo por ideales, incluso por ideas. Ese intento había fracasado rotundamente, en parte porque aquellos que se suponía que debían ser idealistas no supieron mantener ningún tipo de ideal; y un gran número de personas de las que se suponía que deberían aceptar una idea general retorcieron y degradaron dicha idea. Y esto también sufrió los embates de quienes odiaban no solamente los ideales sino cualquier tipo de ideales. Fue el resultado de los impacientes e imperiosos apetitos de la humanidad, que odiaba verse constreñida por ciertos lazos y, sobre todo, por ciertos lazos de índole invisible. Los reformadores ingleses no establecieron un tipo de ideales alternativos, ni siquiera un

conjunto de ideas que pudieran expresarse. Como bien dijo nuestro amigo, no eran bolcheviques. Lo único que supieron establecer fue un conjunto de cosas formidables llamadas hechos. Decidieron regirse exclusivamente por los hechos. Por el hecho, por ejemplo, de que alguien que se llamaba Russell poseía doscientas veces más dinero que cualquiera de sus vecinos; por el hecho de que alguien que se llamaba Cecil había logrado el poder de ahorcar a cualquiera de sus vecinos. Los hechos tienen cierta solidez mientras duran; pero fatal característica es que no suelen durar. Sólo las ideas duran. Y actualmente un hombre puede llamarse Russell y tener mucho menos dinero que otro hombre que se llame Rockefeller. Y la historia puede deparar el sorprendente espectáculo de que un hombre que se llame Cecil estableció en gran medida una política práctica que representó un fracaso.

El mismo proceso seguido por el capitalismo, que había logrado hacer caballeros, terminó destruyéndolos. El mismo progreso comercial que había alzado a Inglaterra sobre el resto de los países europeos, terminó rebajándola ante Norteamérica. Del mismo modo que hasta entonces habíamos depositado nuestro afecto en la venturosa y patriótica Inglaterra de los últimos siglos, hemos podido comprobar que tales afectos estaban a punto de verse traicionados. Ese proceso al que se denominaba «pragmático», ese intento de gobernar exclusivamente por los hechos, lleva en su propia naturaleza la esencia de toda traición. Hemos descubierto que los hechos, a los que considerábamos tan sólidos, eran las menos consistentes de todas las cosas. Como suelen decir los profesores, y los mojigatos, los hechos siempre están evolucionando; dicho de otro modo, siempre están evadiéndose, o escapando, o huyendo. Individuos que se inclinan reverencialmente ante la riqueza de un gran señor, porque eso le permite funcionar como un caballero, se verán obligados más tarde a inclinarse ante la riqueza de alguien que en modo alguno se comporta como un caballero; y quizás, finalmente, se doblegará ante una riqueza que no puede vincularse a ningún ser humano, sino que pertenece a una empresa poco digna de un país extranjero. La riqueza vuela a su manera, e incluso puede alojarse en lo más profundo del mar. La riqueza se vuelve una entidad informe y casi mítica; de hecho hay algunos satíricos que inconscientemente la denominan «riqueza fabulosa». Los grandes financieros compran y venden miles de cosas que nadie ha visto jamás, pero que están concebidas para los propósitos más inimaginables. De este modo termina la aventura de confiar tan sólo en los hechos: en una especie de tierra de cuento de hadas plagada de abstracciones fantásticas.

Hemos de volver a la idea de un gobierno regido por ideas. Esa partícula de verdad existe en la ya mencionada fantasía del comunismo. Pero incluso hay ideas mucho más ricas, más sutiles y mejor equilibradas en el catolicismo medieval. Insisto en que tal catolicismo quedó arruinado por los mismos católicos y también por los protestantes Los pecados medievales obstaculizaron y corrompieron las ideas medievales, mucho antes de que los propios protestantes acabaran con todo tipo de ideas. Pero eso fue lo que único bueno que prevalecía, o que se intentaba que prevaleciese; y no hay, ni nunca habrá, otra posibilidad que la de seguir intentándolo. Fueron muchos los hombres del Medievo que fracasaron al intentar vivir de acuerdo con esos ideales. Pero son muchos más los hombres de hoy día que fracasan estrepitosamente al intentar vivir sin ellos. Y a través de semejantes fracasos llegamos a la comprensión de las auténticas ventajas de aquel antiguo planteamiento que solamente fracasó en parte. Según él, al menos en teoría, el hombre de paz es superior al hombre de guerra; y la pobreza superior a la riqueza.

Hay una curiosa frasecita en uno de los ensayos de Macaulay[61] sobre Bacon en la que se manifiesta la gran declaración de los filisteos contra los filósofos. Con una breve frase el gran filisteo denuncia la debilidad de todo su argumento utilitario. Hablando desdeñosamente de los escolásticos dice que Santo Tomás de Aquino habría considerado indiscutiblemente (tal era su simplicidad) más importante dedicarse a la fabricación de silogismos que a la fabricación de pólvora. Ni siquiera el Complot de la Pólvora[62] pudo impedir que aquel terco protestante siguiera pensando que la pólvora era un invento muy útil. Desde entonces hemos tenido ocasión de ver mucha más pólvora en acción. No es necesario que uno sea pacifista para pensar que no es necesario que se siga utilizando la pólvora en gran escala. Y en gran parte del mundo ya se ha llegado a manifestar un cierto estado de ánimo que proclama: «Si existe algún tipo de silogismos que nos pueda preservar de toda esa pólvora, por Dios que deberíamos prestarles atención». Incluso los lógicos, tan preparados, aceptarían, en su desesperación, semejante propuesta. Y no solamente atenderían a los principios religiosos sino que incluso, quizás, podrían atender a la razón, si es que ella les prometiera un poco de paz.

XVII
Fiestas y ascetismos

Durante las recientes festividades navideñas (que como sucede con otras festividades se ven precedidas por un ayuno ceremonial) estuve reflexionando sobre lo complicado que resulta para muchos este tipo de combinaciones. El «modernista», es decir, ese individuo que presume de ser muy moderno, es generalmente un tipo que come tanto en Nochebuena que lógicamente no tiene el menor apetito el día de Navidad. A esto se le llama «adelantarse a los tiempos»; algo que parece que tienen que hacer todos aquellos que se sienten muy progresistas, proféticos, futuristas y, en general, todas esas gentes a las que el señor Belloc incluye en el Gran Amanecer Rosado; un amanecer que generalmente parece bastante más rosado la noche de la víspera que la misma mañana siguiente.

Sin embargo, para muchos que no viven esos adelantos temporales la combinación de semejantes ideas parece resultar un poco contradictoria y confusa. Aunque en realidad resulta más complicada que confusa. La gran tentación que asalta al católico en este mundo moderno es la que surge de su orgullo intelectual. Y es tan evidente que la mayoría de sus críticos hablan sin el menor conocimiento de lo que están hablando, que a veces se siente tentado de caer en la lógica poco cristiana de responder al necio con otra necedad. Se encuentra tan dispuesto a disfrutar en secreto de la sutileza y de la riqueza que le proporciona la filosofía que ha heredado que no le importaría gran cosa replicar al bárbaro antagonista con mayor contundencia de la que éste ha empleado. Se siente tentado a establecer un cierto tipo de pactos irónicos, o incluso a disimular los propios como si fuera un auténtico zopenco. Personas que podrían defender con argumentos filosóficos bien elaborados sus puntos de vista y sus opiniones se complacen a veces en manifestar una credulidad notoriamente infantil. Tras haber elaborado su propia lógica de forma compleja se solazan en responder al otro de una manera muy simple, a fin de impresionarlo con argumentos absolutamente pueriles. O, como sucede en el caso que nos ocupa, tratarán de encontrar una cierta amarga diversión en

complicarles la presentación de sus argumentos, dejando que el adversario piense de ellos lo que le dé la gana. Así que cuando alguien dice que el ayuno es todo lo contrario a un banquete y que, sin embargo, ambos nos son sagrados, es posible que algunos de nosotros nos inclinemos a afirmarlo con una sonrisa poco sincera. Cuando el inquieto crítico nos suelta que la Navidad es para algunos tan sólo una ocasión para pasarlo bien, para comer buena carne y beber buen vino, y que, sin embargo tú no te privas tampoco de caer en esas prácticas poco cristianas, usted se pone a su altura diciéndole que tiene toda la razón, y que así son las cosas. Y cuando el otro, todavía más encorajinado le dice: «Ya, ya, pero tú dices que sientes una gran admiración por quienes, como los budistas, rechazan los placeres materiales y ayunan en sus grutas, dedicándose al ascetismo», usted asiente con un: «Tienes toda la razón, viejo, pero las cosas ahora son de otro modo», sin molestarse mucho en rebatir lo que el otro le dice; e, incluso, proponiéndole tomar una copa para estar así más de acuerdo con los nuevos tiempos.

Sin embargo deberíamos comportarnos de forma muy diferente. Porque no sólo resulta obvio que es nuestro deber explicarle al otro que lo que parece contradictorio es sencillamente complementario, sino que debiéramos hacerlo sin el menor tono de superioridad. No tenemos por qué hacer de nuestra genialidad una manifestación de desesperación. No tenemos derecho a molestarnos por explicar la verdad; porque, además, tampoco es tan difícil de explicar. La verdadera dificultad no estriba tanto en que los que nos critican se muestren duros con nosotros como en que nosotros no siempre explicamos las cosas con la debida claridad; incluso no las tenemos demasiado claras en nuestra mente, por lo que nos resulta muy difícil saber exponerlas en público. No es tanto que ellos se muestran torpes a la hora de entendernos, como que tanto ellos como nosotros, o como todo el mundo, no acabamos de entender muy bien las cosas. Si analizamos el asunto con la debida atención nos daremos cuenta de que ambas cosas forman parte de lo mismo. No hace mucho sugerí la idea de que la gente veía la historia cristiana como si en realidad se tratase de un relato pagano. La fe consiste sencillamente en creer en el hecho de un Dios que murió por los hombres. Pero es necesario que sepamos poner bien los puntos sobre las íes; que sepamos especificar que ese Dios es un Dios con D mayúscula; porque, de lo contrario, la gente tomaría el relato sagrado por una historia más, diciéndose que se trataba de «una historia muy emocionante en la que un dios moría por salvar los hombres», y que una religión basada en un hecho así podía resultar bastante bonita.

Supongamos, como simple exposición argumental, que la Iglesia se desentendiese del tema; que no tuviésemos más elementos de información y de juicio que las historias y los relatos tradicionales que pudieran contarse los hombres, unos a otros a lo largo de los tiempos. Supongamos también que, de repente, se produce en la tierra un prodigio, un portento, o algo que se supone es un portento. En cierto sentido, parece como si los cielos hubiesen rasgado el velo, o los dioses hubieran decidido otorgar a la humanidad una nueva maravilla. Supongamos, por ejemplo, que se trate de una fuente de agua mágica que se dice que mana en la cumbre de una montaña. Es un agua que tiene las características de una fuente sagrada: cura las enfermedades, inspira la mente de los seres humanos con más fuerza que el vino u otro estimulante, o que aquellos que la beben jamás volverán a sentir sed. Pues bien, una historia así puede ser verdadera o falsa; resulta evidente que entre quienes la consideran y la propagan como verdadera, semejante historia alimentará otras historias secundarias. También es obvio que semejantes historias secundarias pueden ser de dos clases. La primera vendrá a decir: «Cuando el agua descendió hacia el valle se produjeron fiestas y bailes en todas las aldeas; los jóvenes gozaron y disfrutaron de lo lindo. Un matrimonio que llevaba desavenido mucho tiempo fue rociado con esa agua sagrada y se reconciliaron al punto, con lo que su hogar quedó bendecido con una numerosa prole de felices chiquillos. Se roció con el agua bendita a un cojo que empezó a saltar y brincar como un acróbata. Los campos regados con el agua se convirtieron en auténticos vergeles», etc. También es evidente que puede haber otro tipo de historias referentes a la misma fuente, y por la misma causa: «Un hombre vino renqueando durante cientos de kilómetros para llegar a la dichosa fuente, hasta que quedó definitivamente cojo. Fueron muchas las personas que se hirieron en las rocas de la montaña en su afán de llegar a la fuente sagrada. Un hombre vendió todas sus fértiles tierras de regadío por conseguir un poco de esa agua. Otro que tropezó en su camino con una banda de forajidos no quiso retroceder y murió a manos de los bandidos pidiendo que le ayudara el agua bendita», u otras historias de semejante traza. Nada hay de inconsistente entre las dos clases de historias referentes al agua legendaria. Ambas cumplen las expectativas de una fontana tan maravillosa como la mencionada. Cualquiera que examine sencillamente los dos tipos de historias podrá decir que son perfectamente posibles. Pero en nuestro tiempo nos hemos venido complicando y confundiendo con términos complejos con los que pretendemos establecer distinciones que no son reales; hablando sin cesar sobre lo que es optimismo y pesimismo, sobre ascetismo y hedonismo; sobre

lo que llamamos paganismo o lo que pensamos que es el budismo; y lo hemos hecho hasta llegar al punto en que ya no logramos entender un simple relato cuando nos lo cuentan. Y son precisamente esos paganos tan sencillos los que lo entienden mucho mejor que nosotros.

Este sencillo ejemplo explica otro hecho en el que, según tengo entendido, insisten mucho los llamados eruditos: el énfasis y la insistencia referentes a la parte ascética de la religión. Es exactamente lo que sucedería con cualquier historia humana, incluso si se tratara de una historia pagana. Insistimos más en el caso de ese hombre que pasa hambre y calamidades para conseguir el agua dichosa que en el de ese otro que simplemente disfruta con la posesión de esa misma agua. E insistimos más en ello porque nos parece más notable. Cualquier tradición humana se complacerá más en crear héroes que sufren por algo que en aquellos otros seres humanos que simplemente se limitan a disfrutar de ello. Hasta cierto punto resulta natural que la gente se maraville más ante el individuo que de forma deliberada se vuelve cojo por lograr su objetivo, que ante aquel otro que se pone a bailar porque ya perdió su cojera. Pero eso no altera el hecho de que las naciones en donde prevaleció esa leyenda se pasen el tiempo bailando. Lo único que he tratado de exponer aquí es la contradicción existente entre la austeridad y la alegría que tanto molesta a ciertos comentaristas críticos. Existe otra consideración más elevada sobre el tema del ascetismo a la que quisiera referirme en una nueva ocasión. Aquí tan sólo me he limitado a apuntar lo siguiente: «Cuanto más pueda *vivir* el hombre tan sólo de ese agua, con más fuerza podrá probar que se trata de un agua de vida».

XVIII
¿Quiénes son los conspiradores?

El otro día me encontré, más o menos indirectamente, con una dama de pretensiones educadas, incluso elegantes, de esa clase a las que sus enemigos tachan de lujosas y sus amigos de cultas, que casualmente mencionó una pequeña población de la zona occidental del país; al citarla hizo una especie de susurrante comentario que venía a decir: «Ese nido de católicos romanos». La mencionada señora se refería a una familia, a la que precisamente yo conocía, y de la que dijo, dotando a su voz con un claro tono de condena: «Sólo Dios sabe lo que se dirá y lo que se hará de puertas adentro de esa casa».

Al oír tan estimulante comentario vino a mi memoria el recuerdo de la mencionada familia; un recuerdo que estaba directamente unido a los macarrones y a una jovencita que estaba firmemente convencida de que yo podía comer una enorme cantidad de semejante pasta italiana. Tras contrastar dicho recuerdo con la visión que se me acababa de ofrecer de semejante familia me quedé profundamente impresionado al comprobar qué gran abismo puede separarnos del resto de nuestros conciudadanos; qué sorprendentes ideas se pueden hacer de nosotros personas que andan por el mundo sin vigilantes ni camisas de fuerza, y que en todos los aspectos nos parecen personas cuerdas. Indiscutiblemente es una gran verdad, incluso en el ámbito teológico, que sólo Dios sabe lo que puede ocurrir en un hogar católico; del mismo modo que sólo Dios sabe también lo que puede pasar por la cabeza de un protestante. Ignoro la razón por la que las puertas de las casas de los católicos debieran estar más cerradas que las de otros hogares. En realidad las puertas de esas casas, pertenezcan sus propietarios a la ideología que pertenezcan, suelen cerrarse por la noche, dependiendo en ciertos casos de la climatología o de los gustos y costumbres de sus dueños. Pero incluso aquellos a los que les resultaría difícil creer que cualquier católico corriente y moliente es un elemento tan extraño que suele encerrarse a cal y canto en la sala de su casa nada más entrar en ella pueden albergar ideas muy sospechas

sobre lo que llegue a pensar un católico; unas ideas que jamás tendría sobre un calvinista metodista o, incluso, un miembro de la fraternidad de Plymouth.[63] Todavía recae sobre nosotros un olor a legendaria mala fama, como si todos los católicos fuéramos conspiradores o elementos muy peligrosos. Y el hecho realmente curioso es que podemos encontrar esta absurda y melodramática idea en personas educadas. La gente sigue teniendo de nosotros esa concepción tan imaginativa de que somos menos normales de lo que en realidad somos. Naturalmente, la argumentación empleada es algo verdaderamente cansino y con lo que ya nos hemos familiarizado en muchos otros aspectos. El argumento utilizado es que la razón de que no se puedan emplear pruebas en contra nuestra se debe a que tales pruebas están ocultas. Resulta evidente que los católicos no solemos ir gritándonos unos a otros por la calle los preparativos de la Matanza de San Bartolomé.[64] Y la única deducción razonable es que lo hacemos de puertas adentro. Evidentemente si tuviéramos un plan para quemar Londres no lo íbamos a publicar en la prensa. Por tanto, ¿qué otra deducción puede hacerse, si descartamos la utilización de un alfabeto secreto hecho sobre la mesa del comedor mediante la ordenación de un plato de macarrones? Sería toda una exageración afirmar que normalmente me dedico a saltar sobre los judíos ancianos de Fleet Street para arrancarles los dientes; por consiguiente, conociendo sobradamente mi manía de hacer semejante barbaridad, lo lógico es suponer que sea en mi propia casa en donde tenga una sala de tortura para llevar a cabo dicho sistema de odontología medieval. Puesto que los crímenes de los católicos no se pueden comprobar públicamente, es necesario pensar que tienen que ser realizados en privado. Todavía queda una tercera alternativa, un tanto remota y más teórica, que consistiría en convencer a nuestros conciudadanos de que no realizamos actos de esa índole en ninguna parte. Pero sería pedirles demasiado que pudieran pensar una cosa tan inconcebible como ésa.

Esta misteriosa deformación, que resulta más común de lo que muchos suponen incluso en Inglaterra, y que es también frecuente en grandes extensiones de Norteamérica, constituye otra ilustración de lo que ya he expuesto en un ensayo anterior. Se trata del hecho de que aquellos que se dedican a fisgonear en nuestros supuestos secretos nunca se han detenido a echar una ojeada a las cosas que les atañen a ellos. Bastaría con que nos preguntásemos, un tanto estremecidos, qué habría pasado si hubiéramos dicho que conspirábamos, y lo hiciéramos con la misma desvergüenza con la que gran parte de nuestros acusadores hablaron de sus propias conspiraciones. ¿Qué habría pasado, tanto en América como en Europa, si dijéramos que

actuábamos como una sociedad secreta, en aquellos lugares en los que grupos de nuestros enemigos no pueden negar que mantienen dichas sociedades? ¿Qué hubiera pasado si se hubiera celebrado un Congreso católico, ya fuera en Glasgow o en Leeds, en el que los delegados hubieran asistido de forma anónima, encapuchados, vestidos con túnicas blancas y con un completo aspecto fantasmal? Sin embargo así se comportaban, y hasta hace bien poco, las grandes organizaciones americanas que trataban de destruir el catolicismo; organizaciones que incluso llegaron a amenazar con apoderarse de todo el Gobierno americano. ¿Qué se diría si se hubiese tratado de una organización enteramente anónima llamada, por ejemplo el Secreto de los Católicos; es decir, algo similar a lo que durante tanto tiempo constituyó esa realidad de la que tan poco se conoce y que recibe el nombre de Francmasonería? No dudo que gran parte de esas entidades no son otra cosa que meras bufonadas inofensivas. Pero ¿dirían lo mismo nuestros críticos si fuéramos nosotros los protagonistas? Supongamos por un momento que nos hubiéramos dedicado a propagar nuestra fe mediante una organización denominada Know Nothing[65] debido a que tenemos la costumbre de negar con la cabeza o encogernos de hombros jurando que no sabemos nada de la fe que pretendemos divulgar. Supongamos también que nuestra veneración por la dignidad de San Pedro se debiera tan sólo a que veneramos las negaciones hechas por ese apóstol, y que empleamos esa divisa o contraseña para jurar que no conocíamos a Cristo. Sin embargo, ésa fue la política seguida por un movimiento norteamericano dedicado a destruir la ciudadanía de los católicos. Supongamos que la Mafia y todas las asociaciones criminales secretas del continente hubieran trabajado de forma notoria del lado de los católicos, en lugar de estar en contra de ellos. ¿Qué hubiera pasado? ¿No se habrían enfurecido todos, presa de la mayor indignación, anunciando al mundo entero nuestra conducta inmoral y la traición que estábamos cometiendo, que jamás debería ser olvidada? Sin embargo estos hechos han venido sucediendo intermitentemente hasta nuestros días en todas las instituciones que se precian de ser anticatólicas; y, no obstante, nadie se molestó en decir una sola palabra. Debe ser nuestra forma jesuítica de obrar, consistente en atrevernos a mirar de frente cuando los demás se limitan a cometer fechorías.

Resumiendo, lo que no hace mucho dije sobre la intolerancia es todavía más cierto si hablamos del secretismo. Hasta el presente, si hay algo que se pueda considerar mezquino los juicios de Dayton, en Tennessee, lo fueron mucho más que los que se pudieron celebrar en Lovaina o en Roma. Y del mismo modo, si ha habido hasta ahora algo que se pueda considerar propio de

mascaradas habría que imputárselo mejor al Ku-Klux-Klan que a los jesuitas. Además, esta forma protestante de obrar es propia de un melodrama pasado de moda, y por partida doble. Es anticuada en lo que se refiere a los complots que se nos atribuyen, y en los que realmente ellos hacen.

Con referencia a esto último, es probable que todo el mundo se entere de esos hechos mucho antes que ellos. Pongamos el caso de los grupos anticlericales que celebraban las patrañas de Cagliostro[66], considerándolo un gran médium, y que seguirán abriendo la boca estúpidamente ante misterios falsificados mucho después de que todo el mundo sepa la realidad del asunto. Y por lo que se refiere a la sociedad americana, y pese al buen sentido de humor que tiene un amplio sector de la misma, todavía quedan muchos que siguen soñando con sandeces, ya sean del «tipo nórdico» o no, cuando el resto de la gente hace largo tiempo que se desentendió del tema. En lo tocante al lado político del poder que pudieran tener semejantes conspiraciones, quedó prácticamente eliminado en ambos continentes. En Italia, por los fascistas, y en Norteamérica por un grupo de gobernadores, de ambos partidos, razonables y conscientes del bien público. Pero el punto del interés histórico todavía subsiste: que fue esa misma gente que nos acusaba de enmascaramientos y misterios la que precisamente enmarcaba sus actividades seculares con mascaradas y misterios infinitamente mayores; esas gentes que careciendo de la necesaria hombría para combatir los antiguos rituales con la apariencia de simplicidad republicana, se dedicaban a esconderlo todo so capa de una cómica complejidad, incluso cuando no había nada que esconder.

Actualmente, de organizaciones tales como el Ku-Klux-Klan es muy poco lo que ya queda, o que merezca la pena esconderse. Y hasta es probable que nuestra curiosidad romántica sobre esos grupos sea mucho menor que la que subyace en ellos respecto a nosotros. La dama protestante a la que en un principio nos referíamos seguirá, de momento, un tanto resentida por el hecho de que Dios no comparta su conocimiento de la terrible importancia del té y de los macarrones que se reparten en su casa católica con el mayor secreto. Pero es probable que en un futuro no muy lejano vaya desapareciendo ese interés por lo que se pueda hacer tras esas puertas cerradas, al parecer, a cal y canto.

XIX
El sombrero y el halo

Tal vez resulte poco generoso por nuestra parte referirnos nuevamente al *fiasco* sufrido por el infortunado obispo de Birmingham[67] cuando se exhibió sobre el tema de San Francisco. El hecho de que no fuera capaz de contenerse en sus ataques a un ser por el que tantos librepensadores habían mostrado afecto y respeto nos da una clara idea de hasta qué punto puede llegar el sectarismo. Pero es el tono del ataque el que suscita una cuestión todavía más interesante. Se puede calificar sin problemas como un tema de sentimiento. Sin embargo el tema entraña la cuestión de cuáles son las cosas profundas de la vida y cuáles las superficiales; qué es lo central y qué es lo externo. Y resulta innecesario decir que las personas como el obispo suelen confundirlas sistemáticamente.

Por ejemplo, dijo algo sobre que la gente ve a San Francisco con un halo de falso sentimentalismo. No estoy muy seguro de lo que dijo y hasta dudo de si sabría lo que quería decir. En el caso de que la testa del obispo exhibiera un halo, debería ser más parecido a una especie de densa bruma. Pero, en cualquier caso, lo que él quería manifestar sobre el culto a San Francisco es que se trataba de algo superficial e irrelevante, una brumosa distracción o un elemento distorsionante, algo que le fue añadido al santo mucho tiempo después de su muerte. Mientras que lo que se refería al San Francisco *real* era algo muy distinto, algo que resultaría decididamente repulsivo a toda persona refinada. Bueno, ya vemos que el pobre obispo tomaba el rábano por las hojas en todo aquello que se refería al santo; y cuanto decía sobre el santo real, incluso ateniéndose a un sentido histórico, quedaba rápidamente explicitado. Pero hay algo en todo este asunto que me interesa más que la mera anécdota. Y se trata de esa curiosa treta de poner todo patas arriba, de manera que las cosas que son verdaderamente importantes se conviertan en superficiales, y éstas se transformen en lo esencial. El alma más recóndita de San Francisco no es, pues, más que una nebulosa de falsos sentimientos; sin embargo, los

accidentes de su marco histórico, tal como los ve la gente que carece de todo sentido histórico, constituyen el terrible secreto de su alma.

Según este tipo de críticas, San Francisco tenía un alma grande que no constituía más que la envoltura de un cuerpo miserable. Es asunto puramente sentimental considerar lo que él pudiera sentir; pero es algo verdaderamente real considerar lo que él parecía. O, mejor aún, es realista considerar lo que él hubiera parecido a la gente bien vestida de Birmingham que nunca le vio; o al sastre de moda de Bond Street que nunca tuvo la oportunidad de hacerle todo un conjunto de trajes. El crítico nos dice lo que cualquier hipotético esnob de nuestro tiempo habría pensado de ese santo al que nunca llegó a ver; y que *precisamente eso* es la auténtica realidad del santo. Podríamos decirle lo que éste hubiera pensado de ese esnob (y seguramente esos pensamientos estarían llenos de la delicada y espontánea ternura que él mostraba hacia todas las pequeñas criaturas desamparadas), pero eso no es más que un sentimiento sobre San Francisco. Lo que él pudiera sentir hacia todas las criaturas no es más que una añadidura engañosa y artificial de su carácter. Pero lo que tal vez pudieran pensar de él la mayoría de aquellas criaturas menos imaginativas y más limitadas; o incluso lo que pudieran pensar de su ropa o de sus pobres comidas, eso y tan sólo eso es, por lo que se ve, la única realidad.

Cuando los admiradores de San Francisco —que se pueden contar por millares, ya sean protestantes, agnósticos o católicos— dicen que admiran a ese gran hombre están refiriéndose a que sienten admiración por su mente, por su afectuosidad, por su delicadeza y sus opiniones. Quieren decir que, como sucede con cualquier otro gran poeta, él les hizo ver el mundo de una determinada manera; y que esa forma de contemplar el mundo desde su punto de vista es mucho más inspiradora y comprensiva. Pero cuando el obispo les dice que no conocen los hechos de San Francisco, no quiere decir que el santo tenga una visión del mundo o una opinión particular y diferente. Lo que quiere decir es que San Francisco no disponía de agua corriente, caliente y fría, en su cuarto de baño; que no se ponía una camisa limpia y bien planchada todos los días; que no mandaba su ropa interior a la tintorería más prestigiosa de Birmingham todas las semanas; que no se limpiaba los zapatos con crema, no se perfumaba la ropa, etc. Y *eso* es lo que el señor obispo llama la verdad de San Francisco. Todo lo demás, incluyendo lo que el santo pudo hacer, no es más que un barrunto confuso de sentimentalismo.

Éste es el profundo problema que hemos querido ilustrar con esta simple anécdota. ¿Cómo podríamos hacer comprender a esas personas tan superficiales que no nos estamos dejando llevar por el sentimentalismo hacia

San Francisco; que no estamos haciendo de él un retrato elegante y poético; que no estamos como cabras cuando hablamos así de él; que simplemente nos limitamos a exponer la figura de San Francisco? Estamos presentando una mente admirable; de la misma manera que Platón podría hacerlo, ya se tratara de su propia mente o de la de cualquier otro. No pensamos sobre el obispo Barnes y sus tonterías de modo distinto a como pensaría cualquier platónico de las bromas que se pudieran hacer sobre Aristófanes o Sócrates. Tal vez hubiera personas que vieran esa mente a través de una bruma de falsos sentimientos; tal vez lo hicieran con un entusiasmo exagerado; como aquellos herejes que hicieron de San Francisco un personaje más importante que Cristo, y fundador de un nuevo orden. Pero incluso esos fanáticos se parecían más a los filósofos que ese caballero que se contenta con decir, ya sea sobre un santo o sobre un falso dios, que las lavanderías a las que solía llevar su ropa blanca no eran precisamente de la mejor calidad. La cosa, resumiendo, queda ya bastante clara. Hemos de ser nosotros los que debemos pensar sobre el auténtico Francesco Bernadone, incluso sobre ese realista Francesco Bernadone, ese hombre al que admiramos por su mente y por su temperamento. Y es precisamente ese individuo crítico el que está pensando en un Francisco irreal, en una especie de fantasma fruto de su visión de compararlo con lo que ve en un escaparate de Bond Street o con un tipo que vaya a la moda. Si es bueno para un ser humano ser feliz, aceptar plenamente las cosas que suceden o acoger al hombre que tiene al lado, entonces San Francisco era un hombre feliz, y más feliz que la mayoría de los hombres de hoy día. Si es bueno que el hombre sea compasivo, lo cual incluiría un gran número de cosas hacia las que sentir compasión, entonces San Francisco era compasivo, y más compasivo que la mayoría de los hombres actuales. Si es bueno que el hombre sea original, es decir, creativo y no meramente rutinario o convencional, que obre según lo que considera recto y sin miedo a la opinión de los demás, a la ruina o a la pobreza, entonces San Francisco era un hombre original, y más original que la mayoría de los hombres modernos. Todas éstas son, al mismo tiempo, pruebas personales y permanentes, que se refieren a la misma esencia del ego o de lo individual, y no se ven afectadas por los cambios que puedan surgir de la moda. Decir que todo esto es una cuestión puramente sentimental es decir que el sentimiento más íntimo y profundo del yo es simplemente mera sensiblería. Y, no obstante, ¿quiénes somos nosotros para impedir que las personas superficiales la llamen mera sensiblería? ¿Quiénes somos nosotros para hacerles darse cuenta de que no se trata de que nos sintamos unidos a un fraile medieval, sino que son

precisamente ellos los que tienen un apego sensiblero a ciertas convenciones modernas?

Tales críticos nunca han llegado a preguntarse realmente qué entienden ellos por «sentimiento», y todavía menos por «falso sentimiento». «Falso» es simplemente un término convencional de improperio para aplicarlo a «sentimiento»; y «sentimiento» es sencillamente un término convencional de improperio para aplicarlo a catolicismo. Sin embargo, sería mucho más aplicable a protestantismo en nuestros días. Las personas que pertenecen a esa religión se están quejando continuamente de que la teología es muy importante para nosotros, de la misma manera que se quejaban hace algunos siglos de que nuestro pensamiento fuera muy poco teológico. Pero, en la religión la teología es tan sólo un elemento de razón; esa razón que le impide ser una simple emoción. Hay un buen número de personas de mente abierta para las que es tan sólo una emoción; y resultaría muy poco justo que se la tachase tan sólo de sentimiento. Y no tenemos que ir demasiado lejos para encontrarnos con casos como éstos.

Si lográramos encontrar una escuela de críticos que estuvieran preparados para rendir culto divino a cierto personaje al mismo tiempo que dudaran de su divinidad; personas que se quitaran el sombrero en las iglesias al tiempo que niegan que ese ser divino esté presente en el altar; personas que insinúan que tan sólo se trata de un maestro religioso y que después vuelven a insinuar que hay que servirlo como si fuera el único maestro religioso; personas que siempre están dispuestas a tratarlo como un ser falible cuando se trata de sus rivales, pero que después lo invocan como una autoridad infalible cuando se trata de sus seguidores; personas que rechazan los textos sagrados que no convienen a su forma de pensar dogmática, y que después hablan con entusiasmo de aquellos otros que les convienen; que interpretan muy críticamente a casi todo cuanto dice y que después se arrastran ante un ideal empalagoso e impropio de hombres, malinterpretando lo poco que queda de sus palabras. Si hubiera una escuela o institución que criticase de esa manera a un personaje histórico, admitiríamos que prefiriesen no llegar a un enfrentamiento directo con él, sino que más bien lo rodearan con un «halo de falso sentimiento».

He aquí la distinción fundamental. Al menos nosotros no admitimos que el sentimiento sea sustituto de una declaración; y todavía menos lo consideramos una contradicción de algo que afirmamos. Puede haber expresiones devocionales que resulten emotivas, y hasta exageradamente emotivas, pero que no llegan a distorsionar en realidad ninguna definición

puramente intelectual. Pero en el caso de quienes nos critican la confusión se encuentra en su intelecto. No proclamamos que todas nuestras expresiones, ya sean pictóricas o poéticas, resulten adecuadas; pero el fallo se encuentra en la ejecución y no en el concepto que representan. Y existen conceptos que no son confusos. No decimos que cualquier muñeca pintada de azul y blanco constituya un símbolo perfecto de la Madre de Dios. Pero afirmamos que es menos contradictorio que la afirmación de que no existe el pecado original, y que más tarde se diga que es una manifestación mariolátrica el afirmar que no hay pecado original en María. No pretendemos admirar los ángeles de cera o las criaturitas de madera que ornamentan la mesa de la comunión. Pero no nos duelen prendas al afirmar que eso es menos dañino al ámbito intelectual que el hecho de que un obispo sugiera que el Huésped que allí se encuentra puede ser la Presencia divina, y que, sin embargo, los curas de la Iglesia anglicana traten de pasarla por alto. No nos hacemos ilusiones sobre la calidad literaria de un buen número de himnos religiosos de nuestro breviario, o de cualquier otro libro de himnos. Pero aducimos modestamente que si bien los versos que allí figuran son malos, no son ninguna tontería. Decir que creemos en un Dios personal, en una inmortalidad asimismo personal, en un amor divino que se extiende a todos los seres por ínfimos o perversos que puedan ser, y que todo eso se puede hacer sin la existencia de «un credo», *sí* es una necedad. Y estamos seguros de que cualquier agnóstico o ateo que se encuentre en su sano juicio también estaría de acuerdo en que es una necedad. Tanto la literatura como el arte devocionales no suelen tener una gran calidad; a veces porque la emoción sentida es demasiado real y demasiado fuerte; algo parecido a lo que sucede con las cartas de amor de hombres sabios, que más se parecen a las escritas por un loco. Otras veces esas carencias se deben a una auténtica limitación de la capacidad creativa del autor; pero jamás a un teórico rechazo de la razón, como sucede con los pragmáticos o con las tres cuartas partes de los modernistas. Y lo mismo cabe decir de que una simple distorsión emocional de los hechos haya podido influir en el concepto que la mentalidad actual pueda hacerse de San Francisco. Se trata, por el contrario, de una atracción sentida de mente a mente. Y cuanto más puramente mental sea el proceso, menos se verá interrumpido por estados de ignorante irritación producidos por la extrañeza que puedan causar las costumbres italianas o las circunstancias medievales. Y en este caso no existen problemas internacionales. Miles de ingleses que apenas conocen otra cosa que Inglaterra sienten un profundo afecto y una gran comprensión por San

Francisco. Sólo nos queda sentir verdadera compasión por aquellos otros infortunados ingleses que no pueden comprender.

XX
Sobre dos alegorías

Quizás fuera lo más justo afirmar que la iconoclastia moderna debiera aplicarse a los antiguos iconoclastas, y especialmente a los grandes puritanos, aquellos rompedores de ídolos que, durante tanto tiempo, fueron asimismo ídolos. El señor Belloc estuvo no hace mucho golpeando la estatua que en el Parlamento tiene Cronwell, con un martillete sumamente científico. Y en cuanto al señor Noyes[68] ha atacado de forma súbita la imagen de Bunyan[69] con algo más fuerte que una simple almádena. Confieso que en este último caso la cosa me pareció excesiva. No diré nada peor de Bunyan que lo que podría decir de muchos otros escritores clásicos; es decir, que es más conocido por sus mejores pasajes; y que muchos de los que presumen de conocerlo bien quedarían profundamente sorprendidos si leyeran aquellos otros fragmentos suyos que son francamente malos. Pero eso no es específico de Bunyan; y a este respecto me remito a lo que ya dije hace algunos años. Se puede hacer un estudio equilibrado y justo de la cultura y de las creencias si se compara el «Peregrinaje de los Cristianos» con el peregrinaje de *Piers Plowman*.[70] La alegoría puritana es mucho más clara (aunque no siempre lo sea) que la desconcertante miscelánea medieval. La alegoría puritana es más nacional, y en lo que se refiere al lenguaje y al estilo resultan obviamente más claros y comprensibles. Pero resulta mucho más pobre que la alegoría medieval. *Piers Plowman* trata de la muerte y de la resurrección de toda una sociedad en la que sus miembros se hallan totalmente unidos. En la última de las dos obras, el cisma ha «aislado al espíritu»; y en ella hay puro individualismo, por no calificarlo de simple terrorismo. Pero ahora diré tan sólo lo que ya dije antes: No quisiera dañar la estatua de John Bunyan que se encuentra en Bedford, y que se eleva mirando (en más de un sentido simbólico) hacia el lugar en el que estuvo preso. Pero quisiera que también hubiera una estatua de John Langland[71] elevándose con aspecto más natural desde las colinas de Malvern, y mirando a toda Inglaterra.

Pero hay un aspecto intelectual de este debate por el que me siento muy interesado. El señor James Douglas[72], que en cierta ocasión se me presentó como representante de la verdad protestante y que, ciertamente, constituye un representante de esa tradición, replicó al señor Alfred Noyes de una forma muy característica del estado actual de esa tradición. Le dijo que deberíamos admirar el genio literario de Bunyan sin tomar en cuenta para nada su obsoleta teología. Y aún añadió una comparación que me pareció muy provocadora; pues aseguró que, después de todo, eso es lo que hacemos cuando admiramos el genio de Dante y no lo hacemos con su obsoleta teología. Ahora bien, es necesario que hagamos aquí una distinción, si la mentalidad moderna quiere ser consecuente con el momento en que se encuentra. Si digo que la teología de Bunyan es obsoleta pero que la de Dante no lo es, pronto podré advertir la sonrisa de superioridad y de ligero desprecio que se plasmará en el rostro de mi amigo el señor Douglas. Me dirá que como soy papista considero que el dogmatismo papista sigue vigente. Pero el hecho es que él es protestante y piensa que el dogmatismo protestante está muerto. En mi caso, al menos defiendo la teoría católica porque creo que puede ser defendida. Seguramente los puritanos defenderían la suya si también les fuera posible defenderla. Pero lo cierto es que se halla tan muerta para ellos como para nosotros. No se trata simplemente de que el señor Noyes pida la desaparición de un desajuste; es que el señor Douglas afirma que no puede haber tal desajuste porque ya ha desaparecido. Ahora bien, la filosofía tomista, en la que Dante basaba su poesía, no ha desaparecido. No se trata de una cuestión de fe sino que se trata de un hecho. Cualquiera que visite París u Oxford, o cualquier parte del mundo en la que se discutan esas materias, le podrá decir que no ha desaparecido. Toda clase de personas, incluyendo aquellas que no creen, se refieren a ella y la debaten.

De hecho no creo que la gente de hoy día se ponga a debatir el sectarismo del siglo XVII. Si tuviera el privilegio de pasar unos cuantos días con el señor Douglas y sus jóvenes leones del *Daily Express* no dudo que debatiríamos y discreparíamos sobre muchos temas. Pero dudo mucho que se pusiera a decir de vez en cuando y con gran contento: «Oh, tengo que leerle este encantador pasaje de Calvino». También pongo en duda que sus jóvenes periodistas se dedicaran a pasarse unos a otros citas de los sermones de Toplady[73] sobre el calvinismo. Pero incluso muchos jóvenes actuales saben citar a Tomás de Aquino, del mismo modo que también mencionan a Aristóteles. Lo digo porque los he oído. Y hay determinadas ideas que flotan por ahí, incluso en la

prosa original de Santo Tomás, como sucede con la poesía de Dante o, pongamos por caso, de Donne.[74]

El caso de Bunyan es justo lo contrario del de Dante. En éste la teoría abstracta ilumina su poesía; las ideas resultan luminosas aun cuando las imágenes puedan mostrarse oscuras. En Bunyan son las figuras y los hechos humanos los que se muestran brillantes, mientras que el trasfondo espiritual no solamente es oscuro sino que se encuentra oscurecido por el paso del tiempo. Por supuesto que es muy cierto que en Dante las simples imágenes relatadas en la obra tienen un gran poder imaginativo. También es verdad que algunas de ellas se quedan obsoletas, en el sentido de que las anécdotas e incidentes lo son, y el juicio personal es eso: un juicio personal. Nadie puede olvidar la imagen de cómo va atravesando la penumbra del infierno aquel insolente trovador, portando su cabeza en la mano como una linterna que ilumina el camino de los egregios visitantes. Todo el mundo está de acuerdo en que semejante imagen tiene una gran fuerza poética al referirse a la violencia que puede ejercer en ciertos casos el orgullo del intelecto. Pero si alguien quisiera deducir de semejante imagen que ciertamente Bertrand de Born[75] fue condenado al infierno la respuesta es evidentemente que no. Dante sabía tanto sobre el destino escatológico de Bertrand como pueda saberlo yo. Lo único que sucede es que él se preocupó más por el tema; pero el conflicto personal que pudiera mantener al respecto es un asunto completamente obsoleto. No obstante tengamos presente que esas cosas no constituyen la teología de Dante, y que debemos dejar en paz a la teología católica.

En resumen: lejos de que su teología esté obsoleta, resultará mucho más cierto decir que todo es obsoleto excepto su teología. Que no llegara a gustarle un determinado caballero del sur es obsoleto; pero se trataba de un capricho particular, perteneciente más al ámbito de la demonología que al de la teología. Nos acercamos a la teología cuando llegamos al teísmo. Y si alguien llega a leer el pasaje en el que Dante tiene que enfrentarse al gigantesco problema de describir la Visión Beatífica, se encontrará con que pertenece a otro mundo de ideas que está muy por encima de la afortunada entrada a la Ciudad Dorada que se encuentra al final del *Pilgrim’s Progress.* Se trata de un pensamiento; de un pensamiento en el que un pensador, especialmente si se trata de un librepensador, siempre podrá pensar. No hay que venerar las imágenes del Dante más que otras. Pero siempre existe un ideal detrás de todas las imágenes; y es en las últimas líneas del *Paraíso* en

donde el espíritu del poeta parece que primero remonta el vuelo como un águila, y después se desploma como una piedra.

En esta comparación no existe nada que refleje el genio o la genialidad de la categoría o del nivel en el que se encuentra Bunyan; pero sirve para situarle en su propio nivel. Creo que se debe decir algo sobre la fuerte denuncia hecha por el señor Noyes; pero es una denuncia que nada tiene que ver con esta distinción. Por el contrario sería cosa fácil establecer la misma distinción entre dos personas que se encontraran en el ápice de su carrera literaria. Pienso que sería gran verdad decir que quienes disfrutan leyendo a Homero se interesan más por lo eterno de la humanidad que por lo efímero de la mitología. Al lector de Homero le interesan más los hombres que los dioses. Y hasta donde logro imaginar creo que a Homero le pasaba lo mismo. Es cierto que aquellos curiosos y caprichosos dioses olímpicos crearon una religión, pero es una religión que ahora se encuentra muerta. Es el Héctor humano quien, al morir, nunca fenece. Pero reconvendríamos al crítico que, tras probar esto al referirse a Homero, quisiera probar lo mismo con Platón. Protestaríamos si alguien dijese que el único interés que ofrecen actualmente los *Diálogos* platónicos se encuentra en la parte anecdótica y colorista que los envuelve, y en la alegre y jugosa descripción de la vida griega, pero que nadie se interesa hoy día por la filosofía de Platón. Diríamos que no es cierta esa comparación, y que si hubiera que hacerla sería justamente al revés. La filosofía de Platón será importante mientras haya filosofía; y la religión de Dante será igualmente importante mientras exista la religión. Y, sobre todo, será importante mientras exista esa religión lúcida y serena que está más en contacto con la filosofía. Nadie se atrevería a decir que la teología de un pensador baptista tiene ese toque sereno y lúcido, porque es necesario que en muchos puntos se mantenga necesariamente oscura. Y la razón es que dicha religión no logra hacer lo que hace la filosofía; no empieza desde el principio. Si nos remitimos al mero orden cronológico es verdad que tanto la peregrinación de Dante como la de Bunyan culminan en la Ciudad Celestial. Pero la de Bunyan se inicia en la Ciudad de la Destrucción. La mentalidad de Dante, como la de su maestro Santo Tomás, empieza y termina en la Ciudad de la Creación. Inicia y concluye en ese foco ardiente en el que empiezan todas las cosas. Él contempla su ciclo desde el final acertado, aunque lo inicie desde el equivocado. En una obra tan personal como *The Pilgrim's Progress* de Bunyan se inicia con los pecados del hombre y con el pánico que producen. Este intenso individualismo le concede una gran fuerza, pero no está en su naturaleza el dotarlo de una gran variedad ni amplitud. El cielo es

el cielo; sin embargo, el caminante no se hace muchas ideas sobre él excepto que constituye su refugio. Resulta típico de ambos métodos, cada uno de los cuales se muestra muy real a su manera, que Dante podría haber dedicado todo un volumen, es decir, un tercio de su gigantesca epopeya, para describir las cosas del Cielo; mientras que en la obra de Bunyan el libro concluye en el momento en que se abren las puertas del Paraíso.

Creo que vale la pena hacer esta anotación sobre el comentario crítico del señor James Douglas, porque es un comentario que también se habrían hecho fácilmente muchas otras personas hoy día. Pero está fundamentado en una falacia; en la idea de que la elección entre las filosofías vivas y las muertas es la misma que la elección entre las viejas y las nuevas filosofías. Eso es algo que no es verdad ni en el caso de Platón ni en el de Dante. Y al margen de nuestra propia filosofía, podemos ser conscientes de que algunas de las filosofías más antiguas son las que están más vivas.

XXI
Las supersticiones protestantes

Descubriremos que en aquel delicioso juego de adivinanzas que tanta inocente distracción proporcionó a muchas familias católicas, en aquel juego que consistía en adivinar en qué línea exacta de un artículo aparecía una determinada palabra, el deán de San Pablo introdujo el término «antídoto del Anticristo». También había otro, el del «complot papista descubierto», que era uno de nuestros juegos de salón que mucho me entretuvo hace algún tiempo como sustituto del crucigrama. Fue por entonces cuando hallé un ejemplo muy afortunado: iba a escribir «familias católicas», y por la influencia de las asociaciones escribí «hogares católicos». Imagino que el deán piensa que incluso en esta época del año mantenemos encendidas nuestras chimeneas hogareñas, como un fuego de Vesta[76], en permanente espera de volver a prender las hogueras de Smithfield.[77] En cualquier caso esta clase de juegos de habilidad o crucigramas raramente resulta decepcionante. El deán ya ha debido haber intentado un centenar de maneras que puedan llevarle a su amado tema; e, incluso, a ocultarlo, como si se tratase de una batería artillera camuflada, hasta que llegue el momento propicio de descargar toda una furiosa andanada. Después el crucigrama deja de ser un rompecabezas, aunque los interrogantes sigan mostrándose bastante patentes; en especial los que están dedicados al gran proceso histórico de borrar la Cruz.

En el caso de este artículo concreto, el lector tendrá que esperar hasta el final para descubrir su esencia real, perdida en un auténtico laberinto de palabras. Creo que se trataba de un artículo sobre las supersticiones; y tratándose de un artículo periodístico de estilo moderno, era obvio que estuviera dedicado a discutir el tema de la superstición sin entrar a definirla. En un artículo tan brillante como ése el autor se ve obligado a dejar muy claro que no le gustan ese tipo de cosas. Hay algunas de ellas que a mí tampoco me gustan. Pero un escritor de esta clase no se muestra razonable ni siquiera cuando tiene razón. Un individuo así debiera disponer de objeciones un poco

más filosóficas para atacar las historias de mala suerte calificándolas sencillamente de credulidad. Del mismo modo que debiera disponerse de objeciones más filosóficas a la misa que la de calificarla sencillamente de acto mágico. No se puede refutar a los espiritualistas diciendo tan solo que creen en los espíritus; como tampoco se puede refutar a los deístas demostrando que creen en la divinidad. Credo, creencia y credulidad son palabras que tienen un mismo origen y se pueden emplear de múltiples formas. Pero cuando una persona asume la postura absurda de creer lo que cualquier otro pueda creer, ante todo quisiéramos saber en qué cree, cuáles son los principios en los que cree; y, sobre todo, en qué cosas no cree. En el artículo de periodismo metafísico del deán no existe la menor traza de todo esto. Si se hubiera detenido un momento para definir estos principios o, dicho de otro modo, nos hubiera explicado de qué estaba hablando, habría habido lugar en ese artículo para un análisis tan abstracto. Y, por supuesto, no habría habido lugar para la alarma contra el Papa.

El deán de San Pablo va directo al asunto en un párrafo de la segunda parte de su artículo en el que desvela a sus lectores todos los horrores de una cita sacada de Newman. Se trata de un impresionante y vergonzoso pasaje en el que el degradado apóstata dice que es feliz con su religión y con las cosas de esa religión que le rodean; que le gusta tener objetos que hayan sido bendecidos, que vive un sentimiento de protección con las oraciones, con los sacramentos y todo lo demás. Y que una felicidad de esa clase satisface su alma. El deán, tras ofrecernos una rápida visión de la condición espiritual del cardenal, baja el telón con un gruñido y nos dice que eso es paganismo. ¡Qué diferencia con la ortodoxia cristiana de un Plotino![78]

Es justamente esa rápida visión del deán la que me interesa precisamente en este tema; y no tanto en lo que se refiere al alma del cardenal como a la mentalidad del deán. De repente me pareció ver con mayor claridad que nunca la verdadera cuestión existente entre él y nosotros. Y lo curioso de tal cuestión es que lo que él piensa de nosotros es justamente lo mismo que pensamos nosotros de él. Pero lo que me parece más fuerte, al considerar un caso como el del deán y su cita del cardenal, es que el deán es un hombre de notable inteligencia y cultura, que siempre resulta una persona interesante, incluso justo en ciertas ocasiones o, cuando menos, un hombre que sabe justificarse; pero que, sobre todo, es el campeón de la superstición. El hombre que real y verdaderamente defiende una superstición, tal como lo entiende la gente cuando quiere definir el término «superstición». Lo que resulta más divertido es que, en cierto sentido, se trata de una superstición pagana. Pero lo

que todavía se hace más interesante, hasta donde yo entiendo, es que el deán es un devoto de lo que podría calificarse de una superstición supersticiosa por excelencia. Lo que pretendo decir es que se trata de un caso especial de superstición *local.*

El deán Inge es una persona supersticiosa porque venera una reliquia; una reliquia en el sentido de un residuo. Está adorando de forma idólatra el fragmento de algo; y simplemente porque ese algo sucedió en el pasado en un lugar llamado Inglaterra, y en la forma llamada «cristianismo protestante». Es algo así como si un patriota local se pusiera a venerar la efigie de Nuestra Señora de Walsingham[79] sólo porque se encuentra en Walsingham, sin tener en cuenta que esa Virgen está en el Cielo. Incluso es como si venerara un pedacito de piedra desprendida del pie de la efigie y se olvidara de dónde procede, y hasta de la misma Nuestra Señora. No creo que sea supersticioso mostrar respeto por el pedacito en relación con la efigie, o de la efigie con la santa, o de ésta en relación con todo el planteamiento de la teología y de la filosofía. Pero lo que considero supersticioso es el hecho de venerar, o incluso aceptar, el fragmento porque sucede que está ahí. Y el deán Inge acepta el fragmento llamado protestantismo simplemente porque «está ahí».

Consideremos por un momento todo este asunto como lo haría un filósofo; es decir, en un ámbito universal que esté por encima de todas las supersticiones locales, como la del deán. Es evidente que para las personas razonables hay tres o cuatro escuelas filosóficas o interpretaciones de la vida; y que en gran medida dichas filosofías se encardinan en grandes religiones, o en el amplio sector de la irreligión. Están los ateos, los materialistas, monistas o como quieran llamarse, que creen que en definitiva todo es material, y que todo lo material es mecánico. Sin lugar a dudas se trata de una interpretación de la vida; no es muy brillante ni estimulante pero en todo caso es una interpretación en la que se pueden encajar muchos acontecimientos de la existencia. Después está el hombre corriente con su religión natural que acepta la idea general de que el mundo tiene un diseño y, por consiguiente, un diseñador; pero que siente que tal Arquitecto del Universo es un ser inescrutable y remoto, tan remoto para los hombres como para los microbios. Esa clase de teísmo es perfectamente cuerdo y, en realidad, constituye el antiguo fundamento de la sólida, aunque un tanto anquilosada, cordura del islam. Hay también otro tipo de persona que cree que la carga de la vida es tan pesada que desea renunciar a todos los deseos y a todas las divisiones, y reunirse con una especie de unidad espiritual y de paz de la cual (según él piensa) nuestros yoes nunca debieron separarse. Ésta es la forma en que

interpretan la existencia los budistas y muchos otros metafísicos y místicos. Hay una cuarta clase de personas, a las que a veces se las llama místicos aunque con más propiedad debería calificarse de poetas, y que en la práctica se les llamaría «paganos». Su punto de vista es el siguiente: vivimos en un mundo crepuscular que no sabemos en donde termina. No sabemos mucho de monoteísmo ni tampoco de monismo. Puede haber una zona fronteriza, un mundo que esté más allá del que conocemos, pero del que sólo percibimos vislumbres cuando nos llegan. Podemos encontrarnos con una ninfa en el bosque, o bien podemos ver hadas en las montañas. No sabemos lo suficiente sobre el mundo natural como para que neguemos la existencia del preternatural. Tal fue, en la Antigüedad, el aspecto más saludable del paganismo. Y ése es, en la actualidad, la parte racional de espiritualismo. Todas estas interpretaciones son igualmente posibles dentro de un contexto general. Y todavía nos queda una quinta interpretación, que es, como mínimo, igualmente posible, si bien ciertamente más positiva.

La esencia de esta última posición queda bien expresada en un poemita muy hermoso que escribió M. Cammaert sobre las campánulas: *Le ciel est tombé par terre.* El Cielo ha *descendido* al mundo de la materia; el supremo poder espiritual actúa ahora a través de la maquinaria de lo material, operando de forma milagrosa en los cuerpos y en las almas de los seres humanos. Bendice los cinco sentidos; del mismo modo que los sentidos de un bebé quedan bendecidos con el bautismo católico. Incluso bendice los dones y recuerdos materiales, como pueden ser las reliquias o los rosarios. Actúa a través del agua o del aceite, del pan o del vino. Ahora bien, esta clase de materialismo místico puede agradar o disgustar al deán, o a cualquier otra persona. Pero por mi vida que no logro entender por qué el deán, o cualquier otra persona, no logra *ver* que la Encarnación forma parte de esta idea igual que la misa; y que ésta forma tanta parte de la idea como la Encarnación. Un puritano puede considerar blasfemo que Dios se convierta en una hostia. Un musulmán pensará que es blasfemo creer que Dios se convirtiera en un carpintero de Galilea. Y, bajo su punto de vista y teniendo en cuenta sus principios básicos, es plenamente correcto que piense así. Pero donde el musulmán tiene un principio, el protestante sólo tiene un prejuicio. Es decir, él sólo posee un fragmento, una reliquia, una superstición. Si es profano que lo milagroso descienda al plano de lo material, entonces el catolicismo es profano, el protestantismo es profano y el cristianismo es profano. En este sentido, de todos los credos o concepciones religiosas humanas, el cristianismo es el más profano. Pero lo que no logro entender es por qué se

acepta el hecho de que el Creador se convierta en carpintero, y después se rechaza el agua bendita. O por qué se ha de aceptar la tradición protestante de que Dios nació en un determinado lugar mencionado en la Biblia, simplemente por el hecho de que la Biblia es algo que se puede encontrar en Inglaterra, y después se diga que resulta increíble que los huesos de un santo sean objetos benditos; por qué se acepta la primera parte, y la más espléndida, de la historia del Cielo en la Tierra, y después se rechazan unas cuantas consecuencias de ese hecho. Todo eso es algo que nunca logré entender, y que no lo entenderé jamás. Sólo puedo atribuirlo a la superstición.

XXII
Sobre el valor y la independencia

Cuando se nos presiona e insulta por nuestra obstinación en decir la misa en una lengua muerta, nos sentimos tentados de replicar a esas personas que no son ellas precisamente las más indicadas para hablar en defensa de las lenguas vivas. Si consideramos lo que han hecho con la noble lengua inglesa, comparada con el inglés del Libro de Oraciones anglicano —y dejamos en paz el latín de la misa— tenemos la impresión de que el desarrollo que han hecho de la lengua bien puede considerarse degenerado.

A la lengua que se considera muerta no se la puede etiquetar de degenerada. Seguramente incluso nuestros adversarios podrán comprender que nos refugiemos en ella cuando la palabra «inmaculado», en el lenguaje coloquial se refiere tan sólo a la blancura de las camisas; o que «unción» no signifique la Extremaunción, sino simplemente una especie de rectitud empalagosa. Es innecesario decir hasta qué punto han perdido las cualidades morales su capacidad mística; y con ella toda su dignidad, delicadeza y espontaneidad espiritual. La caridad, que representó el núcleo más ardiente del mundo, se ha convertido en el nombre que se da a una especie de pomposo patronazgo de los pobres que en nuestros días se está convirtiendo en una especie de servidumbre para estos mismos pobres.

Pero todavía existen ejemplos más sutiles de la degradación de este tipo de términos. Y creo que un ejemplo de esta degradación, todavía peor que el sufrido por la palabra *caridad,* es el término periodístico que suele otorgarse a la palabra *valor*.

A cualquier autor que, viviendo de la forma más confortable y segura que pueda darse, se le ocurriera escribir una novela o una obra de teatro que provocase tan sólo una mínima sensación en los medios sociales más elegantes de Londres, se le calificaría rápidamente de «arriesgado», aunque nadie lograra saber a qué tipo de peligro se está arriesgando. Me estoy refiriendo, naturalmente, a peligros mundanos; o a ese único tipo de peligros en los que él puede creer. Supongo que el hecho de que pueda ser halagado

por todos aquellos a los que considera cultos, y débilmente criticado por quienes considera pasados de moda, no es precisamente un hecho determinante para considerar a ese mencionado autor como un heroico guerrero, o como un mártir que ha tenido el valor de soportar semejante prueba de valor.

Hace no mucho, el crítico de un periódico dominical se dejaba arrastrar por una especie de frenesí admirativo ante el «valor» de una obrita teatral de poca monta en la que un soldado se mostraba tan histérico como una damita boba porque no podía soportar la crueldad de quienes suponía que deberían defender a su país. Resulta bastante divertido que su idea del valor se acercara a lo que podría entenderse como una defensa de la cobardía. Pero se trata de esa clase de defensa que hemos oído mencionar mil veces durante la reacción vivida tras la guerra. Y el valor al que se hace referencia es tan grande como el que se emplea al mencionar cualquier otra cita sobada y convencional del momento; una tontería como la de referirse al matrimonio como algo absurdo o hablar de la atractiva personalidad de Judas Iscariote. Todas estas cosas se han convertido en tópicos que siguen pretendiendo ser muy valientes. Algo tan falso como esos soldados que siguen pavoneándose en sus uniformes cuando la guerra ya ha terminado.

La Iglesia católica, como guardiana de todos los valores, también guarda y protege el valor de las palabras. Espero que sus fieles no caigan en esta estupidez tan convencional y cómoda. No es necesario que los católicos actuales tengan necesidad de demostrar ahora el valor que implicaba el serlo en otros tiempos. Ciertamente se necesitaba valor cuando el ser católico era motivo para que te pudieran agredir o matar. Hasta se necesitaba valor cuando se corría el peligro de que te pudiera aplastar una multitud enardecida. Pero incluso esas situaciones las contempla ahora nuestra sutil psicología con cierto desagrado.

Pero confío en no sentir ninguna repugnancia por estar completamente en contra del obispo Barnes[80], o porque Jix[81] me mire sospechosamente. Cosas de ese calibre casi resultan auténticos placeres intelectuales. Incluso estimulan una cierta tentación a la vanidad intelectual. Ojalá estemos exentos de una cosa así; y esperemos que tampoco nos quedemos completamente privados de ocasiones en las que podamos mostrar nuestro valor. Pero la mayoría de ellas se harán patentes en la vida privada y en algunos otros aspectos de la vida pública; al saber resistir el sufrimiento o las pasiones, o al saber desafiar las amenazas económicas y la tiranía de nuestro tiempo. Pero no nos volvamos tan necios como los racionalistas y los realistas, adoptando

el papel de mártires que jamás fueron martirizados por enfrentarse a tiranos que hace siglos que han desaparecido.

Pero aunque el nombre de esta virtud se ha visto tan deteriorado que cueste emplearlo incluso cuando resulte exacto, y no digamos cuando se muestra exagerado, existe una cualidad en cierto modo análoga que el mundo moderno elogia con la misma fuerza y que se ha perdido casi por completo.

Dejando a un lado el sentido estricto del valor católico, habría que decirle algo al mundo sobre la independencia intelectual católica. Por supuesto se trata de la única cualidad que todos suponen que han perdido los católicos. Y es también, en estos momentos, la única cualidad que los católicos creen que ha perdido todo el mundo. El mundo actual muestra muchas señales, buenas unas y malas otras; pero con mucho la más vigente es el abandono del razonamiento individual en pro de la prensa, con sus trucos y sugestiones, y de la producción y la psicología masivas. La fe católica, que siempre preserva una virtud que no está a la moda, es la única que, en estos momentos, sostiene la independencia del intelecto del ser humano.

Quienes nos critican, a la hora de condenarnos siempre proceden en una especie de círculo argumentativo. Afirman que en la Edad Media todos los hombres tenían una mentalidad estrecha. Cuando descubren que muchos de esos hombres eran muy inteligentes insisten en que tales personajes no sólo estaban en contra de las ideas medievales sino también contra el catolicismo. No había ningún católico inteligente, porque cuando eran inteligentes no podían haber sido realmente católicos. Este argumento circular aparece hoy día, con ligeras modificaciones en el pensamiento independiente. Consiste en extender a todo el catolicismo lo que en realidad son ideas independientes de distintos pensadores católicos. Empiezan por asumir (lo que han oído decir) que Roma suprime de forma drástica *todo* tipo de variedad en la forma de pensar, por lo cual el pensamiento de los papistas es siempre el mismo. Así pues, si uno de ellos muestra un interesante avance en sus opiniones dicen que Roma debió habérselo impuesto y, por tanto, también a todos los demás católicos romanos. Yo mismo he expuesto algunas ideas de tipo político y económico, de las cuales ni siquiera se me pasó por la cabeza decir que fueran distintas de las que cualquier católico leal pudiera exponer. Pero no quisiera poner ningún otro ejemplo que no se refiera a mis poco importantes opiniones.

En cualquier caso, mi propia experiencia de este mundo moderno me dice que los católicos son mucho más individualistas que el resto, en lo tocante a sus opiniones generales. El señor Michael Williams, el animoso propagador

del catolicismo en América, expuso esa razón como algo muy convincente para el rechazo a fundar o a unirse a cualquier tipo de partido político católico. Decía que los católicos se entienden muy bien en lo referente al catolicismo, pero que es sumamente difícil que sepan entenderse en cualquier otra cosa. Yo estoy de acuerdo con semejante opinión, que he visto confirmada al reunir datos sobre la mayoría de los grupos religiosos; por ejemplo, con lo que llamamos las iglesias libres, que constituyen lo que también se denomina conciencia inconformista, y que está representada por una maravillosa unidad moral y por la difusión de una especial atmósfera espiritual. Pero dichas iglesias libres no se mostraron libres, fueran lo que fueran. La cosa más sorprendente y llamativa que se puede decir de ellas es la *ausencia* de cualquier rechazo de los ideales comunes en que se apoya la conciencia. La conciencia no conformista no era la conciencia normal; difícilmente hubieran pretendido sus miembros que la mayoría de la humanidad estuviera de acuerdo con ellos respecto a temas como la bebida o las armas. Pero todos ellos estaban de acuerdo entre sí sobre estos temas. Cualquier pastor no conformista que se alzara para defender la existencia de los bares, o la venta pública de pistolas u otras armas hubiera resultado un espécimen más extraño que un auténtico hereje en un sistema mucho más jerarquizado. Se trata evidentemente del hecho de que *todos* estos individuos apoyan la idea de lo que llaman «moderación»; que, en realidad, parece ser una denuncia intemperante del beber de forma moderada. Era una actitud muy parecida a la que todos mostraban sobre lo que denominan «paz»; teoría que, hasta donde he podido columbrar, no era más que una forma de debilitar el sistema armamentístico que llevaría al desastre total en caso de guerra. Pero de lo que se trata aquí no es del desacuerdo que yo pueda mantener con ellos, sino de si alguna vez ellos han discrepado entre sí. Y al menos una cosa es cierta, que en cuestiones de esta índole ellos discrepan entre sí mucho menos de lo que lo hacen los católicos. Aunque la cultura tradicional y el símbolo sacramental del vino sirva para que la mayoría de los católicos se muestren moderados a la hora de consumir alcohol, ha habido muchos católicos eminentes que fueron abstemios en un grado que difícilmente podría llamarse moderado. El gran cardenal Manning advertía a sus seguidores contra esta idea mantenida en privado, del mismo modo que lo hacía en el caso de otras excentricidades radicales, como la de hacerse amigos de Stead[82] o defender al Ejército de Salvación. No se trata aquí de afirmar si tenía o no razón. El tema es que él pensaba que tenía razón cuando todo su mundo religioso pensaba que estaba equivocado, y así se lo dijo en más de una ocasión. Usted

no lograría encontrar a nadie en el Ejército de Salvación que defendiese el consumo del güisqui irlandés y sí podría encontrar personas como el padre Matthew[83] que lo denunciasen.

Según mi experiencia, los mismos hechos podrían apoyarse de mil maneras. El otro día el deán Inge observaba que el señor Belloc era el único individuo de Inglaterra que creía que Dreyfus era culpable. Podía haber añadido que también era casi el único hombre de Inglaterra que sabía algo sobre los hechos del caso que fueron suprimidos en los periódicos ingleses. De todos modos, la frase es una exageración, porque varias personas, como Rusell Presidente del Tribunal Supremo[84], a quien no se le puede tachar de incompetente para juzgar las pruebas, y el viejo Harry Labouchere[85], al que tampoco se le puede acusar de militarista, eran de la misma opinión. Pero, resumiendo, sí es verdad que el señor Belloc, en su etapa juvenil, se encontró prácticamente solo en casi todas las reuniones en las que los ingleses discutían el tema. En realidad no fue la única ocasión en la que se encontró solo, según yo tengo entendido. Podría dar una lista tan larga como este artículo de temas en los que se mostró opuesto a la opinión de todo el mundo y, en algunas ocasiones, también a la mía. Para mencionar tan sólo algunos puntos, más o menos importantes, probablemente fue la única persona que afirmó que Lewis Carrol había sido sobrevalorado; que Byron y Longfellow no lo habían sido; que el ingenio es superior al humor; que la revista *Ally Sloper's Half-Hollyday* era superior a *Punch*[86]*;* que Jaime II se destacó por ser un patriota inglés sospechoso de tener influencias francesas; que el crimen político irlandés podía ser realmente tan excusable como el crimen político ruso (del viejo régimen); que la mitad de la moderna legislación a favor de la mano de obra es parte de un plan para restablecer la esclavitud pagana; que una de las señas de identidad de la cultura protestante era tolerar el catolicismo, y que la de la cultura católica era perseguirla; y muchas otras opiniones que podrían considerarse fácilmente como paradojas. E hizo tales afirmaciones porque es católico; lo que no quiere decir que otros católicos dijeran lo mismo. Por el contrario, es posible que dijeran y pensaran completamente distinto. No es que necesitaran estar de acuerdo con él, sino que él necesitaba estar en desacuerdo con ellos. Aparte de su propio temperamento, los católicos difieren más que un batallón de patriotas anglicanos o de sólidos inconformistas liberales; por no hablar de las clases medias de algunas regiones de Inglaterra, en las que prevalecen modelos muy rígidos. Los católicos tienen dos o tres verdades trascendentales en las que todos están de acuerdo, pero se complacen en discrepar de todo lo demás.

Bastará echar un vistazo a la literatura actual, escrita por otros católicos además del señor Belloc, para confirmar lo que estoy diciendo.

Por ejemplo puedo tomar un libro como la notable y reciente obra del señor Christopher Hollis[87] *La herejía americana.* Ahora bien, seguramente nadie en sus cabales diría que todos los católicos creen que los estados esclavistas debieran haber ganado la Guerra de Secesión; que Estados Unidos nunca debió extenderse más al oeste del estado de Tennessee; que Andrew Jackson era un salvaje; que Abraham Lincoln fue un fracaso; que Calhoun era igual que un pagano de la vieja Roma, o que Wilson no fue más que un arrogante y deshonesto maestro de escuela. Estas opiniones no forman parte del sistema católico, pero sirven para ilustrar la libertad católica. E ilustran exactamente la clase de libertad que el mundo moderno no ha logrado: la auténtica libertad de la mente. Ya no se trata de la libertad otorgada por reyes, capitanes o inquisidores. Es la libertad que parte de los eslóganes, de los titulares de periódicos, de las repeticiones hipnóticas y de los tópicos que nos imponen los anuncios y los periódicos.

Resulta una gran verdad decir que el lector promedio del *Daily Mail* y de *El perfil de la historia*[88] se inhibe de este tipo de actividades intelectuales. Es cierto decir también que este lector *no puede* pensar que Abraham Lincoln fuera un fracaso. También lo es decir que *no puede* creer que una nación debiera haberse negado a extender su territorio como lo ha hecho. No puede llegar a pensar de ese modo, ni siquiera de forma experimental; porque es necesario salirse del surco trillado que ha sido marcado por las opiniones y por el periodismo modernos, que se mueven siempre de la misma manera.

Estas gentes modernas quieren entender por actividad mental una especie de tren que cada vez va más rápido y por los mismos raíles a la misma estación; o que aumenta el número de sus vagones que llegarán asimismo al mismo lugar. La única idea que parece haberse evaporado de sus mentes es la de un movimiento voluntario aunque siempre dirigido hacia el mismo fin. De este modo no solamente han fijado los fines sino también los medios. Han impuesto, no sólo las doctrinas, sino también las palabras. Están unidos no solamente en lo tocante a la religión, que es definitivamente unificadora, sino también en todo lo demás. Hay elogios formales para el pensamiento libre; pero incluso tales elogios tienen una forma establecida. Millares de personas que jamás aprendieron a pensar se ven compelidas a expresar lo que les dicte su imaginación sobre Jesucristo. Pero, de hecho, se les prohíbe pensar de otra manera que no sea la ya establecida. Por todo ello merece la pena señalar que es el católico el único que logra pensar por su propia cuenta.

XXIII
El hindú nórdico

Yo no puedo, como hacen algunos, encontrar en la persona del doctor Barnes a un obispo muy apasionante por el simple hecho de que sea un evolucionista a la moda de hace cincuenta años y un protestante perseguidor a la moda de hace ochenta. Sus opiniones son muy aburridas, aunque debo admitir que, a veces, sus argumentos resultan divertidos.

Su desenfreno llegó al límite en una observación que hizo al explicar que el folklore del Mediterráneo había estado marcado por las naciones nórdicas, sean éstas las que fueren. Añadía también de forma tajante que las metafísicas de la India y la China son mucho más importantes que las nuestras. Pero el comentario que coronó toda esta ristra de peregrinas ideas fue su aseveración de que Roma es provinciana.

Esto me recuerda el sistema pedagógico que incluye en los exámenes formularios de preguntas para comprobar el conocimiento de los alumnos. Una cosa, más o menos, así:

1. ¿De qué lengua procede la palabra «provinciano»?
2. ¿A qué provincias suele referirse?
3. Si Atenas, Antioquia, Roma y Jerusalén son ciudades provincianas, ¿cuál es su metrópoli?
4. ¿Cuáles son las razones que apoyan el hecho de que Birmingham ocupó esta posición metropolitana desde los tiempos más remotos?
5. Explique brevemente la conquista de la Europa Meridional y el Próximo Oriente por los emperadores de Birmingham.
6. ¿En qué fecha se rebeló el Papado contra la Diócesis de Birmingham?
7. Explique el significado del proverbio clásico «Todos los caminos conducen a Birmingham».
8. Debata la siguiente observación: «El pueblo nórdico más encantador que conozco es el de los queridos chinos».
9. ¿Por qué el folklore de los hindús es mucho más aceptable que el de los romanos?

10. ¿Cuándo irá de gira por las provincias el obispo de Birmingham?
11. Las respuestas deberán enviarse antes de que se produzca la separación del Estado de la Iglesia de Inglaterra. Se prohíbe a los sacerdotes prestar ayuda a los candidatos.

En realidad no encuentro otra forma que tenga el menor viso de seriedad para tratar esta increíble observación. Naturalmente, todavía resulta más increíble y extraordinaria por las otras observaciones referentes a chinos e hindúes. Ahora ya conocemos todo cuanto se refiere al hombre nórdico; al menos todo lo que cualquiera pueda saber sobre un personaje que no existe. Por ejemplo, sabemos que hasta el otoño de 1914 solía ser llamado hombre teutónico. Por aquellos días el deán Inge solía mostrarse su más ferviente admirador, incluso lo era más que ahora. En cierta ocasión citó profusamente, y todavía lo cita ocasionalmente, a aquel glorioso patriota inglés, el señor Houston Stewart Chamberlain.[89]

Ya hemos comprendido plenamente que todos los hombres nórdicos eran como dioses, con hermosos y largos cabellos rubios y de talla gigantesca; por eso nos resulta muy agradable saber que también nosotros somos hombres nórdicos. Aunque, por desgracia, los alemanes son todavía más nórdicos, altos y bellos que nosotros; al menos ellos lo dicen así, y deben saberlo. El pobre teutón fue un poco impopular durante unos cinco años, más o menos; pero ahora está volviendo a ascender a las alturas para mejor sentir la fuerza solar, como les sucedió a los reyes tras la caída de Napoleón, en el poema de la señora Browning.[90] Como hicieron otros muchos, también él cambió el nombre durante la Guerra. Ahora es completamente nórdico y nada teutónico.

Como todo su empeño en este mundo es, y siempre fue, auto alabarse y exaltar la virtud del orgullo, virtud que ha estado tan infravalorada por los cristianos, resulta completamente natural que desprecie a los «dagos»[91] y hable de la infracultura de las criaturas sin ley. También es perfectamente comprensible que afirme que todos los españoles no son más que una despreciable casta de toreros y los italianos unos viciosos organilleros. También es posible que en algunos momentos nos hable de la perezosa incompetencia de Napoleón y de la impotente languidez de Mussolini.

A todo esto nos hallamos acostumbrados. Es lo que se puede esperar del hombre nórdico. Nadie llegaría a imaginarse nunca que el hombre nórdico pudiera enfrentarse a los hechos que tiene ante sus narices, o que aprendiera algo incluso de su propia experiencia. Siempre lo tuvimos muy claro, como una especie de comprensión mutua. Por un lado teníamos al hombre nórdico que era un tipo noble porque era protestante y tenía el pelo rubio; y por otro,

teníamos al católico meridional, una especie de animal de clase baja, que era moreno y supersticioso. Pero, ¿por qué el hindú? ¡Oh, Venerable Padre Dios, amoroso pastor de almas!, ¿por qué el hindú?

¿Por qué se nos dice ahora que aprendamos de unas gentes que tienen el cabello bastante más oscuro y viven todavía mucho más lejos del Círculo Ártico? ¿Acaso no son una raza inferior, conquistada por el imperialismo atronador de Birmingham? ¿Acaso no pertenecen a ese grupo de gentes sin ley? ¿Habremos de ir a Asia para escapar del folclore y de la magia? ¿Acaso no han mostrado nuestros queridos hindúes alguno de los graves errores que exhiben impúdicamente los romanos? Si los latinos son idólatras, ¿es que no han tenido ídolos los indios? Si la Europa meridional está ligada a la mitología, ¿acaso el Asia meridional es un mundo en donde brilla la pura razón jamás empañada por la fuerza de los mitos?

La explicación, la única explicación que puedo sugerir, es la que ya he expuesto en anteriores ocasiones. Se trata de una simple palabra; y ésa palabra es *desesperación.* Todo el mundo sabe que cuando una campaña militar empieza a fracasar se producen inevitables e incluso excusables tentaciones en todos los jefes militares del bando vencido de reducir los patrones de calidad de los soldados y alistarlos en donde sea y como sea. Esto es algo que ha sucedido una y otra vez entre las razas llamadas blancas; y es algo que está sucediendo constantemente en su relación con otras razas. Así es como han procedido holandeses e ingleses en las contiendas de Sudáfrica, obligados a hacer uso de los nativos, tanto para la guerra como mano de obra. Se ha criticado a Francia porque su ejército se abastecía de hombres de color. Aunque siempre me pareció injusto que la criticáramos precisamente nosotros que empleamos tropas de color en todas partes de nuestro Imperio.

De todos modos es éste un sistema al que recurren todos los jefes militares que se ven en apuros, aunque frecuentemente lo hagan muy a su pesar. Es algo muy parecido a lo que hace el obispo de Birmingham cuando solicita ayuda a los hindúes. Él ha alcanzado la posición en la que acepta refuerzos de cualquier parte, excepto de Roma. Roma tiene que ser provinciana, aunque sea lo único provinciano que exista en el mundo. Roma tiene que ser bárbara; aunque todos los bárbaros de la tierra se hayan conjurado para saquear la ciudad.

Y cuando se llega a este punto no resulta difícil ver que es la misma invasión y espoliación de la que dice proclamarse Ciudad Santa; la única y universal, la dominadora de todas las tribus de los hombres.

XXIV
Un espiritista mira al pasado

Hemos oído hablar mucho de las nuevas religiones; la mayoría están basadas en las últimas novedades de Buda y de Pitágoras. Pero he llegado a una conclusión que me temo pueda ofender a algunos. Se me antoja que estas religiones modernas son contra-religiones; es decir, que son ataques o alternativas a la Iglesia católica. No muestran parecido alguno con las naturales especulaciones paganas que existieron, o pudieron existir, antes de la Iglesia católica. La actitud mostrada por el deán Inge se parece mucho más a la de Plotino que a la de Platón. Incluso es mucho más parecida a la de Porfirio[92] que a la de Plotino. Él se parece a algunos paganos de la decadencia; no le resulta necesario saber mucho sobre la superstición cristiana; le basta con oír hablar de ella para odiarla.

En una de sus recientes obras, que valoro en lo que vale, se esfuerza en insistir en que la palabra *protestante* posee un antiguo significado que no es simplemente negativo, y se complace en concederle con toda certeza un antiguo significado enteramente positivo, por más que el término *protestante* denote a una persona que protesta mucho. Se muestra tan ansioso por explicar lo que piensa sobre la Iglesia católica que no permite la entrada de ningún artículo, ya sea sobre el señor Coné[93] o sobre las glándulas de los monos.

El deán se apoya en sí mismo: y seguramente habrá que describirlo como anglicano, por carecer de cualquier otro apelativo que pueda aplicársele. Pero resulta muy interesante observar que incluso aquellos que parecen ir al monte para señalar los límites de su propia Tierra Prometida, caso de los mormones, resultan ser una simple reacción contra la ortodoxia de los modernistas. Su marcha hacia la nueva Utopía no es más que una maniobra, cada vez más larga y elaborada, de los ejércitos que sitian la Ciudad Santa. Imaginábamos que esos nuevos cismáticos habían ido hasta allí para rezar; pero descubrimos (un poco después) que se habían quedado tan sólo para burlarse. Siempre vuelven para abuchear y crear disturbios en nuestras iglesias cuando se sienten cansados de intentar construir las suyas.

Una de las personas que revela todo lo que no sabe, y que ciertamente debería saber, es sir Arthur Conan Doyle. Salió el otro día con una diatriba, que se suponía que tendría que ver con las relaciones existentes de su nueva religión con otras religiones, pero que se transformó con increíble rapidez en una serie de improperios contra su antigua religión familiar, como si no existiera en el mundo ninguna otra más que su actual religión.

Tal vez tenga razón, y no la haya. Pero quizás usted pudiera pensar que un hombre que acaba de fundar una nueva religión tal vez tenga algo nuevo que contar de ella, en vez de ponerse a decir cosas negativas y trasnochadas sobre las demás. Pero las especiales críticas que sir Arthur Conan Doyle hace a la ortodoxia católica poseen un carácter muy curioso y, por sí solas, carecen de todo valor. Se muestran verdaderamente aburridas, débiles y poco consistentes; además de resultar trilladas y haber sido desmontadas en un centenar de ocasiones. Pero lo más chusco que quisiera resaltar al respecto es que no solamente quedan obsoletas, sino que no encajan con ninguna de las objeciones que hoy día pudieran hacerse. Pudieron tener algún sentido hace sesenta años; pero hoy día carecen de todo interés para cualquiera que observe el mundo tal como es; incluso el mundo de esa nueva religión o de esa moda que se llama espiritismo. Pero ni siquiera el espiritismo se centra en el mundo espiritista. No observa el mundo de los humanos, el de los paganos o el simple mundo materialista. Solamente se fija en aquello que él detesta.

Por ejemplo, dice el señor Conan Doyle exactamente lo mismo que dijo nuestra tatarabuela: que la institución del confesionario es la más indiscreta de todas las instituciones. Y que para una joven dama de buen comportamiento tener que contarle a un desconocido caballero, que además es célibe, faltas o incluso esos actos llamados pecados resulta de lo más inadecuado. Bueno, por supuesto que todos los católicos saben qué responder a una objeción de esa índole. Cientos de ellos así lo han hecho con aquellos protestantes que tuvieron algún interés por formularles semejante pregunta.

Nadie, o casi nadie, ha entrado en semejantes detalles morbosos, ya sea al confesarse con un cura o al hacerlo en la consulta de un médico.

Y lo gracioso de todo el asunto es que la tatarabuela protestante que ponía objeciones al sacerdote también sería la primera en no aceptar un médico que fuera mujer. Pero lo que cuenta en el confesionario es la culpa moral y no los detalles materiales. Por el contrario para el médico, incluso para el más respetable y responsable, los detalles materiales sí son de suma importancia, por no hablar de toda esa palabrería anárquica que se dice en esas confesiones realizadas en nombre del psicoanálisis o de otras terapias de corte parecido.

Pero aunque todos conozcamos las viejas y evidentes respuestas, lo que me resulta sorprendente es que nuestro crítico no logre ver la nueva y evidente situación.

¿Qué sentido tiene venir con esas majaderías en una sociedad como la que nos rodea hoy día? Tal vez sea la privacidad del confesionario el único lugar en el que una joven de nuestros días no quiera decir sus pecados a un hombre. Porque es posible que tenga que sentarse con él codo con codo en un jurado, y discutir con él los detalles más repugnantes y la maldad más perversa; con la particularidad de que quizás en tal situación la vida de un hombre dependa del detalle más insignificante. Tal vez haya leído en novelas o en periódicos pecados de los que nunca ha oído hablar, por no mencionar aquellas faltas que ella misma llegue a cometer o a confesar. Quizás no deba susurrar a una presencia impersonal situada tras el enrejado del confesionario las alusiones más abstractas a ciertas cosas; cosas que oye mencionar constantemente en el escenario de cualquier teatro, en la pantalla de cualquier cine o en cualquier conversación pública.

Sir Arthur Conan Doyle debiera saber tan bien como yo que ese tipo de recato y de modestia es algo que no se observa en el mundo de nuestros días. Y que nadie, ni en sueños, guardará el secreto de lo que se diga con más seriedad que lo que oiga un sacerdote en una conversación o en una confesión católica. En este sentido podemos afirmar de Roma y de la pureza lo que Swinburne decía, en otro sentido, de Roma y de la libertad: «Todos están en su contra, sólo Tú estás de su parte».

Y, no obstante, el crítico tiene la insolencia de acusarnos de la negligencia que todos, excepto nosotros, cometen; simplemente porque se utilizó esa acusación en nuestra contra hace un siglo; y nada de lo utilizado contra nosotros puede emplearse una y otra vez sin que se caiga a pedazos. El viejo bastón de la tatarabuela sigue siendo bueno para golpear con él al pobre perro; aunque si ella pudiera alzarse de la tumba comprendería que ese pobre perro es lo único decente que puede encontrar a su alrededor.

No creo que diga nada frívolo cuando afirmo que la única cosa interesante que se puede decir de todo esto es que resulta un tema demasiado rancio. No albergo sentimientos de enemistad hacia sir Arthur Conan Doyle, al que todos estamos muy agradecidos por el entretenimiento que nos proporciona su literatura, y al que con frecuencia considero muy acertado en su forma de defender el espiritismo contra el materialismo. Pero me doy cuenta, aunque él no se la dé, que en el fondo de todo el asunto no está defendiendo el espiritismo ni atacando el materialismo. A lo que está atacando es a Roma.

Dejándose llevar por un instinto ancestral sabe que, en definitiva, esa es la única cosa que tiene que ser atacada o defendida; y que quien no está con él está contra él. A menos que en el mundo actual pueda desafiarse la demanda de la Iglesia, resulta imposible establecer una religión alternativa moderna. Él se da cuenta de que eso es un hecho, y me alegra poder comprenderle. Además, y debido precisamente a que le comprendo, voy a poner solamente un ejemplo de las doctrinas que él denuncia; evitando, por ejemplo, sus observaciones sobre el culto a la Virgen, que muestran una sorprendente ignorancia por su parte. Porque he de confesar que me cuesta trabajo ser paciente con la ceguera que rodea ese tema, aunque existan otros ejemplos de parecida índole.

El señor Conan Doyle hace unas simplistas observaciones sobre lo que considera absurdo en el sistema sacramental; y son simplistas porque, al parecer, no es consciente de lo que todo el mundo considera absurdo en su movimiento espiritista. Si cualquiera de los servicios cristianos se pareciese a lo que se lleva a cabo en una sesión de espiritismo se podría disculpar a cualquiera que calificase tal servicio de «absurdo», palabra favorita del doctor Watson. Además podríamos cuestionarnos si la institución de la Liga de los Pelirrojos, el episodio del rostro amarillo en la ventana, o cualquier otro de los episodios del señor Sherlock Holmes, resultarían más fantásticos que los que nos presenta con toda seriedad la escuela a la que pertenece sir Arthur. No estoy diciendo que debiera ponerse fin a semejante prueba de extravagancia, o que no puedan defenderse los detalles de una de esas sesiones. Pero cuando sir Arthur se burla deliberadamente de nuestras ceremonias, debería permitírsenos, al menos, que sonriéramos ante las suyas. Supongamos que cualquiera de los ritos católicos que se celebran ante el altar consistiera en atar a una persona de pies y manos, ¿qué no se diría de un acto semejante? Supóngase que declaramos que nuestro sacerdote cae en trance y que surgen de su boca nubecillas de una sustancia blanquecina y algodonosa como prueba irrefutable de la gracia celestial. ¿No susurrarían algunos de nuestros críticos la palabra «absurdo»? Si lleváramos a cabo un pequeño servicio vespertino en el que una gran trompeta de latón se desplazase por el aire y se pusiera a dar golpecitos en la cabeza de la gente, acariciase muy afectuosamente a una dama, o se exhibiese como un instrumento musical de lo más atractivo y coqueto, ¿no tendrían algo que decir al respecto nuestros críticos sobre el desagradable brote de histerismo y excitación que se adueñaría de los papistas allí reunidos? Por tanto, si el espiritista se sale de

madre y nos desafía a un duelo de dignidad, no creo que razonablemente se pueda decir que se mueve en un terreno más serio y firme que el nuestro.

Pero yo no resalto estas acusaciones para mostrar cuán retrógradas son, sino para mostrar hasta qué punto el espiritista retrocede en su evolución, se revuelve contra sus orígenes y se olvida de todo para entablar guerra contra su propia madre.

El que pertenece a una de estas modernas religiones no se enfrenta al mundo moderno, como bien pudiera hacer, porque ese mundo carezca de pudor. Se enfrenta con su anciana madre, que es la única que le ha enseñado un poco de ese pudor. No condena los bailes modernos o los espectáculos de moda por su vulgaridad y por la indiferencia que muestran ante la indignidad. Lanza su carga de absurda extravagancia contra la única ceremonia que realmente conserva la dignidad. Le parece que es más importante que la Iglesia católica se muestre totalmente abierta a los malos entendidos, a que el mundo entero se vaya al diablo en una danza mortal y ante sus propios ojos. Y tiene toda la razón; cuando menos, el instinto del cual esto es un símbolo, tiene toda la razón.

Realmente, el mundo hace a la Iglesia católica el mayor cumplido al mostrarse intolerante con su tolerancia, incluso con la apariencia de mal que tolera en todo lo demás. Una luz intensa se abate sobre ese trono eliminando cualquier asomo de mancha. Pero lo que aquí interesa es el hecho de que incluso aquellos que dicen estar erigiendo nuevos tronos o arrojando una nueva luz se hallan mirando constantemente al pasado para ver si descubren en él las manchas que pueda tener. En realidad no han logrado salir de la órbita del sistema que critican. No han logrado descubrir nuevas estrellas; continúan señalando supuestas manchas en el sol y admitiendo, por tanto, que tales manchas constituyen su luz primordial y el centro de su sistema solar.

XXV
Las raíces de la cordura

El deán de San Pablo, cuando tiene razón, está muy acertado. Y cuando tiene razón lo demuestra con todo ese énfasis que, cuando se trata de otros temas, lo convierte en un ser tan temeraria y desastrosamente equivocado. Y yo no puedo sino saludar con agradecimiento el desprecio con que se expresa últimamente sobre todas esas tonterías periodísticas acerca de la utilización de glándulas de mono para convertir a los viejos en jóvenes; o en monos jóvenes, si es que ése ha de ser la paso siguiente hacia el superhombre. De forma nada extraña intenta equilibrar su denuncia de tal materialismo experimental con lo que él siempre está acusándonos, afirmando que dicho materialismo es uno de los extremos y el catolicismo constituye el otro. Al establecer esa conexión dice algunas de las cosas que generalmente le resultan fáciles de decir, y que a nosotros nos resulta, por lo general, bastante fáciles de responder.

Un buen ejemplo de los contradictorios cargos que el deán le hace a Roma es el de incluirnos en la lista de quienes dejan a los niños completamente «indefensos» en lo que atañe a los peligros morales del cuerpo. Pero el considerar que hemos estado abusando durante décadas de los jóvenes al obligarlos a la infamante institución del confesionario, me resulta un tanto gracioso.

También advertí que el otro día sir Arthur Conan Doyle revivía esta acusación de insulto a la inocencia. Dejaré que tanto el deán como sir Arthur resuelvan el problema a golpes entre ellos. Y cuando el deán nos acuse de indiferencia hacia la eugenesia y de criar criminales y lunáticos, nos bastará con que también él denuncie la perversión de la ciencia que se hace patente en ese asunto de los monos. Tal vez pueda permitir que otros también se disgusten ante los planes con los que se va a actuar como locos y criminales a fin de evitar la locura y el crimen.

Sin embargo, hay otro aspecto sobre este asunto del tener razón o no tenerla que no se suele asociar con nosotros, pero que igualmente tiene que

ver con nuestra filosofía. Y tiene una notable relación con el tipo de cuestiones que nos presenta aquí el deán Inge. Concierne no sólo a temas en los que el mundo está equivocado, sino a otros en los que tiene razón. El mundo, especialmente el mundo moderno, ha adquirido unos rituales, o rutinas, muy curiosos, de los que podemos decir que están equivocados aunque tengan razón. En gran medida tiene que ver con el hacer cosas sensibles, y con el dejar de tener cualquier razón sensible para hacerlas. Siempre se nos está aleccionando sobre la inercia de la tradición, cuando se está viviendo por completo en la tradición. Siempre se nos está acusando de superstición; y sus principales virtudes son actualmente casi supersticiones completas.

Quiero decir que cuando tenemos razón, la tenemos por principio; y que cuando ellos la tienen, la tienen por prejuicio. Podemos decir, si eso es lo que prefieren, que tienen razón por instinto. Pero, de todos modos, se sienten constreñidos por un saludable prejuicio hacia muchas cosas en las que han caído apresuradamente por su lógica muy poco saludable. Resulta de lo más fácil poner ejemplos muy sencillos o, incluso, muy extremos. Y algunos de estos ejemplos extremos están más cerca de nosotros de lo que algunos pudieran imaginar.

Muchos de nuestros amigos y conocidos siguen manteniendo un saludable prejuicio contra el canibalismo. Parece que todavía está muy lejano el momento en que se dé el próximo paso en la evolución ética. Pero la idea de que no hay mucha diferencia entre los cuerpos de hombres y animales no está de ningún modo muy lejana sino muy próxima. Está expresada de cientos de maneras, como una especie de comunismo cósmico. Casi podemos afirmar que está expresada de todas las maneras, exceptuando la del canibalismo.

Se expresa, como en la teoría de Voronoff[94], introduciendo partes de animales en el cuerpo humano. Se expresa, como en el vegetarianismo, al *no* introducirlas. Se expresa al dejar morir a una persona como si fuera un perro; o al pensar que es más patética la muerte de un perro que la de un hombre. Algunos se muestran quisquillosos sobre lo que pueda suceder a los cuerpos de los animales; como si estuvieran completamente seguros de que un conejo pudiera sentirse ofendido por ser cocinado, o que una ostra pudiera exigir que se la incinerase. Otros se muestran sumamente indiferentes a lo que pueda ocurrir a los cuerpos de los seres humanos, negando toda dignidad a los muertos y volcando todo su afecto en los vivos. Pero todas estas tipologías tienen evidentemente una cosa en común, y es la de que consideran al cuerpo humano y al de las bestias como simples cosas. Los consideran como una

mera generalización o, en el mejor de los casos, como elementos comparativos. Entre las personas que comparten estas ideas, la *razón* para desaprobar el canibalismo se ha vuelto muy imprecisa. Se mantiene como una tradición y como un instinto. Por fortuna, aunque actualmente sea muy imprecisa es también muy fuerte. Pero aunque el número de pioneros que estuvieran probablemente dispuestos a comerse la carne bien cocinada de un misionero sea todavía muy reducido, el número de quienes sabrían explicar las razones para no hacerlo es todavía menor.

La razón real es que toda esa clase de ideas sensatas constituye actualmente las tradiciones de los dogmas católicos. Como sucede con muchos otros dogmas católicos, los mismos paganos pueden sentirlos, de forma más o menos vaga, siempre que se trate de paganos sensatos. Pero cuando se trata no sólo de sentir sino de formular, se descubrirá que estamos hablando de una cuestión de fe. En esta línea se encuentran todas las ideas que más desagradan a los modernistas: el tema de la «creación especial»; el de que la imagen divina no es tan sólo producto de la evolución y la del abismo que separa al hombre del resto de las criaturas.

En resumen, se trata del conjunto de doctrinas que hombres como el deán Inge nos están reprochando continuamente, por ser cosas que nos impiden tener una plena confianza en la ciencia, o una completa unión con los animales. Estamos hablando, pues, de lo que separa a los hombres de los caníbales o, posiblemente, de las glándulas de los monos. Ellos tienen los prejuicios y no dudan en mantenerlos. Nosotros tenemos los principios, y cuando deseen conocerlos serán bienvenidos.

Si tuvieran que demostrarse por primera vez las matemáticas euclidianas con diagramas y se utilizara el argumento de *reductio ad absurdum*, la argumentación que pudiera emplearse sólo nos produciría una sensación de absurdo. Soy plenamente consciente de que me estoy exponiendo a ese peligro al extremar la argumentación de mi adversario, lo que podría considerarse una extravagancia. Pero la pregunta es, ¿por qué es una extravagancia? Sé que en este caso se contestaría que la figura social del canibalismo raramente se encuentra en nuestra cultura. Hasta donde yo sé, no existe en Londres el peligro de que los restaurantes caníbales puedan hacerse tan populares como los restaurantes chinos. La antropofagia no es un tema de conferencia como pueda serlo la antroposofía[95]; y aun teniendo en cuenta la variedad de religiones y morales que hay actualmente, el cocinar a los misioneros no entra todavía en nuestros cálculos. Pero si alguien da muestras de tan poca lógica que no tenga en cuenta el significado de un ejemplo tan

extremo, yo no tendría dificultad en ofrecerle otro mucho más práctico e, incluso, insistente. Hace algunos años toda persona cuerda habría dicho que el adamismo era algo tan aberrante como la antropofagia. Un ejecutivo que recorriese las calles completamente desnudo hubiera resultado tan inaceptable como un carnicero que se dedicase a vender carne humana en lugar de cordero. A ambos se les declararía locos que se imaginaban ser salvajes. Sin embargo, el Movimiento de los Nuevos Adamitas o Sin Ropa se ha establecido muy seriamente en Alemania. Con toda la seriedad de la que sólo los alemanes son capaces. Los ingleses, probablemente, son lo suficientemente ingleses como para reírse del asunto, si bien un tanto molestos. Pero se ríen de forma instintiva, y sólo se siente molestos instintivamente. La mayoría de ellos, con esa confusa filosofía moral de que hacen ahora gala, se verían en apuros si tuvieran que refutar la desnudez del profesor prusiano, aunque en su interior quisieran darle un buen mamporro.

Y si examinamos los debates actuales nos encontraremos en la misma situación de indefensión que en el caso de la teoría del canibalismo. Todos los argumentos que se utilizan contra los puritanos conducen de hecho al adamismo. No quiero decir con esto que con frecuencia no se muestren muy sensatos en sus argumentaciones contra el puritanismo; y, todavía menos, que carezcan de mejores argumentos contra los puritanos. Lo que quiero decir es que, en pura lógica, el hombre civilizado ha bajado la guardia y se encuentra desnudo en su debate contra la desnudez. En la medida en que se contenta con decirse que el cuerpo es bello, o bien que lo que es natural está bien, se estará entregando a la teoría adamita; aunque esperemos que tarde mucho en entregarse a la práctica. De nuevo nos encontramos aquí con que los teóricos modernos se verán obligados a defender su propia sensatez con un prejuicio. Solamente el teólogo medieval podrá defenderla con la razón. No voy a extenderme en la esencia de tal razonamiento; baste decir que se funda en la Caída del hombre, de la misma manera que el sentimiento instintivo contra el canibalismo se funda en la divinidad del hombre. En cuanto a la argumentación católica puede resumirse diciendo que no hay nada en contra del cuerpo humano; el tema sólo tiene que ver con el alma humana.

Dicho con otras palabras: si el hombre fuera un dios ciertamente todos sus aspectos corporales sería divinos; de la misma manera que si fuera una bestia no podríamos condenarlo porque se comportara como tal. Lo que queremos decir es que la experiencia confirma nuestra teoría de la complejidad humana, que nada tiene que ver con las cosas naturales en sí mismas. Si las rosas rojas, mediante una fórmula misteriosa, llegaran a enloquecer a los hombres

incitándolos al crimen, estableceríamos normas para ocultarlas. Pero las rosas rojas son tan puras como puedan serlo las blancas.

En muchas personas de hoy día se produce una batalla entre las nuevas opiniones, que no mantienen hasta el final, y las viejas tradiciones, que no remontan hasta sus orígenes. Si siguieran las nuevas tendencias, ellas les conducirían a Bedlam.[96] Si hicieran caso a sus ancestrales y mejores instintos se verían conducidos a Roma. En el mejor de los casos se quedan suspendidos entre dos alternativas lógicas tratando de decirse a sí mismos, como el deán Inge, que se limitan a evitar los dos extremos. Pero en su caso hay una gran diferencia; y es que la cuestión en la que está equivocado, aunque sea en forma alterada, es una cuestión científica, mientras que en aquella en la que tiene razón es una simple cuestión sentimental. No necesito decir que no empleo aquí el término «sentimental» con sentido despectivo, porque en estas cosas existe una gran afinidad entre sentimiento y sentido. Pero el hecho sigue siendo que todos los que se encuentran en su posición sólo pueden seguir siendo sensibles. A nosotros nos queda la posibilidad de que podamos ser también razonables.

XXVI
Algunos de nuestros errores

El inteligente lector, al estudiar las obras de aquellos ilustres autores que nos hablan de ética y de religión, se quedará en suspenso al leer una frase que realmente posee significado. Mejor dicho observará con creciente interés y excitación que realmente contiene una verdad. Sin embargo, se descubrirá que la mayor parte de las frases que se supone que le acompañan y son de la misma clase, no solamente son falsas sino que también carecen de sentido. Cuando los modernistas dicen que debemos liberar nuestra inteligencia de la lógica medieval es como si dijeran que hemos de liberarnos de la tabla de multiplicar. Unas personas pueden contar o razonar más rápidamente que otras; hay personas que siguen todos los pasos y no tienen problemas; otras se saltan los pasos pero siguen teniendo razón: muchas, por el contrario, se saltan los pasos y lógicamente se equivocan. Pero el proceso de la multiplicación es el mismo, y el proceso de la demostración también es igual. Los humanos piensan así, excepto cuando al apartarse del proceso técnico dejan de pensar. O, también, cuando descubrimos, en el mismo contexto, la observación de que algunas doctrinas cristianas que conocemos son «solamente una forma de» ciertos cultos paganos que en realidad nadie conoce, nos damos cuenta de que el matemático está tratando una cantidad desconocida como si fuera conocida. Pero cuando nos encontramos entre estas falacias con la observación de que hablo, deberemos pararnos un momento sabiamente y mostrar una gran paciencia. La observación es: «Necesitamos hacer un replanteamiento de la religión». Y aunque se haya dicho treinta mil veces, es absolutamente cierta.

También es cierto que quienes la expresan a menudo quieren decir justo lo contrario de lo que dicen. Como ya he expuesto en otro lugar, con frecuencia lo que pretenden no es replantearse nada, sino establecer otra cosa, introduciendo en su exposición la mayor cantidad de viejos términos. Pero en esta ocasión no sólo la palabra «religión», sino también «replanteamiento», se están convirtiendo en términos arcaicos. En cualquier caso el tema es que en

realidad no quieren decir que otorguemos frescura y un nuevo aspecto a la religión denominándola con nombres exóticos. Por el contrario, pretenden que deberíamos hacer algo completamente distinto y ponernos de acuerdo para denominarlo religión. Recuerdo, con cierta tristeza, que ya he dicho esto antes; pero es debido a que me he dado cuenta de que es sumamente difícil hacerles ver un hecho sumamente sencillo. Parece como si eso les rozara como una sombra de diferenciación; pero es algo que a mí me resulta a la vez absurdo y todo lo contrario. Esa diferenciación podría compararse con alguien que, dedicado al mundo de la moda, me dijera, muy enfadado, que mi anciano padre está sentado a la puerta de mi casa vestido con harapos y que por consiguiente necesita que se le vista adecuadamente; y que una vez terminado de vestirlo, el tipo de marras me presentara a un individuo completamente extraño que viniera a pedir el sombrero viejo de mi padre.

Ahora bien, realmente creo que existe necesidad de replantearse la verdad religiosa; pero nunca de hacer un replanteamiento de algo completamente distinto que no creo que sea verdad. Por el contrario creo que existe una necesidad urgente de establecer una nueva formulación verbal de muchas de las doctrinas fundamentales; y esto se debe a que mucha gente ha dejado de entenderlas como tradicionalmente estaban formuladas. De esto no se deriva que la formulación tradicional no fuera la auténtica, sino que significa tan sólo que se necesita una nueva versión, una nueva traducción; aunque las traducciones raras veces sean acertadas. Esto tiene que ver muy especialmente con las ideas y dogmas católicos, porque fueron formulados originariamente en lo que algunos llaman «lenguas muertas», y otros «lenguas perdurables». En todo caso se formularon en una lengua que se ha fragmentado en otras, se ha mezclado con dialectos y ha dado pie a una especie de *patois* que si bien es enérgico e incluso a veces espléndido, resulta menos exacto. Creo que la cultura católica sufre mucho por las malas interpretaciones populares que se han hecho de su terminología originaria. Creo también que los católicos son culpables en muchos casos por no darse cuenta de que sus doctrinas necesitan un aroma fresco, y no dejarlas en una lengua que, si bien es intrínsecamente correcta, se presta a las malas interpretaciones. Aquellos que se llaman liberales suelen dar por sentado que el fallo se debe al uso de la lengua muerta, que se opone a otra que ha sabido desarrollarse. Si dichos individuos fueran realmente liberales podrían tener una visión más amplia y comprender que eso sucede con toda lengua que se ha deteriorado. Pero en cualquier caso es cierto que existe una mala comprensión, y que lo que deseamos verdaderamente es que la gente pueda entender. Y yo creo que hemos

cometido errores en este aspecto, y que no siempre la culpa la tienen nuestros enemigos. Hay casos en los que, más o menos inconscientemente, se ha informado mal, y se ha establecido una deficiente comprensión entre lo que se dice y lo que se oye.

Me propongo decir algo en este artículo sobre lo que voy a calificar de crítica católica de algunas faltas católicas; o lo que son (en muchos casos) simples accidentes y malas comprensiones.

Por ejemplo, hay una serie de incomprensiones que no son otra cosa que malas traducciones. Probablemente nunca hemos sabido explicar adecuadamente la conveniencia de utilizar el latín para algo que debe ser inmutable y universal. Pero como muchos de nuestros adversarios se pasan día y noche gritando que quieren un lenguaje internacional, y aceptan una especie de guirigay periodístico plagado de extraños neologismos, tal vez se les pudiera ilustrar con un poco del latín que emplearon Erasmo o Bacon. Más adelante diré algo en defensa de esa lengua supuestamente tan hierática. Pero, de momento, estoy pensando en ciertos errores que se deben en gran medida a nosotros y no a ellos. No hay que culpar al latín eclesiástico, sino al inglés de los católicos ingleses. No es que nos equivoquemos al traducirlo a la lengua vulgar, sino que nos equivocamos precisamente por haberlo traducido; porque siento decir que a veces traducimos ese latín a una lengua muy vulgar. Cuando traducimos ciertos textos latinos al inglés, nos damos cuenta de que tales traducciones sirven tan sólo para demostrarnos que deberíamos haberlos dejado en su lengua original. El latín es el latín, y siempre dice exactamente lo que quiere decir. Pero las versiones populares de algunos textos latinos sirven tan solo y con frecuencia para hacerlos impopulares.

Voy a poner un ejemplo que me parece muy ilustrativo. ¿Habrá dicho alguien con una voz más poderosa que yo, y con acompañamiento de tambores y trompetas, la importancia que tiene el que sepamos que el término latino *dulcis* no equivale al inglés *sweet* (dulce). Ese término tiene tan poco que ver con el latino *dulcis* como con *doux* o *douce.* Posee un sentido y un aire completamente diferentes. *Dulce et decorum est pro patria mori* no quiere decir «es dulce y decoroso morir por nuestro país». Significa algo que resulta poco traducible, como sucede con tantos textos; pero, en todo caso, podría significar algo así como «resulta noble y de buena fama morir por nuestro país». Cuando Roland[97] se estaba muriendo en las montañas, tras haber hecho sonar su cuerno y roto su espada, y pensaba en *la douce France* y en las personas de su linaje, no manchaba sus labios diciendo «dulce Francia»

sino más bien «hermosa y noble Francia». En inglés, la palabra *sweet* (dulce) ha quedado notablemente contaminada por la voz *sweets* (dulces, golosinas).

Pero en todo caso sugiere algo mucho más intenso, incluso acre en su dulzor, que esas tabletas de azúcar concentrado. Es una palabra demasiado fuerte y, al mismo tiempo, demasiado débil. No tiene el sabor que guarda en las lenguas latinas en las que con frecuencia significa «gentil, cortés», como cuando se emplea en la frase «un perfecto y cortés caballero». Pero el catolicismo inglés, que, en una de las grandes desgracias de nuestra historia, se vio obligado a exilarse durante los siglos XVI y XVII (en la misma época en que nuestra lengua moderna se estaba consolidando definitivamente) no estaba por la labor de entusiasmarse con las lenguas extranjeras. Tan sólo se podrá encontrar una salutación a la misa o a la Virgen María en lenguas como el francés, el italiano o el español. Resultaba, por tanto, muy difícil trasladar este tipo de textos y oraciones a nuestro idioma, partiendo de una lengua con la que se había perdido contacto durante el exilio y de la que se tenía una comprensión reducida. De ese modo se creyó necesario utilizar la palabra «dulce» en las ocasiones en que el término latino se presentase, que no suena en inglés como es debido; y que, en todo caso, no suena como lo hace en latín o, incluso, en francés. Por supuesto que en un determinado número de casos las palabras tienen el mismo significado en una y otra lengua, como sucede, de vez en cuando, en la poesía inglesa. Algunas veces la traducción se hace correctamente porque el término es tan natural e inevitable que resultaría más afectado no utilizarlo bien que hacerlo debidamente, como sucede en el poema de Burns: «Mi amor es como la melodía que dulcemente surge en la tonada»[98]. Otras veces está bien traducido, porque es necesario añadirle un poco de sal a su dulzor, como en el verso de sir Philip Sidney: «Ante los ojos de esa dulce Francia enemiga»[99]. Sucede algo similar en las buenas traducciones católicas o en las composiciones en inglés. Pero la idea de que siempre han de traducirse esas tiernas expresiones si aparecen en las lenguas romance constituye una auténtica metedura de pata; un error que ha tenido pésimas consecuencias en campos mucho más importantes que la literatura. Creo que esta inadecuada e incongruente repetición de la palabra «dulce» ha alejado a más ingleses de la Iglesia católica que todos los venenos de los Borgia, o que las mentiras envenenadas de los que han escrito sobre ellos.

Nuestra religión es, en estos momentos, la más razonable de todas las religiones; incluso, en un sentido, es la más racionalista. Quienes afirman que es una religión simple o básicamente emocional no saben de lo que están hablando. Son precisamente las otras religiones, todas esas religiones

modernas, las que son emocionales. Y esto es todavía más cierto en lo tocante tanto al salvacionismo emocional de los primeros protestantes como al intuicionismo emocional de los últimos modernistas. Somos nosotros los únicos que aceptamos tan sólo la razón y la voluntad sin el aditamento de las emociones. Un católico convencido es hoy día la persona más realista y más lógica que camina sobre la faz de la tierra. Pero esta veterana calumnia de que hay una sentimentalismo zalamero en todo cuanto decimos y hacemos se ha visto perpetuada por esta confusión de las palabras. Se nos supone practicantes de una devoción simplista y tonta, sencillamente porque hemos traducido equivocadamente una frase, en lugar de dejarla en latín para aquellos que saben leerlo o dejarla para quienes saben interpretarla correctamente en inglés. Pero en este caso la falta es más nuestra que de nuestros adversarios, si bien es todo lo contrario a lo que ellos alegan; porque no surge de la práctica católica de decir las oraciones en latín, sino que por el contrario se ha producido por la práctica protestante de decirlas siempre en inglés. Y ha sobrevivido porque cedimos con debilidad a la presión ejercida por los protestantes en aquella época en que nuestra tradición se encontraba obsoleta. Dicho de otra manera, ha persistido por hacer lo que ellos nos decían que hiciéramos, en lugar de hacerlo como era debido. Por supuesto que no quiero decir con esto que no esté bien disponer de una buena traducción popular cuando se hace bien; naturalmente que creo que eso es bueno. Pero aunque me doy cuenta de lo que se puede alegar sobre el culto vernáculo, la crítica de los protestantes no se da cuenta de lo que se podría decir en favor de la lengua clásica. El protestante no ve que es necesario decir algo en su favor, incluso en lo que se refiere a la poesía católica que debería estar en lengua vernácula como la *Divina Comedia* y el culto, al igual que lo está en la misa.

Se trata de la diferencia existente entre una lengua muerta y una lengua agonizante Toda lengua viva es una lengua agonizante incluso si continúa activa, porque algunas partes de ella están extinguiéndose o cambiando de sentido continuamente. Solamente hay una salida para semejante inestabilidad: una lengua ha de morir para ser inmortal. El estilo de la traducción jacobita inglesa de la Biblia es de lo más noble y sencillo que se pueda hacer, pero incluso en esa traducción el sentido de las palabras se deteriora; y el fallo es nuestro porque las utilizamos mal.

No se debe modificar el estilo de una lengua para hacerlo más elevado, o más sencillo, sino que hay que dejarlo en su estilo original. «Consolaos y consolad a mi pueblo» no debe traducirse por «hablad de forma consoladora a Jerusalén», porque en ese caso estamos vulgarizando el texto.

Pero la gente hace estragos con tales expresiones, ya sea en el caso de la Biblia inglesa o del canon latino. Existen muchas palabras en la liturgia católica que han sido mal utilizadas en la práctica. Cuando un extraño oye hablar de que un católico se ha abstenido de algo por miedo a «causar escándalo», inmediatamente tiene la molesta impresión de que eso significa que tiene miedo a que todas las chismosas de la ciudad se pongan a cotillear. Y, naturalmente, la frase no tiene en absoluto semejante significado. No lo tiene en griego, no lo tiene en latín y tampoco debiera tenerlo en nuestro idioma. Simplemente debiera querer decir lo que en realidad significa: miedo a confundir a una persona, a dificultar el esfuerzo que esté haciendo para lograr su realización. Si yo animo a alguien que no debe beber para que me acompañe de jarana, estoy causando escándalo. Si digo algo que si bien para ciertos adultos puede no ser más que una realidad palpable, pero que una persona joven o inocente puede considerar una obscenidad, estoy escandalizando. Hago lo que para mí está bien, pero corro el riesgo de hacer lo que para el otro está mal. Decir que esto no es justificable es manifestar sentido común moral; pero no hay que interpretarlo en el inglés moderno, como que se está hablando de causar escándalo. Todo lo que se está vertiendo en el inglés moderno es que la persona que actúa de esa manera desprecia la cháchara vana y la crítica irresponsable; que es justamente por lo que todos los santos y todos los mártires han vivido y han muerto. Y *eso* es precisamente lo que yo entiendo por una buena traducción; o, si se prefiere, por un nuevo planteamiento. Pero eso no significa dar la espalda o maltratar al viejo planteamiento, que era perfecto. Significa tan sólo que es necesario restaurar lo que figuraba en la vieja versión.

Podría poner muchos otros ejemplos de palabras que son totalmente correctas en latín, pero que se han deteriorado en inglés por su inadecuada utilización. Uno de los casos más evidentes lo encuentro en el verbo «ofender» a Dios, que tenía en su origen el terrible significado de herir a Dios. Pero la frase se ha ido deteriorando a través de su utilización, hasta llegar a alcanzar un sentido insignificante y completamente alterado. Solemos decir que el señor Binks se sintió muy ofendido, o que la tía Susan se sintió ofendida, perdiendo así de vista el sentido auténtico, e incluso el dogma de que (en su sentido más simple) Dios es el último que puede sentirse ofendido. Pero, una vez más, no estaremos dañando a la lengua latina, estaremos perjudicando a nuestra vulgarización de la lengua inglesa. En esto de establecer un nuevo planteamiento de las ideas religiosas los reformadores

tienen razón en todo, excepto en un punto esencial: saber en dónde deben criticar.

XXVII
La mente esclavizada

He escogido el tema de la esclavitud de la mente porque creo que mucha gente respetable me imagina como un esclavo. No necesito definir la naturaleza de mi supuesta esclavitud y tampoco me planteo discutirla. Es algo que compartiría cualquier hombre sensato que busca un tren en Bradshaw.[100] Es decir, todo consiste en confiar en una autoridad competente, lo cual es completamente razonable. De hecho sería bastante complicado subirse a todos los trenes con la finalidad de averiguar a dónde se dirige cada uno. Y sería más peliagudo todavía si nos dirigiéramos hacia el destino sólo a fin de descubrir si era seguro o no empezar el viaje en cuestión. Imagino que si se hubiera planteado la amenaza de que la guía Bradshaw fuera una herramienta conspirativa para generar accidentes ferroviarios, cualquier hombre podría seguir creyendo que la guía es eso, simplemente una guía, y que la amenaza es sólo una amenaza; pero al menos conocería la existencia de la amenaza. A lo que me refiero cuando hablo de la esclavitud de la mente es a ese estado en el cual los hombres no son conscientes de la existencia de una alternativa. Es algo que obstruye la imaginación, como una droga o un sueño hipnótico, y que impide que una persona sea capaz de pensar en ciertas cosas. Por ejemplo, en ese estado no se puede decir: «Te entiendo, pero no puedo compartir tu opinión porque yo pienso de otra forma» (algo completamente lógico); no puede ser porque la persona nunca se ha planteado un punto de vista diferente, y por lo tanto ni siquiera es consciente de que nunca ha pensado en ello. Aunque aquí no estoy discutiendo mi propia religión, creo que es justo decir que sus autoridades nunca han tenido esa clase de estrechez mental. Puedes reprobar sus condenas por ser demasiado opresivas; pero no en un sentido oscurantista. Santo Tomás de Aquino se preguntaba, en efecto, al empezar su investigación, «¿existe un Dios?, parecería que no por las siguientes razones»; y las encíclicas más criticadas siempre han planteado una tesis antes de condenarla. Lo que planteo es la incapacidad que existe en el

hombre para ponerse en el punto de vista del contrario; y a menudo incluso su ineptitud para cuestionarse el suyo.

Curiosamente, encuentro que estas cosas están muy extendidas en nuestro tiempo, que aboga por tener una cultura popular o una gran visión.

Por todas partes existe el hábito de asumir determinadas cosas sin imaginar siquiera cuáles son sus opuestas. Por ejemplo, tal y como nos ha enseñado la historia, casi todo el mundo asume que en todos los conflictos importantes que se han producido en el pasado ha ganado siempre el bando de los justos. Todo el mundo lo asume; pero nadie sabe qué conlleva eso. Nunca se ha contemplado seriamente la alternativa. Dile a alguien que todos estaríamos mejor si Carlos Eduardo y los jacobitas[101] hubiesen tomado Londres en vez de retirarse hasta Derby, y se reirá de ti. Pensará que se trata de lo que él llamaría una «paradoja». Pero cuando se estaban desarrollando los acontecimientos y hombres sabios y reflexivos podían encontrarse en ambos bandos, el hecho podía considerarse como algo evidente. Y las teorías jacobitas no pueden ser rebatidas por el hecho de que Cumberland[102] pudiera flanquear a los clanes en Drummossie. No discuto si era válida como teoría. Sólo constato que a nadie se le ha ocurrido pensarlo. Las cosas que podían haber sido no están presentes ni siquiera en la imaginación. Si alguien dijera que el mundo sería ahora mejor si Napoleón nunca hubiera sido derrotado y hubiese establecido su dinastía imperial, la gente lo tomaría como una broma. La simple idea es nueva para ellos. Y sin embargo, de haber ocurrido, se habría podido evitar la reacción de los prusianos; se habrían preservado la igualdad y la ilustración sin que se produjera una pelea de mortales consecuencias con la religión; quizá también se habría podido unificar a los europeos y cortar con la corrupción reinante entre los parlamentarios, evitando así las revanchas de los fascistas y los bolcheviques. Pero en esta época de librepensadores, la mentalidad humana no es tan libre como para elaborar un pensamiento de estas características.

De lo que me quejo es de quienes aceptan el veredicto del destino sin saber realmente por qué. Por una extraña paradoja, aquellos que asumen que la historia ha seguido el curso que debía seguir son, por lo general, los mismos que no creen que la historia haya sido guiada por la providencia. Los mismos racionalistas que se burlaban de los duelos, propios del viejo orden feudal, han aceptado de hecho ese método como el que decide finalmente toda la historia de la humanidad. En la Guerra de Secesión americana, algunos rebeldes sudistas escribían en su bandera el lema «debemos vencer porque nuestra causa es justa». La filosofía era errónea; y tan sólo les sirvió para que

sus adversarios la copiaran y la modificaran de esta manera: «No vencieron; así que su causa no era justa». Pero este último razonamiento es tan malo como el primero. Acabo de leer un libro titulado *La herejía americana,* escrito por Christopher Hollis. Es un libro brillante y original; pero sé que no se lo tomarán suficientemente en serio, porque el lector tendrá que vencer su propio estancamiento mental para poder imaginarse a un Sur victorioso; y más aún para imaginarse a alguien afirmando que habría sido mejor para todo el mundo, especialmente para el lector americano, la formación de una América pequeña, limitada y agrícola.

Podría poner otros muchos ejemplos de lo que trato de decir al hablar de esta esclavitud imaginaria. La encontramos en la extraña superstición de realizar figuras sagradas con rostros de ciertas figuras históricas; que muestran su firmeza a través de sus rígidas y simbólicas poses. Incluso sus defectos son sagrados. Se ha vertido mucho revisionismo sobre la reina Isabel y sobre María Estuardo. Y no sólo se muestra favorable a la figura de la Estuardo, sino que lo es totalmente con la reina Isabel. Parece casi seguro que María Estuardo no participó en la conspiración para asesinar a Darnley.[103] Y parece muy posible que la reina Isabel no estuviera implicada en la muerte de María Estuardo.

Pero la gente le ha cogido cariño tanto a la idea de una reina Isabel despiadada como a la de una María Estuardo asesina. Para los devotos del protestantismo debería ser motivo de regocijo que la reina Isabel triunfara, tanto como lo hubiese sido para los católicos que lo hiciera María Estuardo, lo que sería perfectamente lógico y natural. Pero Isabel no era protestante; y a nadie debería perturbarle a descubrir tal cosa. Para sus seguidores debería ser mucho menos gratificante insistir en el hecho de que era una tirana. Pero existe, digamos, una clase de historia hecha con figuras de cera, que no se queda satisfecha a menos que la reina Isabel porte un hacha y María Estuardo empuñe una daga. Esta percepción de ciertas figuras como si fueran inamovibles y sagradas debería pertenecer a la religión; pero una especulación de carácter histórico no es una religión. Creer en el calvinismo como un acto de fe es comprensible. Hacerlo en Cromwell no lo es. Es totalmente incomprensible que cuando los calvinistas dejen de creer en el calvinismo, persistan en depositar su fe en Cromwell. Para un simple racionalista como yo, esto es algo muy difícil de comprender.

XXVIII
Inge *versus* Barnes

Espero que ninguno de nosotros haya deseado ser injusto con el deán Inge: aunque en ciertos puntos seamos muy críticos con él. Se cometió una gran injusticia al extender la creencia de que sus ideas coincidían con las del doctor Barnes. Ciertas cosas no pueden decirse tan a la ligera. De acuerdo con la leyenda que circula hoy en día, se afirma que incluso cuando el lúgubre deán se acercaba a bendecir, solía recordar alguna maldición. Pero si puede imaginarse un hombre más privado de facultades a la hora de bendecir, uno pensaría que el obispo Barnes de Birmingham sería su aliado sin duda alguna. Y semejante alianza sólo serviría para suavizar las maldiciones, pero no garantizaría las bendiciones. Si podemos hacer uso de lugares comunes para hablar de tan dignos representantes eclesiásticos, podríamos sentirnos tentados a afirmar que el deán vio necesario traicionar al obispo. Una interesante crítica que hizo el deán sobre un reciente libro de sermones del obispo contiene un buen número de elogios (por otra parte bastante convencionales), y también un buen número de comentarios despectivos, casi podríamos llamarlos gruñidos, hacia otras personas, incluyendo a gran parte de la cristiandad. Pero las dos cuestiones por las que el obispo Barnes fue condenado por los católicos son las mismas por las que también ha sido duramente criticado el deán de San Pablo. El deán Inge es un hombre demasiado inteligente y culto como para tratar de cultivar su paciencia con tonterías como la Transustanciación o experimentos químicos o investigaciones de carácter psíquico. Trató de romper con su colega religioso de una forma tan diplomática que acabó por convertirse él mismo en un hazmerreír. Pero aun haciendo uso de tan necesaria cortesía entre colegas, no podía haberlo expresado mejor ni con más claridad. Él manifiesta al obispo de forma bastante cortante la definición responsable de la doctrina del libro del padre Rickaby sobre metafísica; y comenta con sequedad que encontraría bastante más sutil y lógico que el propio obispo fuera consciente de ello. También añade, con una franqueza tan áspera que le confiere cierto atractivo,

que es bastante desastroso desafiar a los católicos sobre si creen que la misa les proporciona algún beneficio espiritual, cuando ellos están convencidos de que así es. Tras realizar estas confesiones tan valientes como sinceras, que no son más que una mera cuestión de rutina, y casi de dignidad, el deán debería estar de acuerdo con el obispo en que todo ese sacramentalismo resulta bastante deplorable; que la verdad es que la gente inteligente que él conoce y que dice haber encontrado a Cristo en la misa y no en el servicio de la mañana debería ser «idólatra por naturaleza» y que resulta «obvio» que los sagrados sacramentos tienen una similitud con las religiones inferiores. También con las clases inferiores. Eso es lo que yo creo que el deán encontró tan molesto.

En cualquier caso, la cuestión es que el deán ignoró por completo al obispo precisamente en el único punto fundamental en el que la prensa lo apoyó. E hizo exactamente lo mismo, si bien en menor grado, con respecto a otro asunto de menor importancia que a su vez también recibió parecido respaldo. Me refiero, por supuesto, a la cuestión de la evolución. Es evidente que el deán cree en la evolución, como otras muchas personas, católicas y protestantes, tanto como lo hacen los agnósticos. Pero aunque cree en la evolución, no cree en el concepto de la evolución que tiene el obispo Barnes. Afirma con una admirable nitidez y determinación que es un disparate establecer una identificación entre el progreso y la evolución, o incluso considerar que esta última supone un obstáculo para el progreso. Y nada mejor para explicarlo que esas frases breves y enérgicas con las que se deshace por completo de esa idealización de la teoría científica, que de hecho no es más que simple ignorancia. En otras palabras, el obispo Barnes, a pesar de sus bravatas, sabe tan poco de la evolución como de la Transustanciación. Todo lo contrario que el deán de San Pablo, por supuesto, que expresa esta realidad con palabras sencillas con la intención de dejarlo bien claro. Su enorme franqueza en este punto le ha hecho alcanzar tal equilibrio que tanto expresa su acuerdo con el obispo como, con expresiones un tanto acaloradas según la opinión de algunos, su desacuerdo con todos los demás, en especial con los enemigos del obispo.

El deán menciona con desprecio el mundo ortodoxo, como si se hiciera forzoso rechazar determinadas teorías biológicas o fuera importante mostrarse crítico con él. La diferencia entre la Iglesia anglicana y la católica no radica en que los primeros defiendan la evolución y los últimos crean que es falsa, sino en que unos creen que la evolución aporta una explicación y los otros saben que tal explicación no es válida. De ahí que los anglicanos piensen que es muy importante y a los católicos en cambio les parezca poco relevante.

Al ser incapaz de aprovechar este principio, el deán cita un viejo dicho victoriano; y afirma que un nuevo descubrimiento científico pasa por tres fases diferentes; la de considerarlo absurdo, la de considerarlo contrario a las Escrituras y la de considerarlo como bastante viejo y familiar. Podría haber añadido una cuarta fase: la de descubrir que es completamente falso.

Éste es el hecho por el cual tanto el deán Inge como el obispo Barnes quedan excluidos; y que parece tan ajeno al lúcido racionalismo de uno como al crudo secularismo del otro. El arzobispo de Canterbury no sólo tenía razón al sugerir que los viejos como él habían estado familiarizados con el concepto de la evolución durante toda la vida; también podía haber añadido que estuvieron mucho más seguros de ella cuando eran jóvenes que cuando se iban acercando al final de sus vidas. Aquellos que han leído las más recientes investigaciones y especulaciones realizadas en Europa saben que el darwinismo, a cada día que pasa, va dejando de ser un dogma para convertirse en una duda. Y aquellos que no han leído sobre esas especulaciones ni esas dudas, siguen repitiendo el dogma. Mientras el doctor Barnes predicaba a sus fieles sermones basados en la biología de hace cincuenta años, Belloc demostraba de forma concluyente ante el mundo entero que H.G. Wells y sir Arthur Keith desconocían la biología de tan sólo cinco años atrás. En resumidas cuentas, es conveniente insistir, como ya lo hemos hecho, en las diferencias existentes entre el deán Inge y el doctor Barnes; que no son muy distintas a las que hay entre Huxley y Haeckel.[104] Todo el mundo se sentiría mucho mejor y más feliz si se conociera al deán Inge como profesor Inge; y si al doctor Barnes no sólo se le conociera como profesor, sino como a un profesor prusiano. Así podría ser metido en el mismo saco que a otros bárbaros que atacan a la cristiandad, privado de los privilegios eclesiásticos como lo están aquellos que realmente persiguen a los cristianos. Pero hay paganos y paganos, y hay inquisidores e inquisidores. El deán es un pagano romano de la casa del Senado. El obispo es un pagano teutón. Al deán no le gusta la tradición cristiana siguiendo el espíritu de Diocleciano y Juliano. Al obispo en cambio, le desagrada como le desagradaría a un pirata danés que observa atónito el misterio inamovible de la iglesia romano-británica. Ni siquiera la causa común y la extendida máxima de la fraternidad de *Christiani ad leones*[105] ha reconciliado a los romanos y a los godos. Esas comparaciones de carácter histórico pueden parecer excesivamente fantasiosas; y de hecho, en cierto sentido, tanto uno como otro bando están muy ligados a su propio periodo histórico. Ambos son muy victorianos; pero también en este punto existe una diferencia y una ventaja. La ventaja del deán

es que es consciente de ello y lo expresa. Presume de ser victoriano y no le importa que le tachen de reaccionario. Mientras que, por su parte, el obispo parece valorar la idea de que sus pensamientos son novedosos e incluso adelantados a su tiempo.

Desde luego ambos tienen una filosofía común; y sería demasiado simplista denominarla «materialismo». La verdad es que sería tan superficial hablar de materialismo por nuestra parte como por la suya lo sería hablar de magia. Lo cierto es que esa extraña intolerancia que lleva al obispo a considerar a todo el sacramentalismo como mágico es, en lo más íntimo de su esencia, el mismísimo reverso del materialismo. De hecho, no hay nada menos saludable que el materialismo. La raíz de este prejuicio radica no tanto en una cuestión de confianza como en una especie de terror declarado hacia el asunto mismo. El hombre que adopta esta filosofía siempre se anda preguntando si el hecho de rendir culto debe ser considerado como algo totalmente espiritual o algo intelectual, porque no se siente a gusto con la idea de que las cuestiones espirituales tengan cuerpo y forma sólida. Probablemente le producirá un estremecimiento de carácter místico imaginar que Dios pueda convertirse en pan y en vino; aunque nunca he entendido por qué no habría de producirle el mismo estremecimiento al decir que Dios puede convertirse en sangre y carne. Pero tanto si estos pensadores son lógicos en su pensamiento como si no, ésta es su filosofía. No es materialista sino maniqueísta.

De hecho, el deán reveló una verdad inconsciente cuando afirmó que los sacramentalistas debían ser «idólatras naturales». Tal afirmación le amedrentó, no sólo porque fuera idólatra, sino porque también era algo natural. No podía soportar pensar en lo natural que resulta el ansia por lo sobrenatural. No podía tolerar la idea de que lo sobrenatural se mueve a través de los elementos de la naturaleza. Inconscientemente, de ello no tengo duda, pero con enorme terquedad, esa clase de intelectuales sienten que nuestras almas deben pertenecer a Dios, pero nuestros cuerpos le pertenecen al diablo, a la Bestia. Ese horror que los maniqueos sienten por la materia es la única explicación inteligente para semejante rechazo de las maravillas sacramentales y sobrenaturales. El resto no son más que cánticos y repetitivas disquisiciones atrapadas en un círculo vicioso; todo ese dogmatismo sin fundamento sobre que la ciencia le prohíbe al hombre creer en los milagros; como si la ciencia pudiera prohibirle al hombre creer en algo que no está dispuesta a investigar. La ciencia es el estudio de las leyes aceptadas sobre la existencia; y no puede demostrar la existencia de una negativa de carácter

universal sobre si tales leyes pueden ser anuladas por algo que se encuentre por encima de ellas. Es como decir que un abogado era tan profundo conocedor de la Constitución americana que sabía perfectamente que era imposible que se produjera una revolución en América. O como si un hombre dijera que era tan conocedor del texto de *Hamlet,* que se sentía con autoridad para negar la posibilidad de que un actor, al ver que el teatro empezaba a incendiarse durante la representación de la obra, dejara caer la calavera de sus manos y echara a correr. La Constitución sigue su curso, mientras puede seguirlo; la representación de la obra sigue el suyo, mientras está siendo representada, y el orden natural sigue su propio recorrido mientras no haya nada que lo detenga. Pero ese hecho no arroja luz alguna sobre si existe algo que pueda detenerlo. Es una cuestión de tipo filosófico o metafísico, no científico. Al margen del respeto que siento por la inteligencia de estos dos reverendos, especialmente por la del deán de San Pablo, prefiero pensar que sus ideas opuestas sobre lo que denominan «mágico», se manifiestan bajo la perspectiva de unos filósofos consecuentes y no bajo la de unos científicos incoherentes. Prefiero pensar que han meditado sobre las líneas maestras de los grandes agnósticos y budistas, así como otros místicos de una oscura pero digna tradición histórica, antes que haberse equivocado torpemente con la simple lógica de una ciencia barata y populista. Incluso puedo entender o imaginar que pudieron ser presa de una terrible sensación de repulsa en presencia de ese materialismo divino al que se acoge la masa. Pero sigo pensando que serían más coherentes si dejaran claro que llevaron su principio hasta sus últimas consecuencias; y dijeran, como lo hicieron los musulmanes al referirse a las Navidades: «Lejos de Él tener un hijo», o como dijeron los aterrorizados apóstoles cuando Dios iba a ser crucificado: «Señor, eso no sucederá»[106].

XXIX
Sobre lo que pensamos

El otro día estaba echándole un vistazo a uno de esos semanarios que se supone que son de divulgación cultural; en este caso, para ser más concretos, a uno de los que pueden considerarse de divulgación científica. Lo que ofrecía en la mayor parte de sus páginas es lo que sus partidarios definen con un tono muy optimista como pensamiento moderno, y lo que nosotros solemos llamar modernismo. En cualquier caso, no es una publicación que defienda únicamente el punto de vista contrario, puesto que en más de una ocasión me ha permitido dar réplica a sus opiniones, pero leyendo sobre el tema en cuestión, mi vista se detuvo al ver escrito mi nombre entre sus páginas.

Ha sucedido en un artículo sobre las doctrinas religiosas escrito por Arnold Bennet.[107] El protagonismo de este hombre en la prensa es uno de los misterios del periodismo actual. No sólo profeso una gran admiración por su genio artístico, sino que en muchos aspectos también siento una gran simpatía por su personalidad. Me gusta la chispa que tiene y el desdén que tiene por el desdén. Me gusta su humanidad y su compasiva curiosidad por todos los aspectos del ser humano. Su ausencia de esnobismo que incluso le permite simpatizar con los esnobs. Pero al hablar de las creencias religiosas de Arnold Bennet tengo la misma sensación de estar hablando sobre las aventuras de las cacerías de Bernard Shaw, o sobre las añadas favoritas de Pussyfoot Johnson[108] o las visiones celestiales de sir Arthur Keith, o incluso sobre los votos monásticos de Bertrand Rusell. Arnold Bennet nunca ha disfrazado, al menos así me lo parece, el hecho esencial de que no tiene ningún tipo de creencias religiosas; tal y como se entiende ese concepto en la lengua inglesa que yo he aprendido. De que tiene una moralidad muy estimable no tengo duda alguna. Pero, por el momento, la cuestión sobre Arnold Bennet es sólo un paréntesis. Lo menciono aquí simplemente porque fui citado en un artículo; y confieso que encontré un poco extraña la referencia. No le sorprenderá al lector descubrir que el periodista me encontró

menos modernista que Arnold Bennet. Mis creencias religiosas no se presentaron tan puras, virginales e inocentes, sino que fueron deformadas con afirmaciones muy concisas. El articulista declaró que había encontrado algo dudoso y misterioso en mi actitud; y lo que a mí me desconcertaba era precisamente su desconcierto. Dejó implícito, con gran delicadeza, que había más en mí de lo que podía verse a simple vista; que lo guardaba en mi interior, que había escapado de todas esas miradas papísticas, pero que estaba desesperado por viviseccionarme y descubrir el secreto que ocultaba. Decía: «El señor Chesterton no pretende ilustrarnos porque, que nosotros sepamos, su forma de pensar es bastante modernista».

Sería un poco cargante que un ateo dijera de algún inofensivo protestante lo que dijo el general Booth: «Hasta donde sabemos, su forma de pensar es bastante atea». Podríamos atrevernos a preguntar cómo se forma ese ateo una opinión de lo que piensa el general Booth, que se contradice por completo con cuanto él piensa. O por otro lado, sería poco elegante por mi parte, sugerir que Arnold Bennet está ocultando por miedo su conversión y lo expresara de la siguiente forma: «El señor Bennet nunca nos contará la verdad sobre él; pero que nosotros sepamos su forma de pensar es bastante papista». Podría incluso ser interrogado sobre cómo he llegado a formarme esas sospechas de los más profundos pensamientos del señor Bennet; como si me hubiera ocultado bajo su cama y le hubiera oído murmurar oraciones en latín mientras dormía, o hubiera enviado un detective privado para comprobar la existencia de su camisa de pelo de cabra y sus reliquias ocultas. Podría recomendarse que, antes de que mis sospechas derivaran en un caso de *prima facie,* sería más correcto suponer que las opiniones del señor Bennet eran las que él mismo decía que eran. Y si yo fuera sensible a estas cosas podría pedir encarecidamente a esa gente que no tiene posibilidad alguna de saber nada sobre mí a menos que yo mismo lo exprese, que por el bien de todos nosotros creyeran lo que yo digo sobre mí. En lo que se refiere al modernismo, por lo menos, nunca ha existido la menor duda sobre lo que he dicho de él. Ocurre que yo ya sentía un fuerte desprecio intelectual del modernismo antes incluso de que creyera en el catolicismo.

Pero yo pertenezco, como producto biológico de la evolución, al orden de los paquidermos. No estoy movido en lo más mínimo por el enfado, sino por una fuerte mistificación y curiosidad sobre la verdadera razón de este sorprendente punto de vista. Sé que el articulista no pretendía molestar; pero estoy muy interesado en tratar de entender lo que quería decir. Y la verdad es que pienso que en esta curiosa y críptica frase está oculto el secreto de la

moderna controversia sobre el catolicismo. Lo que ese hombre quería decir realmente era esto: «Incluso el pobre y viejo Chesterton debe pensar; no puede dejar de pensar por completo. Debe existir alguna función cerebral encargada de rellenar esas horas vacías de su desperdiciada y mal encaminada vida; y es obvio que si un hombre empieza a pensar, más o menos sólo puede pensar en la dirección que marca el modernismo». Eso es lo que realmente hacen los modernistas. De eso se trata. Ahí está la gracia.

Lo que ahora tenemos que tratar de inculcar en las cabezas de toda esa gente, de alguna manera, es que un hombre que reflexiona puede pensar profundamente sobre el catolicismo, pero no sobre las dificultades que entraña el catolicismo. Tenemos que conseguir que vean que la conversión es el comienzo de una activa, fructífera, progresiva e intrépida vida para el intelecto. Porque *eso* es lo que son incapaces de creer en este momento. Ellos se dicen a sí mismos: «¿En qué puede estar pensando, si no piensa en los errores de Moisés, como descubrió el señor Miggles de Pudsey, o descalificando todo el terror que la Inquisición extendió por España durante doscientos años?». Tenemos que explicar de alguna forma que los grandes misterios, como la Santísima Trinidad o los sacramentos, son los puntos de partida de un hilo de pensamiento mucho más estimulante, sutil e incluso personal, comparados con los cuales todo ese escepticismo no sería más que el débil arañazo causado por las sucias palabras de un antipático chismoso en un pueblo de Nueva Inglaterra. Por lo tanto, aceptar el logos como una verdad es permanecer en la atmósfera de lo absoluto, no sólo junto a San Juan Evangelista, sino con Platón y todos los grandes místicos del mundo. Aceptar el logos como un simple «texto» de una «interpolación» o como un «desarrollo» o como una palabra muerta dentro de un documento muerto, usado tan sólo para dar una rápida sucesión de seis fechas diferentes para datar ese documento es caer muy bajo, peleándose por conseguir un éxito discutible, si es que realmente pudiera considerarse un éxito. Exaltar la misa es entrar en un maravilloso mundo de ideas metafísicas, revelando todas las relaciones existentes entre la mente y la materia, el espíritu y la carne, y entre las más impersonales abstracciones, así como los afectos más personales. Empezar a menospreciar o minimizar la misa, a base de agudas comparaciones sobre lo que tiene en común con el mithraísmo**[109]** o los Misterios, es poco menos que caer en la pedantería y la mezquindad; no sólo muy por debajo del catolicismo, sino incluso muy por debajo del mithraísmo.

Como ya he dicho antes, es muy difícil decir cómo podemos mejorar todo esto. Tanto nosotros como quienes nos critican hablamos en idiomas

diferentes; de modo que los mismos términos que usamos nosotros para describir las cosas, significan algo totalmente distinto en las absurdas catalogaciones que ellos ponen por su parte. Con frecuencia, cuando hemos hablado de lo que nosotros consideramos asuntos importantes, nos acusan por hablar de temas que les parecen carentes de importancia. Sólo un proceso filosófico puede empezar en el punto correcto; y ellos lo han mantenido todo en el extremo equivocado. Pero estoy inclinado a pensar que deberíamos empezar a cuestionar una frase muy típica; algo que se ha convertido en un eslogan y en una leyenda; o para decirlo en un lenguaje popular, en un titular. Porque los periodistas lo repiten constantemente, y a base de repetirlo captan la atención, como lo hacemos nosotros al empeñarnos en negarlo.

Cuando el periodista dice por enésima vez: «La religión no se encuentra en los apagados y polvorientos dogmas, etc.», debemos replicarle con energía y responder: «Ahí estás equivocado desde el principio». Si él se dignara preguntar qué son los dogmas, descubriría que los dogmas están vivos, que son inspiradores e intelectualmente interesantes. El celo, la caridad y la unción son tan admirables como las flores y la fruta; pero si estás interesado de verdad en los principios vivos, debes interesarte entonces por la raíz o la semilla. En otras palabras, debes interesarte por el principio del que partió todo; aunque sea sólo para poder negarlo. Si el crítico no puede ponerse de acuerdo con el católico, puede constatar, sin embargo, que en ciertas ideas sobre el cosmos coincide con él. Puede ver que ser cósmico en ese sentido, como lo es el católico, es lo que le hace diferente del resto de la gente; y que al menos no le hace una figura carente de interés en la historia de la humanidad.

No sacará de ninguna parte algo más próximo que la sentimentalización del sentimiento católico o la pontificación de sus pontífices. Debería mantener las ideas como ideas; y se dará cuenta de que las ideas más interesantes de todas son precisamente las que los periódicos descartan por ser dogmas.

Por ejemplo, la doctrina de la naturaleza dual de Cristo es de lo más interesante; debería serlo para cualquiera que pudiera entenderla, más allá de que crea en ella. Es lo que podría ser denominado, con toda la reverencia, un interés estereoscópico; el interés de tener los dos ojos en la cabeza que ha creado un objeto; o de tener los dos ángulos de un triángulo que determinan el tercero. La vieja secta de los monofisitas[110] afirmaba que Cristo sólo tenía una naturaleza divina. La nueva secta de los monofisitas asegura que sólo tiene una naturaleza humana. Pero no es un truco o un juego de palabras afirmar que los monofisitas son monótonos y repetitivos por naturaleza.

Porque en cualquiera de sus dos formas, Él está plenamente. El asunto de cómo objetivizar la verdad histórica es otra cuestión, de la que no voy a discutir aquí, aunque estoy preparado para discutirla en cualquier parte. De lo que estoy hablando es de la estimulación intelectual y del punto de partida del pensamiento y la imaginación. Y éstas, como todas las cosas vivientes, crecen a partir de la conjunción del dos, y no sólo desde el uno. Hasta aquí lo que he leído, con simpatía pero con una simpatía que difícilmente va más allá de lo que es un sentimiento, de los estudios de los modernos monofisitas sobre la condición limitada y meramente mortal de la vida de Jesús de Nazaret. Respeto su respeto; y admiro su admiración, sé que todo lo que dicen sobre la grandeza humana o el don de la religiosidad es tan cierto como puede serlo. Pero sólo lo es en una línea, y no puede resultar tan convincente como los son las cosas que pueden converger entre ellas. Así pues, después de leer semejante tributo al profesor de ética al estilo de los esenios[111], es posible que pase otra página del mismo libro o alguno similar; y aparezca entonces alguna frase usada para coincidir con una religión pagana; tal vez algún supuesto paralelismo con lo que se denomina un Cristo pagano. Lo he leído de Atys[112] o Adonis: «Existe la idea de que el dios sacrificado ha sido sacrificado por él mismo». El hombre que pueda leer estas palabras sin estremecerse está muerto.

Ese estremecimiento es más profundo para nosotros, desde luego, porque está vinculado a un hecho y no a una creencia. En ese sentido no admitimos la existencia de paralelismo alguno con las leyendas de los antiguos paganos que aparecen implícitas en los libros de los paganos modernos. Y desde luego estamos autorizados a decir que es una mera cuestión de sentido común afirmar que no puede existir un paralelismo completo entre lo que era admitido como un mito o un misterio y lo que era admitido como un hombre. Pero la cuestión es que la verdad que se encuentra oculta incluso en los mitos y los misterios se perderá por completo si nos limitamos a considerarla bajo la simple óptica del hombre. En ese sentido existe una verdad inconsciente e irónica en las palabras del pagano moderno, que cantaba a ese «pagano que nos supera y sobrevive» y que decía que «nuestras vidas y nuestros anhelos son dos cosas separadas». Es verdad para los modernistas, pero no para nosotros, que encontramos de forma simultánea la realización de un anhelo y el registro de una vida. Es cierto que en muchos mitos paganos existe un débil presagio de los misterios cristianos; aunque admitamos que esos presagios no eran más que sombras. Pero una vez tenido en cuenta todo posible parentesco, llegamos a la conclusión de que la mitología no siempre ha llegado a la altura

de la teología. No es cierto que una idea tan audaz o tan sutil como ésta se haya pasado por la mente que ha creado a los centauros y los faunos. En la más salvaje y gigantesca de las fantasías épicas, no hay concepción más colosal de la existencia que la de Zeus y Prometeo. Menciono esto, no por exponerlo como una verdad frente a quienes no creen en ella, sino por hacer hincapié en el intenso interés intelectual que tiene para aquellos que sí creen que es cierto. Sólo pretendo explicarles a aquellos que se sienten preocupados, que una mente imbuida de la verdadera concepción de esta dualidad está plenamente dispuesta a reflexionar sobre esas líneas de pensamiento sin necesidad de desenterrar a los dioses muertos, a fin de desacreditar al hombre eterno. No siento ninguna necesidad de ser modernista o monofisita en mis ideas, porque creo que esos puntos de vista son mucho más torpes y banales que el mío. Citando las bonitas palabras de canción de amor *The wallet of Kai Lung* [La cartera de Kai Lung], una de las pocas canciones de amor que existen en el mundo con auténtico contenido psicológico: «Esta persona insignificante y menospreciada por todos, debería preferir sus propias ideas a las de los demás sin vacilación alguna».

Podrían ponerse otros muchos ejemplos. Esta «persona» (si se me permite usar una vez más la elegante locución china) se sentiría exhausta ante la enorme excitación que le provocaría descubrir que tanto María como Maia[113] son nombres que empiezan con la letra M, o que la madre de Cristo y la madre de Cupido[114] se representaban en ambos casos con la figura de una mujer. Pero sé que nunca me agotará la profundidad de la insondable paradoja comprendida en el concepto tan desafiante que supone ese tratamiento de Madre de Dios. Y sé que existen ideas no sólo más profundas, sino también más frescas y libres, en torno al misterio de ese humano perfecto que en una ocasión tuvo autoridad natural sobre la sobrenatural divinidad, que en cualquier clase de identificación iconoclasta que asimila todas las imágenes sagradas a base de destruir todos sus rostros. En el tiempo en que Cristo estaba hecho de la misma materia que Osiris, había poco de cualquiera de ellos; pero Cristo, tal y como lo concibe la Iglesia católica, es en sí mismo una compleja combinación, no de dos cosas irreales, sino de dos realidades auténticas. De la misma forma que tanto una Ashtaroth[115] como una madonna de Rafael, podrían parecer una visión carente de rasgos distintivos, hay algo que, en el más estricto sentido intelectual, es único en la concepción de Theotokos.[116] En resumidas cuentas, toda esta unión de tradiciones, ya sean verdaderas o falsas, carece de interés. Pero los dogmas no carecen de interés. Incluso las sutiles diferencias doctrinales resultan interesantes. Son

como las operaciones de cirugía más delicadas; que separan un nervio de otro pero al mismo tiempo generan vida. Sería bastante más fácil hacer uso de la dinamita, si nuestro único objetivo fuera causar la muerte. Así como un fisiólogo trata con tejidos vivos, el teólogo trata con ideas vivas; y si traza una línea entre ellas, es lógico que esa línea sea muy fina. Es costumbre, aunque hoy en día ya se ha quedado bastante trasnochada, quejarse de que los griegos o italianos que discutían sobre el misterio de la Trinidad o sobre los sacramentos perdían el tiempo, como quien lo pierde tratando de separar un cabello de otro. No sé que es más aburrido, si tratar de separarse los cabellos o tener que teñírselos, en un vano intento de igualar la dorada melena de Freya[117] o la negra cabellera de Cotytto.[118] Al menos, la división del pelo nos dice algo sobre su estructura; mientras que un simple desteñido no nos dice nada en absoluto. La teología nos introduce en la estructura de las ideas; mientras que el sincretismo teosófico se limita a enjuagar todos los colores de los coloristas cuentos de hadas que existen en el mundo. Llegados a este punto, mi único propósito es tranquilizar a esos amables caballeros que estaban preocupados por esa extraña enfermedad de la modernidad, que debía estar comiéndose mi mente vacía. Me apresuro a explicarles que me encuentro bastante bien, gracias; y que reboso de ideas sobre las que puedo reflexionar sin necesidad de recurrir a la locura baconiana de paralelismos paganos, o de establecer la conexión entre el toro al que dio muerte Mithra[119] y la balada de la vieja vaca muerta.

XXX
El optimista como un suicida

A veces, los librepensadores son muy reflexivos, pero nunca son libres. Al menos, en el mundo occidental de nuestros días, parecen estar atados a esa rueda de molino del cosmos monista y materialista. Es probable que el escéptico universal, bien en Asia o en la Antigüedad, haya sido un pensador atrevido, aunque también es muy posible que fuera un hombre más infeliz. Pero lo que tenemos que tratar con escepticismo no es al propio escepticismo, sino a esa fe sujeta al monismo. El librepensador no es libre en lo que se refiere al monismo. Por poner un ejemplo, a él no se le permite creer en un milagro. Y no se le permite, de la misma forma que él aseguraría que a nosotros no se nos permite creer en una herejía. En ambos casos tales prohibiciones se basan en principios básicos y no están basados en la fuerza. La Asociación de Prensa Racionalista no secuestrará ni amordazará, ni estrangulará a sir Arthur Keith si admite la prueba de una cura en Lourdes. Y tampoco el cardenal Arzobispo de Westminster me colgaría y descuartizaría si mañana yo anunciara que soy agnóstico. Pero es verdad que en ambos casos un hombre no podría arrancarse de raíz sus propios principios sin sufrir un terrible desgarro o una profunda revolución en su yo más profundo. En realidad somos los más libres de entre los dos; pero como apenas existe evidencia alguna, ya sea natural o preternatural, eso no puede ser aceptado como prueba dentro de nuestro orden establecido; mientras que el materialista no puede encajar el más pequeño de los milagros dentro del suyo. Pero dejemos eso como una cuestión aparte. Aceptaré, aunque sólo sea por el bien de la línea argumental, que tanto católicos como materialistas se encuentran limitados por sus convicciones fundamentales acerca del sistema cósmico; en ambas formas de pensar existe ese sentido de lo prohibido y ese sentido de la libertad. Por consiguiente, cuando veo en algún simposio periodístico, como ése sobre espiritualismo, a un destacado materialista como John M. Robertson[120] discutiendo sobre la evidencia del espiritualismo, me siento exactamente igual que como me imagino que él se sentiría al oír a un obispo

embutido en una mitra o a un jesuita en una sotana discutiendo sobre la evidencia del materialismo. Estoy seguro de que el señor Robertson no puede aceptar tal evidencia sin convertirse en alguien bastante diferente a él mismo; lo cual también sería con el poder de la gracia de Dios. Pero sé que él no es un librepensador; tan sólo lo es en el sentido en que yo mismo lo soy. Ya hace tiempo que llegó a la conclusión de que controla a todas las demás conclusiones. Las evidencias científicas no le han llevado a aceptar el materialismo. Es el materialismo el que le ha prohibido aceptar las evidencias científicas.

Pero hay otra faceta en la que el librepensador no sólo se muestra reflexivo sino también útil. El hombre que rechaza de plano la fe se convierte a menudo en un valioso crítico del que la rechaza de forma gradual, paso a paso. Los que escogen los aspectos del catolicismo que les parecen más agradables, o desechan aquellos que les confunden, acaban dando con la más extraña clase de resultado, que por lo general es bastante opuesto al que pretendían conseguir. Y esa inconsistencia puede exponerse de forma eficaz tanto desde un punto de vista positivo como negativo. Ya se ha comentado que cuando los semidioses desaparecen, aparecen los dioses; y haciendo una broma podría decirse que cuando llegan las falsas diosas, las semidiosas se van; aunque no estoy seguro de si es en buena hora. De cualquier forma, hasta un ateo puede hacernos ver lo importante que es mantener unido el sistema católico, aunque lo rechace por completo.

En América se da un curioso y divertido caso relacionado con esto; en relación con el señor Clarence Darrow[121], el escéptico superficial de la tierra de la ingenuidad. Parece que ha estado escribiendo sobre la imposibilidad de que alguien pueda tener alma; no hay nada que decir al respecto, excepto (como es habitual) que da la sensación de que es de esa clase de escépticos que entiende el alma bajo un punto de vista supersticioso, como si fuera un extraño animal con alas, separado del resto; de los que consideran que el alma está separada del yo. Pero lo que realmente me interesa de él es esto; que uno de sus argumentos para negar la inmortalidad se apoya en que la gente no cree verdaderamente en su existencia. Y para apoyar esa idea afirma que si todo el mundo creyera en la existencia de cierta felicidad más allá de la tumba, acabarían matándose todos. Asegura que nadie soportaría el martirio que supone un cáncer, por poner un ejemplo, si de verdad creyera (como aparentemente asume que todos los cristianos creen) que en cualquier caso, el mero hecho de morir llevaría a su alma de forma instantánea a un estado de

perfecta felicidad en compañía de sus seres queridos. Sin duda, un católico sabría darle la respuesta a este argumento.

Ahí tenemos la coronación de todo moderno optimismo, del universalismo y del humanitarismo en la religión. Los sentimentalistas hablan del amor hasta que el mundo enferma con esa palabra tan gloriosa; asumen que no puede haber nada en la próxima existencia excepto esa clase de utopía del placer que nos prometieron (pero que no nos han dado) en este mundo. Aseguran que todo será perdonado porque no hay nada que perdonar. Insisten en que este «pasar por la vida» es como pasar a otra habitación de la casa; que ni siquiera llegará a ser una sala de espera. Afirman que seremos introducidos de inmediato en una sala protegida en la que contaremos con todas las comodidades imaginables, sin mencionar en absoluto cómo llegaremos ahí. Aseguran que no hay peligros, ni maldad, incluso que no existe la muerte. Todo es esperanza, felicidad y optimismo. Y, como sin duda señalaría un ateo, la lógica resultante de toda esa esperanza, felicidad y optimismo debería desembocar en cientos de personas ahorcándose en las farolas, o miles de seres humanos lanzándose a los pozos o a los canales. Nos encontraríamos con que el resultado racional de esa moderna religión del amor y de la dicha no es más que una enorme estampida humana de suicidas. Así que el pesimismo habría matado a miles, pero el optimismo habría acabado con la vida de decenas de miles.

Como digo, se da por hecho que un católico conoce la respuesta correcta; porque se sostiene en la más completa de las filosofías, la que consigue que un hombre se mantenga cuerdo; y no se apoya sólo en un fragmento de ella, ya sea agradable o no, lo que fácilmente podría llevarle a la locura. Un católico no se quitaría la vida porque no da por sentado que se merezca el cielo pase lo que pase, o que suicidarse no será determinante si de veras se merece el cielo. Él dirá que no conoce con exactitud los peligros que puede correr; pero sabe qué lealtad o qué mandato ignoraría si actuase de esta forma. Lo que también sabe es que uno podría ser evaluado desde el cielo por lo que ha soportado como hombre; y que un héroe podría ser un mártir del cáncer como San Lorenzo y Santa Cecilia fueron mártires en el caldero o en la parilla. La fe en una vida futura, la esperanza en una felicidad venidera, la creencia de que Dios es amor y que la lealtad comporta la vida eterna son cosas que no derivan en la locura o la anarquía, si se añaden a las demás doctrinas católicas en lo referente al deber y a la absoluta vigilancia frente a los poderes del infierno. Sin embargo, si se toman por separado, pueden generar esa locura y anarquía antes mencionadas. Y los modernistas, es decir,

los optimistas y los sentimentales, querían tomarlas por separado. Por supuesto, ocurriría exactamente lo mismo si alguien separara las doctrinas del sentido del deber y la disciplina del resto. Generaría otra edad oscura de puritanos que irían ensombreciéndose con rapidez en el pesimismo. De hecho, los extremos se acaban encontrando, cuando sus respectivas terminaciones se acaban desenganchando de lo que debería ser algo completo. De modo que nuestra parábola concluye de forma poética con dos horcas, una al lado de la otra; la primera para los suicidas pesimistas y la segunda para los suicidas optimistas.

La cuestión es que en este pasaje, el escéptico americano está dando respuesta al modernista; pero no al católico. El católico cuenta con una razón extremadamente simple para no cortarse el cuello con la intención de volar hacia el Paraíso de forma instantánea. Pero podría plantearles un interrogante a aquellos que hablan como si el Paraíso estuviera abarrotado de personas que se han cortado el cuello. Y éste es sólo uno de los muchos ejemplos de una larga lista, en los cuales quienes tratan de simplificar la fe, acaban haciéndola menos lógica. Los musulmanes se imaginaron como seres sensibles al reducir su credo a la mera existencia de un solo Dios; pero lo que hicieron realmente, en el mundo de la psicología práctica, fue reducir su credo a un único destino. El verdadero efecto que se produce en un hombre cualquiera es el simple fatalismo; exactamente igual que el turco que no acude al hospital para curarse la herida porque se resigna al Kismet, esa fuerza cósmica en la que creen los musulmanes; o porque se somete a la voluntad de Alá. Los puritanos pensaron que simplificaban las cosas apelando a lo que ellos denominaban las palabras sencillas de las Escrituras; pero el hecho es que las complicaron al generar medio centenar de sectas irritadas con sus disparatadas propuestas. Y el moderno pensamiento universalista y humanitario simplifica las cosas cuando interpreta la gran verdad de que Dios es amor, en el sentido de que no puede existir guerra con los demonios ni peligro para el alma. Pero, de hecho, lo que han inventado es una serie de siniestros acertijos cuyas respuestas son todavía más absurdas; y el señor Clarence Darrow ha sugerido una de ellas. Por ello será recompensado con el agradecimiento de todos los católicos.

XXXI
El perfil de la Caída

Ya comenté la curiosa maniobra de despiste que se utilizó para cubrir la retirada de los darwinianos. Un ejemplo de ello está relacionado con personajes muy famosos; concretamente con dos. El señor H. G. Wells, que replicó al señor Belloc, que había escrito una crítica de *El perfil de la historia,* con objeto de protestar ante un cierto tono de arbitraria generalización y ante un pretendido conocimiento de lo que es desconocido. Un caso típico lo tenemos en lo que el señor Wells dijo sobre los hombres que hicieron las pinturas rupestres: «No parece que exista un espacio en esas vidas para la especulación o la filosofía». Y el señor Belloc le contestó de forma poco natural: «Y por qué no?». Pero no voy a hablar aquí sobre los detalles de algunos de sus trabajos; la mayoría de ellos hablan en torno a si las pinturas rupestres tenían inscritas su fechas de ejecución, o si alguna de las hachas de piedra podría llevar la inscripción de 400.000 antes de Cristo, o incluso A.E.H., (Antes del Esbozo de la Historia). Por el momento, el único punto de conexión es el que afecta a la continuación de nuestra crítica anterior, tocando el actual estado del darwinismo. Y lo que de verdad me sorprende es que un hombre como el señor Wells, que por lo general es muy apasionado en sus polémicas, se muestre tan frío en este asunto; la defensa que hace de Darwin es más una disculpa que una apología. De hecho, como ocurre con otros muchos apologistas modernos, parece defender la teoría de que Darwin no era darwiniano.

Los evolucionistas victorianos se entregaron por completo a la defensa de la grandeza de la tesis de Darwin. Los nuevos evolucionistas parecen entregados a explicar lo pequeña que es. Alegan que dio lugar al nacimiento de una teoría, pero que se trata de una teoría de poco alcance. Algunas palabras del señor Wells pueden ser consideradas apologéticas, sin caer por ello en una apreciación injusta. A diferencia del profesor antes mencionado, él no trata de saltarse la palabra «origen» para hablar de la «causa de ese origen». Lo que hace es concentrarse en la palabra «especies», como si a la

evolución no sólo se le hubiera aplicado una subdivisión. Él incluyó lo que no incluyó Darwin al principio, incluso aplicándolo a la especie humana. ¿Qué habrían dicho los darwinistas victorianos de lo que oyeron en defensa del darwinismo que no se pudiera aplicar al hombre? ¿Podemos entender que el primer libro de Darwin sea el único que tiene inspiración divina? Una vez más, el señor Wells afirma que la selección natural es algo de sentido común. Y sin duda alguna, si esto sólo significa que las cosas se ajustan perfectamente para que puedan darse las condiciones óptimas para la supervivencia, es algo completamente lógico. Podríamos añadir también que todo el mundo sabe eso. ¿Viene a decir esto que se defiende a Darwin sólo porque descubrió lo que era conocido por todos? La verdadera cuestión es, ¿cómo es que de repente la carne se ha convertido en pescado? Ése sería un ejemplo de la verdadera teoría darwiniana; reducida y representada como un único elemento de la evolución y carente de elementos que la expliquen. Podemos suponer que detrás de todo esto existe un saludable prejuicio. El señor Wells repudia con gran indignación la calumnia que vertió el señor Belloc al llamarle patriota. Pero es cierto; el profundo orgullo nacional inglés tiene mucho que ver con esta dedicación a la causa. Más que privar a Inglaterra de su Darwin, se priva a Darwin de su descubrimiento.

Cuando un hombre es tan grande y genial como lo es el señor Wells, reconozco que puede resultar excesivamente provocador calificarle de provinciano. Pero si él quisiera saber por qué algunos lo hacen bastaría, sin necesidad de abrir la boca, con señalar los encabezamientos de algunas de sus páginas, como por ejemplo: «¿Dónde está el jardín del Edén?». Caer en esto, y decirlo cuando se está hablando con un católico inteligente sobre la Caída, eso sí es provincianismo; orgulloso e inestimable provincianismo. Los paletos franceses de quienes habla el señor Wells no son provincianos en ese sentido. Y como el mismo señor Wells dice, no saben nada sobre Darwin y la evolución. No saben nada y no les importa en absoluto. Precisamente ahí es donde son mucho mejores filósofos que el propio señor Wells. Ellos conservan la filosofía de la Caída, como una simple historia que podía ser histórica o simbólica, pero que en cualquier caso no es más importante que lo que simboliza. Comparándola con esa verdad, que la teoría de la evolución sea cierta o no vale menos que dos peniques. Si el mencionado jardín es una alegoría o no, lo cierto es que la Verdad puede ser perfectamente alegorizada como ese jardín. Y la cuestión es que ese hombre, cualquiera que sea, no es una simple planta del jardín a la que han arrancado las raíces de la tierra, usándolas después como si fueran piernas, como una dalia doble que ha

duplicado los ojos y las orejas. Él es algo más, algo extraño y solitario; algo más que la estatua que una vez fue el dios del jardín, pero que se ha caído de su pedestal y yace rota entre las plantas y la hierba. Esta concepción no tiene que ver con el materialismo en lo que se refiere a los materiales. La imagen podía estar hecha en madera; la madera podía proceder del jardín; el escultor probablemente vigilaría el crecimiento de esa madera en la que después tallaría su obra. Pero mi fábula une las dos verdades de las escrituras. La primera es que la madera ha sido tallada con una imagen, de forma deliberada, y desde fuera; en este caso la imagen tallada es la de Dios. La segunda es que esa imagen ha sido dañada y desfigurada, así que ahora es mejor y peor que las simples plantas que hay en el jardín, lo cual encaja perfectamente con su plan. Hay espacio para toda clase de especulaciones sobre cuál pudo ser la verdadera historia del árbol antes de que éste se convirtiera en una imagen tallada; hay lugar para toda clase de dudas e incertidumbres sobre lo que pudo ocurrir realmente cuando se convirtió en dicha imagen; hay espacio para conservar la esperanza e imaginar a qué se parecería esa estatua perfecta que nunca llegamos a ver. Pero una vez unidas las dos verdades, ese hombre se elevó al principio para después caer. Y contestar diciendo «¿dónde está el jardín del Edén?» es como decirle a un filósofo budista: «¿Cuándo fuiste asno por última vez?».

La Caída es una forma de interpretar la vida. No es sólo iluminadora, sino también la única que es verdaderamente alentadora. Mantiene, en contra de las auténticas filosofías alternativas, como la de los budistas, los pesimistas y los prometeicos, que tenemos un mundo bueno que hemos infrautilizado, y que no nos hemos entrampado simplemente en uno malo. Que el mal procede del uso equivocado del bien, y que puede ser enmendado. Excepto éste, todos los demás credos no plantean sino una cierta forma de rendición frente al Destino. Un hombre que interpreta la vida de esta forma encontrará la luz en miles de cosas sobre las que las éticas de carácter evolucionista no tienen nada que decir. Por ejemplo, en lo que se refiere al contraste colosal existente entre las máquinas creadas por el hombre y la continuada corrupción que hay en los motivos para su utilización; en el hecho de que la falta de progreso social parezca dejarle atrás; de que, por lo general, los promotores de cualquier escuela o de cualquier revolución sean los mejores y los más puros; como William Penn fue mejor que un cuáquero millonario o lo fue Washington frente a un magnate del petróleo americano. Sobre ese proverbio que dice «el precio de libertad es la eterna vigilancia»[122], que es lo único que los teólogos afirman sobre cualquier virtud y que sólo es una forma de

plantear la verdad del pecado original; en esos extremos existentes entre el bien y el mal en los que el hombre excede a todo el resto de los animales en la medida de lo que es el cielo y el infierno; en esa sublime sensación de pérdida que es el tema recurrente en toda gran poesía y, sobre todo, en la poesía de los paganos y los escépticos: «Miramos hacia delante y hacia atrás, y suspiramos por lo que no es»[123]; que gritan a todos esos mojigatos y progres que se encuentran al margen de las profundidades y abismos que provoca el corazón partido del hombre; que la felicidad no es sólo una esperanza, sino una extraña forma de memoria; y que todos somos reyes en el exilio.

A esa gente que siente que esta forma de ver la vida es más real, radical y universal que las baratas simplificaciones que se oponen a ella, les provoca una gran conmoción el tratar de comprender que alguien pueda dejar solo a un hombre como el señor Wells, que imagina que todo depende de algún detalle relacionado con el emplazamiento de un jardín en Mesopotamia, como el identificado por el general Gordon. Es difícil encontrar un paralelismo con semejante incongruencia; no hay similitudes reales entre nuestros confusos asuntos mortales y los acontecimientos que son divinos por misteriosos, y las escrituras que son sagradas aun cuando tengan un carácter simbólico. Pero podría distinguirse cierta sombra de comparación en los mitos modernos. Me refiero a esa clase de mitos en los que hombres como el señor Wells creen; como el de la Carta Magna o el del *Mayflower*. Muchos historiadores mantendrán que no hay nada que decir de la Carta Magna; que no fue más que un conjunto de privilegios feudales. Pero supongamos que uno de los historiadores que mantiene este punto de vista empezara a discutir con nosotros sobre la fabulosa naturaleza que solemos dar a la Carta Magna. Supongamos que aporta mapas y documentos que prueban que la Carta Magna no se firmó en la rivera del Runnymede[124], sino en algún otro lugar, como de hecho mantienen algunos eruditos. Supongamos que ha criticado la falsa heráldica y los diseños de los vestidos que tradicionalmente se vienen utilizando en las figuras de cera que se han hecho como reconstrucción histórica. Pensaríamos que estaba demasiado excitado por un simple detalle de la historia medieval. ¡Pero que atónitos nos quedaríamos si finalmente nos diéramos cuenta de que ese hombre pensaba que todos los intentos modernos por establecer la democracia deberían ser abandonados; que todos los gobiernos estaban equivocados; que deberían disolverse todos los parlamentos y destruirse todos los derechos políticos, si finalmente se admitiera que el rey Juan no firmó aquel documento tan relevante en aquella pequeña isla del Támesis! ¿Qué debíamos pensar de él, si de verdad creía que

no teníamos razones para disfrutar de las leyes y las libertades porque sólo se apoyaban en la autenticidad de aquella firma real? Así es como me siento yo cuando veo que el señor Wells se imagina que la profunda y luminosa filosofía de la Caída sólo significa que el Edén está situado en algún lugar de Mesopotamia. La única explicación para que un gran hombre como el señor Wells tenga un pequeño prejuicio, como éste de la serpiente, es la de que proviene de una tradición religiosa que considera las escrituras hebreas como la única autoridad y se ha olvidado de toda esa gran metafísica medieval y de la discusión de las ideas fundamentales.

El hombre que hace eso es un provinciano; y no hay peligro alguno por decirlo, aunque él sea uno de los más grandes hombres de letras y una gloria para Inglaterra.

XXXII
Los ídolos de Escocia

El aspecto que más me impacta de esta polémica es el hecho de que la mayoría de las veces nuestros oponentes hablan en términos del pasado, un pasado por otra parte completamente caduco; mientras que nosotros intentamos abordar las condiciones prácticas que se dan en el presente aunque pueda ser considerado impertinente, excéntrico, entrometido o paradójico. En esa línea parece haberse planteado una divertida comedia en relación al nacionalismo escocés, o la noción de autogobierno del norte de Gran Bretaña. Un respetable presbiteriano advirtió a sus compatriotas de que su movimiento había resultado contaminado por la presencia de católicos románicos, especialmente por el señor Compton Mackenzie[125]; y no en menor grado por el peligro mortal que supone el hecho de que el señor Cunninghame Graham[126] se muestre interesado en un libro del señor Belloc en el que se expresa ese terrible sentimiento de que la Reforma supuso el hundimiento del cristianismo. Personalmente creo que tenía que haber pensado que resultaría obvio que alguien en alguna parte, considerara con objetividad que efectivamente supuso el hundimiento del cristianismo. Debí imaginar que sería obvio para alguien, por ejemplo, que deseara o incluso discutiera sobre el reencuentro del cristianismo. Desde luego algunos pueden creer que se trataba de un viejo buque de tres cubiertas que estaba destinado a hundirse, y que hubo personas que fueron lo suficientemente afortunadas como para poder salvarse en botes salvavidas. Pero el hecho es que efectivamente se rompió y que los botes no son lo mismo que el barco original. Un hombre podría ofenderse al oírnos decir que el auge de los reinos feudales y de los modernos estados fue una consecuencia del declive y posterior caída del Imperio romano. Ésta es sólo una muestra de intolerancia, pero que merece reseñarse desde el principio. Una de las particularidades de este tipo de intolerancia es que no es capaz de distinguir entre las afirmaciones que buscan la provocación y aquellas que no son más que simples declaraciones. Si yo afirmo que la Reforma supuso una vuelta a la barbarie, a lo peor de la

Edad Oscura sin conservar nada de lo bueno que pudo ofrecer; una idolatría de los documentos hebreos caducos, llenos de visiones y símbolos sin ningún Daniel que interprete los sueños; una estampida de lujo brutal y de orgullo con un aullido de predicador a modo de disculpa; una revuelta de ladrones y saqueadores que llevan delante, como si fueran mascotas de la suerte, a unos pocos lunáticos que balbucean entre espumarajos; el retorno del maniqueísmo, el sucio simio ascético, conspirando con el mal para destruir el mundo… Si yo hubiera dicho todo esto debería pensar que esos comentarios sobre el protestantismo tenían, en efecto, un toque de provocación. Pero si dijera, junto con el señor Belloc, que el protestantismo supuso el hundimiento del cristianismo, debería considerarlo como una declaración de carácter histórico, lo mismo que si dijera que la Guerra de Independencia americana supuso la división del Imperio británico. El intolerante no puede ver la diferencia entre estas dos clases de afirmaciones, ya sean hechas por nosotros o por él mismo.

Otro punto interesante que merece ser mencionado es el hecho de que el protestante sigue afirmando que el señor Compton Mackenzie y sus amigos van a arruinar a Escocia, al alejarse de las estrictas enseñanzas de John Knox, que se supone fue el creador del carácter escocés. Yo no puedo creer que el carácter de Scott o el de Stevenson, el de Burns o Barrie[127], sean reproducciones exactas e inalteradas de las enseñanzas de John Knox. Pero antes de que hagamos cualquier tipo de comparación, merece la pena comentar que, de cara al mundo en el que vivimos, un mundo que está más en contacto con las condiciones modernas, con un conocimiento de los problemas que se dan en la actualidad y de aquellos que se darán en un futuro cercano, resulta más acertado mencionar el nombre de Compton Mackenzie que el de John Knox. Muchos jóvenes modernos se han unido recientemente a la misma religión que el señor Compton Mackenzie. Ningún joven, al menos de los que yo haya oído, alberga deseo alguno de volver a la religión de John Knox. En realidad, apenas hay un escocés entre mil que sienta cierta simpatía por la religión de John Knox. Puede que respete a John Knox por el hecho de ser un héroe escocés, en la suposición (bastante falsa) de que fue un patriota escocés. Pero en realidad, el partido patriótico de Escocia no era otro que el malvado partido papista; Knox y sus presbiterianos fueron ayudados por la presión ejercida por Inglaterra y la reina Isabel. Ellos se habrían justificado afirmando que tenían la única y verdadera religión. La cuestión es, ¿quién, incluso dentro de Escocia, cree que sea ésa la única y verdadera religión? Lo repito, uno entre mil; tal vez unos pocos viejos fanáticos de los Wee Frees[128]

en las Highlands. Los que conocen algo de las iglesias presbiterianas escocesas, a lo largo de estos últimos cincuenta años, saben que la doctrina imperante que se les ha enseñado no ha sido el severo calvinismo de los siglos XVII o XVIII, y menos todavía el calvinismo salvaje del siglo XVI. Ha sido un ligero sofrito de filosofía hegeliana y de crítica superior que se ha tomado prestado de Alemania y que los estudiantes escoceses han aprendido en las universidades de ese país. Y alguien a quien de verdad le guste el moderno carácter escocés, sabe (gracias a Dios), que no es por el pequeño parecido que en estos días guarda con la severidad propia de John Knox. Es más sentimental que otra cosa, aunque tal sentimiento encuentre expresión en más de un admirable y brillante genio. La Escocia moderna no se encuentra representada por John Knox ni remotamente. Está más ajustada y honorablemente representada por hombres como sir Harry Lauder[129] y sir James Barrie.

Este apagado hábito que invoca cosas caducas, en un mundo en el que estamos rodeados de muchas cosas vivas y de gran interés, es la segunda característica de ese tipo de individuo intolerante que pretendo describir. Sería sumamente interesante escribir una historia auténtica, respetuosa y comprensiva, sobre el extraordinario episodio que supuso el puritanismo escocés; haciendo hincapié en la integridad y el vigor intelectual que acabó perdiendo. Pero cualquier estudio sincero hecho a tal efecto debería concluir con la afirmación de que, de hecho, no lo hizo del todo. Uno de los más brillantes y distinguidos profesores de Escocia, de la universidad de Edimburgo, de origen absolutamente puritano y con simpatías hacia las tendencias opuestas a los católicos, utilizó la que, para mí, es la verdadera y más contundente expresión del viejo sabatarianismo: «Cubría toda Escocia; y entonces, una mañana, desapareció de repente de todas partes como si fuera nieve derretida». Y aunque la historia podía contarse desde otro punto de vista, o desde muchos distintos, no es menos cierto que podríamos extraer nuestra propia moral de ella. Y la moral es, de hecho, ésa que acabamos encontrando a lo largo de toda nuestra propia historia.

Básicamente, el nacimiento y la muerte de toda herejía han seguido siempre un curso parecido. Un católico morboso y desequilibrado extrae una de entre las miles de ideas del pensamiento católico; y entonces declara que se interesa más por esa idea católica concreta que por el propio catolicismo. Se va con su idea a un lugar desierto, en donde la idea se transforma en una imagen y la imagen se transforma en un ídolo. Luego, pasado un siglo o dos, se despierta de repente y descubre que el ídolo es en efecto un ídolo; y poco

después de esto, descubre también que el desierto es el desierto. Si se trata de un hombre sabio, se considerará a sí mismo un loco. Si se trata de un loco, se definirá a sí mismo como un evolucionista progresivo que ha madurado el concepto de la adoración de los ídolos. Y mirará al desierto en torno suyo, extendiendo la desolación por todas partes mientras dice, con las hermosas palabras del señor H.G. Wells: «No veo límites».

Eso es lo que les ocurrió a los calvinistas escoceses; con el consuelo que produce el hecho de que, por lo general, el escocés no es un chalado, ni siquiera cuando deja de ser calvinista. Pero a menudo se pasa al ateísmo; y el hecho de que muchos de los escépticos más acérrimos, partiendo de Hume y bajando poco a poco en el escalafón, han venido de Escocia, parece la señal más evidente del descubrimiento del ídolo y también del desierto. En cualquier caso, ésa es la parábola de lo ocurrido. El calvinista no es más que un católico cuya imaginación se ha visto atrapada y dominada por una única verdad teológica sobre el poder y el conocimiento de Dios; y la ha ofrecido al sacrificio humano, no sólo de cada sentimiento humano, sino de cada una de las cualidades divinas. Algo en esa simple idea de omnipresencia y de poder implacable ha intoxicado y exaltado a algunos hombres durante un cierto periodo de tiempo, como pueden ser intoxicados algunos por una tormenta de viento o por alguna terrible tragedia que tenga lugar sobre el escenario. Los protestantes más moderados, los anglicanos y gran parte de los luteranos comparten ese sentimiento extraño hacia el Rey. De ahí vino la doctrina del derecho divino de los caballeros y la corte de capellanes de Prusia. Nada resulta más intrigante y desafiante para la imaginación que la necesidad de intentar comprender cómo es que los hombres del siglo XVI y primeros años del siglo XVII pudieron sentir esa clase de regocijo abstracto y altruista ante el simple poder del Príncipe; ante la autocracia del soberano terrenal. Los calvinistas, para ser justos con ellos, sintieron lo mismo pero enfocándolo solamente al concepto de soberano celestial. En ese sentido los escoceses pueden mirar hacia atrás orgullosos de su propio calvinismo. Pero no pueden mirar orgullosos hacia el calvinismo que aparece ante ellos. Saben, tan bien como cualquiera, que esa aislada idea religiosa no podrá estar separada mucho tiempo del resto de las ideas religiosas a las que pertenece. El calvinismo del puritano está tan muerto como el derecho divino de los caballeros; los hombres no pueden seguir adorando al ídolo, se llame presbiterianismo o erastianismo[130]. Sólo pueden adorar el desierto; lo que supone caer en el ateísmo o, por decirlo de una forma más educada, en el panteísmo.

Tanto si se les considera una tendencia católica como si no, todos los movimientos de todas las sectas del pasado se han encaminado en la misma dirección, la de reunir de nuevo las piezas que fueron separadas durante el siglo XVI. La característica principal de nuestro tiempo ha sido el hecho de que una persona tras otra han ido recuperando pieza tras pieza, y las han añadido a la nueva combinación, borrándolas de la antigua. Ésa es la prueba de que efectivamente se produjo un hundimiento. Y desde entonces, eso es lo que ha estado haciendo Robinson Crusoe: volver atrás para recuperar los restos del naufragio.

XXXIII
Si ellos han creído

Una de las cosas que nuestros enemigos desconocen es la verdadera situación de su propio bando. Para mí es un motivo de orgullo que el más orgulloso, genuino e incontestable fanfarrón que los protestantes de Inglaterra hubieran podido crear lo haya creado para ellos un católico. Muy pocos protestantes, al menos de su tiempo, habrían tenido la capacidad o la iluminación para hacerlo. Como dijo Newman, cuando ese gran maestro del inglés sondeó los gloriosos triunfos de nuestra lengua desde Bacon y Milton hasta Swift y Burke, recordándonos con firmeza que, aunque hayamos convertido a Inglaterra a la verdadera fe en miles de ocasiones, «la literatura inglesa siempre *ha sido* protestante».

Esta muestra de candor podría presentarse como excesivamente generosa; pero creo que es inteligente que nosotros nos mostremos también generosos. Porque eso no es completamente cierto o, al menos, no exclusivamente cierto. El nombre de Chaucer es por sí solo suficiente para demostrar que la literatura inglesa fue inglesa mucho tiempo antes de que fuera protestante. Incluso un protestante, si también fuera inglés, no podría preguntar por nadie más inglés que el propio Chaucer. Él era, dentro de la esencia del carácter nacional, mucho más inglés que Milton. En realidad, el argumento no es más sólido en lo referente a Chaucer que lo que pueda serlo con Shakespeare. Pero en el caso de Shakespeare la argumentación resulta más larga y complicada, como si estuviera dirigida por sus partidarios; aunque resulte lo suficientemente simple y directa para ser entendida por todos aquellos que tengan el sentido de la realidad. Creo que los recientes descubrimientos, recogidos en un libro escrito por una mujer francesa, han acabado confirmando la teoría de que Shakespeare murió católico. Pero no necesito de libros ni de descubrimientos que me demuestren que vivió como un católico, o más probablemente, como el resto de nosotros, tratando infructuosamente de vivir como católicos; que razonó como un católico, que sintió como lo haría un católico y que analizó cada cuestión como lo haría un católico. Las pruebas que demostraran tal cosa

constituirían materia para otro ensayo; si de hecho lograran demostrarlo sin resquicio de duda. Para mí resulta bastante evidente que él era el auténtico y reconocible católico típico del Renacimiento; como Cervantes, como Ronsard. Pero si se me pidiera de pronto una breve explicación, sólo podría afirmar que era católico basándome en los mismos pasajes que ahora se utilizan para probar que era agnóstico.

Pero ésta es otra cuestión mucho más sutil que no tiene que ver con el asunto que decidí tratar en este ensayo. Al comienzo del mismo, me propuse reconocer la verdad que planteaba Newman de que al margen de la desunión de Europa ha surgido una gloriosa e importante literatura protestante inglesa; y plantear algunas especulaciones sobre este punto. Y creo que nada llegaría a aclararle mejor al inglés de nuestros días el importante tema que constituye saber qué es realmente nuestra religión y por qué pensamos que se debe plantear este apunte histórico, por otra parte bastante interesante. ¿Qué diferencia podría haber supuesto que los grandes maestros de la literatura inglesa hubiesen sido católicos?

Es evidente que la cuestión no puede contestarse rigurosa ni científicamente; porque nadie sabe qué diferencias podrían haberse dado si las circunstancias de nuestras vidas hubiesen sufrido algún cambio. Pero en términos generales, tratándose de un asunto ideológico e incluso doctrinal, merece la pena que nos lo preguntemos como materia de historia religiosa. ¿Hasta dónde dependen los escritores protestantes del protestantismo?

Sin embargo no tengo intención de hablar sobre este tema aquí, pues sólo es un ensayo que sugiere un tema para otro ensayo. No es más que una reseña para gente más instruida que yo, que simplemente cuento con un buen título y un buen tema para escribir otro ensayo. Pero resulta conveniente afirmar que la impresión más habitual entre los ingleses es errónea. Y lo es por el hecho de que imaginan que las ideas puramente protestantes tienen algo en común con las ideas liberales. Esto es radicalmente falso porque se basa en una historia completamente falsa que supone que el Renacimiento era lo mismo que la Reforma. Sería muy difícil afirmar qué literatura inglesa se debe a la Reforma, diferenciándose del Renacimiento. Ahí está la sinceridad que inspiró el inglés sencillo de Bunyan; pero incluso Bunyan fue la excepción que confirma la regla. Él era puritano; pero no era tan estricto como los demás puritanos. Se encontraba bajo sospecha de sus propios colegas por el hecho de no ser tan puritano como cristiano. Se señaló en su momento, y desde entonces se ha hecho muy a menudo, el hecho de que su teoría no es excesivamente sectaria si tenemos en cuenta los estándares de las sectas del

siglo XVII. Entre los calvinistas fue tan moderado que miles de los que deben haberle leído no habrán pensado en el calvinismo para nada. Y si repasamos las mejores escenas de su magnífica obra[131], como la batalla con Apollyon, la misión de Corazón Grande, la muerte del Valeroso-por-la-Verdad cuando las trompetas resuenan en el otro lado no hay razón para pensar que no pudieran haber sido escritas por un católico. No quiero decir con esto que deberían haber sido escritas por un católico; ésa es una cuestión que probablemente nadie puede contestar, ya sea en un sentido o en otro. De lo que estoy hablando exactamente es de las doctrinas en relación con las ideas y las imágenes; y no hay razón alguna para que el catolicismo le impida a un católico escribir la historia de la peregrinación de un hombre o la lucha por alcanzar a Dios.

En cierto sentido, Milton es un caso aún más destacable, por el hecho de que en él había mucho más de Shakespeare y del Renacimiento católico. Aunque no soy capaz de imaginar las profundas diferencias que podrían haberse producido en su poesía si hubiera seguido a otros miembros de su familia en la antigua fe. No veo en qué podría haberle cambiado, excepto en la posibilidad de que hubiera sido un hombre mucho más alegre. La mayoría no se habrán dado cuenta de esto, porque en lo que se refiere a la libertad artística e intelectual perseveran en la idea de que eso era algo que estaba controlado en los países católicos y en cambio gozaba de libertad en los países protestantes. Pero la historia se encuentra en contradicción con este punto de vista. La marea cultural del siglo XVII fluyó de Francia hacia Inglaterra, no de Inglaterra hacia Francia. Milton podía haber sido tan relevante como Molière y seguir siendo recordado como un católico dentro de una atmósfera católica. Descartes el católico fue mucho más sincero que Bacon el protestante, el filósofo del racionalismo científico. Los experimentos, las nuevas formas, los grandes nombres de la crítica y la filosofía de los dos o tres últimos siglos han surgido con la misma frecuencia en los países de influencia católica que en los de influencia protestante, si no más.

Inglaterra podría haber generado una gran literatura, de la misma forma que podría haberlo hecho Francia, sin necesidad de producirse cambio alguno en la antigua religión europea.

Para demostrar lo que afirmo en este ensayo nada más oportuno como citar el caso de Cowper.[132] Ahí es donde se hace más tajante la teología protestante, y donde también se hace más categórica la poesía inglesa. Pero ambas tienen muy poco que hacer la una con la otra antes de que llegue la

hora oscura en que la teología acabe por destruir a la poesía. El pobre calvinismo de Cowper le arrastró a la locura, y sólo su poesía lo mantuvo cuerdo por algún tiempo. Pero no había nada en su poesía ni en su cordura que le impidiera convertirse en un católico. Al contrario, era exactamente esa clase de hombre que habría sido muy feliz siendo católico. Esa clase de hombre que habría sido un devoto de la memoria de San Francisco, si hubiera oído hablar alguna vez de él; y nada habría evitado que tanto uno como otro cuidaran de pájaros como si de mascotas se tratasen o acariciaran a las liebres salvajes más allá de los bosques. Fue el brutal golpe producido por Calvino, dos siglos antes, el que rompió el corazón del santo de la naturaleza; y no es el menor de sus crímenes.

Después de Cowper aparece otra clase de problema que no es la presencia sino la ausencia de la teología protestante. Hubo elementos en la literatura de Burns y Byron, y más aún en Shelley y Swindburne, que desde luego habrían supuesto un problema para su tradición católica, de haberla tenido. Pero como revuelta contra el catolicismo no habría sido ni la mitad de lo que lo hubiera sido contra el protestantismo. En la medida en que tienden hacia el simple escepticismo, habrían encontrado el camino hacia él con más rapidez leyendo a Rabelais y a Montaigne en un país católico que leyendo a Shakespeare y a Milton en uno protestante. Tan pronto como empezó la Revolución o, más bien, tan pronto como empezó el movimiento romántico, se quedó atrás la teología puritana, incluso de una forma más contundente que la teología medieval. De hecho, los románticos desarrollaron una cierta simpatía, si no exactamente con la teología medieval, al menos con la religión medieval. Es muy probable que Byron o Víctor Hugo prefirieran que una abadía estuviera en ruinas, pero no habrían visitado una capilla baptista ni siquiera por el placer de verla en ruinas. Es cierto que Walter Scott nos aconsejó contemplar la abadía de Melrose[133] a la luz de la luna; con la delicada implicación que supone la luz de la luna en la religión medieval. Pero bajo ningún pretexto habría deseado ver iluminado el Exeter Hall[134] por luz de gas. Los homenajes que en ocasiones se siente obligado a rendir al puritanismo oficial de su país son, como estaremos todos de acuerdo en reconocer, las palabras más hoscas y faltas de sinceridad que puedan encontrarse en sus obras. Por lo tanto, en el aspecto negativo, la conclusión es totalmente negativa. Resulta muy difícil encontrar, al menos después del caso de Bunyan y el de Cowper, algo que pueda definirse como una inspiración puramente literaria procedente de las doctrinas puramente protestantes. Existe una gran inspiración, más o

menos indirecta, que proviene del paganismo; pero pasado el primer entusiasmo, observamos que casi ninguna proviene del protestantismo.

Si esto es cierto por el lado negativo, lo es aún más por el lado positivo. Tomando el esplendor imaginativo de la épica de Milton, en cuestiones tales como la Guerra en el Cielo, habría sido mucho más convincente si se hubiera centrado más en tomar como modelo los profundos misterios medievales sobre la naturaleza de los ángeles y los arcángeles, y menos en los imaginativos mitos griegos sobre gigantes y dioses. *El Paraíso Perdido* es un poema de carácter inmortal, pero fracasa al tratarse de un poema religioso inmortal. Son más felices los que leen a Milton como si estuvieran leyendo a Hesíodo. Es poco probable que aquellos que buscan la satisfacción espiritual puedan leerlo ahora con la misma naturalidad que si leyeran a Crashaw.[135] Supongo que nadie cuestionará que la pompa de Walter Scott podría haberse multiplicado por diez si hubiera entendido los símbolos de una fe eterna, de la misma forma en que lo hizo con los símbolos de un feudalismo caduco. Para él era el hábito el que hace al monje.

Pero el hábito podía haber resultado poco pintoresco si en su interior se encontrara un verdadero monje; y menos aún si dentro del monje se encontrara una mente interesante, como la de Santo Domingo o San Hugo de Lincoln.[136] «La literatura inglesa siempre ha sido protestante»; pero podría haber sido católica; sin dejar de ser literatura inglesa, y haber producido quizá una literatura más profunda y una Inglaterra más feliz.

XXXIV
La paz y el Papado

Hay un famoso dicho que, si bien a algunos les parece falto de respeto, es el soporte de una de las partes más importantes de la religión: «Si Dios no hubiera existido, habría sido necesario inventarlo». No difiere mucho de alguna de las atrevidas preguntas con las que Santo Tomás de Aquino iniciaba su gran defensa de la fe. Alguno de los modernos críticos de su fe, en especial los críticos protestantes, han caído en un error, no exento de gracia, debido a la ignorancia que se tiene del latín y del uso arcaico de la palabra *divus,* acusando a los católicos de describir al Papa como si fuera Dios. Entre los católicos, no creo que sea necesario decirlo, existe tanta probabilidad de llamar al Papa Dios como de llamar a un saltamontes Papa. Pero hay un aspecto en el que reconocen una relación eterna entre la posición del Rey de Reyes en el universo y la de su Virrey en el mundo, como la relación que existe entre un objeto y su sombra; una similitud que guarda cierto parecido con la distorsionada relación existente entre Dios y la imagen de Dios. Y este epigrama puede clasificarse entre las coincidencias existentes en esta comparación. El mundo se encontrará cada vez más en una situación en la que incluso los políticos y hombres más prácticos se verán a sí mismos diciendo: «Si el Papa no existiera, sería necesario inventarlo».

No es del todo imposible que pudieran inventarlo. Lo cierto es que una gran parte de ellos habría aceptado al Papa si no se le hubiera llamado Papa. Creo que habría sido posible, en ésta y otras muchas cuestiones, jugar a una especie de broma piadosa con muchos herejes y paganos. Imagino que sería bastante probable describir en términos exactos, aunque abstractos, la idea general de lo que es un oficio o una obligación, que podría corresponderse con exactitud a la posición del Papado en la historia, y que habría sido aceptado en un terreno ético y social por un gran número de protestantes y librepensadores; hasta que descubrieran con gran rabia y estupefacción que habían sido engañados al aceptar el arbitraje internacional del Papa. Imagino que alguien planteó esa vieja idea como si fuera nueva; supongo que alguien

dijo: «Propongo que sea levantado en la ciudad más ilustrada de nuestra civilización, un lugar donde un dirigente de carácter permanente represente la paz y las bases de un acuerdo entre las naciones vecinas; dejémosle, por la naturaleza de su puesto, al margen de todos los demás, con el compromiso de considerar lo bueno y lo malo que hay en cada cosa; permitamos que se erija en el juez que exponga una ley basada en la ética y un sistema de relaciones sociales; dejemos que su formación sea diferente a la que fomenta las ambiciones ordinarias de la gloria militar e incluso los apegos comunes de la tradición más tribal y primitiva; protejámosle especialmente de la presión que ejercen los reyes y los príncipes; hagámosle jurar respeto hacia los hombres como hombres que son». No son pocos, y en breve aún serán muchos más, los que serían capaces de proponer una institución internacional de cosecha propia; y también habrá muchos otros que, en su inocencia, creerían que nunca se había intentado antes.

Es cierto que un gran número de reformadores sociales se encogerían ante la idea de la existencia de una institución de carácter individual. Pero ese prejuicio se está debilitando ante el desgaste natural de la experiencia de la política real. Podemos estar encariñados, como de hecho lo estamos muchos, con el ideal democrático; pero también nos hemos dado cuenta de que esa democracia directa, la única democracia que satisface de hecho a un verdadero demócrata, es algo aplicable sólo a ciertas cosas; y ésta no es una de ellas. La verdadera voz de una civilización de amplia extensión internacional, o de una religión ampliamente difundida, no se hará eco de las verdaderas voces o gritos de todos los millones de fieles. La gente no sería la heredera del trono del Papa destronado; lo sería algún sínodo o algún tribunal de obispos. No existe una alternativa entre la monarquía y la oligarquía. Y siendo yo un idealista demócrata, no vacilo al elegir entre las dos últimas clases de privilegio. Un monarca es un hombre; pero una oligarquía no lo es; la oligarquía es un pequeño grupo de hombres de considerable insolencia y sobrada irresponsabilidad. Un hombre en la posición del Papa, a menos que esté literalmente loco, debe ser responsable. Pero los aristócratas siempre pueden echarle la culpa al otro y aun así crear una corporación de la que mantienen apartado al resto del mundo. Ésas son las conclusiones a las que ha llegado mucha gente; y muchos se quedarían atónitos y horrorizados al comprobar a dónde nos han llevado tales conclusiones. Pero la cuestión aquí radica en que si nuestra civilización no redescubriera la necesidad del Papado es muy posible que antes o después tratara de crear la necesidad de contar con algo parecido; incluso haciéndolo por su propia cuenta. Sería, desde luego,

una situación irónica. El mundo moderno tendría que crear un nuevo anti-Papa, aunque, al igual que en el romance de monseñor Benson[137], el anti-Papa tuviera el carácter de un Anticristo.

Es un hecho que el hombre tratará de establecer alguna clase de poder moral que se mantenga fuera del alcance de los poderes materiales. Ésta es la debilidad que han mostrado muchos intentos dignos y bienintencionados de la justicia internacional, en los que el consejo internacional apenas puede ayudar, convirtiéndose en un mero microcosmos o modelo fuera del mundo real. Imagino que en los futuros intercambios internacionales alguna potencia, por ejemplo Suecia, pueda parecer desproporcionada o problemática en sus acciones. Si Suecia es poderosa en Europa, será poderosa en el Consejo de Europa. Si Suecia es excesivamente poderosa en Europa, también lo será en el Consejo de Europa. No veo cómo puede escapar Europa de este dilema, excepto encontrando una vez más una autoridad moral que se convierta en la reconocida guardiana de la moralidad. Es razonable afirmar que los que se dedican a esa tarea no siempre practican lo que predican. Pero el resto de los gobernantes del mundo ni siquiera están obligados a predicarlo.

En la historia, especialmente en la historia medieval, el Papado ha mediado una y otra vez en pos de la paz y la humanidad; como el caso de los grandes santos que se interponían entre las espadas y las dagas de las facciones contendientes. Si no hubiera sido por el Papado, los santos o la Iglesia católica, el mundo se habría abandonado a sí mismo y no habría sustituido las abstracciones sociales por los credos teológicos. Como un todo, la humanidad ha ido más allá de lo que es el humanitarismo. Si el mundo se hubiera abandonado a sí mismo, digamos por ejemplo en la época del feudalismo, todas las decisiones que se hubieran tomado lo habrían hecho desde la rigidez y la implacabilidad del feudalismo. Sólo había una institución en el mundo cuya existencia era anterior al feudalismo. Sólo existía una institución que pudiera preservar el frágil recuerdo de la República y las leyes de Roma. Si el mundo se hubiera abandonado a sí mismo en la época del Renacimiento y de la Italia gobernada por los príncipes, todo se habría organizado siguiendo la moda, entonces vigente, basada en la glorificación de su persona. Sólo existía una institución que en todo momento podía movilizarse para repetir «No confíes en los poderosos»[138]. Si hubiera estado ausente, el único posible resultado de la fórmula *cuius regio eius religio*[139] habría sido todo *regio* y muy poco *religio*. Y también en nuestros días tenemos dogmas absurdos y prejuicios universales; y hace falta un

distanciamiento especial, sagrado, que para muchos resulta inhumano, para situarse sobre ellos o poder analizarlos con cierto distanciamiento.

Sé que se ha abusado tanto de este ideal como de otros muchos; sólo digo que quienes más denuncian la realidad son los que probablemente empezarán a buscar de nuevo ese ideal. No pretendo que un tribunal espiritual actúe como un tribunal legal, con poderes para entrometerse en los gobiernos nacionales. Estoy convencido de que nunca sería aceptado semejante enredo. Ni tampoco, por ese mismo motivo, deseo que ninguno de los tribunales seculares ahora creados en el interés del mantenimiento de la paz internacional tenga el poder para intervenir en la libertad local de cada nación. Le daría antes ese poder al Papa que a los políticos y diplomáticos. Pero no deseo dárselo a nadie, y de hecho nadie desea aceptarlo. La cuestión de la que hablo es de índole moral y no puede plantearse sin una cierta lealtad moral. Es una cuestión en la que influye la atmósfera e incluso una sensación personal de afecto. No dispongo aquí de espacio suficiente para describir la forma en que crece el apego popular; pero no hay duda de que éste creció alrededor de un núcleo religioso de nuestra civilización; y no es factible volver a crecer salvo para algo que apunta hacia un nivel más alto de humildad y caridad que el que tiene el mundo. Los hombres no pueden sentir cariño por los emperadores de otros pueblos, o incluso por los políticos de otros pueblos; en ocasiones hasta se ha enfriado el cariño que sienten por sus propios políticos. No veo la posibilidad de que exista un núcleo positivo de amistad, salvo en cierto entusiasmo por algo que remueva los recodos más profundos de la naturaleza moral del hombre; algo que pueda unirnos, no (como afirman los mojigatos) por el hecho de convertirnos en seres de ámbito internacional, sino por convertirnos en seres de condición universal. Los hombres no pueden ponerse de acuerdo sobre nada ni ponerse en desacuerdo sobre nada. Y cualquier cosa que por su importancia y amplitud precise de un acuerdo debe ser tan amplia como el mundo entero.

XXXV
El espíritu de la Navidad

He aceptado escribir sobre el espíritu de la Navidad de una forma un tanto precipitada, lo cual presenta una dificultad preliminar sobre la que debo ser completamente sincero. Hoy en día resulta muy curiosa la forma en que la gente habla sobre el «espíritu» de una cosa. Está, por ejemplo, esa clase de mojigato que siempre está dándonos conferencias sobre el verdadero espíritu del cristianismo, al margen de todos los nombres y formas conocidas. Hasta donde yo logro distinguir, lo que él trata de decir es exactamente lo opuesto a lo que dice. Pretende decir que vamos a continuar utilizando los términos «cristiano» y «cristianismo» y otros para algo cuyo espíritu no es cristiano; algo que no es más que una especie de combinación del optimismo carente de fundamento de un ateo americano con el pacifismo de un hinduismo amable. De igual forma, leemos mucho sobre el espíritu de la Navidad en los periódicos y en la publicidad; pero en realidad es la cara opuesta de la misma cosa. Hasta donde es posible preservar lo esencial de lo que es externo, se preserva bastante lo externo allí donde no puede ser esencial. Es como tomar dos sustancias, como el acebo y el muérdago y esparcirlas por todos los hoteles o por las columnas dóricas de esos clubes impersonales llenos de viejos aburridos y cínicos; o en cualquier otro lugar donde sea poco probable encontrar el verdadero espíritu de la Navidad. Pero existe otro aspecto en el que la compleja publicidad de nuestros días se come el corazón y se deja la cáscara pintada. Y no es más que ese excesivo y elaborado sistema de dependencia de compraventa, y por tanto de ajetreo y bullicio; y ese abandono de las cosas nuevas que podían haber hecho algo por la vieja concepción de la Navidad.

Si algo fuera normal en nuestros días, resultaría una obviedad afirmar que la Navidad ha sido una fiesta familiar. Pero ahora es posible (como he tenido la buena o mala suerte de descubrir), ganarse una reputación gracias a la simple paradoja de continuar afirmando que las obviedades son una realidad.

En este caso, la razón, la única razón, era de índole religiosa. Tenía que ver con una familia feliz porque estaba consagrada a la Sagrada Familia.

Pero es completamente cierto que muchos vieron el hecho sin sentir el verdadero motivo. Cuando afirmamos que la raíz era religiosa, no pretendemos decir que Sam Weller se concentrara en valores teológicos cuando le decía a Joe El Gordo[140] «pon un poco de Navidad» en algún objeto, probablemente comestible. No pretendemos decir que Joe El Gordo hubiera tenido un trance de contemplación mística como cuando un monje tiene una visión. Ni mucho menos que Bob Cratchit[141] fuera un defensor del ponche por afirmar que él sólo tenía ojos para el vino cuando adquiría un buen color, o que Tiny Tim le pusiera precio a Timothy. Sólo pretendemos decir que ellos, incluyendo también a su autor, habrían confesado humildemente y de corazón que era algo históricamente anterior al señor Scrooge, que podría ser denominado como el Fundador del festejo. En cualquier caso, sea cual sea la razón, todo habría encajado con el resultado. El festejo del señor Wardle habría estado centrado en la familia del señor Wardle; y sin embargo las románticas sombras del señor Winkle y el señor Snodgrass[142] amenazaban con dividir a otras familias.

La Navidad tiene un carácter doméstico, y por esa razón la mayoría de la gente se prepara para viajar en agobiantes tranvías, aguantando colas interminables, cogiendo trenes a toda prisa, abarrotando con desesperación las teterías y preguntándose cuándo regresarán a casa. No sé si alguno de ellos desaparecerá para siempre en el departamento de juguetes o si se desplomará moribundo en alguna tetería; pero por el aspecto de su mirada lo parece. Justo antes de que empiece la gran fiesta del hogar todo el mundo parece haberse convertido en gente «sin techo». Es el triunfo supremo de la civilización industrial, que ha conseguido que, en aquellas enormes ciudades donde parece que hay demasiadas casas, exista una desesperada escasez de alojamiento. Durante mucho tiempo muchos de nuestros pobres se han convertido al nomadismo. Admitimos el hecho porque hablamos de algunos de ellos como si fueran vagabundos sin techo. Pero esta institución de carácter doméstico, en la actualidad no exenta de ironía, ha ido más allá de su normal anormalidad. La fiesta de la familia convierte en vagabundos tanto a los ricos como a los pobres. Se encuentran tan aislados dentro del desconcertante laberinto que genera nuestro tráfico y nuestro comercio, que en ocasiones no pueden llegar a la tetería; porque desde luego sería poco delicado decir a la taberna. Tienen dificultad para hacinarse en sus hoteles así como para separarse y llegar a sus hogares. Lo que quiero decir, y no pretendo en modo alguno ser irreverente,

es que su única semejanza con la familia arquetípica de la Navidad es que esta gente no encuentra habitación para ellos en una taberna.

La Navidad de nuestros días se ha construido sobre una bonita y bien calculada paradoja: la de que el nacimiento de un «sin techo» es celebrado en cada uno de los hogares. Pero hay otra clase de paradoja que no está tan calculada y que desde luego no tiene nada de bonita. Es bastante malo que no podamos desentrañar por completo la tragedia que supone la pobreza. Y también que el nacimiento de un hombre sin techo, celebrado ante la chimenea y ante el altar, debiera sincronizarse a veces con la muerte de los sin techo de los centros de acogida y los barrios bajos. Pero no necesitamos regocijarnos en esta inquietud de carácter universal que afecta a ricos y a pobres por igual; me parece que es justo aquí donde necesitamos reformar la Navidad moderna.

Añadiré ahora otro brillante destello a esa paradoja destacando el hecho de que la Navidad se celebra en invierno. Esto quiere decir que no sólo se trata de una fiesta dedicada a la intimidad del hogar, sino que se desarrolla bajo unas condiciones en las que resulta mucho más incómodo ir de acá para allá que quedarse en casa. Bajo las complicadas condiciones que plantean las modernas conveniencias y convencionalismos, surge esta clase de paradoja más práctica y desde luego más desagradable. La gente se ve en la necesidad de ir de acá para allá en el transcurso de unas pocas semanas, sólo para quedarse en casa por el espacio de unas pocas horas. Así que la vieja y saludable idea de los festivales de invierno es ésta: que las personas que estaban encerradas y aisladas a causa del mal tiempo echaran mano de sus propios recursos; o, dicho de otra forma, que tuvieran una oportunidad para ver si había algo en ellos. No está claro que la reputación de los hedonistas más actuales pudiera sobrevivir a esta prueba. Las terribles exposiciones a la misma podrían haber hecho de alguno de ellos algo parecido a lo que les ocurre a los famosos cuando se les priva del poder de la maquinaria y el dinero. Lo han conseguido todo haciendo uso de ellos; incluso cuando van al último espectáculo de danza americana se parecen a la mayor parte de los músicos negros que bailan. Pero en todo caso, creo que para el promedio de la humanidad saludable, la supresión de todas esas conexiones mecánicas habría provocado un efecto de revitalización y despertar de la conciencia. A día de hoy ellos siempre dicen divertirse; pero no hacen nada que destile nobleza o que merezca la pena por su dignidad humana. La mayoría ni siquiera se divierten; están demasiado cansados para hacerlo.

La Navidad debería ser creativa. Se nos dice, incluso por aquellos que más la elogian, que es especialmente útil para preservar las viejas tradiciones o los viejos juegos. Es útil para ambos propósitos. Pero en el sentido al que me refiero ahora debería ser posible volver una vez más a la verdad, aunque por otra dirección. La verdadera Navidad debería crear no sólo las viejas cosas sino también las nuevas. Por ejemplo, debería crear nuevos juegos, si se animara a la gente a inventarlos. La mayoría de los antiguos juegos empezaron usando herramientas habituales o elementos del mobiliario. Las principales reglas del tenis fueron inventadas en el patio de una vieja taberna. Los rastrillos del cricket fueron creados, en su origen, a partir de las tres patas de una banqueta para ordeñar vacas. Deberíamos inventar cosas de esta clase, si recordáramos cuál es el origen de la invención. Qué agradable sería empezar un juego en el cual puntúas al golpear un paragüero o la mesita de ruedas, o incluso al anfitrión o a la anfitriona; por supuesto con algún proyectil que esté hecho con algún material blando. Los niños que han tenido la suerte de quedarse solos en la guardería no sólo inventaron juegos con todo detalle, sino también dramas e historias vitales; inventaron lenguajes secretos; familias imaginarias; realizaron con meticulosidad las revistas familiares. Ésa es la clase de espíritu creativo que queremos para el mundo moderno porque lo deseamos y también lo echamos en falta. Si la Navidad se volviera más familiar, en vez de menos, creo que aumentaría enormemente su verdadero espíritu, el espíritu de la niñez. Y mimando este sueño podemos transformar la concepción actual de la misma en una paradoja. En cierto sentido es verdad que es ésta una época en que las puertas deberían abrirse. Pero yo tendré las puertas cerradas en Navidad, o por lo menos justo antes de Navidad; entonces el mundo verá lo que podemos hacer.

No puedo sino recordar, con cierta sonrisa, que en una página anterior de este libro, y más polémica, mencioné a una dama estremecida ante la idea de las cosas que mis correligionarios habrían hecho tras las puertas cerradas. Pero el recuerdo que conservo se ha suavizado por la distancia y por el tema que nos ocupa ahora, y siento justo lo contrario. Espero que esa dama, y todos los que piensan como ella, tenga también la inteligencia de cerrar sus puertas; y descubrir que sólo cuando todas las puertas están cerradas puede encontrarse lo mejor en su interior. Si son puritanos y su religión se basa sólo en la Biblia, dejemos que sean por una vez una familia arquetípica de la Biblia. Si son paganos, que no aceptan otra cosa que la celebración invernal, dejemos al menos que sean una familia de celebraciones. La discordancia o el malestar del que se quejan los críticos actuales, en lo que se refiere a la

reunión familiar, no se debe al hecho de haber dejado arder ese fuego místico, sino al hecho de haber permitido que se apagase. Y esto es debido a que los fríos fragmentos de lo que en su momento fue algo vivo se han unido torpemente; no es un argumento en contra de la posibilidad de revivir ese algo vivo. Los juguetes de Navidad cuelgan del árbol desde antes de que los tíos, tan pesados y tan paganos, desearan jugar al golf. Pero eso no altera el hecho de que podrían haberse convertido en personas más brillantes e inteligentes si supieran cómo jugar con los juguetes; y de hecho se aburren soberanamente con el golf. Su falta de brillo se debe al progreso mecánico del deporte profesional, en ese mundo rígido de rutinas que impera fuera del hogar. Cuando eran niños, tras las puertas cerradas del hogar, es probable que tuvieran sueños e historias por escribir que eran tan suyas como Hamlet lo es de Shakespeare o Pickwick lo es de Dickens. Cuánto más emocionante hubiera sido que el tío Henry, en vez de describirnos con todo lujo de detalles cada uno de los golpes que necesitó para sacar la bola del hoyo, nos hubiera contado que había realizado un viaje al fin del mundo en el que había atrapado a la gran serpiente marina. Cuánto más interesante, desde un punto de vista intelectual, habría sido la conversación del tío William si, en vez de contarnos el punto exacto en el que consiguió reducir su *handicap*, pudiera contarnos con convicción que fue el rey de las islas Canguro, o jefe de los Rango Dango Redskins. Esa clase de cosas, proyectadas desde el interior, han estado en casi todas las almas humanas; y no es normal que esa inspiración se vea totalmente aplastada por las cosas del exterior. Por un momento, no demos por supuesto que yo también me encuentro entre los tiranos de la tierra, que impongo mis propios criterios y fuerzo a todos los niños a jugar a mis propios juegos. No es que no sienta respeto por el juego del golf; es un juego admirable. He jugado al golf o, al menos, lo he intentado, que no es lo mismo.

Dejemos, cómo no, que los golfistas jueguen al golf e incluso que los organizadores lo organicen, si su única concepción de lo que es un órgano es la de un organillo. Dejemos que jueguen al golf un día tras otro; dejémosles jugar trescientos sesenta y cuatro días, con sus noches también, con bolas luminiscentes, para que puedan verse en la oscuridad. Pero dejemos al menos una noche para que la cosas puedan brotar desde el interior; y un día para que los hombres puedan buscar todo cuanto se ha quedado enterrado en lo más profundo de su ser. Y puedan descubrir dónde se oculta, tras esas puertas y ventanas cerradas firmemente, el espíritu de la libertad.

EL MANANTIAL Y LA CIÉNAGA
1935

I
Disculpa de payaso

En una ocasión escribí con rubor en el *Mercury* para reconocer una amable crítica en la que el autor se preguntaba si mi labor periodística formaba parte de mi autobiografía literaria. Muy embarazado, traté de agradecer la crítica y el cumplido. Pero mi sonrojo ha desaparecido y también mi sentido de la decencia. Por el contrario, me presento ahora con el descarado propósito de ser, no sólo autobiográfico, sino grotescamente egocéntrico. Dejándome llevar por una flagrante contradicción, incluso llego a usar mi condición de egocéntrico para rechazar la acusación de egocentrismo. Y en una falta de lógica todavía más grave, proclamo que soy egocéntrico en interés de otras personas. Es una contradicción terminológica; y como sucede con las matemáticas más complejas, con la moralidad, con la religión y con otras materias en las que ahora todo se mueve en medio de una contradicción terminológica, trataré de avanzar con irresistible calma. Y voy a hacerlo así porque no puedo imaginar ninguna otra forma de atraer la atención hacia un problema de la literatura, especialmente de la literatura popular (si me atrevo a utilizar esta otra contradicción) que no sea la particular línea de argumentación que encierra, inevitablemente, la mención de mi propio caso y de otros que, esperemos, resulten más divertidos.

Suele afirmarse que los escritores encajan las críticas más suaves como si fueran acusaciones personales, considerándolas, muy en serio, como auténticas calumnias. Sin dejarme llevar por la afectación, considero que mi caso es bastante distinto, y hasta diría que totalmente opuesto. Me sorprendo al comprobar que considero muy justas la mayoría de las críticas que se me han hecho. Supongo que lo que no logro entender muy bien es la importancia que tienen las cosas tan acertadamente reprobadas. Por ejemplo, un simpático lector dijo que yo solía caer demasiado en la aliteración; y citaba al señor T. S. Eliot[1] diciendo que semejante estilo literario le sacaba de quicio hasta el punto de hacérsele insoportable. Otro escritor americano, el señor Cuthbert Wright, creo que hizo también una crítica similar de mi inglés. Para ser

totalmente sincero y justo creo que es del todo cierto que utilizo mucho la aliteración. En lo único en lo que probablemente discrepemos estos caballeros y yo es en la cuestión del grado; un tema que tiene que ver con la importancia o necesidad de evitar dicha aliteración, porque yo mantengo firmemente que todo radica en la necesidad de evitarla. Si un escritor inglés no logra hacerlo caerá continuamente en ella al hablar o escribir rápidamente, por el mero flujo natural del discurso. Quizás sea por eso por lo que la poesía anglosajona, hasta en Piers Plowman[2] (de cuya lectura disfruto mucho) fue una completa aliteración. En cualquier caso, la tendencia en el discurso popular e inconsciente es obvia, ya sea en frases, proverbios, incluso en rimas, muletillas y otras mil cosas. En inglés hay multitud de expresiones, modismos, locuciones, giros y refranes que forman parte de la imaginería popular. ¡Cuántas elaboraciones artísticas, cuántas noches insomnes han de padecer estos refinados escritores para poder eludir la pléyade de sonidos similares y evitar semejante diluvio! Tiene que ser un trabajo intelectual hercúleo la constante búsqueda del sinónimo que corresponda. Me puedo imaginar al señor T. S. Eliot parándose y diciéndose con un delicado carraspeo: «No usaré este término, no voy a emplear este otro». Quisiera pensar que el señor Cuthbert Wright, en un determinado momento de pausa en el bullicio americano, pudo tener el suficiente autocontrol para decirse: «El tiempo y la fluctuación no esperan a nadie». Puedo imaginarme también su delicado acento al hablar de «un cerdo en un receptáculo» o de «unas ratas en el campanario». Quizás sea un poco difícil imaginar a este último crítico devanándose los sesos para evitar una expresión en la que el señor Smith tuviera que dejar algo tan limpio «como los chorros del oro».

Por el contrario es bastante fácil imaginar a un artista de esta escuela estilística tan avanzada buscando alguna ingeniosa variante de la antigua gama de colores del negro y del azul. De hecho casi podríamos inventar una nueva especie de colorido, como hizo quien sugirió atribuir a la hierba el color rojo y al cielo el verde, de acuerdo con diferentes escuelas de pintura.[3] También podríamos argüir que los decadentes veían a la gente de color negro y amarillo, los futuristas de negro y naranja, y los neovictorianos de negro y magenta; pero todos retrocedían espantados ante la vulgar aliteración de verlos en negro y azul. Tampoco resulta irrelevante la referencia a estos estilos tan nuevos y variados. Me parece que algunos de los métodos modernos más extravagantes son incapaces de permitir cualquier tipo de crítica, ya sea sobre su estilo o sobre el mío. Pongamos, por ejemplo, el caso del mismo señor T. S. Eliot. Recientemente tuve ocasión de leer uno de sus

poemas, tan justa y merecidamente alabados, que en cierta medida parecía ser un poema de un profundo «desencanto y melancolía». Recuerdo muy bien un determinado pasaje que se presta al comentario: «El olor del filete al pasar»[4].

Dicha cita es más que suficiente para indicar la dificultad a la que me refiero; ya que, después de todo, incluso este estilo tan clásico y serio es una pura cuestión de gusto, y no constituye materia suficiente para levantar pasiones tan encendidas. Si yo dijera que el estilo de ese verso me saca de mis casillas o se me hace insoportable, sin duda estaría exagerando su efecto emocional. No me gustaría que todo el poema estuviera escrito de ese modo; tampoco me gustaría que abundaran los pasajes impregnados de olor a filete, pero no puedo pensar que todos estos temas de estilo resulten tan importantes como imaginan esos estilistas tan puros. Hemos de saber controlar nuestras reacciones, como en aquel verso que empezaba con «La moderación del autor», de la *Bab Ballad*[5], sobre Pasha Bailey Ben, otro gran poema escrito en un tono de melancólica desilusión.

Decir que con eso Bailey abrió los ojos
describiría mínimamente su sorpresa.
Decir que eso casi le causó la muerte
exageraría la descripción.

Quizás se me permita abrir los ojos por un momento a esos modelos literarios que me recomiendan; pero pronto los cerraré de nuevo para caer en un saludable sueño. Y cuando ese crítico tan refinado asegure que mi forma de escribir estuvo a punto de causarle la muerte, tendré que pensar que ha sobrevalorado el poder que tengo sobre la vida y la muerte.

Pero he empezado con este ejemplo personal de aliteración porque una cuestión así no es tan sencilla como parece; y la respuesta tiene que ver con cosas mucho más importantes que las costumbres que pueda tener mi comentarista.

La aliteración es un ejemplo de algo que resulta más fácil de condenar en la teoría que en la práctica. Existen, por supuesto, muchos ejemplos famosos en los que una repetición de sonidos exagerada queda muy mal. Y sin embargo, esos son precisamente los ejemplos más difíciles de corregir. Byron (ejemplo espléndido de escritor que no se molestaba en evitar nada) no dudó en decir de su héroe, en la batalla de Quatre Bras, que «corrió al campo de batalla y fue el primero en caer luchando»[6]. La frase resulta tan definitiva que bien podemos suponer que con ella trató de describir el fin de la vida y de

las aventuras de Meter Piper. Pero yo reto a cualquiera a que altere una sola palabra del verso para mejorarlo, o para darle más sentido. Byron empleaba esas palabras porque eran las correctas; y si usted quiere modificarlas empleará términos que quedarán mal. Esto es lo que sucede con la aliteración más a menudo de lo que la gente imagina. No creo pecar de exaltado al afirmar que, en este caso concreto, estoy de acuerdo con Byron. Pero no es sólo su caso; Coleridge, persona culta, podía lanzarse a todo trapo por similar camino, sin pararse siquiera para respirar un momento[7]:

Sopló la delicada brisa
voló la blanca espuma
el surco siguió libre.[8]

Y no veo que pudiera decirlo de otra manera. No creo tampoco que nadie pueda alterar esos versos para evitar la aliteración.

Detrás de todo esto hay un problema que también se puede apreciar con otro ejemplo que tiene que ver con los juegos de palabras. Estoy al tanto de todos los juicios que se emiten sobre el asunto, serios como sentencias legales. Conozco la historia de lo que dijo el doctor Johnson: «El hombre que hace un juego de palabras está robando algo a alguien» *(The man who would make a pun would pick a pocket).* ¡Qué desgracia que el genial lexicógrafo y eximio guardián de nuestra lengua, al querer librarse de todo tipo de juegos de palabras, cayera en el vergonzoso fango de la aliteración! Su ejemplo, en este mismo caso, justificaría por sí solo la primera parte de mi exposición; y me atrevería a decir que casi llegaría a justificar la segunda. Johnson detestaba los juegos de palabras porque era un inglés con un alto sentido de su idioma, y no uno de esos tímidos mojigatos que suelen tenerlos en mente para soltarlos como quien no quiere la cosa cuando llega la ocasión. Y si queremos recurrir a las autoridades, no nos costará trabajo encontrar a celebridades aficionadas a usar juegos de palabras. Y también me encuentro aquí con algo que resulta más importante para mis propósitos. No solamente sería tarea fácil citar los juegos de palabras de los poetas, sino citar también los malos retruécanos que hicieron poetas muy buenos.

Pero lo que quiero preguntar tiene más calado y es más esencial que la mezcla de esnobismo y legalismo que encierra toda cita de las autoridades. Quiero reseñar que existe una actitud mental que es defendible; o, más bien, dos actitudes mentales que lo son. Se trata de una cuestión de estilo, si bien hay aquí dos estilos diferentes porque también hay dos motivos distintos para

usarlos. Si se trata de que uno critique al otro no quiero replicar a la crítica, sino más bien proclamar la libertad que asiste a ambos.

En síntesis, no se trata de criticar el juego de palabras, sino que más bien deberíamos preguntarnos qué ha de hacer quien se topa con un juego de palabras. ¿Debe destruirlo, pasar por su lado, renegar de tan despreciable compañía, como harían nuestros elegantes estilistas? Doy por hecho que nuestro autor no ha salido a la caza de juegos de palabras ni monstruosidades similares, sino que va caminando por la calle en alguna honorable ocupación que le es propia, cuando lo asalta la bestia. Y si el grotesco animal realmente sale a su encuentro, si se le atraviesa en el camino, lo más natural es que lo acompañe durante su paseo. Al menos, es natural para un determinado tipo de persona con un determinado tipo de ocupación: la persona y la ocupación que me propongo defender aquí. Se trata de un caso de relación con los juegos de palabras totalmente distinto al de los que construyen esos fuegos artificiales a modo de «arte por el arte», aunque hay que reconocer que muchos hombres geniales, como, por ejemplo, Hood[9], se ocuparon hasta de esta nimiedad. Pero no estoy hablando de esto. Cuando estudiaba en St. Paul's, un maestro recibió un homenaje porque abandonaba la escuela para trasladarse al Peterhouse.[10] Para semejante ocasión, el decano, con mucha solemnidad, hizo el primer y último chiste de su vida, observando con voz profunda: «Estamos desvistiendo a un santo para vestir a otro».

Un antiguo condiscípulo mío, ahora periodista y ya por aquella época, a pesar de su corta edad, cínico, sentenció que el mayor de los profesores debió dirigir la trayectoria del más joven para hacerlo profesor precisamente de esa escuela con el único fin de llegar al momento de triunfo supremo, el instante en que pudo soltar su único juego de palabras. Pero no es por este tipo de triunfo sublime por lo que estoy defendiendo los juegos de palabras. No me refiero al hombre cuyo propósito en la vida es hacer juegos de palabras, sino a aquel que está preparado para hacerlos si sirven a sus fines. Hay muchas ambiciones, muchas pasiones mezcladas en este asunto. Tras los juegos de palabras aparece el espíritu del demagogo, del payaso, del juglar o del orador, que no debe interpretarse simplemente en términos del estilo por el estilo mismo, ni mucho menos del arte por el arte.

Sin embargo, a veces pasan estas cosas. En ocasiones hay coincidencias o combinaciones como aliteraciones o juegos de palabras; conjunciones o repeticiones que tienen en prosa el efecto de la rima en la poesía. El único problema es cómo tratarlos cuando resultan demasiado obvios, como sucede a menudo. Pienso que en general hay tres posibles actitudes.

En la primera, el autor puede rechazarlos conscientemente; como el estilista de la escuela del señor Wright, que habla de «el viento y H2O»[11], o escribe instintivamente «endeudarse por un centavo es como endeudarse por una letra del tesoro valorada en veinte peniques». No digo que estos ejemplos sean frecuentes, pero sería un grave error suponer que no constituyen un serio problema literario. Recuerdo a un crítico que señaló, refiriéndose a un maestro del inglés como es el señor A. E. Housman, una ocasión en la que el poeta había escrito «el castaño dejó caer sus antorchas» [the *chesnut cast her flambeaux*[12]*]* con el único propósito de evitar escribir «el castaño dejó caer sus velas» [the *chenut cast her candles],* que es veinte veces mejor desde cualquier punto de vista.

En la segunda actitud, el autor puede aceptar los juegos de palabras conscientemente como lo hago yo a menudo porque no merece la pena tomarse el trabajo de rechazarlos. He dicho hace un momento «renegar de tan despreciable compañía», porque no me he propuesto buscar en un diccionario un sinónimo antinatural para el verbo «renegar».

En tercer lugar, el autor puede aceptarlos inconscientemente, y esto es mucho más peligroso que cualquiera de las anteriores alternativas, y mucho más común de lo que creemos. Todavía no ha hecho nadie un estudio apropiado de la capacidad de la fonética para confundir la lógica y desorientar a los filósofos, Y lo peor de este peligro es que es profundo y sutil. Adornar un argumento con juegos de palabras y trucos verbales puede ser una especie de locura superficial. Pero es mucho mejor que la locura que no es superficial.

Estoy casi seguro de que muchos modernos sufren lo que podríamos llamar mal del juego de palabras reprimido. Quiero decir que, incluso hombres que desdeñarían algo tan vulgar como un chiste basado en una coincidencia verbal tienen una tendencia subconsciente que los lleva a relacionar el sonido con la palabra. De este modo, aquellos que denuncian los credos —una palabra latina que significa cualquier cosa que cualquiera pueda creer— nunca o casi nunca utilizan un sustantivo más suave. Tienen que usar alguna palabra que les suene como una mezcla de manía, retorcimiento y codicia.[13]

No pueden limitarse a criticar una doctrina. Deben denostar el dogma. Nunca caerán tan bajo como para hacer un juego de palabras positivo acerca de él, como podría hacerlo algún pobre payaso papista como Erasmo o Crashaw. No dicen de los dominicos, por ejemplo, «los perros del Señor siempre fueron dogmáticos»[14], pero sí que se sienten afectados por una vaga asociación verbal entre un dogma y un perro[15] maniático. Es el sonido

accidental de esa palabra el que hace que la usen tan incesantemente y tan monótonamente, prefiriéndola hasta el abuso antes que cualquier otro sinónimo. Al leer el final del involuntariamente hostil boceto que hizo Stevenson de los trapenses en los *Viajes en burro*[16], se diría que estaba inconscientemente influenciado por la idea de que los trapenses están metidos en una trampa. Y cuando al fin los abandona grita como alguien que se ha escapado, que agradece al cielo ser libre para tener esperanzas, pasear y amar. La lógica de esta frase indicaría que alguien había estado tratando de capturarlo; lo cual hubiera sorprendido en grado sumo a los monjes. Parece olvidarse de que ellos también eran libres de deambular, amar y hacer cualquier cosa que desearan, incluyendo recluirse en un monasterio, y que habían ido al monasterio exactamente como él había ido a las montañas. Supongamos que algún burgués de Balham, contemplando al vagabundo en las Cevennes hubiera dicho: «Gracias a Dios que soy libre para comer adecuadamente, sentarme en un sillón y dormir en una cama». Stevenson podría haberle contestado que él también era libre para hacer esas cosas, pero prefería hacer otras. Pero nunca vio el paralelismo que existe entre el viaje a la montaña y el viaje al monasterio. El terror de las viejas palabras y las asociaciones de ideas tradicionales lo ahogaba como una pesadilla de su infancia. Y yo creo que interiormente tembló ante el terrible juego de palabras de La Trapa.[17]

Yo prefiero la frivolidad que aflora a la superficie como la espuma a la frivolidad que se oculta bajo la superficie como el cieno. Lanzar a un enemigo un tonto juego de palabras no le causará ninguna grave injusticia; los fuegos artificiales son evidentemente fuegos artificiales y no fuegos del infierno. Quien hace esto puede estar actuando para la galería, pero incluso la galería sabe que sólo se trata de una actuación. Sin embargo, asociar siempre a un enemigo con ciertas palabras malsonantes y nunca con los sinónimos que sonarían mejor es, en verdad, una forma de envenenar nuestras mentes. Y esto le sucede a quien se deja llevar subconscientemente por el sonido de las palabras, sin darse cuenta de que la propia asonancia es sólo un juego. Debe llamar bolchevique a un socialista porque la palabra bolchevique le recuerda vagamente algo revoltoso.[18] Debe describir al liberal como radical, porque hay un sonido duro en *rad* que nos remite a cad.[19] Es un sonido que está presente en muchos nombres que los ingleses utilizan para referirse a los extranjeros, desde la época en que comenzamos a llamar *rapparees* a los insurgentes irlandeses. La misma época en que, con menos convicción, nos pusimos a hablar de los *yanquis*. No es objeto de este ensayo tratar de la

crítica a estos forasteros, pero el hecho es que si un hombre puede decir de un yanqui cosas que no se animaría a decir de un americano, o de un norteamericano, es porque está permitiendo que la sombra de un juego de palabras o el sonido de un vocablo estropeen su sentido de justicia y realidad. Está identificando confusamente la palabra *yanqui* con la palabra *fanfarrón*.[20] Si puede hablar de un *froggy*[21] más despreciativamente que lo que realmente podría hablar de un francés es porque está siendo verbalmente afectado por la palabra *frog* como el otro estaba afectado por la palabra *dog*.

No tiene importancia que juguemos con esas palabras, o rimas, o parecidos, o ecos, mientras seamos conscientes de que lo hacemos superficialmente, por el puro efecto sonoro. El sentido de este tipo de estilo se vuelve peligroso precisamente cuando está escondido, como lo esconderían los delicados estilistas. La conciencia de clase será peor cuando se convierta en inconsciencia de clase. Del mismo modo, la declarada imparcialidad de ciertos historiadores académicos apesta a prejuicios soterrados en comparación con los cuales la bufonería consciente es una actitud deportiva.

Ya que resulta embarazoso usar un ejemplo propio, por egoísta, tomaré como modelo a una persona mucho más distinguida que yo, que tiene un carácter muy parecido al mío. Me refiero al señor Bernard Shaw. En una época estuvo muy de moda discutir acerca de Shaw y Shakespeare, lo que seguramente era un artificial truco «aliterativo». Desde luego, sería peligroso acusar a Shaw de plagiar a Shakespeare, y existen serias dificultades para sugerir que Shakespeare plagió a Shaw. En todo caso, una de las pocas cosas en que realmente se parecen Shaw y Shakespeare es en que ambos han escrito muy a menudo bromas que no merecía la pena hacer. Cuando Polonio dice que él hizo de César, a quien Bruto asesinó en el Capitolio, y Hamlet le responde: «Fue muy bruto por su parte sarificar allí tan capital becerro»[22], no me imagino que Shakespeare creyera que semejante juego de palabras fuese el más perfecto e ingenioso de la historia de la literatura. Creyó, en cambio, que era vital para la acción que Hamlet hiciera una observación frívola y pensó que el comentario era el tipo de frivolidad que probablemente diría el protagonista. Ninguna de las frivolidades presentes en las comedias de Shaw supera a ésta. En realidad estas frivolidades son las únicas que utilizaría una persona muy seria; y el señor Bernard Shaw es una persona muy seria, que siempre quiere decir algo. También con las frivolidades tiene algo que decir. Si el crítico perfeccionista se encontrara alguna vez en una situación equivalente, descubriría la naturaleza de estas frívolas tentaciones.

Decir que Shaw es frívolo porque es serio no es un sinsentido. Un hombre como él tiene la deliberada intención de lograr que la gente escuche lo que quiere decir, y en consecuencia, siente que para lograrlo debe ser divertido. Alguien que se está divirtiendo consigo mismo no necesita hacer el esfuerzo de resultar entretenido. Por otra parte, el pulido estilista no es nada divertido. Hay un alto grado de incomprensión de la actitud moral de ambos tipos de persona, sobre todo en los aspectos relacionados con el antiguo concepto de la modestia. La mayor parte de la gente, al oír esas frivolidades, dirá que el señor Bernard Shaw es egoísta. El propio Bernard Shaw afirmaría enfática y violentamente que él es egoísta; pero yo afirmo, también enfática y violentamente, que no lo es. Quizá la forma de llevar a cabo con mayor eficacia el público y necesario deber de disgustar a Shaw sea diciendo (como lo digo) que en esta materia es heredero inconsciente de una tradición de humildad cristiana. El fraile predicador utiliza en su sermón un lenguaje popular y el misionero lo salpica con anécdotas y bromas, porque están pensando en la misión que deben cumplir y no en sí mismos. No es relevante que Shaw comience tan a menudo sus frases con el pronombre personal yo. El Credo de los apóstoles arranca con el mismo pronombre, pero nos remite a nombres y nociones de mucha más importancia.

En su sátira del modernismo, el padre Knox[23] ha fustigado la vacua cortesía difusa del estilo de Oxford, que «moderando el celo piadoso/cambió “yo creo” por “uno siente”».

Tengo mucho que agradecer a esa cortesía, tanto en la conversación como en la crítica, pero también debo hacer justicia al tipo más dogmático de persona, cuando siento que ha acertado. Por eso diré enfáticamente que es el autor que dice «uno siente» el que es realmente egoísta y el autor que dice «yo creo» el que no lo es. Todos conocemos lo que se entiende por un ensayo verdaderamente bello y que, por lo general, está escrito con el delicado tono de quien dice «uno realmente siente». Soy muy consciente de que mis artículos son simplemente artículos, y no ensayos. El ensayo suele estar escrito en un estilo lleno de gracia y equilibrio que no sé si podría imitar; aun así, lo intentaré. Casi siempre aborda experiencias poco provocativas de un modo no comprometido; y suele comenzar con algo parecido a…

> En mi jardín, el estanque refleja, durante el transcurso de la mañana, una aprehensión del movimiento del aire que apenas puede ser llamada onda, vaivén que empaña tan poco su brillo que parece más bien el vacío en movimiento. Al menos no hay nada que manche la brillante negación del agua; ninguno de esos dorados peces suburbanos que parecen zanahorias y que husmean su cola en un círculo de frustración, para darle a algún jardinero enfurruñado motivos para gritar: «¡Apestoso

> pez!». La mente se deja llevar entonces sobre la fugitiva curva del viento en el agua; el movimiento es menos sólido que cualquier cosa que pudiéramos llamar líquida; el suave humo de mi cigarrillo Virginia no se eleva con más levedad hacia el cielo. Ni lo hace menos inadecuadamente; necesita esta especie de refugio de patriarcal amabilidad para acentuar con agudeza el sabor del tabaco suave, tal vez el único atributo de la pelirroja amante de Raleigh, correctamente llamado «virginal».

Creo que podré aprender este estilo algún día, aunque no mediante un curso por correspondencia; la verdad es que estoy demasiado ocupado. Confieso que las cosas que me ocupan son importantes; pero estoy dispuesto a negar que lo que creo importante sea yo mismo. Para hacer justicia, además de a mi persona, a Shaw, Belloc, Mencken y muchos otros hombres de nuestro oficio, me siento inclinado a protestar porque el otro método literario, el de «uno realmente siente», es, en verdad, mucho más arrogante que el nuestro. Un personaje de una comedia de Shaw señala que decir *artista* es decir *polemista*. Quizás el señor Shaw es demasiado polemista para ser totalmente artista. De todos modos, siguiendo el mismo modelo de frase, afirmo que quien dice *ensayista* quiere decir *egoísta*. Si esto es una aliteración, casi una rima y algo cercano al juego de palabras, lo lamento. También es un hecho.

Lo que acabo de decir puede ser demostrado tanto en el ejemplo imaginario que he presentado como en innumerables párrafos mucho mejores y mucho más bellos. Si me aparto del camino para contarle al lector que fumo cigarrillos Virginia, sólo puede ser porque doy por hecho que el lector está interesado en mi persona. Nadie puede estar interesado en los cigarrillos Virginia. Pero si le grito al lector que creo en la causa de los virginianos en la Guerra de Secesión, como lo hace el autor de *La herejía Americana*[24], si trueno, como él, afirmando que hoy en día toda América está sumergida en ruinas y anarquía porque en esa gran batalla fracasó la buena causa, entonces no estoy siendo egoísta, soy sólo un dogmático, lo que parece resultar generalmente mucho más desagradable.

El hecho de que crea en Dios puede ser, y lo digo con modestia, de algún interés humano; porque un hombre que cree en Dios puede inducir a otro hombre a creer en Dios. Pero tengo que pensar que el hecho de que no crea en los peces dorados como ornamentos del estanque del jardín no es del menor interés para nadie en esta tierra, a no ser que suponga que algunas personas están interesadas en cualquier cosa relacionada conmigo. Esto es exactamente lo que el verdadero ensayista elegante asume. No digo que esté equivocado; no niego que él también encarne la humanidad de algún modo y use algo así como una ficción o un símbolo artístico para expresarlo. Sólo digo que, si

llegamos a entrar en una pelea para dilucidar quién es más presuntuoso, él es, de lejos, el mejor pagado de sí mismo de los dos.

Unos hombres abordan grandes cuestiones ruidosamente, mientras otros se ocupan de cosas pequeñas en silencio. Pero hay una dosis mucho mayor de jactancia en el hombre que trata siempre de cosas menores que él mismo que en aquel que se ocupa permanentemente de cosas mayores que él. El segundo, por lo menos, debe ser pequeño para no sentir que sus temas son más grandes.

Estamos a un paso del núcleo del problema. En primer lugar, el dogmático tiene siempre algo de demagogo. En segundo lugar, el demagogo tiene siempre algo de payaso. Estoy muy lejos de negar que el dogmático sea demasiado demagogo y payaso; pero no porque prefiera las cosas superficiales, sino porque le preocupan las cosas fundamentales. Si se me permite ilustrar mi razonamiento por medio de una de esas deplorables imágenes de las que nos estamos lamentando, es precisamente porque le interesa lo fundamental por lo que se siente tentado a hacer reír al público. Le interesan los hechos primarios y uno de los elementos primarios es el público. Puede bromear y actuar para la galería, pero siente que hay algo más que una broma en la forma coloquial de llamar a la galería «el paraíso».

Reconozco que yo también soy un orador demagógico; y hace un momento exageré mis conclusiones por pura necesidad de defenderme, defender al señor Shaw y —lo más apasionante de todo— defender al señor Shaw del señor Shaw. En realidad no quise decir, por supuesto, que el ensayista sea un egoísta en un sentido personal. Nadie en el mundo obtiene tan gran provecho como el que yo saco de buenos ensayos como los de Max Beerbohm[25], E. V. Lucas[26] o el señor Robert Lynd.[27] Sólo pido, con toda seriedad, que, a la vez que defienden su propio estilo, entiendan nuestro modo de afirmarnos. Y les pido que crean que cuando tratamos de hacer nuestros sermones y discursos más o menos entretenidos, es por la muy simple y hasta modesta razón de que no vemos cómo la audiencia podría escucharnos de otra manera. Nuestra forma de expresarnos está condicionada por el propósito de cumplir con lo que algunos imaginan que debe ser la función del discurso: algo dicho por alguien para ser escuchado por otras personas. Tiene necesariamente todos los vicios y vulgaridades que acompañan a un discurso que es verdaderamente un discurso, y no un soliloquio. He llegado a la conclusión de que este último punto es demasiado sencillo para ser entendido. Algunas de las cosas más simples de la historia humana resultan ahora completamente invisibles para mentes que se han acostumbrado a la subdivisión y la especialización. De tal modo que la idea del voto o de la

promesa no se discute ni se niega; es simplemente ignorada por personas que no saben que existe. Ocurre también con el gesto del sacrificio, sin el cual un hombre es apenas humano; y sucede igualmente con el gesto del orador o el cantante que se dirige directamente al público. Encontré un ejemplo de esta confusión al tratar de señalarla en un artículo en el *Mercury* titulado «El verdadero juicio a las camarillas». Un crítico del *American Bookman* concluyó enseguida que se trataba de una vieja y convencional acusación. Se le metió en la cabeza que simplemente estaba vilipendiando a los seguidores acérrimos, los «hinchas», y me contestó que Aristófanes y Eurípides tenían sus fans y sus partidarios como cualquier otro. Me parece que la crítica norteamericana, lejos de ser austera, cruda, es más bien demasiado tradicional. Tiene la manía, curiosamente conservadora, de poner etiquetas a las cosas como se hace con los objetos en los museos; de hecho encontré en el mismo número de la revista un artículo muy victoriano titulado «Ciencia y religión», en el que esas dos grandes fuerzas eran estudiadas en las figuras representativas de Charles Darwin y el señor Moody.**[28]**

Mucho se ha escrito de la ciencia y la religión; pero no debería sentirme sobrepasado por el empuje de un nuevo mundo que nunca ha tenido en cuenta una ciencia posterior a Darwin o una religión mejor que la de Moody y Sankey.**[29]** Muchas cosas se han escrito acerca de las banderías y los clanes literarios: pero yo no escribí en contra de ellos, ni siquiera escribí acerca de esos temas. Lo que estaba tratando de explicar, me temo que más bien torpemente, es que hoy hay un peligro nuevo en las camarillas, porque no son simplemente camarillas: han asumido el carácter de intérpretes por hipótesis, intérpretes de algo ininteligible; y su existencia alienta a los artistas a volverse ininteligibles cuando su única función consiste en ser inteligibles.

El artista es más y no menos inteligible que los demás hombres; son los sentimientos de las masas los que resultan relativamente incomprensibles, hasta para ellos mismos.

Seguro que Aristófanes tenía sus seguidores, y en este sentido su camarilla. Pero tengo serias dudas de que su audiencia necesitara alguien que le explicara que cuando el muerto dice «pueda yo volver a la vida si lo quiero», se trata de una broma que parodia la frase «pueda yo morir si lo quiero». En otras palabras, los chistes de Aristófanes, igual que las bromas de Bernard Shaw, eran buenos chistes, pero eran bromas; no representaban un nuevo y secreto sentido del humor que sólo una cierta escuela de críticos pueda entender.

Por eso las payasadas de Bernard Shaw son como las de Aristófanes; o si nos resulta difícil imaginarnos la atmósfera de la época de Aristófanes, comparten el elemento de obviedad que es también evidente en los mejores chistes de Moliére o de Dickens. La disculpa de los payasos es que las bromas tienen que ser obvias. Podríamos decir que no existen verdaderas bromas a menos que sean evidentes. Hay, por supuesto, condiciones especiales para la especie que llamamos ironía, en la cual el chiste es que hay alguien que no lo percibe como tal. Pero incluso en este caso está claro que esa persona no es la audiencia. Y si lo es, la ironía no ha funcionado.

En cualquier caso aquí hay una broma que aparentemente los críticos no pueden ver; una broma que también participa de la tragedia. Debajo de toda esta cultura conspirativa hay una fantástica noción de nuevas y opuestas psicologías, incomunicables o, al menos, carentes de comunicación entre ellas, que rompe la hermandad de la común mente humana. De la misma forma que el señor Wells imaginó que el hombre evolucionaba hacia dos especies animales, quieren que imaginemos que la mente se fragmenta en especies distintas.

Un payaso puede hacer chistes malos; incluso yo, que soy un humorista de muy poca categoría para ser mencionado junto al señor Shaw o Aristófanes, suelto con regularidad y como cosa habitual infinidad de chistes malos. Lo hago por razones que tienen que ver con los deberes de la demagogia, y no es esto lo que estoy defendiendo aquí, sino algo mucho más importante. El payaso puede hacer chistes malos; pero es una cosa totalmente distinta que alguien haga un chiste y el que lo oye no se entere de que es un chiste. Uno puede pensar que su chiste es bueno y el otro que es malo; eso es natural y siempre ha sido así. En el caso arriba mencionado, mi crítico y yo podemos estar de acuerdo en que es un chiste malo. Pero si la aberración y el misterio se cultivan hasta tal punto que el chiste de una escuela no es un chiste sino una adivinanza para otra, estamos en presencia de un cisma más peligroso que todos los del pasado. Estamos permitiendo que el gusto divida a los hombres de una manera que nunca lo habían hecho las religiones o las revoluciones de este mundo.

En otras épocas existían ejemplos más nobles de esta relación entre el creador y la humanidad. El orador podía hacer que la multitud se sintiera como un ejército de héroes; el profeta o el predicador podían aislar cada alma de una muchedumbre y hacer que se sintiera inmortal. En cambio, hoy en día, para pronunciar un discurso es necesario hablar como si estuvieras

pronunciando el discurso de un banquete, como si sólo mediante la frivolidad pudiéramos mantenernos en la realidad de la vida corriente.

No somos responsables de que en la comunidad de creencias y tradiciones sociales se haya abierto un abismo que sólo puede ser salvado por el lejano saludo del payaso.

II
Mis seis conversiones

La religión de los fósiles

Durante estos últimos años, al menos en seis ocasiones me he encontrado en una situación en la que me habría vuelto católico si no me hubiera impedido dar este paso tan precipitado el afortunado accidente de que ya lo era. El hecho es meramente personal, pero tiene algún interés representativo, porque nuestros críticos siempre esperan que el converso sufra alguna suerte de reacción que lo lleve al desencanto y quizás a la deserción. Por regla general, lo más que nos concederán es que hemos encontrado la paz a cambio de renunciar a la razón, lo cual significa que tendremos que pasarnos el resto de nuestras vidas enzarzados en interminables controversias, en un permanente llamamiento al uso de la lógica. Pero es un hecho que, en un sentido más bien peculiar, la cosa es justamente al revés. Las confirmaciones más sólidas le llegan al converso cuando ya ha recibido las suficientes como para aceptar su credo. En estos artículos me propongo exponer algunos ejemplos de esta singular conversión postconversión. Quiero decir que, desde que fui recibido en la Iglesia, han sucedido cosas que en cualquier caso me hubieran hecho imposible adoptar cualquier posición intelectual fuera de ella, sobre todo la posición en que me encontraba originariamente. Una de esas ocasiones fue la solución parlamentaria de la controversia sobre el Libro (o los libros) de Oraciones. Otra fue la decisión, o indecisión, de Lambeth[30] sobre el control de la natalidad.

Consideraré, en primer lugar, el ejemplo de los últimos acontecimientos políticos en Europa. Comienzo por éste porque es a la vez típico y tópico; es decir, nos ofrece el más sencillo y claro ejemplo de lo que estoy diciendo y, además, sus detalles están frescos en la mente de todos, incluso de aquellos

que sólo abordan el presente con la ayuda de la prensa, ese sustituto verdaderamente sintético del pan de cada día.

Para explicar mi pensamiento sobre estos hechos de una manera más lúcida que la suministrada por la prensa, creo necesario decir unas palabras preliminares sobre la Reforma protestante y la manera en que sus consecuencias, más que la reforma en sí, continúan engañando y desconcertando a la cristiandad.

Gentes como el obispo Barnes o el deán Inge son, como sabemos, muy aficionadas a los descubrimientos de la ciencia, en particular de los no muy recientes descubrimientos de la ciencia del siglo XIX. Les encanta hablar de lo que mi abuelo hubiera llamado *el testimonio de las rocas;* el registro geológico del desarrollo de la naturaleza. A menudo tratan a los fósiles y vestigios similares como si fueran jeroglíficos sagrados en los cuales una casta sacerdotal hubiera ocultado el secreto del universo. Pese a ello, es más que dudoso que cualquiera de los eclesiásticos de la llamada *Broad Church* se sintiera apaciguado y halagado si yo lo llamara «viejo fósil». Yo jamás me permitiría, en realidad, esta forma juguetona de trato social; porque son verdades, enteras o a medias, que no pueden pronunciarse sin crear malentendidos sobre su auténtico significado.

Estos teólogos liberales están interesados, en cierto sentido, en los fósiles. Siguen deduciendo la teoría darwiniana a partir de los registros geológicos. Lo hacen por medio de todos los fósiles que puedan encontrarse. Llegan hasta a explicar luminosamente por qué la evidencia geológica es, en apariencia, inexistente, y parecen creer que esto es tan convincente como si la hubiera. Pero dudo que hayan dedicado un solo pensamiento a los fósiles. Si lo hubieran hecho, no existiría ningún peligro de que les doliera una comparación tan inocente e inofensiva. Porque el fósil es una cosa muy curiosa. No es un animal muerto, ni un organismo en descomposición, ni siquiera un objeto antiguo. La característica esencial del fósil es que se trata de la forma de un animal u organismo que ha perdido toda su sustancia orgánica o animal, conservando su apariencia, que ha sido rellenada por una sustancia totalmente diferente a través de un proceso de destilación o secreción. Podríamos decir, como los metafísicos medievales, que la sustancia ha desaparecido y sólo permanecen sus accidentes. Y ésta es, quizás, la metáfora que mejor puede describir la verdad acerca de las *nuevas religiones,* que aparecieron hace sólo trescientos o cuatrocientos años. Son fósiles.

Es fácil comprobar que hoy están agonizantes. Incluso puede decirse, en un sentido mucho más profundo, que hace ya mucho tiempo que han muerto.

Lo más extraordinario es que murieron casi al nacer. Y, aunque esto es algo que normalmente no se dice, la increíble torpeza de los reformadores —¡los verdaderos teólogos protestantes eran tan malos teólogos!— siempre me ha parecido la característica más destacada de este misterioso negocio. Tuvieron una oportunidad extraordinaria. La vieja Iglesia había sido barrida, apartada de su camino, junto con muchas otras cosas que eran impopulares, algunas merecidamente. Podría suponerse que habría sido muy fácil establecer algo que, al menos en apariencia, resultara más popular. Pero al intentar hacerlo cometieron todos los errores posibles. Libraron una guerra insana contra todo lo que la vieja religión tenía de normal y benevolente para la naturaleza humana, como las oraciones por los difuntos o la graciosa imagen de una Madre de los Hombres. Fueron duros e intolerantes con algunas tendencias que cualquiera podía ver que sólo eran modas pasajeras. Lutero se dejó llevar por una especie de furia general que no podía durar; Calvino tenía una mente lógica, pero la usó para elaborar un proyecto que, inevitablemente, la humanidad no pudo soportar durante mucho tiempo. Quizás los mejores reformadores fueron aquellos que no tenían ninguna idea que ofrecer, como los fundadores de la Iglesia anglicana. Al menos ellos no exasperaron a la naturaleza humana, aunque padecieron de la misma ceguera que otros al vincularse al derecho divino de los reyes, que enseguida se hizo pedazos.

Por todas estas razones no hay duda sobre lo que hizo el protestantismo: morirse. No se murió porque los protestantes estuvieran equivocados. Mahoma, por ejemplo, también lo estaba, pero fue una persona mucho más astuta, y su herejía no ha muerto. El credo de los protestantes no murió porque estuvieran sumidos en el error, sino porque tenían otras cosas en la cabeza. No creían de verdad en lo que estaban haciendo y la razón principal de esto es que la verdadera fuerza que los animaba era la impaciencia insolente, la ambición y la avaricia de los nuevos nobles o los príncipes rebeldes. Sea como sea, la parte teórica y teológica de su obra se marchitó con increíble rapidez, y el vacío se llenó con otras cosas. Es muy revelador descubrir esas otras cosas en muchos casos, incluso en algunos aparentemente inofensivos. Sin duda la más reveladora de todas las ideas que llenaron tal vacío es la que hoy nos está enfrentando: la religión alemana de la raza.

Ni que decir tiene que no se hablaba de semejante tontería en tiempos de Lutero ni hasta mucho después de su muerte. Y, para hacerle justicia, a Lutero jamás se le hubiera ocurrido. Los alemanes eran turbulentos y algo bárbaros, como él mismo: pero es de justicia reconocer que era un cristiano, porque creía que nada se puede hacer sin la fuerza de Cristo. Me contaron una

historia típica de la Alemania actual. Algunos nazis quisieron cantar el famoso himno del gran reformador, *Una fortaleza es nuestro Señor* (que suena premonitoriamente militarista), pero fueron incapaces de articular las palabras de la siguiente estrofa, que rezan: «Por nuestros propios medios nada podemos hacer». A su extraña manera, Lutero creía en la humildad; pero el alemán moderno cree solamente en el orgullo. Ése es un ejemplo de lo que quiero decir cuando hablo de llenar un vacío no por una sustancia cualquiera, sino por una materia totalmente antagónica.

Lutero sufría irracionales arrebatos de furia, en uno de los cuales arrancó la Epístola de Santiago de su Biblia porque el apóstol exaltaba la importancia de las buenas obras. Tiemblo al pensar en la clase de convulsión epiléptica que lo habría atacado si alguien le hubiera dicho que arrancara las epístolas de San Pablo porque el apóstol de los gentiles no era ario. Lutero exageró, si ello es posible, la debilidad humana; pero para él era una debilidad de toda la humanidad. John Knox logró esa extraña paradoja puritana que combina la intensa invocación a Cristo con un inhumano horror y odio a todos los símbolos y tradiciones característicos de los cristianos. Mezcló, de un modo que nos intriga sobremanera, la adoración de la cruz con la abominación del crucifijo. Pero John Knox habría explotado como un cartucho de dinamita si alguien le hubiera pedido que adorara la esvástica.

Da la impresión de que toda esta novedosa tontería nórdica no tiene nada que ver con la teología protestante; incluso parece totalmente opuesta a ella. Nadie se alegra más que nosotros porque algunos de los protestantes alemanes son todavía cristianos muy coherentes y valientes, y porque un número importante de luteranos todavía conserva una remota relación con Lutero. Pero, asumiendo este fenómeno como un hecho meramente histórico, como parte de la ciencia y la filosofía de la historia, es evidente que, a estas alturas, los huecos que durante un tiempo rebosaron del fanatismo de las primeras doctrinas de la Reforma han sido llenados ahora con la espuma de un fanatismo de una clase totalmente distinta. Quienes hoy en día se rebelan como Lutero, se rebelan en contra de Lutero. La moraleja es tan importante que será imposible ocultarla de la mirada del mundo. Consiste sencillamente en que, en el momento en que los hombres comenzaron a contradecir a la Iglesia con su propio juicio, todos sus actos estuvieron equivocados. Los que rompieron con los fundamentos de la Iglesia, también rompieron con sus propios fundamentos; los que trataron de mantenerse apartados de la autoridad fueron incapaces de lograrlo. El islam se mantuvo gracias a su estancamiento; no es injusto decir que se mantuvo en pie quedándose

tumbado. Pero los protestantes no pudieron mantenerse en pie en la asombrosa carrera de Occidente; sólo pudieron mantenerse dejando de ser ellos mismos y comunicando su facilidad para convertirse en cualquier otra cosa.

Cuando el mundo dio la espalda

Hasta que alcancé la edad de cuarenta años prácticamente ningún hombre en el mundo, y ciertamente ningún hombre de mundo, tenía duda alguna de lo que Matthew Arnold llamó «el camino que sigue el mundo». No era necesario estar de acuerdo con Arnold, quien parecía pensar que su propio camino seguía necesariamente el sentido en que iba el mundo. Había quien rechazaba épocas pasadas; algunos se preparaban para ir más lejos, otros querían ir más deprisa y otros deseaban apasionadamente ir más despacio que los demás. Pero todos estaban de acuerdo, según la frase vulgar, en que el asunto marchaba. Se aludía, en términos muy generales, a la exigencia de libertad y fraternidad que, emanada de las revoluciones francesa y americana, marchaba hacia la democracia ideal.

Convivían, en este contexto, elementos que no tenían mucha relación lógica entre sí. Había una tendencia hacia el materialismo, el monismo o el escepticismo, que yo había rechazado mucho antes de convertirme al catolicismo. Existía un sentido de la justicia equitativa y la dignidad de todos los ciudadanos, que yo acepté y sigo aceptando mucho después de hacerme católico. Pero yo asumía, como todos los demás, que el mundo todavía estaba en marcha y que presumiblemente continuaría su carrera. Cualquier católico, o cualquier hombre que simpatizara con el catolicismo, tenía tres maneras de reconocer este hecho: (1) Pensar que, por desgracia, ése era el sentido en el que el mundo se estaba moviendo. También podía manifestar que el mundo continuaría su avance y llegaría a funcionar aún peor. (2) Con una considerable dosis de razón, también podía afirmar que un movimiento puramente secular no estaba capacitado para responder a cuestiones plenamente espirituales. Tomando un ejemplo sencillo, el más ideal de los republicanos no tenía forma de evitar la costumbre humana de morirse y preguntarse si morirse quería decir estar completamente muerto. La democracia no puede satisfacer todos nuestros deseos, ni podría hacerlo aunque tuviera la capacidad de purificarse lo suficiente como para satisfacer todos los deseos democráticos. (3) También podía proponerse mirar hacia el futuro, con alguna justificación histórica, hacia una época futura en la que

cualquier disputa temporal entre la Iglesia y la república terminaría en una razonable reconciliación de las verdades de ambas, del mismo modo en que Santo Tomás reconcilió la filosofía de Aristóteles con la religión de San Agustín. Algo de esto se ha conseguido con los recientes pronunciamientos papales, pero el hecho es que, al margen de que la Iglesia pudiera poner fin a esta particular pelea, todos coincidían en que una disputa con la democracia era una disputa con el mundo. En síntesis, un católico podía rechazar el progreso presente, o decir que su credo es independiente del progreso, o que su credo encontrará un lugar para el progreso. Pero todos creían que el progreso del presente iba a ser el progreso del futuro.

Y de pronto llegaron los sorprendentes juicios, los extraños signos del Apocalipsis. Primero, la Gran Guerra; después, la paradoja del fascismo en Italia y la parodia del fascismo en Alemania. Estos acontecimientos han causado una perturbación en la mente de todo hombre pensante (como diría la Asociación de Prensa Racionalista), que nada tiene que ver con la justicia o el error de ninguno de estos movimientos. Es vital ser consciente de que el cambio es lo fundamental, mucho más importante que el acuerdo o desacuerdo con las facciones en disputa. Se puede pensar que la guerra acometida por los aliados estaba justificada. Al menos yo así lo pensaba, y lo sigo pensando. También se puede mantener que el golpe de Mussolini estuvo justificado, o incluso que Hitler llevó a cabo algunas reformas justas. O usted puede pensar exactamente lo opuesto y contemplar esa época totalitaria como un retroceso sangriento y bárbaro, desde el primer soldado del ejército de Kitchener[31] hasta el último rufián manchado con la sangre de Dollfuss.[32] Pero detrás de las figuras que combaten, el escenario ha cambiado, y es el escenario de un terremoto. Hoy cualquiera sabe que toda la humanidad puede volverse y andar hacia atrás sobre sus propias huellas; que el progreso puede dejar de progresar, o hacerlo en un sentido contrario a lo que ha sido considerado como progreso durante siglos. No sólo puede perder, sino dilapidar todo lo que sus padres más estimaron y por lo que con más ahínco lucharon. Puede restaurar, no solamente, sino exclusivamente, todo lo que sus abuelos estuvieron obligados a abandonar o fueron incapaces de defender. El mundo está en marcha otra vez, pero en otro sentido.

Si existiese un camino, éste sería el que hoy sigue el mundo. Pero de hecho no existe tal cosa. Un católico quizás debería haberlo percibido desde el principio; pero muchos católicos sólo lo han visto al final, como iluminados por un relámpago. No hay una senda que el mundo recorra. Nunca la ha habido. El mundo no va a ninguna parte, en el sentido en que lo decían los

viejos optimistas progresistas o los viejos pesimistas reaccionarios. No va hacia el *mundo feliz* que el señor Aldous Huxley describió, odiándolo, ni hacia la *nueva utopía* que el señor H. G. Wells pintó con agrado. El mundo es lo que vieron los profetas y los santos. No mejora en general ni en general empeora. El mundo sólo hace una cosa: tambalearse. Abandonado a su albedrío, no llega a ninguna parte, aunque puede mejorar en algunos aspectos con la ayuda de auténticos reformistas de la verdadera religión y la verdadera filosofía. Pero, en sí mismo, eso no es un progreso, ni siquiera un proceso. La vida no es una escalera; es un balancín.

Por decir esto, la Iglesia ha sido cada vez más despreciada a lo largo de cuatrocientos años. Nunca sostuvo que los males pudieran ser o no ser enmendados, o que las comunidades pudieran ser o no ser felices, o que no valiera la pena ayudarlas en cosas materiales o seculares, o que es bueno que se practiquen más las buenas formas, que la gente viva mejor o que haya menos delitos. Lo que sí dijo es que no debemos contar con que la gente vaya a vivir mejor o con que disminuya la crueldad en el mundo como si esto fuera una tendencia social inevitable hacia una humanidad sin pecado, en lugar de una posibilidad del hombre, que a veces mejora y otras veces va a peor. Por supuesto, no se trata de odiar a la humanidad, ni de despreciarla, ni de evitar acudir en su ayuda; pero no debemos confiar en ella, en el sentido de pensar que la tendencia de la naturaleza humana no puede sufrir una regresión hacia el mal: «No confíen en los poderosos, en simples mortales, que no pueden salvar»**[33]**. Ése es el punto de vista de este tipo particularmente práctico de política. Sea monárquico, si usted quiere (se pueden decir muchas cosas, y una gran cantidad de ellas se está diciendo en este preciso momento, a favor de un gobierno más personal y responsable); pruebe con la monarquía, si usted piensa que será mejor; pero no confíe en la monarquía en el sentido de esperar que el monarca sea otra cosa que un hombre. Sea democrático, si le gusta (yo siempre pensaré que éste es el ideal político más generoso y más profundamente cristiano); proclame su sentido de la dignidad del hombre en bien de la humanidad, defienda cualquier forma de igualdad; pero no deposite su confianza en el voto de la humanidad. Hay un pequeño defecto en el hombre, imagen de Dios, maravilla del mundo: que no es de fiar. Si cree que su pensamiento es resumen de su naturaleza profunda o su fin último, llegará el día en que, de repente, le parecerá un traidor.

Hoy le parece un traidor a esa parte de la opinión liberal e ilustrada que se había hecho la idea de que el mundo se encaminaba por la senda del progreso y la paz; el mundo de H. G. Wells y del señor Webb, de los pacifistas de

Estados Unidos y los reformadores sociales de Cambridge. La mayoría de ellos tiene ahora que limitarse a murmurar, como el malo de un melodrama: «Ya nos llegaría nuestra hora». Pero lo hacen en un tono muy diferente a como lo hacían hasta hace poco, cuando, como el personaje de la coplilla, gritaban: «¡Ya no será larga la espera!». Los más optimistas admiten que probablemente tendremos que esperar mucho para revertir todo la que ha hecho ya la reacción en Europa, si es que alguna vez se puede hacer; esta gente tiene que recurrir a una fe puramente mística para pensar que eso sucederá. Yo experimento más bien lo que ellos llamarían desesperanza, porque sospecho que lo que ha sido revertido es prácticamente todo. La razón de que los progresistas se sorprendieran al ver su propia revolución o su reforma deshecha ante sus propias narices es, exactamente, la incapacidad de admitir este hecho. Porque, en realidad, si hay algo estable que no puede volver a ser como era, ese algo no se parece a nada de lo que imaginan. No se encuentra necesariamente en el futuro ni en el desarrollo de ninguna de las ideas del presente. No asistimos al nacimiento de una aurora expansiva y sin fin, sino a un simple amanecer; y la fe, como dijo el señor Belloc, «es el único faro en esta noche, si es que hay un faro».

A la cabeza de la Iglesia, en el corazón de la cristiandad, en el centro de la civilización llamada católica, allí, y no en ningún movimiento ni en ningún futuro, es donde se encuentra esa cristalización del sentido común, donde están las tradiciones verdaderas y las reformas racionales que el hombre moderno buscó equivocadamente una y otra vez. De allí vendrán los avisos que nos señalarán si la compasión ha sido dejada de lado o la memoria despreciada, no de los hombres que formarán una nueva promoción de gobernantes en esta tierra inquieta y distraída. Éste es el hecho que todos hemos encontrado finalmente y por eso lo he puesto en primer lugar. No es el primero en orden cronológico, pero de todos aquellos que he descubierto después de haber encontrado la verdad, es el primero en importancia; y si yo permaneciera aún en las tinieblas de la noche, él me habría conducido hasta la puerta.

La rendición ante el sexo

Ya he comentado que en estas páginas hago el esbozo de seis ocasiones distintas en las que me hubiera convertido al catolicismo, si no hubiera sido la única clase de ser humano que no puede convertirse al catolicismo. La emoción de convertirse está abierta todavía al ateo y al satanista; todos

pueden convertirse excepto el converso. En mi primer esbozo mencioné que una de las crisis que me hubieran llevado al camino que ya transito fue la falsa liberalidad del famoso «Informe de Lambeth» sobre lo que se denomina extrañamente «control de la natalidad». En realidad se trata de un plan para impedir los nacimientos con el objeto de eludir el control. Pero este plan fue sólo la culminación de un largo proceso de compromisos, de cobardías perpetradas alrededor del problema del sexo; la rendición final después de una permanente retirada.

Hay un hecho histórico del hombre que me parece tan sencillo y sólido que jamás podría ignorarlo, aunque perdiera la fe. Tiene más bien el carácter de un hecho químico o biológico, aunque desde otro punto de vista, como sucede con tantos hechos inequívocos, también puede decirse que es bastante misterioso. Se trata de lo siguiente: cuando la religión perdió contacto con Roma cambió totalmente, de abajo arriba, en su verdadera sustancia y en la materia de la que está constituida. Cambió su sustancia; no cambió necesariamente de forma o de apariencia exterior. Puede practicar los mismos ritos, pero no puede ser lo mismo. Puede seguir diciendo las mismas palabras, pero esas palabras no tendrán el mismo significado. Ésta es exactamente la situación desde el mismo comienzo.

Enrique VIII era católico en todo, excepto en que no era católico. Observaba todos los ritos, hasta la última plegaria y el encendido del último cirio; aceptaba hasta la última consecuencia de un postulado; lo aceptaba todo, excepto a Roma. Y en el instante de este rechazo, su religión se hizo totalmente distinta, otra clase de religión, otra cosa. En ese preciso instante comenzó a cambiar, y aún no ha parado de hacerlo. Sabemos de sobra que algunos modernos hombres de Iglesia llaman progreso a este cambio continuo. Es como si dijéramos que un cadáver rebosante de gusanos tiene una vitalidad pujante; o que un muñeco de nieve que está convirtiéndose poco a poco en un charquito está purificándose de sus excrecencias. Pero no es esto lo que me interesa en este momento. Lo que nos interesa es que un hombre puede parecer dormido en el instante inmediato a su muerte, aunque en realidad el proceso de descomposición ya se ha iniciado. Lo que interesa es que, en teoría, el muñeco de nieve puede ser hecho de acuerdo a la verdadera imagen del hombre: Miguel Ángel construyó una estatua de nieve que pudo muy fácilmente ser una réplica exacta de una de sus estatuas de mármol; pero no era de mármol. Es muy probable que el muñeco de nieve comenzara a derretirse en el preciso momento en que fue hecho. Mientras exista el hielo, existirá un material capaz de derretirse al descongelarse. A muchos les

pareció que el protestantismo seguiría siendo durante mucho tiempo, según la expresión popular, un producto congelado; lo cual no altera la diferencia entre el hielo y el mármol; y el mármol no se derrite.

Los citados progresistas nos dicen siempre que tengamos confianza en el *futuro*. Sin embargo, lo único en lo que un progresista no puede confiar es en el futuro. No puede tener confianza en su propio futuro, y no digamos en su propio futurismo. Si no le pone límites al cambio, puede cambiar tanto sus opiniones más progresistas como sus puntos de vista más conservadores. Así sucedió con la Iglesia fundada por Enrique VIII, que era en realidad, en casi todos los temas abominados por papistas, más papista que el Papa. Creyó que podía convertirse en el más ortodoxo defensor de los sacramentos, el sacerdocio y los ritos. Pero tenía una debilidad: no confiaba en sí mismo. Nada, excepto la fe, puede confiar en seguir siendo ella misma.

Al aplicar esta verdad con relación al sexo, me permito introducir una anécdota periodística trivial. Unos años antes de la guerra, algunos de mis colegas periodistas, tanto socialistas como *tories*, me preguntaron qué entendía yo por democracia; sobre todo les interesaba saber si creía que tenía sentido la idea de la «voluntad general» de Rousseau. Les dije que pensaba (y sigo pensándolo) que puede existir tal cosa, pero que debería ser mucho más sólida y unánime que una mera mayoría como la que gobierna en la política de partidos. Usé la vieja imagen del hombre de la calle, y les dije que si miraba por la ventana de mi casa y veía a un extraño que pasara caminando, podía estar seguro de que ese hombre estaría pensando en algo, pero no en los asuntos de más rabiosa actualidad, los más polémicos del momento. Aunque los liberales tengan una amplia mayoría, ese hombre no tiene por qué ser necesariamente liberal; las estadísticas prueban que Inglaterra es mayoritariamente conservadora, pero no apostaría un botón a que el caballero en cuestión sea conservador. Pero añadí que apostaría cualquier cosa a que cree en la necesidad de vestirse, y mis contrincantes socialistas no me discutieron este aserto; ellos también aceptaban que el uso de la ropa es un rasgo de civilización y sentido común tan universal, que se le puede atribuir a cualquier persona, a no ser que se trate de un lunático. ¡Hace tan poco tiempo de esto! Hoy en día, cuando veo al individuo caminando por la calle, no apostaría nada a que cree en la conveniencia de vestirse. El país está lleno de colonias nudistas; los kioscos rebosan de revistas nudistas; los periódicos aparecen abarrotados de párrafos alabando el bronceado y la valentía de los asnos anárquicos que aquí mencionamos. En cualquier momento puede haber

una *voluntad general*, pero es una clase de voluntad débil y extraña, sin fe que la sostenga.

La voluntad general moderna se ha mostrado sorprendentemente débil y fluctuante, no sólo en el terreno de las apariencias, sino también en los asuntos más profundos relacionados con el sexo. Supongo que porque conoce desde el principio esta flaqueza, la Iglesia ha sido muy decidida y abiertamente dogmática con respecto a ciertos temas sexuales. Como algunas buenas personas piensan sinceramente, quizás ha sido demasiado decidida y dogmática. Un católico es una persona que ha reunido coraje suficiente para afrontar la idea inconcebible e increíble de que pueda existir alguien que sepa más que él. Y la más destacada y sorprendente demostración de sabiduría es quizás la que se puede encontrar en el punto de vista católico acerca del matrimonio, comparado con la teoría moderna del divorcio. Hay que aclarar de inmediato que no se trata de la opinión sobre la modernísima teoría del divorcio, que es la mera negación del matrimonio, sino más bien con la ligeramente menos moderna o más moderada teoría del divorcio, tal como generalmente se aceptaba incluso cuando yo era niño. Éste es el punto fundamental de la demostración; explica por qué la Iglesia rechaza tanto la teoría moderada como la extrema. Ilustra, además, el hecho que estoy señalando: el divorcio se ha convertido en algo totalmente distinto de lo que se había previsto, incluso para aquellos que primero lo propusieron.

Para poder entender cómo alguien creyó que el divorcio era compatible con la virtud victoriana, debemos situarnos en un mundo de ideas diferentes, como lo hicieron muchos victorianos virtuosos, que toleraban esa situación social sólo como excepción, y no hubieran consentido muchas otras soluciones sociales modernas. Mis propios padres no eran puritanos ortodoxos ni miembros de la *High Church;* eran universalistas, más cercanos a los unitarios: ellos hubieran calificado el control de la natalidad de la misma manera que calificaban el infanticidio. Y, sin embargo, con relación al divorcio, estos protestantes liberales sostenían un punto de vista intermedio, que era sustancialmente así: pensaban que era la necesidad y el deber normal de toda pareja casada mantenerse fiel a su matrimonio, y que poda exigírsele esto, como la honestidad o cualquier otra virtud, aunque admitían que en algunos casos extremos y extraordinarios se podía permitir el divorcio. Lo cierto es que, si dejamos de lado nuestra propia doctrina sacramental y mística, esta postura no parece una actitud poco razonable en sí misma. Ciertamente no tenía un sentido anárquico. Pero la Iglesia católica, casi en

solitario, declaró que esto conduciría a la anarquía; y la Iglesia católica tuvo razón.

Todo el que contemple el mundo de hoy con ideas en la cabeza debe reconocer, con independencia de cuáles sean esas ideas, que la sustancia social del matrimonio ha cambiado, de la misma manera que la sustancia social de la cristiandad cambió con el divorcio de Enrique VIII. Como en aquel caso, las formas se mantuvieron por un tiempo, y algunas permanecen todavía. Muchos divorciados, que podrían volver a casarse legalmente en el registro civil, siguen quejándose amargamente de que no los pueda casar un sacerdote. Miran a la Iglesia como el lugar idóneo para hacer un voto que al mismo tiempo puedan romper. El obispo de Londres, que supuestamente debería simpatizar con la fracción más sacramental, apoyó una de esas quejas argumentando que se trataba de un caso muy especial. ¡Como si los casos protagonizados por seres humanos no fueran todos muy especiales! Esta declaración habría sido una de las razones para convertirme si no me hubiera convertido antes.

Mucho más importante es el tema del clima social general. Muchas personas normales se casan pensando que pueden divorciarse. En el instante en que esta idea entra en sus cabezas, toda la antigua concepción protestante del compromiso se desvanece. El sincero e inocente victoriano nunca se hubiera casado con una mujer pensando que podía divorciarse de ella. Le hubiera resultado mucho más fácil casarse con la idea de que podría asesinarla. No se suponía que estos pensamientos pudieran formar parte de las ilusiones de la luna de miel. La sustancia psicológica del acto ha sido completamente alterada; el mármol se ha convertido en hielo y el hielo se ha disuelto con la más sorprendente rapidez. La Iglesia estuvo acertada al negarse a admitir incluso la excepción; y la excepción ha terminado siendo la regla.

Ya he dicho que el débil e indeciso pronunciamiento sobre el control de la natalidad fue sólo la culminación de este largo proceso de corrupción intelectual. No pretendo discutir de nuevo este problema aquí, más allá de decir que se le aplica la misma verdad que al caso del divorcio. La gente propone una salida fácil de ciertas responsabilidades y dificultades humanas, incluyendo la dificultad de una justicia económica y un mejor salario para los pobres. Pero estas personas proponen una salida fácil con la esperanza de que la gente la usará de forma moderada, cuando lo más probable es que la mayoría la use indiscriminadamente. Es extraño que los escritores y pensadores que así razonan no vean este hecho, ya que, en todo lo demás, han

dejado de ser optimistas con respecto a la naturaleza humana, como lo era Rousseau, y en general son mucho más pesimistas que nosotros.

Si vemos a la humanidad de la manera en que la describe el señor Aldous Huxley, por ejemplo, es difícil saber qué respuesta distinta de la nuestra podría darse si se planteara el problema de la siguiente manera: «Por una parte hay una salida fácil de la dificultad, evitando tener hijos; pero por otra hay una manera muy difícil de salir de ella, reconstruyendo todo el sistema social y trabajando por un sistema mejor. ¿Qué camino piensan ustedes que tomaría la humanidad que describen?».

No obstante, no me preocupan los que son directa y abiertamente opositores, como el señor Huxley, sino los que una vez pensé que podrían defender los altares cristianos de su patria. Ellos deberían saber que el enemigo que aguarda en nuestras fronteras no ofrece términos de acuerdo, por el contrario, amenaza con la destrucción total. Y, sin embargo, le han vendido el derecho de paso.

El problema del libro de oración

Uno de los acontecimientos que me habrían impulsado a convertirme al catolicismo si no lo hubiera hecho ya es el curioso asunto del Nuevo Libro de Oración, que me reveló una realidad de la que no me había percatado. Existió realmente una Iglesia de Inglaterra, o más bien una Inglaterra que imaginaba que poseía y controlaba una Iglesia. Pero esa Iglesia no era aquella a la que yo creía pertenecer, es decir el grupo de hombres cultos y sinceros que se decían católicos. Era un grupo más vasto y difuso de hombres que no creían nada en particular, pero que decían ser protestantes, o presumían de ser ateos, y todos parecían tener una idea fija: que eran poseedores de la Iglesia de Inglaterra, y que, si quisieran, la podrían convertir en un templo mormón. En esas circunstancias, yo no pude seguir perteneciendo a tal grupo.

Es necesario decir unas palabras sobre el Libro de Oraciones anglicano para entender todo lo que esto implica. El Libro Común de Oraciones es la obra maestra del protestantismo; mucho más que la obra de Milton. Es su única posesión y su único instrumento de atracción, su único imán, el único talismán que conserva, hasta para personas que no pertenezcan a la Iglesia anglicana, como lo son las grandes catedrales góticas para los no católicos. Creo que puedo hablar en nombre de otros conversos cuando digo que el ritmo de la prosa de Cranmer es lo único que puede producir algo de nostalgia o romántica lamentación, proyectar la sombra de un hogar lejano en alguien

que ha encontrado su verdadero hogar. Cualquier otra supuesta superioridad de cualquier tipo de protestantismo es ficticia. Dígale a un católico converso que ha perdido su libertad, y se reirá. Una distinguida dama literata escribió hace poco que yo había ingresado en la más restrictiva de las confesiones cristianas, y me resultó muy divertido. Un católico tiene veinte veces más sensación de libertad que un hombre atrapado en la red de nerviosos compromisos del anglicanismo; de la misma manera que un hombre que se preocupa por toda Inglaterra se siente más libre que el que sólo obedece las consignas de un determinado partido.

Ante la vista del católico se despliega el abanico de dos mil años con ciento veinte mil controversias arrojadas por un pensador contra otro, escuela contra escuela, gremio contra gremio, nación contra nación, sin ningún límite excepto el hecho de que se trataba de asuntos que valía la pena discutir, porque, en última instancia, eran asuntos para los que se podía encontrar una solución. Por lo que se refiere a nuestro monopolio de la razón, está prácticamente reconocido en el mundo moderno. Excepto por uno o dos sórdidos ateos de Fleet Street[34] (por los cuales tengo una gran simpatía) nadie fuera de Roma defiende hoy en día la fiabilidad de la razón. Mucho más fuerte es la llamada a la sinrazón, o hacia ese tipo de belleza que quizás esté más allá de la razón.

La *English Letany*[35] y la magia del gran estilo del siglo XVI, eso es lo que atrae a los hombres, como el canto de las sirenas. De la misma manera Virgilio y los poetas latinos hubieran atraído a un pagano convertido a la Iglesia primitiva. Sólo que este último, siendo romano, y por lo tanto racionalista, no hubiera retrocedido. Naturalmente no olvidaría todo lo demás porque sus oponentes, cuatrocientos años atrás, hayan tenido una calidad estilística que hoy han perdido enteramente. Porque los anglicanos ya no pueden lograr ese estilo hoy en día. Las oraciones modernas, las suyas quizás más que ninguna, parecen ser absolutamente incapaces de evitar el estilo periodístico. Y el Libro de Oraciones parece seguirlos como un eco despectivo. La Convocation[36] o Lambeth publicarán una oración que dirá algo así como: «Guíanos, oh Señor, a la solución de nuestros problemas sociales». Y el gran órgano de antaño gruñirá en el fondo: «De todos los que están desolados y oprimidos». Los primeros anglicanos imploraban por la paz y la felicidad, la verdad y la justicia, pero nadie puede quitar a los últimos anglicanos la mala costumbre de rezar por la mejora de las relaciones internacionales.

¿Por qué tenía el viejo Libro de Oraciones protestante un poder sobre el espíritu y el corazón, similar al de la gran poesía? La razón es mucho más profunda que el simple alejamiento del estilo periodístico. Puede ser puesta en una frase: tenía estilo, tenía tradición, tenía religión, estaba escrita por católicos apóstatas. Tiene fuerza no tanto porque sea el primer libro protestante, sino porque es el último libro católico. Esto puede probarse en los detalles de su prosa. Los pasajes más conmovedores del antiguo Libro de Oraciones anglicano son aquellos cuya atmósfera es menos parecida a la atmósfera anglicana. Y resultan conmovedores y emocionantes precisamente porque dicen lo que los protestantes han dejado de decir hace mucho tiempo, y que ahora sólo dicen los católicos.

Cualquier persona que entienda algo de literatura sabe que un estilo alcanza sus más impresionantes logros cuando expresa con fuerza aquello que nosotros estamos tratando de decir y que nadie más intenta decir. Permitamos que cada uno recuerde los más bellos pasajes del Libro de Oraciones, y pronto se verá que son los que tratan sobre pensamientos espirituales y temas que ahora parecen extraños y terribles, además de ser lo opuesto a lo común: «En la hora de nuestra muerte y en el Día del Juicio». ¿Quién habla de la hora de su muerte? ¿Quién recuerda el Día del Juicio? Solamente unos cuantos curitas de la Misión Italiana. Ciertamente no el popular y elocuente deán de Bumblebury, quien es tan *amplio* y a la vez tan *alto.* Ciertamente no el encantador y mundano vicario de Saint Ethebald, que es tan *alto* y sin embargo tan *amplio.* Mucho menos todavía el clérigo asistente de la misma parroquia, que es francamente bajo.[37]

Lo mismo ocurre en todas las páginas en las que el estilo está inspirado por el espíritu: «[…] No permitas nos apartemos de Ti en la hora extrema por ningunos dolores de muerte»[38]. «Ah, esto es a lo que a uno le llega», o algo parecido, fue lo que dijo con justicia de esa frase lord Peter Wimsey en el relato policiaco de Dorothy Sayers[39], quien, como lord Peter, sabe mucho de otras cosas además de venenos, y además entiende las tradiciones históricas de su héroe. Pero, ¿alguna vez oyó usted al curita recién llegado del campo de cricket, o al vicario sonriente bajo las banderas de la Convención Conservadora, explayarse acerca de las postrimerías de la vida o del peligro de apartarse de Dios cuando se está entre los dolores de la muerte? Demasiado morboso. Igual que esos libros de devociones de los dagos… ¡Demasiado romano!

Dudo que los veteranos anglo-católicos que eran mis amigos, incluidos los muchos que todavía lo son, negaran que exista una vulgarización moderna de

la religión, principalmente a través de la generalización de este optimismo oficial del que hablamos. Pero, a pesar de que ellos se han librado, en general, de la religión más vulgar, no pueden negar que lo que hay es una vulgarización en su mayor parte oficial y muy ampliamente expandida.

Confieso que para mí fue un golpe muy fuerte descubrir hasta qué punto la vulgarización era cosa oficial y cuán expandida estaba. Yo había exagerado la importancia de la minoría inteligente, porque era importante para mí; pero el público se había entregado a demagogos arrianos y pelagianos, como el deán Inge y el doctor Barnes, y una suerte de protestantismo negativo parecía haber barrido todo lo demás. Desde luego, lo hizo en el asunto del Libro de Oraciones. La propuesta de un libro reformado o, más bien, de dos libros de oraciones alternativos, no fue decidida por los fieles de la Iglesia, o por las congregaciones, sino por una turba de políticos, ateos, agnósticos, disidentes, enemigos de la Iglesia, o de cualquier iglesia, que resultaron ser miembros del Parlamento. Si todo el asunto tuvo un lema, o mereció algo más elevado que un titular en los diarios, no fue *Ecclesia Anglicana* o *Via Media*, o algo por el estilo; fue *cuius regio eius religio*, o «dar al césar lo que es de Dios».

Un incidente vale para comparar el estilo de los hombres que han sido católicos durante cuatrocientos años y el de los que durante ese tiempo fueron protestantes. Una organización protestante regaló a todos los ateos y a todos los que votaron por la reforma una gran Biblia negra o Libro de Oraciones, o ambas obras, decoradas en su tapa con una reproducción del Parlamento. *In hoc signo vinces*.[40] Sería demasiado idólatra poner una cruz o un crucifijo en la cubierta del libro; pero una pintura del Parlamento, donde se guardan los fondos de los partidos y se venden los títulos de nobleza, ¿ése es el Templo donde moran los Dioses de Israel?… Sabemos que el mundo ha progresado y que la educación se ha extendido, y que quedan ciertamente muy pocos analfabetos. Supongo que eso está muy bien. Pero esos cuatro fuertes siglos protestantes de Inglaterra comenzaron con un Libro de Oraciones comunes que, a pesar de la traición y el pánico de Cranmer, y en el preciso momento de separarse de Roma y de la cristiandad, podía elevar a los cielos en un lenguaje tan sublime un grito tan auténticamente cristiano como el que reza: «Por Tu preciosa muerte y sepultura; por Tu gloriosa Resurrección y Ascensión y por la venida del Espíritu Santo».

Aquellos tiempos se iniciaron con ese discurso de hombres que por instinto y hábito mental eran todavía católicos. Pero la civilización protestante evoluciona, la educación se difunde y amplía la riqueza y el poder de ciudades y colegios, hasta que el fruto final de esta cultura es un grueso libro

con una fotografía, una imagen de una de las más conocidas vistas turísticas, preciosamente enmarcada en su cuidada encuadernación… En todo caso, cuatrocientos años de alejamiento de Roma.

El desmoronamiento del materialismo

El doctor David Forsyth pronunció recientemente una conferencia para el departamento de psiquiatría de la Real Sociedad de Medicina, que fue una verdadera curiosidad psicológica, de considerable interés para los psicólogos, patólogos, alienistas y todos los estudiosos de la crisis del pensamiento que se ha producido en el mundo moderno. Fue un rotundo ejemplo, una perfecta muestra de la muy común combinación del complejo de superioridad con la atrofia, unido a la inhibición de todas las formas de curiosidad inteligente. Pero no lo menciono aquí por su estrechez, sino por su directa negación de todo lo que es realmente nuevo en el campo de los descubrimientos de la ciencia. No nos resulta novedoso que un materialista pueda ser fanático; pero no es muy frecuente que nos topemos con tan inquietante ejemplo de uno que además es anticuado.

Es ocioso ocuparse del enfermizo argumento que identifica el sadismo y el masoquismo como fuentes de la religión. Podemos anotar de pasada, con deprimente regocijo, que el escritor que maneja este tipo de ideas no puede seguir una línea de razonamiento coherente, y se enreda sin esperanza en esos horrorosos términos técnicos. Dice que el islam representa el sadismo, y el cristianismo el masoquismo, tras afirmar que la persecución de los herejes por los cristianos fue típicamente sádica. En realidad, todo este juicio de los grandes acontecimientos de la humanidad, buenos o malos, en términos de una oscura vena de locura es, en sí mismo, un entretenimiento para lunáticos. Es como si un hombre argumentara: «Hay una especial clase de locos, que piensa que es de vidrio. Llamaré a esta enfermedad *vitrosidad.* Luego pasaré a demostrar que todos aquellos que en cualquier parte y por cualquier razón hayan tenido que ver con el vidrio, son víctimas de la *vitrosidad.* Los mercaderes del desierto, que decían haber inventado el vidrio, los artesanos medievales que hicieron vitrales con tanto éxito, los primeros astrónomos que usaron el vidrio como lente en sus telescopios, todos ellos son ejemplo de vitrosidad en distintas etapas de su desarrollo. Está emparentada con la libido subconsciente porque el *voyeur* mira a través de una ventana que podría estar hecha de vidrio; es la raíz del alcoholismo, porque los borrachos beben en vasos de vidrio; y es evidente que el príncipe Alberto y la reina Victoria

estaban afectados con una furiosa e incontrolada variedad de vitrosidad, porque construyeron el Cristal Palace».

El pequeño problema de esta teoría, por otra parte tan científica como la del doctor Forsyth, radica en la circunstancia de que, para teorizar, a veces es útil pensar. Está muy claro que todas estas personas tenían otras razones para hacer lo que hicieron, además de estar locos por el vidrio. Es igualmente evidente que las grandes religiones, sean verdaderas o falsas, tuvieron cientos de motivos para proceder como procedieron, sin necesidad de estar poseídas por el sadismo o el masoquismo.

Saquemos la cabeza de este pantano y consideremos el verdadero problema del doctor Forsyth: su extraña ignorancia de los principios elementales del pensamiento moderno, y más específicamente, de la ciencia moderna, En líneas generales, su tesis es la siguiente: la ciencia y la religión, lejos de estar reconciliadas o ser reconciliables, siempre han estado divididas por una vital contradicción: la ciencia pertenece a lo que él llama «pensamiento realista» —lo que nosotros llamamos verdad objetiva—, mientras que la religión pertenece a lo que denomina «pensamiento placentero», que vendría a ser lo que la gente entiende por imaginación. No necesito mencionar los cientos de objeciones que se pueden poner a esta burda división, como por ejemplo que la religión no se ha ocupado únicamente en imaginar cosas placenteras, pues ha sido acusada, incluso por gente como el doctor Forsyth, de imaginar cosas desagradables; o que es un sofisma afirmar que la religión es incompatible con la ciencia, si asumimos como principio que la religión es incompatible con la verdad. Lo que me interesa recalcar es no solamente que este punto de vista es lo contrario de la verdad, sino que, además, es lo opuesto al punto de vista moderno.

En este momento hay dos hechos llamativos y sobresalientes acerca de la ciencia y la religión: primero, que la ciencia pretende en mucha menor medida que antes presentarnos una realidad sólida y objetiva. Segundo, que la religión afirma en mucha mayor medida que antes —por lo menos que en las últimas centurias— la posibilidad de probar la realidad sólida y objetiva de los milagros y maravillas de la experiencia mística.

Por un lado, el átomo ha perdido totalmente la objetiva solidez que tenía para los materialistas del siglo XIX. Por el otro, la Ascensión es aceptada como un caso de levitación por muchos que no la aceptarían como una ascensión a los cielos. Además, la ciencia física se ha convertido casi en una ciencia metafísica. Porque no es sólo que el átomo se haya convertido en una fórmula matemática abstracta; es casi igualmente cierto decir que se ha transformado

en un mero signo algebraico. Los nuevos físicos nos dicen francamente que lo que ellos describen no es la objetiva realidad de la cosa observada, que no están observando un objeto a la manera en que los materialistas del siglo XIX pensaban. Algunos nos cuentan que observan solamente ciertas perturbaciones o distorsiones, que en realidad son creadas por su propia observación. Eddington[41] es más agnóstico acerca del mundo material de lo que Huxley lo fue del mundo espiritual. Realmente, es un momento muy desafortunado para decir que la ciencia trata directamente con la realidad y la verdad objetiva.

Es precisamente en este tiempo cuando la religión apela a la realidad y la verdad objetiva en el otro campo, el de los argumentos históricos y fácticos. La Iglesia lanza el desafío sin respuesta de Lourdes, los espiritistas pretenden probar su nueva religión mediante experimentos, como una tesis de química o electricidad, y un vasto número de intelectuales independientes que no son ni católicos ni espiritistas han comenzado a mostrar un interés totalmente nuevo por el aspecto lógico y hasta legal de algunos de los grandes milagros de la historia. Por ejemplo, se han escrito dos o tres libros en la línea del brillante pero estrictamente científico libro llamado *Who Moved The Stone?*[42] *[¿Quién movió la Piedra?],* y la tendencia de los autores más independientes es admitir cada vez más que la evidencia para tales hechos ha sido infravalorada. La escuela más joven de apologistas católicos, como el padre Knox[43], el señor Christopher Hollis y el señor Arnold Nunn, ataca casi solamente con las armas de la prueba y la evidencia práctica, y ya nadie pretende que siempre lleven la peor parte. Es realmente un momento muy inoportuno para decir que la religión trata solamente con fantasías e imaginaciones placenteras.

Sin embargo, el anticuado estilo de pensamiento del doctor Forsyth me interesa aquí sólo para llamar la atención sobre célebres sucesos contemporáneos de los que no parece haber oído hablar nunca. El más relevante es el del asombroso cambio de actitud de la ciencia con respecto a los hechos. Viene a cuento aquí porque es uno de los grandes cambios que tuvieron lugar lejos de la atención pública, todavía en el tiempo en que al fin me decidí a pedir mi admisión a la Iglesia. En una época muy anterior, cuando comencé a pensar en mi conversión, toda la ciencia popular al alcance de un lego estaba dominada por el materialismo de Haeckel, ahora superado. Es justo decir, por tanto, que esta enorme revolución en la filosofía de la ciencia física fue uno de los acontecimientos mundiales que tuvo lugar

después de mi conversión. Por cierto: la habría acelerado enormemente de haber ocurrido antes.

La naturaleza de la influencia de esta revolución científica sobre la religión personal es, por lo general, mal interpretada y peor comprendida. No se trata, como alguno se podría imaginar, de que haya algo esencialmente cristiano en los electrones, más de lo que pudiera haber de puramente ateo en los átomos. No es que nos propongamos basar nuestra filosofía en su física, como no basamos nuestra antigua teología en su moderna biología. No vamos a salir por ahí de campaña con un repertorio de eslóganes y consignas tales como «electrones para los electores» o «a favor del sacerdote y el protón». La enorme importancia que tiene para el catolicismo esta crisis del materialismo reside en que los más confiados postulados cósmicos de la ciencia pueden venirse abajo.

Si dentro de medio siglo el electrón es completamente explorado, como lo ha sido el átomo, nos dará igual, porque no hemos basado nuestra filosofía en el electrón, como no la habíamos basado en el átomo. Pero los materialistas sí habían fundamentado su filosofía en el átomo. Incluso es muy probable que en este momento se esté creando una tendencia espiritual basada en el electrón. Para un hombre de mi generación, la importancia de este cambio no consiste en que haya destruido el dogma que dice que «la materia está constituida por átomos indivisibles», lo que sólo es, después de todo, un detalle, aunque sumamente dogmático. Lo que importa es que ha destruido otro dogma aceptado, proclamado y popularizado universalmente, el que dice que «hay que aceptar las conclusiones de la ciencia».

A lo largo de mi juventud y primera madurez, he oído cientos de veces ese repetido ultimátum: hay que aceptar las conclusiones de la ciencia. Tal es el dogma que ha quedado obsoleto. Los propios científicos de hoy en día no nos piden que aceptemos las conclusiones de la nueva ciencia. Para ser justos con ellos, conviene reconocer que niegan vigorosamente que la ciencia haya llegado a una conclusión, o que pueda hacerlo en algún sentido. Sus mejores intelectuales repiten, una y otra vez, que la ciencia no saca conclusiones. Y esto está muy bien, y es muy inteligente y muy adecuado al gradual acercamiento a cada una de las verdades en su propio terreno particular.

Pero mientras tanto existe lo que llamamos la vida humana. Los agnósticos victorianos tenían la esperanza de que la ciencia les proporcionase una certeza práctica sobre la vida. Los nuevos filósofos de la física no se diferencian de ellos, excepto en que no aguardan con esperanza, sino con desesperación. Conocen muy bien el verdadero sentido de la relatividad;

saben que sus propias reglas pasarán de ser relativamente ciertas a ser relativamente falsas. Entre tanto, como dije, existe el ansia de una norma de comportamiento a la cual atenernos para pagar nuestras deudas o asesinar a nuestros enemigos. Ya no esperamos la llegada de la Ilustración del siglo XIX. Tampoco esperamos una nueva Ilustración del siglo XX, que no puede acontecer. Si queremos una guía en nuestra vida, tendremos que buscarla en otra parte.

El caso de España[44]

La reciente historia política de España nunca ha sido aclarada por la prensa inglesa, quizás ni siquiera en los diarios católicos. Es un asombroso ejemplo de lo mucho que ha cambiado el mundo desde que tuvo lugar mi propio y más importante cambio de convicciones. En la historia de cada conversión hay una paradoja, y quizás por eso los testimonios de los conversos nunca son satisfactorios del todo. En lo más profundo, la conversión es la extinción del egoísmo, y sin embargo cualquier relato que se haga de ella debe sonar a testimonio egoísta. Significa, al menos para la religión de la que estamos hablando, el reconocimiento de una realidad que no tiene nada que ver con el relativismo. Es como si alguien dijera: «Esta posada existe, aunque nunca la haya encontrado» o «mi hogar está en ese pueblo, y se encontraría allí aunque nunca lo hubiese pisado».

La conversión es reconocimiento de que la verdad es independiente del que la busca. Y sin embargo su descripción deberá ser la autobiografía de un buscador de la verdad, quien por lo general es un tipo de persona más bien deprimente. Sonará, por lo tanto, a cosa egoísta que inicie estas reflexiones diciendo que he sido por largo tiempo un liberal, en el sentido de que pertenecía al Partido Liberal. Todavía lo soy; en eso no he cambiado, ha sido el Partido Liberal el que ha desaparecido. Creo que su ideal es el de la igualdad ciudadana y la libertad personal, y éstas siguen siendo mis ideas políticas hoy. Lo cierto es que trabajé durante largo tiempo con la organización política del liberalismo; escribí durante una gran parte de mi vida para el *Daily News*, y por supuesto identificaba la libertad política, con razón o equivocadamente, con el gobierno representativo.

En cierto momento se produjo la ruptura con ese partido, en la que no voy a abundar, que me llevó a dos conclusiones. En primer lugar, que el gobierno representativo había dejado de ser representativo. En segundo lugar, que el

Parlamento estaba gravemente amenazado por la corrupción política. Los políticos no representaban al pueblo, ni siquiera a sus sectores más vociferantes y vulgares. Los políticos no merecían ni el digno nombre de demagogos. Tal vez no merecían más nombre que el de viajantes de comercio; correteaban trabajando para firmas privadas. Si eran representantes de algo, era de ocultos intereses vulgares, ni siquiera populares. Por ello, cuando tuvo lugar la rebelión fascista en Italia, no pude ser enteramente hostil a ella, puesto que sabía contra qué hipócrita plutocracia se había producido. Pero tampoco pude ser amigo de tal revuelta, porque seguía creyendo en esa igualdad cívica en la que los políticos dicen creer.

Para el propósito que nos ocupa, el problema puede ser presentado de forma muy breve. Toda la argumentación en defensa del fascismo puede ser expresada en dos palabras que nunca han sido impresas en nuestros periódicos: *asociaciones secretas.* El grueso de las razones para oponerse al fascismo puede ser resumido en una sola palabra hasta ahora nunca usada y casi totalmente olvidada: *legitimidad.* Por la primera razón, el fascista estaba justificado en su propósito de derrocar a los políticos al uso, porque su compromiso con el pueblo era vulnerado en secreto por sus compromisos ocultos con bandas y conspiradores. Por la segunda razón, el fascismo nunca podrá ser plenamente satisfactorio, porque no se asienta en la autoridad, sino en el poder, que es la cosa más débil del mundo. Los fascistas dijeron: «Podemos no ser la mayoría, pero somos la minoría más activa e inteligente». Y esto equivale a desafiar a cualquier otra minoría inteligente a demostrar que ella es más activa. Y así se puede acabar desembocando en la anarquía que se pretendía evitar. Comparado con esto, el despotismo y la democracia son legítimos. Quiero decir que no hay la más mínima duda acerca de quién es el hijo mayor del rey, o quién es el que ha sacado la mayoría de los votos. Pero una competencia entre minorías inteligentes es una perspectiva aterradora.

Éste es, para mí, un juicio justo sobre la cuestión fascista.

Ahora trataré de aplicarlo al caso de España. Tengamos en cuenta cómo reaccionó el liberalismo en esa oportunidad. Durante muchas semanas y muchos meses, mi viejo periódico, el *Daily News* (ahora el *News Chronicle)* advirtió al público acerca de las dudosas y peligrosas tendencias del fascismo. Cargaba contra el fascismo por sus vicios, y en una forma más violenta también por sus virtudes. Denunció con furia la idea de una minoría imponiendo su voluntad por la violencia, las armas, el comportamiento militar, despreciando la democracia constitucional en la cual el pueblo expresa su voluntad por medio del Parlamento. Desde luego, se puede decir

mucho a favor de este punto de vista, sobre todo en Inglaterra, donde el Parlamento es verdaderamente normal y nacional, como nunca lo fue en Italia o Alemania. Yo podría escribir mucho a favor o en contra de la teoría liberal, tal como la expone el *News Chronicle.*

Pero de pronto, ese argumento se dio la vuelta, quedó patas arriba frente a la situación española, bien sencilla.

Recordemos, en primer lugar, que la Iglesia siempre está adelantada con respecto al mundo. Por eso se suele decir que está más allá del tiempo. Discutió sobre todas estas cuestiones hace tanto tiempo, que la gente las ha olvidado. Santo Tomás fue internacionalista mucho antes de que existieran nuestros internacionalistas; San Juan fue nacionalista antes de que existieran las naciones. San Roberto Bellarmino dijo todo lo que se puede decir sobre la democracia antes de que ningún escritor se atreviera a ser democrático; y (lo que viene muy a propósito aquí) la reforma social cristiana estaba en plena actividad antes de que estallara ninguna de las actuales trifulcas entre fascistas y bolcheviques. El Partido Popular estaba poniendo en práctica las ideas de León XIII antes de que se hubiera visto a un solo camisa negra en toda Italia. Y esas mismas ideas populares estaban en movimiento en España, donde se habían vuelto realmente populares. Había otras complicaciones, por supuesto; la corona nunca había sido completamente popular; la dictadura no se había sabido enfrentar, según pienso, con el curioso problema de Cataluña; pero todo esto no afectaba el profundo y popular cambio católico que estaba en marcha. El Papa insistió en que no tenía ninguna objeción que poner a la República como tal; sólo se oponía a ciertos ideales inhumanos, por los que los hombres pierden su humanidad al perder la libertad y la propiedad.

En este debate intelectual perfectamente limpio y abierto, en el cual se supone que creen los liberales, ganaron los ideales católicos. En una elección totalmente pacífica y legal, como cualquier elección inglesa, una vasta mayoría votó en distintos grados a favor de las verdades tradicionales, que habían sido las ideas normales en la nación durante más de mil años. España habló, si se puede decir que las elecciones hablan, y se declaró en contra del comunismo y del ateísmo, en contra de la negación que ha asolado la normalidad en nuestro tiempo. Nadie pudo decir que esta mayoría había sido alcanzada por la violencia militar, porque nadie pretendió que una minoría armada se impusiera sobre el Estado. Si la teoría liberal de las mayorías parlamentarias era justa, el resultado era justo. Si el sistema parlamentario era un sistema popular, el resultado era popular.

Pero entonces los socialistas saltaron e hicieron exactamente todo aquello por lo cual se condenaba al fascismo. Usaron bombas, cañones y violencia para impedir que se cumpliera la voluntad del pueblo, o al menos la del Parlamento. Habiendo perdido con las reglas de juego de la democracia, trataron de ganar usando las reglas de la guerra, en este caso la guerra civil. Intentaron derrocar al Parlamento mediante un golpe de Estado militar. En síntesis, se comportaron exactamente igual que Mussolini; o más bien llevaron a cabo lo peor que jamás haya sido atribuido a Mussolini. Y sin un átomo de excusa teórica para hacerlo.

¿Qué dijo el liberalismo? ¿Qué dijeron mis queridos y viejos amigos de la libertad y la ciudadanía pacífica? Al abrir el periódico yo daba por hecho, naturalmente, que se volcarían en la defensa del Parlamento y el gobierno pacífico y representativo, y que condenarían el intento de una minoría de dominar a todos por medio de la mera violencia militar. Imaginen ustedes cuál fue mi asombro cuando vi que los liberales se lamentaban amargamente del infortunado fracaso de esos socialistoides fascistas en su intento de revertir el resultado de unas elecciones generales. Yo había sido liberal en los viejos días del liberalismo; había padecido las victorias conservadoras y unionistas en las elecciones. Muchas veces tuvimos que pasar, más o menos contentos, a la oposición. Nunca se sugirió, cuando Balfour o Baldwin ocuparon el puesto de primer ministro, que todos los no conformes deberían salir a la calle con cañones y bayonetas para cambiar el voto popular. Tampoco el líder de la oposición se dedicó a lanzar dinamita al líder del Parlamento.

La única conclusión es que el liberalismo sólo se opone a los militares cuando son fascistas y aprueba enteramente a los fascistas mientras sean socialistas.

Este comportamiento quizás sea un dato pequeño y puramente político, pero para mí fue revelador. Me hizo ver con toda claridad la verdad fundamental del mundo moderno, que no hay fascistas, no hay socialistas, no hay liberales, no hay parlamentaristas. Existe una única institución suprema, inspiradora y a la vez irritante en el mundo. Y ellos son sus enemigos. Están preparados para defender la violencia u oponerse a la violencia, para luchar por la libertad o contra la libertad, por la representación o contra la representación. Y hasta por la paz o en contra de la paz. Este caso me dio una certeza enteramente nueva, incluso en el sentido político práctico: mi elección había sido buena.

El manantial y la ciénaga

Se han publicado cientos de novelas y artículos sobre un proceso que aparentemente todavía es considerado novedoso, a pesar de que ha sido descrito exactamente en los mismos términos durante casi cien años, y con formas ligeramente diferentes en siglos anteriores. Me refiero al crecimiento de la duda o la inquietud en la fe. Conviene decir que este fenómeno siempre se ha descrito como una rebelión del pensamiento más profundo contra el más superficial. Está claro que la duda de hoy, igual que la antigua, plantea profundos interrogantes; pero desde luego negamos que dé respuestas más profundas que las que da nuestra propia filosofía. Como regla general, en el llamado «pensamiento moderno», mientras las preguntas son realmente profundas, sus respuestas son a menudo decididamente superficiales. Pero tal vez sea aún más importante señalar que mientras las preguntas son en cierto sentido eternas, las respuestas son efímeras se miren por donde se miren. El mundo todavía se plantea los interrogantes propuestos por Job. Ya no se contenta con las respuestas dadas por Joad[45].

Ciertas consideraciones prácticas reducen las posibilidades de que el libro de Joad esté tan vigente como el Libro de Job. El señor Joad es un hombre capaz y sincero, y nadie pone en duda que sus opiniones sean producto individual de su propia mente; pero también son producto colectivo de su generación. Los escépticos de todos los tiempos no han heredado otra cosa que una negación. Su política positiva o su ideal varían, no solamente de siglo a siglo, sino incluso de padre a hijo. Un librepensador como Bradlaugh, hombre del individualista siglo XIX, empapado del espíritu mercantil de los Midlands, insistía en que era un individualista. Un librepensador de la siguiente generación, como el señor Joseph McCabe, insistía en que era socialista. Un librepensador que quisiera zambullirse hoy en día en el mundo, insistiría ciertamente en que no es socialista, es decir, alguien tan blando como el señor Ramsay MacDonald.[46] Para aquellos que pueden creer por turno en cada uno de esos movimientos sociales, como suele suceder a muchos, el asunto puede ser irrelevante. Pero algunos de nosotros sacaremos 1a moraleja que clarifica toda esta disputa entre las tradiciones de la verdad y las de la duda. Los que abandonan la tradición de la verdad no escapan hacia lo que llamamos libertad. Huyen hacia algo diferente, lo que denominamos moda.

Tal es la otra cara del debate entre las dos visiones de la historia y la filosofía. Si fuera cierto que al abandonar el templo salimos a un mundo de

verdades, la pregunta tendría su respuesta, pero esa respuesta no es cierta. Al dejar el templo, nos introducimos en un mundo de ídolos; y los ídolos del mercado son mucho más perecederos y pasajeros que los dioses del templo que hemos abandonado. Si queremos examinar racionalmente el racionalismo, debemos seguir la carrera del escéptico y preguntarnos durante cuánto tiempo permaneció incrédulo frente a los ídolos o ideales del mundo hacia el que se encaminó. Hay muy pocos escépticos en la historia que no hayan sido devorados por alguna pomposa convención o alguna agresiva impostura de su época, de manera que todas sus expresiones sobre los asuntos contemporáneos nos parecen ahora patéticamente pasadas de moda. El pequeño grupo de ateos que todavía publica su periódico en Fleet Street y frecuentemente me honra con denuncias tan cordiales como apresuradas, comenzó su agitación en la vieja época victoriana y eligió un título terriblemente adecuado: se llamaron a sí mismos *secularistas.* No se denominaron ateos, sino secularistas. Jamás una bravata se convirtió en una confesión más amarga y destructiva. Porque la palabra secular no quiere decir algo tan sensato como mundano, ni siquiera algo tan enérgico como irreligioso. Ser secular es pertenecer al siglo, es decir, a la época que está pasando; tiempo que, de hecho, como el de ellos, ya ha pasado. Sólo hay una traducción correcta de la palabra latina que ellos eligieron como lema. Hay un equivalente adecuado para la palabra secular: anticuado.

En los presentes escritos he considerado los efectos de este continuo proceso de envejecimiento y cambio y he comentado cómo ha afectado al mundo, incluso después de que yo mismo dejara de buscar en esos cambios una guía esencial. He observado que esos cambios, que continúan ocurriendo, señalan cada vez más la Verdad de la filosofía perenne que se mantiene lejos de ellos. Desde luego, podría hacer una larga lista de cambios que apuntan a la verdad. Puedo señalar, por ejemplo, el colapso del *prohibicionismo,* no en su sentido estrecho de prohibición, sino en el sentido amplio de prohibicionismo; porque lo que falló en el caso norteamericano no fue simplemente un experimento con cierto compuesto químico que ellos decidieron llamar *alcohol.* Lo que fracasó fue toda una actitud hacia los complejos usos y abusos de las cosas humanas. El mayor y más sobresaliente principio del mundo materialista moderno ha sido la prohibición, incluso la prohibición en abstracto. Cada vez que vislumbramos que un elemento social era peligroso o dudoso, que debía ser vigilado y en ocasiones restringido, esa entidad que es llamada «mente moderna» siempre gritó en alta voz y con acento de trueno que el elemento debía ser prohibido. El prohibicionista

declara que no debe existir el vino; el pacifista que no debe haber guerras; el comunista que no debe existir la propiedad; el secularista que no debe existir culto religioso.

El fracaso de la prohibición en el único país en el que era un ideal popular, en la medida en que algo tan inhumano pueda ser popular, supuso el fin de la concepción que pretendía borrar totalmente las tentaciones y las pruebas de la vida mortal del hombre. Después de aquella derrota, ha quedado tácitamente admitido que no existe un camino sencillo para librarnos de los problemas morales, y que éstos deben ser remitidos a la conciencia moral. Ese fracaso nos empujó de nuevo hacia el desesperado y trágico deber que conocieron nuestros padres: decidir por nuestros propios medios si estamos bebiendo demasiado, o si estamos librando un combate justo, o defendiendo nuestra propiedad legítima, o quitándosela a los demás por medio de la usura ilegal. Estas obligaciones morales provocaron mucha tensión en la mente moderna. Porque la mente moderna no está acostumbrada a pensar por sí misma. Esta tarea le parece casi tan inusual como cultivar su propia granja, o practicar su propio oficio, o dedicarse a todas esas cosas que los seres humanos han hecho desde la creación del mundo. Por decirlo brevemente, no acepta la doctrina católica de que la vida humana es un combate; sólo quiere que se le anuncie de vez en cuando en los periódicos que es un triunfo.

Se podría escribir un largo ensayo sobre las numerosas y aún mayores derrotas de los ataques a la fe. Pero voy a terminar ciñéndome a los ejemplos que he dado, porque los considero suficientes para mostrar la verdad de la tendencia general que he intentado sugerir. Lo que he querido decir se resume trayendo a la memoria aquellas propuestas que en mi juventud parecían alternativas razonables frente a mi convicción religiosa y considerar si todavía juegan su papel, al menos en la misma medida en que entonces lo hacían. La respuesta es que ninguna de ellas puede ser considerada rival de la convicción religiosa, ni siquiera una alternativa razonable a ella.

Hubo un tiempo en que los hombres que compartían mis ideas vivían con desgarro la disputa entre la república y la Iglesia, el aparente desencuentro entre la igualdad política y la autoridad religiosa. Hoy es común el reconocimiento de que el mundo ha reaccionado más fuertemente contra la igualdad que contra la autoridad. Pero esto solo no hubiera bastado para dar al traste con los ideales democráticos de un demócrata sincero. Es la realidad llamada *democracia* la que, en sí misma, ha desencantado al demócrata. No importa cuánto odie al fascismo, ni cuán cordial sea mi desprecio del hitlerismo, eso no va a restablecer mi mera fe abstracta en los republicanos. Si

el día de mañana perdiera mi religión, nunca podría volver a creer que destronando la monarquía en Kamtchatka e instaurando una república resolveríamos todos sus pecados sociales. He visto a demasiados republicanos, con sus grasientas promesas de mitin electoral y sus hediondas sociedades secretas. Puedo recordar la época en la que ser socialista era una inspiración para la juventud; pero cualquiera que crea que el socialismo puede inspirar en la madurez sólo tiene que mirar a los más ancianos socialistas.

Resumiendo, la idea con que comenzó este artículo es la clave de toda la situación. Los interrogantes siguen siendo suficientemente profundos y trágicos, pero las recientes respuestas no han sido revolucionarias, sino totalmente superficiales. No puedo abandonar la fe sin caer en algo más superficial que la fe. No puedo dejar de ser católico, si no es convirtiéndome en alguien mucho más limitado que un católico. Un hombre que desee abandonar la filosofía perenne, no tiene más remedio que estrechar su mente. Todo lo que ha sucedido hasta el día de hoy confirma esta observación. Y lo que sucederá mañana también lo confirmará. Hemos salido de la ciénaga para caer en el único manantial profundo. Y la Verdad está en su fondo.

III
El retorno a la religión

Cuando los señores Huxley y Herbert Spencer, junto con los agnósticos victorianos, proclamaban como verdad definitiva las famosas hipótesis de Darwin, a miles de personas sencillas les parecía casi imposible que la religión pudiera sobrevivir. Resulta irónico, por lo demás, que no solamente haya sobrevivido, sino que al cabo la religión sea el más perfecto ejemplo —y quizás el único— de lo que ellos llamaban «supervivencia del más apto». Definitivamente, encaja a la perfección en la teoría ofrecida por Darwin, que, por cierto, era algo totalmente distinto de la mayor parte de las teorías manejadas por los darwinistas.

Desde que se formuló, la teoría original de Darwin ha sido casi del todo desmontada en el campo de la biología y la botánica; pero se aplica perfectamente en el ámbito de la historia de la religión. El reciente resurgimiento de nuestra religión es un caso de supervivencia del más apto en el sentido en que Darwin le dio al término, no en el que usan los divulgadores darwinistas. Son innumerables los líos que los representantes de la moda puramente materialista se han hecho con la famosa teoría. En muchos sectores estaba extendida la idea de que la lucha por la existencia era necesariamente una pelea entre los candidatos a sobrevivir; literalmente una feroz competencia para ver quién cortaba el cuello a quién. Se tenía la vaga idea de que las criaturas más fuertes aplastaron violentamente a las otras. Y la idea de que éste era el único método eficaz para progresar fue recibida como buena nueva por los hombres malos: los malos gobernantes, los malos empresarios, los estafadores, los mediocres y similares.

Así, el bizarro dueño de un bar se comparaba modestamente con un mamut que aplastaba a otros mamuts en la selva primigenia. El hombre de negocios destruía a otros hombres de negocios escudándose en el extraordinario engaño de que en la prehistoria el *eohippus* había devorado a los otros precursores de los équidos. El rico descubrió repentinamente que no sólo era conveniente, sino cósmicamente necesario, reducir al hambre y

esquilmar a los pobres, porque los pterodáctilos habían usado sus pequeñas garras para sacarse los ojos entre sí. La ciencia, esa entidad sin nombre, proclamaba, especialmente en Wall Street, que el débil debía ir al paredón. Se produjo una degradación del sentido de la responsabilidad en los ricos, y así pasamos desde el meramente racionalista siglo XVIII hasta el puramente científico siglo XIX. Cuando legalizó la esclavitud de mala gana, el gran Jefferson dijo que temblaba por su país, pues sabía que Dios es justo. El saqueador de tiempos posteriores, cuando legalizó la usura y los trucos financieros, se sintió satisfecho consigo mismo, sabiendo que la naturaleza era injusta.

En cualquier caso —naturalmente, la enfermedad moral ha sobrevivido al error científico— la gente que se refería de semejante forma a caballos caníbales y ostras competidoras y agresivas no entendía la tesis de Darwin. Si los biólogos posteriores la han condenado, hemos de convenir que no debe ser condenada sin ser entendida. Es lo justo, ya que ha sido tan ampliamente aprobada sin que se comprendiera. Lo que Darwin pretendía demostrar no era que un pájaro con el pico más largo —permítasenos el ejemplo— se lo clavara a pájaros que lo tenían más corto, utilizando la misma ventaja que tiene el duelista que usa la espada más larga. Su teoría venía a decir que el pico más largo le permitía alcanzar a los gusanos en el fondo de un agujero más profundo; que los pájaros que no podían hacer tal cosa acabarían extinguiéndose, quedando sobre la tierra sólo la especie de pájaros de pico largo. El darwinismo sugería que, tras muy largos periodos evolutivos, así podría explicarse la diferencia entre un gorrión y una cigüeña. La cuestión es que los más aptos no necesitaban luchar contra los menos aptos. El superviviente se limitaba a sobrevivir cuando los otros no podían hacerlo. Sobrevivió porque solamente él tenía las características y los órganos necesarios para la subsistencia.

En definitiva, cualquiera que sea la verdad sobre el mamut o el mono, ésta es la verdad sobre la supervivencia de la religión en el momento actual: ha sobrevivido porque ninguna otra cosa pudo sobrevivir. La religión ha vuelto porque las diversas formas de escepticismo que intentaron ocupar su lugar y hacer su tarea se han acabado haciendo tales líos que se han convertido en totalmente ineficaces. La cadena de causalidad de la que tanto les gustaba hablar parece haberse comportado como la proverbial cuerda; cuando la discusión moderna les dio suficiente soga, rápidamente la usaron para ahorcarse. Al final, no hay una sola forma de escepticismo o determinismo

que no desemboque en una parálisis total a la hora de abordar la conducta práctica en la vida humana.

Tomemos cualquiera de las tres ideas normales y necesarias de las que depende la civilización. Por ejemplo, empecemos por lo que diría un científico cualquiera del siglo XIX: «Al menos podemos tener sentido común, en el sentido de realidad común a todos; debemos tener una moral común, porque sin ella no podríamos constituir una comunidad. Un hombre debe obedecer la ley normal, la ley ordinaria, especialmente la ley moral».

El escéptico más moderno, que es progresista y por lo tanto ha ido más lejos y se ha comportado peor, le responderá inmediatamente: «¿Por qué debería respetar el tabú de una tribu particular? ¿Por qué debería aceptar prejuicios que son el producto de un ciego instinto gregario? ¿Existe alguna autoridad respetable en la unanimidad de un rebaño de ovejas asustadas?».

Imaginemos ahora que el hombre normal manejara el argumento más profundo: «No estoy aterrorizado por la tribu; mantengo un juicio independiente, porque tengo una conciencia y una luz interior que juzga al mundo». El escéptico le contestaría: «Si la luz que hay en tu cuerpo fuera más bien oscuridad, y lo es porque está solamente en tu cuerpo, ¿qué son en realidad tus juicios, sino la parcialidad y el retorcimiento propios de la particular herencia de tu entorno, que es accidental?». Sin duda, la persona normal se irritaría y contestaría con brusquedad: «Por lo menos supongo que somos hombres de ciencia, que podemos recurrir a ella y siempre nos responderá».

El escéptico, si tiene sentido del humor, le replicará: «Precisamente, sir Arthur Eddington es científico, y le diría que la ciencia no puede destruir la religión, pues ni siquiera está en condiciones de defender la tabla de multiplicar. Sir Bertram Windle era científico y le diría que la mente científica se encuentra completamente satisfecha en la Iglesia católica Romana. Y hay más, sir Oliver Lodge también era un hombre de ciencia, y mediante métodos puramente experimentales alcanzó una sólida creencia en los espíritus. Por no mencionar al cristalógrafo de Cambridge que escribió en el *Spectator* esta lúcida frase: “Sabemos que la mayor parte de lo que sabemos es falso”. ¿Esto le ayuda, aunque sea un poco, a sentar las bases de su sociedad cuerda y sólida?».

Ultimamente hemos asistido al mayor y más dramático éxodo de grandes científicos que han abandonado el campo del materialismo. Creo que fue Eddington quien dijo que el universo se parece más a un gran pensamiento que a una gran maquinaria. Célebre es la declaración del doctor Whitney,

según la cual no existe otra descripción racional del último principio cósmico que la voluntad de Dios. Pero lo que nos ha dejado finalmente frente a frente con la religión de nuestros padres ha sido la muerte de las otras ideas. Lo que se llamó librepensamiento ha terminado por amenazar todo lo que es libre. Niega la libertad personal al negar la libre voluntad y la capacidad de elección del hombre. Amenaza la libertad ciudadana con una plaga de supercherías higiénicas y psicológicas, al difundir por todo el paneta una ola de insensatez pseudocientífica como nunca se había visto en la historia. Está a punto de abolir la libertad religiosa en nombre de una bárbara panacea, como es el crudo y analfabeto credo de Rusia. Es muy capaz de imponer resignación y silencio desde fuera, y no hay duda de que impone el silencio y la resignación desde dentro. Toda esta tendencia, que comenzó teniendo una clara dirección y acabó a la deriva, se encamina ahora hacia otra forma de teoría según la cual el hombre no puede ayudarse ni corregirse a sí mismo, y sobre todo no puede liberarse a sí mismo.

En todas sus novelas y en la mayor parte de sus artículos periodísticos, esta tendencia da por sentado que los hombres están definitivamente moldeados en ciertos tipos de anormalidad y debilidad. Están clasificados, pinchados como insectos en las vitrinas de un museo de la moralidad o la inmoralidad o, mejor, en esa suerte de amoralidad que es más pacata que la primera y más sucia que la segunda. En la práctica, vienen a decirnos que de la misma manera podríamos pedir a un fósil que se reformara, que sería como si le pidiéramos a un ave embalsamada que se arrepienta. Estamos muertos, y nuestro único consuelo es que, al menos, todos estamos clasificados.

Para esta ideología, similar al pensamiento de la más negra de las herejías puritanas, hemos muerto antes de haber nacido. Es como el calvinismo sin Dios, algo así como el destino sin Alá. Los agnósticos se sentirán gratificados al saber que gracias a su energía y esfuerzos, a su perseverancia en las propias payasadas, el mundo se ha cansado finalmente, y se lo ha dicho. Hemos combatido muy poco contra ellos; *nom nobis Domine*[47], la Gloria de su derrota final les pertenece por entero. No hemos hecho, ni mucho menos, todo lo que hubiera sido posible y necesario para explicar el equilibrio de sutileza y cordura que implica una civilización cristiana. Por tanto, debemos dar las gracias a aquellos que nos han ayudado tan generosamente, dejándonos entrever lo que sería una civilización pagana.

Lo que se ha perdido en esta sociedad no es tanto la religión como la razón; la luz del instinto intelectual que ha guiado a los hijos de los hombres. Un mundo en el que los hombres saben que la mayor parte de sus

conocimientos probablemente son falsos no merece el digno título de escéptico, sino que es simplemente un mundo impotente y abyecto, que no ataca a nadie directamente, pero lo acepta todo sin confiar en nada. Hasta admite su propia incapacidad para atacar; su propia falta de autoridad para aceptar, e incluso duda de su propio derecho a dudar.

Estamos agradecidos por este experimento, por esta demostración pública, que tanto nos ha enseñado. No imaginamos que los materialistas estuvieran tan completamente locos hasta que ellos mismos nos lo demostraron de forma palmaria. Nunca pudimos suponer que la mera negación de nuestros dogmas acabaría en una anarquía tan demencial y deshumanizada. Hubiera costado mucho tiempo y esfuerzo explicar al mundo que lo que se había desechado como teología medieval era muy a menudo mero sentido común. El propio término «sentido común» o *communis sententia*, era en sí mismo una concepción medieval. Pero el mundo tardó muy poco tiempo en entender que lo que decía la otra parte era el menos común de los sinsentidos. Negar que se pudieran crear los fundamentos de un sistema común era una pura insensatez.

Veamos un solo ejemplo. La cuestión del matrimonio es ahora un problema de estado de ánimo. Sus enemigos no tuvieron paciencia para permanecer en una posición relativamente fuerte, esto es, sostener que no se podía demostrar que el matrimonio fuera un sacramento, y que algunas excepciones debían ser tratadas como tales, porque la institución era meramente social. No fueron capaces de conformarse con decir que no es un sacramento, sino un contrato, y que una acción legal excepcional puede romper un contrato, incluido el contrato llamado matrimonio. Pusieron sobre la mesa objeciones que serían igualmente fútiles y fáciles de hacer a cualquier contrato. Dijeron que un hombre no permanece en el mismo estado de ánimo durante diez minutos seguidos y no se le puede pedir que admire en una aurora rojiza lo que admiró en un atardecer ocre. Insistieron en que nadie puede asegurar que va a ser la misma persona el próximo mes, ni siquiera el próximo minuto, y que no lo asaltarán nuevas e innombrables torturas si su mujer usa un sombrero diferente, o que no es capaz de someterla a un infierno si usa un par de medias que no haga juego con la alfombra.

Por supuesto, estos arrebatos de locura pueden aparecer en cualquier otra relación humana, aparte del matrimonio. Un hombre puede no haber elegido su profesión, porque mucho antes de haberse convertido en arquitecto puede haber sentido un místico impulso de hacerse aviador, o verse sumido en una pasión vocacional de trompetista o cazador de ballenas. Un hombre puede no comprar una casa por miedo a que un extraño con un par de calcetines

inadecuado pueda entrar en ella; o por miedo a cambiar de opinión con respecto a las alfombras o las cornisas. Uno puede negarse de pronto a hacer un negocio con su socio, porque él también, como el cruel marido, usa la corbata equivocada. Yo he visto un escrito oficial muy serio que pedía compasión para una esposa que había abandonado a su familia porque su psicología era incompatible con una corbata naranja. Todo esto es sólo una posible aplicación del razonamiento, pero ilustra exactamente el sentido en el que se aplica hoy en día el principio del escepticismo y de qué manera el escepticismo ha evolucionado desde una aparente sensatez hacia una innegable insensatez. Las herejías se autodestruyen, y siempre mueren sin necesidad de que se les dé un golpe de gracia.

La razón, antes incluso que la religión, tiene una respuesta contundente: «Si usted piensa de esa manera, ciertamente no podrá fundar una familia; ni ninguna otra cosa. No podrá construir casas, no podrá crear sociedades, no podrá dedicarse a ninguna de las ocupaciones de este mundo. No podrá plantar un árbol, porque la semana que viene podría lamentar no haberlo plantado en otra parte; no podrá echar una patata en la olla, porque en cuanto lo haga será demasiado tarde para sacarla de ella. Su estado de ánimo está marcado por la cobardía y la esterilidad; su forma de encarar los problemas consiste en buscar excusas para no resolverlos. Muy bien; si usted lo quiere, que así sea, y que el Señor le acompañe. Será respetado por su sinceridad, será compadecido por su sensibilidad. Incluso puede conservar algunas de las cualidades que en ocasiones hacen útil el escepticismo. Pero si usted es demasiado escéptico para realizar estas cosas debe apartarse del camino, para no estorbar a quienes que las pueden hacer. Deje el mundo a los que piensan que se puede trabajar en él, a los que creen que el hombre puede hacer casas, sociedades, obras, compromisos que se cumplan. Y si para guardar una promesa, o hervir una patata, o comportarse como un ser humano, es necesario creer que Dios hizo al hombre, que Dios se hizo hombre y que llevará a los hombres a las alturas de la Gloria, por lo menos debe dar una oportunidad a esos crédulos fanáticos.

A todo esto es a lo que me refiero cuando hablo de la supervivencia del más apto. Por eso la gastada frase darwinista, que probablemente es un error en el campo de la historia natural, es una verdad en el terreno de la historia sobrenatural. La entidad orgánica llamada *religión,* tiene, de hecho, los órganos que hacen posible la vida. Puede alimentarse allí donde los fastidiosos indecisos no son capaces de encontrar alimento; puede reproducirse allí donde el escéptico solitario alardea de su esterilidad. Creer

en el libre albedrío puede requerir casi un milagro, pero no creer en él implica aceptar la locura tarde o temprano. Hacer un voto puede suponer un riesgo enorme, pero huir del compromiso es una silenciosa, cobarde e inevitable ruina. Puede resultar increíble que un credo sea cierto y todos los demás estén equivocados; pero pensar que no hay verdad en ninguno de los credos porque todos son igualmente falsos no es sólo increíble, sino también intolerable. Si todo está igualmente equivocado nadie puede solucionar nada nunca.

Lo interesante del momento actual es que el hombre de ciencia, el decir el héroe del mundo moderno y el último de los grandes servidores de la humanidad, se ha negado de repente a tener nada que ver con el horrible trabajo de andar dando vueltas a la negación y royendo ciegamente los fundamentos del imperio humano. Y es que el trabajo de los escépticos de los últimos cien años ha sido ciertamente como la furia inútil de un monstruo primitivo, ciego, sin cerebro, reducido a la tarea de destruir y devorar; un gusano gigante dedicado a desbastar un mundo que ni siquiera puede llegar a ver, llevando una vida oscurecida y bestial, inconsciente de sus propias causas y de sus propias consecuencias. Pero el hombre ha vuelto a empuñar sus armas: la voluntad, la adoración, la razón y la visión del plan que existe en las cosas, y una vez más tenemos la oportunidad de volver al amanecer del mundo.

IV
La reacción de los intelectuales

Me han preguntado si pienso que existe una reacción contra las tendencias «ultramodernas» y a favor de muchas ideas y costumbres descalificadas con los términos «victoriano», «virtuoso», «respetable», y otras palabras igualmente crueles. Mi respuesta es que, en efecto, hay una reacción, y me alegro de que exista. Pero es una reacción de un tipo particular. No es la que yo esperaba, ni es exactamente la que hubiera deseado que se produjera. Aunque cualquier reacción es un alivio frente a la rancia y desoladora estupidez de la «brillante juventud». La sola certeza de que es posible una reacción, buena o mala, contra cualquier cosa, buena o mala, aclarará la mente humana —y salvará a la mentalidad avanzada de muchas desilusiones —. La vida es demasiado compleja como para esperar que no nos dejemos algunas cosas defendibles o deseables en cada parte del camino. En realidad, se han producido reacciones favorables a algo mucho más remoto que el victorianismo. Siempre recordaré una confiada y despectiva frase de uno de los discursos de Macaulay a favor de la Ley de Reforma que abolió los barrios en decadencia: «No ha habido reacción. No habrá reacción. No espero una reacción a favor de Gatton y Old Sarum más de lo que esperaría una a favor de Odín y Tor».

No discutiré si hay una reacción a favor de Gatton y Old Sarum; pero ciertamente hay una fuerte reacción a las leyes de Reforma y al gobierno representativo. Lo que me resulta realmente divertido es que, mientras Macaulay pronunciaba esas palabras, había comenzado una inequívoca reacción a favor de Odín y Tor. Carlyle ya había empuñado la pluma, y su genio nórdico se estaba transformando lentamente en locura nórdica. Ya nos estaba pidiendo que volviéramos a los prístinos comienzos escandinavos. Un poco más tarde, Nietzsche dio un paso más allá, abandonando la ética cristiana y su teología, mientras invocaba a los antiguos dioses de la violencia y la guerra. Y mucho más cerca, un gran general alemán —que había conducido ejércitos en la Gran Guerra, y ya debería haber tenido suficiente

ración de experiencia bélica— cubrió Alemania con propaganda pagana que publicitaba una campaña a favor de Odín y Tor. Este ejemplo es suficiente para ilustrar el fenómeno de las reacciones en general. El arte más moderno encuentra a los antiguos griegos demasiado modernos y retrocede hasta el antiguo Egipto. Hemos resucitado el arte primitivo, y no descartamos que se acabe haciendo algo parecido con el arte prehistórico. Podríamos pintar en la roca con ocre rojo o, por lo que barrunto, descubrir insospechadas virtudes en las hachas o las flechas de piedra.

Es verdad que hay una reacción, pero también es verdad que nada prueba que sea justa. Yo pienso que lo es; porque es una reacción a favor de la civilización y en contra de su destrucción. Pero con la palabra *civilización* evocamos la curiosa cualidad de esta particular reacción. No es, como yo hubiera querido, una revuelta de la gente sencilla y anticuada contra la ola de sofisticación. Es en realidad una revuelta de los sofisticados. Es, en todo caso, una sublevación de los muy civilizados, quizás de los civilizados en exceso. Pero aunque sean demasiado civilizados, todavía son muy inteligentes. Y por eso están echando a patadas, calle abajo, al «brillante joven». Veamos un caso particular, que es casi una parábola. Algún tiempo atrás, todos los buenos críticos ingleses y los conservadores en general manifestaban un fermento de furia y un intenso deseo de burla contra las impúdicas innovaciones de los Sitwell[48], es decir, contra los tres poetas de esa familia. Eran una prueba de que ser moderno equivalía a volverse loco. Eran los últimos y los más estruendosos de los que destruían la rima y la razón. No voy a discutir sus méritos aquí. Cuando la señorita Sitwell tildó a la aurora de «crujiente», hubo discusiones sobre el significado de este adjetivo. Sus enemigos dijeron que era un flagrante sinsentido, como lo sería presentar al sol bostezando o a la hierba sonándose la nariz. Sus amigos dijeron que era un modo audaz y novedoso de sugerir que hay algo de severo e inquietante en la fría luz de la mañana. Pero todos estuvieron de acuerdo en que era el último y más reciente experimento, tanto en el ámbito de la libertad como en el de la locura. Los Sitwell fueron acusados de tocar su propio bombo o hacer sonar su propia trompeta, pero nadie discutía que sus bombos y sus trompetas eran los más modernos instrumentos y tenían la más extraña forma, ni que usaban los más modernos métodos para gritar a favor de lo que querían.

En realidad, ¿qué es lo que querían? Lo que pretendían los Sitwell era el victorianismo. Otros desearon de forma muy intensa, casi infinita, y demandaron incesantemente una reacción a los hábitos, los modales y hasta la moral victorianos. Tanto como Shelley anhelaba viento fuerte y la aurora de

la república puramente pagana, tan firmemente como Walt Whitman ansiaba un aliento democrático y una suerte de hermandad corporal entre hombres viviendo al aire libre, de la misma manera los Sitwell deseaban los parterres, los invernaderos victorianos, las colchas de retazos victorianas y sus curiosidades de vitrina, y un grado similar la etiqueta, la modestia y la dignidad victorianas. Tal aspiración puede responder a una moda, pero también es un hecho; un hecho que muestra vívidamente la verdadera rebelión contra las más recientes tendencias morales o inmorales. La revolución victoriana no es una revolución de victorianos. Es una revolución de postvictorianos, o mejor dicho de post-post-victorianos. Quieren remontarse atrás tanto como los prerrafaelistas deseaban volver a la Edad Media. En ambos casos la causa es la misma: ¡los tiempos modernos se han vuelto insoportablemente estúpidos para las personas inteligentes! Pero hay un caso reciente mucho más agudo: la revuelta contra la modernidad que se ha producido entre los modernos. Para entenderlo debemos intentar presentar una visión más general de la singular situación del mundo contemporáneo.

Los que se autodenominaron *modernos,* la mayor parte de los cuales son ahora *antiguos,* concibieron la historia humana como un progreso lineal, al modo de una procesión que avanza. Es decir, dijeron que algunas personas más lentas quedaban rezagadas, pero que todos se movían hacia delante. También supusieron que ciertos espíritus audaces, que ellos llamaron *pioneros del progreso,* iban al frente, marcando el camino a la humanidad. Tengo una gran admiración por Walt Whitman, pese a que exclamó, en un momento de debilidad: «Pioneros, oh, pioneros!». En realidad, era un grito característico de su mundo; en primer lugar porque descansaba en una metáfora, y en segundo porque había entendido la metáfora al revés. Whitman parece identificar a los pioneros actuales con los hombres de las avanzadillas de la Guerra de Secesión. Pero un pionero no es una persona que conduce al ejército o decide adónde debe ir. En el frente, los pioneros están tan sometidos a las órdenes del mando como cualquier otro soldado. Si Sherman hubiera mandado patrullas a limpiar su vía de avance hacia Atlanta y esos pioneros hubieran tenido una visión futurista y se hubieran ido a fundar la futura ciudad de Oklahoma, Sherman se hubiera quedado muy sorprendido. Y la moraleja es que la columna de la humanidad en marcha debe tener alguna clase de noción sobre dónde quiere ir antes de discernir si un pionero le es útil o no.

La columna de la humanidad en marcha se encuentra en este momento en una situación excepcional. Por ahora, está detenida, pero debe buscar

caminos, porque todavía mantiene la idea de que debe marchar. Parecerá extraño recurrir a Macaulay en lugar de a Whitman, pero está mejor descrito en el poema sobre Horatius de Macaulay que en el poema de Whitman sobre los pioneros, aunque para algunos, me temo, Whitman queda tan lejano como Macaulay. En cualquier caso, lo cierto que la muy extraordinaria posición de la procesión en este momento se refleja con precisión en las familiares estrofas:

Y la retaguardia gritó: ¡adelante!
Y la vanguardia gritó: ¡atrás![49]

La retaguardia puede estar cargando, mientras los pioneros, la avanzadilla, están en retirada. En otras palabras, curiosamente son los espíritus osados e inquietos que siempre afirmaron estar adelantados a su época los que ahora dudan más de la conveniencia de avanzar. Los que todavía apelan a la esperanza del cambio son exactamente aquellos que se contentan con seguir la tradición, o las convenciones de siempre, o los hábitos familiares. Ellos son los que todavía siguen —o al menos así lo suponen— la tradición del progreso, la idea convencional del movimiento y las numerosas costumbres familiares del siglo XIX.

En realidad los hombres son progresistas cuando están levemente atrasados con respecto a su época y son reaccionarios cuando están levemente adelantados a los tiempos. Esta afirmación parece una paradoja, pero en realidad es un modo de ver las cosas muy práctico y hasta inevitable, dentro de ciertas condiciones dadas. Los de la retaguardia seguirán gritando «¡adelante!», y sólo los muy adelantados gritarán «¡atrás!» cuando la vanguardia del ejército haya llegado al borde de un precipicio. Sostengo, en definitiva, que son los *intelectuales* —expresión que uso a falta de un término más intelectual— los que ahora han descubierto repentinamente los peligros de la novedad por la novedad, de la simple anarquía, de la negación por la negación. No ocurre con todos los intelectuales, claro, y menos con los que modestamente se dieron ese nombre a mediados del siglo XIX. Porque aquéllos, por el irónico desarrollo de su propio argumento favorito, ahora son viejos, venerables, establecidos y respetados y, por consiguiente, carecen de importancia. Hombres como Bertrand Russell o H. G. Wells han sido dejados atrás por el avance y como consecuencia de ello siguen bajo la ilusión de que todavía se avanza. El particular estado de ánimo al que me refiero —que hoy por hoy no es necesariamente un estado de ánimo agradable— es característico de un sector de los intelectuales más jóvenes. Si tomamos

cualquier típica poesía contemporánea de estilo sensitivo y crítico, por ejemplo los poemas del señor Osbert Sitwell, resulta del todo evidente que no se rebelan propiamente contra el siglo XIX, a pesar de que la teoría progresista está ligada al siglo XIX. Se han rebelado contra el siglo XX, y, en potencia, todavía más contra el siglo XXI. Pero lo que importa es que, precisamente porque son tan modernos, se han levantado contra el modernismo. Esto ocurre porque han visto con sus propios ojos todos los nuevos trucos, se han percatado antes que nadie de que el repertorio de trucos pronto se acabará. Humbert Wolfe[50] puede tener buenas razones para comenzar cada línea con una letra minúscula; ciertamente en ese detalle es más clásico que revolucionario, porque los viejos textos latinos no distinguían entre mayúsculas y minúsculas. Pero es demasiado inteligente para no ver que los que pretenden ser progresistas porque abandonan las letras mayúsculas, sólo pueden ser más progresistas abandonando todas las minúsculas. Este tipo de reforma destructiva conducirá a la página en blanco. El señor Sitwell puede creer que acierta al vincular un adjetivo musical a un sustantivo visual o pictórico. Pero no se le debe escapar que si cientos de rugientes imitadores claman por el derecho de ligar cualquier adjetivo con cualquier sustantivo, desaparecerán los problemas de las normas de la literatura, porque la literatura habrá dejado de existir. Cada día vemos extenderse más y más, entre los más inteligentes representantes de las nuevas escuelas, esta curiosa especie de alarma que resulta prácticamente ininteligible para muchos miembros de la vieja escuela, especialmente los de aquella muy anticuada escuela que supone que los jóvenes tienen que ser necesariamente temerarios y revolucionarios.

Fijémonos en el caso de dos de los escritores contemporáneos más agudos y personales, uno quizá más joven que el otro, al menos en moda y fama; uno americano y el otro inglés, además de heredero de un nombre ya famoso por un estilo muy británico. Me refiero al señor T. S. Eliot y al señor Aldous Huxley. Son muy distintos, es verdad, y representan a la perfección dos maneras diferentes de retroceder frente a los tumultos y vulgaridades del mundo llamado moderno. Eliot, que, como hijo de su época, se inició con desolados y accidentados intentos de verso libre, ha llegado a experimentar un fuerte recelo frente a cualquier tipo de libertad. Ha terminado por representar un refinamiento enclaustrado, alimentado por las virginales tradiciones de la vieja religión, que no solamente repudia la demagogia de hoy en día, sino incluso la democracia de ayer. Hay pasajes en la obra de Aldous Huxley que algunos calificarán de monacales, pero muy pocos se atreverían a llamar

virginales. Y sin embargo es otro ejemplo de la misma reacción contra el vicio y la vulgaridad del momento. Cualquiera que haya leído su maravillosa descripción de Hollywood, a la que llama «la ciudad de la horrible alegría», la encontrará mucho más horrible que alegre.

Es verdad que se lucha contra la licenciosa tendencia actual; pero se hace con una especie de tedio feroz. No es precisamente la clase de reacción que prefiero. Yo hubiera preferido una especie de rebelión popular contra las perversiones y pedanterías del vicio, que de hecho nunca han sido tendencias populares. Me hubiera gustado que el anticuado y tozudo pueblo llano, que todavía se aferra a la idea de que existe alguna relación entre él y sus bebés, se levantara y aplastara la cabeza de los inhumanos ladrones cuyo ideal es una especie de profético infanticidio. Me gustaría que una vociferante multitud de gente respetable —y la multitud es todavía respetable— quemara las casas donde el lujo adquiere su auténtico sentido latino de lujuria. Quisiera que la gente normal, que se alimenta con filetes y cerveza, hiciera la guerra a los maniáticos hipócritas que practican su vegetarianismo ingiriendo cócteles alcohólicos vegetales, menos saludables que el fruto de la vid. Preferiría que los intelectuales fueran vapuleados por los que podríamos llamar moralistas, pues las masas son todavía muy morales. Pero lo importante es que deben ser vapuleados, y si no es por los garrotes de las masas, al menos que lo sean por el florete de los más intelectuales entre los intelectuales.

Dios sigue caminos misteriosos, y no desdeña los más extraños y humildes instrumentos. No debemos sentir vergüenza, si es necesario, por combatir junto a los cultos y los ingeniosos. También pudo tratarse de la pintoresca paradoja que supone la rebelión de los viejos contra los jóvenes. Pudo ser una sublevación de padres oprimidos que rompieron el yugo de obediencia servil impuesto por sus tiránicos hijos. Pudo tratarse del padre obcecado huyendo de la carbonera con su garrote primitivo, o la tía solterona emergiendo del dormitorio, atizador en ristre.

El alegre espectáculo de la destrucción de los tocadiscos, los saxofones y los ukeleles, el derramarse de los licores, la rotura de los coches de carreras mostraría al público en general que, pese a todo, aún quedaba vida en los viejos carcamales. Pero lo cierto es que la reacción no parece haberla iniciado la furia del padre o del abuelo, sino más bien el disgusto del bisnieto, lentamente incubado, por la manifiesta idiotez del nieto.

Las armas de la rebelión no son los garrotes del populacho, sino más bien algo que he comparado con un florete y, pensándolo bien, podría ser equiparado a una navaja. Algunos jóvenes de la escuela de Aldous Huxley

tienen, ciertamente, un toque de pesimismo demasiado parecido a la navaja, a la vez símbolo de cierta elegancia e instrumento del suicidio. Y esto quizá es cierto, demasiado cierto, en un sentido más amplío todavía. Cuando los victorianos impedían a los niños jugar con navajas, sables o cualquier instrumento o incluso argumento por el estilo, los mayores solían usar una frase hecha que aquí resulta muy adecuada: «Si te vuelves tan agudo, te cortarás». Una parte de los más inteligentes miembros de la generación joven se ha vuelto muy aguda, y ha descubierto que corre peligro de hacerse daño. Hombres como el señor Huxley o el señor Eliot tienen el suficiente sentido común como para darse cuenta de que las medias verdades del escéptico no son solamente hojas afiladas, sino también hojas de doble filo. Cortan el racionalismo por su base de la misma manera que seccionan la base de la religión; pueden ser usadas para herir a la democracia y también al despotismo, y en última instancia pueden inocular en las mentes dudas sobre la duda misma. El joven inteligente percibirá cada vez de forma más clara que se ha vuelto lo suficientemente afilado como para hacerse daño. Y si no busca más allá del escepticismo, se volverá lo bastante escéptico como para acabar cortándose el cuello.

¿Por qué creo que esta pequeña minoría de cuidadosas y refinadísimas personas conseguirá algo? Respondo con un profundo suspiro: gracias a esa gran institución que llamamos *esnobismo*. En cuanto la masa descerebrada de los «jóvenes brillantes» descubra que la desprecian como a una muchedumbre de viejos aburridos (aunque solamente lo hagan los bien educados poetas menores), será presa del pánico. La mayoría de los inmorales nunca creyó en la inmoralidad, como no creyó en ninguna otra cosa. Jamás pensaron que el mal estaba bien, porque en realidad nunca pensaron nada. Se limitaron a creer en lo que se les contaba: que ser gente sin ley era la última palabra, «lo más de lo más» de la moda. En cuanto oigan que hay algo más moderno, más reciente que lo último, correrán tras eso, sea lo que sea, y se revolcarán en su fango, como eremitas del desierto a la manera de San Antonio.

Si el último ídolo de moda es un ligeramente orgulloso joven, algo humorista, que considera todos sus vulgares y vacíos juegos como *vieux jeux*, y sólo se digna hablar de humanismo y de Santo Tomás de Aquino, se revolcarán, sumisos, ante él. Bien los conozco. Hacen el tonto, y lo hacen como las ovejas. Porque son ovejas sin pastor, y el pastor Pan ha muerto.

V
Levedad o levitación

Ignoro por qué un hombre no debe gozar de unas vacaciones de cuando en cuando, aunque trabaje o escriba por simple diversión. Yo sé que debería estar cumpliendo con mi deber como partidario del distribucionismo, trabajando lastimosamente con mi pluma mientras otros lo hacen más noblemente con el arado. Pero, por esta única vez, voy a escribir por puro placer. Escribiré sobre un asunto simplemente porque me resulta divertido. Y lo más divertido que puedo encontrar en muchas millas a la redonda está en un periódico llamado *Psychic News*, cuyo último número estaba adornado por un retrato mío, acompañado por la extraordinaria y más bien misteriosa leyenda: «G. K. Chesterton, el católico que anda por los aires».

Creyente, como soy, en los milagros, nunca he sostenido que la levitación fuera un poder particularmente propio de mi persona. Pero reconozco que, aunque hoy por hoy no me siento arrastrado irresistiblemente hacia la levitación, estoy muy tentado por la levedad.

Las acusaciones que se me hacen son difusas, y parecen ser bastante desafortunadas en su relación con los hechos. Parece que el autor da por supuesto que un artículo claramente escrito por cualquier otra persona lo he redactado yo, lo cual deduce por mi fanático catolicismo, y eso que quien en realidad lo escribió no es católico en absoluto. A pesar de ello, es absolutamente capaz de cuidarse a sí mismo, y, además, los sencillos detalles de este absurdo lío los he comentado en otra parte. Por eso, de momento ahora sólo quiero regodearme con desvergonzada fruición en la manera en que *Psychic News* nos ataca a la Iglesia católica y a mí. Admito que lo hago por pura autoindulgencia. Sé que muchos juiciosos amigos me dirán que no debo darme por enterado de tal artículo. Pero nada de lo que puede considerarse humano carece de interés, y en este tema vislumbro, para empezar, un lío que siempre me ha interesado. El problema es la razón por la cual quienes se enfurecen con la Iglesia católica usan invariablemente una extraordinaria dicción o estilo verbal, en el que una se mezcla una

impresionante cantidad de cosas, hasta el punto de que el mismo orden de las palabras acaba siendo un chiste: «El espiritismo depende solamente de la evidencia que las personas perciben en sus propios hogares. No necesita sacerdotes, y sus investigadores no deben comprar rosarios o crucifijos, ni pagar misas o velas».

La decisión de comprar rosarios debe ser un dilema terrible, según estos investigadores. Pero lo último es lo mejor. Al parecer, el primer objetivo de un católico es conseguir una vela. Si el creyente puede hacerse con una vela, y anda por todas partes sosteniéndola, todo va de maravilla. Pero si no puede conseguir una vela, tiene la alternativa de comprarse una misa, a lo que parece, un instrumento que es una suerte de sustituto de la vela. Lo más curioso es que yo no he lanzado un grandioso ataque espiritual contra el espiritismo, como el que este escritor describe tan imaginativamente. Pero si lo hiciera, como por supuesto lo puedo hacer, creo que atacaría el espiritismo mejor de lo que este hombre arremete contra el catolicismo. No hablaría como si el espiritista estuviera atrapado entre los dogmas divinos de la Sacralidad de los Tamboriles y el Retorno de los Muertos. No hablaría como si el hombre estuviera obligado a elegir entre una tablilla y una güija. No hablaría de «mesas o muebles», ni dejaría entrever que una trompeta es lo mismo que una *sesión.*

En todos los ataques contra el catolicismo que he leído, encontré, sin embargo, el mismo ignorante batiburrillo de términos colocados de cualquier manera. Siempre insisten en hacer mezcolanza de palabras poco usuales, como mitras, misereres, nonas, albas, báculos, vírgenes y viáticos, y en esos escritos las palabras tropiezan unas con otras sin que haya la más remota esperanza de que nadie pueda saber, ni de lejos, lo que alguna de ellas significa. Ésta es la primera curiosidad evidente en esta dase de escritos.

Ahora podemos volver a la única frase del párrafo que parece tener algún sentido. Me refiero al pasaje en el que se nos dice que el espiritismo se practica sin un sacerdote. Ciertamente, no necesita sacerdotes. Solamente requiere una aristocracia espiritual mucho más exclusiva y privilegiada que los sacerdotes, porque su superioridad está basada en su personal estructura espiritual: los espiritistas son anormales, mientras que los sacerdotes no necesitan serlo. En cualquier caso, el artículo en cuestión revela algunas notables cosas sobre las funciones y los grados espirituales. Hay un sorprendente título debajo de un retrato de Santa Juana de Arco, que dice que a ella no le importaba si era una santa o una bruja, porque «tenía un trabajo que hacer, y lo hizo». ¡Qué reconfortante es este lenguaje! ¡Qué lleno del

espíritu del siglo XV! Juana se limitó a hacer su trabajo. Ella sabía que podía hacerlo, que estaba capacitada. ¡Jesús! Juana no era la clase de fémina que se preocupara de si su obligación la dictaba Dios o el diablo, cuando había un trabajo que hacer.

La publicación citada nos cuenta que su religión está enteramente basada en hechos, pero no se priva de manejar una buena cantidad de vulgaridades abstractas sin recurrir a los hechos. Sería inútil, supongo, señalarles que Juana discutió desesperadamente durante días y días para probar que no era una bruja, mucho después de que resultaba obvio que su trabajo, como trabajo, o estaba cumplido o había fracasado. Pero la insinuación de que no importa si una es una bruja o una santa, ¿no será lo que explica la desconfianza que algunos de nosotros sentimos hacia el espiritismo?

Puesto que escribo esto para divertirme, no diré nada acerca del misterio central de mi propia religión, o de los términos trabajosamente ofensivos con los que el autor me pide que pruebe la Transustanciación, de la misma manera que él pretende probar el espiritismo. Me contentaré con decirle una sola cosa. Supongamos que un papa tras otro y un sacerdote tras otro se hubieran plantado ante el altar prometiendo probar en ese mismo lugar la Transustanciación. Y supongamos que un papa tras otro y un sacerdote tras otro fueran desenmascarados en el intento de probarlo mediante un falso mecanismo instalado en la mesa de comunión, o alambres puestos en las cruces y las velas, con todo el aparato propio de los fraudes de ese tipo. Supongamos que, aunque muchos sacerdotes fueran indudablemente honestos, y quizás tontos, resultara un hecho palpable e histórico que el milagro había sido una y otra vez desenmascarado y expuesto como un timo, y que los más famosos santos católicos hubieran sido pescados in fraganti practicándolo. Si eso hubiera sucedido, me aventuro a decir que el Congreso Eucarístico no sería ahora tan respetado en todo el mundo civilizado o, al menos, por todos menos los rufianes de Portadown[51] y los periodistas de *Psychic News.*

VI
En defensa de los ermitaños

Todo aquel que haya protegido alguna vez a un chico a punto de ser golpeado en la escuela, o a una chica víctima de una persecución en una fiesta, o a cualquier persona normal de algún problema menor, sabe que quien es acosado tiende a gritar en un idioma simple, pero singular: «¡Dejadme solo!»[52]. Es muy raro que cualquier hijo de vecino exclame «¡dejadme disfrutar la fraternal solidaridad de una vida grupal más organizada!». También es raro que la protesta llegue a sus labios bajo la forma de la frase «dejadme correr con una multitud que está capacitada para alcanzar los más altos puestos». Ninguno de estos ideales positivos modernos se presenta en ese instante ante esa mente burda. Al individuo en apuros solamente la asalta el ideal de que lo dejen solo. Es interesante que una interjección tan espontánea, instintiva, casi animal, contenga la palabra *solo*.

Gran cantidad de chicos y chicas, viejos y jóvenes, se hallan en ese estado mental; no solamente porque los acosan, sino también porque los miman. La mayor parte lo negará enfáticamente, porque ello contradice las convenciones propias de su generación. Se comportan como un chico somnoliento que permanece despierto hasta muy tarde y niega, cada vez más indignado, que desee ir a la cama.

Ahora estoy esperando que se desencadene una campaña científica contra el sueño. Tarde o temprano, los prohibicionistas dirigirán su atención a la vieja superstición tribal que es la manía de dormir, y hasta dirán que el haragán es alentado por la cobardía del durmiente moderado. Aparecerán cuadros estadísticos, mostrándonos cuántas horas de trabajo pierden los mineros, fundidores, fontaneros, yeseros y cualquier oficio en el que los hombres —se recalcará— han adquirido el mal hábito de dormir. Se harán gráficos que mostrarán la escasez de plantas, de alúmina, de manzanas, de filetes, de remolachas, de cordones de zapatos, etc., producida por tanta vagancia, y otras estadísticas demostrarán cuidadosamente que trabajos de esa clase rara vez pueden ser ejecutados por sonámbulos. Anotarán todos los

hechos científicos, excepto uno solo. Y éste es que si los hombres no duermen, enloquecen.

Pues bien, también es un hecho que los hombres enloquecen igualmente por falta de soledad. Es fácil comprobarlo por la manera en que se comportan cuando los pobres diablos infelices no tienen nada más que sociedad. El incidente de la señora Fitzpatrick, la dama que realmente quería estar sola, desafía todas las modas recientes que están a favor de la *sociedad* sin *soledad.*

Debemos unirnos, como dijo el pistolero mientras disparaba contra otros dos sicarios, matando a todos los niños sorprendidos en el fuego cruzado.

Sabemos que la actual organización comunitaria, la sociabilidad imperante, ya ha logrado iluminar con su dulce luz a la sociedad a la moda, y lo prueba toda esa cortesía y esta caridad, todo este verdadero cristianismo pleno de perdón y paciencia que vemos en los modernos organizadores de la vida en grupo. En contraste con este feliz estado de ánimo que impregna nuestra literatura y nuestra conversación, se acostumbra a señalar a los ermitaños y solitarios como si fueran salvajes que odian a la humanidad. Pero esa acusación no es cierta, ni históricamente ni como hecho humano. La estrofa que decía «vuelve, gentil eremita del valle», estaba mucho más cerca de la tradición verdadera de los ermitaños auténticos. Sin duda, desde un punto de vista moderno, eran unos chiflados; pero chiflados agradables. Innumerables detalles podrían ilustrar lo que quiero decir; por ejemplo, podían convertir en mascotas a las fieras que se les acercaban. Muchos de ellos ejercían la caridad, hasta con los seres humanos. Eran más caritativos con los demás hombres que lo que suelen serlo entre sí los que frecuentan el foro o el mercado. Naturalmente, había entre ellos algunos que eran huraños solitarios: no cabe duda de que han existido cínicos falsos o teatrales, como Diógenes. Pero el filósofo cínico y todos los de su clase se cuidan mucho de ser verdaderos solitarios; están demasiado preocupados rondando la plaza del mercado para dejarse ver, como cualquier demagogo. Diógenes era un fanático chillón, que usaba su barril como medio de autobombo, además de vivir en él. Todavía abunda esta especie de huraños profesionales, que son huraños pero no viven en soledad. Todos conocemos a esos genios obligados a frecuentar la sociedad educada para poder ser groseros. Todos tenemos noticia de la anfitriona que coleccionaba leones hasta que se dio cuenta de que lo que tenía eran osos. Me temo que algo de eso hay en la leyenda social de Thomas Carlyle y quizás también de Tennynson. Estos hombres no tenían más remedio que vivir en sociedad para poder ser antisociales.

Los ermitaños, en particular los santos, habitaban una soledad en la que podían ser sociables. San Jerónimo vivía con un león, lo que era una buena manera de evitar que lo persiguieran los admiradores. Pero era muy sociable con el león. En su tiempo, como en el nuestro, la sociabilidad de tipo convencional se había convertido en una fuente de asfixia social. Durante la decadencia del Imperio romano, la gente se reunía en los anfiteatros y los festivales públicos, de la misma manera que hoy se apelotona en los tranvías y en el metro. Y existían los mismos sentimientos de mutuo amor y ternura entre dos hombres que trataban de obtener un asiento en el Coliseo que el que existe hoy entre dos personas que aspiran a ocupar el único asiento libre en un tranvía en Tooting. En consecuencia, en la última fase del imperio la gente más amable se apresuraba a huir al desierto para encontrar lo que se llama una ermita, pero también podría ser llamado lugar de descanso. El ermitaño lo era porque era más humano, y no menos, que sus congéneres. No solamente creía que se podía llevar mejor con un león que con gente empeñada en echarlo a los leones. También quería más a los hombres cuando éstos lo dejaban solo. Hoy no se espera que nadie, excepto una persona muy excepcional, se convierta en un completo solitario. Pero hay una fuerte razón para que deseemos más soledad, especialmente ahora, cuando de verdad no existe la soledad.

Hasta el ser humano normal debería ser medio ermitaño, porque ésa es la única manera de que su mente pueda tomarse unas pequeñas vacaciones. Es incluso la única manera de divertirse con las cosas y los hechos de la vida, sí, aunque esos hechos sean juegos, bailes y óperas. Es lo más parecido a deshacer el equipaje. Se ha dicho que vivimos en una estación ferroviaria y muchos viven en un vagón de equipaje, o nos paseamos por el mundo con un equipaje que nunca llegaremos a deshacer. Porque lo mejor que nos pasa son las cosas que obtenemos de algo que ya ha sucedido. Si los hombres fueran honestos consigo mismos, estarían de acuerdo en que los compromisos sociales, aun con aquellos a los que aman, acaban resultando a menudo extrañamente efímeros, sin aliento, frustrados o inconclusos. La sociedad es al cabo un medio de convertir a nuestros amigos en conocidos. El bien no está en encontrarnos con nuestros amigos, sino en haberlos encontrado. Cuando la gente se limita a ir de apretujón en apretujón, de gentío en gentío, no encuentra ni disfruta la alegría positiva de la vida. Son como los que siempre están hambrientos porque no pueden digerir su comida, y, como esos hombres, están siempre enfadados. Algo pasa con la vida moderna cuando toda la literatura de los jóvenes refleja siempre tanto enfado.

Pues bien: éste es parte del secreto de los santos que se fueron al desierto. Es en la sociedad donde los hombres pelean con sus amigos; es en la soledad donde finalmente los perdonan. Antes de que la sociedad critique al santo, recordémosle que el hombre del desierto a menudo tenía un alma que era como un bote de esencia de humana benevolencia, aunque nadie se acercase a probarla; mientras que el hombre de los salones de moda, con su hospitalidad intelectual, generalmente sirve ajenjo en lugar de vino.

Plantearé, por último, un caso muy moderno, que todavía está de actualidad. No creo en el comunismo, particularmente en el comunismo compulsivo. Pero es muy típico de esta amarga época que todos hablemos y discutamos sobre el comunismo compulsivo. En las discusiones, a menudo simpatizo con los comunistas, que son personas totalmente diferentes a las demás. Los respeto por audaces, honestos o lógicos y no por afables o benévolos. Nadie pretenderá que el comunismo moderno sea un movimiento de un temperamento especialmente dulce o amable. Pero al leer las leyendas de los ermitaños primitivos, encontramos la encantadora historia de dos monjes que eran realmente comunistas. Uno de ellos trató de explicar al otro cómo surgía la lucha por la propiedad privada, golpeando una roca mientras decía teatralmente: «Esta piedra es mía». El otro, ligeramente sorprendido por semejante capricho, dijo: «Muy bien, tómala». Eso molestó mucho al primero, voluntario profesor de economía, que contestó: «No, no, no debes decir eso; debes decir que es tuya, y entonces podremos pelear por ella». El segundo ermitaño le hizo caso, con lo cual el primero desistió mecánicamente de poseerla y de ese modo fracasó la lección sobre la propiedad y los métodos comerciales. En fin, que uno puede estar o no de acuerdo con el ideal comunista de supresión del comercio que tenían esos dos ascetas. Pero, ¿no hay algo en esta cómica historia que nos sugiere que eran gente más agradable que los comunistas con los que nos encontramos en sociedad? ¿No da la impresión de que la soledad les habría mejorado el carácter?

VII
Matando los sentidos

Hoy en día es algo generalmente aceptado, con gran alegría y buen humor, que una de las principales características de la paz que disfrutamos es el asesinato de un considerable número de seres humanos inofensivos. No somos salvajes, despiadados y combativos, como los latinos, pero en cierta medida, casi estamos totalmente reconciliados con la idea de matar, al menos mientras tengamos la seguridad general de que se mata sin sentido, propósito ni fruto. Si una anciana es atropellada en la tranquila calle del pueblo donde jugaba de niña; si un chico del arroyo no es lo suficientemente rápido como para salir de él y sufre en consecuencia la pena de muerte por su negligencia, todos estamos de acuerdo en que se trata de hechos muy lamentables. Pero eso no impide que algunos se centren exclusivamente en los horrores de la guerra, porque nadie confundiría a una anciana cruzando una calle con un romance antiguo que trate sobre la aventura y el valor; y el chico no se ha aventurado a salir al camino —gracias a Dios— bajo la ilusión de que se está sacrificando por su patria. Si la muerte golpea imprevistamente al que no espera morir, y no está engañado por ninguna tontería sobre ser fiel hasta la muerte… Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón? Si un pilluelo es enterrado en una fosa común, limpia de esperanzas, sueños de guerra, revolución o cualquier visión de una justicia victoriosa… Oh, tumba, ¿dónde está tu victoria? Es evidente que la muerte es totalmente distinta cuando es producto de un entorno tan pacífico como el nuestro. La moderna versión del lema *Matar, no asesinar* viene a decir que sólo el militarismo incurre en asesinato, y no existe nada malo en matar cuando la muerte no es de origen militar.

Pero yo he usado el verbo *matar* en un sentido más ligero, mucho más todavía que el del progresista que habla de la muerte en las calles. Porque hay otras cosas, menos vívidas y sagradas, que se matan en las calles, si usamos la palabra matar en un sentido puramente metafórico. Así, decimos que un color mata a otro. Como un ejemplo entre muchos, observemos que vivimos en un

esquema de vida social en el que los colores se matan entre sí. Es decir, vivimos en un mundo que nos ofrece una constante y enorme exhibición de esa vitalidad simbolizada por el color, pero que ahora carece de la concertada unidad de norma o tradición que se simboliza en la armonía del color. Los letreros luminosos de una gran ciudad como Londres, que hoy en día son totalmente indistinguibles de los de Nueva York, exhiben exactamente esa contradicción entre el color y el diseño. El diseño, incluso aunque tengamos en cuenta su propósito, es incoherente, impersonal y además vulgar, esencialmente venal. El color sería la mejor y más bella experiencia ofrecida a los sentidos del hombre, si el hombre estuviera en posición de apreciarla a fondo. El efecto psicológico producido por la iluminación comercial colocada al azar es a las verdaderas posibilidades del color lo que el sopor de la borrachera al divino don que proporciona el vino. O tal vez debería ser comparado con el hábito, que aparece con tanta facilidad en los países prohibicionistas o semi prohibicionistas, de tratar de obtener lo mejor del don celestial del vino ingiriendo antes excesivas cantidades de whisky y cerveza, o posiblemente comenzando todo el banquete con licores y terminándolo con cócteles. En síntesis, los prohibicionistas se emborrachan porque nunca se les ha enseñado a beber, y los anuncios luminosos desperdician su potencial artístico, cuando lo poseen, porque a sus autores nadie les ha enseñado a colorear, ni siquiera a disfrutar del color. Están matando los colores porque los están haciendo trabajar hasta la muerte. Están matando los sentidos, a fuerza de sobrees-timularlos, y en consecuencia, los atontan y atrofian cada vez más.

Cuando era niño, tenía un teatro de juguete iluminado por velas —merced a lo cual, el psicoanalista quizás pueda reconstruir mi consiguiente caída en el abismo de las criptas y los claustros eclesiásticos— y estaba muy contento con este tipo de iluminación. Las velas semejaban, para mi bárbara mente, una selva de árboles encantados, con llamas a modo de flores. Había también delicias más ricas y más raras, suficientemente raras para quienes no éramos suficientemente ricos. Era posible comprar una especie de pólvora roja que, una vez encendida, se quemaba con una brillante luz roja. El fuego era maravilloso: ¿se imaginan fuego rojo? Claro que yo era un simple y tonto niño victoriano de entre cinco y siete años y sólo recurría al fuego rojo en las raras oportunidades en que era realmente apropiado. Viviendo bajo semejantes limitaciones, mi cerebro inmaduro percibía que había momentos más adecuados que otros: por ejemplo, se podía encender para un trasgo saliendo por una puerta trampa de la caverna del Rey de las Minas de Cobre,

o durante la conflagración final que estallaba en un halo violeta alrededor del oscuro molino y el castillo del execrable Molinero Loco.

Nunca hubiera usado el fuego rojo en una escena en la que el pastor —sin duda un príncipe disfrazado— tocaba el caramillo a sus corderos en los pálidos prados verdes de la primavera; ni en una escena en la que cristalinas y vaporosas telas verdes y azules ondeaban como olas alrededor de las frías algas y los peces que nadaban a la entrada del fondo del mar. Se necesita la ciencia, el progreso, la educación práctica y el conocimiento del mundo para cometer semejantes dislates. Por lo tanto, ese fuego rojo de mi cuarto infantil todavía brilla en mi memoria como una imaginativa revelación interior. Lo hace a pesar de los años, a pesar del tiempo, a pesar de que transito por las calles del Londres moderno. En las calles del Londres de hoy en día, en lo que el señor Cuthbert Baines[53] ha llamado tan expresivamente «la calle alumbrada por focos y sangre», el precioso efecto del fuego rojo está totalmente desperdiciado por la pérdida de su rareza y su virtud. El chico que se ha acostumbrado a todas esas letras de color rojo sangre, probablemente nunca recreará el romance que yo aún recuerdo haber recreado en mi infancia; y probablemente nunca verá de verdad un fuego rojo en su vida. En primer lugar, por supuesto, porque ha visto demasiado. Porque no estamos ante el proceso decorativo que lleva a usar el rojo en una paleta de colores; es simplemente el aburrido proceso consistente en pintar la ciudad de rojo.[54] En segundo lugar, también porque el teatro de juguete mostraba pequeñas figuras de cosas grandes, y los carteles de la ciudad exhiben grandes figuras de cosas pequeñas. El chico de hoy pronto descubrirá que las ideas asociadas con esos signos, los motivos de los hombres que los pusieron, el ánimo de los que los aceptan, están enteramente relacionados con lúgubres ansias de dinero o de lujo de pacotilla. Será incapaz de contemplar un gran panorama o de tener una gran visión de una sola ojeada; no verá sino una deslumbrante floresta de proclamas enfáticas carentes de significado, y crecerá sin ninguna evocación poética asociada a un color que sólo verá usado para vender un cosmético o una medicina de curandero.

VIII
El caso Claudel[55]

Una vez me contaron una historia, que nunca verifiqué por medios históricos o topográficos —en otras palabras, nunca estuve allí—, según la cual la Academia Francesa encajó el incidente de la ausencia de Molière en sus registros con un gesto magnifico. Puede ser solamente una especie de leyenda, una tradición, el recuerdo de algo que alguien planeó hacer; puede ser sencillamente un cuento de alguien sobre lo que pensaba que debería haberse hecho. Pero es exactamente la clase de tradición que representaría a la perfección a la nación francesa y es exactamente la clase de gesto que sólo un francés podría hacer.

Fundada por Richelieu para consagrar la literatura clásica en el país, la Academia de Francia pasó por alto a un actor y escritor trashumante como Molière, exactamente como Oxford y Cambridge hubieran pasado por alto a otro actor vagabundo como Shakespeare. Pero aquí esta historia, aunque sólo fuera una historia inventada, da una nota que solamente un francés puede dar. Porque se dice que la Academia Francesa erigió en uno de sus patios interiores una estatua especialmente dedicada a Molière, con la inscripción: *Rien ne manque a sa gloire. IL manque a la notre* [«Nada le falta a su gloria. Él nos falta en la nuestra»], y si usted quiere conocer la diferencia entre la atmósfera de Francia y la de Inglaterra, sólo tiene que imaginar a alguien haciendo, o simplemente sugiriendo, una apología pública similar de Shakespeare. ¿Puede usted imaginarse una gran estatua de Shakespeare en el patio de Baillol[56], con la frase: «Shakespeare nunca fue a Baillol»? ¿Puede usted concebir a Cambdridge erigiendo un colosal monumento a Dickens en conmemoración del hecho de que nunca tuvo una educación universitaria o de ningún otro tipo? No importa que esta historia sobre Molière sea cierta o que sea una fábula o una parábola; pues en cualquier caso tiene una obvia moraleja. El inglés suele ignorar sus derrotas, el francés más bien las exagera.

Pero los franceses tienen el talento de arrancar victorias a sus propias derrotas.

Hace poco, para mi gran disgusto, la Academia de Francia sufrió un revés muy serio. Fue cuando prefirió a un sagaz escritor de poesía tirando a decadente antes que a Paul Claudel. Espero que nadie piense que el señor Claudel fue el derrotado. Si queremos encontrar a alguien realmente grande que haya sido derrotado, permítasenos decir que fue Richelieu. El caso es que un hombre de primera línea en las letras francesas, esas letras que el gran cardenal amaba, y de la cultura católica, que también amaba, a pesar de todo su diplomático y poco escrupuloso apoyo a aquellos que la odiaban, ha encontrado una especie de muda resistencia, quizás por parte de aquellos que odiaban al catolicismo con más fuerza de la que el escrupuloso cardenal hubiera podido desplegar en sus odios.

Sin entrar en los méritos literarios de uno y otro, se puede decir que si la Academia hubiera hecho lo justo habría mostrado su condición académica. Lo prueba el hecho de que nadie en el mundo literario había oído hablar del rival de Claudel. A Claudel se le reconoce su importancia desde China a Perú; o por lo menos desde Japón a Washington. Parece que la Academia ha cometido uno de sus infrecuentes errores, sin tener siquiera las excusas que podía presentar en el caso de Molière. Al parecer, un día habrá que erigir otra estatua con la inscripción «nada le falta a su gloría. Él nos falta en la nuestra».

En estas páginas no disponemos de espacio ni siquiera para sugerir la suntuosa riqueza de imágenes e ideas que abundan en la obra de Paul Claudel, pero basta con hacer notar un hecho más histórico que literario: la riqueza de ideas se encuentra hoy en día en su campo, y no en el opuesto. Bien puede ocurrir, y probablemente pasó en algún momento, que la cultura histórica que él representa haya discurrido por estrechos canales y tocado raras y aisladas notas, como las de la última flauta de los poetas bucólicos que hicieron sonar los clérigos del siglo XVIII, imitando la inocencia de *Las Geórgicas*, o como esa arpa irlandesa en la que sonaba una sola cuerda cada vez que un corazón se quebraba por la libertad. Hoy en día sucede exactamente lo contrario. Es la tradición racionalista del siglo XIX la que se ha estrechado, cayendo en la monotonía y la repetición. Es el artista ateo quien se ha refugiado en un jardín, para escapar del grito de la antigua civilización cristiana que llama a arar todos los campos de la tierra. Es el instrumento musical del modernista el que ha roto todas sus cuerdas menos una, como el laúd en la agnóstica pintura de la esperanza, y continúa haciendo sonar melancólicamente, y en una sola nota, las pocas cuerdas que le quedan.

No negaré que las verdades de la época de la emancipación están todavía vigentes, aunque se hayan quedado aisladas y se hayan vuelto irrelevantes, de la misma manera que las verdades espirituales siguieron siendo tales, aunque fueran repetidas mecánicamente por los capellanes de corte y los rancios predicadores del siglo XVIII. Pero en lo que se refiere a la abundancia, la riqueza y la variedad, la ventaja la tiene hoy la antigua causa. Los pensamientos que se agolpan en una suerte de barahúnda en una obra como *El zapato de raso*[57] son como una multitud de hombres vivos tomando por asalto los muros de una fortaleza desierta. Es Claudel, o cualquiera como él, quien hoy ataca La Bastilla, una prisión con toda la fealdad e inhumanidad de las prisiones, aunque cada vez contenga menos prisioneros. Una prisión vacía puede ser más deprimente que una prisión abarrotada de gente. Tal prisión vacía es la tradición del escepticismo académico de hoy en día. El prejuicio, verdadero espíritu de la prisión, es lo único que impide a la nueva generación darse plena cuenta de la grandeza de la cosecha prometida por el renacimiento de la cristiandad. En cierto sentido podemos estar de acuerdo con todos los viejos y desalentados periodistas que dicen que la nueva era va a ser una edad de la juventud. Y la más juvenil de las expresiones es la de quien renueva su juventud como lo hace el águila.

IX
El nihilismo superior

Middleton Murry[58] ha escrito un libro estimulante, generoso y algo extraño. Se llama *La necesidad del comunismo*, y mis primeras impresiones sobre él pueden resumirse afirmando que siento mucha más simpatía por el comunismo que por la necesidad. No puedo menos que temer que el señor Middleton Murry está atrapado en una red de necesidades y que su mente, vital e impulsiva, está lastrada por su extraña religión del destino. Cuando parece que marcha al margen de esa religión, por un campo abierto de libertad y buena fe, el lector tropieza de repente con ella, como si fuera una alambrada de púas. Por ejemplo: ningún católico podría pedir un juicio más justo y generoso de la Edad Media y su relación con la Reforma que el que ofrece el señor Murry en el capitulo titulado «La trama de la historia», y, sin embargo, lo termina con un giro tan abrupto y perverso que al leerlo casi grité en voz alta por su falta de consistencia: «En Inglaterra la Iglesia fue desposeída por hombres que como individuos no tenían la más mínima superioridad ética sobre los expropiados, pero que poseían la justificación impersonal de actuar como instrumentos del destino económico». Con todo respeto, debo decir que no tengo la más mínima idea de lo que significan las últimas palabras de esta frase. ¿Qué es una justificación impersonal? ¿Cómo puede ser responsable algo que no sea una persona, y cómo puede ser justificado excepto por otra persona que lo juzgue justo? ¿Qué son los instrumentos del destino económico, o de cualquier otro destino? Un instrumento es una herramienta elegida por una persona con un propósito determinado. ¿Qué es el destino, y cómo es posible que pueda tener un propósito? Siempre me ha parecido que este tipo de frases no son ni siquiera metafísica, ni mucho menos pseudobiología, sino simples metáforas. Resultan mucho más difíciles de refutar porque las ideas que representan son formuladas como dogmas. El señor Middleton Murry nos dice desde el principio que el hombre debe ser un completo materialista. Pero no le ofrece, por ejemplo a alguien como yo, ninguna razón para que lo sea. Dice que una

vuelta al pasado está «prohibida», y yo sólo puedo replicar: «¿Por quién?». La prohibición del uso de elementos del pasado sería un veto puramente caprichoso de todas las acciones del ayer y por tanto de todas las artes. Y lo cierto es que nadie puede evitar el uso del pasado. Es más: es imposible usar algo que no pertenezca al pasado ¿Y por qué tendría yo que tener prohibido decir que la Iglesia católica es una cosa del futuro y del presente, tanto como del pasado, mientras el señor Murry puede afirmar que Karl Marx cumplió las promesas de los profetas hebreos o que Jesús de Nazaret se convirtió en el abanderado supremo del desinterés? Karl Marx forma parte del pasado tanto como el rey Jan Sobieski, y la revolución rusa pertenece al pasado en la misma medida que el Imperio romano.

Hay rotundas, violentas afirmaciones de esa clase en todo el libro, totalmente desprovistas de cualquier tipo de fundamento. Sin embargo, también expone un argumento muy curioso e interesante. El autor comienza, sin explicación, como lo hace con tantas cosas, con la muy peligrosa palabra «desinteresado», empleada en el sentido en que la usan el budista y el pesimista. Todos sabemos que tiene un sentido sensato cuando quiere decir sinceramente abnegado, sacrificado por una fe. Pero el señor Murry no quiere que abandonemos nuestros placeres por culpa de nuestros ideales. En algunos casos en realidad quiere que abandonemos nuestros ideales, o parte de ellos, en aras de una suerte de súper ideal que a menudo tiene muy poco que decir de sí mismo, excepto que es el destino. En su lenguaje clásico late un salvaje grito oriental; una especie de altruismo que es casi nihilismo, un sacrificio que se parece al suicidio. Debemos renunciar a la libertad, debemos renunciar a todo. Esta apasionada y paradójica idea es sincera, sin duda, pero intelectualmente esconde otra contradicción que sería bueno observar y de la que conviene sospechar. Moralmente, todo en ella es muy heroico, pero intelectualmente contiene demasiada precaución; es mucho más precavida que astuta. Deja tras de sí dos posibles líneas de retirada. Porque el lector provisto de lógica percibirá de inmediato que, pronunciándose de esta manera, a favor de un indómito renunciamiento, el polemista conserva en realidad dos opuestas posibilidades de defensa. En cualquier situación en la que el comunismo pueda ser presentado como atractivo, lo hará. En cualquier situación en que resulte demasiado repulsivo, dirá que esto prueba el atrevido altruismo de los comunistas, capaces de abrazar una causa tan rechazable. Cuando es humano, lo es por simpatía con la humanidad; cuando es inhumano nos debe inspirar una simpatía sobrehumana. Cuando es bueno, es bueno; y cuando es malo resulta que ellos son tan buenos como para tragárselo. Esta

forma de razonar es la del famoso proverbio del decadente pasado: «Cara, yo gano; cruz, tu pierdes».

El señor Middleton Murry quiere, por supuesto, una auténtica religión, y en algunas partes del libro parece desesperarse, casi volverse loco por las limitaciones de su religión irreal. Ha puesto la autoridad en el lugar equivocado y el ascetismo en la situación inadecuada. En el fondo, está más limitado por la idea del destino que nosotros por la idea de la deidad. Y quiere que los hombres sacrifiquen la civilización como los monjes sacrifican el lujo. Parece estar satisfecho con esta actitud, como si fuera un gigantesco gesto de renuncia. Pero, sorprendentemente, en el libro encontramos pocas palabras sobre las ventajas prácticas que resultarían del comunismo una vez que fuera establecido. Leyendo entre líneas parece que el sentido del libro es simplemente éste: que él y el resto de nosotros hemos llegado a un punto de ruptura, y éste es evidentemente el lugar en el que debemos separarnos.

Aunque hay aspectos del libro con los cuales estoy calurosamente de acuerdo, concluiré diciendo que mi objeción fundamental a su comunismo es su afirmación de que es el heredero del capitalismo. Su desdichada afición a la necesidad estrecha las posibilidades de la política y se contenta con decir que la industrialización ha convertido al mundo en un «Hombre Único», al que le duelen todos sus miembros. De esta manera usted y yo, si estuviéramos antinaturalmente unidos por los cuellos y los talones, sin duda juntos compondríamos la monstruosa y bamboleante figura de un ogro de pesadilla. Pero yo no quiero ser un monstruo; sólo quiero desatarme. Soy más revolucionario que el señor Middleton Murry. No creo que el monstruo antinatural vaya a sentir menos dolor porque se denomine a sí mismo comunista. Soy más escéptico que el señor Middleton Murry. Niego la pantomima, el mito del «Hombre Único», y quisiera romperlo para convertirlo de nuevo en hombres individuales.

X
El asceta extraordinario

Mi nota sobre el comunismo del señor Middleton me resulta demasiado apresurada y hostil, porque no tuve espacio para mencionar algunas partes fuertes y sustanciales del libro, especialmente aquellas que manifiestan su desprecio por el tipo de socialista que jamás se consideraría comunista. El repaso del laborismo parlamentario *parásito* es magistral, y desde luego mis simpatías estarían totalmente con un hombre como el señor Maxton en comparación con otro como el señor Thomas[59]. Pero hay algo que continúa intrigándome, porque en la última nota no existe ningún programa práctico, excepto la propuesta de un salario mínimo universal que, según se dice, haría innecesaria la expropiación de la tierra y los bienes. Imagino que esto supondría una subida de impuestos al empleador, probablemente hasta convertirlo en demasiado pobre como para emplear a nadie, y entonces el Estado se convertirá en el empleador. ¿Pero qué Estado sería ese?, y, Dios mío, ¿qué estadistas se harían cargo? Seguramente (si no se necesita nada más que un nuevo salario financiado por un nuevo impuesto) serían como los alegres estadistas que el mundo produce hoy en día: parásitos parlamentados convertidos en omnipotentes burócratas. Yo me negaría, por supuesto; en primer lugar porque semejante medida preserva el sistema salarial; en segundo lugar porque el peor sistema salarial es el que tiene un solo empleador, y en tercer lugar porque, en el aspecto puramente práctico, no aportaría ningún cambio de estilo en el tirano.

Pero quedarnos sólo con esto es injusto con la parte menos práctica de sus ideas, que por supuesto es la mejor. Por decirlo así, el señor Murry nos exige un terrible cambio de corazón, a pesar de que su sistema no parece capaz de promoverlo. Ya somos capaces de luchar como distributistas, mientras que el comunismo parece áspero hasta para los mismos comunistas, y ellos, para poder ser anormales, deben soportar la misma austeridad anormal que nosotros soportamos para ser normales. En teoría, o por lo menos en esta parte de la teoría, el señor Middleton Murry es un asceta que desea transferir

el ascetismo desde la vida individual, en la que puede ser noble y hermoso, a la totalidad de la sociedad y a la historia, terrenos en los que se convierte en simple vandalismo o en pura o simple destrucción bárbara. En esto está enteramente de acuerdo con el puritano, el prohibicionista o el tipo más simplón de pacifista; en resumen, está enteramente de acuerdo con el tipo de mundo moderno que él justamente más detesta. En líneas generales, el hecho más prominente del mundo industrial moderno es que los movimientos morales son más despiadadamente represivos que las formas antiguas de misticismo o fanatismo, que normalmente afectaban sólo a unos pocos.

Los hombres de la Edad Media soportaban terribles ayunos; pero ninguno de ellos hubiera propuesto seriamente que nadie, en ningún lugar, pudiera volver a beber vino. Por el contrario, la prohibición, que fue aceptada por una enorme y moderna civilización industrial, propuso seriamente que nadie jamás volviese a beber vino. Los maniáticos a los que les desagrada el tabaco desearían destruirlo por completo; dudo si ni siquiera lo aceptarían como medicina sedante. Algunos paganos y algunos santos cristianos han sido vegetarianos, pero nadie en el mundo antiguo hubiera predicado que los ganados y los rebaños debían desaparecer; mientras que temo que en la utopía del auténtico vegetariano los rebaños serían borrados de la faz de la tierra. El más pedante pacifista piensa de la misma manera de la guerra, aunque sea justa, y su desarme es tan universal como el servicio militar. Porque tanto el servicio militar como el desarme son nociones muy modernas. Y las ideas modernas de este tipo, no sólo son negativas, sino también nihilistas; siempre exigen la absoluta aniquilación o la prohibición total de una cosa u otra.

Yo estoy inflexiblemente en contra de esta idea del señor Murry, que pretende mutilar nuestra cultura con una especie de locura de renunciamiento moral. Admito que un santo pueda cortarse una mano y entrar en el cielo, y lo tengo en mucha más alta estima que al resto de nosotros. Pero la petición de amputar las manos a todos los seres humanos, la visión de una humanidad sin manos como la próxima etapa en la evolución, después de que el mono perdiera su cola, me deja indiferente, por más que se me recomiende como un espléndido sacrificio colectivo. Esas cosas son una alegoría en más de un sentido. Podemos decir, por cierto, que la inhumana era industrial realmente abolió la mano, porque abolió las tareas manuales.

Naturalmente, admito que los monjes tengan sus razones para afeitarse las cabezas y las monjas las suyas para cortarse el pelo; pero mi consejo para los hombres que permanecen al margen de estos éxtasis es que mantengan la calma y conserven el pelo. Que un hombre pueda abandonar sus lujos es una

cosa; que la humanidad deba abandonar su libertad para poder enfrentarse con el problema del lujo es algo totalmente distinto. Cualquiera puede convertirse en pobre voluntariamente; pero es una cosa muy diferente empobrecer a toda una cultura. Podré estar de acuerdo o no en ser abstemio, pero tengo la absoluta certeza de que la humanidad no mejorará dejando de beber vino. Creo que el señor Middleton Murry puede abandonar toda propiedad privada movido por un noble impulso, pero no creo ni por un momento que la humanidad sería más feliz aboliéndola. Este tipo de destrucción avasalladora es lo que la ha vuelto infeliz. El mundo capitalista moderno que maldecimos al unísono nació, en realidad, de la idea de que había que cambiar por entero lo viejo por la promesa de un mundo nuevo. A propósito del ingente trabajo de acribillar las colinas inglesas con rieles o envolver los pueblos británicos en humo los hombres dijeron exactamente lo que el señor Murry nos dice ahora sobre la necesidad de sacrificar la antigua fe y la libertad y hacer desaparecer la pequeña propiedad por medio de impuestos. Dijeron, como él dice ahora, que era triste, que era duro, pero que se trataba de un sacrificio heroico; que no debíamos aferrarnos sentimentalmente al pasado, sino mirar a un futuro más brillante y más amplio. Pero el futuro más brillante fue la época del señor Carnegie y el señor Ford. El capitalismo nació de la incitación al nuevo realismo contra el antiguo romanticismo. La respuesta es que no es necesario que toda una sociedad abandone la belleza, como no es necesario que abandone la libertad. Si miramos con atención la historia, veremos que esas brutales renuncias sociales no han hecho más que daño.

El frío cadáver del puritanismo se cierne como un íncubo sobre toda América, porque una generación febril pensó que el hombre debía decir adiós para siempre a los sacerdotes y a los actores, a los sacramentos y a los agasajos. En definitiva, se pidió a los hombres que sacrificaran cualquier cosa en nombre del calvinismo, como ahora se les pide que lo sacrifiquen todo en nombre del comunismo. Pero, a pesar de que el hombre puede sacrificar cualquier cosa, el hombre común no debe sacrificarlo todo. Los hombres deberían sacrificar sus libertades personales solamente para restaurar la libertad. Y es una gran ironía que mientras el comunista culto —dicho sea con todo respeto hacia él— se dedica a desgarrar las vestiduras de los demás y a arrojar ceniza sobre la cabeza de otras personas, lejos, en muchos lugares tranquilos, en las colinas de Lanark o en lo más profundo de los bosques de hayas de mi Buckingham, los sacerdotes y los frailes que han renunciado a su propiedad privada reconstruyen humildemente las familias y las granjas del distributismo.

XI
El bolchevismo retrógrado

El bolchevique es en realidad un victoriano. El suyo es un sueño del siglo XIX, aunque sea una realidad del siglo XX. Y esta circunstancia es más notable ahora, cuando el sueño se ha convertido en una pesadilla, el mal sueño del loco optimismo de las ventajas de la maquinaria. Lo que se nos ha presentado como el próximo plan quinquenal debió denominarse más bien «plan de hace cincuenta años». Porque están tratando de hacer con Rusia lo que los victorianos consiguieron hacer con Inglaterra: convertirla en el taller del mundo y llenarla con sucias herramientas y deprimentes maquinarias. Marx era mucho más victoriano que Morris. Puede que legalmente no fuera un súbdito de la reina Victoria, pero es bastante razonable suponer que en el fondo lo fue. Por origen geográfico supongo que era alemán, como el marido de la reina Victoria y, más remotamente, como ella misma. Por su origen racial era judío, como el primer ministro favorito de la reina y tantas otras personas que no es necesario mencionar ahora. Pero el periodo victoriano tardío fue precisamente aquel en el que los judíos, especialmente los judíos alemanes, estaban en lo más alto de su poder e influencia. Desde la época en que provocaron la guerra con Egipto hasta el momento en que promovieron la guerra en Sudáfrica, fueron todopoderosos e inmunes. Ciertamente, mucho más de lo que lo son ahora, porque los judíos son en este momento muy injustamente atacados precisamente en Alemania, y los viejos victorianos como el señor Belloc y yo, que dimos nuestros primeros pasos combatiéndolos en los días de la omnipotencia judía, probablemente moriremos defendiéndolos. De cualquier manera, Marx no difería de una gran cantidad de judíos victorianos, ni en sus ideas ni en su apariencia. Pasó buena parte de su vida en Inglaterra y lanzó su religión mundial desde un lugar más británico que el imperio: el Museo Británico. La barba que impacienta al señor Wells era simplemente la barba de los románticos victorianos; la barba de Tennynson, Longfellow o Throllope. Su gran plan ha sido aplicado, muy deficientemente, en el único lugar del mundo en el que él lo hubiera

considerado inaplicable, porque este auténtico victoriano tenía claro que las grandes ciudades comerciales de Europa Occidental eran los únicos posibles campos de batalla del futuro. La Rusia comunista tiene los rasgos característicos de un pueblo nuevo y más bien bárbaro, que trata de imitar algo que ya resulta rancio, por no decir hediondo, para la gente civilizada. Algo que está esencialmente atrasado para su época. Los japoneses usan galeras, presumiblemente porque tienen la impresión de que nosotros las admiramos. Pero, cualquier justa venganza que caiga sobre nuestros sombreros sería una injusticia para nuestras cabezas. De hecho nuestras cabezas han avanzado algo desde los días en que nuestro primer plan quinquenal llenó Inglaterra de humo y suciedad. Han aparecido problemas más profundos; preguntas sobre el individuo, sobre el sentido de la vida, sobre la influencia de la religión en la historia… La filosofía, aun la tomista, se estudia de nuevo en París y en Oxford.

Marx no tenía más filosofía que Macaulay y, en consecuencia, los marxistas no tienen más filosofía que la escuela de Manchester.[60] Para Macaulay fue suficiente alegrarse por el éxito de la expansión, con la esperanza de que «los techos y chimeneas de Manchester se alcen en los desiertos de Connemara». De igual forma, para los modernos marxistas basta con esperar que los techos y las chimeneas de un nuevo Manchester se eleven en las inmensas llanuras de Siberia. Es cierto que los manchesterianos originarios deseaban la competencia, mientras que los marxistas desean la unificación, la fusión y la uniformidad. Pero la competencia desembocó en una gran fusión, y la fusión no ha conducido ciertamente a un Estado comunista. Porque está claro que existen niveles salariales diferentes en la Rusia bolchevique, y los gobernantes bolcheviques sólo pueden explicar que es una necesidad provisional en el actual estadio de la política, y que el puro, perfecto comunismo, vendrá en el futuro. ¿Podría ser el que encarna el Partido Laborista, tal vez?

Llevar la competencia al extremo porque está de moda, o llevar la fusión hasta sus últimas consecuencias porque es lo que se estila, no son filosofías. Una filosofía comienza con el Ser, con el fin y valor de las cosas vivas; y resulta evidente que un materialista que sólo tiene en cuenta la ética económica no puede responder de ninguna manera a esos interrogantes. Si la felicidad se lograra mediante el bienestar económico, las clases que ahora poseen ese bienestar serían felices, lo que es absurdo, y no es cierto. Tocar machaconamente, sin humor, una sola nota es imitar la peor de las modas victorianas: la de la templanza y el feminismo. Concretamente, es como el

anticuado feminismo que odiaba ser femenino. Me dicen que en Rusia los hombres y las mujeres se visten más o menos igual, lo cual no significa, tengámoslo en cuenta, que los hombres lleven flores en sus sombreros o arrastren esas nobles vestimentas pontificales con las cuales la tradición envolvía a cada mujer como si fuera una reina. Significa que las mujeres se visten como hombres, no que los hombres se vistan como mujeres. Y esto es puro y duro, y muerto, victorianismo. En Rusia de nuevo aparece la típica mujer que luchaba por los derechos de las mujeres, la que deliberadamente se volvía horrorosa usando gafas y pantalones bombachos. En los reinados que sucedieron al de Victoria, hasta las sufragistas aprendieron a hacerlo mejor. Y mientras que para nosotros aquéllas son cosa del pasado, todavía representan un lejano y rosado futuro para el anticuado y atrasado bolchevique. Aún se mueve pesadamente a través de ese brumoso crepúsculo fabril que se suponía que iba a ser la alborada del siglo XIX; y hoy en día es mucho más cierto que en el tiempo de los zares que Rusia es la más atrasada de las naciones.

XII
El último cambio

En el evidente despertar del catolicismo en la Inglaterra moderna hay un problema, una dificultad: que la conversión llama al hombre a estirar su mente igual que quien despierta de un sueño se siente impulsado a estirar los brazos y las piernas. Pide a la imaginación, por ejemplo, que se despliegue sobre una extensión más amplia que Inglaterra y sobre un periodo histórico más extenso que la historia inglesa. Y por ciertas razones que son más bien curiosas, el estiramiento de la mente suele detenerse antes de alcanzar la completa comprensión de cualquiera de los grandes procesos históricos y filosóficos. Esto es lo que Bernard Shaw quería decir cuando afirmó que el mundo no progresará realmente hasta que los hombres vivan trescientos años. Recuerdo haber anotado en ese momento que había cierta verdad en esa imagen y que, con toda seguridad, si Bernard Shaw hubiera vivido trescientos años, sería católico.

Esta afirmación se puede probar. Si Shaw alcanzara los trescientos años de edad recordaría, la primera etapa de la Reforma como parte de su poética niñez. La primera etapa de la Reforma en Inglaterra fue la del derecho divino de los reyes, un entusiasmo romántico por la realeza en sí misma y por la obediencia total a ella. Éste fue el primer efecto de la nueva religión; pero antes de que el infante se convirtiera en un muchachito, aquella religión sería destronada por otra nueva fe. Los calvinistas mataron al rey sagrado, que había sido lo suficientemente sagrado como para matar a la Iglesia, y oscurecieron la tierra con su creencia en la total depravación humana y en el sábado escocés. Para la época en que el señor Bernard Shaw fuera un chaval de apenas cien años de edad, el mundo ya se habría rebelado contra esta otra tiranía. El ingenioso señor Rousseau ya estaría afanándose en la negación de la total depravación y proclamando la inocencia, la naturalidad y la bondad totales. Después, mientras maduraba, cuando tuviera casi siglo y medio, vería crecer la más placentera y plausible, la más feliz, saludable y alborozada de todas las visiones humanas: la idea de la libertad. Dejemos que los hombres

se liberen de sus cadenas feudales y de las mordazas teológicas; que hablen como quieran, que escriban según su gusto y parecer, que compren y vendan a placer, viajen y pregunten lo que les venga en gana, y la raza humana despertará de la pesadilla de siglos para salir a la amplia hermandad de la razón y la justicia.

En el tiempo en que a Shaw le salieran las primeras canas, en 1832, más o menos cuando apenas tuviera doscientos años, se estaría hablando mucho de la Ley de Reforma en Inglaterra, pero no creo que el señor Shaw la hubiera apoyado, ni siquiera entonces. La gente llevaba mucho tiempo comprando y vendiendo a su gusto, comerciando y viajando a más no poder. Y ya se hacía evidente el monstruoso resultado de ello en la contemplación de eso que se llama capitalismo, es decir, el expolio del pueblo, despojado de todas las formas de propiedad productiva; la totalidad de los instrumentos de producción en manos de unos pocos; millones de personas convertidas en simples sirvientes de la minoría, trabajando por un salario, siempre inseguro y generalmente mísero e inhumano. Fue entonces cuando se produjo el nacimiento del verdadero Bernard Shaw, con la natural consecuencia de que Bernard Shaw ha dedicado toda su vida a hacer la guerra al capitalismo. Y lo ha hecho porque el mal particular de su tiempo ha sido el capitalismo. Pero, ¿no podemos suponer que lo hubiera combatido de otra manera, si se hubiera pasado antes dos o tres vidas luchando contra el derecho divino, luego contra el calvinismo que atacaba el derecho divino y posteriormente contra la postración de Rousseau ante la libertad, que destruyó al calvinismo y produjo el capitalismo? ¿No concluiría que el Estado se tambaleaba de una manera del todo irracional desde su nacimiento durante la era isabelina? ¿No le resultaría evidente que la mente del hombre había sido llenada de exageraciones frenéticas, crudas simplificaciones, panaceas provincianas, remedios de curandero y una pura y delirante monomanía, desde que había roto con la civilización central y la filosofía de los antiguos que los santos nos habían transmitido? ¿No se daría cuenta de lo interesante que es el hecho de que durante todo ese tiempo se pudo encontrar en los libros abiertos de Santo Tomás de Aquino, Bellarmino o Suárez una descripción muy razonable de la autoridad de los príncipes, las peticiones de los pueblos, las posibilidades de la democracia, el uso y abuso de la propiedad y la verdadera función de la libertad? Trescientos años vividos, sentidos en su plena intensidad, medidos verdaderamente en tiempo y experiencia, soportados como un hombre soporta el paso de sus días, probarían que toda la historia protestante ha sido el más ridículo y disparatado de los desvíos, el más atolondrado cúmulo de tropiezos

que jamás se haya producido al marchar en una dirección equivocada, para volver finalmente al punto de partida, incluso en la forma de una reacción exagerada, como la de la Action Française[61], que resucita la ilusión de un rey absoluto. Nada es más divertido que la forma en que los que se consideran los más avanzados entre los líderes de los grupos más modernos están retrocediendo y rebelándose contra la tendencia del progreso liberal y humanitario que los líderes revolucionarios anteriores les señalaron. No hay nadie que comparta menos el espíritu de Walt Whitman que Wyndham Lewis o T. S. Eliot; nadie está más lejos de ser un heredero de H. G. Wells que Aldous Huxley; no hay nadie que esté menos dispuesto a seguir las tendencias humanitarias del señor Nevinson, el audaz periodista, que su hijo, el audaz pintor futurista.[62]

Las nuevas promociones rebeldes se han rebelado contra la rebelión, es decir, contra la revolución y toda su herencia de libertad, igualdad y fraternidad. El señor Eliot, a pesar de ser norteamericano, es un confeso monárquico. El señor Nevinson se ha convertido en un feroz imperialista, a la manera de Kipling. Wyndham Lewis parece inclinarse por la dictadura, en el caso de que pueda decirse de él que se inclina por algo. En este último y curioso fenómeno, el tortuoso camino del progreso ha vuelto a enfilar la dirección de lo que durante cien años hemos llamado «reacción». Esto es evidente en los fascistas, en los hitlerianos e incluso en la clara tendencia antidemocrática de los bolcheviques. El mayor peligro del momento es que los jóvenes continúen contentándose con esas rebeliones contra la revolución, esas reacciones contra la reacción, de manera que permanezcamos en un eterno sube y baja entre el *viejo joven* y el *nuevo joven*, con el último siempre contento por su triunfo pasajero sobre el penúltimo. La única forma de evitar tal estancamiento es enseñar a los hombres a que amplíen sus miras, para que la humanidad mire más lejos, a más largo plazo.

Debemos insistir en que no nos sentimos inclinados a subrayar una cosa u otra por simple apego a la moda o por puro cansancio. En algún lugar hay un plan razonable que establece la justa proporción entre las cosas y que, al menos en sus líneas generales, sirve para cualquier época. En el momento en que hombres tan inteligentes como los que he mencionado se den cuenta de que este plan permanente es necesario, advertirán con certeza que el único existente y a nuestro alcance es el de la fe católica. Por el momento parecen conformarse con proseguir la antigua disputa entre padres e hijos, aunque los padres sean muy jóvenes y los hijos recurran a sus abuelos contra ellos. Pero esta lucha es, después de todo, local y, por consiguiente, provinciana. Nunca

podrá satisfacer la sed de comprender la realidad de las cosas que sienten los hombres que piensan. Sin embargo, como dije al comienzo, la gran dificultad estriba en la duda de si un hombre puede ensanchar su mente —o como dirían los modernos, ampliarla— lo suficiente como para ver la necesidad de una Iglesia eterna.

Seguramente ésta sólo es, sin embargo, una etapa en la larga carrera en la que la verdad antigua, que partió con gran desventaja, ha superado uno tras otro a todos los corredores que se enorgullecían de su juventud o de su posición avanzada. Si un hombre puede alcanzar esta verdad mediante un proceso de eliminación debido únicamente a que ha vivido durante los últimos trescientos años, la aprenderá todavía más claramente si vive los trescientos siguientes. Para entonces será más evidente que nunca que los espasmos de la novedad no son movimientos de avance, que no proporcionan progreso ni equilibrio. Los intelectuales más jóvenes han aprendido a no confiar en el mero progreso, entendido como simple proceso de cambio; saben que tienen mucho más en común con alguna autoridad antigua que con cualquier rebelión contemporánea. A algunos les gustaría instaurar dictadores que impusieran la obediencia, pues les resulta duro que no les obedezcamos voluntariamente, porque desearían que los hombres los siguieran, aun contra su voluntad. Ellos pondrían una violenta autoridad en las manos de ciertos individuos; y por eso no deberían quejarse si nosotros reconocemos autoridad moral en un cargo puramente místico. Porque este oficio místico contiene todas las libertades y las filosofías, y juzga sólo sobre su justo balance y su adecuada proporción, mientras que eso que los modernos llaman movimientos sólo garantiza la satisfacción de su monomanía, la corta vida propia de una secta.

XIII
El nuevo Lutero

Hay, al parecer, cierto movimiento de naturaleza religiosa que, fundado por un luterano de sangre alemana y nacionalidad norteamericana, se relaciona con el nombre de Oxford. Algunos dicen que se llama Movimiento del Grupo de Oxford[63]. Otros parecen estar innecesariamente alarmados por si los historiadores lo identifican con el Movimiento de Oxford. Yo sugeriría, con talante amistoso, que fuese denominado Grupo de Oxford Street. Esta calle se llama como la ciudad universitaria, que parece ser lo único importante, y al mismo tiempo está bastante lejos de Oxford como para que se produzca la temida identificación. Pienso que, así, allí la atmósfera sería más cómoda y congruente, y de alguna manera siento que estando en la vecindad el señor Gordon Seldfridge[64], les resultará mucho más amigable y útil que el máster de Baillol.

Recibí una carta de reprimenda por la broma fútil que había hecho acerca del Movimiento del Grupo Buchman.[65] La regañina fue escrita en un tono apenado y patético, y me reprochaba que despreciara cualquier cosa que trajera a los hombres de vuelta a la realidad de la religión. Desde luego, debo asegurar al que la escribió que no soy insensible a ese tipo de súplica. Sin embargo, en este asunto como en muchas otras ocasiones, la religión es tratada de una manera curiosa, como algo distinto de la política, la ética o la economía. Nadie dice que el que todos los partidos políticos puedan tener en su seno muchos promotores del bien público, signfique que debamos evitar resistirnos al comunismo, o atacar al capitalismo, o expresar nuestra confianza o desconfianza en el fascismo. Todo el mundo sabe que los caminos que conducen a diferentes soluciones sociales son divergentes. Sólo los caminos que llevan al cielo o al infierno están pavimentados con buenas intenciones.

Me apresuro a decir que simpatizo con cualquier pecador que busque esa salida, incluida la arrogante y exclusiva aristocracia espiritual que escribe sobre sus puertas el lema «entrada sólo para pecadores». No simpatizo con

ellos tanto como simpatizo con el ignorante pescador que desafina entonando himnos en una sórdida y vieja capilla de un pueblo marinero en el Devonshire, ni tampoco como simpatizo con un grupo de Holly Rollers[66] que se revuelca por el suelo en Dayton, Tennessee, para evitar la maldición del evolucionismo; y reconozco que no me atraen ni siquiera la mitad de lo que me agradan los faquires musulmanes que vociferan en el desierto mientras agitan sus magníficas lanzas y mueren bajo las bayonetas británicas. Simpatizo con toda esa gente porque está buscando a Dios. Y soy lo suficientemente ortodoxo como para saber que de alguna manera mística, más allá de todo razonamiento, es verdad que buscar es encontrar.

Quien me escribió haciéndome reproches, o cualquier otro que desee saber por qué prefiero los seguidores del Mullah Loco antes que a los seguidores de Herr Buchman, encontrará mi pensamiento perfectamente resumido en una entrevista aparecida en el *News Chronicle,* titulada en enormes caracteres con las palabras «Visión de una Nueva Reforma: el líder del grupo tiene esperanza en Alemania». Encontrarán mis razones exquisitamente concentradas, como si fuera la cristalización de una gema, en estas palabras. Léalas, reléalas y considérelas, contienen la sustancia del tema: «Los miembros de este grupo piensan a lo grande. Los canadienses, por ejemplo, no solamente han reservado el Chateau Frontenac para una convención de tres mil personas el año próximo en Québec, sino que además han reservado un trasatlántico de la C.P.R. para trasladar a su gente a Inglaterra con motivo de la próxima convención en Oxford».

Esto es lo que se llama pensar a lo grande. A las mentes simples y rústicas de los distributistas les parecerá que no es pensamiento en modo alguno. Pero lo cierto es que han existido muchos sectarios y fanáticos puritanos que pensaron genuinamente; algunos de ellos incluso pensaron y pensaron hasta volverse locos. Pero me animaría a decir que la cordura y la cohesión del grupo están aseguradas contra un peligro de esa naturaleza. Nótese que el problema no es si la religión puede pensar demasiado en la grandeza y la pompa. Se trata de si la religión puede exhibir su pompa y grandilocuencia sin tener ninguna clase de pensamiento. Se puede discutir, tanto a favor como en contra, sobre la fase más pagana del Papado, que llenó Roma con trofeos dignos de los triunfos de Trajano o Augusto. Pero es necesaria alguna clase de pensamiento incluso para construir un templo pagano o erigir un monumento imperialista. La cúpula que Miguel Ángel concibió como culminación de la basílica de San Pedro no es solamente una gran cúpula. Es una cúpula hecha por un hombre que pensaba a lo grande. Es más, hubiera sido menos grande si

hubiera tenido un tamaño mayor. Elévesela un poco más en el aire, y la curva se estrechará; acreciéntese un poco su diámetro, y la curva se aplastará. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de pensar, especialmente de pensar a lo grande. De todos modos es una operación de la mente bastante distinta que comprar el barco a alguna persona o reservar todas las camas del hotel de otra.

¿Qué podemos decir, finalmente, a la luz (o al crepúsculo) de todo esto, de la magnífica pretensión expresada en tan grandes letras que ocupan todo un párrafo de este ensayo, la «Visión de una Nueva Reforma y la esperanza del líder del grupo puesta en Alemania?». Para empezar, podemos decir que aquí, como en cada una de las cosas que he leído sobre este movimiento, como en cada uno de los párrafos de cada página del libro llamado *Solamente para pecadores*[67], se hace patente una gran ambigüedad. ¿Qué significa, en realidad, ser reformado? ¿Qué es lo que hay que reformar? ¿Es posible que sea la reforma lo que debe reformarse? Y, para aquellos que tienen una pedante tendencia a fijarse en la estructura de las palabras que dicen o escriben, ¿en qué se convertirá la reforma? ¿Puede significar que ha de volverse a su vieja forma originaria? Ciertamente, no se aprecia un perfil, ni siquiera una traza de ninguna forma nueva. ¿O es que por nueva Reforma quieren decir una repetición de la Reforma? ¿Se refieren más bien una extensión de la Reforma? ¿Deberemos buscar, en fin, a alguien que sea más luterano que Lutero?

Supongo que la verdadera doctrina del gran reformista puede ser llevada más allá de donde él la llevó. Me es muy difícil imaginar una doctrina que pueda hacer al hombre más bajo, considerar la naturaleza humana más desesperadamente impotente, oscurecer la razón y la voluntad del hombre con una desesperación sin fondo más profunda y desilusionada que como lo hace la verdadera doctrina de Lutero. Pero puede ser que haya profundidades más allá de lo más profundo y que sea posible dañar la dignidad de Adán más de lo que lo hizo Lutero. ¿Es esto lo que se quiere decir cuando se habla de una «nueva Reforma»? Tal es la única Reforma que tendría la más remota semejanza con la vieja Reforma. Pero ésa es la dificultad, ése es justamente el punto clave. No puedo acusarlos de rebelarse contra ese pesimismo. El lenguaje que usan es tan difuso, vago y periodístico que puede querer decir que la nueva Reforma restaurará a Lutero tanto como que lo contradecirá. Eso sí, ellos están tan seguros de que va a venir de Alemania, como Lutero (o Hitler).

Hay un cierto coraje intelectual, que algunos llamarían desvergüenza, al decir en este preciso momento que la visión de la nueva Reforma es necesariamente una esperanza que viene de Alemania. Es divertido leerlo justamente ahora, cuando hasta los germanófilos están comenzando a creer que el caso de Alemania es desesperado. De todos modos, el líder religioso en cuestión es llamado, por lo que veo, a proponer cualquier nueva Reforma que ponga la esvástica por encima de la cruz e incite a los hombres a que sean arrogantes germanos antes de permitirles que sean compungidos cristianos. Todo eso puede ser llamado Reforma, en el sentido de ser una forma nueva; pero me parece a mí, desde el punto de vista del pensamiento religioso, que es la verdadera esencia de lo que no tiene forma, lo informe.

XIV
Niños y distributismo

Espero que pensar que no soy excepcionalmente arrogante no sea signo de arrogancia soterrada; o que si lo fuere, mi religión me impida estar satisfecho de mi orgullo. Lo cierto es que existe una terrible tentación de regodearse en el orgullo intelectual para todos los que participan de esta filosofía, en medio de la confusión y el fárrago, y el caos de filosofías verborreicas y triviales que nos rodea hoy en día. Pese a ello, no hay muchas cosas que me muevan a algo parecido al desprecio personal. No siento ningún desprecio por el ateo, que es a menudo un hombre limitado, constreñido por su propia lógica a una simplificación muy triste. Tampoco desprecio al bolchevique, que es un hombre llevado por la misma simplificación negativa a una rebelión contra errores que son muy ciertos. Pero existe un tipo de hombre hacia el cual sí siento lo que sólo puedo calificar como desprecio. Y ése es el propagandista popular de lo que él —o ella— describe de forma absurda como control de la natalidad.

Desprecio el control de la natalidad, en primer término, porque es una expresión débil, indecisa y cobarde, que se usa para disimular, y así conseguir el apoyo hasta de aquellos que en principio rechazarían lo que encierra su verdadero sentido. El proceso que estos curanderos recomiendan no controla, en realidad, ningún nacimiento, sólo garantiza que no va a haber ninguna natalidad que controlar. No pretenden, por ejemplo, determinar el sexo o hacer alguna selección al estilo de la pseudociencia que llaman «eugenesia». La gente normal produce nacimientos; y esta clase de personas sólo puede impedirlos. Ellos saben perfectamente que deberían escribir «prohibición de la natalidad» allí donde escriben la hipócrita frase «control de la natalidad». Pero saben tan bien como yo que la frase «prohibición de la natalidad» causaría escalofríos en el mismo instante en que fuera puesta en titulares de prensa, proferida desde tribunas o distribuida en anuncios, como se hace con cualquier otra medicina de curanderos. No se atreven a llamarla por su nombre porque su nombre verdadero es mala propaganda. Por eso usan una

frase convencional y sin significado, capaz de presentar su curanderismo como algo inocuo.

Desprecio el control de la natalidad, en segundo lugar, porque es una propuesta débil, indecisa y cobarde. No es ni siquiera un paso en el farragoso camino que ellos llaman eugenesia; sino negarse de plano a dar el primer y más obvio paso en el camino que conduce a la eugenesia.

Cuando se acepta que su filosofía es correcta y se tiene claro el camino que ha de seguirse, su curso de acción es evidente, pero ellos se niegan a seguirlo y ni siquiera se animan a confesarlo. Si lo que la cristiandad ha considerado moral no tiene sentido, porque sus orígenes son místicos, entonces deberían sentirse libres de ignorar toda diferencia entre los hombres y los animales, y consecuentemente tratar a los hombres como animales. No necesitan andarse con rodeos, darle vueltas al rancio y tímido compromiso llamado control de la natalidad. Nadie lo aplicaría a un gato. El camino obvio para los partidarios de la eugenesia es actuar con los bebés como actuarían con los gatos. Permitan que lleguen al mundo todos los bebes, para después ahogar a los que no nos gustan. No veo ninguna objeción a esto que no sea la argumentación moral o mística con que nos hemos opuesto al control de la natalidad.

Tal comportamiento sería propia y razonablemente euge-nésico, porque podríamos seleccionar a los mejores, o al menos los más saludables, y sacrificar a aquellos a los que se llama «inadaptados». Con el débil compromiso implícito en la prevención de la natalidad estamos, muy probablemente, sacrificando a los adaptados para producir únicamente inadaptados. Los nacimientos que impedimos pueden ser los de los mejores y más hermosos niños; los que permitimos, los de los más débiles o los peores. Y esto es probable porque este hábito del control de la natalidad desalienta la paternidad precoz, la de la gente joven y vigorosa, permitiéndoles dejar la experiencia para años posteriores, principalmente por motivos económicos. Hasta que no vea aparecer un verdadero líder, un pionero progresista que proponga un programa científico bueno y audaz para ahogar a los bebés, no me uniré al movimiento.

Hay una tercera razón para mi desprecio, mucho más profunda y por lo tanto mucho más difícil de explicar, en la que están enraizadas todas mis razones para ser lo que soy o intento ser, y, sobre todo, para ser distributista. Quizás la mejor manera de explicarla sea diciendo que mi desprecio se dispara hasta convertirse en tendencia a la mala conducta cuando oigo la sugerencia, muy extendida, de que se impiden los nacimientos porque la gente

desea estar *libre* para ir al cine o comprar un tocadiscos o una radio. Lo que me hace desear pisotear a esas gentes como si fueran felpudos es que usen la palabra «libre», cuando con cada uno de esos actos se encadenan al más servil y mecánico sistema que haya sido tolerado por los hombres. El cine es una máquina para proyectar formas llamadas imágenes, que transmiten la noción que los más vulgares millonarios tienen sobre el gusto de las más burdas multitudes. El tocadiscos es una máquina que sirve para reproducir el tipo de melodías que ciertos comercios y otras entidades deciden vender. La radio es mejor; pero tampoco se salva de lo que marca la modernidad de los otros instrumentos: la impotencia de los que reciben sus mensajes. El aficionado no puede desafiar al actor, el dueño de la casa gritará inútilmente frente al tocadiscos, la turba no puede apedrear al moderno parlante, sobre todo porque es un altavoz. Los tres forman parte del mecanismo que suministra a los hombres lo que sus patrones piensan que deben recibir.

Por el contrario, un niño es precisamente el signo y el sacramento de la libertad personal. Es una tierna voluntad libre que se añade a las demás voluntades del mundo; es algo que sus padres han decidido producir libremente y que libremente acuerdan proteger. Ellos sienten que cada diversión, cada gozo que les proporciona —que a veces es considerable— verdaderamente proviene de él y de ellos, y de nadie más. Ha nacido sin la intervención de ningún jefe o señor. Es una creación y una contribución, su propia y creativa contribución a la creación. Además es mucho más bello, maravilloso, entretenido y asombroso que cualquiera de las historias rancias o las tintineantes melodías de *jazz* suministradas por las máquinas. Si los hombres han dejado de sentir que es así, es porque han perdido el aprecio por las cosas primarias y, por consiguiente, todo sentido de la proporción en relación con el mundo. La gente que prefiere los placeres mecánicos a semejante milagro está agotada y esclavizada. Prefiere la escoria antes que la fuente primigenia de la vida. Prefiere la última, torcida, indirecta, copiada, repetida y muerta creación de nuestra agonizante civilización capitalista a la realidad que supone el único rejuvenecimiento verdadero de cualquier civilización. Son ellos los que abrazan las cadenas de su vieja esclavitud; y es el niño quien está preparado para formar parte del nuevo mundo.

XV
Tres enemigos de la familia

El señor Aldous Huxley iluminó con un brillantísimo relámpago de ironía todo el abominable paisaje de lírica utopía de una humanidad artificial, hecha de hombres y mujeres fabricados, al titularlo con la vieja frase romántica *Brave New Word*[68]. La cita proviene de aquel supremo momento de la magia de la juventud alimentada por la magia de la ancianidad, cuando Miranda la maravillosa se transforma en Miranda[69] la maravillada, frente a la sin igual maravilla del primer amor. Usarlo como el lema de un sistema que, habiendo perdido toda la inocencia, necesariamente ha perdido la capacidad de maravillarse, fue un rasgo de ingenio. Sin embargo estaría bien recordar que, en comparación con otros mundos, en los cuales la misma obra se lleva a cabo más débilmente pero casi con igual cantidad de maldad, la utopía de los extremistas tiene algo de la integridad intelectual propia de los extremos, incluidos los de locura.

La horrible colmena humana —¿o inhumana?— descrita en la novela del señor Huxley es ciertamente un mundo vil, un mundo sucio y, fundamentalmente, un mundo infeliz. Pero es sin duda un mundo nuevo, y en ese sentido es un mundo valiente. Por lo menos ha sido necesaria una cierta cantidad de valentía, tanta como brutalidad, para que un sistema de ese tipo pudiera ser implantado en el mundo de los hechos. Se necesita algo de coraje y hasta de espíritu de sacrificio para instaurar algo tan completamente repugnante como eso.

Pero esa misma obra se está llevando a cabo en otros mundos que no son particularmente nuevos, y que no tienen nada de valientes. Son gente de otra clase, mucho más común y convencional, que no solamente está trabajando para crear semejante paraíso de cobardía, sino que luchan eficazmente por él mediante una conspiración de cobardes. La actitud de esa gente hacia la familia y la tradición de sus virtudes cristianas es la de hombres que quieren herir, pero tienen miedo de dar el golpe. Están preparados para subvertir y minar siempre que no se los llame a combatir a cara descubierta. Los que así

proceden son más de la mitad, o más bien cerca de los dos tercios de los que escriben en los más respetables y convencionales periódicos capitalistas. Nunca se dirá lo suficiente que lo que ha destruido a la familia en el mundo moderno ha sido el capitalismo. Sin duda podría haberlo hecho el comunismo, si hubiera tenido una oportunidad fuera de esa tierra salvaje y semimongólica en la que florece actualmente. Pero, en cuanto a lo que nos concierne, lo que ha destruido hogares, alentado divorcios y tratado las viejas virtudes domésticas cada vez con más desprecio, ha sido la época y el poder del capitalismo. Es el capitalismo el que ha provocado una lucha moral y una competencia comercial entre los sexos; el que ha destruido la influencia de los padres a favor de la del empresario; el que ha sacado a los hombres de sus casas a la busca de trabajo; el que los ha forzado a vivir cerca de sus fábricas o de sus empresas en lugar hacerlo de cerca de sus familias y, sobre todo, el que ha alentado por razones comerciales un desfile de publicidad y chillonas novedades que es por naturaleza la muerte de todo lo que nuestras madres y nuestros padres llamaban dignidad y modestia. No es el bolchevique, sino el jefe, el publicitario, el vendedor o el agente comercial quien ha derribado y pisoteado, como una salvaje invasión de bárbaros, la antigua estatua romana de Verecundia.

Pero como lo hacen los hombres de esa clase, está hecho a su propia, bochornosa y atolondrada manera; con los trucos irresponsables de su pestilente capacidad de sugestión y su sucia psicología. Por ejemplo, se burlan permanentemente de las viejas virtudes y limitaciones victorianas, que, como ya no existen, parece poco probable que puedan defenderse. Lo hacen más con imágenes que con palabras escritas, porque las palabras escritas tienen un sentido, y alguien podría cargar con la responsabilidad de imprimirlas. Hacen desfilar rígidas y horribles imágenes de mujeres con miriñaques, como si eso fuera todo lo que se hubiera podido ver cuando Maud entró en el jardín y fue saludada con aquella canción.[70] Afortunadamente los amigos de Maud, que hubieran retado a duelo al periodista y su fotógrafo, están muertos; estos satíricos de la era victoriana se aseguran muy cuidadosamente de que todos sus enemigos estén muertos. Algunos de esos valientes caricaturistas han sido vistos portando una caseta de baño[71] tan gallardamente como si fuera una ametralladora. Es conveniente atacar de esa manera valerosa y corajuda a las casetas de baño, porque ya no hay casetas de baño que atacar. Luego comparan aquel mundo pasado con fotografías de la «chica moderna», en varias etapas del movimiento nudista, con la confianza de que una cosa tan vulgar será, obligatoriamente, popular. Por lo demás, la chica moderna flota

en un mar de sentimental desaliño, lanza un continuo chorro de expresiones acerca de su frescura y su franqueza, la perfecta naturalidad de su maquillaje o el coraje sin precedentes de la decisión de no tener hijos. Todo, en fin, está adobado con una terrorífica e hipócrita verborrea acerca de la camaradería, más sentimental que los anticuados sentimientos.

Cuando veo a la familia hundirse en esos pantanos de amorfa futilidad amorosa, me siento inclinado a decir: «¡Tráiganme a los comunistas!». Mejor es soportar las batallas bolcheviques y el valiente mundo nuevo que ver el antiguo hogar del hombre corrompido silenciosamente por tales gusanos de sensualidad soterrada y apetito individual. «El cobarde lo hace con un beso, el valiente con la espada»[72].

Hay una tercera cosa de la que me siento inclinado a pensar que me desagrada más que las otras dos. No se trata del ataque del comunista a la familia o de la traición del capitalista a la familia; sino que es la vasta y asombrosa visión del hitleriano defendiéndola. La manera en que Hitler garantiza la independencia de la familia consiste en hacer depender de él y su Estado medio socialista a todos y cada uno de los padres; preserva la autoridad de los padres ordenándoles lo que tienen que hacer. Su noción del mantenimiento de la sagrada dignidad de la vida doméstica consiste en emitir órdenes perentorias para que el abuelo se levante a las cinco de la mañana para hacer flexiones o para que la abuela marche veinte millas hasta un campamento para ganarse una bandera con la esvástica. En otras palabras, interfiere en la vida familiar todavía más que los bolcheviques, pero lo hace en nombre de la sacralidad de la familia. No es más esperanzadora que las otras dos manifestaciones sociales, pero, eso sí, es más cómica.

XVI
El catedrático y el caballero

Christopher Hollis ha escrito un excelente libro sobre John Dryden. Es un libro excelente e instructivo, pero no tan divertido como algunas de las críticas que ha recibido. En este momento me interesa fundamentalmente en lo que concierne a la postura general de los críticos de formación académica, que han sustentado por tan largo tiempo la teoría histórica que a menudo se denomina «parlamentarismo», pero que es en realidad plutocracia. Es de alguna importancia para el movimiento distributista, porque fue la defensa oficial de aquella política lo que hizo posible que fuese esquilmado el pueblo. Hay algunas cosas interesantes que señalar sobre la posición actual de esos críticos oficiales.

Para empezar, su tono, que tiene una curiosa diferencia con el que se usaba en mi juventud, cuando los historiadores eran tan simples como Macaulay; o casi podría decir cuando los eruditos eran tan ignorantes como Macaulay. Porque un hombre puede ser muy instruido y a la vez muy ignorante, y Macaulay alcanzó esta combinación para asombro de los cielos y la tierra. Macaulay despacharía en pocas palabras, o imaginaba que lo podría hacer, a cualquier joven que jugara a ser jacobita[73]. Era tan impaciente con ellos como con cualquier excéntrico, y la suya era una impaciencia honesta, tenía una especie de inocencia. Pero los críticos de su bando han perdido hoy en día la inocencia. Saben de sobra que han sido derrotados batalla tras batalla por los grandes hechos, y ponen un llamativo cuidado en abordar solamente los hechos pequeños. Cualquiera que dijese hace treinta años que Carlos no era un tirano destronado por una indignada democracia, hubiera sido tratado como una especie de señor Dick[74], con el rasgo de debilidad de sollozar sobre la cabeza del rey Carlos. El crítico de hoy en día no se atreve a aparecer como el verdugo (aunque, como el verdugo, puede usar una máscara para no ser reconocido); ni tiene el temple de sacudir la cabeza del rey Carlos delante del pueblo y gritar sin miedo: «¡Contemplad la cabeza de un traidor!». Por lo tanto, se centra de un modo mucho más fastidioso y personal que nunca sobre

la antigua, profunda, apremiante y decisiva pregunta: ¿desde cuál de las vidrieras de Withehall salió Carlos I para que le cortaran la cabeza? Y ésa, como observó Disraeli muy certeramente, es una de las dos o tres infalibles maneras de convertirse en un plomo.

El *nuevo* profesor de la vieja historia es más bien un plomo, y lo que es peor, es un plomo nervioso. No sólo arrastra las palabras, sino que además tartamudea. Y su tono, como dije, ha adquirido un muy particular acento de agria timidez. Leí una crítica del libro del señor Hollis publicada en un semanario altamente erudito y muy reconocido. Y me dejó preguntándome si el crítico que la escribió había leído en realidad el pasaje en el que Hollis, comparando los métodos de Dryden y Pope, cita en su totalidad la famosa sátira del segundo de los poetas sobre Addison. Represente acertadamente o no a Addison, retrata a la perfección al crítico:

> Deseando herir y sin embargo temeroso de atacar
> sólo alude a una duda y su aversión es vacilante.
> Condena con débil alabanza, asiente con un educado
> gesto
> y sin burlarse, enseña al resto la burla.

Por encima de este tono inconfundible, de nuevo se nota el cambio de método que he comparado al que va de reír ante el señor Dick y la cabeza de Carlos I a discutir cuál fue el umbral que tuvo el honor de ser pisado por los pies del rey Carlos. En la presente crítica encontramos un excelente ejemplo del método que se usa para no tener que presentar combate sobre el tema principal, eligiendo la disputa sobre una futilidad. El señor Hollis hace la excelente observación, muy justa y valiosa, de que una de las desventajas de las revoluciones es que a menudo desembocan en nuevas y rígidas represiones impuestas por los propios revolucionarios. Pone como ejemplo el gobierno de Guillermo de Orange, que censuró un tipo de controversia que fue permitida mucho más libremente bajo el reinado de los últimos Estuardo. Nuestro crítico sugiere, a propósito de esta afirmación, que el autor y todo su libro son históricamente poco fiables, basándose en que da una visión errónea del gobierno de Guillermo de Orange, porque la censura fue levantada más tarde, creo que en 1695.

Lo que interesa es que se impuso una nueva censura; y la forma de probar que no existió consiste, para el crítico, en decir que sólo duró ocho años. Pues bien, la filosofía general del señor Hollis puede ser correcta o estar equivocada, pero su afirmación general es un comentario perfectamente

verdad. La puntillosa corrección del crítico, si es acertada, no tiene el más mínimo interés filosófico o racional para nadie; no guarda ninguna relación con la sustancia del asunto; sólo dice que alguien hizo algo, pero que no lo hizo siempre. Esto es lo que quiero decir cuando afirmo que una facción se preocupa por las trivialidades y la otra por la verdad. La sugerencia del señor Hollis tiene mucha importancia para nosotros, que convivimos con verdaderas revoluciones, bolcheviques o hitlerianas. No es necesariamente una total condena de las revoluciones. Es simplemente una nota de la historia de las mismas. Pero su historia es una historia natural, mientras que la pedante historia académica se ha vuelto del todo antinatural.

Se dice que un gran silencio sobrevuela los grandes campos de batalla y existe, ciertamente, un asombroso silencio sobre las grandes derrotas recientes de la teoría de la historia sustentada por los orangistas. El señor Hollis comienza su libro señalando la coincidencia de que Dryden se sentara a pescar a la orilla del mismo río que contemplaba María Estuardo desde la torre de Fotheringay. El asalto y la toma de la torre, con todos sus secretos, fue una lucha que en su época hizo muchísimo ruido, estruendo que ha sido seguido por un asombroso silencio. Casi nada se dice de su increíble conclusión, simplemente porque la parte principal de la acusación contra la reina católica ha sido totalmente destruida. Teniendo en cuenta lo muy importante que era que las Cartas del cofre[75] fueran todas auténticas, es muy divertido encontrar qué poco importante parece ahora que, en realidad, la mayoría sean falsificaciones. La guerra fue terrible y despiadada cuando pensaban que la ganarían, y es normal, casual y caballeresca ahora que saben que la están perdiendo.

Este interludio intelectual, por lo menos, ya ha pasado; Inglaterra está retornando a su propio pasado, y apenas podría encontrar un mejor estandarte de batalla que el que el propio Macaulay tuvo la magnanimidad de llamar «el alto penacho de Dryden». Tropecé con otra crítica del libro sobre Dryden, que va mucho más allá que esa especie de hostilidad negativa que acabo de criticar, que era, después de todo, sólo la confesión de que la escuela *whig* y puritana de historia está combatiendo en una acción de retaguardia, ya en plena derrota; consiste, principalmente, en una más bien fútil descarga de fusilería a distancia. En lugar del viejo y rugiente cañoneo de Macaulay, en la práctica sólo «oímos el distante fuego al azar que dispara morosamente el enemigo». Pero esta última crítica implica algo más universal y significativo que lo antes comentado. Representa la sorprendente, engañosa y por momentos apasionante confusión de esa gente que se autodenomina «mente

moderna». Digo apasionante, porque cuando un engaño se vuelve tan demencial, alcanza casi el carácter de relato de misterio. Es como si el hombre moderno hubiera sufrido un golpe en la cabeza y nosotros fuéramos detectives que tratan de descubrir al autor de la agresión.

¿Qué pudo pasar para que el educado y, a veces, clásico crítico de este periodo sufriera un severo golpe con un instrumento romo que lo llevara a escribir de semejante manera? El crítico en cuestión usa más o menos estas palabras: «No tenemos razón alguna para dudar de la sinceridad de la conversión de Dryden al catolicismo romano; pero, tratándose de un hombre tan grande como Dryden, ¿tiene eso alguna importancia?». Así es la mente moderna, ésta es la selva primigenia que han rescatado, así son los susurrantes pinos y abetos esenciales. Ésta es la jungla. Éste es el más espeso de todos los matorrales y el más espinoso de todos los zarzales. Como el Hermano Conejo[76], encuentro difícil descubrir un sendero a través de él, y no veo cómo podríamos trazar una senda en su seno.

Siempre podemos comenzar sirviéndonos del primitivo instrumento llamado razón, y tratar de que penetre algo de luz usando un poco de lógica. En la medida en que entiendo el argumento, deduzco que sólo si John Dryden hubiera nacido retardado, o si hubiera sido un burro y un tonto enteramente insignificante en la vida intelectual y social de su época, hubiera tenido gran importancia saber si era o no sincero, con una sinceridad que interroga su alma, en su aceptación intelectual de toda la filosofía católica. Pero como no era un burro, sino un poeta; como no era un retardado sino un hombre de ingenio, como no era persona sin cerebro sino que tenía un cerebro poderoso, entonces nos debe resultar indiferente que semejante intelectual pueda aceptar semejante filosofía. Dryden era tan gran pensador que no importa lo que pensaba; buscaba con tanto empeño la verdad que nadie debe interesarse en saber si la encontró. Por tanto, solamente en el caso de un hombre pequeño debemos interesarnos por la gran verdad que pensó descubrir. ¿Cómo, les pregunto, puede haber gente que se enzarce en a un enredo de tales proporciones? ¿Cómo puede ser un hombre un sincero católico y a la vez considerarlo superior a su catolicismo? ¿Cómo puede ser separada su grandeza de algo tan grande como la creencia en la existencia de un orden universal en la vida, la muerte y la eternidad, si realmente era tan grande y tenía esa creencia? Tendría algún sentido decir que Dryden no era sincero; pero está admitida su sinceridad. Tendría algún sentido decir que Dryden era pequeño; pero la crítica está basada precisamente en el reconocimiento de su grandeza.

Cuando todo el mundo hablaba de la necesidad de remover los tabúes victorianos, yo me decidí a erradicar el único tabú victoriano que realmente era un tabú sofocante e insensato: el tabú del tema de la religión auténtica y su verdadero e inevitable lugar en la vida cotidiana. Muchas de las cosas que los modernos llaman tabúes victorianos son tan antiguas como los Diez Mandamientos o las máximas de Confucio. Pero este tabú sí es verdaderamente victoriano, o sea que ha surgido recientemente, en un sistema social vulgar, comercial y cobarde. No se trata de la noción de si es justo o equivocado ser musulmán; es la creencia de que no le puede importar serlo, ni siquiera a un musulmán. Lo que es totalmente intolerable es la idea de que todos deben pretender, en bien de la paz y del decoro, que la inspiración moral sólo puede provenir de cosas seculares, como el distributismo, y resulte imposible que provenga de cosas espirituales como el catolicismo. Ésta es la idea fija, pétrea como un fósil, que yace bajo todo el laberinto de convenciones incrustado en la mente del crítico cuyas palabras he citado. No tiene nada que ver con lo que él llamaría ser religioso, o con la imposición de la religión a él o a cualquier otro. Ningún católico piensa que es un buen católico, porque si pensara así, por ese mismo pensamiento se transformaría en un mal católico. Yo, por lo pronto, no me siento tentado de hacerme ninguna ilusión en ese sentido: me temo que muy a menudo, cuando he tenido que madrugar para ir a misa, he dicho con un gruñido *Tantum religio potuit suadere malorum*[77], que, debo aclararlo a los musulmanes, no es una cita de la misa. Pero el crítico que nos ocupa no dice, a la grandiosa manera de Lucrecio, «sólo la religión puede persuadir a los hombre de tales males». Dice: «Sólo la religión no puede, en realidad, haber persuadido de nada a nadie». Él pertenecía a un estúpido paréntesis de la historia intelectual, en el cual los hombres no reconocían en la religión una amiga o una enemiga; suponían que un hombre podía ser grande a pesar de ella y hasta sin hacer ninguna referencia a ella. Este interludio intelectual nunca fue demasiado intelectual, y de todas maneras, ya ha pasado.

XVII
El templo y la agorafobia

La construcción de una gran catedral en una gran ciudad y, especialmente, en un gran puerto, es decir, en una ciudad que es una puerta abierta al mundo, recuerda ciertas verdades que están curiosamente olvidadas o, todavía más curiosamente, han sido desmentidas o tergiversadas. Antes de empezar a contar los millones de errores y malentendidos que separan a los hombres de la Iglesia católica, debemos tener en cuenta un error enorme y elemental, que tiene que ver con el problema de la escala humana y la posición del hombre en el mundo. Para decirlo en pocas palabras, el hombre que teme entrar en la iglesia se imagina por lo común que lo que siente es una especie de claustrofobia, pero lo que en realidad padece es una especie de agorafobia. Algunos incidentes históricos menores, casi exclusivos de la peculiar manera en la que sobrevivió el catolicismo en Inglaterra, han dejado a muchos ingleses la extraordinaria noción de que esta fe es un asunto de rincones y huecos.

Como las monjas imaginarias de imposibles novelas, estos honrados protestantes caminan con el permanente miedo a terminar «enclaustrados». Para ellos la típica actitud católica no es encaminarse hacía algo grande como una iglesia, sino hacia algo tan pequeño como el confesionario. Y en su pesadilla, un confesionario es una especie de trampa para hombres, y hasta en su misma apariencia es una mezcla de jaula y ataúd. Tal idea fantástica se ve reforzada con el uso de la palabra «celdas», que para una comunidad protestante evoca las de las prisiones y no las celdas monásticas. Lo mismo les sugiere la palabra «cripta», en la cual, sin duda, debe haber algo críptico. Éstas y otras etiquetas tradicionales han mantenido en este país la costumbre de hablar como si el peligro de convertirse en católico fuera el de ser enterrado en un oscuro y profundo agujero. Y sin embargo esta tradición era no propiamente una leyenda, sino algo muy parecido al simulacro. Incluso el hombre que decía estas cosas sabía en el fondo de su corazón, o por lo menos tenía una vaga idea de ello en lo más profundo de su mente, que su miedo era

el temor a algo más grande que él mismo y sus tradiciones tribales; que realmente estaría, y así lo dijeron ambos bandos, abandonando una iglesia nacional por una internacional. Como dije, no era claustrofobia, no era el miedo a una cripta o una celda; sino que era agorafobia, o el miedo al foro, al mercado, a los espacios abiertos y los colosales edificios públicos.

El miedo a la Iglesia también era en parte miedo al mundo para el sectario auténticamente insular e individualista. Puede detectarse en el terror que sentían algunos de los *tories* ingleses del pasado hacia la cultura cosmopolita de los jesuitas, a quienes consideraban de verdad como una especie de anarquistas universales. Puede verse también en su exagerada repulsión hacia los muy variados experimentos, fracasos y éxitos del Barroco. De casi todos los diferentes tipos de no católicos de nuestro tiempo podemos decir con justicia que, para convertirse en católicos, tendrían que ampliar su mente. Deberían acostumbrarse, más de lo que lo están ahora, a las grandes avenidas y los amplios espacios. Lo que quieren decir los puritanos que piensan que la Iglesia es pagana es que abre una muy amplia avenida, que es la única avenida que queda para conectarnos con la Antigüedad pagana. Esto es principalmente lo que se pretende afirmar cuando se insiste que la Iglesia cobija a toda clase de gente dudosa o de conocida mala reputación, a toda la abigarrada turba de vagabundos, mercaderes y mendigos que dan vida a cualquier plaza de mercado. *Quidquid agunt homines*[78] (donde actúen los hombres); hasta Matthew Arnold vio sabiamente que éste era el verdadero lema de la vida práctica de la Iglesia romana.

Algunos católicos, además, por supuesto, de muchos de los protestantes, han hablado del peligro de exhibir ante el mundo una pompa y un triunfalismo que pueden ser fácilmente calificados de mundanos. Sin duda los papas del Renacimiento, cuando llenaron Roma con trofeos propios de los triunfos de los césares, hicieron algún daño y crearon cierto resentimiento, dando lugar a la calumnia de que el Padre de los Cristianos usurpaba el título de Rey de Reyes, olvidando su propio título de Siervo de los Siervos. Pero, si se considera la naturaleza humana en su conjunto, su método estaba justificado, porque era una especie de proclamación de la profunda Verdad mencionada más arriba: que la fe pertenece a las alturas y los espacios abiertos y a la redondez de toda la tierra, y por tanto no es lo que sus enemigos continúan calificando desesperadamente de conspiración.

Esta manera de pensar la contradice el continuo uso en los edificios públicos de lo que es grande en el diseño y hospitalario en la intención. El arte, especialmente la arquitectura, puede expresar así realidades que son a la

vez demasiado grandes y demasiado elusivas como para ser expresadas con palabras. La catedral de San Marcos de Venecia es, en cierto modo, un edificio muy curioso, y algunos ojos nórdicos no la ven, de ninguna manera, como una catedral. Se colorea con el amanecer y el crepúsculo, y así parece entrar en relación con los propios confines de la tierra; es un edificio abierto similar a un puerto y lleno de poesía popular, como un palacio de cuento de hadas. Es decir, expresa el hecho esencial y primigenio de que el catolicismo no es una fe estrecha, que conoce las posibilidades creativas del mundo más que lo que éste mismo puede conocer, y que sobrevivirá a todas las expresiones mundanas y temporales de la cultura.

La cristiandad ha viajado hacia el norte y ha fundado puertos más ricos en mares más fríos; ha sido remplazada y congelada temporalmente por gélidas herejías, pero para su gloria y expansión mantiene incólume el mismo principio, el que expresan la magnificencia y gloria de los grandes edificios, el que se muestra en la amplitud de las grandes puertas que declaran la fraternidad de los hombres, o en la construcción de grandes cúpulas que señalan el rumbo cierto de su destino. Hoy, otro edificio de esa clase se está construyendo en lo que la fantasía del señor Belloc llamó una vez «puerto en el norte»; y su amplitud y su escala serían ciertamente cosas vanas si no sirvieran para recordarnos dos verdades esenciales: la primera, que los límites de la fe aún pueden ser ampliados en este mundo, y, lo que es mucho más importante, que la fe amplía el mundo por sí misma, que el mundo sería pequeño sin ella.

XVIII
En la neblina

Sobre Dublín, la cúpula del cielo brillaba con la terrible claridad de un cristal ardiente, y tan resplandeciente hueco o rotura en los grises cielos de Irlanda era en sí misma un portento, con algún matiz de milagro. Pero a pesar de que era un fenómeno muy extraño para su clima, resultaba curiosamente representativo de la mentalidad de Dublín. Aunque casi desconocido en Irlanda, era un clima irlandés. Encajaba con la mentalidad irlandesa, brillante para la comunicación y acostumbrada a la continua mezcla de la lucidez y la ligereza. Y aún resultaba mucho más irlandés porque guardaba, como siempre sucede en verano, una leve amenaza de trueno. Era como si la luz fuera en realidad un relámpago que brillaba entre dos tormentas. Y yo, que amo a ambos países con mi mejor y mayor pasión, no pude evitar decirme a mí mismo: «Ésta es la verdadera luz de Dublín. Y cuando regrese a mi hogar, me encontraré en la niebla de Londres».

No se puede describir la diferencia que hay entre ambas, pero ésa es su más cercana descripción. Hay más odio en Dublín, y sin embargo, hay un sentido más fuerte de la justicia. Hay todavía más calumnia en Dublín que en Londres, pero, en un extraño sentido, hay más verdad. Lo que hay en Londres no es tanto falsedad como falsificación; y no tanto falsificación como niebla. Después de una semana en Irlanda, las noticias políticas de los diarios ingleses me hicieron pensar en una gran atmósfera saturada de vapor y habitada por fantasmas.

No tiene sentido calumniar u odiar a hombres, porque no son los mismos durante diez semanas seguidas, y nunca son el hombre real. Daré dos ejemplos, los dos hombres que resultaban ser las cabezas de los dos sistemas parlamentarios de ambos países en ese momento. No pondré el ejemplo de Jim Thomas[79], porque no se corresponde con la seriedad de este tema. Jim Thomas es un chiste, y siento decir que un chiste que actuaba en nuestra contra. No pertenece al mismo mundo histórico que De Valera[80], ni siquiera

desde el punto de vista de aquellos que odian a De Valera, que probablemente abundan más en Irlanda que en Inglaterra.

Sí me ocuparé, en cambio, de la figura relativamente digna del reverenciado líder del señor Thomas, para señalar, muy respetuosamente, que es un fantasma. Es una aparición, en realidad no está allí. Por lo menos la figura con la que se le identifica no está realmente en ese lugar. Los londinenses viven en una niebla de periodismo, de la que emerge de tiempo en tiempo una figura que adopta ciertas actitudes espectrales, y luego se desvanece en la niebla y es olvidada.

No hace muchos años, vimos aparecer entre la niebla algo así como la pálida faz de un enemigo, la cara de un traidor. Se tambaleaba, harapiento. Era como si hubiera sido destrozado por una turba de patriotas; tenía un palo de golf roto en sus manos, y se diría que se lo habían roto en la cabeza al expulsarlo por traición de un club de golf de moda. Le habían pillado in fraganti, cuando se tomaba el vil trabajo de escapar a Estocolmo para acordar una paz traicionera, y sólo fue frustrado por la gallardía de nuestros marineros británicos. Era el más salvaje rufián del ILP[81] y usaba una corbata roja, que ciertamente le había sido enviada en secreto desde Moscú. Pues bien, tras mostrarse en actitudes reveladoras de bajeza moral y perfidia política, esta persona se desvaneció en la niebla y nunca volvió a ser vista. Era el infame James Ramsay MacDonald, de atroz memoria.

Pero he aquí que ha habido un ligero lapso en la memoria. La multitud que aguardaba en la neblina tenía, sin embargo, otras diversiones. Poco hacía que se había tropezado con una bella y ennoblecedora visión; una majestuosa y atractiva presencia, revestida enteramente con banderas inglesas y llevando la antigua corona cívica *ob cives servatos*, la del Salvador del Estado. Porque se trataba, en verdad, del noble estadista que se convirtió en la cabeza gobierno nacional, sacrificando el partido al patriotismo y destrozando triunfalmente al traidor Henderson[82]. Era el heroico James Ramsay MacDonald, de inmortal memoria mientras se lo recuerde. Una vez existió otra persona llamada Henderson que fue el patriota cuando la otra persona llamada MacDonald era un traidor; pero nadie puede ahora recordar a ninguna de estas otras personas. Quizás es cierto que ninguno de los dos ha existido. Nunca hubo un traidor llamado MacDonald que traicionó a su patria para ponerla en manos de sus enemigos, como tampoco hubo un patriota llamado MacDonald que abandonó su partido por la patria. Todas esas sombras en la pantomima de sombras de la política londinense no tienen ninguna relación con el respetable, algo vanidoso, autosuficiente «escocés ascendente», que ha

medrado en la profesión de político de forma menos escandalosa que la mayoría. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de la niebla londinense y la luz diurna de Dublín.

En Dublín viven hombres que asesinarían a De Valera, y otros que darían su vida por él. Pero no existen hombres que ignoren los hechos principales que hablan a su favor o en su contra. Que no es un irlandés nativo, en el sentido común de la frase, y que viene de Estados Unidos es algo conocido y admitido por sus amigos y sus enemigos. Así debe ser en Irlanda, porque allí la familia lo es todo, y un hombre no puede presentarse como el señor Brown sin provocar las más abrumadoras murmuraciones sobre los Brown. Que ayudó a la lucha guerrillera que algunos llaman asesinato de soldados ingleses es, por supuesto, un motivo de orgullo y no de disculpa, pero por lo menos no es objeto de mentiras. Que fue anticlerical, en el sentido de que los obispos y sacerdotes se opusieron en su mayor parte a su irreconciliable indignación, lo sabe todo el mundo, hasta los clérigos o los clericales que más tarde acudieron en su apoyo. No hay nadie en Dublín que no conozca la historia de De Valera, pero no hay casi nadie en Londres que sepa la historia de MacDonald. Esto es lo que yo llamo niebla londinense.

XIX
El momento histórico[*]

El Congreso Eucarístico en Dublín tiene una faceta que la mayoría de los ingleses pasará totalmente por alto. Los ingleses han pensado mucho sobre Irlanda, incluso cuando pensaron demasiado poco en ella o pensaron solamente contra Irlanda. Cuando los polemistas son informados de que no deben debatir sobre política o religión, los más espirituales e inteligentes contestan que no hay ninguna otra cosa sobre la cual merezca la pena discutir. Y sin embargo existe una tercera cuestión, que no corresponde exactamente al debate sobre política o religión en Irlanda, que ha invadido todos los clubes de debates en Inglaterra. Esa tercera cuestión es la historia. El problema que se presenta se resume diciendo que el inglés medio apenas conoce su significado cuando la menciona. El inglés medio sintió antaño un caluroso y hasta heroico odio a la religión católica romana, que se ha convertido desde hace tiempo en mucho más suave y tolerante. No obstante, se ha ampliado cada vez más, si no de precedente en precedente, por lo menos de prejuicio en prejuicio. En el peor de los casos, la curiosidad morbosa y maligna ha sido remplazada por la más cristiana cualidad de la ignorancia. Pero lo importante es que la hostilidad religiosa se ha atemperado, y la especial hostilidad política también. El inglés medio sintió en otro tiempo una apasionada desconfianza patriótica hacia la política irlandesa; miraba su esperanza en la libre expresión de su nacionalidad como un simple y loco motín que quería romper su imperio. También esa mentalidad se ha convertido con el tiempo en un estado de opinión más suave y mucho más tolerante. El inglés medio probablemente no entiende mejor a los irlandeses ahora que, por ejemplo, en tiempos de Gladstone y Parnell; pero hoy está mucho menos dispuesto a castigarlos por ser diferentes. El inglés ya no abomina del señor Gladstone; no es probable que asista a la celebración del aniversario del Boyne[83] y está menos temeroso de incurrir en la maldición de Cromwell, porque últimamente él mismo ha comenzado a maldecir a los puritanos.

Pero hay algo que difícilmente se le pasara por la cabeza, lo pequeño que es el periodo de la historia que nos separa de Gladstone, o de Guillermo de Orange, o del mismo Oliver Cromwell. Siglos antes de que los ingleses tuvieran siquiera la sospecha de que pudieran ser protestantes, años antes de que los irlandeses tuvieran alguna necesidad de ser nacionalistas, se movía a través del mundo la luz de los grandes faros de Roma, ya se registraba la omnipresencia de esas ideas y cosas históricas, hieráticas, ahora coronadas por sus dos mil años. El equivalente del congreso era el concilio, esa antigua asamblea de la cristiandad que se movía tan rápidamente de Atenas a España como de Arabia a la Galia. Cualquier persona de mente amplia conocedora de la historia, que es la mayor de todas las obras de la imaginación, puede percibir lo superfluo que es permitir que peleas menores y más recientes borren enteramente el recuerdo de esa capital en marcha, la ciudad alada, voladora. Donde hubiera presencia conciliar, estaba Roma. Roma se levantó en las arenas del desierto africano, Roma se alzó en las rocosas mesetas de Toledo. Hace pocos años, Roma apareció en Australia, la cruda y remota colonia bajo la Cruz del Sur.

Y hoy Roma está en Irlanda, el más antiguo de los países de la cultura celta de Occidente. Su presencia ya era antigua cuando la civilizada Irlanda educó a la Inglaterra bárbara, o más bien, civilizó a algo que era demasiado bárbaro todavía para ser llamado Inglaterra. Ya era antigua cuando Inglaterra convirtió a Alemania; cuando San Bonifacio partió desde nuestro propio pueblo para bautizar a los bárbaros del Rin. Este sentido de la majestad de las grandes distancias de la historia humana y de los grandes cambios que ha provocado entre nación y nación, es la auténtica medicina capaz de apaciguar y curar las peleas tribales de los hombres.

La historia antigua unirá a las naciones. Ciertamente no lo hará la historia moderna, que sólo ha conseguido dividirlas. Menos aún lo hará la historia futura, de la que nadie puede saber nada, pero que se manifiesta en una serie de utopías descartadas sucesivamente por los propios utopistas. La mejor esperanza para las relaciones entre Inglaterra e Irlanda está en que ambas reconozcan la autoridad humana de la historia y la realidad del hecho que es real, lo llamemos Europa o cristiandad. Para los ingleses, la dificultad estriba en entender que ellos provienen de la antigua religión. La dificultad que se presenta a los irlandeses es comprender que provienen de la civilización antigua. Irlanda siempre fue romana en su religión, pero nunca lo fue en su gobierno. Inglaterra fue siempre romana en su gobierno, y repentinamente dejó de ser romana en su religión. Decir que novedades tales como la radio y

la aviación han unido a las naciones es una falsedad. Inglaterra e Irlanda son sólo dos entre muchas otras naciones todavía más divididas. No son las novedades, sino las cosas antiguas las que unifican a la humanidad; es en el pasado, en la historia, donde redescubrimos a la humanidad. Es estrictamente en el Génesis, en los principios, donde encontramos la hermandad de los hombres, aunque todavía exista controversia sobre quién era Abel y quién Caín.

XX
María y el converso

Me educaron en un rincón del mundo protestante que se identifica bien cuando decimos que a la Santísima Virgen la llamaba «La Madonna». A veces simplemente «Madonna», por un recuerdo genérico de la pintura italiana. No era un mundo lleno de prejuicios o falto de educación; no miraba a todas las Madonnas como ídolos ni a todos los italianos como dagos. Pero había elegido esta expresión extranjera para evitar tanto la reverencia como la irreverencia, por aquello del instinto inglés para el compromiso. Es una expresión muy curiosa, si nos paramos a pensar en ella. Venía a significar algo así como que un protestante no debe llamar a María «Nuestra Señora», pero puede decirle «Mi Señora». En abstracto, esto parece indicar una familiaridad todavía más íntima y mística que la que hay en la devoción católica. No necesito decir que no era así. Yo no permanecí inmune a esta extraña evasión victoriana que consiste en traducir palabras peligrosas o impropias a lenguas extranjeras. Pero tampoco permanecí inmune a un cierto respeto, sincero pero indefinido, por el papel que las madonnas habían jugado en la historia cultural y artística de nuestra civilización. Por cierto que el inglés, de ordinario reverente, nunca hubiera intentado ser irrespetuoso con esa tradición, aunque fuera mucho menos liberal, viajado y leído que lo que fueron mis propios padres. Por otra parte no era consciente en absoluto de que estaba diciendo «Mi Señora», y si se le señalaba el hecho de que en realidad generalmente decía «una Mi Señora» o «la Mi Señora», hubiera estado de acuerdo en que desde luego era una cosa rara.

Sería muy ingrato por mi parte olvidar que fui afortunado gracias a la relativa racionalidad y moderación de mi familia y mis amigos. Hay todo un mundo protestante que consideraría tal moderación como un protestantismo demasiado tibio. Nunca sentí, conocí, ni entendí, ni siquiera en mi niñez, esta extraña fobia a la adoración a María, la insana vigilancia que busca hasta las más pequeñas señales del culto a la Virgen como si fueran las manchas anunciadoras de una plaga. Una manía que la presume ocupada en una secreta

y permanente vulneración de las prerrogativas de Cristo. Tampoco pensaron de esa manera quienes me criaron. No sabían casi nada sobre la Iglesia católica, y ciertamente no imaginaban que algún pariente pudiera llegar a pertenecer a ella; pero sabían que nobles y hermosas ideas habían sido presentadas al mundo bajo la forma de esta sagrada figura, como bajo la de los dioses o héroes griegos. A la vez que descartamos que esta atmósfera protestante fuera activamente anticatólica, debo decir que, además, mi caso personal era algo curioso.

Me he puesto a escribir irreflexivamente sobre un tema a la vez íntimo y audaz; un asunto que, por su propia magnitud, debería hacer imposible el egoísmo, pero que sólo puede ser personal. *María y el converso* es el más personal de los temas, porque la conversión es algo más personal y menos comunitario que la comunión, e implica la intervención de sentimientos individuales a modo de introducción a los sentimientos colectivos. Y también porque el culto a María es, en cierto sentido, un culto personal, alrededor del cual siempre debe existir la adoración a un Dios personal.

Dios es Dios, el hacedor de todas las cosas visibles e invisibles. La Madre de Dios está relacionada en un especial sentido con las cosas visibles, porque ella pertenece a esta tierra y Dios fue revelado a los sentidos humanos a través de su ser carnal. En la presencia de Dios debemos recordar todo lo que es invisible, incluso en el sentido de lo puramente intelectual; las abstracciones y las leyes absolutas del pensamiento: el amor a la verdad y el respeto por la razón recta y la lógica de las cosas, que Dios mismo ha respetado. Porque, como insiste en decir Santo Tomás de Aquino, Dios mismo no contradice el principio de no contradicción. Pero Nuestra Señora, al recordarnos especialmente al Dios encarnado, encarna de alguna manera todos esos elementos del corazón y de los instintos más elevados que son legítimos atajos en el camino hacia el amor de Dios.

Por lo tanto, no es fácil, ni mucho menos, el manejo de esos sentimientos personales. Espero que no se me malinterprete si utilizo un ejemplo puramente personal, porque es precisamente este aspecto de la religión el que no puede ser impersonal. El hecho de que siempre haya tenido una curiosa nostalgia de esta particular tradición, aún viviendo en un mundo que la consideraba una leyenda, puede haber sido un accidente o un favor del cielo altamente inmerecido, pero es un hecho. No solamente fui seducido por esa idea cuando todavía estaba atascado en la etapa de escepticismo escolar, sino que fui afectado por ella mucho antes, incluso antes de haber compartido la religión de mi infancia, en la que la Madre de Dios no encontraba un lugar

adecuado. Hace poco encontré fragmentos de una pésima imitación de Swinburne, garabateados con una horrible caligrafía. Creo que el escrito estaba dedicado a lo que por aquel entonces yo hubiera llamado fiel imagen de la Madonna. Y puedo recordar claramente haber recitado las líneas del *Himno a Proserpina,* contradiciendo deliberadamente la intención de Swinburne, dedicándoselas a la nueva Reina Cristiana de la vida, en lugar de a la ya caída reina pagana de la muerte:

> Pero yo retorno a ella todavía; habiendo visto que al final
> [prevalecerá;
> Diosa y doncella y reina, mantente cerca de mí ahora
> [y hazte amiga mía.

Desde entonces tuve la inicialmente oscura y muy vaga, pero poco a poco cada vez más clara, idea de estar luchando por la defensa de todo lo que Constantino había establecido, de la misma manera que el pagano de Swinburne había defendido lo que aquél destruyó.

Todavía resulta evidente que el mundo no converso, ya sea puritano o pagano, pero especialmente si es puritano, tiene una noción muy extraña de la unidad colectiva de los asuntos o los pensamientos católicos. Sus mayores representantes, aunque no sean encarnizados enemigos, nos ofrecen una curiosa lista de los elementos que ellos suponen que constituyen la vida católica; un extraño conjunto de objetos, como velas, rosarios, incienso… Siempre les impresiona fuertemente la enorme importancia y necesidad del incienso, las vestiduras, las ventanas ojivales. Y también se alteran por la presencia de toda suerte de cosas, esenciales o no, citadas en cualquier orden: los ayunos, las reliquias, las penitencias o hasta el Papa. Pero incluso en su atolondramiento testimonian una necesidad que no es tan insensata como sus intentos de satisfacerla: la necesidad de algo que resuma «todo ese tipo de cosas», que realmente describa el catolicismo. Por supuesto que puede ser descrito desde dentro, mediante la definición y desarrollo de sus primeros principios teológicos, pero ésa no es la necesidad de la que estoy hablando. Lo que quiero decir es que los hombres necesitan una imagen clara y bien perfilada, una imagen que les defina de forma instantánea lo que distingue al catolicismo de lo que dice ser cristiano o que, incluso, es cristiano en cierto sentido. Ahora apenas puedo recordar un tiempo en el que la imagen de Nuestra Señora no se alzase en mi mente de forma completamente definida al mencionar o pensar en todas estas cosas. Yo me sentía muy alejado de todas ellas y, posteriormente, tuve muchas dudas; más tarde disputé con todo el

mundo, incluso conmigo mismo, por su culpa; porque ésa es una de las condiciones que se producen antes de la conversión. Pero tanto si esa imagen era muy lejana, o bien oscura y misteriosa, constituía un escándalo para mis contemporáneos, o un desafío para mí mismo. Nunca llegué a dudar de que esa figura era la figura de la fe, que ella encarnaba en un ser humano completo. Cuando recordaba a la Iglesia católica la recordaba a Ella. Cuando intentaba olvidar a la Iglesia católica era a Ella a quien intentaba olvidar. Y cuando, finalmente, logré ver lo que era más noble que mi destino, el más libre y fuerte de todos mis actos de libertad, fue frente a una pequeña y dorada imagen suya en el puerto de Brindisi, momento en el que prometí lo que habría de hacer si llegaba a regresar a mi país.

XXI
Un siglo de emancipación

Para conocer de verdad cómo anda el mundo, no es mal método tomar una frase o un titular de la prensa y darle la vuelta, sustituyéndola por su opuesta, para ver si así tiene sentido. Generalmente, resulta. En tal amasijo de convenciones gastadas se ha convertido nuestro periodismo cotidiano. Recientemente se dio un excelente ejemplo, relacionado con las perspectivas del catolicismo y el protestantismo. El editor del *Sunday Express,* en un tiempo conocido como un amistoso comentarista, vino a decir que no tenía ningún prejuicio contra los católicos o los anglo-católicos, que los respetaba profundamente, pero que Inglaterra (evidentemente incluido él mismo) era sólidamente protestante. He aquí un ejemplo muy preciso de lo que es exactamente contrario a la verdad. Tengo los más amistosos sentimientos hacia ese caballero, y sin la más mínima animadversión contra él digo que lo único que tiene de sincero, activo y vivo es su anticatolicismo, y ninguna otra cosa. Lo que está en marcha hoy en día en el mundo es el anticatolicismo, con exclusión de cualquier otra idea. Ciertamente no se trata del protestantismo, ni siquiera de pelagianismo. Si la religión de la Inglaterra moderna debe ser llamada protestantismo, al menos debe haber algún otro adjetivo que la pueda calificar más cabalmente. Sea lo que sea, no es ciertamente un sólido protestantismo. Quizás podría calificarse de protestantismo líquido.

Esto marca el principal cambio del siglo transcurrido desde la emancipación católica. Las circunstancias políticas de la rendición final de los *tories* a la emancipación fueron, por supuesto, complejas. A algunos la emancipación les parecía una especie de monstruo híbrido creado por dos principios opuestos: la supervivencia de la antigua religión y las ideas de la Revolución francesa. Pero en este tipo de cosas hay, además de contradicciones, sutiles y complicadas armonías. De alguna manera, lo fundamental del enfrentamiento entre Roma y la Revolución francesa era bastante parecido a la reciente disputa entre Roma y los realistas franceses. Era la resistencia a un paganismo extremo, que había contado con no poca

simpatía de algunos católicos antes de que la idea alcanzara sus últimas consecuencias. Hubo incontables clérigos liberales en los primeros momentos de la Reforma; Pío IX comenzó por ser lo opuesto a un reaccionario, y la atmósfera era tal que el propio y gigantesco protagonista de la emancipación católica, el gran Daniel O'Connell, pudo combinar un apasionado ultramontanismo con el más amplio liberalismo, sin sufrir ninguna escisión en la unidad de su mente ni en la humanidad general de sus ideales. Los que lo odiaban tanto por radical como por católico romano no hubieran encontrado ninguna inconsistencia en esas dos ideas detestadas. Lo que tenemos que comprender de aquella situación inicial es que el fanatismo estaba en el otro campo; y en cierto sentido, que la teología estaba en el otro bando. No lo podemos apreciar claramente en los estadistas del momento, porque eran oportunistas o librepensadores. Wellington tuvo su Waterloo; pero era un buen soldado, y por consiguiente retrocedió cuando era inútil resistir. Pero si buscamos en la masa del pueblo, encontraremos una verdadera resistencia religiosa, porque el pueblo tenía una religión verdadera. Esa resistencia se encuentra ahora únicamente en Estados Unidos, donde un demócrata de la talla de Daniel O'Connell es amenazado con la exclusión política por el solo hecho de ser católico. En algunos puntos, los americanos están cien años atrasados.

Sin embargo, este tipo de exclusión política no será el principal problema del futuro. Cualquiera que sea la relación de Roma con el nuevo mundo, podemos estar seguros de que su autoridad no será transferida a Dayton, Tennessee. Los efectos políticos de la emancipación política son relativamente fáciles de prever, y dilucidarlos es la parte más fácil de la especulación sobre aquel tiempo. Todo el mundo sabe que la emancipación católica nunca condujo y nunca conducirá a los desastres políticos que algunos profetizaron. El católico duque de Norfolk jamás fue sorprendido intentando imitar a Guy Fawkes[84], y lord Russell de Killoween rara vez, quizás nunca, invitó a una flota española a nuestras costas. Fuera de ciertas fiebres puritanas, presentes sobre todo en Estados Unidos, no hay razón para suponer que el mundo será tan poco razonable como para arrepentirse de haber elegido alcaldes católicos o enviado embajadores católicos. Se oyen aún hipócritas consideraciones sobre una supuesta alianza con el extranjero, pero esto es porque una hipocresía puede sobrevivir por mucho tiempo a su causa. Los hombres que tienen los ojos bien abiertos saben perfectamente que el internacionalismo católico, que pide a sus fieles respeto hacia sus gobiernos nacionales, es considerablemente menos peligroso que el internacionalismo

financiero, que puede hacer que un hombre traicione a su país, o que la revolución internacional, que puede lograr que lo destruya. Es posible que bajo la presión de las conversiones al catolicismo el mundo retorne a más antiguos y rudos métodos de persecución; pero no es probable a corto plazo.

Si nos olvidamos del lado político para contemplar ahora las perspectivas espirituales, encontramos un cambio que se expresa por lo que es opuesto a la máxima periodística que hemos mencionado más arriba. Debemos saber en qué se ha convertido Inglaterra bajo todos los puntos de vista, si queremos pronosticar lo que será en el futuro.

Si queremos medir la distancia entre la fecha de emancipación y nuestros días, entre la emancipación católica y sus consecuencias al cabo de un siglo, encontraremos que esta cita periodística resulta muy importante. Si quisiéramos describir el carácter de Inglaterra hace cien años, lo mejor sería decir que era sólidamente protestante; o que el protestantismo inglés era sólido. Y entenderemos mejor el cambio moderno si nos preguntamos qué significa esa solidez. Tenía un significado muy definido que ahora ha desaparecido tan completamente que los que más lo invocan son los que tienen menos posibilidades de imaginarlo. No existe ninguna sólida confianza hoy en día. Lo que significaba la solidez de entonces era que los tipos y clases de la sociedad real y sinceramente interesados en la religión creían que el protestantismo probablemente era superior a la religión católica. Este sentimiento era más fuerte en las clases medias, especialmente la clase media más rica. Pero esta clase media ha ido volviéndose cada vez más rica y más fuerte, lo que era lógico en una comunidad fundamentalmente mercantilista y capitalista, con una multitud de profesionales y comerciantes ricos, de cabeza dura, y sin embargo de mente clara. Y digo esto último porque, a pesar de que los ingleses tienen fama de no ser lógicos, ellos eran mucho más lógicos que ahora en esos días. Si se sentaban largo tiempo alrededor de una botella de vino, empleaban un tiempo mucho mayor todavía en discutir sus políticas; no vivían entre apresurados cócteles y titulares apresurados. Puede que su política mercantil fuese estrecha de miras, pero era muy amplio el número de ellos capaz de exponer detalladas opiniones sobre asuntos económicos, como por ejemplo el libre cambio. Y así como sus políticas surgían de ciertas teorías precisas, fueran falsas o verdaderas, su religión consistía en determinadas doctrinas muy precisas, ciertas o falsas. Si alguien hubiera preguntado a uno de esos protestantes por qué era protestante, o qué significaba para él ser protestante, le habría explicado su doctrina al instante, de la misma manera que un librecambista hubiera explicado el libre cambio.

Había algunos ingleses, por supuesto, a los que todo este asunto les resultaba mucho más difuso o indiferente; pero estos últimos no eran los que daban el tono a aquella sólida Inglaterra mercantil. La plebe pensaba en el Papa como en un fantoche, como el monigote en el que habían transformado a Guy Fawkes; pero no olvidemos que los pobres eran, en el mejor de los casos, tratados como si fueran niños, permitiéndoseles, como a los chicos, hacer de cualquier cosa un juego o un monigote. Una gran parte de la alta aristocracia había sido bastante escéptica y pagana a lo largo de todo el siglo XVIII, e incluso desde el siglo XVII, y el mismo tacto y la discreción informal que mantienen unida a esta clase le impedía insultar públicamente a la religión protestante de Inglaterra. Y esta religión era nacional y protestante, esto es, era la religión del ciudadano común.

Si en 1828 usted le hubiera preguntado a un bien educado protestante inglés por qué el protestantismo estaba en lo cierto y los papistas estaban equivocados, no hubiera tenido la menor dificultad en contestar. Por supuesto, el primer argumento que usaría enfáticamente sería el más utilizado desde aquellos tiempos: la literal inspiración y certeza de las Escrituras Hebreas, y, a veces, de la traducción inglesa de dichas Escrituras. Es el punto de vista que todavía prevalece en rincones provincianos, y se le llama fundamentalismo.

A principios del siglo XIX, puede decirse que casi todo el protestantismo era fundamentalista. Pero es un grave error suponer que el verdadero protestante histórico no tenía otra cosa que hacer que tirar una Biblia a la cabeza a los demás. Lo que apreciaba era el esquema teológico de la Salvación que supuestamente era revelado por la Biblia, de la misma manera en que el librecambista consideraba a Adam Smith el instrumento de una teoría. Había dos grandes versiones de esa teoría teológica; una, universal en Escocia y predominante en Inglaterra, que sostenía que Dios, en el mismo acto de la Creación, había elegido a algunas personas y rechazado a otras como beneficiarias de la Redención. La otra, que los hombres sólo podían recibir a Dios aceptando este esquema teológico de Salvación, y que sus buenas obras no ejercían ninguna influencia en el resultado. La última era la gran doctrina de la fe independiente de las obras, tan universalmente reconocida como la principal del protestantismo, y que se puede decir que definía la totalidad de esta creencia, con excepción de aquellas personas en las que el protestantismo adoptaba la forma más feroz del calvinismo.

No estamos buscando argumentos en contra del protestantismo: éste era el principal argumento que se podía presentar a su favor. Era el argumento popular, el más persuasivo y el más coherente. De esta idea, la aceptación

instantánea e individual de la expiación por un puro acto de fe, surge el sistema entero, de ella provienen todos los elementos que hacían atractiva esta forma de cristianismo. Por eso resultaba tan fácil, tan personal, tan emotiva; todo el peso del cristianismo caía a los pies de la Cruz. No distinguía grados de pecado ni detallaba penitencias; porque las obras no tenían nada que ver con todo ello. Por eso no necesitaban confesor ni sacramento de penitencia, porque eso nada podía hacer para mitigar los pecados, que, o eran faltas sin esperanza, o ya estaban abolidos o ignorados. Y por eso era considerado inmoral rezar por los muertos, porque los muertos no tenían más alternativas que una instantánea salvación por la sola fuerza de la fe, o una inevitable condena por la falta de ella. Por eso no podía haber ningún progreso en la vida venidera; o, dicho en otras palabras, no existía el purgatorio. Tal cosa significaba ser protestante: supresión de las plegarias por los muertos, negación de cualquier progreso después de la muerte, negación de cualquier religión que confiara en las buenas obras. Ésta era la gran religión protestante de Europa Occidental (de la que siempre hablaremos tan respetuosamente como lo haríamos de la virilidad e igualdad propias del islam), la religión protestante que, hace cien años, era normal y nacional. Era, según la frase del periódico, sólida.

Hoy en día, su carácter de fe normal y nacional se ha desvanecido por completo. Ni siquiera el 10 por ciento de la población desaprueba la oración por los muertos. La guerra, al matar a muchos millones de personas, mató también esa perversa pedantería. Ni siquiera el 10 por ciento de la gente es calvinista o sostiene la prevalencia de la fe frente a las obras. Tampoco el 90 por ciento de los hombres piensa que se irá al infierno si no acepta instantáneamente la teoría teológica de la Redención; y quizás sería mejor que lo hiciera. Ni el 10 por ciento de los hombres cree que la Biblia sea infalible, como creían los protestantes de otro tiempo. De ese maravilloso sistema de pensamiento religioso, atronadoramente proclamado contra Roma en tantos sermones, esgrimido contra Roma en tantos panfletos, arrojado desdeñosamente contra Roma en tantas reuniones del Exeter Hall y tantas sesiones del Parlamento, no queda nada. De todo esto, en cuanto afecta a los movimientos de vanguardia de las clases educadas y al futuro del mundo, nada ha quedado.

Pero todavía queda una cosa. El anticatolicismo permanece, aunque ya no es protestantismo, en igual medida en que no es pelagianismo ni donatismo. Y es un factor que hemos de tener presente si queremos hacer una estimación del panorama actual. El protestantismo es solamente un nombre; pero es un

nombre que puede usarse para encubrir cualquier «ismo» excepto el catolicismo. Hoy es un recipiente dentro del que se pueden volcar las infinitas cosas que por miles de razones se oponen a Roma. Pero puede ser llenado por ellas porque está hueco, porque está vacío. Toda negación, toda nueva religión, toda revuelta moral o toda irritación intelectual que pueda hacer que un hombre rechace la llamada de la fe católica se juntan aquí en un confuso montón, cubiertos por la anticuada pero conveniente etiqueta del protestantismo. Cuando un periodista asegura que hay un sólido protestantismo, lo que quiere decir es que hay una fuerte renuencia o resistencia al retorno de los ingleses a su antigua religión. Y hasta cierto punto, puede estar en lo cierto. Pero el montón no está ordenado, es un revoltijo, y la resistencia no es racional, en el sentido de tener una razón clara y comúnmente aceptada, y si tiene un color predominante es precisamente el opuesto del que predominaba en el protestantismo clásico. Es más opuesto al calvinismo que el catolicismo, insiste en las obras todavía más que los católicos; piensa en la vida futura en una manera menos definitiva y mucho más progresista que la doctrina católica del purgatorio, y convertirá a la Biblia en algo mucho menos importante de lo que lo es para el catolicismo.

Siguiendo cada uno de los puntos en los cuales el protestante atacó al Papa, ese protestante diría ahora que el espíritu moderno es una simple exageración de los errores papistas. Mientras el espíritu moderno sea tan poco definido, tan común a todas estas creencias, mientras sea un espíritu que puede ser llamado liberal o laxo, no representa en ningún momento el espíritu del protestantismo. Proviene de la Revolución francesa y del movimiento romántico, e indirectamente, de hombres del Renacimiento como Rabelais o Montaigne y, en último término, mucho más de Moro o Erasmo que de Calvino y Knox. Cuando los predicadores protestantes repiten en la presente crisis, casi siempre monótonamente, «no perderemos las libertades que ganamos hace cuatrocientos años», dejan ver a las claras lo poco que comparten la religión que defienden.

No fue conquistada ninguna libertad hace cuatrocientos años: no había nueva libertad alguna en instituir el sábado escocés o predicar la predestinación, ni tampoco en doblegarse frente al terror de los Tudor o el terror de Cromwell. Lo razonable es pensar que, al igual que los católicos, su libertad la ganaron hace cien años. Puede sostenerse que esa libertad es resultado de las revoluciones americana y francesa y del idealismo democrático que apareció con el siglo XIX y parece en peligro de decadencia con el XX. Sobre todo, se puede sostener que hoy en día tienen cierta clase de

libertad, no por ser protestantes, pues no lo son, sino porque son cualquier cosa que se les ocurra, o ninguna si lo prefieren. La tienen porque son teístas, teósofos, materialistas, monistas o místicos de su propia cosecha. Cuánto vale esta libertad, y qué posibilidades tiene de dar algún fruto positivo o creativo, es otra cuestión. Pero para poder augurar cómo será la próxima fase, es necesario ser consciente de que la presente es una etapa de libertad negativa, por no decir de anarquía. Sea lo que sea, no es protestantismo; y sea lo que sea, no es cosa sólida.

Tal es la verdad simbolizada en el debate sobre el Libro de Oración, en el que una multitud de librepensadores, inconformistas y gentes de cualquier otra opinión decidieron los asuntos de la Iglesia de Inglaterra. Me siento muy orgulloso de que los católicos se abstuvieran de hacerlo, evitando incurrir en una acción de notorio mal gusto. Pero en este hecho hay matices que apenas se han tenido en cuenta. No se toma en consideración que hasta una multitud, ya se reúna en el City Temple o en San Pablo para escuchar a un deán o a un canónigo, es a menudo casi tan heterogénea y dudosa en su composición religiosa como los miembros del Parlamento. Hay muchos inconformistas que no están conformes con el no conformismo. Cuando nos referimos a un hombre de iglesia, a menudo se trata de alguien que nunca va a la suya. Así de grandes son las diferencias que existen dentro del mismo grupo y hasta dentro de la misma persona. Si queremos entender el problema moderno, simplemente debemos elegir al azar a un típico inglés, y darnos cuenta de lo lejos que está de tener alguna creencia. Digamos que ese típico inglés ha sido criado como congregacionista, pero se ha alejado de esa facción; por puro hábito un poco negativo, es anglicano; por dudas no respondidas y una difusa ciencia popular se ha transformado en agnóstico; a veces se ha preguntado si no habrá algo interesante en la teosofía; ha asistido a una o dos sesiones espiritistas… Éste es el hombre con el que tenemos que tratar, y no un rígido protestante con el rótulo de metodista, o un rígido ateo con el rótulo de materialista. Éste es el hombre al que debemos convertir, después de que cien años de relativa libertad política hayan dejado la vieja Inglaterra protestante muy detrás de nosotros y todavía mucho más atrás de la nueva Inglaterra católica. Es justo decir, por supuesto, que los acontecimientos han contradicho tanto las profecías de los que promovieron la emancipación católica, como las de los que se resistieron a ella. Muchos liberales apenas disimularon su idea de que emancipar al catolicismo equivaldría a extinguirlo. Muchos pensaron que estaban tolerando una superstición agonizante: algunos pensaron que al tolerarla la estaban matando. Y al final es la superstición

contraria la que ha muerto. Pero siempre existirán nuevas supersticiones, o por decirlo más moderadamente, nuevas religiones. Una estimación general de la probable evolución del mundo pondrá de relieve cuál será la influencia de esas nuevas religiones, hombro con hombro con la vieja idea del agnosticismo.

Lo más interesante de esta especulación es la pregunta sobre cuál de estos dos movimientos será en el futuro el más formidable enemigo de la fe. Sabemos lo que se quiere expresar cuando se dice que la Iglesia es meramente conservadora y el mundo moderno progresista. Se quiere decir que la Iglesia es permanente y que las herejías son contradictorias. Ya lo hemos señalado en el caso del protestantismo y de los hombres que ahora combaten al protestantismo para atacar al catolicismo. Pero un ejemplo del contraste entre la continuidad y la volubilidad es que la Iglesia siempre es criticada a la luz de la última herejía. Se supone que la Iglesia consiste fundamentalmente en lo que precisamente esa herejía viene a desaprobar. Todavía pervive una parte tan grande de la tradición protestante que una gran mayoría supone que las principales características del catolicismo son las que aparecían como manchas a los ojos de la última escuela de críticos. La *romanidad* está supuestamente construida con papas, purgatorio y confesionarios, e incluye las más extrañas cosas, tales como incienso, rosarios e imágenes de santos. Pero éstas eran las cosas más importantes para los protestantes, no para los católicos, y ni siquiera para los otros opuestos al catolicismo. Un mahometano no relacionaría a Roma con el purgatorio, porque él cree en el purgatorio; un budista no la relacionaría con las imágenes, porque él también cree en las imágenes; un viejo pagano no se hubiera sentido horrorizado con el incienso, porque él también lo usaba. Un seguidor de la Ciencia Cristiana no estaría de acuerdo en que todas las historias de curaciones milagrosas son fraudes. Un espiritista no creería que todos los mensajes sobrenaturales comunicados a través de los hombres son falsos. A través de los nuevos místicos vendrá una lista de acusaciones y desafíos totalmente nueva. En la medida en que las nuevas religiones encabecen la oposición, surgirá una nueva clase de controversias. Con los sanadores, por ejemplo, acerca del misterio de la materia, o con los investigadores psíquicos, sobre las influencias del mal. Y todo esto nos alejará cada vez más de los problemas protestantes, y dentro de cien años la Iglesia parecerá a sus enemigos algo totalmente diferente de lo que parecía hace cien. Parecerá diferente porque será la misma.

Ahora bien, si ninguna nueva religión resulta suficientemente importante como para convertirse en cabeza de la oposición, el cambio inmediato será

mucho más sencillo. Probablemente habrán bastado dos siglos para completar la transición del protestantismo al paganismo. La Iglesia estará nuevamente cara a cara con su primer y más formidable enemigo; que es mucho más atractivo, porque es más humano que cualquiera de las herejías. Este estado de cosas, que sólo puede ser llamado paganismo, es fácilmente definible aunque ha sido malinterpretado muy a menudo. En cierto sentido podría denominarse materialismo práctico, es decir libre de la estrechez del materialismo teórico. El pagano buscaba sus placeres en las fuerzas naturales de este mundo; pero no insistía tan estrictamente en secas negaciones del otro. Por lo general, admitía una vaga frontera de lo desconocido, que le daba unas posibilidades de inspiración o recogimiento que le están vedadas al ateo barato, con su mundo de relojería. El adorador del Dios desconocido, por lo menos construía un altar, aunque no grabara en él ningún nombre. Pero me imagino que los hombres que una vez fueron cristianos no tardaron en descubrir, o mejor redescubrir, el profundo defecto que destruyó al paganismo y llenó siglos con el horror de su etapa final. Cuando se convierten en Dios, las fuerzas naturales traicionan a la humanidad con algo que es la verdadera naturaleza de la adoración de la naturaleza. Ya podemos ver a hombres que pierden su salud por la adoración de la salud, que se vuelven odiosos por la adoración del amor, que se convierten en paradójicamente solemnes y agotados por la idolatría del deporte, y en algunos casos en extrañamente morbosos e infectados por la perversión de una inicialmente justa simpatía por los animales. A menos que todas estas cosas estén sujetas a una concepción centrada y bien equilibrada del universo, el dios local se vuelve demasiado vívido, podríamos decir demasiado visible, y castiga a sus adoradores con la locura.

El panteísta siempre está demasiado cerca del politeísta, el politeísta del idólatra, y el idólatra del hombre que practica sacrificios humanos. No hay nada en el paganismo que le permita controlar sus propias exageraciones, y por esta razón el mundo encontrará de nuevo, como ya lo hizo una vez, la necesidad de una filosofía moral universal soportada por una autoridad que tenga el poder de definir. En cualquier caso, este combate entre el paganismo y el catolicismo se librará en campos, es decir temas de discusión que hubieran sorprendido mucho a los hombres que debatieron la emancipación católica hace cien años.

El surgimiento de nuevas temáticas dejará cada vez más clara la ventaja de una antigua religión. Cuando el mundo comience a plantearle nuevos interrogantes a la Iglesia, le serán revelados aspectos enteros de la doctrina y

la tradición católica que estaban ocultos por los accidentes históricos y las recientes querellas demasiado particulares. He aquí una cuestión que no ha sido suficientemente subrayada en las relaciones entre el protestantismo y el catolicismo. Muy a menudo, un protestante ha sido no solamente un hombre que simplemente protesta, sino que lo hace sobre algo en particular. Un hombre que a veces pensó que el problema era Roma, mientras que en realidad se trataba de uno de los mil aspectos de Roma. Cuando nuevos aspectos aparezcan a la luz de nuevos reflectores, el protestante no será derrotado, simplemente quedará fuera del foco, es decir del problema. Un anabaptista desaprueba el bautismo de los bebés; un presbiteriano desaprueba a los obispos; un prohibicionista desaprueba la cerveza, y así sucesivamente. Pero un presbiteriano, como tal, tiene muy poco que decir sobre el subconsciente. Un anabaptista, en tanto que tal, no tiene nada especial que decir a un conductista. Pero un católico puede tener mucho que decir a estas personas. Porque la interpretación católica de la vida ha perdurado mucho más tiempo y ha cubierto tantas condiciones sociales diferentes, ha estudiado tan cuidadosamente tan incontables matices de metafísica o casuística, que realmente está relacionada con casi cualquier tipo de especulación que pueda surgir. Así, en el caso del psicoanálisis y el estudio del subconsciente, la Iglesia se encontrará tarde o temprano defendiendo verdades esenciales de la voluntad y la conciencia contra la marea de salvaje despersonalización que se avecina. Los católicos recuerdan que el catolicismo tiene derecho y razón para hacerlo. Pero un calvinista que ha olvidado a medias al calvinismo no tiene ningún motivo particular para oponerse.

Hay, por ejemplo, una influencia que se hace cada día más fuerte, sin ser mencionada nunca en los periódicos, porque además resulta ininteligible para la gente que piensa como aquéllos. Se trata del retorno de la filosofía tomista, que es la filosofía del sentido común, si se la compara con las paradojas de Kant, Hegel y los pragmáticos. La religión romana es, en el sentido literal del término, la única religión racional. Las demás religiones no son racionales, sino relativistas, pues declaran que la razón es en sí misma relativa y no es digna de confianza, que el ser es el devenir, o que todo tiempo es una transición; dicen que dos y dos suman cinco en las estrellas fijas, que en metafísica y moral hay un bien que está más allá del bien y del mal. En lugar del materialista que dijo que el alma no existe, tendremos con nosotros a los nuevos místicos que dirán que el cuerpo no existe. En medio de todas esas teorías, el retorno de la escolástica será sencillamente el regreso del hombre sensato. Seguirán existiendo modernistas trasnochados y atrasados, puros

resabios del siglo XIX, que repetirán el gastado lugar común periodístico de los escolásticos que sólo se preocupaban por la cantidad de ángeles que podían ubicarse en la punta de un alfiler. Pero será difícil que hasta esta fantasía parezca muy fantástica en un mundo que niega que un hombre se pueda herir clavándose un alfiler en la pierna. Si existen los ángeles, probablemente tendrán alguna relación intelectual con el tiempo y el espacio; y si no existen, todavía existirán hombres, y quizás existan hombres cuerdos. Pero afirmar que no existe el dolor, la materia o el mal, o que no hay ninguna diferencia entre el hombre y las bestias, o entre cualquier cosa y cualquier otra, es un desesperado esfuerzo para destruir toda experiencia y sentido de la realidad, y cuando haya dejado de ser la última moda, los hombres se sentirán cada vez más cansados de ello y buscarán algo que le devuelva la forma a semejante caos y restituya el sentido de las proporciones en la mente humana.

Millones de personas ya se están preguntando si esta solución no está en el orden y la filosofía católicos. Sobre todo, la Iglesia ha reconquistado esa posición única en el mundo en un campo imparcial y bajo la condición más opuesta al favoritismo, cuando lleva sólo cien años disfrutando del derecho de hablar, publicar y votar en las asambleas populares. Así como su Maestro afirmó su divinidad convirtiéndose en un hombre entre los hombres, la Iglesia se ha convertido durante un tiempo en una secta entre otras sectas, para poder emerger al final como algo distinto o superior.

XXII
Términos comerciales

Es desagradablemente significativo que el órgano del imperio[85] haya empezado a designar su política imperial con el alegre nombre de «fusión imperial». El tipo de coalición que todos los pueblos libres han condenado como una conspiración, está ahora tan de moda que se considera cosa buena. Los cortesanos del futuro, en lugar de decir «Su Majestad», dirán «Su Monopolio», especialmente cuando se dirijan a Moriz IV, de la histórica Casa de Mond[86], por entonces ya emperador del Estado mundial. Aunque en realidad creemos que será difícil que exista tal cargo en un despotismo de ese tipo. El hombre que prefiere hablar de la «fusión imperial», en lugar hablar de la protección del imperio o el libre comercio del imperio, participa de esta curiosa tendencia moderna que considera mucho más valioso el vocabulario mercantil que el lenguaje moral o social. La estructura entera de una nación se remodelará a la manera de una gran empresa comercial. El enviado nacional a París, en lugar de ser llamado «Su Excelencia el Embajador de Gran Bretaña», se llamará «Su Excelencia el Vendedor» y viajará con maletas repletas de muestras, orgulloso de su condición diplomática de viajante de comercio. Los periódicos monopólicos nunca se cansan de decirnos que el mundo debería superar el artificial y pomposo lenguaje de los viejos protocolos, los ultimátums y todas esas declaraciones formales de los tratados que han sido denunciadas tantas veces como «diplomacia secreta». Sin duda, los grandes estadistas de los países poderosos, los herederos de Richelieu y Canning[87], se escribirán unos a otros en un inglés más brillante y vivaz, con frases como «margen comercial» o «interés compuesto resultante» cuando sea inevitablemente necesario poner sus arreglos por escrito. Después de todo, sería mucho más comercial efectuar los acuerdos internacionales en voz baja y confidencial, en los intervalos silenciosos entre las expresiones «¿cuál es su porcentaje?» y «diga cuánto». Ésta es la gran ventaja de la nueva diplomacia sobre la antigua diplomacia secreta. La vieja era tan oculta que escribía todos sus secretos en laboriosos documentos que mandaba por oficios del Gobierno

a lo menos cincuenta personas. La nueva diplomacia no necesitará constar por escrito; en realidad será mejor que no conste.

Naturalmente, estamos preparados para que se nos diga que esa nueva, fea y poco digna escuela de modales es muy práctica, y que la vieja escuela, majestuosa y rígida, es poco práctica. Después de todo, la vieja teoría de la dignidad sólo consiguió cosas triviales y secundarias, tales como la creación del Imperio romano, la monarquía y la Revolución francesa, la fundación de la república americana y la creación, mediante una aventura personal, del mismo imperio al que nuestros agitadores y propagandistas sólo pueden ayudar por la propaganda impersonal. Son logros sin importancia, comparados con la obtención del prodigio de que una única mala cerveza de jengibre se venda en todo el mundo gracias a la exclusión y extinción de la buena, o que sobre mil millas cuadradas de la verde tierra de Dios nadie pueda llevar más que un solo tipo de sombrero o poseer una sola clase de casa. Pero, a pesar de que todos estos argumentos son convincentes y persuasivos sin ninguna duda, y tienen una cierta apariencia de sentido práctico y de realismo, estamos dispuestos a completarlos con una sugerencia, dándoles la pista de algo que hasta unos pensadores tan lúcidos parecen haber pasado por alto. Hoy en día se considera horrible mencionarlo, y en realidad es horrible probarlo o experimentarlo. No obstante, puede ser probado o experimentado, y, aunque sólo sea para evitarlo, sería mucho mejor mencionarlo.

La autoridad de los gobernantes debe ser respetada y hasta debe ser amada. Los hombres deben amarla en última instancia, porque es posible que en un momento dado tengan que morir por ella. Ninguna comunidad, ningún sistema constitucional puede sobrevivir y conservar su identidad, si sus miembros no se sienten lo suficientemente identificados con él, de modo que en momentos extremos de peligro lo consideren digno de ser salvado. Los Estados dependerán de la existencia de ese ideal cuando haya una lucha a vida o muerte. Los hombres deben apreciar de Inglaterra algo más que su espíritu comercial; de Francia algo más que el espíritu práctico y cuidadoso del dinero nacional; de Estados Unidos algo más que el hecho de que sea un país monstruosamente rico[*], para que sea posible que un ser humano saludable y de buen humor mate o resulte muerto por alguien, y abandone el sol y los amores de este mundo por defender semejante abstracción. Porque podría darse el caso de que que la teoría más práctica fracasara en el momento más práctico. Es una abstracción útil cuando el problema es si la Commonwealth debe continuar siendo rica o seguir siendo un imperio, o acaso mantenerse

como un monopolio. Pero la abstracción es inútil cuando la decisión que ha de tomarse es si debe seguir existiendo. El Estado materialista, cimentado solamente con dinero, como si fuera barro o cemento, se desmoronará bajo el golpe de cualquier pueblo que sienta amor o lealtad hacia sus dirigentes o su causa, por la simple razón de que los que se preocupan más por el dinero se preocupan mucho más todavía por sus vidas. Nos pueden desagradar el fascismo italiano, el aguerrido nacionalismo de los polacos o el profundo catolicismo de los irlandeses, pero no hay duda de que tienen ideales que pueden ser idealizados. Son concepciones con las que se puede llevar a los hombres a un arrebato de sacrificio. Las imágenes con las que son presentados al mundo, especialmente al de sus adoradores, el águila de oro o plata, la coraza de San Patricio, el saludo romano, son cosas que en la práctica elevan el corazón, y fueron pensadas para que lo elevaran. En pocas palabras, en esas abstracciones hay poesía, y la poesía es la cosa más práctica del mundo.

Si los nuevos imperialistas insisten en hablar de todo en términos de caja y contabilidad, si insisten en llamar fusión a la opción imperial, como hizo lord Beaverbrook, si se empeñan en comparar una elección general con una asamblea de accionistas, como hizo el señor Amery[89], sin duda familiarizarán a la gente con su gobierno, y en un cierto sentido los harán sentirse cómodos, pero no más capaces de amarlo que de amar una inversión desafortunada. Vendrá el tiempo en el que su existencia dependerá del poder que ejerza sobre la imaginación, y entonces sólo habrá dignidad o muerte. Y esa dignidad tampoco provendrá tan solo de un aislamiento imperial que parece preguntar simplemente: «¿Cómo podemos pensar en continentes sin pensar en los Continentes?».

XXIII
Librepensamiento congelado

Me parece que tengo una noticia, que, como solemos decir en Fleet Street, tiene un relativo «valor periodístico». Es poco apropiada para ser transmitida por el hilo telegráfico o proclamada en grandes carteles. No afecta a un solo individuo, sino a una escuela en general. Es un acontecimiento histórico, algo que ha sucedido y ha pasado casi desapercibido entre los muchos cambios del día a día contemporáneo. La sustancia de la noticia es ésta: el tipo de hombre que una vez conocimos como *secularista* se ha convertido en un maníaco religioso.

Por supuesto no está verdaderamente loco en el sentido médico del término; ni tampoco es religioso en el sentido religioso, o quizás no lo es en ningún sentido. Sin embargo, las palabras que usé para describir muy distintos estados de la enfermedad que aqueja a un grupo bastante amplio de gente son las únicas que describen con precisión la gravedad e importancia del hecho. Quiero decir que el tono del viejo ateísmo de Fleet Street, que conocí y amé hace mucho, se ha alterado completamente. Ha acabado pareciéndose casi exactamente al tono de los adventistas del séptimo día, o al de los seguidores de la aurora del milenio, o al de cualquiera de esos extraños, prosaicos y remilgados fanáticos que se pasean por ahí entregándonos panfletos repletos de textos con letras destacadas, en los que se anuncia el advenimiento de un nuevo cielo y una nueva tierra, cuya llegada deducen a partir de una olvidada nube que aparece en el Libro de Daniel o un pequeño cuerno que ha pasado inadvertido en El Apocalipsis. Quizás la manera más rápida de distinguir entre ambos estilos es recordar que el primero era legible y que el segundo es ilegible. Los antiguos argumentos ateos, heredados de Bradlugh y Foote, siempre eran directos y descarnados, y por lo tanto algo pesados, hasta para un agnóstico con alguna noción de historia y filosofía. Pero por lo menos eran tan claros como simples. Todo el mundo está de acuerdo en que un periódico como *The Freethinker* era fácil de leer, aunque algunos de nosotros añadimos que también era fácil de refutar.

Tal como se publica hoy en día, *The Freethinker* no es fácil de leer, cosa que sé porque lo he estado leyendo. Su editor me ha enviado amablemente un ejemplar, que contiene lo que parece ser, por la frecuente mención de mi nombre, un ataque contra mi persona. Considero de buena educación por lo menos responder a ese ataque, aunque no sea fácil, porque no es fácil de entender. Parece tratar de un libro que escribí sobre la literatura victoriana[90], varios años antes de la guerra, pero los librepensadores de Fleet Street, siempre atentos a las novedades, acaban de tropezar con él.

He leído la crítica varias veces, con paciencia, y todavía me intriga lo que su autor quiso decir con algunas de sus alusiones y quejas. Recuerdo que en ese libro tan acertado que se titula *La huida de la razón,* el señor Arnold Lunn narra una experiencia similar con el mismo periódico. En él publica todo lo que los librepensadores piensan sobre su persona, y no siendo capaz de encontrarle ni pies ni cabeza, simplemente deja la tarea al desesperado lector. En su caso la cuestión debatida era cómo cualquiera que crea que existe una buena evidencia histórica de la Resurrección está obligado a creer la historia de Aladino en *Las mil y una noches.* Realmente no tengo idea del porqué. Pero lo que quiero recalcar, antes de intentar explicar observaciones de mi crítico acerca de él y de mí, es este curioso cambio en el periodismo secular, desde un tono inicialmente crudo a otro realmente insano.

Podemos trazar una hipótesis de trabajo, afortunadamente fuera del ámbito de la religión. Puedo imaginarme a un alegre viejo trabajador radical hablando contra el rey y la Cámara de los Lores en el antiguo y viril tono de los motines: «¿Para qué queremos un rey? ¿Por qué ha de tener una corona de oro en su cabeza y yo solamente mi vieja gorra? ¿Qué demonios está haciendo en Buckingham Palace?», y así sucesivamente. Pues bien; a mí me gusta ese tipo de hombre. Me gusta mucho. Sé lo que intenta. Pienso que, en último término, hay mucho que decir a su favor. No se expresa con el estilo de *De Monarchia*[91]*;* no aprecia las sutilezas de Charles Maurras. Pero hay verdad en su pensamiento: la igualdad de los hombres, ese algo implícitamente bueno que existe en la simplicidad republicana. Pero supongamos que ese trabajador, que comienza diciendo que es tan bueno como el rey, reflexiona y en un momento dado enloquece y dice que él es el rey. Supongamos que su queja sea una queja personal sobre su tatarabuelo, y vaya por ahí aburriendo a la gente con árboles genealógicos y documentos que prueban que tiene sangre Plantagenet. Nos damos cuenta de que esto cambiará radicalmente la manera de considerarlo. Todo el mundo sabía lo que quería decir el protestón, pero nadie escuchará lo que quiere decir el lunático.

Ésta es la verdadera diferencia entre el viejo secularista y el nuevo secularista o milenarista.

Ocupémonos ahora de alguna de las cosas que me desconciertan de esas páginas sobre mi persona: «Chesterton usa tiránicamente sus talentos al servicio de la más reaccionaria de todas las iglesias» —a la que no pertenecía en ese momento—. ¿Cómo se pueden usar tiránicamente los talentos? Me gustaría saberlo. «No dedica a los más grandes intelectuales sino los más crudos insultos». Bien, ahí está el libro, cualquiera puede ver lo que realmente dije acerca de Mill, Meredith, Matthew Arnold y Huxley. Decir que no tuve más que crudos insultos para ellos es, en fin, algo que podría ser descrito mucho más crudamente todavía. Parece que Swinburne «es acusado de componer una erudita, amable e indecente parodia de la Letanía de la Virgen Bendita», dice el crítico, y agrega misteriosamente: «Una sugerencia irónica en un país protestante». Aquí no sé qué significa eso de «acusado». Si el crítico leyó a Swinburne, sabe que uno de los primeros versos de *Dolores* es una parodia de las Letanías de la Virgen. Parece una curiosa acusación llamarlo erudito y amable, frase por la que quise decir artísticamente amable en un estilo gótico arcaico, como lo fueron tanto los prerrafaelistas piadosos como los profanos. Si semejante cosa es indecente se puede discutir; pero el crítico está completamente equivocado al imaginarse que sólo los papistas pensaron que era indecente. La indecencia de *Dolores* fue denunciada, mucho más ásperamente de lo que yo soñaría hacerlo, por el primer librepensador de la vida pública inglesa, el difunto John Morley.**[92]**

Tenemos aquí, finalmente, un maravilloso ejemplo de cómo el librepensador se aferra al extremo equivocado del bastón, aunque yo le ofrezca la empuñadura. Escribe esta sorprendente frase: «Ni siquiera los grandes autores del siglo XIX escapan a su papista censura, y son calificados despectivamente de “gigantes lisiados”». No es muy despectivo hacia un autor calificarlo de gigante; pero cualquiera que consulte mi libro podrá ver que los hombres a los que llamé «gigantes lisiados» no fueron «los grandes autores del siglo XIX», sino específicamente los autores victorianos ingleses del siglo XIX, a los que comparé desfavorablemente con los más audaces y francos librepensadores de Francia y el continente. Así, elogié a Renan como un escéptico más lógico que Tennynson, que era un escéptico poco convincente, incapacitado por su respetabilidad y su religiosidad provinciana. Cualquiera concedería que eso era una obvia concesión a los librepensadores. Pero los nuevos librepensadores no leen los libros, los miran febrilmente, en

busca de frases que puedan ser retorcidas para favorecer un prejuicio, como hace el maníaco religioso con la Biblia.

Veamos otro ejemplo. Escribí un artículo, que apareció en el *London Mercury* con el título «El fin de los modernos», en el que traté de describir una cierta cualidad en obras como *Un mundo feliz,* y en buena parte del culto a D. H. Lawrence la característica —no necesariamente mala— de estar cerca del final de su recorrido, haber agotado casi todas sus reservas; de haber estirado los recursos hasta donde podían llegar. Era una nota psicológica y literaria sobre ciertos psicólogos literarios de los últimos años; un escrito que no tenía nada que ver directamente con la religión, y menos con la irreligiosidad. No tenía la más mínima relación, en fin, con ataque alguno al ateísmo. Pues bien; el ateo lee todas estas cosas sobre Lawrence y Aldous Huxley, que para él son terriblemente modernos, por supuesto, y la cuestión es que no puede creer que ningún artículo que yo escriba pueda ser otra cosa que un ataque al ateísmo. Es incapaz de concebir que nadie quiera escribir un artículo sobre los autores modernos y sus dificultades psicológicas, sociológicas y éticas. En consecuencia, pasa la mirada por mi artículo hasta que sus ojos brillan repentinamente al hallar la palabra «blasfemia». Por fin ha encontrado algo que comprende; algo sobre lo cual lo sabe todo. La palabra lo retrotrae a Bradkugh y a los heroicos días de antaño. Aparezco ante sus ojos en la forma del lord Randolph Churchill en los años ochenta, promoviendo la expulsión del decano de Northampton. Finalmente descubro mis cartas, mi escrupuloso ataque al ateísmo, aunque —por alguna oscura razón que sólo yo conozco— prefiero encajarlo en medio de un artículo plagado de toda clase de insensateces acerca de la literatura y un hombre llamado Lawrence. En realidad ¿por qué, y con qué motivo, usé la sagrada palabra «blasfemia»? Para empezar, deseaba dar al lector un ejemplo aproximado de lo que quería decir cuando explicaba que un proceso o un argumento literario puede estar condenado a un temprano agotamiento, o ser de una clase destinada a acabarse. Puse como ejemplo el efecto puramente literario y artístico de la blasfemia. Tuve el cuidado de decir con muchas palabras que estaba hablando solamente de su efecto artístico o literario. Dije que la particular sorpresa o emoción conseguida al romper el silencio acerca de algo santo ya no existe cuando la santidad ya ha desaparecido. Nunca dije una palabra sobre si sería buena la desaparición de la santidad. No estaba discutiendo esa cuestión, sino otra, referente a la corta vida de los efectos literarios, de la cual la blasfemia es un buen ejemplo. Pero la monomaníaca solemnidad del librepensador lo lleva a aporrear con un palo muy pesado al

blasfemo que blasfemó contra la santidad de la blasfemia. Hace una ridícula comparación, según la cual decir «no hay sentido en la blasfemia cuando no hay algo sagrado contra lo que blasfemar» no es más sensato que decir «no hay sentido en la higiene cuando no hay enemigos de la higiene a los que atacar». No sé qué se ha hecho de la capacidad de razonamiento de los ateos.

Obviamente, la comparación no es más que un disparate, porque la higiene es supuestamente útil, tenga o no oposición, mientras que lo que yo dije es que la blasfemia no es asombrosa o emocionante a menos que haya algo a lo que se oponga. Si el secularismo, una vez triunfante y sin oposición, será bueno, es una pregunta que simplemente no me planteé de en ese artículo en particular. Sólo dije que un Estado secular no podría disfrutar eternamente la emoción artística de la blasfemia, y esto es algo que el secularista, después de andarse con muchos rodeos, termina por admitir: «Lo que el señor Chesterton debería haber dicho es que desafiar, criticar o ridiculizar a Dios sólo puede ser posible mientras los hombres crean en Dios. Eso es cierto». Sucede que también eso es lo que el señor Chesterton dijo, precisamente lo único que dijo, y el señor Chesterton se siente gratificado de saber que también resulta ser lo que debería haber dicho. Pero el señor Chesterton dijo, además, otras muchas cosas sobre temas literarios y psicológicos del momento, en los que resulta que está interesado. Y he aquí que ahora está medianamente interesado en el hecho de que el librepensador no está nada interesado en ellos. El ateo no está interesado en nada que no sean los ataques al ateísmo, y por lo tanto insiste en que estoy atacando el ateísmo, aunque explique detalladamente que estoy haciendo otra cosa. En consecuencia, me acusa de decir lo que él mismo afirma que es cierto, o de no probar lo que nunca quise probar.

Pero lo más extraño es que no solamente no estaba atacando al ateísmo, sino que además estaba defendiendo la razón. Estaba haciendo el trabajo del pobre viejo librepensador, defendiendo la razón que él debería defender. La defendía contra el más reciente misticismo de D. H. Lawrence, quien dijo que debemos rebelarnos contra la razón y confiar enteramente en nuestros instintos y emociones. Y esto, señalé, era una muestra de algo que, como la blasfemia en la literatura, puede ser muy estimulante al principio, pero no puede sostenerse por mucho tiempo. El intento de conducir la vida sin una referencia constante a la razón fracasará sin remedio. Ésta era mi posición acerca de todas esas tendencias sociales modernas: opino que fracasarían.

Por lo demás, el crítico repite con énfasis que soy un católico romano; está tan fuera de contacto con el siglo XX, que realmente parece imaginar que

ser católico romano es una desventaja intelectual frente a otros cristianos. Pero yo quisiera saber por qué se deja a los católicos romanos hacer el trabajo de los racionalistas y atacar la reciente rebelión del irracionalismo en el mundo; y por qué el racionalista los ataca por ello.

XXIV
Escandalizando a los modernistas

¿De qué forma nos las podemos arreglar para movernos a tientas, cegados por la llamarada de I. *S* ingenio y el brillo estelar con que se nos inunda diariamente desde la prensa, como si fuera una lluvia eterna de fuegos artificiales?

Los que escriben en los periódicos, que tan a menudo nos recuerdan con incomparable desparpajo que todo lo que una vez fueron raros lujos ahora abunda en todas partes, seguramente no dejarán de aplicar al mundo intelectual la misma contundente verdad. Señalarán, no lo dudemos, que los agudos y perfectos epigramas que una vez se escucharon de la boca de hombres excepcionales, como Voltaire o Tayllerand, son ahora recreados por centenares en cada columna de cada diario, y resulta difícil encontrar una única frase aburrida encajada entre las réplicas ingeniosas y las rimas inmortales que ahora, como cualquier otra cosa valiosa, se pueden producir en cualquier cantidad gracias a la producción masiva.

Sea como fuere, no puede haber dudas de que nuestro periodismo, y el mundo que describe, ha alcanzado una incomparable sensibilidad ante el ingenio y la brillantez verbal, jamás antes conocida, y está tan vívidamente despierto y atento a cualquier refinada disputa lógica, que puede gritar «*touché,* ¡Indudablemente tocado!», en circunstancias en las que es muy probable que nuestros más aburridos ancestros hubieran permanecido sordos o indiferentes. Una vez leí en un diario un texto sobre una notable ocurrencia de los más avanzados intelectos de la Iglesia de Inglaterra, que testifica la celeridad con la que esos triunfos son apreciados. Bajo dos titulares, «joven encuentra que la Iglesia es un plomo» y «una chica enseña al clero», la serie de frases arregladas en una forma adecuadamente llamativa, decía:

> Los jóvenes piensan que la Iglesia es un plomo y se mantienen apartados de ella. Este argumento, presentado ayer por una chica de 18 años desde la tribuna del Girton College de Cambridge, hizo que los más viejos delegados a la Conferencia del Eclesiástico Moderno se movieran incómodos en sus sillas. La oradora era la

atractiva hija de un capellán naval de Portssmouth. Su pasaje más significativo fue éste: «No pienso que el culto público tenga alguna clase de atractivo para los jóvenes. Se supone que la religión expresa a Dios a través de la verdad y la belleza, según se nos dice, pero en esta era de especialización la gente se vuelca hacia la ciencia, el arte y la filosofía para satisfacer esas necesidades».

Me pregunto cómo sería su pasaje menos significativo. Por supuesto la diversión comienza realmente con el sobrecogedor y asombroso efecto producido por ese original relámpago de pensamiento, «los jóvenes piensan que la Iglesia es un plomo», sobre todos esos delegados reconocidamente viejos, que eran lo suficientemente mayores como para ser descritos como «eclesiásticos modernos». El doctor Major[93] se puso de pie con un gruñido. El deán Inge rebotó hasta el cielorraso como una pelota. El doctor Rashdall[94] soltó un penetrante chillido y se desmayó. Porque ninguno de esos venerables doctores, en toda su larga experiencia, había oído a un ser humano articular con labios humanos una blasfemia como ésta, que conmueve a las estrellas: que los jóvenes encuentran que la Iglesia es un plomo. Ninguno de ellos había oído en la vida el más mínimo rumor de que se hubiera encontrado a jóvenes bostezando durante un sermón; ninguno de ellos se había animado a susurrar que algún niño pequeño había sido visto cazando moscas o clavando cortaplumas en los bancos durante el servicio divino. Ni uno de ellos, en toda su vida, había oído llorar a un bebé en la iglesia, ninguno había escuchado esa horrible calumnia de que los jóvenes y las doncellas fueran vistos en la iglesia mirándose entre sí, en lugar de mantener los ojos rígidamente fijos en el púlpito (porque en la Iglesia de un «eclesiástico moderno» nadie condescendería a mirar al altar). Ninguno de ellos tuvo jamás noticia de una sola fricción entre los arrebatos y estados de ánimo de la juventud y la rutina de la religión. Nunca, hasta que la atractiva hija de un capellán naval de Porsmouth realizó este estupendo descubrimiento de la psicología moderna, ninguno de ellos había pensado que un largo servicio religioso puede resultar más bien aburrido para un chico.

Y aún se puede decir algo más acerca de este descubrimiento. Algunos de los más viejos eclesiásticos modernos han sido maestros de escuela. Es posible que algunos de ellos hayan descubierto que el sexto libro de la *Eneida* puede parecerle un plomo a un muchacho. Pero en esos casos no se asumía que el chico tenía razón y el poeta estaba equivocado. No se daba por hecho que el aburrimiento del chico era una prueba de que Virgilio era un mal poeta, y mucho menos todavía, propuso nadie alguna vez sustituir los versos de Virgilio por una versión resumida, simplificada y modernizada de ellos. A nadie se le ocurrió proponer que los pasajes de Kipling sobre el Imperio

británico sustituyeran las salutaciones más austeras de Virgilio al Imperio romano, porque tal educación sería más moderna, sólida y conveniente para una verdadera Iglesia nacional. Nadie propuso que considerásemos que una descripción elegante y vigorosa del *derby*, tomada de un periódico de la tarde, sea contemplada como un perfecto sustituto de esa tonante estrofa en la que la tierra misma tiembla bajo las herraduras de los aurigas.

Si se me permite insinuar un desacuerdo con la profetisa del Girton College, Cambridge, diré que pienso que se encontrará la misma argumentación para los sustitutos que ella misma propone. Ella dice que la gente se vuelca a la ciencia, al arte y a la filosofía. ¿Sería capaz de jurar, por la muerte de Nelson o cualquier cosa que resulte sagrada para la hija de un capellán naval de Portsmouth, que ningún estudiante de ciencias remolonea o hace novillos en una escuela de ciencias? Sería en vano que ella jurara tal cosa con respecto a una escuela de arte, porque yo mismo he concurrido a una de ellas y le puedo asegurar que había tantos estudiantes de arte que encontraban su dedicación a esa disciplina un plomo, como puede haber estudiantes de teología que consideren que la teología es un fastidio. Con respecto a los jóvenes filósofos, he conocido a muchos de ellos a una edad en la que eran mucho más aficionados a filosofar que a aprender filosofía.

De igual manera, le puedo insinuar que existen otros jóvenes agitadores, de esos que parecen agitar tan extrañamente a los eclesiásticos y a los periódicos modernos, que parecen tener una animosa preferencia espontánea por decir cosas más que por pensar en lo que están diciendo. ¿Es necesario que nos afanemos con toda esta agotadora repetición de argumentos sobre la perfectamente obvia dificultad de hacer que los jóvenes trabajen cuando lo que en realidad quieren es jugar, antes de que comencemos a discutir el problema más serio de las relaciones de la doctrina con la mente? Es natural que un chico encuentre que la Iglesia es un plomo. Pero, ¿por qué estamos obligados a tratar algo natural como si fuera superior a lo sobrenatural, como si fuera algo no meramente sobrenatural sino, en sentido estricto, sobre-sobrenatural?

XXV
Una gramática de la caballería

Considero muy probable que muchos no hayan oído hablar de *The Broadstone of Honour,* el manual de caballería escrito por Kenelm Digby a principios del siglo XIX, a no ser que recuerden una desdeñosa referencia al mismo hecha en los *Ensayos* de Macaulay. Esa referencia no es tanto una crítica a la obra de Digby, como algo muy perjudicial para los *Ensayos* de Macaulay. No sólo ilustra su rotunda superficialidad, sino también la considerable ignorancia que acompañaba a su reputación de sabio. Así como su celebrada burla de Spencer muestra que no lo había leído, su menos famosa burla de Kenelm Digby evidencia que no había leído a Kenelm Digby. Macaulay se dedica a restar importancia a ciertas antiguas narraciones sobre la cortesía, que es la unión de la humildad con la dignidad. Se burla de historias como la del Príncipe Negro[95] sirviendo a su indefenso cautivo; y piensa que para ello lo mejor es decir que son historias apropiadas a Kenelm Digby, o como él dice, «aquellos que como el autor de *Broadstone of Honour* piensan que Dios hizo el mundo para el provecho de los caballeros». Uno se siente tentado de replicar, en cierto estado de ánimo, que siempre habrá suficientes desvergonzados como para equilibrar la balanza.

Kenelm Digby, como su propio nombre indica, era miembro de una antigua familia católica establecida en Irlanda y, al igual que las otras ramas de esas viejas familias radicadas en Inglaterra, sería muy natural que concediera alguna importancia al hecho de ser caballero. Si esta debilidad ha sido a veces demasiado evidente en los viejos católicos de Inglaterra, por lo menos es perdonable, además de algo patética. Cuando usted es un *squaire* honesto y perfectamente patriótico, y sus compatriotas lo consideran un mentiroso, un traidor, un envenenador y un adorador del diablo, debe ser algo así como un consuelo sentimental que no puedan negar que, al menos, es un caballero. Dada la pobre condición de la naturaleza humana, usted puede ser perdonado si llega a pensar más de la cuenta en esta característica. Y Kenelm Digby podría haber sido perdonado si realmente hubiera pensado demasiado y

dicho demasiadas tonterías acerca de los caballeros, como si *Dios* hubiera hecho el mundo para ellos.

Pero el hecho desnudo es que no fue Digby el que dijo tonterías sobre los caballeros, sino Macauley el que las dijo sobre Digby.

¿Qué hubiera dicho Macaulay, si después de escribir su epigrama sobre un universo creado para los hidalgos, hubiese abierto el libro al azar, como yo lo hice, y leído un párrafo como éste:

> El noble italiano Arnigio nos muestra cuán verdaderamente generosos y heroicos pueden ser los hombres de los más bajos rangos sociales. La gloriosa Natividad del Redentor del Mundo fue revelada a los pastores porque eran hombres puros, justos y despiertos. Cuando nuestro adorable Salvador iba a nacer, la bendita María y el devoto José estaban tan alejados del brillo del mundo que el establo de una posada fue su único lugar de refugio. Porque debe notarse, dice un hombre santo, que los evangelistas no dicen que no hubiera lugar en la posada, sino que no había lugar para ellos. ¡Oh, qué noble escuela es la pobreza! ¡Qué templo de honor soberano! El papa Urbano IV estaba tan poco avergonzado de ser el hijo de un zapatero, que ordenó que el pulpito de la iglesia de San Urbano de su ciudad natal de Troyes fuera adornado en las grandes festividades con tapicerías que representaban el taller de su padre. Hay hasta un ejemplo en la legislación, acorde con los principios del romancero, que coloca la caballerosidad por encima de la nobleza en el estado de Pistoia, que en el siglo XIII hacía noble a la gente como castigo por sus crímenes.

¿No piensan ustedes que incluso Macaulay se hubiera sentido ligeramente avergonzado de sí mismo?

En cualquier caso, el autor de *The Broadstom of Honour* no creía que el mundo estuviera hecho para los caballeros; en su simplicidad, creía que estaba hecho para el hombre, y no pudo librarse del prejuicio a favor de los hombres valientes y honestos. Hombres (soy tan anticuado como para decirlo) que tenían una especial consideración hacia las mujeres. El libro tiene algunos de los defectos propios de su tipo y su tiempo; en ese sentido es más bien anticuado, casi tan anticuado como Macaulay. Debemos leerlo, por lo menos en parte, como leeríamos una canción de Tom Moore o un poema patriótico de Thomas Davis, o como leeríamos las obras de toda esa tradición algo retórica, pero de sangre muy roja que derivaba del oscuro melodrama de Byron y que fue cariñosamente satirizada en Micawber. Pero una vez que hemos tenido en cuenta las fluctuaciones del gusto durante periodos afortunados, un asunto enteramente relativo, tanto en el caso de nuestro gusto como en el de él, el libro está sustentado desde el principio hasta el fin por lo que sólo puede calificarse como una constante y virtuosa energía. Hace mucho bien encontrar a un hombre tan poco avergonzado de su entusiasmo por la simple bondad. Muchos de sus gestos son tan nobles como cualquiera de los que marcan los momentos decisivos de la canción de gesta. Muchas de

sus concesiones están tan llenas de gracia como las que él mismo alaba en las crónicas de los torneos. Pero estaba muy lejos de ser simplemente un amable y viejo coleccionista de antigüedades, hechizado por la abadía de Melrose a la luz de la luna, o un deslumbrado don Quijote con su cabeza sumergida en miles de páginas con historias sobre Arturo y Amadís de Gaula.

No puedo resistirme a traer a colación otra cita que servirá para mostrar que Kenelm Digby no ignoraba lo que estaba sucediendo en su época, y sigue sucediendo en la nuestra. Después de hablar de San Francisco y de muchos caballeros que alimentaban a los pobres, comían con ellos y llevaban sus ataúdes, dice:

> Oh, ¿y los ricos del siglo XIX hablan de la inhumanidad de la Edad Media? Dar limosna para ellos es alentar la vagancia. ¿Está hambriento, está desnudo? ¡Que trabaje! Pero, ¿y si es viejo? Hay trabajo para todos. ¿Y si es un chico? No le enseñe a mendigar. ¿Es la madre de una familia numerosa? Quizás miente. Tenemos instituciones de ayuda en nuestro nuevo sistema. Sí, por cierto, ¡y desdichados los infelices que están condenados a recibir su ayuda! Para que los hijos del placer no se incomoden por la vista de la pobreza, los pobres son encerrados tras altas paredes y condenados al confinamiento por el crimen de ser pobres y míseros. Una vez que, de esta manera, han sido excluidos del goce de la naturaleza, un odioso comité de dirección cuida de que tengan lo suficiente para continuar vivos. Y tienen que soportar el semblante de bárbaros feroces de los oficiales que administran este horrible humanitarismo.

Éste es el testimonio de Digby, como el de Dickens, quienes es de suponer que no trabajaban bajo la ilusión de que Dios hizo el mundo solamente para los caballeros. Éste es también el testimonio de Cobbett, de Carlyle, de Hood, de Ruskin, de cada uno de los que pudieron observar el fenómeno industrial moderno con los ojos abiertos. Pero el hecho de que Digby haya escrito este párrafo puede ser por sí mismo mi disculpa por haber escrito esta nota en su olvidada memoria.

XXVI
Reflexiones sobre una manzana podrida

Nuestra era es evidentemente la era del sinsentido; el tipo más inteligente de sinsentido lo proporcionan los niños y el más tonto las personas mayores. El siglo XVIII fue llamado la Edad de la Razón; supongo que no hay ninguna duda de que el siglo XX es la Edad de la Sinrazón. Pero llamarlo así es subestimarlo. La Edad de la Razón tomó su apelativo de un famoso libro racionalista. Aclaremos que el racionalista no estaba en realidad tan preocupado por imponer lo racional sobre lo irracional como por alentar lo natural contra lo sobrenatural. Pero hay un grado de irracionalidad que va más allá de lo antinatural. No estamos tanto ante un cuento increíble como frente a una idea sin consistencia. Como señalé hace mucho tiempo, una cosa es creer que una planta de alubias puede subir hasta el cielo y otra muy distinta creer que cincuenta y siete alubias son lo mismo que cinco.

Por lo general, el hombre no cree en los milagros a causa de un principio apriorístico de pensamiento determinista, y en algunos casos su descreimiento se basa en el examen de la evidencia. No obstante, cuando se le cuenta el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, se le está diciendo algo que es lógico, aunque no sea natural. La multiplicación es un concepto matemático, y una muchedumbre alimentada con peces milagrosos es un espectáculo menos misterioso o monstruoso que el de un hombre que dice que la multiplicación equivale a la sustracción. La historia de los panes y los peces no convence a un escéptico, pero tiene sentido. Puede reconocer la consecuencia lógica, aunque no entienda la causa lógica. Pero ningún Papa o sacerdote le pidió jamás que creyera que miles de personas murieron de hambre y sed en el desierto porque fueron abundantemente alimentados con panes y peces. Ningún credo o dogma declaró jamás que había muy poca comida porque había demasiados peces.

Y ésa es la precisa, práctica y prosaica definición de la situación presente en la moderna ciencia económica. El hombre de la Edad del Sinsentido debe

agachar la cabeza y repetir su credo, el lema de su tiempo: *Credo qua impossibile*. El término sinrazón es usado a veces más razonablemente, en una especie de frase floja o elíptica, que es por lo menos ilógica en la forma. El caso más popular es lo que se ha llamado Toro irlandés[96], muchas veces sospechoso de parecerse a una bula papal, por ser un monstruo sobrenatural nacido de la credulidad y la superstición. Pero incluso esa antigua especie de confusión queda lejos de la nueva contradicción. Si un irlandés dice «no somos pájaros para estar en dos lugares al mismo tiempo», por lo menos entendemos lo que quiso decir, aunque no sea lo que en realidad dijo. Pero supongamos que dice que un pájaro ha sido milagrosamente multiplicado y convertido en un millón de pájaros, y por esta razón habría menos pájaros en el mundo que los que antes existían. No estaríamos lidiando simplemente a un toro Irlandés, sino a un toro loco. O para aplicar la parábola: a veces el irlandés ha sido acusado de sentir una emoción desequilibrada o tener sentimientos mórbidos, pero nadie dice por ello que simplemente se imaginó la gran hambruna, en la que grandes multitudes murieron de hambre porque las patatas eran pocas y pequeñas. Supongamos que un irlandés hubiera dicho que murieron de inanición porque las patatas eran gigantescas e innumerables: todavía seguiríamos hablando del enloquecido absurdo de ese irlandés. Y sin embargo tal es el enfoque de la economía que afecta hoy en día a los ingleses y en gran medida también a los estadounidenses. Nos enteramos de que hay hambre porque no hay escasez, y de que hay tan buena cosecha de patatas que no hay patatas. En comparación con estas tesis, las del irlandés, con su millón de pájaros, serían las de un racionalista bastante estricto.

Los viejos ejemplos de lo fantástico se quedan, de este modo, muy atrás de los hechos modernos, ya sean misterios supuestamente por encima de la razón o absurdos supuestamente fuera de ella. Sus milagros eran más normales que nuestros datos científicos. El embustero irlandés era menos ilógico que la lógica actual de los acontecimientos.

Parece que hoy en día vivimos en un mundo de brujería, en el que los huertos se marchitan porque prosperan y la gran cantidad de manzanas del manzano las convierte en un fruto prohibido, y transforma el esfuerzo por consumirlas en algo totalmente infructuoso. Ésta es la moderna paradoja económica llamada superproducción, o exceso de mercado, y aunque a primera vista suene como la más salvaje fantasía, es bueno darse cuenta de que en cierto sentido es el más sólido de los hechos. Que quede claramente entendido, por lo tanto, que como descripción de la situación social objetiva

en este instante en la sociedad industrial, la paradoja es perfectamente cierta. Pero no es cierto que la contradicción en los términos sea cierta. Si no la tomamos como una descripción, sino como una definición, si la consideramos materia de un razonamiento abstracto, ciertamente la contradicción es falsa, como lo es toda contradicción. Y esa característica puede ser presentada de muchas formas. Quizás la más sencilla manera de hacerlo esté en la fábula del hombre que vendía navajas de afeitar y luego explicaba a un cliente indignado que él nunca había afirmado que sus navajas afeitaran. Y cuando le preguntaron si las navajas de afeitar no habían sido hechas para afeitar, contestó que habían sido hechas para ser vendidas. Ésa es una «pequeña historia del comercio y la industria en el siglo XIX y principios del XX».

Dios hizo un mundo de razón, tan ciertamente como hizo las pequeñas manzanas (como dice el bello proverbio). Y además Dios no hizo las manzanas pequeñas más grandes que las manzanas grandes. No es cierto que un hombre cuyo manzano está cargado de manzanas sufrirá por la escasez de manzanas, aunque puede abandonarse a un derroche de manzanas. Pero si no mira las manzanas como producto para comer, sino que siempre las considera objeto de venta, se meterá de cabeza dentro de otro tipo de contradicción. Si en lugar de producir tantas manzanas como quiere, produce tantas como se imagina que el mundo entero necesita, con la esperanza de copar el comercio mundial de manzanas, entonces puede tener éxito o fracasar en el intento de competir con el vecino, que también desea todo el comercio mundial para sí. Entre los dos producirán tantas manzanas que su precio de mercado no será mayor que el de los guijarros de la playa. Entonces, ambos encontrarán que tienen muy poco dinero en el bolsillo con el cual comprar peras frescas en la frutería. Si nunca hubiera esperado encontrar fruta en la frutería y hubiera extendido la mano y la hubiera arrancado de su propio árbol, jamás habría padecido esa dificultad. Parece una simpleza, pero en la raíz de todos los manzanos hay algo tan simple como esto.

No quiero decir que la vida práctica sea sencilla hoy en día, porque ningún problema práctico es simple, y menos que nunca en el tiempo presente, en el que todo ha sido confundido por los corruptos y evasivos liantes denominados políticos prácticos. Pero el principio es simple, y la única manera de proceder en una situación compleja es comenzar por un primer principio correcto. Hasta dónde podremos llegar sin controlar o simplemente modificar las desventajas de comprar y vender es una cuestión completamente distinta. Pero las desventajas surgen de la compra y la venta, y no de la producción, ni siquiera de la sobreproducción. Al final, es una satisfacción

comprobar que no estamos viviendo una pesadilla en la que *no* equivale a *sí*, que el mundo moderno todavía no se ha vuelto loco, a pesar de todos sus ingeniosos intentos de conseguirlo; que dos y dos son cuatro, y que el hombre que tiene cuatro manzanas tiene más que el que tiene tres. Porque algunos metafísicos y filósofos morales modernos parecen dispuestos a hacernos dudar con respecto a esos puntos.

Lo que está en cuestión no es la razón fundamental de las cosas, sino una particular falsificación, originada en un truco muy reciente que consiste en mirar todas las cosas solamente en relación con el comercio. El comercio es muy bueno en cierto sentido, pero hemos colocado al comercio en el lugar de la Verdad. El comercio, que en su naturaleza es una actividad secundaria, ha sido tratado como una cuestión prioritaria, como un valor absoluto. Los modernos, enloquecidos por la mera multiplicación, han convertido en plural lo que eternamente ha sido y es singular, en el sentido de único. Lo que los antiguos filósofos llamaban el Bien, lo han traducido como «los bienes».

Tengo entendido que algunos místicos del mundo americano de los negocios protestaron contra la recesión colocando lemas en sus sacos con la frase «el comercio es bueno», junto con otros similares, como «Capone está muerto», «la muerte ha sido abolida», y similares. Pero lo que me interesa de estos magos es que, habiendo decidido crear las condiciones ideales para controlar a los elementos externos por medio de conjuros y encantamientos, no entendieron —por así decirlo— los elementos de los elementos. No fueron a la raíz del problema, e imaginaron que los problemas habían llegado realmente a su fin. Adoraron los medios en lugar de adorar los fines. Ya puestos, no deberían haber dicho, «el comercio es bueno», sino «vivir es bueno» o «la vida es buena». Supongo que sería demasiado esperar que gente tan completamente respetable dijera «Dios es bueno», pero es muy cierto que a su concepción de lo que es bueno le falta la lógica finalidad propia de la bondad de Dios.

Cuando Dios miró las cosas creadas y vio que eran buenas, fue porque eran buenas en sí mismas, tal como aparecían. Pero según la moderna idea mercantil, Dios habría mirado cosas y visto que eran bienes. En otras palabras, hubiera existido una etiqueta atada a cada árbol o cada colina, como al sombrero del Sombrerero Loco, diciendo «Este modelo, 10,60 $». Todas las flores, todos los pájaros, estarían marcados con los precios de liquidación; toda la creación estaría en venta y todas las criaturas buscando negocio; con todas las estrellas de la mañana haciendo publicidad en el cielo y todos los hijos de Dios pidiendo trabajo a gritos.[97] En otras palabras, esta gente es

incapaz de imaginar ningún bien que no sea el que proviene del intercambio de una cosa por otra. La idea de un hombre disfrutando de una cosa en sí misma y para él mismo les resulta inconcebible. La noción de un hombre comiendo sus propias manzanas de su propio manzano les parece un cuento de hadas.

La caída de esa primera creación que fue llamada buena se debió principalmente a la incapacidad de valorar las cosas por sí mismas, la locura del comerciante que no puede ver nada bueno en un bien, excepto como algo de lo que se tiene que librar, una vez que fue admitido que con el pecado y la muerte llegó al mundo la costumbre que podemos llamar cambio. El fenómeno no es menos verdadero y trágico porque lo que llamábamos cambio pasamos luego a llamarlo intercambio. De cualquier manera, el resultado de esa extravagancia del intercambio ha sido que cuando hay demasiadas manzanas hay muy pocos comedores de manzanas. No insisto en este símbolo del Edén, o en la parábola del manzano, porque es extraño notar que hasta esta imagen accidental nos persigue en cada etapa de esta historia. El último resultado de tratar a un árbol como si fuera un comercio o un negocio, en lugar de como un depósito, el último efecto de tratar las manzanas como «bienes» y no como «buenas», ha desembocado en un desesperado impulso de la caridad pública y en infinidad de pobres hombres obligados a vender manzanas en la calle.

El comerciante ha existido y debe existir en todas las civilizaciones normales. Pero en todas las civilizaciones normales el comerciante era y es, por decirlo así, una excepción; ciertamente no era la regla y mucho menos era el gobernante de la civilización. El predominio que ha alcanzado en el mundo moderno es la causa de todos los desastres del mundo moderno. La humanidad tenía el hábito de producir y consumir como parte del mismo proceso, generalmente conducido por la misma gente en el mismo lugar. Algunas veces los bienes eran producidos y consumidos en el mismo gran el señorío feudal, en ocasiones hasta en la pequeña granja campesina. A veces era un tributo de los siervos, que todavía se distinguían poco de los esclavos; otras veces era el fruto de la cooperación entre hombres libres que una persona superficial no podría distinguir del comunismo. Pero ninguno de esos muchos métodos históricos, cualesquiera que fuesen sus defectos o limitaciones, se enredó en el particular embrollo propio de nuestro tiempo, porque la mayor parte de la gente, la mayor parte del tiempo, pensaba en cultivar alimento para luego comérselo, y no únicamente en cultivar alimentos

para después venderlos al precio más alto posible a quien no tuviera nada para comer.

No creo que haya alguna salida del enredo moderno si no es incrementando la proporción de la gente que vive de acuerdo con esa antigua simplicidad. Nadie en su sano juicio propone que no existan ni el comercio ni los comerciantes. Sin embargo es importante recordar, en nombre de la lógica pura, que puede existir una gran riqueza aunque no existan ni el comercio ni los comerciantes. Esto es importante para esos hombres cuya única esperanza es la idea de que «el comercio es bueno», o cuyo único secreto terror es que «el comercio sea malo». En principio, la prosperidad puede ser mucha aunque el comercio sea muy malo. Si un pueblo estuviera en una situación tan privilegiada que, por alguna razón, fuera fácil para cada familia poseer sus propios pollos, cultivar sus propios vegetales, ordeñar su propia vaca y —agrego yo— elaborar su propia cerveza, el estándar de vida sería muy elevado, aunque la memoria del más viejo habitante del pueblo sólo recordara dos o tres transacciones puramente comerciales; aunque sólo pudiera acordarse del remoto acontecimiento de la compra de un sombrero en un carretón de gitanos efectuada por un vecino.

Ya he dicho que no imagino ni deseo que las cosas vayan a ser alguna vez tan simples como eso. Pero debemos entenderlas en su simplicidad para poder explicar y corregir su complejidad. La complejidad de la sociedad comercial se ha vuelto intolerable, porque semejante sociedad es comercial, y nada más. La comunidad no tiene la mente centrada en la idea de poseer cosas, sino en la de pasárselas a otros. Cuando los simplones entusiastas a los que nos hemos referido dicen que «el comercio es bueno», quieren decir que todas las personas que poseen bienes están deshaciéndose de ellos constantemente. Estos optimistas seguramente evocan al poeta, con algunas pequeñas diferencias de significado, cuando éste proclama: «¡Nuestras almas son amor y una perpetua despedida!». En este sentido, nuestra sociedad moderna, individualista y comercial es precisamente lo opuesto a una sociedad fundada en la propiedad privada. Quiero decir que el disfrute directo y puro de la propiedad privada, como algo distinto y separado del entusiasmo por el intercambio o la obtención de un beneficio a partir de ella, es más difícil de hallar en nuestra gran sociedad que en muchas comunidades pequeñas, que, en su sensatez, casi parecen comunitarias. Esa especie de consumo privado, que es también producción privada, es muy difícil que caiga continuamente en la sobreproducción.

El número de manzanas que se puede producir sin comerlas tiene un límite. Pero no hay límite para el número de manzanas que se puede producir para la venta, y entonces el productor se convierte en un agresivo, diestro y exitoso vendedor, y pone el mundo patas arriba. Porque es él quien provoca esta enorme paradoja, le pantomima con la que se inició esta reflexión. Es él quien causa una revolución más bárbara que la desencadenada por la manzana de Adán, que trajo la muerte, o que la manzana de Newton, que originó el apocalipsis de la gravitación. Y lo hace al lanzar la suprema blasfemia, la herejía según la cual la manzana fue hecha para el mercado y no para la boca. Fue él quien, iniciando el frenético lanzamiento sin fin de manzanas a un mercado sin fondo, abrió los abismos de contradicción que contemplamos hoy. Ese truco de considerar que el mercado es la prueba, la única prueba, nos ha puesto cara a cara con una total y asombrosa irracionalidad escrita en letras gigantescas alrededor del mundo, más gigantescas que todos sus absurdos anuncios y propagandas: la aseveración de que cuanto más producimos menos poseemos.

Probablemente Oscar Wilde se hubiera desmayado con idéntica facilidad si se le hubiera dicho que estaba siendo usado como argumento a favor del arte americano de las ventas, o como argumento en defensa de una familia ahorrativa y respetable de una granja. Y sin embargo, el epigrama verdadero que aparece entre muchos de sus epigramas falsos, resume correcta y sintéticamente una verdad, no acerca del arte, lamento decirlo, sino de todo lo que él deseaba separar del arte: la ética y también la economía. Dijo en una de sus obras teatrales: «Un cínico es un hombre que sabe el precio de todas las cosas y no conoce el valor de ninguna»[98]. Esto es extraordinariamente cierto y paradójicamente es la respuesta a la mayor parte de las otras cosas que dijo. Pero es todavía más extraordinario que los hombres modernos que cometen este error de forma más evidente no sean los cínicos. Por el contrario, son los que se llaman a sí mismos optimistas; quizás también los que de buena gana se llamarían idealistas, y ciertamente los que se consideran tipos estupendos e hijos del servicio y el ennoblecimiento. Demasiado a menudo ocurre que esta misma gente ha echado a perder todos sus logros y debilitado su considerable buen ejemplo de trabajo y relaciones sociales por culpa del error de creer que las cosas deben ser juzgadas por su precio y no por su valor. Y como el precio es una noción demente e incalculable, mientras que el valor es algo intrínseco e indestructible, nos han arrastrado a una sociedad que ya no es sólida, sino fluida, tan insondable como el mar y tan traicionera como las arenas movedizas. No tengo espacio aquí para discutir ampliamente si se puede

construir algo sólido a partir de una filosofía social de valores, pero estoy seguro de que nada sólido puede ser levantado a partir de ninguna otra filosofía; y menos aún sobre la base de la totalmente antifilosófica filosofía de la ciega compra y venta que propone amedrentar a la gente para que compre lo que no quiere comprar, y fabricar tan torpemente como para que lo fabricado se pueda romper, suponiendo que lo querrán comprar de nuevo, mantener la bazofia en una rápida circulación, como una tormenta en el desierto, y pretender que están enseñando a los hombres la esperanza porque no les permiten un instante de reflexión inteligente para desesperarse.

XXVII
Sexo y propiedad

En el aburrido, polvoriento, anticuado, rígido y torpe lenguaje al que se limita la mayoría de las discusiones modernas, es necesario decir que en este momento está en vigor la misma falacia de moda acerca del sexo que de la propiedad. En el lenguaje más antiguo y más libre, en el que los hombres podían a la vez hablar y cantar, es más acertado decir que el mismo espíritu del mal ha maldecido las dos grandes fuerzas que hacían la poesía de la vida, el amor a la mujer y el amor a a la tierra. En primer lugar, es importante observar que esas dos cosas estuvieron estrechamente relacionadas mientras la humanidad fue humana, aunque fuera pagana. Más aún, todavía estaban estrechamente relacionadas incluso cuando el paganismo era decadente.

Pero el hedor del paganismo decadente no era tan malo como el hedor de la cristiandad decadente. Desde luego, a lo largo de toda la Antigüedad, tanto en su etapa primitiva como en la postrera, existieron formas de idolatría e imágenes de las cuales un cristiano apenas se animaba a hablar. «[…] Ni siquiera se mencione entre vosotros…»[99]. Los hombres se revolcaron en la mera sexualidad de una mitología del sexo; organizaron la prostitución como un sacerdocio al servicio de sus templos, hicieron de la pornografía su única poesía, exhibieron emblemas que convirtieron hasta la arquitectura en una especie de frío y colosal modo de exhibicionismo. Se han escrito muchos libros eruditos acerca de todos esos cultos fálicos, y cualquiera puede recurrir a ellos para enterarse de los detalles. Pero lo que a mí me interesa es otra cosa. En cierto sentido, todo este pecado antiguo era infinitamente mejor, inconmensurablemente mejor que el pecado moderno. Todos los que han escrito sobre ello están de acuerdo en una cosa: era el culto a la fertilidad. Por desgracia, demasiado a menudo estaba mezclado con el culto a la fertilidad de la naturaleza, pero por lo menos estaba del lado de la naturaleza. Estaba del lado de la vida. Ha correspondido a los últimos cristianos, o mejor, a los primeros cristianos enteramente dedicados a blasfemar y negar el cristianismo, el invento de una nueva forma de adoración del sexo, que no es

ni siquiera una adoración de la vida. Ha correspondido a los últimos modernistas la proclamación de una religión erótica que a la vez exalta la lujuria y prohíbe la fertilidad. El nuevo paganismo merece el reproche de Swinburne, cuando lamentaba el antiguo paganismo: «Y no construye el abundante símbolo y no desparrama el banquete paterno». Los nuevos sacerdotes han abolido la paternidad y guardan el festín para ellos mismos. Son peores que los paganos de Swinburne. Los sacerdotes de Priapo y Coyto los precederán en el reino de los cielos.

Es natural que esta innatural separación entre sexo y fertilidad, que hasta los paganos hubieran considerado una perversión, esté acompañada de una separación y una perversión similar en lo referido a la naturaleza del amor a la tierra. En ambos casos se ve precisamente la misma falacia, que se puede precisar muy bien. La razón por la que nuestros compatriotas contemporáneos no entienden lo que queremos decir con la palabra *propiedad*, es que sólo piensan de ella en términos de dinero, en términos de retribución, como una cosa que es inmediatamente consumida, disfrutada y gastada, algo que proporciona un placer momentáneo y luego desaparece. No comprenden que por propiedad entendemos algo que incluye accidentalmente ese placer, pero comienza y termina como algo mucho más grandioso y creativo. El hombre que planta una huerta donde había un campo inculto, que posee la huerta y decide quién la heredará, también disfruta del sabor de las manzanas y también, es de suponer, del sabor de la sidra. Pero está construyendo algo mucho más grandioso y, a la postre, mucho más gratificante que la ingestión de una manzana. Está imponiendo su voluntad al mundo, según el compromiso que le ha sido dado por la voluntad de Dios; está afirmando que su alma le pertenece a Él y no al Departamento de Supervisión de Huertas o al principal trust del comercio de manzanas. Pero además está haciendo algo que estaba implícito en todas las antiguas religiones del mundo, en esos grandes despliegues de magnificencia y ritual que seguían el orden de las estaciones del año en China o Babilonia: está adorando la fertilidad de la tierra. Pues bien, limitar el sentido de propiedad al mero goce del dinero es exactamente lo mismo que limitar el amor al mero goce del sexo. En los dos casos un placer secundario, aislado, servil y hasta secreto sustituye a la participación en un gran proceso creativo, y aún más que eso, en la eterna creación del mundo.

Estas dos siniestras realidades pueden ser vistas hombro con hombro en el sistema de la Rusia bolchevique; porque el comunismo es el único modelo funcional, completo y lógico del capitalismo. Los pecados son allí un sistema que en cualquier otra parte sería una especie de repetido disparate. Desde el

principio se admite que todo el sistema está dirigido a alentar al trabajador a gastar su sueldo, a no dejar nada para el próximo día de pago, a disfrutarlo todo, consumirlo todo y borrarlo todo. En síntesis, a temblar ante la idea del único crimen, el creativo crimen del ahorro. Es una gregaria extravagancia, una especie de despilfarro disciplinado, una mansa y sumisa prodigalidad. Porque en el momento en que el esclavo deje de dilapidar todas sus ganancias, en el momento en el que comience a acumular o esconder cualquier propiedad, estará reuniendo lo que finalmente podría comprarle su libertad. Puede comenzar a ser tenido en cuenta en el Estado, es decir, puede volverse menos esclavo y más ciudadano.

Desde el punto de vista moral, nunca ha existido nada más indeciblemente mezquino que esta generosidad bolchevique. Pero hay que hacer notar que exactamente el mismo espíritu y tono impregna la manera de tratar el otro tema. También el sexo se convertirá para el esclavo en un mero placer, con el propósito de que nunca pueda convertirse en un poder. Debe conocer lo menos posible, o por lo menos pensar lo menos posible en el placer como algo que no sea un placer. No debe pensar de dónde proviene ni hacia dónde conduce, una vez que el sucio objeto ha pasado por sus manos. No tiene que preocuparse por el propósito que Dios le dio, ni por sus consecuencias. En ambos campos no es un poseedor, sino solamente un consumidor, aunque sea de los elementos primarios del fuego y la vida, en tanto que son consumibles. El esclavo no debe tener la visión de la zarza ardiente, que arde sin consumirse. Porque esa zarza sólo crece en el suelo, en la tierra real donde los seres humanos pueden contemplarla, y el sitio donde aparece es terreno sagrado. Hay, pues, un completo paralelismo entre las dos modernas ideas morales o inmorales de la reforma social. El mundo ha olvidado simultáneamente que hacer una granja es algo mucho más grande que lograr un beneficio, o un producto; y que fundar una familia es algo mucho más grande que disfrutar el sexo entendido en el sentido limitado de la literatura al uso. Esto fue anticipado como un siniestro relámpago en una estrofa de George Meredith: «Y comer nuestro tarro de miel en la tumba»[100].

XXVIII
Santo Tomás Moro

Casi todo el mundo comprenderá la frase que viene a decir que la mente de Moro era como un brillante que un tirano arrojó a un pozo, porque no podía romperlo. Es solamente una metáfora, pero a veces sucede que la metáfora tiene muchas facetas, como el brillante. Lo que horrorizaba al tirano de aquella mente era su claridad; pues era lo perfectamente opuesto a un cristal empañado, habitado sólo por sueños opalescentes o visiones del pasado. El rey y su gran canciller no sólo habían sido contemporáneos, sino también compañeros. Ambos eran, en muchos sentidos, hombres del Renacimiento; pero resultó que el hombre que era más católico era el menos medieval. En el Tudor había quizás más de ese mohoso final del medievalismo decadente en el que los verdaderos reformistas del Renacimiento vieron la corrupción de la época. En la mente de Moro no había más que claridad; en la de Enrique, aunque no era tonto y ciertamente no era protestante, había un conservadurismo confuso. Como muchos anglo-católicos actuales, mucho mejores que él, tenía algo de anticuario. Tomás Moro era mejor razonador, y por eso no había nada en su religión que fuera meramente local o leal por puro apego a la lealtad no razonada. La mente de Moro también era como un brillante por su poder, de cortador de vidrio, que corta cosas que parecen igualmente transparentes pero que a la vez son menos sólidas y tienen menos facetas.

Las herejías coherentes por lo general parecen muy claras, como el calvinismo entonces o el comunismo hoy. A veces parecen muy ciertas: y en ocasiones son ciertas en el limitado sentido de que se trata de una verdad que es menos que la Verdad. La mente de Moro estaba llena de luz, era como una casa con muchas ventanas, pero las ventanas miraban hacia afuera en todos sus costados, y en todas las direcciones. Podemos decir que, así como la joya tiene muchas facetas, aquel hombre tenía muchas caras, aunque ninguna de ellas era una máscara.

Hay, en fin, tantos aspectos en esta gran historia, que tratarlos en un artículo presenta dificultades de selección y, aún más de proporción. Puedo intentarlo y no hacer justicia a su aspecto más elevado, a esa santidad que ahora está más allá de la beatitud[101]. También puedo llenar este espacio limitado con las bromas más hogareñas con las que el gran humorista se deleitaba en la vida cotidiana, de las cuales quizás la más grande es el libro llamado *Utopía.* Los utopistas del siglo XIX imitaron el libro sin entender la broma. Pero dentro de una sorprendente variedad de aspectos o ángulos diferentes, he decidido tratar solamente dos puntos, no porque sean las verdades más importantes acerca de Tomás Moro, aunque su importancia es grande, sino porque son dos de las más importantes verdades acerca del mundo del presente momento.

Una de esas verdades aparece muy claramente en su muerte y la otra en su vida. Podríamos decir que una concierne a su existencia pública y la otra a la privada. Una está más allá de cualquier admiración y la otra puede parecer, en comparación, casi un melodrama cómico.

Tomás Moro sufrió la muerte de un traidor por desafiar a la monarquía absoluta, por tratarla como un absoluto. Estaba deseoso y hasta anhelante de respetarla como una cosa relativa, pero no como algo absoluto. La herejía que empezaba a asomar la cabeza en su tiempo era la herejía llamada *derecho divino de los reyes.* Tal como se presentaba entonces, es considerada hoy en día como una vieja superstición, mas ha reaparecido como una nueva superstición en la forma del *derecho divino de los dictadores.* Pero la mayor parte de la gente todavía piensa vagamente en ella como una cosa vieja, y casi todos creen que es mucho más vieja de lo que lo es en realidad. Una de las mayores dificultades del presente consiste en explicarle a la gente que esta idea no es originaria de la Edad Media o de tiempos todavía más antiguos. La gente sabe que los controles constitucionales sobre los reyes han estado aumentando durante un siglo o dos, pero no se dan cuenta de que alguna otra clase de controles ya operaba en otros tiempos, y en las condiciones actuales esos otros controles son difíciles de describir o imaginar. En realidad los hombres medievales pensaban que el rey gobernaba *sub Deo et lege,* lo que correctamente traducido significa sometidos a Dios y a la ley. Además esto implicaba una atmósfera que puede ser vagamente interpretada como que se encontraban «sometidos a la moralidad implícita en todas nuestras instituciones». Los reyes eran excomulgados, depuestos, asesinados, tratados de todas las maneras defendibles o indefendibles, pero nadie pensaba que toda la comunidad caía con el rey o que solamente él detentaba la autoridad final.

El Estado no poseía a los hombres tan completamente, aunque pudiera mandarlos al patíbulo, como los posee en cierto modo ahora, cuando los puede enviar a la escuela elemental. Existía la idea del refugio, que era generalmente un santuario. En síntesis, en cien diversas maneras, extrañas y sutiles para nuestro pensamiento contemporáneo, existía una suerte de escape hacia arriba. Había límites para el césar, y había libertad para Dios.

La más alta voz de la Iglesia ha proclamado que este héroe fue, en el verdadero y tradicional sentido, un santo y un mártir. Y es apropiado recordar que ciertamente se alinea, por una razón especial, junto con los «primeros mártires cuya sangre fue la semilla de la Iglesia en las primeras persecuciones paganas». Porque la mayoría de ellos murió, como él, por negarse a convertir una lealtad civil en una idolatría religiosa. La mayoría de ellos no murió por no querer adorar a Mercurio o Venus, a fabulosas figuras supuestamente inexistentes o a otros, como Moloch o Príapo, que muy bien podríamos desear que no existieran. La mayor parte de ellos murió por negarse a adorar a alguien realmente existente; una persona a la que estaban dispuestos a obedecer, pero no adorar. El martirio típico solía ser consecuencia de la negativa a quemar incienso delante de la imagen del divino Augusto, la sagrada imagen del emperador. No era necesariamente un demonio digno de ser destruido; era simplemente un déspota que no debía ser convertido en dios. Aquí es donde su caso aparece muy cercano al problema al que se enfrentó Tomás Moro, y tan cerca de la adoración del Estado de hoy en día. Y es típico de todo el pensamiento católico que los hombres murieran en tormentos, no porque sus enemigos dijeran falsedades, sino sencillamente porque se negaron a conceder una reverencia irracional a aquellos a quienes estaban dispuestos a respetar razonablemente.

Para nosotros el problema del progreso es siempre un problema de proporciones; mejorar es adquirir una proporción correcta y no simplemente moverse en una dirección. Y nuestras dudas acerca de los fenómenos modernos, los movimientos socialistas en la generación anterior o los fascistas en la presente, no provienen de la incertidumbre sobre la conveniencia de la justicia económica o el orden nacional, de la misma manera que Tomás Moro no dudaba por la inconveniencia o no de la monarquía hereditaria. Lo que él rechazaba era el derecho divino de los reyes. En el más profundo de los sentidos, él es el campeón de la libertad por su vida pública y por su todavía más pública muerte.

En su vida privada representa un tipo de verdad todavía menos comprendida hoy en día, la verdad de que el verdadero asiento de la libertad

es el hogar. Se han amontonado novelas modernas, periódicos y obras teatrales hasta formar un túmulo de basura que esconde este sencillo hecho, y sin embargo se trata de un hecho que puede ser probado muy fácilmente. La vida pública debe ser más reglamentada que la vida privada; un hombre no puede paseare entre el tráfico de Picadlly exactamente como se pasearía por su propio jardín. Donde exista el tráfico, existirá la regulación del tráfico, y esto es cierto aunque se trate de lo que podríamos llamar tráfico ilícito, por ejemplo cuando los gobiernos más modernos organizan hoy en día la esterilización o podrían organizar el infanticidio mañana. Aquellos que profesan la superstición moderna que afirma que el Estado no puede hacer el mal, deberán aceptar ese tipo de cosas como un bien. Si los individuos quieren tener alguna esperanza de proteger su libertad, deben proteger su vida familiar. En el peor de los casos, existirá una adaptación más personal en una casa de familia que en un campo de concentración, y en el mejor de los casos habrá menos rutina en una familia que en una fábrica. En cualquier hogar medianamente saludable las reglas son moderadas, al menos parcialmente, por cosas que no podrían afectar a las leyes públicas, como, por ejemplo, lo que llamamos sentido del humor. Por lo tanto, Moro es de vital importancia como humorista, como representante de esa faceta especial del humanismo. Detrás de su vida pública, que fue una grandiosa tragedia, existía una vida privada que era una perpetua comedia. Era, como dice el señor Christopher Hollis en su excelente estudio, «un incorregible bromista». Todo el mundo sabe, por supuesto, que la tragedia y la comedia se encontraron, como lo hacen en Shakespeare, en aquel último escenario de madera en el que terminó su vida. En ese terrible momento se deleitó con el gran chiste del cuerpo humano, y, como si hablara de una poda amable, discutió gravemente acerca de si su barba había cometido traición y dijo al subir las gradas del cadalso, «ayúdenme a subir, que bajaré por mis propios medios».

Tomás Moro nunca bajó aquellos escalones. Había terminado con todos los descensos y movimientos hacia abajo, y lo que había sido su persona se desvaneció ante los ojos de los hombres casi en la misma manera que su Maestro, que siendo elevado atraerá a todos los hombres hacia Sí. Se cerró la oscuridad en torno a él y vinieron las nubes, hasta que mucho más tarde la sabiduría, que puede leer esos secretos, lo vio sobre nuestras cabezas como una estrella que retorna, y estableció su lugar en los cielos.

XXIX
El regreso del césar

Sea o no síntoma de que me encuentro en una segunda infancia, a veces tengo la idea de que terminaré como en mis comienzos, tratando de sacar algún sentido de lo que en política se llama liberalismo. Hay una leyenda de Fleet Street sobre mi persona, que puede ser real aunque yo la haya olvidado completamente, según la cual, cuando se me preguntó si era liberal yo habría contestado: «Yo soy el único liberal». Creo que habrá acuerdo para reconocer que, en esos días, yo estaba muy cerca de ser el único liberal. Pero espero que nadie me acuse de haber querido ser un líder liberal. El Partido Liberal está hoy en día compuesto enteramente por líderes, o mejor podría decir mentirosos.[102] Y todo lo que ellos quieren, todo lo que les queda es rezar porque exista un solo ser humano que quiera ser engañado. Pensándolo bien, dudo que siquiera desee ofrecerme para ejercer ese humilde oficio, aunque tuviese capacidad para llenar todos los asientos y constituir la única audiencia de una reunión pública, mientras mis cinco líderes se dirigen a mí desde la plataforma, instándome a seguir cinco urgentes pero distintos cursos de acción.

No me he vuelto de nuevo consciente de la existencia del puro liberalismo político por lo que pueda quedar de él, sino por lo que ha desaparecido; no por lo que los liberales dicen, sino por lo que callan. Frente a la moda del fascismo y las destructivas simplificaciones del Estado totalitario, es mucho lo que debería decirse a favor del liberalismo, o en un lenguaje más claro, a favor de la libertad. Muchas cosas retornan, y gracias a Dios vivimos en un tiempo en el que podemos hablar otra vez de la Iglesia y el Estado, aunque hoy en día eso signifique generalmente la Iglesia católica y el Estado totalitario. Pero al menos hemos abolido la más antiliberal de las antiliberales limitaciones del liberalismo. Podemos reconocer la religión en el trasfondo histórico de las ideas europeas, incluyendo las ideas modernas, y en este sentido, la relación entre la Iglesia y el Estado es en verdad muy extraña. Por supuesto, lo que ha vuelto muy confusa la historia de la Iglesia y el Estado es

lo que se llama la *Iglesia del Estado.* Pero no ha sido más que un interludio ilógico, en el que Dios derivó su autoridad del césar, en lugar de que el césar derivase su autoridad de Dios. Las relaciones normales entre la Iglesia y el Estado a lo largo de la historia no han consistido exactamente en el cumplimiento de un orden establecido, sino en algo más cercano a lo que hemos visto reaparecer en Alemania. Cuando no había un conflicto, había un concordato. Debe hacerse notar que la Iglesia solía firmar concordatos con sus enemigos antes que con sus amigos. Hubo una disputa con Napoleón y un concordato con Napoleón; una disputa con Mussolini y un concordato con Mussolini; una disputa con Hitler y un concordato con Hitler. Y a pesar de que la palabra quizás no fuera usada entonces y quizás no fuera la correcta, algo de la misma paradoja se cierne como una tormenta inminente sobre el Estado y la Iglesia en tiempos todavía más antiguos. Marcó la relación de la Iglesia con los emperadores romanos, los emperadores griegos y los emperadores alemanes. Siempre hubo una especie de concordato y nunca hubo una total concordia.

Se necesita, más o menos, el tiempo que dura una vida humana para trazar la órbita que describe la Iglesia y captar el ritmo de las cosas que retornan. Para alguien que ha crecido como liberal, y todavía lo es en más de un sentido, el principal interés de estos últimos días se centra en que la Iglesia, hablando en términos generales, casi siempre permanece a la misma distancia aproximada del Estado y sus experimentos. Hay excepciones, por supuesto, como cuando un emperador persigue a la Iglesia, o la Iglesia excomulga a un emperador. No se puede esperar que la Iglesia tenga mucho que concordar, aunque sea de la forma más fría, con Nerón o con el Movimiento Sin Dios de Moscú. Pero lo cierto es que se la encuentra más a menudo a la misma distancia aproximada que la que ahora la separa del Estado totalitario. León XIII se ubicó más o menos a esa distancia del Estado republicano francés. Pocos católicos han debido estar necesariamente a una distancia mucho mayor, ni siquiera durante la Revolución francesa. Pero esos mismos nombres nos servirán para recordarnos uno de los aspectos vitales del problema. Es el Estado el que cambia, es el Estado el que destruye, es casi siempre el Estado el que persigue.

Ahora el Estado totalitario está barriendo totalmente todas nuestras viejas ideas de libertad, en mayor medida de lo que la Revolución francesa barrió todas las viejas ideas de lealtad. Es la Iglesia la que excomulga, pero el propio término implica que permanece abierta la posibilidad de la comunión para el comulgante recuperado. Es el Estado el que extermina; es el Estado el que

promueve una abolición absoluta y total, ya sea el Estado americano aboliendo la cerveza, el Estado fascista aboliendo los partidos políticos, o el Estado hitleriano aboliéndolo casi todo, menos a sí mismo.

Siguiendo esta argumentación, supongamos que me convierto nuevamente en un liberal corriente, como se entendía el término cuando yo tomaba parte activa en la política liberal. Imaginemos que pienso que ha llegado la hora de recordar a los hombres que hay un gran provecho intelectual en escuchar todas las posiciones, una contribución al orden tomando medidas en la dirección de la libertad, provocando una saludable irritación al gobierno por medio del debate. Supongamos que dijera —pero no lo digo— que está demostrado que el libre intercambio internacional es mejor que todo el nacionalismo económico de estos tiempos. Supongamos que yo dijera que la aceptación del gobierno de la mayoría es mejor que el fortuito gobierno de una minoría. Imaginemos que digo que la democracia como fracaso es mejor que la dictadura como éxito. Podría decir todo eso, y muchas otras cosas más, y seguir siendo un muy modesto y ortodoxo miembro de la antigua Iglesia. Pero en una gran parte del mundo moderno no lo puedo decir sin ser castigado por el Estado moderno. Roma no me silenciará con su autoridad silenciosa, pero el fascismo me hará callar con su autoridad secular, el bolchevismo, con su autoridad secular, me cerrará la boca, y el hitlerismo, con su autoridad secular, me reducirá al silencio.

Cuando comencé a vivir y a escribir, todos los demás liberales habían heredado una gigantesca leyenda según la cual todas las persecuciones provenían de la Iglesia. Algunos de ellos todavía murmuran borrosos recuerdos de la Inquisición española —una institución estrictamente creada por el Estado—, mientras la realidad les lanza a la cara el hecho de que la persecución que hoy se está llevando a cabo en España consiste en el expolio de españoles, simplemente porque son sacerdotes y maestros católicos. De cualquier manera, lo que suponían era que lo que llamaban superstición era de algún modo la madre de las persecuciones. Invito a todos mis compañeros liberales a admitir que los hechos han desmentido rotundamente esa idea. Cualquier católico goza de mayor libertad dentro del catolicismo, que la que cualquier liberal tiene bajo el bolchevismo o el fascismo. Si hubiera querido ser un liberal, o pertenecer al Centrum en Alemania, o al Partito Populare en Italia, no me lo hubiera impedido la Iglesia, sino el Estado. Porque el Estado ha retornado desde la Antigüedad, con todos sus antiguos terrores, con los dioses de la ciudad tronando desde el cielo y con el desfile, en un alarde de acero, de los fantasmas de cien tiranos: y hemos llegado a comprender por

qué amplios prados y campos de libertad nos ha permitido deambular y jugar la fe que nos ha hecho libres.

XXX
Austria

El año pasado, el representante de lo que quedaba del Sacro Imperio Romano fue asesinado por los bárbaros. Como atrocidad, ha sido adecuadamente denunciada; y alimenta en algunos de nosotros una muda suerte de disgusto, casi como si no hubiera sido asesinado por bárbaros, sino por bestias. Quizás lo que deba resaltarse sobre este hecho es que se trata del único tipo de tarea en el que esta torpe gente no es únicamente torpe. El hombre nórdico o el tipo nazi de alemán es una persona que piensa con mucha lentitud, bastante atrasada y fuera de época en materias de ciencia y filosofía. Por eso, por ejemplo, se aferra a la palabra *ario*, como si fuera su propio bisabuelo, trabajosamente absorto en las primeras páginas de Max Müller[103], bajo la concentrada mirada de los sorprendidos etnólogos de los últimos tiempos. Es lento en muchas cosas, como por ejemplo para liberar a prisioneros indudablemente inocentes, o para responder a las preguntas formuladas por los críticos extranjeros o por la Iglesia católica. Tenemos un buen motivo para saber que es lento para pagar sus deudas, hasta el punto de dejar de hacerlo. Es muy lento a la hora llevar a cabo la utopía que prometió al pueblo alemán: la completa estabilidad económica y la total desaparición del desempleo. Es lento en miles de cosas, desde la duración de sus comidas hasta el desarrollo de su metafísica. Pero en una cosa no es lento, sino todo lo contrario. Es rápido en el derramamiento de sangre inocente; posee técnica para asesinar a otras personas; y la sola posibilidad de practicar este deporte le proporciona una animación que es casi humana. Hitler asesinó a un apreciable número de personas en un solo fin de semana, y el asesinato de Dollfuss mostró un atisbo de la eficiencia que los nazis habían prometido desarrollar en otros campos.

Pero es mucho más importante insistir en los grandes asuntos humanos e históricos mencionados al principio de este artículo. Dollfuss murió como un hombre valiente y leal, pidiendo el perdón para sus asesinos, y las almas de los justos están en las manos de Dios, no importa cuánto placer hayan sentido

sus enemigos —con esa marca de fango grabada en todo lo que ellos hacen— al negarle el auxilio de su religión. Pero Dollfuss muerto es, todavía más que cuando vivía, un símbolo de algo de inmensa importancia para la humanidad, que prácticamente no es mencionado en los periódicos por nuestros políticos. Por comodidad lo llamamos Austria, porque podríamos llamarlo más justamente Europa, pero sobre todo —y éste es el hecho vital completamente ignorado— sería estrictamente correcto y coherente con la historia llamarlo Alemania. El mismo hecho de que el nombre *Alemania* haya sido tomado de los austriacos para dárselo a los prusianos resume una tragedia de trescientos años. Es la historia de la guerra llevada a cabo por los bárbaros contra el imperio, el auténtico y original imperio alemán. Comenzó con el primer disparo prusiano en la Guerra de los Treinta Años y ha terminado con el disparo que mató al canciller austríaco. Lo llamemos imperio o la vieja Alemania, o la cultura del Danubio, lo que Austria significó y significa es esto: que lo normal para los europeos, hasta para los alemanes, es ser civilizados; que lo normal para los europeos, hasta para los alemanes, es ser cristianos; y aún podemos agregar con honestidad histórica que lo normal para ellos es ser católicos. Esta cultura siempre suscitó el odio de los bárbaros del noreste; y en el siglo XIX, un bárbaro genial llamado Bismarck se las arregló para transferir a Prusia el prestigio que siempre había pertenecido a Austria. Éste es el hecho que se deja de lado en todas las modernas discusiones iluministas, porque implica dos cosas: un conocimiento elemental de la historia, que es raro, y un conocimiento elemental de la historia reciente, que es más raro todavía. Siempre existe la posibilidad de que cinco o seis políticos hayan oído hablar del Imperio romano, y quizás dos y medio hayan oído hablar del Sacro Imperio romano. Entre los eruditos escritores de prestigio que apenas han tenido en cuenta hasta ahora la existencia de los austriacos, hay algunos que han leído algo sobre los ostrogodos, o quizás —si son muy eruditos— realmente conocen mucho más de Austrasia[104] que de Austria. A veces es posible suscitar un leve interés por cualquier cosa que sea históricamente remota, y siempre es posible armar un alboroto actual sobre cualquier cosa prehistórica. Pero los hechos que condujeron a los hechos que hoy nos miran a la cara, esos no los conoce prácticamente nadie en la era de los periódicos. Y quizás casi nadie entre nuestros gobernantes sabrá lo que quiere decir que la sucia carnicería de Viena fue la continuación de una política expresada en la invasión de Silesia y la victoria de Sadowa.

Por lo menos hoy hemos aprendido una lección: que lo antiguo vuelve. Retorna un viejo recuerdo de nuestra raza, la invasión de los bárbaros. No es

el Estado corporativo o la teoría fascista, o las otras mil teorías, incluyendo la nuestra, que pretendieron mejorar nuestra antigua civilización. Podríamos decir que son los turcos sitiando Viena, si no constituyera una injusticia hacia la majestuosa, estable y reverente religión de Mahoma compararla con las febriles modas y falacias que se cazan entre sí a lo largo del crudo y semibautizado teutonismo. Es, por lo menos, lo que todos los hombres vieron en el sitio de Viena por los turcos. Es el centro de nuestra civilización en peligro; es el golpe de los bárbaros que, por una vez, en su ceguera, viene a caer en el corazón.

XXXI
El lector de las Escrituras

El señor Bernard Shaw ha escrito un folleto muy protestante[105] sobre el deber supremo de leer la Biblia, y especialmente releerla, por supuesto a la luz del juicio privado. Porque «el juicio privado» nunca es malo, así como la «propiedad privada» nunca es buena. Tiene algo de triunfo haber seguido principios tan enredados y contradictorios de manera inalterable, inconmovible, despreocupada e ignorante durante una larga y valiosa vida. Algunas dificultades técnicas pueden impedir que el folleto del señor Shaw sobre la Biblia sea incluido en literatura de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, pero me imagino que pronto serán superadas; ahora que el cachivache que se llama a sí mismo la «mente moderna» se ha convertido en tan embrollada amalgama de puritanismo y modernismo que no importa que un hombre niegue a su Dios, mientras siga leyendo su Biblia. Pero yo, que amo y admiro a Bernard Shaw, no puedo evitar deplorar que haya vuelto de la tierra de los boers tan completamente transformado en un misionero baptista que está comenzando a tener dudas acerca de Habacuc[106]. Quizás sea un castigo por haber apoyado a los imperialistas en la Guerra de los Boers; porque el matrimonio Webb tenía la maravillosa convicción de que eso era práctico.

Por supuesto, como cualquier otro sectario lector de las Escrituras, el señor Shaw relee la Biblia y encuentra en ella algo diferente de lo que había encontrado el último sectario anterior. Tal es la diversión y utilidad de este *juego dominical,* que ha sido practicado durante cerca de cuatrocientos años y que ya prácticamente se está dejando de lado. Pero los viejos sectarios que descubrieron el calvinismo, el cuaquerismo o el mormonismo en la Biblia, por lo menos tenían la tenacidad necesaria para mantenerse firmes en la defensa de lo que habían encontrado, y llegar al fin lógico de su programa. Pero, por desgracia, el señor Shaw es un verdadero modernista, de modo que ni siquiera puede completar su propio argumento por temor a que acabe siendo prueba de alguna cosa. Su nueva teoría sobre la Sagrada Escritura es en líneas generales

como sigue: los profetas del Antiguo Testamento trataban con un Dios diferente cada uno de ellos, pero parece que estaban bajo la impresión de que era el mismo. De tal manera que el Dios de Job es mejor que el Dios de Noé, el Dios de Miqueas es mejor que el de Job, y así sucesivamente… ¿Sucesivamente, qué? La conclusión obvia de su argumento sería que el Dios Hombre de los cristianos, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, fuera mejor que el Dios de Miqueas, y lo reemplazara con justicia sobre la base de principios progresistas. Pero aquí, por supuesto, el señor Shaw rompe la baraja; revierte bruscamente la totalidad de su teoría del progreso teísta, y se bloquea murmurando alguna insensatez sobre las desgracias psicológicas de Jesús. Esto es sólo una parte de su libro, pero es típico de toda esta descoyuntada e inconsecuente manera moderna de escribir. Página tras página se dedica a mostrar que los dioses primitivos conducían hacia algo más grande y espléndido; y es evidente hacia dónde se encaminaban. Pero en el momento en el que el modernista se da cuenta, escapa, huye lejos de ello.

La verdadera historia de la Niña Negra parece modelada sobre *Cándido.* Ciertamente, buena parte de ella acontece en el famoso jardín de Voltaire. No era en realidad un jardín muy amplio; era un jardín estrecho, pero era un jardín pulcro, en línea con la jardinería holandesa del momento. De todas maneras, casi un alivio frente a la jungla periodística que ahora llamamos «pensamiento moderno». Voltaire, a diferencia de Shaw, tenía un plan sencillo y lógico para su historia. Cándido es un joven educado por un profesor alemán en una filosofía llamada *optimismo,* sumamente insensata, como muchas filosofías enseñadas por profesores alemanes. Venía a decir que todo en este mundo se acomoda a nuestra paz y comodidad. Era casi el extremo opuesto del catolicismo, o aún del protestantismo, porque los cristianos más bien han tendido a exagerar la verdad de que la vida es un valle de lágrimas y un lugar de prueba, a concluir que la paz sólo puede ser encontrada en el monasterio y la justicia en el Día del Juicio. Voltaire no tiene dificultad en mostrarnos de qué manera la vida real rompe en mil pedazos esta herejía teutónica del optimismo. Pero lo que caracteriza la más confusa mentalidad moderna es que en realidad no sabemos, al final de la parábola del señor Shaw, qué es lo que ha saltado en pedazos, si la niña negra ha encontrado a Dios, no lo ha encontrado, o ha encontrado que no hay Dios a quien encontrar. De cualquier manera, encontró al señor Shaw, quien actúa como el jardinero de Voltaire, pero no ha aprendido todavía el lúcido estilo y el claro pensamiento de su jefe. Debe ser reconfortante para el señor Shaw saber al menos que él es un verdadero proletario. Voltaire dijo que un hombre

debería cultivar su jardín. Lo que da la medida del progreso es que aparentemente se ha convertido en un sirviente cultivando el jardín de su amo.

Por lo demás, sé que hay muchas personas sencillas que consolarán y gratificarán a mi amigo escandalizándose cumplidamente ante varios pasajes de su libro. Sería casi cruel privarlo de ese consuelo, pero confieso que a mí me dejó frío y no pude sentir nada aproximado a una decente consternación en todo este asunto. Siempre me pareció que debemos abordar un problema teniendo en cuenta si estamos tratando con creyentes o incrédulos; y sólo un creyente puede ser blasfemo. Los católicos debemos ser conscientes de que en esta época estamos viviendo en tierras paganas, y de que los bárbaros que nos rodean no saben lo que hacen. Por supuesto, los que piensan que Jesús era un hombre ordinario, hablarán de Él de una manera ordinaria. De lo que me quejo es de que ni siquiera en ese caso puedan hablar de Él de forma sensata. Por ejemplo, el señor Shaw escribe un largo diálogo en el que su Jesús imaginario da a entender débilmente que todo se puede solucionar mediante el amor; a lo que parece cualquier tipo de amor. Ahora bien, no hay la más mínima evidencia de que el histórico Jesús de Nazaret dijera alguna vez que semejante emoción egoísta, sensual o sentimental debería ser en cualquier parte un sustituto de cualquier otra cosa. En la época de Voltaire, Rousseau y los románticos dijeron a veces algo que se parece a esto, y la Iglesia se les opuso desde el principio, precisamente de la misma manera en que Shaw se despierta para oponerse en el final. Para nosotros es mucho más importante señalar que el ataque a la fe se demorona en su propio terreno, por su propia locura, que expresar nuestros sentimientos sobre los resultados aleatorios de su invencible ignorancia cuando se encuentra un terreno más sagrado.

XXXII
Una explicación

Los últimos dos ensayos de esta colección pertenecen tan claramente al ámbito de la correspondencia periodística, que conviene decir unas palabras sobre las circunstancias de su aparición. A petición de la BBC, hablé en uno de sus programas sobre la libertad, dando el punto de vista católico de la cuestión, en una alocución que fue muy criticada. A veces pienso que las críticas más duras fueron involuntarias e inconscientes. Porque no puedo evitar sentir que algunos de mis críticos debieron dormirse, con objeto de tomarse un breve respiro durante mi charla, para luego despertarse, con el sobresalto y el asombro del que se despierta de una pesadilla, y comprobar que la implacable exposición todavía seguía su curso. Yo sería el último en reprochárselo, porque a veces yo mismo me duermo escuchándome y puedo imaginarme el efecto que causo en alguien tan lejano de mi persona como yo lo estoy de la de ellos. Pero el caso es que la consecuencia de sus cabezadas fue que la mayor parte de las agonizantes preguntas que me hicieron ya las había respondido antes de que me las formularan.

Comencé la charla explicando el origen de la misma, es decir que había sido especialmente invitado para hablar como católico, y en consecuencia, como polemista. Si le hubieran pedido a sir Oswald Mosley que explicara por qué es fascista, habría dado una charla popular o impopular; pero sería un poco duro hacia sir Oswald quejarse de que había llevado el tema del fascismo al terreno de la discusión política, o el tema de la política a una transmisión de la BBC. Y sin embargo, al leer algunas de las inocentes críticas que he recibido, uno podría suponer que yo había sido invitado a dar una conferencia literaria sobre Milton y Shelley, y había aprovechado la oportunidad para perpetrar un salvaje elogio de Torquemada y Guy Fawkes. Si en este país libre donde —así me lo aseguran— se pueden expresar todos los puntos de vista, es imperdonable sugerir que la visión protestante de la libertad es equivocada, alguna responsabilidad debe ser compartida por los que piden a los católicos que expliquen por qué el punto de vista católico es

correcto. Porque ese arte particularmente atinado y diplomático de decir que el catolicismo es verdadero sin sugerir por un momento que el anticatolicismo es falso, es un arte para cuyo aprendizaje soy un racionalista demasiado viejo en este momento de mi vida.

La segunda leyenda que es consecuencia de haber oído o no mi charla radiofónica es la extraordinaria ilusión de que hice un discurso sobre el vino. De entre diecinueve mil palabras, los periódicos parecen haber elegido cuatro, en la forma de la refinada sentencia «me gusta la cerveza». Me temo que estoy moldeado de tal manera por la tradición cultural, que no puedo, ni aun a riesgo de mi propia vida, encontrar algo más cómico, excéntrico, provocativo o sensacional en decir «me gusta la cerveza» que en decir «me gustan los plátanos». Pero ciertamente veo que habría algo a la vez egoísta y trivial en la frase «me gustan los plátanos», si no formara parte de un argumento objetivo. Y mi observación forma parte de un argumento objetivo. Lo que pasa es que yo argumento exactamente lo opuesto de lo que ellos imaginan.

Dije que para empezar era bueno acordarse de que cualquier pobre de un país católico encontraría que lo que él considera antiguas y universales libertades populares están prohibidas en los países protestantes. Los ejemplos obvios son la prohibición del alcohol y el veto a las carreras de caballos irlandesas. Luego dije que esas trabas se compensaban en el caso de mi persona, porque si bien me gusta la cerveza, no hay nada que me aburra tanto como una carrera de caballos. Pero tengo una cierta sensibilidad por los derechos humanos. En síntesis, es evidente que sólo dije que me gustaba la cerveza para dejar claro que en mi argumentación no importaba un ardite lo que me gusta. Y sin embargo, un excelente y culto semanario sacó la conclusión de que a mí no me gustaría la libertad si no me gustara la cerveza. El editor, caballerosamente, reconoció el error cuando le llamé la atención sobre el mismo, y esta discusión no es con él. Se hicieron ulteriores comentarios sobre el tema, que son los que constituyen el texto de uno de estos dos ensayos.

Para terminar, si alguien duda de que exista una cosa llamada libertad católica, pienso que no le hará ningún daño ayudarlo a darse cuenta de que existe una controversia católica, es decir, una controversia entre católicos. Por lo tanto incluyo aquí mi respuesta a algunas francas y amistosas, pero muy definidas dudas acerca de mi acción, que fueron expresadas en uno de los mejores periódicos católicos modernos. Porque siento que no sería justo contestar polémicamente una crítica que se me hizo desde un órgano anglicano, mientras que oculto de alguna manera que también he sido

criticado en un órgano de mi propia comunión. Creo que del contexto se deducirá claramente que un distinguido italiano, el doctor Crespi, que habla como opositor al fascismo, me atacó desde un ángulo ligeramente distinto. Y esto sólo vendría a ilustrar el hecho principal: que la sustancia de mi discurso concernía a toda clase de grandes problemas modernos, y no tenía que ver con mi gusto por la cerveza ni con mi posible presencia en Ascot como personaje de moda. Señalé que reduciendo la libertad al derecho a predicar o imprimir, hemos dado a los charlatanes una enorme ventaja sobre el pueblo cristiano, y hemos perdido al campesinado, para acabar viviendo bajo una plutocracia. Por cierto, algunos críticos combinaron acusaciones contradictorias. Convencidos de que habían probado que yo estaba enteramente concentrado en la bebida y las apuestas, se apresuraron a clamar al cielo a propósito de mis devastadoras calumnias contra la prensa, el Parlamento, el sistema de propiedad rural y el Imperio británico. Si hubieran tratado de comprimir estos temas en veinte minutos, comprenderían qué fácil es para la audiencia (incluso si logra mantenerse despierta) perder el sentido de la medida y de las proporciones.

XXXIII
Por qué los protestantes prohíben[*]

Con mezcla de respeto y pena disiento de un periódico que admiro tanto como el *Catholic Herald*, y de un crítico por el que tengo tanta simpatía como el doctor Crespi. Ya he dicho que pienso que el *Herald* es quizás el mejor o incluso el único periódico que tenemos; y mi confianza en la sinceridad del doctor Crespi es tan completa que acepto sin vacilar su afirmación de que ha leído y escuchado mi charla sobre la libertad. Porque sin esa seguridad, aquí y ahora podría sentirme inclinado a pensar que no ha hecho ninguna de las dos cosas. El caso es que aquella lamentable exhibición mía parece haberle causado una conmoción tan grande que lo dejó bajo la extraña impresión de que yo había pronunciado una especie de elogio, o por lo menos una disculpa, del fascismo italiano o, más en general, de las nuevas dictaduras europeas. Ahora bien; es un hecho que fui muy cuidadoso al explicar que no estaba haciendo nada de ese estilo.

Dije que detestaba algunas de las formas de esos sistemas y que no apoyaba ninguna de ellas. Que en la práctica se revelaban como tiranías, y que yo estaba preparado para tratarlas como se trata a una tiranía. Lo que dije también es que esta tiranía, a pesar de serlo, de hecho no había destruido las tradiciones de la libertad popular en los países católicos, que en cambio han sido más y más despiadada y rápidamente destruidas y desarraigadas en los países protestantes. Si yo digo «ni siquiera Nerón prohibió al pueblo que sembrara grano», no estoy haciendo un elogio de Nerón; y éste es el tipo de cosas que podría decir de los prohibicionistas que prohibieron a los hombres beber vino. Pero en esta ocasión hay ciertamente una curiosa ironía en relación con mis dos amistosos críticos: mis propios sentimientos amistosos hacia el *Herald* se fundan en el hecho de que publica sólidos bloques de información sobre lo que los malvados extranjeros tienen que decir de sí mismos, incluyendo a los fascistas y los hitlerianos, de manera que podamos juzgar por nosotros mismos en qué medida son malvados estos extranjeros. Y mi crítica poco amistosa de la plutocracia británica se basa fundamentalmente

en el hecho de que sus periódicos monopólicos nunca hacen esto, porque son propiedad de uno o dos millonarios que ignoran Europa y se interesan solamente por cierta propaganda y algún burdo eslogan. En definitiva, sólo dije que mientras los dictadores suprimen periódicos, los propietarios de periódicos suprimen noticias. Y sin embargo soy increpado por esta acusación también por aquellos que la evitan.

De la misma manera, respeto cálidamente al doctor Crespi por tratar de liberar a su patria de lo que él ve como un mal opresor. Pero aparentemente él no me permite hacer lo mismo por la mía. Temo que en este punto debo ser firme con él. Me niego respetuosamente a permitir que mi país sea arruinado por la ceguera, el orgullo y la hipocresía, y su corazón corroído por la corrupción y la adoración de las riquezas, solamente para que el doctor Crespi pueda disponer de una Inglaterra totalmente imaginaria para blandirla ante la cara del *signor* Mussolini.

En este artículo no necesito deshacer el equívoco en detalle, porque para la mayor parte de los economistas ingleses —especialmente los católicos— ya está destruido. Sólo diré que su apología del capitalismo del sigo XIX hubiera sido muy bien recibida por los ricos del siglo XIX, y muy alentada por aquellos que sometieron a millones de personas a un yugo apenas mejor que la esclavitud. Pero le daré un dato, me atrevo a decir que de alguien que sabe más que él sobre Inglaterra. Cada vez que vea que nuestros periódicos anuncian el renacimiento del comercio, significará sencillamente que los empresarios han encontrado la manera de reducir los salarios. Toda nuestra reciente historia industrial ha consistido en la aplicación de métodos para bajar los salarios, comenzando con el triunfo del *lock-out* que destruyó a los mineros, siguiendo por las leyes vengativas contra el trabajo después de la huelga general, y terminando por sacar ventaja del abandono del patrón oro para pagar a cada trabajador con una libra que ya no es una libra. Así es como hacemos las cosas aquí. No discuto si es peor que lo haga un déspota o que sea cosa de esta conspiración anónima. Pero la tragedia —y para mí reemplazar una democracia, aunque sólo sea teórica, por el despotismo, es una tragedia— se debe en gran medida a una reacción contra las conspiraciones comerciales.

Para terminar, no dejen que su experto en radio llore por mí, o que imagine que estarán confundidos todos los que no «tengan la llave». Resulta que tengo montones de cartas de gente muy pobre, que me da las gracias por denunciar de qué manera es aplastada la gente humilde en Inglaterra si intenta ser independiente. La agresión monopolista los echa a centenares de sus casas

y comercios. Ciertamente tienen la llave, pero es lo que es llamado en slang[107] la llave de la calle. Ninguno de ellos ha oído hablar de las *llaves de Pedro*, pero como son pobres como San Pedro, saben cómo los pobres son incitados en la casa del gobernador, y qué ira surge en ellos contra el sirviente de Caifás. Me apoyan lo suficiente, ¡gracias!, en la tarea de alentar a los ingleses a que no jueguen a hacer el fariseo.

El hecho es que la tiranía protestante es totalmente distinta de la tiranía católica, y no digamos de la católica libertad. Está férreamente enraizada en un motivo y una moral filosófica totalmente opuesta. Ustedes parecen sugerir que cuando las restricciones protestantes son excesivas, éstas forman parte de la normal tendencia de los que mandan a ejercer el poder lo más posible. Por favor, no es nada de todo eso.

Vayamos al centro de la cuestión. El protestantismo se inclina por naturaleza a lo que puede ser llamado prohibicionismo. No quiero decir prohibición de beber —aunque puede ser una eficaz comparación: ninguno de los diez mil tiranos de la historia mediterránea soñó jamás en desarraigar la viña, desde que Penteo fue despedazado—. Quiero decir que el protestantismo tiende a prohibir, más que a restringir o controlar. Su teoría de la prohibición hunde sus raíces en la teoría del progreso, que comenzó con la expectativa del milenio pero ha venido a desembocar en una similar expectativa de logro del superhombre. No tengo la menor idea de lo que el doctor Crespi quiere decir cuando se refiere a mi «edad de oro»; después del Edén no tengo noticia de ninguna edad de oro en el pasado. Pero el progreso protestante implica una edad dorada en el futuro, totalmente separada, o alterada, del pasado. Hoy en día esta esperanza de una nueva aurora está teñida de darwinismo. El hombre es un mono que ha perdido su cola y no quiere recuperarla. No es cuestión de atarla porque ocupa mucho lugar, o decirle que la enrolle para agitarla solamente en ocasiones festivas. Ningún hombre necesita una cola, y por eso debe amputarla.

Pues bien, el protestantismo aplica esta idea absolutista de la amputación a todas las partes problemáticas de la naturaleza humana, a todas las costumbres populares o tradiciones históricas. No pretende que los hombres las restrinjan por ahora; quiere que las abandonen para siempre, como la cola del mono. Cuando los puritanos abolieron el ritualismo, pretendían que no hubiera más rituales. Cuando los prohibicionistas abolieron la cerveza, juraron que nacería una nueva generación que no conocería su sabor. Cuando los protestantes tienen en cuenta la solución socialista, la mayor parte de ellos

no se conforma con atacar la concentración contemporánea llamada capitalismo; quieren abolir para siempre la idea de la propiedad privada.

Así, hay en las reformas protestantes una cualidad fanática, devastadora, casi suicida, que no se encuentra en las represiones católicas. Una vez que el puritanismo invadió América y Alemania, apareció un nuevo tipo de ley: esterilización o eugenesia compulsiva, ante la cual hasta los dictadores de la tradición latina retrocederían. Ha existido un gran número de católicos que podrían ser llamados puritanos, desde Savonarola hasta Manning, que encendieron su pequeña hoguera de las vanidades; pero nunca la confundieron con la hoguera del fuego eterno. Hay una gran cantidad de malos católicos que pueden ser llamados tiranos, desde Borgia hasta Bomba[108], que derribaron o destruyeron por odio o ambición, pero incluso cuando torturaron a hombres, nunca pensaron que estaban torciendo o alterando al hombre. Por eso sus prohibiciones nunca fueron tan prohibitivas. Mussolini puede estar equivocado al suprimir periódicos, pero ¿quién podría imaginar a Mussolini diciendo: «El mundo no será maldecido nunca más por las hojas impresas», como diría Jennings Bryan[109], «nunca volveremos a ser maldecidos por el licor alcohólico»? Pienso que algunos de los recientes esquemas fascistas para la educación de los chicos alcanzan el ridículo, pero no llegan al punto de decir que los chicos deben ser mantenidos separados de sus madres, un punto que innumerables protestantes progresistas, seguidores de Wells y Shaw, pueden alcanzar sólo con un salto alocado. En síntesis, aparte de la libertad católica, la tiranía católica es, o temporal como una penitencia o un ayuno, o excepcional como un estado de sitio o la proclamación de la ley marcial. Pero la libertad protestante es mucho más opresiva que la tiranía católica. Porque la libertad protestante es solamente la ilimitada libertad de los ricos para destruir un número ilimitado de libertades de los pobres.

Habiéndome pedido especialmente la BBC, para gran beneficio de su relativamente sólido sentido de la libertad, que expresara lo que pienso del catolicismo, yo divulgué el secreto de que lo creo verdadero, y por lo tanto dije que toda cultura, por grande que sea, al apartarse de él en cualquier dirección cae en el error. Comprendo muy bien que el deseo de ser justo o amistoso puede llevar a algunos a deplorar esta revelación; pero no creo que le haga ningún bien a nadie, y menos a los ingleses, blanquear o esconder los malos resultados de la herejía en la historia. Por eso me sentí algo sorprendido cuando un colaborador llamó a mi trabajo «una nota sectaria». De alguna

manera, no esperaba que nadie en el *Catholic Herald* llamara secta a la Iglesia católica.

XXXIV
¿Dónde está la paradoja?

Un escritor de un periódico de la *High Church*, poseído por la musa lírica, me describió recientemente como «papista prolijo profesor de paradoja», frase que tengo la firme intención de ampliar en un poema de no menos de nueve versos dependientes de la letra *p*, mediante los que compensaré la inexplicable ausencia en ella de alusiones a Papas polígamos, ponzoñosos Pontífices, prelados piratas o pestilentes paisanos, que serían tan buenas para el negocio de la cacofonía. Y a pesar de que el editor se disculpó muy graciosamente por habérsele impedido descubrir accidentalmente, sin duda debido a mi prolijidad, lo que yo había dicho en el pasaje criticado, posteriormente otro crítico ha practicado en el mismo periódico igual estilo literario, describiendo la misma frase criticada como «más allá de toda inexactitud de términos que pueda ser permitida en la más pútrida paradoja», y agregando que yo me dedico a la «propaganda del arroyo». Quisiera saber qué es lo que hace que la más remota sospecha de mi presencia —de mí, un simple punto en el inmenso y abarrotado horizonte— provoque en un honesto caballero de la Faith House de Tufton Street[110] tan asombrosas convulsiones. Y es mucho más misterioso porque, en lo que me concierne, es una reacción completamente inmotivada.

Nunca ataqué en particular la teoría anglo-católica, o a la Iglesia anglicana, o a los anglicanos como tales. Sé que la teoría anglicana puede ser sostenida honestamente, porque yo mismo lo hice durante muchos años. Tengo el mayor de los respetos por aquellos que profesan esa convicción, y la mayor de las simpatías por aquellos que están en cualquier estado de duda. Conservo todavía un gran número de amigos anglo-católicos, que no me encuentran tan pútrido ni prolijo, y a pesar de que, por supuesto, diferimos, siempre he evitado disputar con ellos; un poco porque hay muchas otras cosas sobre las que se necesita discutir mucho más, y otro poco porque sé por experiencia que la discusión a menudo hace más mal que bien.

Acostumbraba a leer el periódico en cuestión porque era un buen periódico, y hasta hace muy poco, un periódico con buen talante. No acabo de entender por qué un lector tan inofensivo podría tener un efecto tan sorprendente sobre los otros lectores y escritores. Pero es tan sorprendente el efecto, que el crítico cae en una especie de defensa a medias del puritanismo, el protestantismo y el prusianismo, a veces a la desesperada, a pesar de tratarse de cosas que todos los viejos anglo-católicos acostumbraban a denunciar, y que yo denuncié también cuando era uno de ellos. Hace un tiempo, por ejemplo, con similar tono crispado, provocó una disputa personal conmigo por haberme unido a todo el mundo civilizado en la condena del asesinato de Dollfuss. Si se tratara sólo de peleas personales ni siquiera valdría la pena mencionarlas, porque estoy plenamente satisfecho con la forma en que al final admitieron los hechos sobre los que discutíamos, y lo demás es una nube de humo. Pero hay disputas mucho más importantes, que conciernen a la cristiandad y, en especial, a este país, sobre las que no puedo dejar que un importante órgano de opinión tenga una impresión tan falsa.

Con respecto a el señor C. E. Douglas, el olfateador de pútridas paradojas, me basta con apuntar que se queja de «un uso antihistórico de la palabra católico» y nos asegura que él se contenta con que el clero de la Iglesia nacional esté integrado en casi todas nuestras instituciones, como garantía de que «en teoría, la religión católica es la religión oficial de la nación». Sólo puedo decir que si él usara su imaginación para ver nuestro punto de vista como yo uso la mía para tratar de entender el suyo, caería en la cuenta de que un católico de verdad, y hasta un anglo-católico, puede encontrar, con razón, que ese respaldo oficial es un poco débil. Es muy cierto que hay sacerdotes católicos dedicados a toda suerte de cosas. Un obispo católico predica que la ciencia ha destruido todo el esquema original del cristianismo; un deán católico truena denunciando el control de la natalidad como medicina curandera. Un canónigo católico está aparentemente dispuesto a partir el pan con cualquiera, desde mormones hasta musulmanes. Yo preferiría más bien a los musulmanes; pero no puedo creer que el señor Douglas o el editor del periódico miren realmente ese metafórico ágape retrospectivo como un sustituto del Santísimo Sacramento.

A pesar de que el señor Douglas no tiene una visión de nuestros escrúpulos demasiado comprensiva, hay en él un punto por el cual se gana mi afecto, a pesar de que no me animo a esperar que yo me gane el suyo. Puede seguir diciendo de mí lo que quiera, mientras siga pensando lo que ahora piensa de Prusia. Como yo clasifiqué a Prusia junto a Inglaterra entre los

países protestantes, Douglas protesta contra cualquier cosa que pueda sugerir que son el mismo tipo de país, y en eso estoy de su parte. Tienen algunas cosas en común, pero incluso en lo que se parecen se puede decir que los prusianos prefieren ser intimidados, mientras los ingleses sólo se avienen a ser cegados. El caso es que Inglaterra tiene una cultura nacional mil veces más alegre y más humana que Prusia; la enfermedad es más leve y el talante es más saludable, aunque está debilitado por la ausencia de un credo militante de moral cristiana, y por la falta de la capacidad de clarificar y defender. Sería una buena prueba la introducción de algunas de las nuevas leyes anormales que amenazan al mundo en nombre de la ciencia. Supongamos que algo del estilo de la esterilización compulsiva o la contracepción compulsiva acecha realmente a través del Estado moderno, conduciendo la marcha del progreso humano por el aborto hacia el infanticidio. Si llegara hasta los paganos del norte de Alemania, la aceptarían con aullidos de bárbara alegría, como uno de los sagrados mandamientos de la *religión de la raza*, y probablemente rematarían los correspondientes festejos con un pequeño sacrificio humano. Si los ingleses fueran sus receptores, la aceptarían como ciudadanos respetuosos de la ley, es decir, con una actitud a mitad de camino entre la de un sirviente disciplinado y un chico desconcertado. Existe, pues, una gran diferencia, pero no tan grande como la que nace de las certeza de que los irlandeses no la aceptarían de ninguna manera.

Pero la razón por la que me he ocupado del texto de esos dos críticos de la *High Church* es que sus puntos de vista tocan felizmente un asunto de inmensa importancia internacional. El señor Douglas, conservando su saludable recelo contra Prusia, cree que no es improbable que la fuente sea el prusianismo, aunque no admita mi opinión de que el error tuvo su origen en el protestantismo. Pero el otro crítico desea proteger al protestantismo frente a cualquier crítica y cae en la vieja cantinela de que Hitler es católico. Por supuesto que hay incontables católicos que considero equivocados en política; e incontables católicos que piensan que el equivocado soy yo. Pero me pregunto si es mucho más exacto llamar a Hitler católico que llamar a Bertrand Russell anglo-católico. Probablemente el segundo fue bautizado en una Iglesia anglicana. Pero la cuestión decisiva es el origen histórico y cultural del más que reconocido paganismo hitleriano. El crítico anglicano dice que este culto tribal de comenzó en Baviera. Sería igualmente sensato decir que se originó en Inglaterra, porque fue popularizado, mucho antes de que nadie hubiera oído hablar nunca de Hitler, por Houston Stewart Chamberlain. De hecho, el movimiento comenzó antes de la Guerra Mundial,

antes aún de la Guerra Franco-Prusiana, y tiene sus orígenes mucho más atrás en la historia, en el hecho de que los matices protestantes de Alemania sólo emergieron un poco de la barbarie, para enseguida hundirse de nuevo en ella. Pero en su presente forma práctica, es simplemente la cola, podríamos decir la escoria, del prusianismo del siglo XIX, algo así como los soldados irregulares acompañantes del mucho más disciplinado ejército de Bismarck. Nadie puede entender esta agresiva renovación si no se percata de que se trata de una reposición. Suponer que todo comenzó con lo que dicen los recientes titulares sobre Hitler es conocer la historia periodística, que es no saber historia sino solamente noticias, generalmente falsas. El movimiento que ha abolido precisamente a Baviera, y no ha dejado ningún Estado vivo, salvo el imperio de Bismarck, es simplemente la última fase del plan de Bismarck para prusianizar Alemania, aplastando a los católicos del Rin, y robando la vieja corona imperial de los otros católicos del Danubio. En síntesis, ha fundado un nuevo imperio protestante para primero noquear y luego derribar el viejo imperio católico, y Hitler es su heredero y ejecutor.

A las personas que saben algo de lo que ocurrió antes, más allá de lo que dijeran los periódicos de unos meses atrás, se les puede demostrar fácilmente que lo que acabo de decir son hechos. Simplemente necesitamos preguntarnos qué era Baviera cuando era Baviera, antes de que sintiera la presión de Prusia. Cuando Baviera era realmente Baviera, se decían toda dase de cosas contra los bávaros: que eran soñadores, que eran borrachos, que eran ridículamente románticos, que eran fanáticos de la música. Y mucho más. Pero nadie dijo nunca que fueran rígidos, duros, despiadados e inhumanos, o que fueran fanáticos de la centralización oficial y la disciplina militarista. Este tipo de fría brutalidad vino con el prestigio prusiano, y no podía llegar desde ninguna otra parte. Y ese prusianismo provino del protestantismo; no, por supuesto, en el sentido de que haya infectado a todos los protestantes, o que no existan millones de buenos protestantes libres de este error, o víctimas de otros errores. Pero es un fruto histórico del protestantismo, y esto no es sólo un hecho histórico, sino que puede ser probado con idéntica claridad como una verdad filosófica.

El orgullo racial de Hitler proviene de la Reforma, por veinte razones: porque divide la cristiandad y profundiza todavía más esas divisiones; porque es fatalista como el calvinismo y hace que la superioridad no sea electiva, sino impuesta; porque es césaro-papista, y pone el Estado sobre la Iglesia, como pretendía Enrique VIII; porque es inmoral, siendo un innovador de conductas morales que tocan temas como la esterilización y la eugenesia;

porque es subjetivo, sometiendo el hecho previo al capricho personal, como cuando pide un Dios alemán, o declara que la revelación católica no es acorde con el temperamento alemán —como si yo fuera a decir que el sistema solar no es acorde al gusto chestertoniano—. No pido disculpas, por lo tanto, por decir que esta catástrofe histórica se deba a la herejía, y no puedo ver que ni siquiera un anglo-católico pueda defender su propia pretensión de ortodoxia negándolo.

Nunca esperé, naturalmente, que la gente estuviera de acuerdo con ese punto de vista. Entre los comentarios que seguramente dije tan mal que casi nadie los escuchó, estaba la observación preliminar en la que decía que yo preferiría mucho más hablar a mis compatriotas sobre las cosas en las que estamos de acuerdo, sobre Dickens, o la gran cultura cómica de la tradición inglesa; pero que cualquier hombre que se sienta desafiado en su obediencia a una Iglesia tiene la obligación de disentir con aquellos que están definitivamente en desacuerdo con ella. Dije: «Si digo estas cosas, no puedo pedirles que estén de acuerdo conmigo; si digo cualquier otra, no puedo pedirles que me respeten».

Vivimos en una época en la que cualquiera puede enseñar en cualquier parte, mediante cualquier método científico de educación, que una cosa tan nimia como Dios fue el resultado azaroso de una disputa tribal sobre un incesto o un parricidio, y así la religión envenenó los primeros retoños del progreso; en una época en la que los comunistas pueden pretender que la humanidad se echó a perder cuando apareció por primera vez entre los hombres prehistóricos la propiedad privada; en una época en la que todo, no importa cuán reales ni cuán remotos sean sus principios, es llamado enorme engaño que oscurece toda la historia del hombre. Pero cuando elijo pensar que una isla en el rincón de un continente eligió un camino equivocado de pensamiento apenas hace cuatrocientos años; cuando atribuyo a esa reciente moda local el colapso y la desesperación que se ha apoderado de nosotros por una cultura comercial, se eleva un grito de protesta contra tan intolerable blasfemia, acompañado por la afirmación de los que así se horrorizan de que, a diferencia de todos los demás pueblos, sólo ellos tienen la capacidad de tolerar todas las opiniones.

Confieso que encuentro un cierto hálito —de ninguna manera pútrido— de paradoja en el hecho de que esos pocos fanáticos me dijeran en el mismo aliento que son devotos de la libertad de pensamiento y que yo me había deshonrado a mí mismo diciendo tan abiertamente lo que pensaba. Pero en realidad fueron muy pocos; y no debo cerrar este episodio sin dejar constancia

del enorme número de mensajes que recibí de protestantes y hasta de paganos, reconociendo sinceramente o discutiendo sinceramente lo que yo en realidad dije. Sobre todo, sé bien que hubiera probado mi argumento más claramente de lo que aparece en esta apresurada correspondencia, si hubiera publicado una correspondencia mucho más valiosa: las cartas que recibí de gente muy pobre, que ha sufrido la agresión silenciosa y esclavizadora del monopolio moderno, gentes que me dieron las gracias con mucha de la verdadera generosidad inglesa, por exponer los males que soportan con mucho del verdadero buen humor inglés.

EL CAMINO DE LA CRUZ
1935

Un comentario de Gilbert Keith Chesterton[*]

En esta serie de dibujos, uno de los genios modernos más viriles, famoso en todos los aspectos por la intensidad de su pincel y su colorido no sólo rico sino intenso, ha acometido de forma muy personal una serie de temas que muchos podrían asociar con un cierto tipo de la prístina severidad propia de los Primitivos; es decir, con una impresionante austeridad y renuncia y con los secretos de un dolor más que humano. Es necesario apuntar, en primer lugar, que cualquier comentario que se pueda hacer sobre este asunto puede constituir tema de controversia; ya que ahora existe una controversia general sobre si se debiera hacer o no comentario alguno al respecto. Para algunos, cualquier sugerencia de significado espiritual que se haga en un cuadro se relaciona de alguna manera con la idea de tratarla como una simple anécdota; o, lo que todavía es peor, como una simple alegoría. La controversia se convierte a veces en una comedia; los pintores afirman apasionadamente que sus cuadros carecen de toda significación; y otros, que no son pintores, tratan de explicar lo que realmente significan. Pero la dificultad surge en realidad de que hay muy escasa controversia en el mundo moderno. Un debate raras veces empieza por el principio y continúa hasta su lógico final; consiste, por lo general, en muletillas y frases fragmentarias por ambas partes, y se alarga hasta el infinito porque, en realidad, nunca ha empezado. No resulta muy difícil establecer brevemente una verdad o, cuando menos, una visión filosófica válida. Ciertamente, una crítica de arte, que es en definitiva pura crítica literaria, no es crítica de arte. Si una persona no sabe que para el artista la línea, el equilibrio, el ritmo, las proporciones ópticas son el cuadro, no sabrá de qué está hablando, o bien estará hablando de cualquier otra cosa. Tal vez sea un crítico, pero no será un crítico de arte si no entiende que el giro de una línea, una interrupción o un determinado espacio que aparentemente quedó vacío y sin contenido visible puede representar, con mucho, lo más importante del cuadro. En un sentido muy especial eso puede constituir su belleza. Pero si nos preguntamos en dónde radica esa belleza, o por qué eso es bello, pronto descubriremos que no hemos logrado escapar (como

ingenuamente esperábamos) del pensamiento o del mundo de las ideas. Que nuestro placer sea instintivo o accidental, o incluso que una visión pueda resultar agradable al ojo como un cierto sabor puede gustar al paladar, nada tiene que ver con la intensidad y la infinitud implícita del propio sentimiento. Podemos desconfiar de la prosa y refugiarnos en el verso, como hizo el poeta cuando escribió: ¿Cuáles son los nombres de la Belleza?

¿Quién alabará la promesa de Dios que
satisfaga el ojo de Sus criaturas?
¿O cuáles serán esas geniales frases que
establecerán en los cielos el nombre de la
Belleza?

Pero la mayoría de nosotros tenemos una convicción interna e instantánea de que ese nombre está en los cielos; que es una realidad, aunque no se vea expresada mediante la razón o el discurso; que es una verdad trascendental y revelada. Es posible que frecuentemente se debata hasta qué punto sabe exactamente todo artista, incluyendo a algunos de los más grandes artistas de la historia, lo que quiere expresar con su obra, en el sentido de lo que desea trasladar en palabras. También es algo que puede ser debatido, y a veces de forma violenta, por el propio artista, si la crítica hecha a su obra se ha aproximado a su obra al manifestarse verbalmente. Pero incluso en esos casos siempre resulta posible que la crítica haya visto otra cara de ese mismo dibujo cósmico; si admitimos por una vez que la belleza es algo real al formar parte de ese mismo dibujo cósmico. Todo cuanto aquí escribo está sujeto a la posibilidad, o a la probabilidad, de que haya pasado por alto, o expresado incorrectamente, la parte fundamental del propósito que me anima. Pero no lo he hecho porque sea tan torpe que no me dé cuenta de que un cuadro es siempre un cuadro; o que suponga que la literatura, dejando aparte al periodismo, pueda expresar lo que expresa el arte. Los artistas más originales son aquellos que parten de una tradición; y en el caso de Brangwyn parte en gran medida de la tradición de los pintores flamencos; su obra está llena de esa peculiar plenitud, de ese algo que podría llamarse exuberancia cristiana, que impregna totalmente las ciudades libres de la Holanda católica. Es un completo error suponer que la exuberancia de un Rubens no sea una exuberancia cristiana. Es posible que tenga algo del paganismo del Renacimiento, pero eso no demuestra que se trate del paganismo del mundo pagano. El cristiano que piense que es simplemente paganismo, lo hace porque él mismo no es más que un medio cristiano que se llama puritano.

la obra de Rubens y la de Brangwyn. Los artistas más modernos son también los más medievales. Él es, como mínimo, un artista más místico, y menos racionalista y objetivo que los hombres más ortodoxos del Renacimiento. La diferencia se aprecia más claramente en el color empleado por el artista en su obra; porque en la Edad Media se veía la luz como brillando a través de los objetos, como por ejemplo a través de los cristales de color de las ventanas; mientras que el Renacimiento veía la luz que brillaba en los objetos, como en la plata, en el oro y, algunas veces, en el latón. Cualquiera puede darse cuenta de que los tonos y matices que se aprecian en las obras de los pintores modernos son más transparentes, y su luz recuerda más a una puesta de sol que a la fuerte luz de un sol de mediodía del siglo XVI. En estos dibujos en blanco y negro no se aprecia esta particularidad, pero existe otro elemento que ilustra la misma verdad. Algunas veces tenemos la impresión de que en el Renacimiento flamenco las diosas de los cuadros son demasiado atractivas para ser bellas. Rubens no solía pintar muchos tipos feos, pero pintaba mucha gente bien parecida que era demasiado guapa para ser buena, incluso en el sentido más físico de la bondad. Cuando surgían estas exageraciones en los dos campos había algo en el Renacimiento que rebajaba la perfección corporal. Bajo la luminosidad del siglo XVI se podía apreciar algo que recordaba una especie de baño de sol. Hay algo verdaderamente medieval en la tradición de expresar la vitalidad, incluso la exuberancia, mediante una amplia galería de personajes feos, incluso en la misma fealdad de una muchedumbre. Ahora bien, estos cuadros están llenos de esa clase de vitalidad y variedad de los flamencos. Cada rostro es diferente; y cada uno de ellos muestra un vigor, una energía tal vez fea pero que resulta mucho más atractiva que una vulgar belleza.

Es importante insistir en este fondo de muchedumbres tumultuosas y abigarradas que se ven en todos los cuadros, y muy especialmente en esa diferenciación que hay en el rostro y el gesto de cada personaje, porque esa distinción resulta un elemento decisivo en la interpretación de la pintura. He dicho que estos cuadros son exuberantes, pero con ello quiero expresar todo lo contrario de un trabajo descuidado. Sería posible escribir una página entera sobre cada uno de los rostros que aparecen en esas multitudes. El rostro que aparece vigilante desde una esquina resulta la perfecta expresión de la sorpresa; para algún observador incluso resultaría a menudo desconcertante; porque aunque estas caras multitudinarias parezcan frecuentemente extravagantes en su tipo siempre son sutiles en su intención. La muchedumbre no lo es en el sentido de que constituya una multitud de hombres abigarrados,

no lo es en el sentido de que constituya una multitud de hombres abigarrados, incluso bestializados. Hay en la expresión de cada pasión humana, o en la carencia de esa pasión, algo que nos habla de un gran error o incluso de un crimen; como si se quisiera enfatizar con ello la profunda idea de que todo hombre mantiene su propia lucha con Dios. Tomemos, como ejemplo, uno o dos casos que podemos apreciar en los cuadros: observemos el contraste existente entre los dos rostros más sobresalientes que aparecen en la primera secuencia de la caída de Cristo bajo la cruz. El del viejo fariseo que, dominado por una malvada emoción, farfulla burlas llenas de odio al recién caído; y al otro lado de la escena, el rostro alargado, serio, paciente, inexpresivo del soldado que se inclina para levantar la cruz; frío, insensible, sin que en su rostro se muestre el menor signo de crueldad; haciendo simplemente su trabajo; con la expresión que podría tener cualquier cansado trabajador que se inclinase sobre el tajo. O nótese la deliciosa actitud reverencial de los dos niños que aparecen en la Octava estación, que se comportan inexplicablemente como si se encontraran rezando en una iglesia. Toda esta variopinta multitud realza de forma especial la figura central. Y es probablemente toda esa emotividad la que la dota de mayor fuerza y diferencia.

Son muchos los que sin duda han querido expresar alguna faceta especial del múltiple misterio de la divina humanidad, simbolizando una nueva versión de la presencia corporal de Nuestro Señor. Tal vez la mayoría haya aceptado inmediatamente, o al menos comprendido, la forma particular en que Brangwyn ha querido plasmar esa idea. Andrea Mantegna pintó el rostro muy delicado de un Cristo ensombrecido y sin barba, un tanto parecido al que, según la tradición, tuvo Juan el Bautista en su juventud. Yo he querido pensar algunas veces que tal experimento hubiera podido generar una tradición alternativa haciendo hincapié en el aspecto del Salvador de la humanidad. Brangwyn ha concebido un tipo que puede resultar un tanto curioso; las facciones del rostro conforman lo que se podría entender por el tipo aquilino. Algunos pueden aducir que eso es bastante realista por adecuarse al tipo semítico; pero aunque la idea tal vez fuera acertada no puedo aceptarla, dado que no observo el mismo tratamiento racial en el resto de las figuras humanas, especialmente en las que forman las multitudes de Jerusalén. Estos rostros muestran, como ya he dicho, una gran variedad de formas: si bien el efecto, por lo general, adopta los trazos de lo que podría ser una muchedumbre medieval flamenca. Los rostros que aparecen en los cuadros son muy variados; son tipos que podríamos encontrarnos en cualquier parte, en el

constituya una simplificación casi criminal, afirmar que fueron los judíos los que mataron a Cristo. Pero seguramente no constituiría una simplificación sino sencillamente una falsedad sugerir que el único judío que tuvo que ver en el suceso fue el judío al que se dio muerte. Ni mucho menos, es el rostro lo que estrictamente se entiende por un rostro judío; al menos lo que entienden aquellos que tienen alguna experiencia o conocimiento de lo que son los rostros judíos. La nariz, por ejemplo, casi se puede calificar de ganchuda, lo cual no es muy judío; en muchos casos recuerda más bien la nariz en caballete de un emperador romano. Tal vez me equivoque pero creo que podría considerarse como un rostro aquilino; y esta configuración es la que, a mi juicio, preside todo el dibujo. En primer lugar eso establece una diferencia dándole al rostro una notable distinción, que contrasta con todos los demás rostros, que presentan esas facciones bulbosas características del tipo flamenco, todo lo contrario de las que corresponden al tipo aquilino. Ciertamente todas estas comparaciones resultan prosaicas y casi profanas, pero en conjunto se puede decir que todo ello resalta el aislamiento de Cristo, que se ve aquí subrayado por ese aislamiento que vive el artista o el idealista: ese espíritu sensible y agudo que pasa a través de la rudeza y despreocupación de la gente. Un espíritu tan agudo como sensible, y que es aquí el que quizás apreciamos si no en la intención al menos en la impresión o en el efecto. Tenemos la sensación de que algo se nos clava como una flecha, que corta la muchedumbre como una navaja; incluso estando desarmado y vencido es como si llevara una espada en ese mundo.

Hay una escena en especial en la que esa impresión se me hace tan extraordinariamente vívida que me atrevo a hacer una descripción más completa de ella; y tanto más desde que sé que en este caso el tema no resulta evidente y hasta puede ser repelente.

Si la descripción de la Pasión de Jesucristo no es el relato de algo real, tuvo que existir en los territorios gobernados por el emperador Tiberio un magnífico novelista que fuera, entre otras cosas, un hombre dotado de un estilo realista sumamente moderno. Creo que eso es algo improbable. Porque pienso que si hubiera habido un novelista así, tan singularmente realista, hubiera preferido escribir otro tipo de obra, animado por un legítimo espíritu crematístico, en lugar de escribir algo falso que sólo ofrecería perspectivas dramáticas. Oímos hablar en nuestros días con mucha frecuencia de un realismo al que aparentemente se elogia calificándolo de implacable. En mi caso no puedo decir que en temas de gusto personal me sienta mucho más atraído por la crueldad, como virtud de los novelistas alemanes, que por los

millonarios americanos. Pero si en algún caso el realismo pudiera llamarse cruel o implacable, y la crueldad se pudiera considerar correcta, se la podría encontrar precisamente en el relato de las injurias e injusticias cometidas a lo largo de las estaciones del Vía Crucis. Se pide a los cristianos que piensen en ello; pero debo confesar que no dispongo del valor suficiente para escribir sobre eso. Es demasiado real, o realista, para alguien que está en contacto con un realismo moderno que se muestra más suave. Algo que resulta tan dramático en cada uno de sus detalles como ese relato hubiera constituido un fuerte varapalo para todos los modernistas, si se le hubiera querido calificar de moderno. Detalles como las repetidas caídas bajo el peso de la Cruz poseen el suficiente horror de una humillación inhumana como para que un novelista moderno pudiera escribir sobre los campos de concentración para demostrar la inexistencia de Dios, en lugar de escribir para demostrar que un Dios así amaba al mundo. Mediante esta tragedia de torturas, a lo largo de esta «Procesión de una muerte prolongada», para utilizar la expresión de uno de nuestros más queridos poetas modernos, Brangwyn se ha introducido de lleno en la vieja y dramática tradición del agotamiento y la derrota. Llega casi a exagerar, si es posible una exageración, la paradoja de la impotencia de la omnipotencia y del desamparo de la esperanza universal. Cristo se nos muestra una y otra vez como un árbol abatido, como una columna desplomada, anónimo en ese Su rostro que ya se vuelve hacia la nada y la noche. Y, sin embargo, a mí me parece que todo ello construye un cuadro en el que Cristo alza su cabeza, mira por encima de su hombro, y en sus ojos se aprecia el brillo del desafío y, casi, de la ira. Y que una de esas miradas está dirigida a las mujeres de Jerusalén que lloran por él.

Dudo que a alguien pueda gustarle esto, ni siquiera estoy seguro de que pueda gustarme a mí. Pero de lo que sí estoy seguro es de que se trata de la escena más intensa y poderosa de toda una serie de escenas de por sí intensas. Y que existen otras mil cosas en ese encuentro de las miradas, tanto de la mía como la de cualquier otro. Desde el momento en que ésta constituye la revelación más aguda del perfil de ese rostro, enfrentado al de los múltiples rostros de la multitud, es posible que le parezca a muchos que se trata tan sólo de una muestra de ese afilado perfil semítico del que ya he hablado. Me es fácil imaginar que alguien diga que se parece al de Shylock[1] lanzando de soslayo su maldición a los que le rodean, en el momento en que abandona la corte. Bueno, es posible que exista una oscura e inversa verdad incluso en esto; existe ese doble y contrastado aspecto, de luz y sombras, en el sensible espíritu de Israel. Pero en el ejemplo más elevado siempre está incluida

también su máxima paradoja: que Él haya rezado por sus enemigos y protestado contra sus amigos. Por supuesto que Jesús nada tiene que ver con Shylock; sin embargo, existe cierto paralelismo simbólico entre Jesús y Job. Que se sepa, Job no perdió los estribos para maldecir a quienes asolaron sus campos y robaron sus rebaños; todas esas desgracias las pudo soportar gracias a su ánimo esforzado; lo único que no soportó fueron los lamentos de quienes trataban de confortarle. Pero en el otro ejemplo —el ejemplo más elevado— hay un enigma que ha de resolverse mediante un principio más profundo, y que depende del misterio fundamental de la unión entre lo divino y lo humano constituyendo la totalidad de este inmenso tema. El tema de la tragedia griega es la división entre Dios y el hombre. El tema de la tragedia de los Evangelios es, por el contrario, la unión de Dios y el hombre. Y sus efectos inmediatos son más trágicos.

La imagen de las mujeres llorosas impresionará al espectador; o, al menos en cierta medida, al espectador superficial. Yes precisamente aquí, pienso yo, en donde el valor de esa variedad de retratos, en los que el lápiz del artista refleja la multiplicidad de los rostros de la muchedumbre, en donde se encuentran los efectos más delicados y originales. Aquí se encuentra ese curioso grupo de plañideras, esas madres y jóvenes llorosas de la ciudad santa. No quiero decir que muchas de ellas, incluso la mayoría, no fueran totalmente sinceras en su piedad hacia la víctima desgraciada que marcha hacia la muerte. Lo que quiero decir es que hay una serie de sombras y gradaciones, incluso en esa sinceridad; y que en ciertos casos tal sinceridad se halla mezclada con la curiosidad, y hasta se hunde en la vulgaridad. Una de las ancianas que aparecen al fondo se nos muestra verdaderamente desolada. Se trata tan solo de un rostro visto a medias en la penumbra, oculto por las figuras que se hallan en primer plano. Pero creo saber todo sobre esa mujer. Es casi igual a lo que le sucedía a aquella dueña de Margate a la que se le partía de dolor su corazón de oro. Vemos a una mujer más joven con un aire de curiosa emoción, tiene los ojos entornados y se aprecia el indicio de una lágrima en una de sus comisuras; pero no puedo dejar de pensar qué se estará preguntando sobre esta escena de la Crucifixión. Otra mujer, probablemente una madre sensible, carga con su hijito en brazos, cumpliendo con su tarea diaria en ese día tan especial; aunque yo diría que lo que se ha propuesto en ese momento es que su hijo pueda ver lo que está sucediendo. Detrás, y un poco aparte, puede verse, trazada a grandes rasgos, otra mujer que también parece una dama; pero no llego a descubrir si su expresión revela un sentimiento trágico o tan sólo digno. Y a medida que voy estudiando esta

abigarrada multitud voy formándome una impresión colectiva, aunque no sé si es la impresión que quiero formarme de ellos o no. Toda esta gente está observando a un hombre que va a ser crucificado. La mayoría sienten realmente lástima por este pobre ser sin esperanza, pues todos ellos están convencidos de que, en el fondo, eso es lo que es: un pobre ser sin la menor esperanza. Lo saben por las noticias que tienen, y saben que las autoridades no van a hacer nada en el asunto. Así que no sólo no pueden imaginarse que no haya para él la menor esperanza, y menos aún hacerse una idea de lo que está viviendo. Porque son personas decentes que no pueden negar que es un asunto triste el que ese hombre muera mientras ellos seguirán viviendo bien protegidos e, incluso, prósperamente. Y es justamente hacia ellos hacia los que la víctima vuelve su mirada con una repentina y lancinante ira.

Las palabras originales del Nuevo Testamento presentan una concepción tan abrumadora que ha de ser aligerada para una mejor comprensión. Pero debido a que su significado se entiende a veces de forma convencional, o no llega a entenderse en absoluto, y porque todos tenemos la impresión de que cada breve frase parece decir un montón de cosas al mismo tiempo, siempre surge la tentación de expresar, aunque sea en un sentido un tanto vago, una serie de implicaciones que tal vez no hayan sido apreciadas de forma inmediata. Por eso, a través de una simple frase surge toda una corriente de ideas y pensamientos que, en un principio, no se hubieran considerado: «… y éste es el último portento de las tinieblas; que os sintáis apiadados por mí; que esa parte de mí en la que nunca creísteis, el sueño de divinidad de un loco, os haga derramar lágrimas. Pero esa parte mía también es parte vuestra; esa cosa antigua y obtenible en la que creéis, esa tradición que era tanto mía como vuestra; la Sangre; la Familia; la Historia. ¡He ahí las cosas por las que podéis llorar! Porque nací hombre, fui un patriota de mi país y de mi gente; y si queréis apiadaros de mí por algo, apiadaos por eso; por las Tablas de la Ley, por el templo de Salomón y por toda su gloria. Os imagináis que un sueño ha llegado a su final ¡si supierais que la realidad ha llegado a ese final! Si supierais que esa tragedia real os seguirá a lo largo y ancho del mundo, siglo tras siglo; los errores que cometéis, los errores que sufriréis, la lucha infinita que causará esos errores. Y vosotros que permanecéis en la misma cresta de la ola de esta catástrofe horrorosa y lamentable, ni siquiera sabéis de qué os habéis de apiadar». No puedo exagerar mi sentimiento de la vívida inspiración del artista que lanzó esa última mirada sobre la escena con el fulgor de un rayo. «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos».

Evidentemente carecería de sentido tratar estos efectos plásticos, en este caso particular, sin tener en cuenta el hecho de que el método del artista no quisiera dotar al conjunto su particular y pintoresco punto de vista. Pictóricamente, incluso poética y espiritualmente, nadie esperaría que Brangwyn pintase el grupo de las mujeres llorosas como clásicas plañideras, a la vieja usanza colorista de las dramáticas damas griegas o romanas de casos similares. Eso significaría interpretar desacertadamente el tratamiento técnico del cuadro y el uso del color, limitado en este caso al blanco y al negro. Como ya he dicho, toda la escena está concebida siguiendo el modelo de los flamencos medievales. En ningún caso se concibió el telón de fondo como un mar de rostros caseros y toscos; y es posible que gran parte de la variedad individual que se aprecia, incluso aquí, se deba a causas incidentales o accidentales. Pero yo no creo que la intensa ironía de esta escena en particular pueda ser enteramente accidental. Hay otras escenas en las que críticos de diferentes gustos estéticos podrían acusar a este estilo gótico flamenco de acercarse demasiado al retrato de un conjunto de gárgolas. Se trata aquí de evitar todo lo sentimental, como sucede en la mayoría de los cuadros medievales. Por supuesto que habrá muchos a los que les gustaría, por ejemplo, que la Verónica pudiera parecerse un poco más a esa bella joven del arte convencional. Sucede algo parecido, aunque de forma más vibrante y profunda, en lo que se refiere a la imagen de la Madre Dolorosa. Porque si bien se ha tratado de ensalzar a casi todos los tipos de mujeres que aparecen en la pintura, quizás algunos de nosotros nunca podamos evitar un estremecimiento de esperanza y temor cuando vemos que una figura tan vívida se añade al cortejo procesional. En este caso me atrevo a pensar que tal elección está vinculada a ciertos condicionamientos que actúan asimismo a la hora de elegir el modelo humano del Hijo divino.

Es posible que todos estos comentarios sean meras conjeturas en lugar de una crítica de arte; pero sigo creyendo que la figura de Cristo, tal como la entiende este artista, obedece a una idea concreta lograda tal vez después de un proceso de eliminación. Es posible que el artista haya seguido el camino de dos grandes tradiciones del arte cristiano. Por una parte, aquella que insiste en una pureza luminosa casi etérea; una tradición que no es solamente mística sino también monástica. Se ve asociada con los pintores más ortodoxos y teológicos, como Fray Angélico; aunque en este caso la teoría de la corporeidad, si se vuelve demasiado transparente y delicada, corre el peligro de caer en la herejía gnóstica de la incorporeidad de Cristo. Por otro lado, y al extremo opuesto, nos encontramos con la apariencia tan sólida de la figura,

propia del Renacimiento. Pienso que de algún modo Brangwyn, aunque se hubiera sentido complacido con el Cristo de Rubens, hubiera tenido la impresión de que echaba en falta aquel sentido de distinción y soledad que deseaba expresar en Su rostro y en Su figura. En tal sentido tal vez temió caer en algo parecido a un tipo de Cristo demasiado flamenco, una especie de Hércules barbado de Amberes. Esto es lo que sintió William Blake cuando expresó de forma humorística, pero drástica, su antipatía hacia Rubens: «Creí que Cristo era carpintero / y no carretero de cerveza, mi querido señor»[2].

Al margen de estas dos tipologías, el artista moderno ha inventado una tercera y ciertamente original, que parece sugerir algo punzante y agudo; algo así como el golpe de una espada o el vuelo de un águila. Lo mismo se puede decir de la concepción conjetural de Nuestra Señora; con la única salvedad de que aquí existe un mayor número de interpretaciones que las que se dan en el caso de Nuestro Señor. A la bendita Virgen se la ve como un ser muy etéreo o muy humano y emotivo. Y la idea que aquí se sugiere no es ninguno de esos tipos, sino que más bien puede interpretarse en el sentido de un personaje fuerte; como el de esa mujer que tiene algo de la campesina esforzada que no se arredra ante la travesía del desierto para llegar a Egipto; y algo también de la princesa que se yergue majestuosa para recitar el *Magníficat.* Pero en todo ello se aprecia la fuerza que yace bajo las características estrictas del candor y del espíritu flamencos que algunos considerarían un tanto áspero. Y esto no es más que otra manifestación de la unidad de este espíritu y tono, que mantienen una clara armonía, incluso en donde aquellos rígidos clasicistas o torpes sentimentalistas consideran que la armonía consiste en discordancias.

Resulta simbólico que la figura del drama, que si bien es sagrada es también totalmente humana, resulte todavía más controvertida que aquella otra que es a la vez sagrada y divina. Pero estos farragosos comentarios han de terminar, como se iniciaron, en una anotación no siempre bien aceptada: la anotación de una inevitable controversia. No he hecho hasta ahora otra cosa más que un bosquejo de crítica, o de respuesta a las críticas, refiriéndome al genio técnico del artista; o, dicho con otras palabras, al tratamiento del tema. Pero resulta imposible evitar el perdurable desafío de quienes ponen más objeciones al tema que al tratamiento. A la profunda tradición de la que hace aquí Brangwyn un añadido; un añadido esencialmente inmutable en lo que se refiere al desafío que somete a quienes lo contemplan; el mismo desafío que se repitió a lo largo de la decadencia de Roma, de las Edades Oscuras, de la Edad Media, del Renacimiento y del mundo moderno, incluso con más fuerza que en el Renacimiento; un desafío que es el tema fundamental y el punto en

torno al cual siempre giró el mundo. «¿Es que esto nada tiene que ver contigo; con todos los que lo veis? ¿Hubo alguna vez un sufrimiento como el mío?». En tiempos recientes ha habido todo un movimiento de protesta; de protesta contra todo el asunto porque se considera demasiado triste. Hay muchas personas que afirmarían con sinceridad, si bien de forma superficial, que resulta un tanto morboso pararse detenidamente ante las estaciones del Vía Crucis. Pero, como ya he dicho, esto no me parece muy coherente. Porque mientras estos jóvenes acusan a sus padres de dejarse llevar por el lado morboso de su fe, no reprochan en absoluto a sus contemporáneos que se muestren mucho más morbosos en lo que concierne a la duda. Han aceptado una literatura moderna que se muestra incluso más negativa, derrotista y sin esperanza; con la única condición de que les hable de ese derrotismo y de esa desesperación. Swinburne se quejaba con hermosos versos de esta morbosidad del martirio: «las horribles glorias de santos y dioses ahorcados y despedazados». Pero en versos inmediatos[3] mostró el giro que habían experimentado los gustos modernos. Unos gustos que permiten mostrar algo horroroso siempre que se esté seguro de que nada tiene de glorioso; y que permiten a cualquiera ocuparse de agonías, siempre que se esté convencido de que los dioses han muerto. Si hubiera una persona de estas últimas generaciones que se mostrara de un nuevo modo tan musical como Swinburne, habría que situarlo en la línea de la obra *Hassan.*[4] No obstante, dicha obra gira prácticamente en torno a un prolongado episodio de tortura, mucho más morboso que cualquiera de los que se puedan encontrar en el martirologio de los cristianos. Lo que, sin embargo, parece haber reconciliado a las mentes modernas con el tema es el hecho de que en la obra se describe el triunfo del tirano, y no el del héroe. Aun así resultaría un tanto hipócrita pretender que se trata tan sólo del tema del héroe. Quienes se burlan de los grandes pintores de la Pasión, o los malinterpretan, deberían tener un poco más en cuenta el hecho de si se trata solamente de la repetición de las torturas a las que se somete a un héroe concreto. Esa queja tendría algo de sentido si hubiera muchos cuadros en los que se representaran los tormentos a los que fue sometido Régulo[5]. Sería posible comprender ese malestar e inquietud si los artistas clásicos hubieran tratado con semejante detalle los efectos corporales que tuvo la cicuta en Sócrates. Por una amarga ironía, la respuesta que se podría dar a las quejas de los modernistas y de los humanitaristas es en sí misma una queja contra el modernismo y el humanitarismo más simplista. Si alguna persona de nuestra época dijera: «Insiste usted demasiado en los sufrimientos padecidos por Jesús de Nazaret», resultaría lógico responder:

«Quizás pudiera ser demasiado para el sufrimiento de Jesús de Nazaret, pero no es demasiado para el sufrimiento de Jesucristo». Si su teoría fuera cierta, que Jesús no fuera tan sólo un ser humano sino casi un accidente histórico, entonces tal vez hubiéramos hecho un lamento demasiado prolongado sobre semejante accidente. Pero si nuestra teoría es verdadera, es decir, que no se trató de un accidente sino de la agonía divina que exigía la restauración del mundo, entonces no es en modo alguno ilógico que tal lamento (y tal júbilo) dure hasta el final de los tiempos. El escéptico, que es también el sentimental, se enreda en este juego de argumentaciones. Se limita a decir que si la Pasión fue lo que él cree que fue, estamos muy equivocados al tratarla como pensamos que fue. Ciertamente, si Cristo no poseyera la esencia de la omnipotencia, no tendría sentido señalar la paradoja de su impotencia. Pero no estamos dispuestos a admitir nuestro error, sencillamente porque nuestra versión de la historia es la única que tiene sentido. Es totalmente cierto que ha habido una insistencia verdaderamente terrible sobre ese punto, cosa que nos parece muy comprensible. Se ha puesto mucha energía en ello; en resaltar el tema de la corona de espinas y en el martilleo de los clavos. Pero no nos vamos a unir a la opinión de ese crítico que se queja por tales detalles sin molestarse en ir al fondo de la cuestión. Este libro no es más que el último testimonio del hecho de que la misma repetición y realidad del tema depende del dogma que algunos considerarían muy dudoso, o de los detalles que para algunos serían sumamente morbosos. Pero para hechos tan fundamentales, tanto en el plano místico como en el material, semejantes imágenes de la Pasión se han ido borrando desde hace mucho tiempo bajo la capa del polvo o de la despreocupación proporcionada por una interpretación que ahora parece obsoleta. En todos los siglos, tanto en el presente como en los futuros, la Pasión es lo que fue entonces, en el instante en que tuvo lugar; algo que asombró a la gente; algo que sigue constituyendo una tragedia para la gente; un crimen de la gente, y también un consuelo para la gente; pero nunca un simple suceso que tuvo lugar en un tiempo determinado y ya muy lejano. Y su vitalidad procede precisamente de aquello que sus enemigos consideraron un escándalo; de su dogmatismo y de su horror. Sigue viva porque encierra la historia asombrosa del Creador que sufre y se afana con su Creación. Y porque el hecho más elevado que uno pueda imaginar está pasando en esos momentos por el punto más bajo de la curva del cosmos. Y sigue viva porque las ráfagas huracanadas procedentes de aquellas negras nubes de muerte se han transformado en un viento de vida eterna que recorre el mundo; un viento que despierta y que da vida a todas las cosas.



Primera estación: Jesús es condenado a muerte.



Segunda estación: Jesús es obligado a llevar la cruz



Tercera estación: Jesús cae por primera vez bajo la cruz



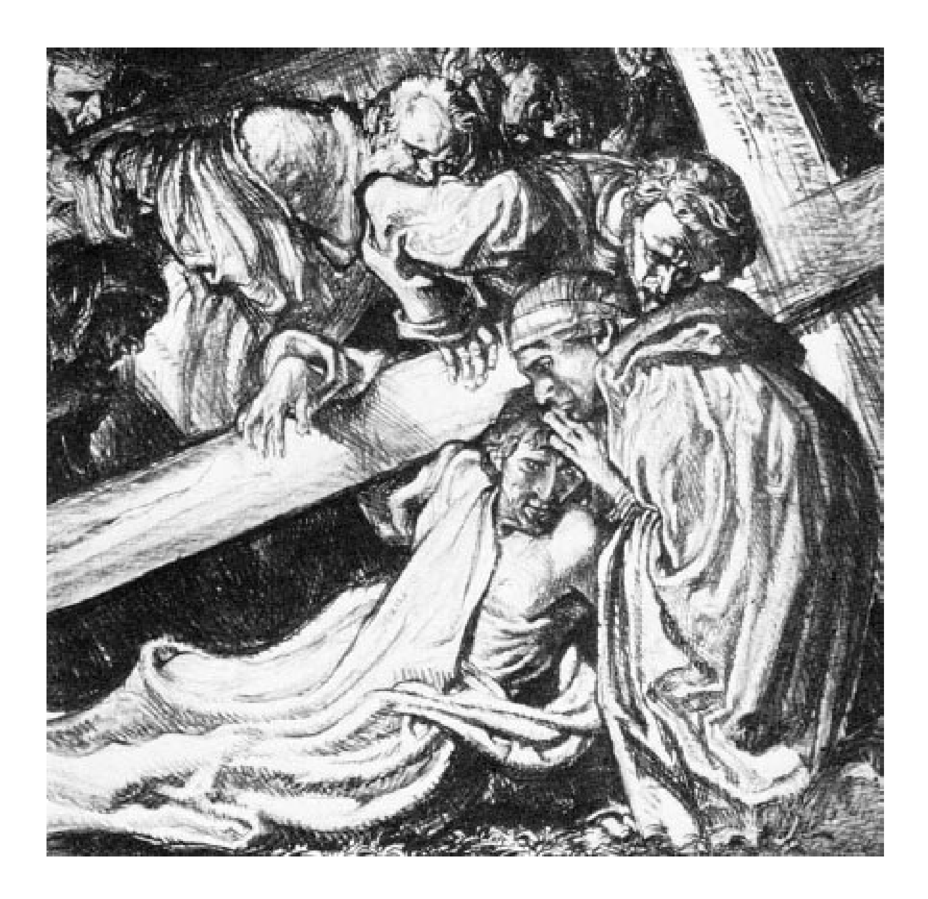
Cuarta estación: Jesús se encuentra con su afligida madre



Quinta estación: Simón de Cyrene ayuda a llevar la cruz



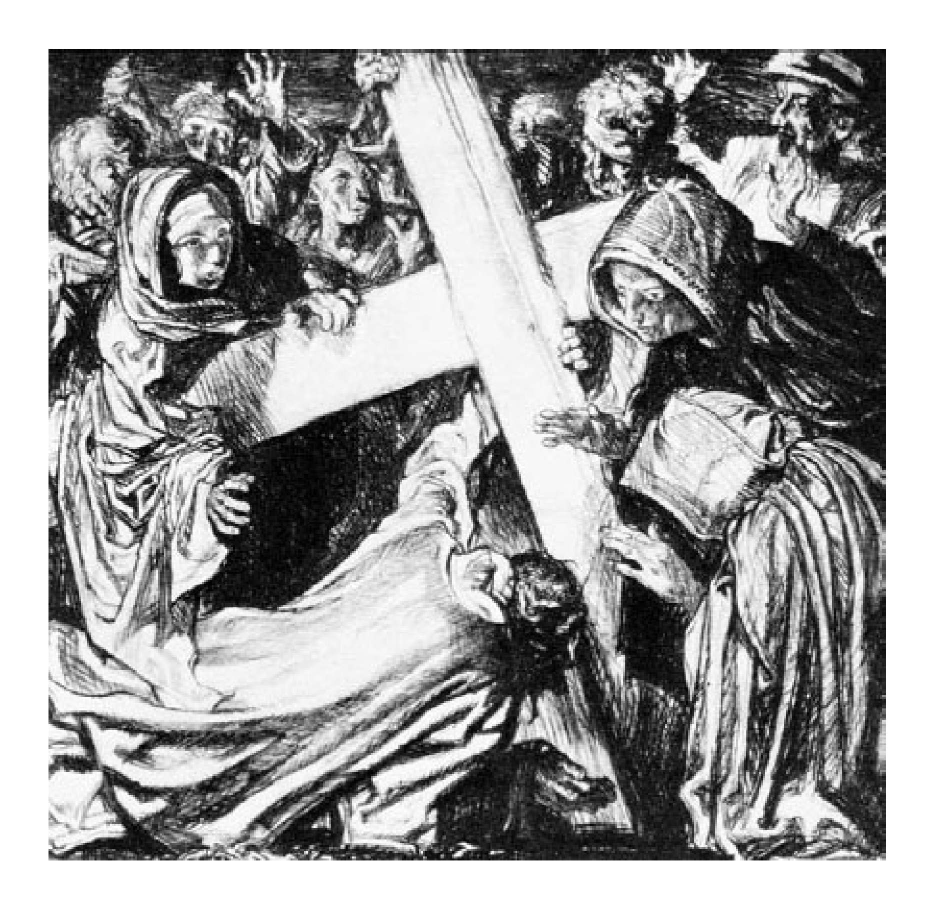
Sexta estación: Verónica enjuaga el rostro de Jesús



Séptima estación: Jesús cae por segunda vez



Octava estación: Jesús se dirige a las mujeres de Jerusalén



Novena estación: Jesús cae por tercera vez



Décima estación: Jesús es despojado de sus vestiduras



Undécima estación: Jesús es clavado a la cruz



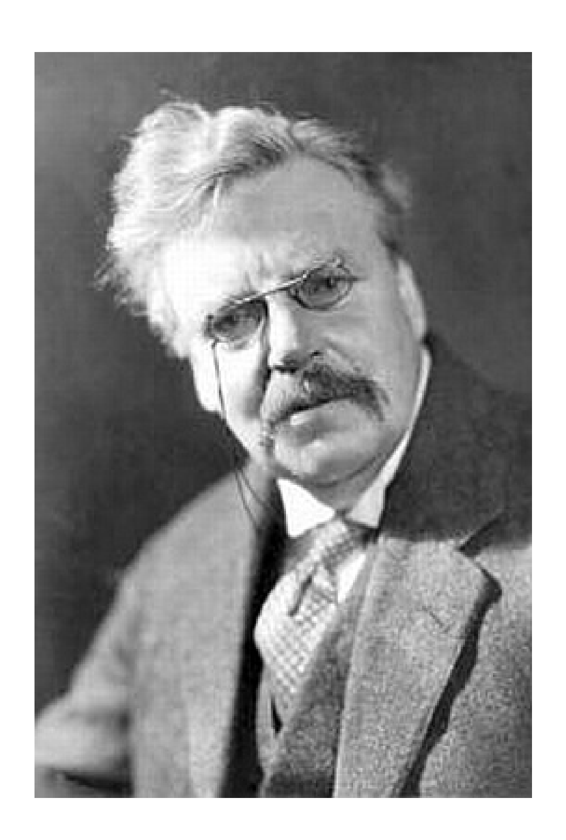
Duodécima estación: Jesús muere en la cruz



Décimo tercera estación: Jesús es bajado de la cruz



Décimo cuarta estación: Jesús es depositado en el sepulcro



GILBERT KEITH CHESTERTON (Campden Hill, 1874 - Londres, 1936). Crítico, novelista y poeta inglés, cuya obra de ficción lo califica entre los narradores más brillantes e ingeniosos de la literatura de su lengua. El padre de Chesterton era un agente inmobiliario que envió a su hijo a la prestigiosa St. Paul School y luego a la Slade School of Art; poco después de graduarse se dedicó por completo al periodismo y llegó incluso a editar su propio semanario, G.Ks Weekly.

Desde joven se sintió atraído por el catolicismo, como su amigo el poeta Hilaire Belloc, y en 1922 abandonó el protestantismo en una ceremonia oficiada por su amigo el padre O´Connor, modelo de su detective Brown, un cura católico inventado años antes.

Además de poesía (*El caballero salvaje*, 1900) y excelentes y agudos estudios literarios (Robert Browning, Dickens o Bernard Shaw, entre 1903 y 1909), este conservador estetizante, similar al mismo Belloc o al gran novelista F. M. Ford, se dedicó a la narrativa detectivesca, con *El hombre que fue Jueves*, una de sus obras maestras, aparecida en 1908.

A partir de 1911 empezaron las series del padre Brown, inauguradas por *El candor del padre Brown*, novelas protagonizadas por ese brillante sacerdote-detective que, muy tempranamente traducidas al castellano por A. Reyes, consolidaron su fama. De hecho, Chesterton inventó, como lo haría un poco

más tarde T. S. Eliot o E. Waugh, una suerte de nostalgia católica anglosajona que celebraba la jocundia medieval y la vida feudal, por ejemplo, en Chaucer (a quien dedicó un ensayo), mientras que abominaba de la Reforma protestante y, sobre todo, del puritanismo.

Maestro de la ironía y del juego de la paradoja lógica como motor de la narración, polígrafo, excéntrico, orfebre de sentencias de deslumbrante precisión, en su abundantísima obra (más de cien volúmenes) aparecen todos los géneros de la prosa, incluido el tratado de teología divulgativo y de gran poder de persuasión.

Notas

[1] En España está publicada por El Acantilado, Barcelona, 2003. <<

[2] Concretamente el XXIX, "Sobre lo que pensamos". <<

[3] Hilaire Belloc, *Europa y la fe,* Ciudadela Libros, Madrid, 2008. **<<**

[1] William Butler Yeats (1865-1939). Poeta y dramaturgo irlandés. Recibió el Premio Nobel de literatura en 1923. Buena parte de su poesía está inspirada en el pasado mitológico celta. <<

[2] Personaje de leyenda celta sobre el que trata el poema *Las andanzas de Oisin*, de W. B. Yeats. <<

[3] John Ruskin (1819-1900). Escritor, crítico de arte y sociólogo británico. <<

[4] William Morris (1834-1896). Artesano, diseñador, impresor y poeta británico, fue un destacado defensor del socialismo. <<

[5] La Hermandad Prerrafaelista era un movimiento artístico que trataba de fusionar arte y moralidad, floreció a mediados del siglo XIX en Inglaterra. Sus miembros, de los cuales los más sobresalientes fueron William Colman Hunt, John Everett Millais y Dante Gabriel Rossetti, sostenían que la degeneración del arte de Occidente había empezado en el Renacimiento con Rafael. <<

[6] Sidney James Webb (1859-1947). Político socialista, británico. Junto con George Bernard Shaw ingresó a la Sociedad Fabiana en 1884. <<

[7] Arthur Eric Rowton Gill (1882-1940). Tipógrafo y escultor británico, creador de la familia de tipos *gill sans*. Se convirtió al catolicismo en 1913. <<

[8] John Knox (1505-1572). Uno de los fundadores de la Iglesia presbiteriana en Escocia. Contribuyó a desterrar el culto católico de la Corte y fue un destacado opositor a la reina María Estuardo. <<

[9] Ernst Heinrich Philipp August Haeckel (1834-1916). Biólogo y filósofo alemán que popularizó el trabajo de Charles Darwin en Alemania. <<

[10] Falta texto en las fuentes originales. (*N. del T.*) <<

[11] El catecismo utilizado durante el siglo XIX en las escuelas de Inglaterra y Gales. <<

[12] Movimiento literario francés de las décadas 1880 y 1890. El poeta Paul Verlaine fue su figura más representativa. <<

[13] Maurice Maeterlinck (1862-1949) fue un famoso dramaturgo simbolista belga. <<

[14] Henri Bergson (1859-1941). Escritor y filósofo francés, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1927. <<

[15] Phineas Taylor Barnum (1810-1891). Fundador de un famoso circo en el que se exhibían "maravillas" como la mujer barbuda o el elefante más grande del mundo. <<

[16] El movimiento lolardo o lolardismo se desarrolló en Inglaterra en el siglo XIV a partir de las enseñanzas de John Wyclif (C 1320-1384), cuyo anticlericalismo y rechazo de la riqueza y el poder temporal de la Iglesia prefigura las ideas que prosperaron con la Reforma. <<

[17] Se llama unitario al tipo de cristianismo que rechaza el dogma de la Trinidad, afirmando que en Dios no existe más que un todo en el que se incluyen los aspectos de lo divino. <<

[18] Buda. <<

[19] Algernon Charles Swinburne (1837-1909). Poeta inglés de la época victoriana, cuya poesía fue bastante controvertida en su época, debido a los temas recurrentes de sadomasoquismo, suicidio, lesbianismo y sentimientos irreligiosos. <<

[20] Alfred Edward Housman (1859-1936), poeta y erudito inglés, cuya poesía se caracteriza por su pesimismo. <<

[1] John Henry Newman (1801-1890). Presbítero anglicano que se convirtió al catolicismo. Explica su conversión en un famoso libro, *Apología pro Vita Sua*, (Editorial Ciudadela, Madrid, 2009). <<

[2] El calvinismo supralapsario es la variedad de la doctrina calvinista de la predestinación que decreta que tanto la elección como la reprobación existen desde antes (*supra*) de la caída (*lapsus*). <<

[3] El solfidianismo es la doctrina de la justificación por la fe sola (*sola fide*), que excluye por completo la justificación por el mérito y las buenas obras. **<<**

[4] El movimiento de la Quinta Monarquía, integrado por radicales puritanos, fue activo durante la Guerra Civil inglesa, en la década de 1640. Profesaban el regreso inminente de Cristo, que vendría a fundar su reino en la tierra, la llamada "Quinta Monarquía". <<

[5] El albigensianismo fue una forma de dualismo maniqueo que floreció en el sur de Francia a finales del siglo XII. En 1208 el Papa Inocente III decretó una cruzada para eliminar esta herejía. Las fuerzas de la ortodoxia vencieron en la década de 1220. <<

[6] En la antigua Roma, la *patria potestas* era la autoridad absoluta que el padre ejercía sobre los miembros de su familia. **<<**

[7] Arnold Bennett (1852-1933), novelista, periodista y dramaturgo inglés. <<

[8] George Moore (1852-1933), novelista irlandés que contribuyó a la eclosión de la literatura irlandesa a comienzos del siglo XX. <<

[9] Stopford Brooke (1832-1916), importante pastor anglicano irlandés que repudió su fe en 1880 por disconformidad con sus enseñanzas. <<

[10] En 1836, María Monk, que pretendía haber escapado de un convento en Montreal, publicó su salaz *Awful Disclosures of Maria Monk*. Aunque no tardó en saberse que se trataba de una mistificación, esta obra se convirtió en una de las armas favoritas de los anticatólicos. <<

[11] La teosofía es una doctrina sincrética que mezcla elementos cristianos con varias religiones asiáticas. Fue fundada en Nueva York, en 1875, por Helena Blavatsky. <<

[12] Botánico inglés (1846-1924). Católico, fue nombrado Caballero de la Orden de San Gregorio Magno por el papa León XIII. <<

[13] Joseph Hocking (1860-1937), novelista inglés y pastor de la United Methodist Free Church. <<

[14] El Padre Bernard Vaughan (1847-1922) fue un jesuita inglés famoso por sus sermones y por su trabajo a favor de los pobres de Manchester y Londres. <<

[15] George MacDonald (1824-1905), poeta y novelista escocés. <<

[16] Edith Cavell (1865-1915), enfermera inglesa ejecutada como espía por los alemanes durante la Primera Guerra Mundial. <<

[17] Joseph Priestley (1733-1804), político radical y científico inglés, fue una figura clave para el desarrollo del unitarianismo. <<

[18] James Martineau (1805-1900), filósofo inglés, fue pastor unitario. <<

[19] Las Guerras con Francia fueron una serie de conflictos armados entre Inglaterra y Francia que se desarrollaron entre 1793 y la derrota de Napoleón Bonaparte, en 1815. <<

[20] La hermandad de Plymouth (Plymouth Brethren) era una secta milenarista formada en Plymouth, Inglaterra, en la década de 1830. <<

[21] Penda de Mercia es un rey anglosajón y pagano del siglo VII. **<<**

[22] En el año 596, el Papa Gregorio I envió a Agustín y cuarenta monjes a predicar el Evangelio en Inglaterra. Agustín se convirtió en el primer arzobispo de Canterbury. Murió en 604. <<

[23] Se trata de la traducción al inglés de la Biblia (King James Bible), ordenada por el rey Jacobo I y completada en 1611. **<<**

[24] Job, 38: 4. <<

[25] Los covenanters eran un grupo de escoceses que suscribió el National Covenant de 1638, donde se hace un llamamiento en defensa del presbiterianismo. <<

[26] William George Ward (1812-92), filósofo moral inglés y miembro del Movimiento de Oxford. Se convirtió al catolicismo en 1845. <<

[27] José María Blanco White (1775-1841). Escritor y eclesiástico de origen español que, tras colgar los hábitos, se instaló en Inglaterra donde publicó *Evidences Against Catholicism* en 1825. <<

[28] Coventry Patmore (1823-1896), poeta inglés convertido al catolicismo. <<

[29] Soy un ciudadano de Roma. <<

[30] Poeta y crítico británico (1822-1888). <<

[31] El Crystal Palace era una enorme construcción levantada en Londres en 1851 para albergar la primera Gran Exposición Internacional de productos y maquinarias de la era industrial. <<

[32] El quietismo fue una forma de contemplación mística en el siglo XVII. François Fénelon (1651-1715), arzobispo de Cambrai, fue su principal representante en Francia. <<

[33] William Cobbett (1763-1835), político radical y reformista agrícola inglés. Su obra más conocida es *Rural Rides* (1830). **<<**

[34] Stiggins es un personaje de *Los papeles póstumos del club Pickwick*, de Dickens. <<

[35] Mary Baker Eddy (1821-1910), fundadora estadounidense de la Ciencia Cristiana. <<

[36] Daniel Home (1833-1886), famoso médium inglés. <<

[37] La secta de Clapham era una agrupación de reformistas ingleses dedicados a denunciar algunos males sociales, especialmente el negocio internacional de la esclavitud. Fue fundada en la década de 1790, y tomó su nombre del lugar donde se reunía: la casa de Henry Thornton, en Clapham Common. Su miembro más destacado fue William Wilberforce (1759-1835). <<

[38] Clapton Agapemone era una secta comunal inglesa fundada en el siglo XIX y dirigida por Henry Prince. <<

[39] William Laud (1573-1645), arzobispo de Canterbury, combatió el calvinismo y el puritanismo. Murió ejecutado. <<

[40] Rerum novarum (1891). <<

[41] Los concilios lateranos son los cinco concilios organizados por la Iglesia entre 1123 y 1512, reunidos en el templo de San Juan de Letrán, en Roma. <<

[42] Monseñor Ronald Knox (1888-1957) fue uno de los más célebres conversos ingleses al catolicismo del siglo XX. Fue capellán católico de la Universidad de Oxford (1926-1939), autor de una nueva versión de la Vulgata, autor de historias de detectives, y se convirtió en uno de los más sólidos defensores del catolicismo en Inglaterra. <<

[43] El futurismo, cuyo principal exponente era el italiano Filippo Marinetti (1876-1944), fue un movimiento artístico y literario vanguardista surgido poco antes de la Primera Guerra Mundial. Ensalzaba el dinamismo, la violencia y el maquinismo de la era industrial. <<

[1] En su libro *The Servil State* (1912), Hilaire Belloc definió lo que denominó "tercera vía" (*third course*) o Estado servil. El agotamiento del principio distributivo de raíz cristiana conduce a un sistema en que una parte de la población se vería forzada a soportar a la otra. Según Belloc, la única solución para escapar del Estado servil es el distributismo que propone la doctrina social de la Iglesia. <<

[2] Se refiere al juicio que tuvo lugar en la ciudad de Dayton (Tennessee) en 1925, cuando un profesor fue juzgado por enseñar a sus alumnos la teoría darwinista de la evolución. <<

[1] William Ralph Inge (1860-1954) fue deán de la catedral anglicana de San Pablo en Londres, desde 1911 hasta 1934. <<

[2] Henry Louis Mencken (1880-1956), periodista y escritor estadounidense que fue un crítico cáustico de la sociedad y la literatura americanas. En 1924 fundó la revista *The American Mercury*. <<

[3] Se refiere al articulo "El humanismo de Irving Babbitt", que apareció en *The Forum*, julio de 1928. **<<**

[4] Irving Babbitt (1865-1933) fue profesor de literatura francesa en Harvard desde 1894 a 1933 y una de las principales figuras del Nuevo Humanismo. <<

[5] La palabra entusiasmo procede de la voz griega *enthousiasmos* (ενθουσιασμός). Las dos primeras sílabas son *en* + *theos* (dios), es decir "que lleva un dios dentro". <<

[6] La palabra "servicio" hace alusión a la impresionante maquinaria del Estado que, en teoría, está para "servir al ciudadano". Pero también puede referirse al "servicio religioso". Durante todo este artículo, Chesterton juega intencionadamente con estas dos acepciones. (*N. delT.*) **<<**

[7] Theodore Dreiser (1871-1945). Novelista estadounidense cuya ficción naturalista abordaba los problemas de los desposeídos, los criminales y las realidades más duras de la vida americana. <<

[8] Babbitt habla de ella en "La crítica y la vida americana", *The Forum*, febrero de 1928. <<

[9] Norman Foerster (1887-1972), fue un crítico literario americano y un partidario del Nuevo Humanismo. <<

[10] Henry Edward Manning (1808-1892). Converso al catolicismo, llegó a ser arzobispo de Westminster en 1865 y cardenal, diez años más tarde. <<

[11] William Booth (1829-1912), inglés, fundador del Ejército de Salvación. <<

[12] William Tilden (1893-1953) fue el campeón del mundo de tenis amateur en la década de los años 1920. <<

[13] Esta cita de Wilde pertenece a *El abanico de lady Windermere* (1892). <<

[14] Movimiento artístico experimental fundado por el escritor y pintor inglés Percy Windham Lewis (1884-1957). El nombre deriva de vórtice, "remolino". <<

[15] Se refiere al grito de la mujer cananea, San Mateo, 15, 21-28. <<

[16] Los Treinta y Nueve Artículos constituyen la declaración fundamental de la doctrina de la Iglesia anglicana. El documento recibió su forma definitiva en 1571. <<

[17] El Libro de la Nueva Oración es la revisión hecha en 1928 del Libro de la Oración Común (el libro fundacional de oración de la Iglesia de Inglaterra). <<

[18] Michael Arlen (1895-1956). Novelista de nacionalidad inglesa, aunque nacido en Bulgaria (de origen armenio), cuya novela más importante, *The Green Hat*, apareció en 1924. <<

[19] Sir Noel Coward (1899-1973). Comediógrafo, actor y compositor, muy conocido por sus agudas comedias de carácter. **<<**

[20] William Max Aitken, lord Beaverbrook (1879-1964). Político y magnate del periodismo inglés, de origen canadiense. <<

[21] Hannen Swaffer (1879-1962). Periodista inglés muy conocido por sus artículos y sus críticas teatrales. Fue también una destacada figura de los espiritualistas ingleses. <<

[22] Stopford Brooke (1832-1916). Destacado orador anglicano de Irlanda, rechazó el anglicanismo en 1880 debido a que ya no podía aceptar sus dogmas. <<

[23] El jansenismo constituyó una forma extrema del agustinismo, que hacía hincapié en la depravación humana y en la predestinación. Adquirió su preeminencia en Francia durante el siglo XVII. El papa Clemente XI lo condenó en *Unigenitus Dei Filius* (1713). <<

[24] El albigenismo, forma de dualismo maniqueísta, floreció en el sur de Francia a finales del siglo XII. En 1208 el papa Inocencio III promulgó una cruzada que lograse eliminar la herejía; los ejércitos ortodoxos lograron exterminar a los albigenses en la década de 1220. <<

[25] La Escuela de Manchester, en la Inglaterra de mediados del siglo XIX, fue una escuela de economía política asociada a John Bright y Richard Cobden. Promulgaba el libre comercio y la no intervención gubernamental en la economía. <<

[26] El socialismo fabiano fue un tipo de socialismo inglés no revolucionario y parlamentario. Tomó su nombre de de la Sociedad Fabiana fundada en 1884 por Sydney y Beatrice Webb, George Bernard Shaw y otros. <<

[27] Hampton Court fue construido a principios del siglo XVI por el cardenal Wolsey en la ribera del Támesis, cerca de Londres, y posteriormente se convirtió en residencia real. <<

[28] Los uniatos rusos son católicos del rito oriental, leales al Papado. **<<**

[29] Supuesta deidad cuyo culto está atribuido a los caballeros templarios. <<

[30] San Francisco de Sales (1567-1622) fue obispo de Ginebra y santo patrón de los periodistas. <<

[31] La cita es de San Juan, 1: 5. <<

[32] Arthur Keith (1866-1955) fue conservador del Hunterian Museum del Royal College of Surgeons, desde 1908 hasta 1933. Era anatomista, antropólogo y defensor de las teorías de Darwin. <<

[33] Charles Bradlaugh (1833-1891). Periodista, político y librepensador inglés. <<

[34] Robert G. Ingersoll (1833-1899) fue el agnóstico americano más famoso de los últimos años del siglo XIX. **<<**

[35] Henry John Temple, lord Palmerston (1784-1865), fue Primer Ministro de Gran Bretaña casi continuamente desde 1855 hasta 1865. <<

[36] Richard Cobden (1804-1865) y John Bright (1811-1899) fueron dos políticos ingleses que lucharon por el libre comercio y el rechazo de la Ley del Trigo en la década de 1840. <<

[37] La expresión "krugers" hace alusión a Paul Kruger (1825-1904), presidente de la república de Sudáfrica. Fue depuesto por los británicos en la Guerra de los Boers de 1899-1902. <<

[38] Charles George Gordon (1833-1885) fue el general inglés conocido como "Chino" Gordon por haber sofocado una rebelión en Taiping, en 1864. Murió durante el sitio de Kartún, en Sudán. <<

[39] Alfred Dreyfus (1859-1935) fue un oficial francés falsamente acusado de espiar para los alemanes en 1894. Aunque posteriormente fue exonerado, su caso encendió los ánimos en los años del cambio de siglo, generando un amargo debate en Francia entre los "dreyfusards", sectores generalmente pertenecientes a la izquierda, y "antidreyfusards", que procedían de las filas de los católicos y realistas. <<

[40] La cita procede de la obra *The Present Crisis* (1844), de James Russell Lowell. <<

[41] Marco Atilio Régulo fue un general romano de la primera de las Guerras Púnicas (264-241 a. C.); sufrió una aplastante derrota a manos de los cartagineses en 256. <<

[42] Judas Macabeo (160 a. C.) fue un patriota judío que dirigió una rebelión contra Antíoco Epifanes, el gobernador seléucida de Palestina. <<

[43] William Wallace (c. 1272-1305). Héroe escocés ejecutado por los ingleses por rebelarse contra la Corona. <<

[44] Robert Emmet (1778-1803). Nacionalista irlandés acusado de rebelión por los ingleses y ejecutado. <<

[45] Daniel O'Connell (1775-1847) fue un irlandés que lideró la lucha por la emancipación católica, movimiento que culminó en una ley del Parlamento en 1829 que garantizaba a los católicos los derechos políticos y civiles. <<

[46] John Lingard (1771-1851). Sacerdote católico inglés autor de una historia de Inglaterra de varios volúmenes. <<

[47] *Vida de Juana de Arco* (1908). <<

[48] William Penn (1644-1718), cuáquero inglés fundador de Pennsylvania, en 1682. <<

[49] Ernest Benn (1875-1914) autor y editor inglés. Promocionó el liberalismo económico y el individualismo. <<

[50] San Carlos Borromeo (1538-1584) fue cardenal-arzobispo de Milán y un reformador de los abusos entre clérigos y laicos. <<

[51] El bolandismo toma su nombre de John Bolland, jesuita flamenco que en 1634 publicó el primer volumen de *Acta Sanctorum*, conjunto históricamente fiable de las vidas de los santos. <<

[52] John Simon (1873-1954) fue un jurista inglés y miembro prominente del Partido Liberal. <<

[53] Michael Williams (1877-1950). Periodista americano nacido en Canadá que fundó en 1924 la revista católica *Commonweal*. **<<**

[54] Beda fue un monje e historiador inglés del siglo VIII. <<

[55] La Primrose League (Liga de Primavera) se fundó en Inglaterra en 1883, en honor de Benjamin Disraeli y para promover los principios conservadores. <<

[56] Agustín (m. 604) fue un apóstol de Inglaterra; Dunstan (924-988) fue un reformador monástico, y Anselmo (1033-1109) fue teólogo. Los tres fueron arzobispos de Canterbury y fueron canonizados. <<

[57] Según la leyenda, el "huerto de los ahorcados" del rey Luis XI estaba en su castillo de Plessis-les Tours, donde murió en 1483. <<

[58] Plutarco Elías Calles (1877-1945) fue presidente de Méjico de 1924 a 1928. Durante su mandato tuvo lugar la llamada «guerra cristera», debido a que su administración inició una serie de medidas contra la Iglesia católica (prohibición del culto externo, como las procesiones; prohibición de oficiar misa a los sacerdotes extranjeros, entre otras cosas). <<

[59] Thomas Cranmer (1489-1556), primer arzobispo de Canterbury, desempeñó un importante papel en la reforma anglicana; declaró nulo el matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón para que el Rey pudiera casarse con Ana Bolena. Fue condenado a morir en la hoguera por María Tudor. <<

[60] William Cecil, lord Burleigh (1520-1598). Lord del Tesoro y Primer Ministro de Isabel I. <<

[61] Thomas Babington Macaulay (1800-1859), autor de una historia de Inglaterra en varios volúmenes, fue el historiador británico más famoso del siglo XIX. <<

[62] El Complot de la Pólvora fue una supuesta conspiración católica de 1605 que tenía por objetivo hacer volar el Parlamento. <<

[63] Los Hermanos de Plymouth, secta milenarista que surgió en Plymouth en la década de 1830. <<

[64] La Matanza de San Bartolomé fue la masacre llevada a cabo por los católicos franceses contra los protestantes, que tuvo lugar el día de San Bartolomé de 1572. <<

[65] Los Know-Nothing (Los Ignorantes) fueron un Partido anticatólico y xenófobo que floreció en Estados Unidos a mediados de la década de 1850. <<

[66] El conde Alejandro Cagliostro (1743-1795) fue el nombre que se dio el siciliano Giuseppe Balsamo, personaje de gran notoriedad como alquimista y fabricante de pócimas y drogas. <<

[67] Ernest William Barnes (1874-1953) fue obispo anglicano de Birmingham desde 1924 a 1953. Causó grandes polémicas por su propuesta de una religión de tendencia pacifista y modernista. <<

[68] Alfred Noyes (1880-1958) fue un poeta inglés que se convirtió al catolicismo en 1927. <<

[69] John Bunyan (1628-1688). Escritor y predicador cristiano inglés. Su obra más conocida es *Pilgrim's Progress* (*El progreso del peregrino*), una alegoría cristiana. El protagonista se llama Christiano, y la novela relata el viaje de Christiano por su vida, buscando la salvación. <<

[70] *The Vision of Piers Plowman* (*Visión de Pedro Labrador*) es una alegoría religiosa que representa la vida cristiana. Está considerada uno de los mejores ejemplos de la poesía alegórica medieval. <<

[71] William Langland (c 1332-1400) al que Chesterton se refiere equivocadamente llamándole John, fue el presunto poeta de *La visión de Piers Plowman.* <<

[72] Editor del diario *Daily Express.* <<

[73] Agustus Toplady (1740-1778) fue un clérigo anglicano que escribió el himno *La roca de los tiempos.* **<<**

[74] John Donne (1572- 1631) fue el más importante poeta metafísico inglés del siglo XVII. <<

[75] Bertrand de Born (1140-1215), trovador y caballero de la nobleza de Provenza, fue condenado por Dante en el Canto XXVIII del *Infierno* por sembrar continuas disidencias y conflictos entre los señores feudales occitanos. <<

[76] Vesta era la diosa romana del hogar. <<

[77] Zona, en las afueras de Londres, en la que durante el siglo XVI se quemaba a los herejes. <<

[78] Plotino (c 203-262) fue el fundador de la filosofía neoplatónica. El deán Inge localiza su influencia sobre el cristianismo en las conferencias de Gifford de 1918. <<

[79] Nuestra Señora de Walsingham fue el santuario que se erigió en 1601 en Walsingham, Inglaterra, para honrar una aparición de la Virgen. <<

[80] Ernest William Barnes (1874-1953). Clérigo inglés fue muy controvertido por sus opiniones sobre el modernismo y el pacifismo. Fue ordenado obispo de Birmingham en 1924. <<

[81] William Joynson Hicks, lord Brentford (1865-1932), conocido en la prensa popular como «Jix», fue ministro del Interior de 1924 a 1929. <<

[82] William Stead (1849-1912). Periodista inglés aficionado a los fenómenos psíquicos. <<

[83] El padre Theobald Matthew (1796-1856). Sacerdote irlandés que inició una campaña a favor de la abstinencia total de alcohol. <<

[84] Charles Rusell, Barón Rusell de Killoven (1832-1900), fue Lord Presidente del Tribunal Supremo de Inglaterra desde 1894 a 1900. <<

[85] Henry du Pré Labouchere (1831-1912). Periodista, político y fundador de la revista *Truth*. <<

[86] Ambas revistas de humor. <<

[87] Christopher Hollis (1902-1977) autor inglés y político conservador que se convirtió al catolicismo. <<

[88] Obra de H. G. Wells, publicada en 1920, se hizo muy popular. <<

[89] Houston Stewart Chamberlain (1855-1917) fue un inglés que defendió la superioridad racial nórdica. Se trasladó a Alemania, país en el que, tras su muerte, alcanzaron gran popularidad sus teorías entre los nazis. <<

[90] Chesterton se refiere a la obra de Elizabeth Barrett Browning *Crowned and Buried*. <<

[91] Dago es un adjetivo despectivo aplicado a los habitantes de la Europa meridional. <<

[92] Porfirio (233-301), filósofo neoplatónico discípulo de Plotino y opuesto al cristianismo. <<

[93] Posiblemente habría que leer "Coué", en referencia a Émile Coué (18571926), químico francés que promovió la idea de que la gente debía curar sus enfermedades mediante un control mental. Su eslogan: "todos los días, en todo momento, me estoy sintiendo mejor y mejor" se hizo muy popular en los años 1920. <<

[94] Serge Voronoff (1866-1951) fue un fisiólogo ruso, nacionalizado francés, que experimentó con injertos de glándulas en humanos. <<

[95] Doctrina derivada de la teosofía, fundada por el filósofo austríaco Rudolf Steiner (1861-1925). <<

[96] Santa María de Bethlehem (en Londres), conocida como Bedlam, era una institución mental. <<

[97] El más famoso de los caballeros de la corte de Carlomagno, héroe de la *Chanson de Roland*, poema épico francés del siglo XII . **<<**

[98] La cita de Burns está tomada del poema "Una roja, roja rosa". <<

[99] La cita de Sidney está tomada de *Astrophel and Stella* (1590). <<

[100] Chesterton hace referencia a la guía mensual de ferrocarriles de Bradshaw. <<

[101] Los jacobitas eran los partidarios de la restauración en los tronos de Inglaterra y Escocia de los miembros de la Casa de Estuardo. <<

[102] William Augustus, duque de Cumberland (1721-1765), mandaba al ejército inglés que derrotó a los clanes escoceses leales al príncipe Carlos Eduardo en la batalla de Culloden (1746), que tuvo lugar en Drummossie y en la cual murieron cerca de mil escoceses. <<

[103] Henry Stuart, lord Darnley (1545-67), fue el segundo esposo de María Estuardo <<

[104] Ernst Haeckel (1834-1919), científico alemán, defensor a ultranza del darwinismo frente a la ortodoxia religiosa. <<

[105] "Cristianos a los leones". <<

[106] Mateo, 16: 22. <<

[107] Arnold Bennet (1867-1931). Novelista, periodista y dramaturgo inglés. <<

[108] Nombre con el que se conocía a un policía americano que se hizo famoso durante la Ley Seca. <<

[109] El mithraísmo era una religión mistérica muy difundida en el Imperio romano entre los siglos I y IV d. C. en que se rendía culto a una divinidad llamada Mithra. <<

[110] Secta herética del siglo V d. C. <<

[111] Los esenios fueron miembros de una secta ascética y monástica judía que existió en Palestina desde el siglo II a. C. hasta el siglo II d. C. <<

[112] En la antigua mitología, Atys era un dios vinculado a la muerte y el renacimiento cíclico del mundo vegetal. <<

[113] Maia, en la mitología griega, era la madre de Hermes. <<

[114] En la mitología romana, la madre de Cupido era Venus. <<

[115] En la antigua mitología de Oriente Próximo, Ashtaroth fue la diosa del amor y la fertilidad. <<

[116] Theotokos en griego significa "madre de Dios". <<

[117] Freya es la diosa nórdica del amor y la belleza. <<

[118] Cotytto era una diosa griega de la fertilidad. <<

[119] Suele representarse al dios Mithra matando a un toro del que fluye la vida eterna. <<

[120] John Mackinnon Robertson (1856-1933) fue un librepensador de ideas radicales, político y autor de dos historias sobre el librepensamiento. <<

[121] Clarence Darrow (1857-1938). Abogado norteamericano conocido por su defensa ante los tribunales de la igualdad de razas y su oposición a la pena de muerte. Fue el defensor de John Thomas Scopes, el profesor acusado en el famoso "juicio del mono". <<

[122] Esta cita se ha extraído de un discurso que John Philpot Curran (17501817), abogado y orador irlandés, pronunció en 1790. <<

[123] La cita pertenece al poema *A Skylark*, de Shelley. <<

[124] La Carta Magna, la cédula que el rey Juan sin Tierra de Inglaterra otorgó a los nobles ingleses el 15 de junio de 1215, mediante la que se comprometía a respetar los fueros e inmunidades de la nobleza, se firmó, según los historiadores, en Runnymede (Surrey). <<

[125] Compton Mackenzie (1883-1972) fue un novelista inglés, simpatizante de la causa del nacionalismo escocés. <<

[126] Robert Cunninghame Graham (1852-1936). Escritor de libros de viajes. <<

[127] James Barrie (1860-1937), de origen escocés, fue el autor de *Peter Pan.*
<<

[128] El Wee Frees fue un grupo que, dentro de la Iglesia Libre de Escocia, rechazaba la unión que en 1900 tuvo lugar entre su Iglesia y la Iglesia Unida Presbiteriana. <<

[129] Harry Lauder (1870-1950) fue un cantante de baladas escocés. <<

[130] El erastianismo exigía la supremacía del Estado sobre la Iglesia en los asuntos de índole eclesiástica. <<

[131] Chesterton se refiere a la obra más conocida de Bunyan *El progreso del peregrino.* <<

[132] William Cowper (1731-1800). Poeta inglés conocido sobre todo por su poema *The Task* (1785). Ferviente evangélico, es famoso sobre todo por ser el autor de numerosos himnos religiosos. <<

[133] La abadía de Melrose aparece en el poema de Walter Scott *El canto del último trovador* (1805). <<

[134] El Exeter Hall es un lugar de reunión y sala de conciertos que se inauguró en Londres en 1831. Se convirtió en el cuartel general del YMCA (Young Men's Christian Association). <<

[135] Richard Crashaw (c 1612-1649) fue un poeta inglés, converso al catolicismo. <<

[136] San Hugo de Lincoln (1140-1200). Monje cartujo que se convirtió en el obispo de Lincoln, conocido sobre todo por su defensa de los pobres y de los judíos. <<

[137] Robert Hugh Benson (1871-1914). Hijo del arzobispo de Cantebury, estudió en la Universidad de Cambridge y en 1895 se ordenó sacerdote de la Iglesia de Inglaterra. En 1903 se convirtió al catolicismo, y fue consagrado obispo en 1911. Escribió novelas de ciencia-ficción, obras de teatro, ensayos y numerosos poemas. <<

[138] La cita está tomada del salmo 146: 3. <<

[139] «De quien es la región es la religión», es decir, la profesión religiosa del príncipe se aplica a todos los habitantes del territorio. <<

[140] Sam Weller y Joe El Gordo son personajes de la obra de Dickens *Los papeles postumos del club Pickwick.* **<<**

[141] Bob Cratchit, Tyny Tim y Scrooge son personajes del libro *Canción de Navidad,* de Dickens. <<

[142] Wardle, Winkle y Snodgrass también son personajes de *Los papeles postumos del club Picwick.* <<

[1] Véanse las disculpas que figuran en la Nota introductoria. <<

[2] Se refiere al poema *The vision of Piers Plowman.* <<

[3] Chesterton habla de expresiones idiomáticas cuya vulgaridad pretenden evitar autores que se consideran refinados usando sinónimos ridículos. **<<**

[4] *The smell of steak in passages*. La cita de Eliot está tomada de *Preludios I*.
<<

[5] W. S. Gilbert publicó las *Bab Ballads* en dos volúmenes de versos humorísticos, en 1869 y 1873. <<

[6] *Rushed into the field and foremost fighting fell.* La cita de Byron está tomada de *La víspera de Waterloo.* <<

[7] La cita de Coleridge está tomada de "La balada del viejo marinero". <<

[8] *The fair breeze blew, /the white foam flew/The furrow followed free.* <<

[9] Thomas Hood (1799-1845) y su hijo, también Thomas Hood (18351874) fueron autores humorísticos. Aquí Chesterton parece referirse al hijo. <<

[10] Fundado en 1284, el Peterhouse es el college más antiguo de los que conforman la Universidad de Cambridge. <<

[11] Wind and water. <<

[12] La cita es de *Last Poems.* <<

[13] Chesterton utiliza las palabras *creed, crank, crabbed, greed*. <<

[14] Referencia al apelativo con que eran conocidos los dominicos *Domini canes.* <<

[15] Juego de palabras con doma y *dog* (perro). <<

[16] *Viajes en burro por las Cevennes* (1879), obra escrita Robert L. Stevenson tras un viaje a las montañas del sur de Francia. <<

[17] *Trap* es "trampa" en inglés. <<

[18] Alude a la semejanza entre boshie ("bolchevique") y *boshy* ("protestón", "revoltoso"). <<

[19] Chesterton juega con *rad*, "radical" y *cad* "sinvergüenza". **<<**

[20] *Yank*, «yanqui» y *swank*, «fanfarronear». **<<**

[21] Nombre popular para referirse a los franceses. <<

[22] Hamlet, acto III, escena II. La frase en inglés, es *it was a brute part of him, to kill so capital a calf there.* <<

[23] Monseñor Ronald Knox. <<

[24] Christopher Hollis. <<

[25] Escritor y caricaturista británico (1872-1956). Especialista en parodias y último representante del decadentismo inglés, son notables su novela *Zuleika Dobson* (1911), los ensayos recogidos en *Más* (1899) y los cuentos de *Siete hombres* (1919). <<

[26] Edward Verrall Lucas (1868-1938). Escritor británico muy popular en su época; colaboró durante muchos años con la revista de humor *Punch*. **<<**

[27] Periodista británico (1879-1949). Durante muchos años publicó un artículo semanal en el *News Statesman.* <<

[28] Dwight Lyman Moody (1837-1899). Editor estadounidense, evangelista, que fundó la Iglesia Moody, la escuela Northfield y la escuela Mount Hermon en Massachusetts (ahora llamada escuela Northfield Mount Hermon), el Instituto Bíblico Moody y la Moody Press. <<

[29] Ira Sankey era un cantante que actuaba en las reuniones evangélicas de Moody. <<

[30] En la Conferencia de Lambeth (1930), la Iglesia anglicana rompió la unanimidad que hasta entonces había existido entre todas las ramas cristianas, aceptando el uso de anticonceptivos. <<

[31] Horatio Herbert Kirchener (1850-1916), comandante en jefe del cuerpo expedicionario británico en Europa en la Gran Guerra. <<

[32] Engelbert Dollfuss (1892-1934). Canciller del gobierno austríaco, declarado enemigo de la absorción de su país por Alemania. Fue asesinado por una conspiración nazi. <<

[33] Salmos, 146, 3. <<

[34] Nombre de la calle donde tenían su sede los periódicos londinenses. <<

[35] Se refiere a un tipo de música religiosa protestante. <<

[36] Asamblea del clero y los obispos de la Iglesia de Inglaterra. <<

[37] Chesterton hace en este pasaje un juego de palabras con las diversas facciones de la Iglesia anglicana: High (alto) Church, Low (bajo) Church y Broad (ancho). <<

[38] Frase «El oficio de sepultura», del Libro de Oración Común. <<

[39] Dorothy Leigh Sayers (1893-1957). Estudiosa de lenguas clásicas y modernas, escritora y humanista cristiana. Famosa por sus cuentos y novelas policiacas, protagonizadas generalmente por el aristócrata inglés lord Peter Wimsey. <<

[40] Según la tradición, la conversión al cristianismo del emperador Constantino I (306-337) se debe a una visión que tuvo cuando, yendo con su ejército, vio una cruz frente al sol y escucho una voz que le dijo *In hoc signo vinces* ("con este signo vencerás"). Esto lo decidió a llevar el símbolo de una cruz en su estandarte y así ganó la batalla del Puente Milvio (312), convirtiéndose en la máxima autoridad de los territorios occidentales del Imperio romano. <<

[41] Arthur Stanley Eddington (1882-1944). Astrofísico británico muy conocido en la primera mitad del siglo XX. Trató de demostrar en sus escritos que no existía contradicción entre las enseñanzas de la Iglesia y la ciencia. <<

[42] Libro escrito por Frank Morrison (seudónimo del escritor Mickey Spillane). Trata sobre las narraciones del Evangelio relativas a la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. No obstante la eficacia de los argumentos presentados en favor de la historicidad de la resurrección, se separa de la fe y la tradición católica al cuestionar algunos aspectos, como la existencia de los ángeles. <<

[43] Ronald Knox. <<

[44] Artículo escrito a propósito de los sucesos acaecidos en España entre las elecciones de 1933 y la revolución de octubre de 1934. <<

[45] Cyril Edwin Mitchinson Joad (1891-1953). Filósofo británico. Pacifista, fue objetor durante la Primera Guerra Mundial. <<

[46] James Ramsay MacDonald (1866-1937). Político británico. De orígenes humildes, se convirtió en el primer Primer Ministro laborista en 1924. <<

[47] "No nuestra, Señor". <<

[48] Los tres hermanos Sitwell (Edith, 1868-1964; Osbert, 1892-1969, y Sacheverell, 1897-1988), fueron la familia literaria más famosa de la época en Inglaterra. <<

[49] La cita es de *Lays of Ancient Rome* (1842). <<

[50] Humbert Wolfe (1886-1940). Poeta inglés de origen judío, fue un autor muy popular en la década de los años veinte del pasado siglo. <<

[51] Ciudad del norte de Irlanda, famosa por su industria de lino y algodón. <<

[52] En inglés *Leave me alone*, sería equivalente a "dejadme tranquilo", o "dejadme en paz". <<

[53] Anthony Cuthbert Baines (1912-1997). Músico británico. <<

[54] To paint the city red (pintar la ciudad de rojo) significa "pasar una noche de juerga". <<

[55] Paul Claudel (1868-1955). Diplomático y poeta francés. Fue embajador en Japón, Bélgica y Estados Unidos. Toda su obra está marcada por la inquietud religiosa. <<

[56] Balliol College es uno de los colegios que componen la Universidad de Oxford. <<

[57] Editada por Encuentro, Madrid, 1992. <<

[58] John Middleton Murry (1889-1957). Escritor y editor británico. <<

[59] Se refiere a los líderes laboristas británicos James Maxton (1885-1946) y James Thomas (1874-1949). <<

[60] Escuela económica que agrupaba a un conjunto de economistas partidarios del librecambio y de la no intervención del gobierno en la economía. Sus más destacados miembros eran Richard Cobden y John Bright. <<

[61] Movimiento político francés monárquico fundado en 1898 a raíz del llamado caso Dreyfus. Su líder y principal ideólogo fue el poeta y periodista Charles Maurras (1868-1952). <<

[62] Se refiere al pintor Cristopher Richard Nevinson (1889-1946), hijo del escritor Henry Nevinson. <<

[63] Sociedad compuesta en su mayor parte por gente que no bebía alcohol. Están considerados un antecedente de los grupos de alcohólicos anónimos. <<

[64] Harry Gordon Selfridge (1848-1947) fue el fundador de una cadena de grandes almacenes del Reino Unido, los Almacenes Selfridge. <<

[65] Movimiento fundado por Frank Daniel Buchman, que prtendía la recuperación moral a través del esfuerzo de la voluntad. <<

[66] Nombre de algunos grupos cristianos americanos que manifiestan su gozo religioso bailando y rodando por el suelo. <<

[67] For Sinners Only, libro editado en 1932 por el Grupo de Oxford. <<

[68] Título en inglés de la novela de Aldous Huxley que en español se tradujo Un mundo feliz, y cuya traducción literal es "valiente mundo nuevo". <<

[69] Personaje de la obra de Shakespeare La tempestad. <<

[70] Come into the garden, Maud, poema de Alfred Lord Tennynson (18081892). <<

[71] En inglés, bathing machine. Casetas con ruedas que podían empujarse hasta la orilla, usadas en los siglos XVIII y XIX para cambiarse de ropa antes de bañarse. <<

[72] Cita de La balada de la cárcel de Reding, de Oscar Wilde. <<

[73] Partidario de los Estuardo, tras el derrocamiento de Jacobo II en 1688. <<

[74] Personaje de la novela David Copperfield, de Charles Dickens. <<

[75] Se llama así a ocho cartas que, encontradas en un cofre de plata junto con otros importantes documentos, constituyeron una prueba fundamental contra María Estuardo en el juicio por traición que se celebró contra ella. La autenticidad de estas cartas siempre ha sido puesta en duda. <<

[76] El hermano conejo (Brer Rabbit) es un personaje de cuentos infantiles. <<

[77] «Tan terrible es la maldad de los hombres impulsados por la religión», Lucrecio, De Rerum Natura, I, 101. <<

[78] Juvenal, Sátiras, X. <<

[79] Se refiere al líder laborista británico James Thomas. <<

[80] Eamon de Valera (1882-1915). Importante líder la independencia irlandesa. Ocupó importantes puestos en política desde el año 1911 a 1913. <<

[81] Partido Laborista Independiente. Fue fundado en 1893 por James Keir Hardie. <<

[82] Arthur Henderson (1863-1935). Político laborista británico. <<

[*] Escrito durante el Congreso Eucarístico de Dublín (1932). <<

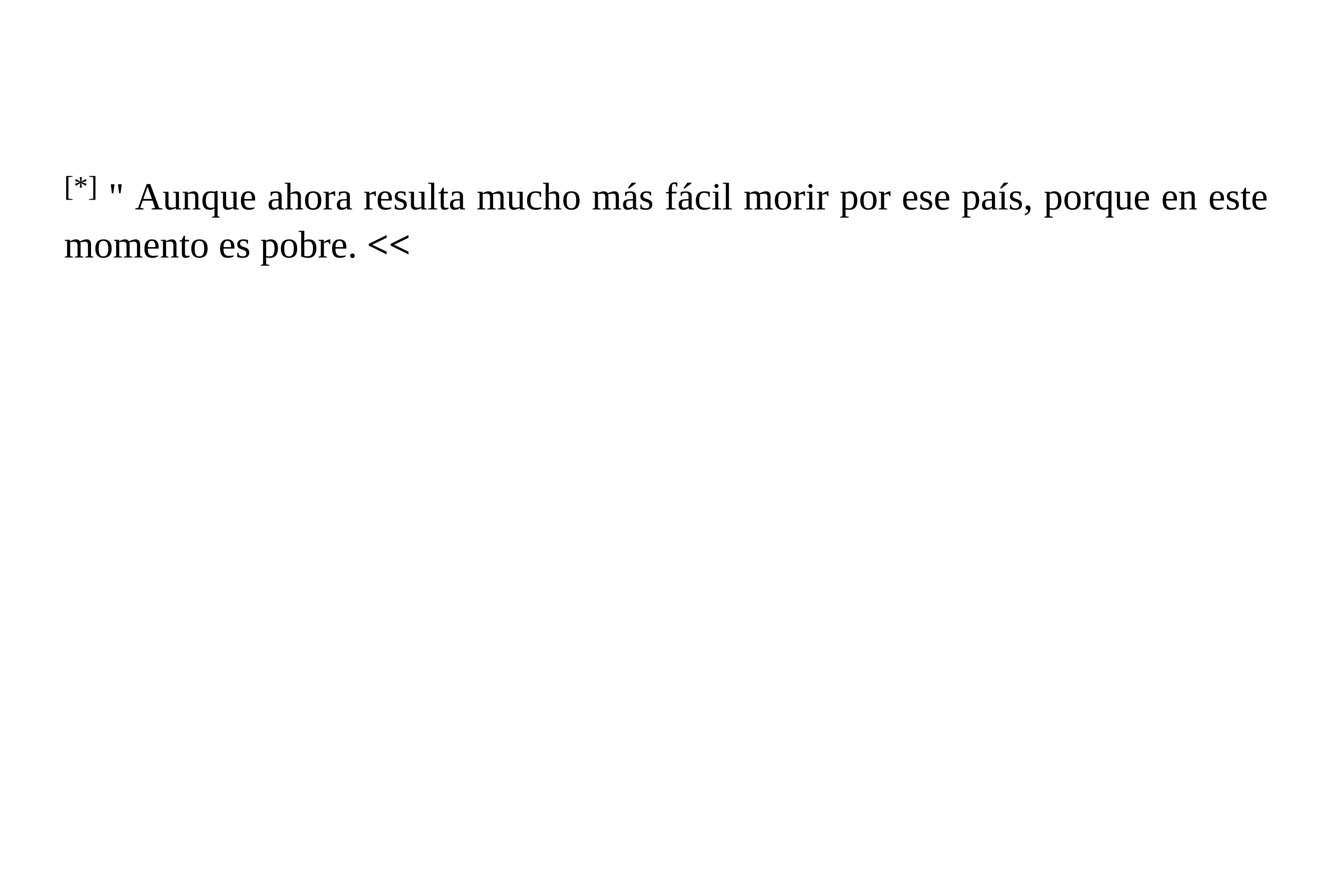
[83] Batalla (1690) en la que las fuerzas de Guillermo de Orange vencieron al depuesto Jacobo II de Inglaterra. <<

[84] Conspirador católico inglés (1570-1606). Intentó (en el llamado "complot de la pólvora") hacer volar el Parlamento de Inglaterra. <<

[85] El Daily Express. <<

[86] Alfred Moritz Mond (1868-1930) era dueño del monopolio imperial de industrias químicas. <<

[87] George Canning (1770-1827). Político británico, primer ministro en 1827. <<



[*] " Aunque ahora resulta mucho más fácil morir por ese país, porque en este momento es pobre. <<

[89] Leopold Charles Maurice Amery (1873-1955). Periodista inglés y miembro destacado del Partido Conservador. <<

[90] The 'Victorian Age in Literature (1912). <<

[91] Tratado escrito por Dante en 1312 que constituye una defensa del poder de los reyes frente al Papado. <<

[92] Escritor y político inglés (1838-1923). Dirigió con éxito The Literary Gazette, The Pall Mall Gazette (de 1881 a 1883) y The Fortnightly Gazette (de 1867 a 1882). En 1878 inició la famosa serie de biografías de escritores ingleses, la English Men of Letters. <<

[93] Henry Major (1871-1961). Teólogo anglicano, fundador de la revista Modern Churchman. <<

[94] Hastings Rashdall (1858-1924). Filósofo inglés, teólogo e historiador. <<

[95] Eduardo de Woodstock (1330-1376), príncipe de Gales. Recibió el sobrenombre de El Príncipe Negro por el color de su armadura. **<<**

[96] Literalmente Irish Bull. Chesterton hace un juego de palabras con el término bull, "toro", que también se utiliza para referirse a la bula papal. <<

[97] Referencia a Job, 38, 6-7. <<

[98] La cita es de El abanico de lady Windermere. <<

[99] Efesios, 5: 3. <<

[100] La cita es de Modern Love. <<

[101] Tomás Moro fue canonizado en 1935. <<

[102] Juego de palabras intraducible entre leader, "líder", y misleader, "mentiroso". <<

[103] Friedrich Maximilian Müller (1823-1900). Filólogo, hindólogo, mitólogo y orientalista alemán, fundador de la mitología comparada. Aunque se le considera un gran defensor de la filosofía y religión hindúes, su Epistolario demuestra que fue un cristiano fervoroso y convencido y que esperaba ingenuamente que India podría convertirse al cristianismo. <<

[104] Nombre bajo el que se conoce la parte nororiental del Reino Franco durante el periodo de los reyes merovingios. <<

[105] Chesterton se refiere al relato Las aventuras de la niña negra que buscaba a Dios (1932). <<

[106] Profeta del Antiguo Testamento. <<

[*] Carta a los editores del Catholic Herald. <<

[107] Jerga de los habitantes de los barrios obreros de Londres. <<

[108] El rey Bomba era el apodo con el que se conocía a Fernando II de las dos Sicilias (1810-1859) porque acabó con la rebelión de Sicilia con el bombardeo de la ciudad de Mesina. <<

[109] Político estadounidense (1860-1925) y firme partidario de la Ley Seca en Estados Unidos. Líder del Partido Demócrata. <<

[110] El número 7 de Tufton Street es la dirección de la Faith House (La casa de la fe), asociación dedicada a la difusión de la literatura. <<

[*] El trabajo del pintor William Frank Brangwyn (1867-1956), que había realizado una serie de ilustraciones sobre las estaciones del Vía Crucis, le sirve a Chesterton como punto de partida para sus reflexiones. <<

[1] Personaje de la obra de Shakespeare, *El mercader de Venecia.* <<

[2] La cita es de William Blake en sus *Cuadernos, 1808-1811*. **<<**

[3] Un grupo de poetas, activo en la década de 1890, trató de renovar la poesía mediante una oposición violenta a la lamentable monotonía de la época y, especialmente, al esteticismo y al estilo exageradamente refinado de los "decadentes" (movimiento en el que algunos incluyen a Swinburne debido a la temática de su obra). Entre los representantes más significativos de este nuevo movimiento de oposición al decadentismo figuran Robert Louis Stevenson y Rudyard Kipling. Entre los miembros posteriores del grupo hay que mencionar a Chesterton y a Hilaire Belloc. **<<**

[4] *Hassan* es un drama en verso de James Elroy Flecker (1884-1915) publicado postumamente en 1922. <<

[5] Marco Atilio Régulo, general romano durante la primer de las guerras púnicas (264-41 a. C.). Sufrió una aparatosa derrota a manos de los cartagineses en 256 a. C. <<